

# HISTORIA

DEL

# GRAN CAPITÁN

## GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Y DE LAS GUERRAS QUE HIZO EN ITALIA (\*)

### RESUMEN DE LA OBRA

... (1) Su padre dióle por ayo para que tuviese cargo de su crianza á Diego de Cárcamo, un caballero de aquella ciudad de Córdoba, hombre de noble sangre y muy virtuoso en las costumbres, muy prudente en todo lo que á caballero pertenecía. Seyendo de edad de doce años, lo envió don Alfonso, su hermano, á don Juan Pacheco, Marqués de Villena, su suegro, que á la sazón gobernaba todo el reino, para que lo asentase en el servicio del Príncipe don Alfonso, hermano del Rey don Enrique, á quien los Grandes de Castilla de la parcialidad de don Juan Pacheco, enemigo del Rey don Enrique, habían alzado por Rey en Avila, seyendo vivo su hermano mayor el Rey don Enrique. Al cual el nuevo Rey recibió para paje, y se sirvió dél ese poco de tiempo que vivió, que fué poco más de dos años. Muerto, pues, el Rey don Alonso de edad de catorce años y medio, la princesa doña Isabel, que después fué Reina de Castilla, lo recibió en su servicio, adonde anduvo siempre muy acompañado de criados y muy bien

(1) Faltan una ó dos hojas primeras de este *Resumen*, denominación que nosotros hemos dado á esta parte anterior al Libro primero.

tratada su persona y de los suyos, y muy bien quisto así de la Princesa como de todos los señores que frecuentaban la Corte, porque desde entonces parecían en él señales de las grandes cosas que por él habían de pasar. En las fiestas, justas, torneos y juegos de cañas que en la Corte se hacían, y en cualquiera otro auto de caballería, siempre precedió á todos los de su tiempo. Muerto el Rey don Enrique, que fué el año de nuestra salud de mil cuatrocientos setenta y cuatro, la Infanta doña Isabel, Reina heredera y propietaria de los reinos de Castilla, casó con don Fernando, Rey de Sicilia y Príncipe de Aragón, que después fué llamado el Católico, los cuales sucedieron en este reino. En el cual tiempo el Rey don Alonso de Portugal entró en Castilla muy poderoso con mucha gente de á caballo y de á pie, diciendo pertenecerle los reinos de Castilla por ser de su sobrina la Excelente, que llamaban, hija del Rey don Enrique, con la cual se había casado públicamente en la ciudad de Plasencia; al cual Rey de Portugal muchos Grandes y señores destos reinos, procurando más sus intereses particulares que no el bien común del reino, siguieron la parte del Rey de Portugal. Otros siguían la parte de los Reyes don Fernando y

(\*) Este título, que se lee en la primera hoja del manuscrito, es de letra moderna, casi contemporánea. A continuación se lee de la misma letra: «Obra cuyo autor se ignora, si bien se deduce de la misma que fué contemporáneo de los hechos que cuenta y trató á las personas que los ejecutaron, pero muy apreciable y rara, porque contiene noticias curiosas que no se hallan en otras obras, de las muchas que se han escrito del Gran Capitán y de las guerras que hizo».

doña Isabel, y entre los Grandes que esta más verdadera opinión seguían era don Alfonso de Córdoba, señor de la Casa de Aguilar; con cuya gente fué por capitán Gonzalo Hernández, su hermano. En la cual guerra hizo cosas muy señaladas, principalmente en la batalla que don Alonso de Cárdenas, Maestro de Santiago, hubo con el Obispo de Evora, capitán del Rey de Portugal, cerca de Mérida, que llaman la batalla del Albuera, que fué primero día de Cuaresma del año de nuestra salud de mil y cuatrocientos y setenta y nueve años; en la cual Gonzalo Hernández se mostró varón muy esforzado en el acometer á sus enemigos y muy constante en perseverar en la batalla. Hizo allí muy buenas cosas, de que los Reyes Católicos fueron muy servidos; y escribieron á don Alfonso Hernández, su hermano, dándole las gracias por les haber enviado á su hermano Gonzalo Hernández, que tan buena cuenta había dado de su cargo y tan bien había peleado contra sus enemigos, y á él enviaron á dar muchas gracias por ello.

Después quel Rey de Portugal perdió esta batalla, en que tenía puesta toda su esperanza, no entendió más en la empresa que había tomado, y los que aquella tan siniestra opinión tenían, unos fueron ó presos por fuerza de armas, otros de su voluntad, otros por diversas vías. Al fin todos vinieron al servicio de los Reyes y fueron perdonados.

Fué casado el Gran Capitán con doña María Manrique, hija de don Fadrique Manrique, hijo del Adelantado Pero Manrique, el mayor señor que hubo en estos reinos, que dejó á su hijo mayor el condado de Triviño y ducado de Nájera, y al segundo el condado de Paredes; de la cual hubo dos hijas, la mayor doña Elvira Córdoba y doña Beatriz de Figueroa.

Tras esto luego adelante, en el año del Señor de mil y cuatrocientos y ochenta y dos, se comenzó la guerra de Granada; y como el Marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, tomó á los moros la ciudad de Alhama, y como los Reyes Católicos determinaron de proseguir aquella guerra, conociendo en Gonzalo Hernández la calidad y esfuerzo de su persona, le hicieron capitán de cien lanzas, que era el que más en aquel reino tenía. Dió tan buena cuenta de sí mostrando mucha industria en el gobernar y mucho ánimo con-

tra los moros, que jamás el miedo le turbaba el seso para el consejo ni el esfuerzo se le enflaquecía para pelear con los enemigos.

Visto, pues, por los Reyes Católicos la valentía que mostraba en el osar y la sagacidad que tenía en las cosas en que se hallaba, le encomendaron la fortaleza de Alora, para que desde allí hiciese guerra á Granada, porque se hubo en el combate de aquella villa y de las otras, donde se halló, como muy esforzado y prudente capitán. Desde la cual villa hizo muy cruda guerra á los moros, porque muchas veces llegó con su gente hasta las puertas de Granada, y puso á los moros en gran turbación. Porque le aconteció llegar á la ciudad y poner fuego á las puertas sin que los moros osasen salir, como muy largamente se cuenta en la historia que Hernando del Pulgar y Antonio de Librija escribieron de la guerra de Granada, y el mesmo Hernando del Pulgar hizo una relación muy verdadera de las cosas que el Gran Capitán hizo en la guerra de Granada. De la cual conquista mereció Gonzalo Hernández el que luego adelante en el año de mil y cuatrocientos y noventa y cuatro de nuestra salud, visto y sabido por los Reyes Católicos que el Rey Carlos octavo de Francia, que fué llamado el Cabezaudo por tener muy gran cabeza, un mozo bárbaro en las costumbres y que entonces cumplía veinte años de su edad, con cincuenta mil hombres, los veinte y cinco mil de caballo y los otros veinte y cinco mil de infantes, sin la gente de las señorías de Florencia, Bolonia y los Colonneses y otras potestades que le ayudaban. El cual Carlos ocupó todo aquel reino y echó dél al Rey Alfonso y su hijo, el Rey Fernando, y tuvo todo el reino pacífico, porque llevó cien tiros gruesos de artillería, que no se había visto jamás tan grande ejército en Italia.

Luego que los Reyes Católicos supieron cómo el Rey Carlos había ocupado aquel reino, que de derecho era de la Casa de Aragón muchos años había, y había un Gonzalo Hernández con una armada y gente de guerra para que lo echase de aquel reino, que tan señor estaba dél y sin quedar almena que no estuviese por Francia. Y el Gran Capitán partió del puerto de Cartagena y llegó á Sicilia, y desembarcó en Mecina, y luego pasó el Faro, que son tres leguas de mar, y desembarcó en Rijoles, y después de haber peleado con sus ejércitos con tanta desigualdad, que

había diez franceses para un español y toda Italia por el Rey de Francia y los señores del reino de Nápoles lo mismo, le hizo muy cruel guerra; de tal manera, quel francés con toda aquella pujanza le fué forzado á desamparar el reino y se volver más que de paso á Francia, roto y desbaratado, los más de aquel su gran campo vencidos, muertos y presos.

Después que el Gran Capitán dejó aquel reino pacífico y echados á todos los franceses no solamente del reino de Nápoles, mas aún de toda Italia, y dejó al Rey Federico señor de aquel reino sin haber contradicción alguna; y vuelto á España, adonde estuvo desde el año de mil y cuatrocientos y noventa y seis años. En el cual tiempo halló que los moros del Albaicín de Granada se habían rebelado contra los Reyes de España y estaban muy fuertes. Mas desde vieron quel Gran Capitán iba sobre ellos, parte por sus persuasiones y parte por guerra, los redujo al servicio de los Reyes Católicos.

En este tiempo murió el Rey de Francia, Carlos octavo, de edad de veinte y tres años, y sucedióle en el reino Luis duodécimo, que era antes Duque de Urliens; el cual hizo grande ayuntamiento de gentes para pasar en Italia á cobrar el reino de Nápoles, que su predecesor había perdido. Y porque el Duque de Milán, Francisco Sforza, habla dado paso por Milán á Carlos su predecesor, y á la vuelta que el dicho Charles volvió á Francia le fué contrario y se juntó con los de la Liga contra él y le dieron la batalla, el nuevo Rey Luis duodécimo hizo guerra al Duque de Milán, y le tomó aquel estado por poder pasar á Nápoles y volver seguro.

Los Reyes Católicos, sabido el grueso ejército quel Rey Luis tenía hecho en Francia, en Borgoña, en Bretaña y en todas las más provincias de los reinos y señoríos, mandaron y rogaron al Gran Capitán volviese á Nápoles, pues que Dios lo había criado para domar aquella nación tan insolente y brava, y de su natural belicosa, para que si el francés allá pasase, hallase allá al Gran Capitán para que le resistiese. El cual partió de la ciudad y puerto de Málaga con buena flota y gente de guerra, y se puso en Mecina de Sicilia á esperar el suceso de las cosas. Fué esta partida de Málaga para Nápoles á los cuatro días de julio de mil y quinientos años; en el cual tiempo fué á ayudar á los venecianos contra los

turcos, y les ganó la isla de Chafalonía, que los turcos les habían tomado á la boca del mar de Venecia, y se la entregó á los venecianos y se volvió á Sicilia.

Sabido por el Rey de Francia quel Gran Capitán estaba en Sicilia, perdió la esperanza de cobrar por fuerza de armas aquel reino, y comenzó de tratar con los Reyes de España por tratos que sus capitanes de entrambos tomasen aquel reino al Rey Federico de Nápoles y lo partiesen entre sí. Rehusando los Reyes Católicos de quitar al pariente y cuñado el reino, el Rey de Francia les envió un portacartas del Rey Federico á él, en que decía que les darla en cada un año tantos mil ducados de parias y les daría paso por aquel reino, si quisiese conquistar la isla de Sicilia, que de los Reyes de España, y les ayudaría, con otras cosas que bastaron para poner en furia á los Reyes Católicos para le tomar el reino y lo partir con el Rey de Francia. E aunque otros quieren decir que este concierto estaba hecho antes entre ellos de aquesta partición, mas yo sigo lo más verisimile. Fué el concierto entre ellos que Nápoles y Gaeta cupiesen al Rey de Francia; Pulla y Calabria á los Reyes de España, y que las otras provincias fuesen para igualar las rentas, que fuesen iguales á los dos Reyes. Hecho este concierto, el Gran Capitán por una parte, y Roberto Stewart, llamado por otro nombre mos de Aubigny, por la otra, ocuparon el reino y echaron dél al Rey Federico; el cual los Reyes de España quisieran mucho que se viniera en España, para le dar en aquel reino una parte con que conservara su dignidad real. Mas él no quiso sino irse á Francia, como hombre que tenía ofendidos á los Reyes de España; no fué tratado como merescía, y dende á pocos días murió.

Luego quel Rey de Francia supo que su capitán tenía la mitad de aquel reino, determinó de tomar por fuerza de armas la otra mitad que había cabido á los Reyes de España, lo cual tuvo por cosa muy fácil de hacer, veyendo la mucha pujanza que tenía de gente de armas de caballo y de pie para lo poder efectuar. El Gran Capitán con la gente que tenía, no solamente defendió la parte que á los Reyes Católicos había cabido, mas aun le tomó la suya y los echó del reino y de toda Italia y pacificó aquel reino y lo puso todo en bajo de la obediencia de los Reyes de España.

Duraron aquellas guerras hasta cinco años, pues el año de mil y quinientos y seis el Rey don Fernando, que ya era segunda vez casado con la Reina Germana, sobrina del Rey de Francia, porque la Reina doña Isabel había fallecido en el año de mil y quinientos y cuatro años en la villa de Medina del Campo; el Rey don Fernando pasó en Nápoles. Quisieron decir que el Rey don Fernando, deseando quel Gran Capitán viviese en estos reinos, pensando que la codicia de señorear, que todas las cosas mortales rompe, no corrompiese y mudase al Gran Capitán, de cuya causa no viniese, aceleró la partida para aquel reino, llevando consigo á la Reina Germana, su mujer; y junto á islas de Hieres, cerca de Marsella, alcanzó la flota en que iba la Duquesa de Sesa y sus hijas. Quisiera mucho el Rey que la Duquesa y sus hijas se pasaran á su galera y que fueran en su conserva; lo cual la Duquesa no aceptó por ir mal dispuesta de la mar; antes se fué á Génova, adonde fué muy solenemente recibida por aquella Señoría y por mos de Rabastaín, Gobernador de aquella ciudad por el Rey de Francia, á quien aquella ciudad á la sazón estaba encomendada.

Sabido por el Gran Capitán quel Rey venía, lo salió á recibir en tres galeras, en que venía muy acompañado de muchos grandes y señores de aquel reino, y topóse con él junto á Portefín, adonde fué muy bien recibido de los Reyes. A esta sazón le alcanzó allí la nueva cómo el Rey don Felipe era fallecido en la ciudad de Burgos; de que el Rey se admiró mucho, porque si después de sabida la muerte del Rey don Felipe fuera la venida del Gran Capitán, no se tuviera en tanto, antes se sospechara otra cosa, que la muerte dél lo había hecho quel Gran Capitán con tan grande obediencia lo había salido á recibir, lo fué que muchos envidiosos habían hecho entender al Rey, no sólo que no saldría á lo recibir, mas aun no lo admitir en el reino, según la envidia tiene ocupados los corazones de los mortales. De lo cual el Rey tuvo muy gran contentamiento. Así fueron hasta aquel reino, adonde el Rey fué muy bien recibido. Después quel Rey entendió en las cosas de aquel reino y lo tuvo todo ordenado, como aquel reino cumplía y á su servicio, comenzó á tratar con el Gran Capitán de lo llevar á España, dándole á entender que en España creía tener contradicción sobre la formación de aquel reino de

su hija doña Juana, de lo cual decía ser avisado, y que llevando á su persona consigo tenía por cierto todo aquello cesaría. El Gran Capitán le respondió que ya Su Alteza sabía que él en España no tenía ni aun una casa en que se meter, y que pues Su Alteza había sido servido de le dar de comer en aquel reino, lo dejase en él. El Rey le ofreció el maestradgo de Santiago, con que le dejase los diez mil ducados de renta que á la postre le había dado, sobre lo cual le dió su cédula y bula del Papa Julio muy cumplida. El Papa Julio comenzó á tratar con el Gran Capitán que fuese confalonero de la Iglesia y le daría cien mil ducados de partido, y más le entregaría todas las fuerzas de la Iglesia, y con ellas á Santángelo, para lo cual el Rey había dado licencia y consentimiento, de que después arrepentido revocó la licencia y no quiso que el Gran Capitán quedase en Italia.

Visto por el Papa quel Rey había mudado el parecer, comenzó á tratar con el Gran Capitán que le daría la investidura del reino de Nápoles, la cual pertenecía á la Sede Apostólica, y se la daría á él y le alzaría la obediencia que al Rey de Aragón, como á Maestre de Santiago, debía, con otras muchas cosas que le ofreció. El Gran Capitán respondió al Papa que se espantaba mucho de Su Santidad querer poner en disputa su honra y fidelidad que á su Rey debía; de cuya causa nacieron las discordias entre el Rey y el Papa; de cuya causa se estorbaron las vistas que estaban concertadas entre el Rey y el Papa en Civitaviéja, y se efectuaron las que estaban entre el Rey Luis de Francia y el de España en Saona. Allí le hizo el Rey de Francia muchos favores al Gran Capitán, así como asentándolo á la mesa entre los dos Reyes. De allí se partió el Rey y el Gran Capitán para España, adonde le fué hecho en Valencia y después en Burgos, adonde Rey estaba, muy grande recibimiento, como se podía hacer al Rey. De ahí el Gran Capitán se partió para Santiago de Galicia, adonde estaba prometido, adonde hizo muchas limosnas y dejó allí en aquel templo renta para que se celebrasen los divinos oficios. Compró mil maravedís de renta para que rogasen á Dios por él, y dejó allí una lámpara de plata dorada, que es la mejor que hoy está allí.

Venido, comenzó á suplicar al Rey le diese el Maestradgo de Santiago, que le había pro-

metido, y cuya escritura traía firmada de su mano y del Papa Julio. El Rey no sólo no lo daba, antes comenzaba cada día á entibiarse más y más, veyendo que él y don Bernardino de Velasco, Condestable de Castilla, que á la sazón estaba viudo por muerte de doña Juana de Aragón, hija del Rey Católico, que se habían ayuntado para favorecer á don frey Francisco Ximénez, Arzobispo de Toledo; al cual ahincaba mucho el Rey que renunciase el Arzobispado de Toledo en su hijo el Arzobispo de Zaragoza, y tomase él el de Zaragoza, lo cual él no quería ayudado por los dos, Condestable y Gran Capitán; y más que concertaba el Condestable de casar con doña Beatriz de Figueroa, hija del Gran Capitán. Destas dos cosas concibió muy grande enojo el Rey Católico, y la fortuna comenzó á mostrar su gesto muy adverso al Gran Capitán, en lo que ahora diremos.

Don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, su sobrino, hijo mayor de don Alfonso, señor de la Casa de Aguilar, vino á ver á su tío á la Corte y á besar las manos al Rey, que después que vino de Nápoles no le había visto; y este Marqués vió cómo su tío había sido engañado por el Rey en no le dar el Maestrado de Santiago, con cuya promesa lo había traído de Nápoles; y veyendo que ya el Rey no le mostraba el gesto alegre á sú tío como solía, se volvió á Córdoba muy descontento del Rey. Este Marqués tenía mucha parte en aquella ciudad de Córdoba, como sus pasados siempre la habían tenido, principalmente don Alfonso de Aguilar, su padre. El Rey envió al Alcalde Herrera, de Corte, que mandase de su parte que el Marqués y los otros señores de la Casa de Córdoba que han salido de aquella casa, así como el Conde de Alcaudete y Marqués de Comares y el Conde de Cabra, se saliesen de la ciudad y la dejasen libre y su fuesen á sus tierras. El Alcalde Herrera, llamados aquellos Grandes en el cabildo de aquella ciudad, todos obedecieron el mandamiento real, sino fué el Marqués que no quiso. Al cual apartó el Alcalde Herrera aparte y le prometió que se saliese por espacio de dos días y se fuese á San Jerónimo, que es una legua de aquella ciudad, que él le mandaría volver. Jamás quiso el Marqués, antes prendió al Alcalde y lo envió preso á la fortaleza de Montilla, aunque después lo soltó.

Sabido por el Rey, y contándole el Herrera

la prisión, el Rey mandó al coronel Villalva y Alcalde Cornejo para que aparejasen las cosas necesarias para ir á derribar la fortaleza de Montilla á Montilla. El Marqués determinó de se defender como varón, y envió el Rey á llamar al Marqués con intención, según yo oí decir á personas que lo sabían, que si el Marqués no fuese á su llamamiento qué él iría sobré él, y sino que se le perdonaría. El Gran Capitán y el Condestable trataron con el Marqués que fuese y se echase á los pies del Rey. El contra su voluntad lo hizo. Visto por el Rey que venía y no se ponía en defensa, le derribó á Montilla y no quiso hacer nada por el Gran Capitán, antes creyeron que le había dañado en le persuadir que fuese á la Corte, y más no teniendo ya buena voluntad al Gran Capitán; y puesta la fortaleza por el suelo, mandó al dicho Marqués que anduviese tantas leguas de la Corte. El Gran Capitán compró y hizo las casas que en Córdoba mandó derribar el Rey, y compró las haciendas que mandó tomar de los caballeros que se hallaron con el Marqués el día de la prisión. El Rey, para en pago del gasto y daño que le había hecho el Gran Capitán, mandó dar la villa de Loja al Gran Capitán, en que viviese, y después trató con él que se la daría de juro y de heredad para sus descendientes y para su patrimonio, y que renunciase el derecho del Maestrado de Santiago. Lo cual el Gran Capitán no quiso, diciendo que nunca Dios quisiese que él gozase la fe y palabra real por ningún interés, y se fué á Loja, adonde estuvo tres años con aquella reputación, casa y caballeros, que parecía una gran Corte, muy contento con acordarse en no haber hecho cosa de que tuviese arrepentimiento. Lo cual visto por don Juan Téllez Girón, Conde de Urueña, dijo á un criado suyo del Gran Capitán y le preguntó: «¿Decid qué hondo tiene el agua de Loja para esa gran carraca?» Sabido por el Gran Capitán, respondió: «Diréis al señor Conde, que la carraca tiene muy buenos lados y todo lo que es necesario para navegar, que no le falta sino vientos, que no suelen ser siempre contrarios». Y luego la fortuna le ofreció maravillosa y felicísima ocasión: que habiendo perdido el Papa Julio y el ejército del Rey don Fernando, seyendo capitán don Remón de Cardona, Virrey de Nápoles, aquella memorable batalla de Rávena, que fué la mayor que en nuestros tiempos se ha dado

en calidad; visto quel Rey de Francia con los de su liga quedaban muy insolentes y soberbios por haber vencido aquella batalla, temieron el Papa y venecianos, y enviaron á gran prisa al Rey Católico á Burgos, á do estaba á la sazón, á que volviese el Gran Capitán á Italia, pues Dios lo había criado para abajar la soberbia francesa, y pedían el Papa y los de la Liga que en todo caso el Gran Capitán pasase á Italia.

Esta nueva vino al Rey estando en Burgos. El Rey lo trabajó con el Gran Capitán que pasase. El Gran Capitán lo aceptó y se fué á Antequera, para desde allí estar más cerca de Málaga para hacer aparejar la flota, y estaba en buen sitio para todo lo necesario á la jornada, adonde concurrieron muchas gentes de caballeros y soldados, y entre ellos señores de título, como el Duque de Villahermosa y el Conde don Fernando de Andrada y otros algunos. Estando ya muy á punto todo en Italia, sabido quel Gran Capitán estaba ya señalado por los de la Liga para pasar en Italia, todo se allanó; y los franceses y los de su liga se apaciguaron y vinieron á la obediencia del Papa, así que desde acá, de Antequera, hizo la guerra. Asimismo sus enemigos del Gran Capitán, los que la envidia le habían movido, persuadían al Rey quel Gran Capitán no pasase, porque como hombre lastimado cobraría lo que se le había prometido.

Luego el Rey escribió al Gran Capitán cesase la ida de Italia, de lo cual recibió mucha pena, que no la pudo disimular, con aquella su gran prudencia, y hizo un largo razonamiento á los caballeros y soldados que allí se habían ayuntado, con los cuales partió de su hacienda más de ciento y cincuenta mil ducados, en valor en diversos brocados, telas de oro, sedas y granas, caballos, jaezes, camas de campo, que allí habían traído mercaderes á la fama de la pasada á Italia. Las cuales todas compró y repartió, y dió saco á su casa, con que todos fueron muy contentos, que no se sabe que ningún Príncipe ni Rey diese en algunos días lo que el Gran Capitán dió en sólo un día, de que todos fueron muy contentos; y escribió cartas al Rey suplicándole por muchos caballeros y gente de guerra que para ir aquella jornada habían vendido haciendas y bienes para que les hiciese mercedes.

Despachado esto se volvió á Loja, que le había dado el Rey con la tenencia y justicia,

para en que estuviese, y que si quisiese renunciar el derecho del Maestrado de Santiago, como dijimos, la hubiese de juro y de heredad para él y sus descendientes; lo cual él no quiso aceptar por no quebrantar la palabra de un tan gran Rey y Príncipe como el Rey don Fernando. Quedaron allí con él cincuenta caballeros de sus continos y criados con otra mucha gente, así de servicio como de otros sin él. Avisado un día por Franco, su contador, diciéndole: «Mirad, Señor, que no tenéis necesidad de muchas personas que en vuestra casa están». Al cual respondió: «¿No veis, Francisco, que si yo no tengo necesidad dellos que ellos la tienen de mí?» No había entre la gente de su casa, así caballeros como soldados y toda la otra gente, blasfemias, ni juramentos, ni bollicios, ni juegos, ni adulterios, sino en tanta observancia como en religión. Así estuvo casi tres años, usando de liberalidad y caridad con todos los que le pedían, y haciendo grandes limosnas á todos los que á él venían, que jamás ninguno volvió sin llevar lo que pedía.

Muchas cosas acontecieron al Gran Capitán en aquellos días que en Loja estuvo, que por no ser prolijo no lo escribo. Aquí le dió una quartana doble, en el mes de Agosto; de aquí se fué á Granada, adonde le agravó la enfermedad.

Murió de edad de sesenta y dos años y tres meses y once días, á dos días de Diciembre de mil y quinientos y quince años; un domingo antes del día, estando cercado de su mujer y hija y criados y religiosos, con cuyo parecer vió, examinó y corrigió su testamento, recibidos con tiempo los Santos Sacramentos, con tantas lágrimas, que dieron muy claro testimonio de su vida pasada. Mandó decir cincuenta mil misas en los monasterios y iglesias que más necesidad tuviesen. Fué depositado su cuerpo en la capilla mayor de San Francisco de Granada, adonde concurrieron los señores Marqués de Priego, Conde de Cebra, Señor de Alcaudete, Conde de Palma, Conde de Tendilla, los cuales todos vinieron á sus obsequias. Estaban puestas en la capilla alderredor de su tumba doscientos estandartes y banderas, y dos pendones estandartes reales que había ganado al Rey de Francia, con las banderas que había ganado á los turcos en Chafalonía, adonde estuvo hasta que le fuese hecha una muy so-

lemne capilla en la Iglesia de San Jerónimo de Granada. Lo cual acabado, su cuerpo fué á ella trasladado, en el año de quinientos y cincuenta y dos años. Doña María Manrique, su mujer, falleció después del Gran Capitán, en el año de quinientos y veinte y cuatro años, á lo cuales ponga Dios en su santa gloria. Amén.

## LIBRO PRIMERO

COMIENZA LA PRIMERA PARTE DE LAS GUERRAS QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN, HIZO CONTRA LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES.

### CAPÍTULO I

*Cómo el Rey Carlos de Francia, octavo deste nombre, hizo grande ayuntamiento de gentes de guerra así de pie como de caballo en todos sus reinos y señoríos para pasar á Italia á ocupar el reino de Nápoles, que decia pertenecerle por cierto derecho antiguo.*

Fué así que en el año del nacimlento de mil cuatrocientos noventa y cuatro años, reinaba en Francia Carlos, octavo deste nombre, un mozo de veinte años de edad. Fué llamado el Cabezudo, por tener muy gran cabeza. Tenía los pies tan disformes, que fué inventado cierto género de zapatos tan romos de la punta, que hasta hoy se usan en aquel reino. A todos los que á él venían, recibía con alegre cara; y á los que dél se despedían, no les miraba al gesto. Este Rey Carlos hizo grande ayuntamiento de gentes en Francia, Borgoña, Bretaña y en todos los otros sus señoríos, así de franceses como de suizos, en que ayuntó veinte y cinco mil hombres de caballo, hombres de armas, y otros veinte y cinco mil infantes. Convidóle á hacer esta jornada Ludovico Esforza, Duque de Milán, diciendo que le daría lugar que pasase á Italia por su estado de Milán; el cual, teniendo en su poder á su sobrino Galeazo Esforza, Duque de aquel Estado por muerte del sobrino; todos sospechaban que Ludovico, tío y gobernador suyo, lo había toxicado y estaban puestos en armas contra él. Y el Ludovico, por asegurar su Estado, dió paso al Charles por lo asegu-

rar, lo cual así fué hecho; y esto pareció ser así, porque pasando por Milán el Charles y hallando puestos en armas á los milaneses, los apaciguó y hizo que obedeciesen al Ludovico, tío del mozo muerto, y así quedó por Duque de Milán el mismo Ludovico Esforza, con favor del dicho Rey de Francia.

Pues el Rey Charles de Francia pretendía pertenecerle aquel reino de Nápoles por haber sido Rey dél Carlos, hermano del Rey San Luis de Francia (y agora poco había por renunciación de Reiner, Duque de Augens, marido que fué de Juana, Reina de Nápoles por muerte de su hermano Ladislao, había renunciado el derecho del reino que tenía á la Casa de Francia). Pues teniendo el Rey Carlos juntas todas sus gentes de guerra, por no dejar en sus reinos y fuera dellos algún estorbo que aquella jornada tan deseada por él y que tanto había codiciado de acabar, hizo paz por veinte y cinco años con Maximiliano, con quien tenía guerra por haberle dejado á su hija madama Margarita, con quien estaba concertado de casar; y asimismo hizo paces con Enrique octavo, Rey de Inglaterra, otorgando á todos ellos todos los partidos que le pidieron. Hizo asimismo paces por otros veinte y cinco años con el Rey don Fernando, quinto deste nombre de España. Y porque esta historia es muy mal sabida entre muchas gentes que juzgan sin saber muchas veces la verdad, quise ponerla aquí para librar al Rey Católico de las lenguas maldicientes. La historia fué así:

En el año del nacimiento de mil y cuatrocientos y setenta y nueve años, hacíase muy cruda guerra entre el Rey don Juan de Aragón, padre del Rey don Fernando, de España, y su hijo don Carlos, Príncipe de Cataluña, al cual favorecían los catalanes contra el dicho Rey su padre; y el dicho Rey don Juan, hallándose en necesidad, empeñó á Ludovico undécimo, Rey de Francia, por cierta suma de coronas cuatro cibdades y fortalezas del condado de Ruisellón que fueron: Perpignan, Sabella, Guardia, Roca y Colibre, con el cual dinero cobró el condado de Barcelona y á toda Cataluña, y dende á poco murió su hijo don Carlos. El Rey de Francia llevó mucho tiempo las rentas destas cibdades. Murió el mismo Rey don Juan de Aragón el mismo año sin quitar el empeño, porque no pudo, y tuyo el dicho Rey Luis de Francia estas cibdades, que nunca las qui-

so restituir, aunque fué requerido muchas veces, hasta quel mesmo Rey murió, que fué en el año de mil y cuatrocientos y ochenta y un años. Dejó mandado en su testamento á su sucesor Carlos octavo que pagando el Rey don Fernando de Castilla y Aragón el empeño que el Rey su padre había recibido, que le volviese á Perpiñán é las otras tres plazas que había recibido por descargo de su conciencia, y que no hiciese otra cosa; lo cual el Rey Carlos octavo y sus tutores jamás quisieron hacer, asaz veces requeridos por los Reyes Católicos. Pues estando los Reyes de Castilla ocupados en la guerra de Granada, envían sus embajadores al Rey Carlos de Francia, rogándole y requiriéndole les entregase aquellas cuatro ciudades, enviándole juntamente el dinero; lo cual él prometió de hacer como fuese acabada la guerra de Granada. La cual acabada tampoco lo quiso hacer. Los Reyes Católicos fueron á Barcelona, y visto que no quería entregalles aquellas ciudades, demandaron su justicia antel Papa, el cual mandó al Rey de Francia so grandes penas, que entregase aquellas ciudades pagándoles su dinero, en lo cual se dilató un año en demandas y respuestas, hasta el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres años que murió el Rey Fernando de Nápoles. Lo cual sabido por el Rey Carlos de Francia, con la gran codicia que tenía de señorear aquel reino, determinó entregar á los Reyes Católicos el condado de Ruisellón, diciendo que lo hacía por descargar el ánima de su padre; y recibió los dineros del empeño, y sobre amistad y paz hicieron cierta capitulación que fuesen amigos y hermanos, amigos de amigos y enemigos de enemigos, salvo si el dicho Rey de Francia fuese contra la santa madre Iglesia de Roma, que entonces la tal capitulación fuese en sí ninguna y de ningún valor y efecto. Hecho esto, los Reyes Católicos enviaron el dinero del empeño y cobraron el condado de Ruisellón. Luego que el Rey de Francia supo que el condado de Ruisellón era entregado á los Reyes Católicos, envió todos los dineros que del empeño había recibido á la Reina doña Isabel, diciendo que con aquellos dineros servía para ayuda y parte de los gastos que había hecho en la guerra contra los moros. Otros dijeron que mucho antes que aquello se debía, así de las rentas quel Rey de Francia de aquel condado había lleva-

do por descargar el ánima de su padre, porque había hecho muchos daños en aquel condado de Ruisellón, porque dejó muchas villas y lugares de aquel condado totalmente destruidas, que nunca jamás se pudieron poblar y estuvo en poder de los Reyes de Francia aquel condado treinta años.

Llegado, pues, el Rey de Francia á Milán, envió á requerir á venecianos que fuesen sus amigos y le ayudasen en esta guerra que quería hacer contra el reino de Nápoles; los cuales le respondieron que suplicaban á su alteza no bajase á inquietar aquella nación de Italia que á la sazón estaba algún tanto sosegada de las muchas y muy continuas guerras pasadas; que ya sabía su alteza, y si no lo sabía por su poca edad lo supiese, que aquella Señoría de Venecia siempre se había desvelado y tenía continuo cuidado en la paz, quietud y sosiego de Italia, y que suplicaban á su alteza mirase los desasosiegos y trabajos que de la guerra suelen suceder y recrecerse, y cuán inciertas suelen ser las salidas de la guerra; y que si todavía su alteza determinase de emprender guerra tan trabajosa, que ellos á ninguna de las partes acudirían y que serían neutrales en esta jornada.

## CAPÍTULO II

*De lo que el Rey Alfonso de Nápoles hizo, sabido el grande ejército quel francés traía contra él para le tomar el reino, y lo que venecianos hicieron.*

El Rey Alfonso de Nápoles, que á la sazón era recién heredado, como supo el grande ejército que el francés traía contra él, trató paz y liga con venecianos para los tener de su parte; lo cual ellos no quisieron hacer porque así lo habían prometido al francés de ser neutral en aquella jornada. Visto por el Rey Alfonso que ningún fruto de aquel trato había sacado, envió un embajador á Bajacid, gran turco, que á la sazón estaba en la Velona, puerto suyo, á le rogar inviase un embajador á venecianos á les rogar se confederasen con el dicho Rey Alfonso, dándole á entender que el francés quería ganar aquel reino y después á toda Italia, para desde allí le hacer guerra por la parte de la Velona, la cual está veinte leguas escasas de aquel reino de Nápoles. Bajacid, así por la amistad que con



los reyes de Nápoles había siempre tenido, como por la sospecha que tenía del francés, envió un embajador á venecianos rogándoles muy afectuosamente quen ninguna manera hubiesen amistad ni liga con el francés, y que si todavía en ello se determinasen, que por ello perderían la que con él tenían. Los venecianos, por complacer al gran turco y por ver quera cosa muy complidera á toda Italia, según que muchos años había que conocían la insolencia y soberbia de los franceses, respondieron al gran turco quen ninguna manera harían paz ni liga con el francés, de lo cual el Rey don Alfonso quedó algo satisfecho. Y antes desto tenía el Rey Alfonso hecha liga con el Papa Alejandro sexto, que á la sazón era Vicario en la Iglesia de Dios. Era este Sumo Pontífice español, natural de Játiva, en Aragón, llamado antes don Rodrigo de Borja. Tenía asimesmo hecha liga con florentines; solamente tenía por contrario á Ludovico Esforcia, Duque de Milán, que tenía la gobernación de aquel Estado por Juan Galeazo su sobrino, Duque de Milán, y le daba paso por aquel Estado para ir á hacer guerra al reino de Nápoles. El Rey Alfonso trató con el Papa le diese las insinias del reino de Nápoles, por cuanto aquel reino es feudo de la Iglesia; á lo cual reclamaron los embajadores de Francia, diciendo que aquel reino estaba tiranizado de muchos años á esta parte en la casa de Aragón, siendo de justicia de la casa de Francia; mas al fin el Papa envió á su hijo el Cardenal César Borgia con la Corona y otras insinias á Nápoles, adonde el Rey Alfonso las tomó con aquella solemnidad quen tal caso se requiere. Asimismo el Rey Alfonso envió un embajador á los Reyes de España, sus tíos, llamado Bernardo de Bornardis, el cual llegado en España avisó á los Reyes Católicos del estado en que las cosas estaban de aquel reino, y que se acordasen con cuántos trabajos y fatigas el Rey don Alonso de Aragón, su tío, de gloriosa memoria, había ganado aquel reino, y con mucha pérdida, así de la casa de Aragón como de sus súditos; y quel Rey Alfonso su sobrino no tenía después de Dios otro pariente ni amparo que lo socorriese en sus necesidades sino á sus altezas, y que sino, lo que Dios no permitiese, quel francés ganase aquel reino, no descansarían hasta ocupar el reino de Sicilia, ques de sus altezas. Porque era tan grande la codicia

desordenada de aquella nación, que no pararían hasta ocupar todo cuanto podiesen, sin acatar derecho divino ni humano. Los Reyes le respondieron que se volviese á su Rey y le dijese que él defendiese como varón y hijo de tales padres aquel reino, que ellos no le faltarían y le enviarían tal socorro, con que haciendo él su deber echasen al francés de aquel reino. Y luego mandaron á Gonzalo Hernández de Córdoba, hermano segundo de don Alfonso Hernández de Córdoba, señor de la casa de Aguilar, que hiciese un muy buen ejército, así de pie como de caballo, y quen una gruesa armada fuese al reino de Nápoles y se juntase con el Rey Alfonso su sobrino, y echasen al francés de aquel reino; quel tenía esperanza en Dios y después en su persona que los echarían de aquel reino. Lo cual Gonzalo Hernández hizo con mucha presteza, del cual diremos adelante.

Los venecianos, no se fiando del francés por la mucha experiencia que de aquella provincia se tiene, y más teniendo vestidas las armas, echaron en la mar una muy gruesa flota y la pusieron muy á punto, y un muy grueso ejército, y lo alojaron cerca de Venecia, porque si el francés quisiese hacer alguna ruindad de las que suele, teniendo aparejo los hallase apercebidos.

### CAPÍTULO III

*Cómo el Rey Carlos de Francia partió de su reino y comenzó á bajar los Alpes para Italia, y de lo que el Rey Alfonso hizo.*

Entrando el mes de octubre del dicho año de mil cuatrocientos noventa y cuatro años, comenzó á bajar el Rey Carlos de Francia á Italia, y llevaba veinticinco mil de caballo y otros veinte y cinco mil soldados, la mejor gente que de Francia jamás había salido. Iban con el Rey los más principales señores que en aquel reino había. Iba el Duque de Saboya, su tío; el Duque Luis de Urliens, que después sucedió en el reino, que fué llamado Luis duodécimo, al cual dejó con gente de guerra en Aste, para que aquel paso estuviese seguro para ir y volver á Francia. Llevaba asimismo cien tiros de artillería, cañones, culebrinas, basiliscos y otros nombres que hasta allí eran poco sabidos. Esto era lo que el Rey sólo llevaba sin las gentes de los señores, que era mucha,

y otras muchas gentes aventureras que iban con aquel campo.

Puso tanto temor á Italia la nueva de su ejército que bajara los Alpes, que nunca fué tanto temida la guerra que Atila Rey de los Hunos, ni la de Alarico, Rey de los godos, ni Breno, capitán de los franceses, ni Aníbal, capitán de los cartagineses, como ésta. Todos pensaban no tener cosa segura de la gente de aquella nación, según la mucha destemplanza en la guerra tienen y la mucha codicia de lo ajeno. Estaba toda Italia alborotada, bajando en ella un tan grueso ejército con un Rey mozo, que entonces cumplía veinte y un años de su edad, y en algunas cosas muy bárbaro. Ponía muchas veces en plática que por qué no sería mayor conquistador que Alexandre el Magno; que por tres causas había de conquistar más tierras que él: la primera, porque comenzaba de más mozo; la otra era señor de mayor reino y de mejor gente, y lo tercero que tenía más ánimo que no él.

### CAPÍTULO III

*De lo que el Rey Alfonso hizo sabida la venida del francés con tan grueso ejército contra él.*

El Rey Alfonso, sabida la venida del francés con tanta gente de armas y tantos y tan diestros capitanes, fué á Roma y halló al Papa con once Cardenales en una tierra de Virginio Ursino, el principal de aquel bando de los Ursinos, que era general del Rey Alfonso, por cuya industria el mesmo Rey se gobernaba. Estaban allí á la sazón con el Papa los embajadores de los más Príncipes cristianos y señorías y potestades de Italia. Llegado el Rey Alfonso, estando el Papa con aquel Sacro Colegio de los Cardenales, les habló desta manera:

«Santísimo Padre, reverendísimos señores: Mucho quisiera que así como en este pequeño ayuntamiento, que según la calidad de las personas que en él están, vale por la mayor parte de Italia, que así estuviéramos en parte que se pudiera oír en toda Italia, para que pudiera certificar las cosas que han de suceder, si este tan gran mal y á toda Italia tan dañoso no se atajase. Y si en persuadir no aprovechase, á lo menos dejaré certificado y tomado por testimonio ante todos los que me

oyeren, cómo antes había sabido lo que había de suceder, si con todas nuestras fuerzas no fuésemos contra este tirano. Bien sé el poco crédito que se me ha de dar, y el poco fruto que tengo de hacer por la fama del grande ejército quel francés de industria ha publicado que trae solamente contra el Rey Alfonso y su reino, y que no ha de hacer mal á otro alguno. Quiero, Santísimo Padre, decir lo que siento; y así libre como verdadero, ó yo conozco mal á los franceses, ó toda Italia ha de ser conquistada por ellos. Bien sé que comenzarán de mi reino, porque éste dicen que les pertenece de derecho antiguo. ¡Quién no sabe, como la cosa que más se sabe, la avaricia de los franceses y sed de enseñorear tierras ajenas y roballas, sin poner delante ni derecho divino ni humano! Conocido está el odio y grande enemistad que aquella nación tiene contra Italia, qué causa hubo para que los pasados tantas veces bajasen los Alpes á hacer guerra á Italia, y hicieron en ella tantos daños y siempre volvieron rotos, desbaratados y perdidos. No en balde la naturaleza, proveedora de todas las cosas, por el bien de Italia, adonde Dios había de dejar á su Vicario en la tierra, cuyo lugar, Santísimo Padre, tú tienes, puso entre aquel reino y Italia los Alpes, sierras tan altas y tan ásperas para refrenar la tiranía y codicia desenfadada de aquesta bárbara gente; mas ha sido tanta la codicia de señorear lo ajeno, que pasaron los Alpes por sujetar á esta provincia. Qué otra fué la intinción de Breno, de los boyes, los penomanos, los insubres, los celtas, los senones; no se contentando con ocupar la parte de Italia que está entre el monte Apenino y los Alpes, mas pasando el Apenino ocuparon la parte de Italia y juntamente á Roma, cabeza de Italia, y la saquearon metiéndola á cuchillo, y no dejaron piedra sobre piedra, si el capitolio no se les defendiera, y poco á poco los tornaron á echar de Italia. Tanta deseo tiene esta gente de destruir á Italia, y más de disminuir el nombre romano. Qué otra cosa quiere decir ocupará Calabria, Pulla y Nápoles, el postrero rincón de Italia, que es meterse en una red de donde no pueden salir, donde esté de toda Italia cerrado, si no tuviesen por cierto que toda Italia se les ha de rendir? Vos, Santísimo Padre, Sacro Collegio, como la cosa que más claramente se puede ver, que si con común con-

sentimiento de todos no se resiste la codicia desta bárbara gente, que presto toda Italia se ha de encender deste fuego, cuando no haya el aparejo que agora se podría haber. Los ejércitos de Francia suelen poner más temor que el de las otras gentes por ser más súbitos y más rebatados, y porque con ellos no se ha de pelear sobre las haciendas solamente, mas sobre las vidas, según la crueldad bárbara de aquella gente. No son los franceses gentes que hacen treguas, no trueque de prisioneros; en costumbres, en conversación, fuera de toda razón, difieren de todas las otras gentes; así que con ellos sobre la vida ha de ser la batalla primera y postrera, porque cuanto más la manera bárbara suya de pelear es más apartada de la de Italia, así se ha de temer más su guerra».

#### CAPÍTULO V

*En que prosigue el Rey Alfonso su oración al Papa y Cardenales.*

«A ti toca, Beatísimo Padre, como Vicario de Dios y cabeza de Italia y de todos los príncipes y señoríos de esta provincia, de os juntar y apartar de Italia esta tan dañosa pestilencia, esta tan cruel y tirana gente; y si algunos hay que con el francés consientan en esta perdición de Italia, que tu Santidad tenga forma de los convertir á la defensión común de esta provincia, y para que todos se esfuerzen á cosa tan complidera á Italia, á sus estados y casas, y sus mujeres, hijos y haciendas, es necesario que tú ¡oh Alejandro, Pontífice máximo! comiences porque así como tienes más autoridad y poder así por tus amonestamientos, ruegos y mandos, les muevas para un bien tan común como éste es; y si esto haces seremos vencedores y los bárbaros vencidos, con que mejor fin han de pelear éstos que sus pasados si somos á una, que cuando los Alpes bajaban venían muy bravos, robando templos, forzando vírgines, usando de todo género de crueldad; y bajando al llano eran rotos y muertos, y los que vivos quedaban, volvían desnudos y pocos y destrozados. Pocos lugares hay en Italia que no los hayan ennoblecido con las vitorias que de ellos han habido; por lo cual, Santísimo Padre, es menester presteza para le resistir. Entre tanto, mi hijo Fernando con mi ejército y de florentinos y tuyo estará en-

tre el río Poo y el monte Apenino para resistir los primeros encuentros de aquella gente. Y, si lo que Dios no quiera, no fuéremos socorridos, verán todos el mal consejo que tomaron, cuando querrán remediarlo y no podrán. Yo he enviado á mis tíos los Reyes Católicos de España á los pedir socorro contra el francés, de los cuales tuve agora cartas cómo aparejan con gran presteza un muy grueso ejército por mar y por tierra, con un muy nombrado capitán y muy experto en la guerra, para inviar contra ellos. Lo que yo, Santísimo Padre, entiendo hacer será esto: salirlos á recibir antes que lleguen á la raya de mi reino y darles muy animosamente la batalla, y si prósperamente me suceda, apartar al francés de mi reino y de toda Italia, y cuando de otra manera me aviniese, allí acabará mi vida en ella».

#### CAPÍTULO VI

*De lo que el Papa respondió al Rey Alfonso y lo que los Coloneses en este tiempo hicieron.*

El Papa respondió al Rey Alfonso que todo cuanto había dicho era la misma verdad y que harto ciego sería el que no conociese ser así; qué tuviese buena esperanza; qué con todas las fuerzas y riquezas de la Iglesia no le faltaría y ternía forma que no le faltasen sus amigos, y que luego él con sus Legados los confirmaría y le buscaría nuevos amigos, y que de todo provería, según el tiempo lo requeria. Mandó luego á los embajadores de los Reyes cristianos que luego escribiesen á sus Príncipes de su parte para que diesen socorro y ayuda al Rey Alfonso de Nápoles, porque era socorrer á toda Italia, principalmente á la Sede Apostólica, contra la cual se decla venir el Rey de Francia; y juntamente envió sus Legados á todos ellos exhortándoles por el bien común de toda Italia, principalmente de Roma, adonde Dios principalmente había puesto su Vicario, y trabajó con todas sus fuerzas de mover á toda Italia contra el francés.

A esta sazón los Coloneses, quen este tiempo eran amigos y aliados de la Casa de Francia, tomaron por fuerza de armas la fortaleza de Ostia, quera del Papa, por ardid de Scaño Esforza, Cardenal, hermano del Duque de Milán: en el cual fué puesto un vizcaíno llamado

Menaldo Guerra, crudelísimo cosario, para que de aquel castillo estorbase el trato y navegación que á Roma se hacía por el Tíber, y impidiese las vituallas con que Roma se bas- tecía; y aunque el Papa Alejandro invió algunas veces contra este tirano ejército, jamás le pudo tomar aquella fuerza, del cual diremos adelante.

### CAPÍTULO VII

*De lo quel Rey Charles hizo comenzando á bajar los Alpes, y lo quel ejército del Rey Alfonso hizo.*

El Rey Charles, desde que comenzó á bajar los Alpes invió á Roma á publicar y fijar un edito: que todos los Cardenales, Obispos, Arzobispos y otras cualesquier personas que tuviesen dinidades ó beneficios en Francia, se saliesen de Roma dentro de quince días, donde no, que pasado este término hubiesen perdido todas las temporalidades y aun las propiedades de ellas. Algunos lo hicieron y otros con temor del Papa no lo osaron hacer. El ejército del Rey Alfonso, llevando por General al Duque de Calabria, Fernando, su hijo, y capitanes el Conde de Petillán y Carolo Ursino, se fué á poner cerca de Rávena, junto Cesena, para se topar con el francés y le dar la batalla. Al cual salió recibir el ejército del Duque de Milán, Ludovico Esforza, con cuatro mil caballos ligeros y tres mil soldados suyos. Los ejércitos del Rey Alfonso y el de los franceses estuvieron muy cerca uno de otro sin pelear, esperando cada uno que el otro comenzase la batalla, aunque había mucha desigualdad del uno al otro, porque eran los franceses muchos más en número que los otros. Los astrólogos judiciarios, veyendo al francés descender con tan poderoso ejército y con tantas bocas de fuego tan inusitadas y ellos venir tan bravos y soberbios, echaron juicio sobre aquel año, y todos hallaron por curso de astrología que sucederían en aquel año muchas muertes y robos, sacos de cibdades, muchas fuerzas de mujeres, con todas las otras vanidades que los naturales de aquella nación suelen especular, seyendo cosa averiguada que las más veces es cosa inconstante. Son los italianos naturalmente agoreros y creen ligeramente aquella incertidumbre; aunque fácilmente, sin curso de astrología, ni planetas, ni influencias se podía creer que no faltarían muertes y ro-

bos queriendo el francés ocupar lo ajeno con tanta fúria y soberbia.

Llegado, pues, el francés á Aste, le salió á recibir la Duquesa de Milán, mujer del Duque Ludovico, muy acompañada, que fué cosa muy de ver los atavíos y aderezos. Entre las otras cosas, llevaba la Duquesa cien señoras, las más principales de aquel Estado, muy ricamente ataviadas; á las cuales el francés recibió muy alegremente y con muy gran fiesta. Dejó el francés allí en Aste al Duque de Urliens, que después le sucedió en el reino, llamado Luis duodécimo; se fué para Milán, adonde fué muy bien recibido por el señor Ludovico, tío del Duque mozo, que tenía la gobernación, como atrás hemos dicho, por Galeazo el sobrino; por cuya muerte con favor del francés quedó por Duque de Milán el Ludovico.

### CAPÍTULO VIII

*De lo que los dos ejércitos hicieron, con lo que más sucedió.*

Los ejércitos del Rey Alfonso y Duque de Milán y del francés hobieron muchos rencuentros, en que los franceses fueron algunas veces rotos y otras veces vencedores. Mas como los Coloneses tenían ocupada por fuerza de armas la fortaleza de Ostia, no dejaban entrar en Roma mantenimientos; antes desde aquella fuerza hacían guerra á la parte del Papa. Fué necesario quel Papa mandase quel ejército se viniese á Roma á defendella de la guerra que los Coloneses le hacían. A esta sazón el Rey Charles se fué derecho á Pavía con doce mil caballos. Lo que en aquel ejército más espanto puso, fueron los muchos y muy bravos ingenios de artillería de nuevas formas y nombres, así como basiliscos y culebrinas, gerifaltes, serpinos, cañones y otros nombres muy inusitados. Estos, como dijimos, eran ciento entre grandes y pequeños. Llegado el Rey á Pavía fué á visitar al señor Juan Galeazo, que era el Duque de Milán, hijo del señor Juan Galeazo, que había sido Duque de Milán, cuya gobernación tenía el señor Ludovico Sforzia. Por ser aquel mozo de poca edad, le había el Duque su hermano encomendado la gobernación de aquel Estado. El Juan Esforzia encomendó al Rey un niño chiquito que allí tenía, diciéndole que él no podía escapar, y luego murió. Creyóse que le habían dado yerbas, y

algunos pusieron sospecha que el señor Ludovico su tío se las había hecho dar. El francés tuvo forma que aquel estado se pacificase, que se había puesto en armas contra el tío y que tomasen por señor al dicho Ludovico; lo cual así fué hecho; aunque nunca se osó llamar Duque de Milán hasta que Maximiliano, Rey de Romanos, le envió la investidura y le envió á decir tomase el título (1); porque estaba el dicho Maximiliano casado con hermana de su sobrino Juan Galeazo. Este Juan Galeazo que allí murió, estaba casado con hija del Rey Alfonso de Nápoles. Los florentinos y otros aliados así del Papa como del Rey Alfonso, luego se dieron al francés, porque no osaron hacer otra cosa.

### CAPÍTULO IX

*De lo que hicieron el Rey Alfonso y el Duque de Calabria, su hijo, don Fernando, y lo que avino á los florentinos con el francés.*

El Duque Fernando se retrajo con su ejército á Cesena, y el Rey Alfonso su padre se fué á Tarrachina para combatir y ocupar á Netuno. El Duque Fernando, después que algunos encuentros pasó con sus contrarios, se recogió á Cesena, para allí esperar lo que el tiempo descubriese. El Rey Alfonso su padre, tuvo nueva que la armada del francés se iba á surgir á un puerto de Netuno, lugar de Coloneses. Sabido esto por el Rey Alfonso, fuese para Tarrachina para el cual se vino Virgínio Ursino desde Roma con la gente de caballo que allí estaba, y lo mismo hizo Eregato Leonelo con la gente del Papa, y combatieron á Netuno; mas fueron tantas las aguas, y el tiempo tan fortunoso, que no pudo haber efeto aquel cerco. Estando el Rey Alfonso en este cerco, supo por sus mensajeros cómo Juan Galeazo su yerno era muerto y su tío Ludovico Sforzia había, con favor del francés, ocupado aquel Estado. También supo que los florentines se habían pasado al francés. Sabido esto por el Rey y que ningún efeto conseguía sobre aquel cerco, mandó á Virgínio Ursino á Roma con la gente de á caballo para el socorro de aquella cibdad, y él se retrujo á su reino, y asentó su campo junto al río del Garellano para estorbar desde allí el pasaje al fran-

(1) Nota marginal: Porque el estado de Milán es feudo del Imperio.

cés. El Duque Fernando, su hijo, estuvo algunos días en Cesena, adonde peleó algunas veces con los que seguían la parcialidad del francés. Mas oída la rebelión de los florentines, y que se habían pasado al francés, se tornó al reino de Nápoles. Retraídos los dos ejércitos de padre y hijo á su reino, todos sus amigos y aun los que eran neutrales, sin ponerse en defensa, se pasaron al francés, salvo el Papa, que siempre perseveró en su amistad. El ejército del francés se extendió hasta Rávena y sus comarcas, adonde hicieron muchos daños.

### CAPÍTULO X

*De lo que los florentines hicieron sabido quel francés venía á Florencia.*

En la cibdad de Florencia hubo diversos pareceres sobre si perseverarían en la amistad del Rey Alfonso ó se rindirían al francés. Los del bando de Médices persuadían á su cibdad que perseverasen en la amistad del Rey Alfonso, por la antigua amistad que siempre habían tenido con la Casa de Aragón y por la buena y fiel amistad que en ellos habían hallado, así contra los franceses como contra los Duques de Milán, en diversos tiempos, y que mirasen que aquella avenida tan grande de los franceses que había de avadar muy presto, teniendo por muy cierto quel Rey don Fernando de España inviaba socorro con un muy valeroso capitán y muy buena gente de guerra en socorro del Rey Alfonso, y que la armada estaba ya en Cartagena, puerto principal de España; pues los venecianos no consentirían ser vencedores en Italia una gente tan amiga de tomar lo ajeno, tan cruel en la guerra y tan destemplada en la paz. Trabajaron los deste bando de Médices cuanto pudieron que aquella cibdad conservase la amistad del Rey Alfonso y del Papa.

Los del bando contrario, que son los de Pazis, persuadieron al contrario diciendo que aquella amistad se debia guardar cuando claramente se viese el fruto que della se pudiese sacar; mas cuando, al contrario, ninguna cosa había tan saludable á la república como la mudanza, principalmente estando el enemigo tan cerca y tan poderoso, y que quebrantarían todo su orgullo en Florencia, principalmente no les pudiendo socorrer ni el Papa ni el Rey

Alfonso. Con este parecer se juntó todo el común de la cibdad. Visto por los de Pazis que tan buena voluntad hallaban en aquella gente popular, persuadieron al pueblo que echasen de la cibdad á los del bando de Médices, como á gente enemiga de la patria; lo cual ellos pusieron luego por obra. Era entonces el principal de aquel bando Pedro de Médices (1), hijo del magnífico Lorenzo de Médices y nieto de aquel muy rico Cosme de Médices. Era este Pedro de Médices hermano del Papa León (2) que fué después. El cual Pedro de Médices, por dar lugar al tiempo y por huir de aquella tempestad del pueblo, se salió de la cibdad y desde allí comenzó á contratar así con los del bando contrario por vía de amistad como con el otro de su parte le inviase poder bastante para ir al Rey de Francia y tratar con él sobre el buen tratamiento que se hiciese en la cibdad. Lo cual le fué otorgado é enviados muy bastantes poderes. Como su padre el magnífico Lorenzo en semejante jornada nada había hecho é había conservado la cibdad, los poderes fueron que el dicho Pedro de Médices con dos personas principales de su parcialidad, cuales ellos le señalaron, fuesen al Rey y contratasen la pacificación de aquella señoría. Aunque luego otro día que estos poderes fueron enviados, los revocaron y determinaron de enviar otros, conviene á saber á Fray Jerónimo Flare, dominico, con dos personas principales del bando de Pazis; y entre tanto que éstos aparejaban la ida, aquel Pedro de Médices con el poder que tenía de la cibdad, trató con el Rey de Francia que la cibdad de Pisa y Sarzana y otros algunos lugares de aquella señoría quedasen en poder del Rey de Francia, con que la cibdad quedase libre. Cuando los del bando de Pazis supieron aquel partido que Pedro de Médices había hecho con el Rey de Francia, caluniáronlo tanto y indinaron tanto al pueblo, que luego á la hora enviaron á llamar aquel Pedro de Médices para que viniese al senado á dar cuenta de lo que con el Rey de Francia había tratado. Y el dicho Pedro de Médices vino luego, y les dijo que él había hallado muy indinado al Rey de Francia contra ellos y contra la cibdad, por la amistad en que hasta allí habían estado con

sus enemigos, y que aquel era el partido más provechoso que había podido hacer, y que él como hijo de aquella cibdad había tratado aquel partido y aquella paz la más segura que pudo.

El pueblo estaba muy indinado contra él, así los del bando contrario como los de su bando. Fuéle luego mandado al dicho Pedro de Médices que dentro de una hora saliese de la cibdad y no volviese á ella jamás en su vida; y luego fué hecho público decreto sobre ello, y asentado en los libros del senado por enemigo de la cibdad, y fué su hacienda confiscada, y luego enviaron nuevos embajadores al francés, en que le pidían que la cibdad y todo su Estado quedase libre. El Rey los recibió muy bien y se fué derecho á Florencia, entrando el mes de Noviembre del año de mil cuatrocientos noventa y cuatro años. Y el día que el Rey entró en Florencia murió en ella Juan Francisco Pico, Conde de Concordia y señor de Mirandula, el más señalado de su tiempo, y aun de muchos años atrás, en todo género de letras, así humanas como divinas, y en todo género de virtudes que en un hombre se pudieren hallar. Luego los astrólogos judiciarios pronosticaron que francés volvería desdichadamente de aquella jornada, y roto y desbaratado y el mal suceso que habría así él como su ejército. Los florentinos hicieron muy solene recibimiento al francés, y con muy grandes fiestas, y le hicieron muy grandes servicios y presentes.

## CAPÍTULO XI

*De lo que hizo el Papa Alejandro sabido que el Rey de Francia quería ir por Roma, con lo que más avino.*

Estando el Rey Charles en Florencia, vino á él de parte del Papa Francisco Picolomeneo, Cardenal de Sena, el principal del Collegio de los Cardenales, al cual halló ya partido, y alcanzó en Luca, al cual hizo saber cómo venía de parte de Su Santidad. El Rey le envió á decir que lo recibiría como á Cardenal de Sena, y no como á Legado del Papa. El Cardenal le replicó que como Cardenal no tenía que consultar con él, y se despidió y se volvió para Roma. Estando el francés aquí en Luca, llegaron dos embajadores venecianos. El uno se llamaba Dominico de Treviso y el otro Anto-

(1) Nota marginal: Pedro de Médices, hijo de Lorenzo de Médices.

(2) Nota marginal: Papa León, hermano de Pedro de Médices.

nio Lauretano, los más principales y más nobles de aquella Señoría, á los cuales mandaron los venecianos que acompañasen al Rey hasta Roma y trabajasen con él entrase pacíficamente en ella. El Rey escribió al Papa diciendo cómo él quería ir por Roma á tomar el reino de Nápoles, que de derecho le pertenecía, y que pasaría por Roma sin hacer en ella perjuicio alguno, ni á la Sede Apostólica ni á otra persona particular. El Papa le replicó le pluguiese dejar el camino de ir á Roma, así por la falta de mantenimientos que en ella había á la sazón, como porque entrando él en la cibdad habría algunos movimientos, por las parcialidades que en ella hay, y que tomase ejemplo en el Emperador Carlo Magno, de quien él descendía, que habiendo venido desde Francia á Italia y habiéndola librado de los enemigos y tiranos que la tenían opresa y tiranizada, y dejándola puesta en toda libertad por no dar pesadumbre á la cibdad dejó todo su campo junto á Pavla, y él solo y sin armas vino á Roma á ver al Papa. Al cual replicó el Rey que todavía determinaba de ir por Roma, y fué por Sena y Viterbo derecho á Roma.

Virginio Ursino, aquel capitán que dijimos del Rey Alfonso, y el principal de aquella parcialidad de los Ursinos, visto que todas las tierras por donde el francés pasaba se le daban, aconsejó á sus hijos entregasen sus tierras al francés, porque era muy mejor recibir al enemigo pacífico que airado, y él estuvo en Roma con el ejército. El Papa, sabida la determinación del francés y que él no tenía caudal para le defender la entrada, persuadió al Duque de Calabria, Fernando, y á Virginio Ursino que se saliesen de Roma y se conformasen con el tiempo, y lo dejasen pasar, esperando otro tiempo, que no podría mucho tardar; porque al presente aquello era lo que más les cumplía. El Duque Fernando, que allí era venido para defender la ciudad, quisiera mucho esperar allí á los franceses, mas por obedecer al Papa, y ellos porfiaron que les diese su Santidad licencia para esperar allí al francés. El Papa les dijo que á él y á ellos les cumplía dar lugar al tiempo, y que él esperaba en Dios que presto verían tal mudanza que todo sucediese en bien; y que pues otra cosa no podía hacer al presente, lo quería dejar pasar por Roma, hasta que Dios proveyese de remedio, cuál él fuese servido.

## CAPÍTULO XII

*De cómo el Rey de Francia entró en Roma y de lo que hizo el Papa, y asimismo el Rey Alfonso de Nápoles.*

El Rey de Francia entró en Roma á los treinta días de Diciembre del dicho año de mil cuatrocientos noventa y cuatro años. Entraron con él cuarenta mil hombres, aunque cuando bajó los Alpes venían cincuenta mil. Entraron con él el señor Ascanio Esforcia, Cardenal hermano del señor Ludovico Esforcia y el Próspero Colona, y Julian, Cardenal de Sant Pedro Advíncula, que después fué Papa Julio. Entró el Rey en Roma de noche. Qué causa fuese, hubo diversos pareceres; los más decían porque pareciese más la gente que traía de noche más que de día. Otros decían, porque no le fuese hecho algún mal de los muchos que en aquella cibdad por diversas vías se suelen hacer, por hacer algún servicio al Papa. Otros decían, y fué lo más cierto, por poner espanto á toda la ciudad, porque mucho más temible es el sentido del oído que no el de la vista. El Rey se fué á aposentar á Sant Marcos y toda la gente se fué á aposentar por las casas de la cibdad.

Había cada día alborotos y muertes por la poca paciencia de los franceses. El Papa tenía muy proveído y fortalecido el palacio sacro, y á Sant Angelo, con el cual estaban los principales Cardenales; principalmente estaba, que nunca se quitó de su lado, el Cardenal Baptista Ursino, que nunca jamás quiso ir á ver al Rey, como todos los otros hicieron. Decía públicamente que nunca quisiese Dios que él seyendo cristiano viniese á Roma estando mal con el Vicario de Dios, que él bien podría perder la vida, mas nunca haría cosa tan ajena de cristiano. Todos los otros Cardenales estaban ordinariamente en casa del Rey, y algunos de aquel Colegio aconsejaban al Rey que quitase el pontificado al Papa, que ellos darían muy bastantes causas y razones para haberlo de descomponer. El Rey no se puso en ello; verdad sea, que algunas veces bravo-seando dijo que él haría allanar por tierra al palacio sacro y á Sant Angelo; mas al fin no le plugo aquel medio. Al fin se concertaron mediante personas de buen celo que entrevinieron entre ellos. El Rey se fué al palacio sacro y besó los pies al Papa, según católico Rey, y

fué muy bien recibido del Papa, y se conversaron con mucho amor, á lo que de fuera pareció; y quedaron grandes amigos, pensando cada uno de engañar al otro. Hizo allí dos Cardenales criados del Rey, entrambos bretones: Guillermo, obispo de Narbona, y Philippo, otro perlado. Hicieron entrambos tratos y capitulaciones en esta manera. El Rey que le entregase al castillo de Sant Angelo para que dejase allí puesto un castellano y le diese en rehenes á su hijo César Borja, Cardenal de Valencia, que estuviere con él cuatro meses; y más le diese á Giugimi, hermano del gran turco Bajaceto, para lo llevar consigo, para desde Calabria hacer guerra al gran turco su hermano. El Papa le entregó á su hijo Duque de Valentinois (1) y al hermano del turco. Fué hecha esta concordia á los quince días de Enero del año del Señor de mil cuatrocientos noventa y cinco años, y luego dende á seis días partió de Roma.

### CAPÍTULO XIII

*De lo que aconteció al Rey de Francia después que partió de Roma, y lo que el Rey Alfonso de Nápoles hizo.*

Partido que el francés fué de Roma, Giugimi murió en el camino, quisieron decir que iba toxicado, porque su hermano Bajazeto, gran turco, teniendo dél gran temor por ser muy quisto en toda Turquía, había enviado al Papa, ó á su hijo el cardenal de Valencia, César Borja, gran suma de dineros y ciertas reliquias porque lo toxicasen; mas yo no puedo creer que el Papa hiciese tal cosa, seyendo tan cristiano (2). Mas al fin él murió de yerbas según se creyó. César Borja se volvió del camino dende á cuatro días.

Entretanto que el Rey de Francia estaba en Roma, considerando el Rey Alfonso que según su mala condición y soberbia, avaricia y mal tratamiento, con que aquel reino había gobernado y señoreado, él estaba en odio de todos, así grandes como pequeños, lo cual él sabía de cierto, y que no habría llegado el Rey de Francia á la raya de aquel reino cuando todos se le darían por desechar de sí aquel señorío. Sabía asimismo cómo el Du-

que Fernando su hijo era muy quisto, así de grandes como de pequeños, y muy amado de todos. Era á la sazón de veinte y seis años de su edad, muy sabio en las cosas de la guerra y muy sufrido, muy liberal, que hace á los príncipes ser amados de todos, y para conservar la gente muy bastante. Al cual el Rey Alfonso su padre habló desta manera: «Yo sé por cosa muy averiguada, hijo Hernando, que no habrán llegado los franceses á este mi reino cuando lo ocuparán, porque ninguna resistencia hallarán en mis súditos, por el odio que siempre me han tenido, por el mal tratamiento que yo siempre les he hecho, y por la gran codicia y gran soberbia que con ellos en los tiempos pasados he usado. Asimesmo sé cuán amado has sido siempre de todos ellos, por las buenas y grandes partes que tienes, y aunque el reinar, hijo Hernando, es cosa que nadie la debe dejar, aunque sea por sólo un día no más, yo te renuncio este reino, que después de mis días habla de ser tuyo, y desde agora te lo paso con todo el imperio y mando dél, y para que tú lo tengas, gobiernes y lo defiendas de los franceses. Yo sé que todos del reino te lo ayudarán á defender por el grande amor que siempre te han tenido. Yo me retraeré á Sicilia y pasaré allí lo que me resta de la vida, como hombre particular y privado». Luego tomó todas las joyas y tesoros que tenía, y las hizo poner en cinco galeras y las envió á Sicilia, y él se fué allá; y el Rey Alfonso tomó hábito de clérigo, abierta la corona, y favoreció á su hijo Hernando no sólo con consejos y avisos, mas aun con todos sus tesoros y joyas, como hemos dicho.

Algunos veyendo tan gran mudanza en un Príncipe tan magnánimo como lo éste era, sospechando que viéndose desesperado del Papa y de sus amigos de Italia, en cuya ayuda tenía toda su confianza, y más seyendo tan mal quisto, por la dura y áspera gobernación suya, que con una desesperación en que cayó había dejado el reino; mas esto parece muy diverso del gran corazón que para todas las prósperas y adversas fortunas, porque había pasado, siempre tuvo.

Otros quisieron decir que había prometido de ser religioso; mas esto parece no haber lugar á tal sazón ni á tal coyuntura; mas ello sea lo uno ó lo otro, él dejó el reino el mismo día que cumplía un año que el Rey Ferrando su padre era muerto, y él alzado por Rey.

(1) Nota marginal: Al castillo de Santo Angelo no lo quiso entregar.

(2) Nota marginal destruída por la humedad.



## CAPÍTULO XIV

*De lo que hizo el nuevo Rey don Fernando en tomando la posesión de su reino, y asimismo lo que el Rey de Francia.*

Todos los de aquel reino se holgaron extrañamente en se ver libres de la tiránica sujeción del Rey Alfonso, y se ver en el señoría del Rey Fernando, á quien, como hemos dicho, amaban mucho, porque no vían en él cosa que fuese de mozo y vían en él una gran muestra del Rey Alfonso su bisagüelo. Pues el nuevo Rey Fernando juntó su ejército, en que había cinco mil hombres de armas y quinientos caballos ligeros y cuatro mil soldados, y con este campo se puso junto á Sant Germán. Como el Rey de Francia supo el sitio que el Rey Fernando tenía cabe Sant Germán, mandó que parte de su ejército fuese por la Pulla para le tomar las espaldas; y con la otra parte comenzó á caminar derecho á Sant Germán. Salió de Roma con sus batallas concertadas, y fué camino de aquel reino, á buscar al Rey Fernando.

## CAPÍTULO XV

*De lo que pasó á Antonio de Fonseca, embajador de los Reyes de España, con el Rey Carlos en Marino, una villa de Colonese.*

Pues salido el francés de Roma, olvidadas las promesas y capitulaciones que con los Reyes de España dejaba hechas de no ser contra la Iglesia ni contra su patrimonio, habiendo dado su fe real y firmado los capítulos, comenzó á tomar los lugares de Colonese por do pasaba, y los de la Iglesia, que tomó á Marino, que es de Colonese, y á Pelitre y á Tarrachina, que son de la Iglesia. Iba con el Rey de Francia don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Córdoba, el cual suplicó al Rey se acordase de guardar lo que con el Rey don Fernando de España había capitulado, lo que el francés no quiso guardar. Y á esta sazón llegó Antonio de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, hermano del dicho Obispo de Córdoba que allí venía, y después de haber dado su creencia, el francés le dijo que dijese lo que le era mandado. Antonio de Fonseca le dijo: «Sire, ¿por qué no guardas las capitulaciones que con los Reyes de España capitulaste en

ningún tiempo ser contra la Iglesia Romana y contra su patrimonio?». Y le puso los capítulos en sus manos, firmados de su misma mano. El Rey se los volvió y le mandó que los leyese, los cuales estaban en latín. Y leyéndolos Antonio de Fonseca, los que estaban bien al Rey decía: «Está bien fecho»; los que no le agradaban, él mesmo con una pluma los borraba y rayaba; y así borró y canceló siete capítulos, los más necesarios á la honra, autoridad y provecho de los Reyes de España, y de sus reinos, y de la Sede Apostólica, y del Sancto Padre, y del patrimonio de la Iglesia.

Visto por Antonio de Fonseca cómo el Rey quebrantaba su palabra y no la quería cumplir, dijo al Rey: «Pues Vuestra Alteza ha quebrantado su palabra y borrado los (') capítulos, yo doy todos los otros por ningunos». Y con ambas manos, como caballero esforzado y leal á su Rey, los rasgó y hizo pedazos. Y así resgados, los echó á los pies del Rey y se inclinó antél. El Rey, espantado de tal osadía, le echó mano de los cabezones y le dijo: «No te partas de mí, porque los míos, visto el desacato que has tenido contra mí, no te maten». Venía en servicio del Rey Salazar el mozo, hijo de Salazar, que había casado en Francia, al cual mandó que con doscientos hombres de armas le pusiese en salvo en Roma; que nunca Dios quisiese que un hombre de tanto esfuerzo y valor como él no sacase el fruto de su ánimo y corazón. Lo cual así fué hecho, que se metió con Garcilaso de la Vega en el castillo de Santángelo. Luego esa noche huyó el Cardenal de Valencia, César Borja, que iba como dijimos en rehenes, visto como el Rey trataba el patrimonio de la Iglesia.

## CAPÍTULO XVI

*En que el autor da cuenta de las causas que movieron al Rey Charles á entregar á los Reyes Católicos el condado de Ruisellón, que el Rey Charles les entregó cuando pasó á Nápoles.*

Porque algunos han culpado á los Reyes Católicos de España sobre los capítulos que Antonio de Fonseca rasgó, quise poner aquí la historia verdadera de cómo pasó, y fué

(1) Nota marginal: Heroico atrevimiento.

desta manera: Haciéndose muy cruel guerra el Rey don Juan de Aragón, padre del Rey don Fernando (1), y su hijo don Carlos, de la primera mujer, con el cual se habían rebelado los catalanes contra el Rey, y le hacían guerra á fuego y á sangre. Visto el Rey don Juan el poco fruto que hacía, veyéndose con necesidad de dineros, rogó al Rey de Francia Luis undécimo, al cual empeñó cuatro castillos con las cibdades en que están en el condado de Ruysellón, que son Perpiñán, la Bellaguardia, Roca y Colibre, por cierta suma de coronas de oro, con la cual suma de dinero tomó y sojuzgó á Barcelona, y á todo el condado de Barcelona. Las cuales cuatro piezas llevó mucho tiempo las rentas de ellas; las cuales tuvo hasta que murió el Rey don Juan de Aragón, que fué en el año de mil y cuatrocientos y setenta y nueve del nacimiento de Cristo. El cual ni en vida ni en muerte pudo pagar el empeño, y tuvo aquellas plazas hasta que el dicho Rey Luis de Francia murió, que fué en el año del Señor de mil y cuatrocientos y ochenta y uno años; y mandó en su testamento, que pagando el Rey don Fernando de España la suma del empeño quel Rey su padre don Juan había recibido, que le entregase aquellas cuatro plazas; y esto dejó mandado en su testamento al Rey Carlos su hijo, que le sucedía en el reino; al cual le dejó muy encargado, so pena de su maldición, que lo cumpliera. El Rey Charles y sus tutores jamás quisieron recibir los dineros del empeño, aunque por muchas veces fueron requeridos por el Rey de España; nunca deliberaron de les entregar aquellos castillos, hasta que Dios lo proveyó como él fué servido.

## CAPÍTULO XVII

*De cómo el Rey de Francia entregó el condado de Ruysellón á los Reyes de España, y en qué manera.*

El Rey de Francia jamás quiso entregar el condado de Ruysellón á los Reyes de España, aunque le fué mandado por el Papa, y respondió que en acabándose la guerra de Gra-

(1) Nota marginal: Este Rey don Fernando de Aragón fué casado primera vez con hija de don Carlos Rey de Navarra, de la cual hubo un hijo llamado don Carlos. Muerta esta primera mujer, casó con doña Juana hija del Almirante de Castilla, de quien hubo al Rey don Fernando V el Católico.

nada lo entregaría. Acabada la guerra el Rey y la Reina se fueron á Barcelona, y desde allí le enviaron á requerir que les entregase aquel condado, y tampoco quiso, hasta que luego adelante en el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres murió el Rey don Fernando de Nápoles, y sucedióle en el reino el Rey Alfonso, de quien atrás hemos dicho, que llamaron el Guercho, hijo de su primera mujer. El cual como dijimos era muy mal quisto por su mala condición y mal tratamiento que hacía á sus vasallos. El Rey de Francia tenía muy gran codicia de adquirir aquel reino de Nápoles, que le decía pertenecer por cierto derecho antiguo del Duque de Angiers y de otros predecesores suyos; y por ir más seguro de no dejar cosa que le pudiese estorbar su jornada hizo paces perpetuas con Maximiliano, Rey de romanos, con quien tenía grandes enemistades y guerras por haber dejado á madama Margarita, su hija, con quien estuvo otorgado para se casar, por casar con madama Ana, Duquesa de Bretaña, con quien casó; y desde entonces se metió aquel estado en la Casa de Francia, y vino á todo lo que Maximiliano le pidió. Asimismo hizo paz con Enrique octavo, Rey de Inglaterra, y le dió todo lo que le pidió, y juntamente envió á decir á los Reyes Católicos que enviasen á tomar el condado de Ruysillón, enviando los dineros del empeño, y hicieron paces y amistad perpetua de ser amigos de amigos y enemigos de enemigos, sin sacar á persona alguna, salvo que los Reyes Católicos nunca quisieron otorgar menos que si fuese contra la Iglesia, ó su patrimonio, que en tal cosa que no valiesen nada las capitulaciones. Lo cual el francés otorgó y lo firmó de su mano, con aquellas solemnidades que se requerían en tal caso. Otorgadas y firmadas las capitulaciones, los Reyes de España enviaron los dineros del empeño, y el Rey Charles les mandó entregar el Condado de Ruysellón libre y desembarazado, y los dineros del empeño. El Charles invió á la Reina doña Isabel diciendo que fuesen para ayuda de los gastos que en la guerra de Granada había hecho, por mostrar su munificencia y liberalidad. Otros decían que lo hacía por descargo de su conciencia, y por descargar el ánima de su padre y la suya, por muchos males que en aquel Estado había hecho, porque destruyó y asoló muchos lugares de aquel condado, una vez que Perpiñán

se rebeló contra él, que jamás hasta hoy se pudieron restituir ni poblar. También el Papa le había mandado muchas veces les restituyese los daños y pérdidas que en aquel Estado habla hecho. Luego los Reyes de España fueron allá y lo cobraron, á los treinta años que había que estaba enajenado.

### CAPÍTULO XVIII

*De lo que el Rey de Francia hizo después que Fonseca le resgó los capítulos, y el Cardenal hijo del Papa se volvió á Roma, y asimismo lo quel Rey Fernando de Nápoles hizo.*

El Rey de Francia volvió á Roma porque quedó muy enojado de lo que pasaba, y pasó el Tíber por Pontesisto, y tomó á Civitavieja y á Viterbo, y á Monterós y á Monterocano, y á la fortaleza de Ostia, de quien adelante diremos, que se la entregó el Cardenal Ascanio Sforcia; en la cual dejó puesto un alcaide llamado Menaldo Guerra, vizcaíno, un gran tirano, de quien diremos adelante; y el Rey volvíó por allí á pasar el Tíber, y se tornó para el camino de Nápoles, y fué camino de Sant Germán á buscar al Rey Fernando, que sabía que lo estaba allí esperando.

El Rey Fernando, considerando el grueso ejército que por Pulla le venía y el que delante esperaba, y que la gente no estaba tan ganosa de pelear como él quisiera, asimismo le comenzaban á faltar los mantenimientos, determinó de se retraer á Nápoles y á Capua, para defender aquellas plazas á los franceses que llegaban á Corbión, y les convidó con la batalla. Los cuales no la aceptaron hasta que todo el campo fuese junto, y luego se juntó más cerca dellos.

Estando aquí recibió cartas de Nápoles, de la cibdad, cómo habían sentido algunos desleales que temían se querían alborotar y tomar la voz por Francia. Visto el gran poder que traían, que le suplicaban que en todo caso se retrajese á la cibdad, porque no hobiese alguna rebelión. El Rey dejó junto á Capua su campo con aquellos capitanes muy señalados, que en aquel tiempo eran los más principales, conviene á saber: Nicolao Ursino, Conde de Petillán, Virginio Ursino y Jacobo Triulcio, y él se fué á la mayor priesa que pudo á la cibdad, á la cual halló más sosegada de lo que pensó. Mandó luego juntar

á los principales de aquella cibdad, y hablóles desta manera.

### CAPÍTULO XIX

*De un razonamiento quel Rey Fernando hizo á los vecinos de la cibdad de Nápoles.*

«Bien sé yo, y no se puede negar, nobles caballeros, honrados cibdadanos, que ninguna defensa cierta y firme puede haber en cualquiera reino mayor que la voluntad, amor y deseo de los naturales de aquel mesmo reino. Ningunos muros, ningunas armas, ningunas defensas y fuerzas, ningunas fortalezas, tienen los Reyes más fuertes que las voluntades de sus súditos, más que los grandes ejércitos de gentes. Lo cual pluguiera á Dios hubiera hecho el Rey Alfonso, mi padre, y el Rey Fernando, mi agüelo, que así como en las otras virtudes sobrepujaron á todos los Príncipes, así los quisieran vencer en este género de alabanza, y pluguiera á Dios que se desvelaran en esto, para que fueran amados y queridos de todos aquellos á quienes señorearon. Mas yo os ruego, mis grandes amigos, que á esta sazón no trayáis á la memoria lo que ellos hicieron, aunque según las muchas guerras hicieron y el poco sosiego de aquel tiempo, merecen en alguna manera ser perdonados: Muchas cosas hicieron de sabidas, y que parecieron injustas con las rebeliones y levantamientos del reino, que no las hicieran estando pacíficos en él. Lo que agora, mis grandes amigos, os ruego, que no miréis lo que ellos hicieron, ni cómo se hobieron con vosotros, mas mirad á la esperanza que siempre de mí habéis tenido, así en lo público como en lo secreto. Aquella poned hoy delante los ojos, y sí en algún tiempo en mí habéis visto alguna buena señal de lo porvenir, aquello mirad hoy. En esta cibdad nació; entre vosotros me criastes y doctrinastes; aquí deprendí las letras y costumbres que en mí habéis visto, y los primeros ejercicios de guerra. Aquí me amastes siendo mocho, y después me aprobastes de más edad, y según yo pienso, si no estoy engañado, después que fui mayor, ni hice, ni dije, ni pensé cosa que no fuese provechosa al pueblo y á su quietud y descanso, muy ajeno de toda cosa deshonesta. Todas estas cosas que he dicho pueden dar señal de mi templanza, cle-

mencia y buena gobernación; esto mismo os ruego por aquella dignidad que á los Reyes se debe, el cual nombre siempre ha sido grato á esta cibdad. Os ruego, amigos míos, que la fidelidad que á la Casa de Aragón siempre habéis tenido de cuarenta y seis años á esta parte, hasta el día de hoy, esa mesma queráis guardar en esta novedad, en esta guerra que al presente tenemos entre las manos, y me ayudéis á defender esta cibdad y á toda Italia juntamente con ella de unos tan crueles y bárbaros enemigos como son los franceses. Yo no sé cuál vicio es mayor en ellos, ó la crueldad ó la avaricia. No queda lugar en toda Italia que á esta gente se haya rendido con poco ánimo, donde no hayan forzado las doncellas y las casadas, tomado las haciendas, robado las iglesias con todos los otros males que aun hasta los enemigos infieles jamás se halla haber hecho. Porque si agora que tienen la victoria incierta hacen eso, ¿qué os parece harán cuando sean señores dello? Porque agora cuando habían de mostrar toda templanza, toda castidad, son tan destemplados, tan deshonestos, ¿qué creéis ejecutarán cuando alcancen lo que desean? Ningún género de crueldad ni de avaricia dejan de hacer en las gentes extranjeras que señorean. ¿Pensáis que porque alguna parte de Italia se les haya dado, por eso se ha de desesperar de la victoria? Ellos vienen por Italia, no como gente de guerra, sino como gente bárbara, haciendo insultos y deshonestidades. Yo les salí al encuentro cerca de Rávena y les convidé con la batalla, y no solamente no osaron, mas aun dejaron el camino que llevaban, y se volvieron la vuelta de Florencia. Otra vez los salí á recibir junto á Roma, y tampoco osaron ni llegar á Roma, hasta que el Papa les dió licencia para ello. Estotro día junto al Garellano les convidé con la batalla, y jamás la quisieron acetar. Ningún lugar han tomado por fuerza de armas, sino por trato y por la falta de los enemigos».

## CAPÍTULO XX

*En que el Rey Fernando prosigue su razonamiento á los vecinos de la cibdad de Nápoles.*

«Dejan los franceses tan destruídas las tierras que se les han dado de su voluntad, sin

premia ninguna, que quisieran más haber muerto defendiéndolas que no ver delante de sus ojos cosas tan enormes y feas. Los huéspedes quedan destruídos y sus casas deshonradas. Yo me vine de Saint Germán, adonde tenía mi ejército, no por miedo de ellos, sino porque supe que eran entrados en Pulla, y por veniros á defender. Yo tengo agora ni ejército en Valtierra con muy buenos capitanes y muy fieles, con muy escogida gente; de donde espero, con la ayuda de Dios y vuestra fidelidad, que los haremos volver atrás, como muchas veces han hecho sus pasados. A todos es manifiesta la poca constancia de aquella gente, y cuán poco sufridores son de los trabajos: que no tienen de hombres sino aquel primero ímpetu, y luego aquel pasado, son menos que mujeres. Muchas veces en los tiempos pasados vinieron á Italia y la alborotaron, como agora han hecho. Parecieron al principio temibles y luego fueron rotos, desbaratados y muertos, y muy pocos volvieron á Francia. No son gente de industria, sufrimiento y templanza con amigos ni enemigos. De una cosa os hago ciertos: que si con ánimos de varones los quebrantásemos la loca soberbia que traen, que luego toda Italia se ha de juntar con nosotros contra ellos. Ruégoos, amigos y hermanos míos, me ayudéis á defender esta cibdad y á quebrantar la loca soberbia de aquestos borrachos. Una cosa sabréis de cierto, que si en esta necesidad en que estoy, como varones me ayudáis á defendella, que lo que yo tuviere así en ella como en todo el reino será para lo repartir por vosotros, y tenello de vuestra mano, y si, lo que Dios no quiera, este socorro no me ayudades á hacer, después, cuando no lo podáis remediar, veréis el mal consejo que tomastes. Yo cumpliré lo que debo así á la dignidad real como lo que debo á quien soy, ó vencer peleando ó morir en la batalla, así que el mesmo día que comience á reinar sea el postrero de mi vida».

Los vecinos de la cibdad le respondieron más tibiamente de lo que él quisiera, diciendo que ellos quisieran que aquella cibdad tuviera más fuertes muros y puesta en más fuerte sitio, para la poder defender del furor de aquella gente; mas bien via su Alteza de la manera en que estaba, que él trabajase que los franceses no llegasen á la cibdad, que ellos perseverarían en la fidelidad que á la

Casa de Aragón debían, y que entre tanto que Capua se defendiese que ellos perseverarían en hacer lo que debían; mas que si los de Capua no se podían defender de los franceses, ni ellos tampoco podrían, y que sería muy mejor que recibiesen al enemigo pacífico, esperando otro tiempo, en que pudiesen mostrar la voluntad fiel que tenían, que ésta jamás se mudaría de la Casa de Aragón, como ellos viesan tiempo para ello. El Rey les respondió que les agradecía su buena voluntad, y que lo que ellos decían era lo más seguro.

### CAPÍTULO XXI

*De lo que el Rey Fernando hizo vista la voluntad de los naturales de la cibdad de Nápoles, y lo que el francés hizo llegando á Nápoles.*

El Rey Fernando se salió de la cibdad y se fué derecho á Capua á se juntar con sus capitanes, determinando de defender á Capua á los franceses; y en llegando á Aversa le llegó nueva cómo los franceses habían tomado á Capua, y su ejército roto y desbaratado. Y la causa fué que Triulcio, uno de los tres capitanes que el Rey Fernando allí había dejado, se pasó al Rey de Francia. Verdad sea que él publicó que lo había hecho por mandado del Rey de Nápoles Fernando, para tratar con él de paz, mas esto fué por color que Triulcio dió, mas no porque fuese verdad. Visto por la gente de guerra la ida de Triulcio, comenzáronse á motinar y desampararon las banderas y robaron lo que el Rey allí tenía, y todo lo que más pudieron y dejaron á sus capitanes, porque les pareció de andar con el tiempo y seguir al vencedor. El Conde de Petillán y Virginio Ursino, con la gente leal que les quedó, se fueron á Nola á esperar allí á los franceses, como hombres que querían antes morir haciendo lo que debían, que no mudarse con la fortuna como Triulcio había hecho. Los franceses los cercaron en Nola, y ellos como varones pelearon con grande ánimo; mas viendo que los contrarios eran muchos y ellos pocos, y que no se podían defender mucho, conformándose con el tiempo, se dieron. El Rey de Francia los mandó echar en prisiones. El Rey Fernando se volvió á Nápoles y se metió en la fortaleza y la fortaleció lo mejor que pudo, pensando de conservar á los vecinos de aque-

lla cibdad. Mas la fortuna, por usar de lo que ella suele hacer, todos sus pensamientos desbarató, que tres días después de su vuelta á Nápoles se entregó al Rey de Francia. En los cuales tres días el Rey sacó todo lo que pudo sacar de la fortaleza, y lo hizo meter en las naos. Estándolo haciendo pasar á las naos, vió desde una torre cómo los vecinos de la cibdad robaban la caballeriza del Rey; mas como el Rey lo vido, encendido en ira, sin más mirar lo que de allí se le podía recrecer, estando todos armados y esperando á los franceses, el Rey solo sin llamar á nadie, como se halló, fué allá á lo estorbar y á castigar aquel insulto.

Aquí aconteció una cosa de maravillar: que estando todos puestos en armas, y toda la cibdad esperando que viniese el francés, visto el Rey, aunque venía solo, todos le obedecieron y le tuvieron aquella mesma obediencia y reverencia como cuando más en su prosperidad podía estar. ¡Tanto es el acatamiento que allí se tiene al Rey! Vuelto el Rey á la fortaleza, soltó de las prisiones á los principales caballeros que tenía presos, y mandó poner fuego á la casa de las armas y á otros edificios de que los franceses se podían aprovechar, y tomando consigo á su tío Federico y á su madrastra y criados, se pasó á Castil del Ovo. Esto fué en fin de Enero del año de mil cuatrocientos noventa y cinco años.

### CAPÍTULO XXII

*De cómo otro día entró el Rey de Francia en la cibdad, y de lo que le aconteció al Rey Fernando con el alcaide de la isla de Ischia.*

Luego otro día que el Rey Fernando se fué de la cibdad, entró el francés en la cibdad de Nápoles. Rompieron un lienzo del muro, por do entrase, la cual honra solían hacer los griegos á los varones insignes, que eran vencedores en los juegos olímpicos que se hacían al pie del monte Olimpo, de cuatro en cuatro años. Desdel Castil del Ovo el Rey Fernando se fué con veinte y dos galeras á la isla de Ischia en frente de la cibdad de Nápoles, adonde hay una fuerza la más fuerte de toda la cristiandad, y es inexpugnable, para desde allí esperar el suceso de las cosas. El alcaide que allí tenía puesto el Rey, no se acordando de la lealtad que á su Rey y señor

debía, veyendo la fortuna habersele mudado, hizo él otro tanto. No le quiso recibir en la isla, antes le dijo que la quería entregar al Rey de Francia; que ni bastaron ruegos, ni dádivas que le ofreció para que allí lo recibiese. El Rey le dijo, que pues así lo quería, que él se pasaría á Sicilia con sus galeras, que le rogaba que á él solo y desarmado le dejase subir arriba á consultar con él ciertas cosas que eran en provecho suyo y dél mesmo que tratase con el Rey de Francia, y ofreciéndole cierta suma de dinero y muy gran cantidad dél. El alcaide, visto que sola su persona y desarmado había de subir, y la codicia del dinero que le ofrecía, dejólo subir á él sólo hasta la puerta de la fortaleza, allá arriba en lo alto; y entró él solo y en cuerpo con intención de le mandar volver á la flota que abajo dejaba, para lo cual tenía el alcaide muy buen recaudo que nadie en ninguna manera pudiese subir. Estando el alcaide armado, y todos los de la fortaleza asimismo, arrededor del mesmo armados, desde vido el Rey que ninguna cosa aprovechaba con él ni con ellos, sacó muy presto un puñal pequeño que llevaba en la manga del jubón metido, y juntóse con él, y dióle de puñaladas; y luego tomó una arma con que se comenzó á defender de la gente que allí estaba, y les habló desta manera: «¿No os está mejor á vosotros, amigos y hermanos míos, seguir á vuestro Rey natural, de quien recibistes buen tratamiento, y recibiréis de aquí adelante mejor, y muchas mercedes, que no seguir á un traidor desleal? Sosegaos y reposad, y ayudadme á defender esta isla de los franceses, que presto veréis con la ayuda de Dios mudada la fortuna y ellos echados del reino». Estas y otras palabras les dijo, y él entre ellos como un león, con sola una alabarda. Ellos vista la determinación del Rey y la razón grande que había, y conocida la persona del Rey, se aplacaron y pusieron las armas á los pies del Rey, y todos le besaron las manos y le ofrecieron de morir en su servicio; y echaron al alcaide muerto de allí abajo á la mar. Luego subieron todos los de las galeras, y lo que en ellas traía á la fortaleza, y allí recogieron todo lo que había sacado de Castil del Ovo. Luego vinieron todos los del Reino y las cibdades á dar la obediencia al francés, el cual tomó la fortaleza que luego se le entregó, de manera que en todo el reino no quedó una almena que

no se le entregase. Desta manera fué el Rey Fernando despojado de aquel reino, á los sesenta y seis años que su bisaguelo el Rey Alfonso primero lo había ganado, echando dél al Duque de Angiers y á la Casa de Francia que le favorecía. El Rey Fernando se pasó á Sicilia, á se ver con el Rey Alfonso su padre.

### CAPÍTULO XXIII

*De cómo Gonzalo Hernández de Córdoba, que por sus grandes hazañas alcanzó nombre de Grande, aportó con su armada en Mecina de Sicilia, y de la guerra que hizo al Rey de Francia.*

Ya dijimos en uno de los capítulos pasados cómo el Rey Alfonso, antes que dejase el reino á su hijo, había enviado á aquel su secretario Bernardo de Bernardis á los Reyes de España, sus tíos, á les pedir socorro y ayuda para defender aquel reino, pues que perdiéndose aquél, el francés no reposaría sin que hiciese guerra á la isla de Sicilia. Los Reyes de España, con toda la presteza que pudieron, escogieron en todos sus reinos y señoríos á Gonzalo Hernández de Córdoba para ir á aquel reino á hacer guerra al Rey de Francia y lo echar dél. El cual llegó á Mecina, cibdad de Sicilia. Llevaba cinco mil infantes españoles y seiscientos hombres de caballo, á la usanza de España jinetes, y llegó á Mecina al mesmo tiempo que el francés había entrado en la cibdad de Nápoles y el Rey Fernando en Ischia. El Gonzalo Hernández, luego en llegando, desembarcó á Sicilia, á se ver con el Rey Fernando, el cual les fué á besar las manos, así al padre como al hijo y les dijo cómo él era allí venido por mandado de los Reyes de España, sus tíos, para les servir. Les suplicaba que le diesen licencia para luego otro día entrar en aquel reino, por el Faro á Calabria, porque los franceses no estuviesen tan de reposo en aquel reino; que él esperaba en Dios y en la mucha justicia que tenían á aquel reino, que presto los echarían dél. El Rey Fernando lo recibió muy bien, y le dijo: «Sin duda, señor Gonzalo Hernández, puede v. m. veer que en mis adversidades ninguna buena ventura me podía venir como en ver á vuestra persona, y tengo tanta esperanza, que aunque sólo vos viniéradés sin más gente de guerra, tuviera por

cierta la victoria. En lo que dice que comencemos la guerra, lo mesmo me parece á mí. Yo, señor, seguiré á v. m. con los que á mí me seguirán, así en esto como en todo lo que á v. m. pareciere». Gonzalo Hernández mandó que todos estuviesen á punto para otro día pasar el Faro, y combatir en Calabria á Rijoles, que es la primera plaza que allí hay. Iba con el Rey Fernando don Iñigo de Cardona, el cual tenía mucho crédito en aquella isla de Sicilia. Era cuñado de don Alonso de Avalos, capitán del Rey Fernando. Gonzalo Hernández mandó que todos madrugasen, porque cuando amaneciese estuviesen combatiendo á Rijoles. Allí les dijo que se acordasen de ayudar aquel Rey desheredado, á quien los franceses con su sobrada codicia habían quitado el reino; natural del reino de España, sobrino de los Reyes de España, con otras palabras con que los puso nuevos corazones.

Las más cibdades de Calabria, visto el socorro que de España al Rey Fernando había venido, tomaron la voz del Rey Fernando. Todos los más franceses se recogieron de Aubery, que era Gobernador de Calabria, y á muchos dellos robaban y mataban los calabreses, acordándose del mal tratamiento que dellos recibían. En este tiempo una compañía de franceses que se retiraban á Semenara se encontraron con una compañía de caballos españoles y pelearon, á los cuales los calabreses ayudaron con mucho ánimo, y los franceses fueron muertos y rotos sin pérdida de ningún español.

#### CAPÍTULO XXIV

*De lo quel Rey Fernando y Gonzalo Hernández hicieron después que pasaron á Calabria.*

Venida, pues, el alba del día, desembarcó el ejército, y luego comenzaron á combatir á Rijoles. Los franceses estaban tan seguros, que les parecía que en todo el mundo había gente tan fuera de razón que les quisiese enojar, y más estando su Rey con tan pujante ejército en la cibdad de Nápoles. El asalto se dió con tanto ánimo é ímpetu, que les entraron á pesar de su grado, aunque allí tenía el Rey de Francia puesta muy buena guarda y de mucha gente de guerra muy escogida. Allí les mataron á todos los franceses que se pusieron en defensa; á los otros capturaron.

Pues, dejada aquella plaza proveída y á muy buen recaudo, comenzó el ejército á entrar por Calabria y Abruzo. Sabido por toda Italia el socorro de España, y en lo poco quel capitán español tenía á los franceses, y la cruel guerra que les hacía, comenzáronse todos á alterar y á tomar nuevos ánimos contra ellos, y á tenellos en poco, y más acordándose de los insultos y malas obras que les habían hecho y hacían. El Rey de Francia estaba muy corrido quel capitán español con tan poca gente, así la quel trajo como la quel Rey Fernando traía, y que muchas plazas se le habían rebelado, y que desta causa los más señores y potestades de Italia se apartaban de su amistad, concibió muy grande enojo y perdió muy gran parte de su orgullo. El Rey Fernando y Gonzalo Hernández fueron ganando hasta que llegaron á Semenara. Gonzalo Hernández habló á los vecinos de Semenara diciendo que estaba muy espantado dellos en no tener en más al Rey Fernando que allí estaba que á los franceses; que se acordasen los bienes y mercedes que de la Casa de Aragón siempre habían recibido, y de la insolencia y deshonestidad de los franceses, y que el Rey era allí venido con cierta confianza que le abrirían las puertas y echarían por otra parte á los franceses. Lo cual así fué hecho: que abrieron las puertas al Rey Fernando y á los españoles.

#### CAPÍTULO XXV

*De lo que Ebrardo de Aubery, Gobernador de Calabria, hizo desde supo que el Rey Fernando y los españoles estaban en Semenara.*

Era á la sazón Gobernador de Calabria Ebrardo de Aubery, un capitán escocense, muy sabio y muy experto en las cosas de la guerra. Sabida la toma de Rijoles y las otras plazas y Semenara, ayuntó la más gente que pudo de Basilicata y la Tela y de las otras partes comarcanas, llevando consigo á mos de Alegre y á mos de Persy y á mos de Xaude, capitán de suizos, y sacó la gente que tenía en guarnición en las otras plazas, y hizo un muy buen ejército y de muy buena gente y muy animosa, y fuese camino de Semenara con el mayor secreto que pudo, teniendo por cierta la vitoria si de Semenara osasen salir el Rey Fernando y Gonzalo Hernández que los desbarataría, y que si de Semenara no osasen salir, lo que él

más creía, publicar por todo el reino como no habían osado salir de Semenara, y hacelles perder la reputación que habían comenzado á ganar. También esperaba gente de socorro, con la cual y con la que tenía, tenía por muy cierta la vitoria.

Estaban con Gonzalo Hernández y el Rey Fernando Manuel de Benavides y Valencia de Benavides, su hermano, don Hugo de Cardona, Triulcio, Pedro de Paz, Carlos de Paz su primo, los dos Alvarados, padre y hijo, mosén Peñalosa, mosén Hozes, con otros capitanes españoles. El Rey don Fernando determinó de salir de Semenara, porque mos de Aubery le invió un trompeta convidándole con la batalla si fuera de Semenara saliesen. El Rey Fernando rogó muy ahincadamente á Gonzalo Hernández tuviese por bien de salir y de los dar la batalla, que tenía esperanza en Dios y en su buena ventura que vencerían. Gonzalo Hernández dijo que á él le parecía muy al revés de lo que su Alteza quería, con tan desigual número de gente de armas, porque estaba allí lo más del ejército francés y todo su principal caudal. «Ninguna necesidad nos obliga á pelear, dijo Gonzalo Hernández; esto que vuestra Alteza quiere, se debe hacer cuando la necesidad nos obligare á ello y estuviésemos en estado de ser ó muertos ó vencidos. En tal caso debe el hombre pelear; mas agora, habiendo tanta ventaja del un campo al otro, es tentar á Dios, y al fin no conseguir el fruto que deseamos. Tomemos ejemplo de Quinto Fabio Máximo, que con pocos, sin venir á las manos, fué gastando á Aníbal cada día, hasta que le fué apocando su gente y le hizo perder la jornada. Nunca se debe pelear con el enemigo cuando lo desea mucho, y más teniendo tan demasiada ventaja. Dios es testigo, que ni por temor que tenga, ni por conservar la gente rehusa esta batalla, sino porque todo lo tienen á su salvo los franceses. Gastémoslos poco á poco, y con la ayuda de Dios cobraremos las plazas que restan, y consulte V. A. con la razón y verá la mucha que tengo en lo que á V. A. aconsejo».

## CAPÍTULO XXVI

*De cómo pasó la batalla de entrambos ejércitos junto á Semenara.*

El Rey Fernando, después de haber oído lo que Gonzalo Hernández le persuadió, dijo:

«Yo, señor Gonzalo Hernández, estoy determinado de dar á los franceses la batalla, como ellos la piden, aunque quede tendido en aquel campo». Por ende, que le rogaba se aperciese para la batalla. Gonzalo Hernández, vista la determinación del Rey, dijo: «Que nunca Dios quisiese que queriendo el Rey pelear él se lo estorbase». Pues, concertada la batalla, Gonzalo Hernández habló á sus soldados españoles desta manera:

«Compañeros y señores, la verdadera vitoria es la que se gana de los pocos á los muchos. Verdad sea que en esfuerzo, perseverancia y vergüenza les hacemos mucha ventaja. Nunca Dios quiera que se diga que el capitán italiano acepta la batalla y que el capitán español se queda en el real. Peleemos hoy como varones, y demos á entender á los franceses la ventaja que hay de nuestra nación á la suya». Luego suplicó al Rey le dejase en aquella batalla llevar la avanguardia, porque él quería quebrantar el ímpetu de los franceses con sus españoles, y que él le daba su fe de les quebrantar la furia que traían. El Rey jamás quiso, sino que él la quería llevar con los italianos; y así, fué la primera lanza que se rompió la del Rey. Y como los franceses tengan el primer ímpetu y furia muy recia y los italianos no perseveren tanto como sería razón, comenzaron á se retraer. El Rey Fernando andaba con los que le seguían animándolos, y metíase por las batallas buscando á mos de Aubery. Allí le mataron el caballo, y tomó otro á pesar de los franceses. A esta hora socorrió Gonzalo Hernández con los españoles, y arrancó á los franceses del campo y les hizo volver atrás una muy gran pieza. De suerte que si los italianos fueran aquel día los que debían, ellos fueran vencedores y los franceses rotos y desbaratados. Los españoles pelearon muy gran rato, adonde se hicieron muy grandes hechos en armas. Los italianos nunca más volvieron á la batalla, aunque el Rey lo trabajó mucho y siempre peleó como varón.

## CAPÍTULO XXVII

*De lo que aconteció al Rey Fernando, visto que sus italianos no quisieron volver á la batalla, y asimesmo Gonzalo Hernández.*

El Rey Fernando, habiendo peleado valerosísimamente, habiendo rompido su lanza en un capitán francés, persona muy principal de



aquel ejército, veyéndose muy apretado de sus enemigos, fué forzado retraerse y fué seguido de muchos franceses, porque iba muy señalado, así en las armas ricas que llevaba como en los penachos que en el yelmo tenía. Y yendo así, siguiéndole sus enemigos, en un paso angosto cayó el caballo con él, y con gran dificultad salió de la silla en que iba hombre de armas. Allí fué socorrido de un caballero llamado el señor Juan de Altavila, el cual quedó á pie, y luego fué muerto de los franceses.

Gonzalo Hernández peleó con los franceses, él y todos los suyos; mas visto que no era socorrido y la grande desigualdad que de unos á otros había, se volvió á Semenara y recogió el bagax, y de allí se fué á Ríjoles, que los franceses no osaron seguille; porque Gonzalo Hernández y los otros caballeros iban en la rezaga, volviendo á los enemigos y peleando con ellos, que los franceses tuvieron por bien de los dejar ir en paz. De allí se volvió Gonzalo Hernández á Ríjoles, y el Rey Fernando para Sicilia, adonde su padre estaba.

#### CAPÍTULO XXVIII

*De lo que Gonzalo Hernández hizo después que se retrajo á Ríjoles*

Aquí aconteció á Gonzalo Hernández lo que pocas veces suele acontecer á ningún capitán: que habiéndole sucedido tan mal aquella jornada, por la temeridad del Rey Fernando, no perdió el ánimo, antes lo cobró mayor y tuvo más confianza de cobrar lo perdido y lo demás; y el Rey Fernando tuvo la mesma confianza de cobrar el reino, confiando en Dios y en el gobierno de Gonzalo Hernández.

Gonzalo Hernández vuelto á Ríjoles tornó á salir con su campo, y comenzó hacer guerra á los franceses muy cruel, y á ninguna plaza llegaba que no se le rindía. Visto por los señores y potestades de Italia que el capitán español hacía la guerra á fuego y á sangre á los franceses, estaban muy arrepentidos por así haber dejado pasar á los franceses por sus tierras y casas sin les haber resistido. Tuvieron desto muy gran sentimiento; principalmente venecianos tenían desto muy gran cuidado, como personas principales en aquella provincia, á los cuales enviaron todos sus embajadores. Halláronse en aquella sazón en Venecia, sin los embajadores del Papa y se-

ñores y potestades de Italia, embajadores de cinco reyes cristianos. Al fin se hizo la liga entre el Papa, Venecianos, Maximiliano, Rey de España, Duque de Milán. Fué la liga desta manera y con estas condiciones entre estos cinco príncipes: que si algunos dellos hiciéscen guerra á otro de su voluntad, la hiciese á sus expensas, sin que fuesen los de la liga obligados á le ayudar, y si á cualquiera de los de la liga les fuese movida guerra por otra cualquiera persona, fuesen todos obligados á le ayudar cada uno con cuatro mil de caballo y dos mil soldados, hasta que fuese la guerra acabada, y esta liga durase veinte y cinco años. A todos fué esta liga muy aplacible, principalmente á Bajacid, gran turco, porque pensaba que los franceses por aquella provincia le moverían guerra, por la parte de la Velona, que, como ya dijimos, está de Otranto, en el reino de Nápoles, diez y nueve leguas de mar, que llaman de Venecia, porque tenía en su reino grandes turbaciones por los bajaes que favorecían á Giugimi, su hermano, que era recién muerto, y no lo sabía Bajaceto, sino que el Papa se lo había entregado cuando por Roma pasó; y esta era la causa que tanto temía la estada de los franceses en Nápoles. Estos cinco príncipes, que esta liga hicieron, no avisaron de ella al Rey de Francia, que estaba en Nápoles; de que el francés concibió mucho enojo, y dijo que él sabía con qué quebrantar aquella cadena aunque fuese de diamantes: ni decía que era amigo ni enemigo de venecianos. Luego Maximiliano envió al señor Ludovico las insinias de Duque de Milán, y hizo que tomase título de Duque, que hasta allí nunca se lo había llamado Duque de Milán.

#### CAPÍTULO XXIX

*De lo que el Rey de Francia hizo desde que supo la liga destes príncipes, y lo que el Rey Fernando asimismo hizo.*

Como el Rey de Francia supo la liga de aquestos príncipes y que nada le habían hecho saber, y vió la guerra que Gonzalo Hernández le hacía sin la poder remediar, y como todas las fuerzas de Calabria y plazas se le daban por fuerza de armas y de voluntad, y que todos los príncipes de la liga hacían ejércitos, no tuvo segura su estada en Nápoles. Determinó de se volver á su reino, con intinción de

hacer dos muy gruesos ejércitos, el uno para volver á Nápoles y el otro contra el Rey de España, por la guerra que su capitán Gonzalo Hernández le hacía, en que le había hecho perder todo su crédito y autoridad. Publicaba él que habían hecho paz y amistad, y aquello fué sacando si fuese contra la Iglesia y Sede Apostólica.

Pues partido el Rey de Nápoles con la mayor parte de su ejército, dejando en aquel reino el mejor recaudo que él pudo, se fué derecho á Roma. Pues á esta sazón, sabiendo el Rey Fernando desde Mecina, adonde estaba, que el Rey de Francia era ya partido de Nápoles, recogió más de cincuenta navíos, en los cuales recogió la más gente que pudo, y haciéndole muy buen tiempo llegó á Nápoles, adonde fué muy bien recibido de todos, grandes y chicos, que lo salían á ver y á besalle las manos. Luego fueron cercados los franceses y rindidos y hechos los tratos y conciertos para los dejar ir, aunque mos de Aubery había enviado con mos de Persy cierta gente á socorrer á los cercados en Nápoles; ni Persy llegó ni podía, porque los conciertos estaban ya firmados y dados rehenes sobrello. Pues sabido, partió Monpensier de Nápoles, el cual había quedado por el Rey de Francia por General de la gobernación de su gente. Movi6 en Pulla guerra, ayudado de los Príncipes de Salerno, con el cual se le llegaron de la Casa Ursina Bartolomé de Alviano, Virginio Ursino y Paulo Vitelio. Traía en su compañía tres mil hombres de armas y caballos ligeros. Esta ayuda hacían estos Ursinos, porque sabían que el Próspero Colona y Fabricio Colona y Marco Antonio Colona tenían gran reputación con el Rey don Fernando.

### CAPÍTULO XXX

*De lo quel Rey de Francia hizo después que partió de Nápoles para su reino, y de lo que en el camino le aconteció.*

El Rey de Francia partió de Nápoles á los veinte y cuatro días de Mayo del dicho año de mil cuatrocientos noventa y cinco años con la mayor parte de su ejército, y tomó el camino de Roma. Invi6 delante á hacer saber al Papa cómo él se volvía por Roma y muy pacífico, que tenía necesidad de comunicar con su Santidad algunas cosas muy importantes y muy

complideras á la cristiandad y Sede Apostólica, que no se podían tratar por carta ni por tercera persona; que tuviese por bien de lo esperar allí, porque de la vista redundaría gran provecho á los unos y á los otros, principalmente á la cristiandad. El Papa no lo quiso aceptar, ora porque después que pasó por Roma no le había sido amigo, ó por ser de la liga de sus enemigos, ó porque se temió no pusiese agora por obra su mala intención, lo cual no osó hacer á la ida, ó por hacer placer á los de la liga, de los cuales era importunado no se viese con él, temiendo no se mudase de su amistad y se juntasen con el francés, ó porque se tuvo por cierto que aquella ida suya tan violenta y arrebatada, teniendo la guerra en el reino, donde vía irse apoderando dél Gonzalo Hernández, no era sino por apartar al Papa de aquella liga y amistad. Y desta causa los de la liga tuvieron forma de apartar el Papa de aquella vista. El Papa respondió al Rey le hiciese saber, ó por carta ó por alguna persona muy acepta á su servicio, lo que le quería comunicar, y si esto no podía ser que viniese ahorrado y no acompañado con gente de guerra, que la razón y derecho lo requerían: que á Papa que estaba en su silla, pacífico y sin gente de armas, viniese asimismo el Rey cristiano pacífico; porque venir á Roma cercado de gente de guerra no parecía venir como huésped amigo, sino como enemigo, y que si todavía perseverase de venir á Roma con mano armada, él se iría á alguna parte adonde la majestad del Sumo Pontífice estuviese dél segura.

El Rey aunque recibió esta respuesta del Papa, no por eso dejó de seguir su camino derecho á Roma; lo cual sabido por el Papa se fué á Civita Vieja, y todos los Cardenales y clerecía; y todos los que podían seguir la guerra se fueron tras el Pontífice, sin la gente de venecianos y Duque de Milán, que estaban allí junto, que eran diez mil de caballo. El Rey de Francia se fué derecho á Roma y estuvo en ella tres días, adonde se hicieron muchos males y insultos; principalmente afrontaron y mataron y tomaron las haciendas á todos los españoles que allí en la cibdad hallaron, matándolos y saqueándoles las casas. Entró el francés en Roma primero día de Junio, así que estuvo en aquel reino cuatro meses. El Rey invió á decir al Papa que allí le espere en Civita Vieja, que en todo caso cumplía se vie-

sen, y que le daba su fe real que de la vista redundaría gran provecho á su Santidad; por ende que no rehusase de lo hacer. El Santo Padre le rescribió diciendo que no lo entendía hacer, salvo si viniese como la primera vez le había escrito, ahorrado y sin gente de guerra. Y porque el francés no le atajase el camino, se fué más que de paso á Perugia, con intención que si allí le siguiere el francés irse desde allí á Ancona y desde allí se pasar á Venecia, á donde había escrito había de ir, pudiéndolo hacer. Visto por el francés que no podía haber efeto lo que quería, dió la vuelta y fuese á Sena y mandó saquear á Costanilla por enojar al Papa, aunque él se disculpase después que porque no quisieron dar á sus gentes mantenimientos habían saqueado aquel lugar y otros. En este tiempo la cibdad de Novara, del ducado de Milán, rebeló al Duque y se dió á los franceses.

#### CAPÍTULO XXXI

*De lo que hicieron los venecianos vistas las afrentas que los franceses hacian á los de la Liga, y cómo ellos y el duque de Milán le dteron la batalla.*

A los venecianos les pareció que ya no era tiempo de sufrir las injurias que á los de su Liga se hacian, y quel Santo Padre, que era uno de ellos, andaba huyendo dél y al Duque de Milán le habían tomado á Novara. El Rey Alfonso y Fernando su hijo andaban desterrados de su reino; los florentines, los seneses, los de Luca, aliados con el francés. Fué consultado en el Senado y pueblo veneciano que si al francés dejaban salir en ésta que quedaría tan soberbio que intentarla cosas mayores y más dañosas, y que la libertad de Italia estaría en punto de se perder y que á solos ellos miraban todas las gentes como á defensores en aquel tiempo de Italia, y que era bien dar á entender al francés que aún Italia no había perdido todas sus fuerzas ni aquel ánimo de romanos que de sus pasados habían heredado, como él pensaba, y que la Liga que se habla hecho efectuarla lo que allí se había concertado.

Concertado esto, luego mandaron abrir sus tesoros sin haber en toda aquella señoría persona que lo contradijese, antes, con muy grande ánimo, todos ofrecían sus haciendas

y riquezas para ello, cuando los tesoros del Senado y pueblo veneciano faltasen. Sacaron luego los venecianos mucho oro y plata y pónenlo en camblos, eligen capitanes y hacen un muy grueso ejército; eligen por su General á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua. Aquí se vió en aquel Senado, que jamás desdel principio que aquella cibdad se pobló, aconteció que en muy pocos días, que aun en pensarlo no habla lugar, estaba un muy grueso ejército en campo, y todos con muy gran gana de venir á las manos con los franceses. Al Marqués de Mantua le mandaron fuese General de aquel ejército, porque era en aquella sazón el capitán más señalado que había en Italia, y mandáronle que no llevase nombre de general, sino de capitán. Y este ejército muy en orden se fué á poner junto á Parma á esperar allí á los franceses junto al rio de Taro, y luego llegó allí el ejército del Duque de Milán y se juntó con el campo de los venecianos.

Estaban en este ejército por mandado de venecianos dos legados, Melchior de Treviso y Lucas de Pisa, á los cuales y al capitán mandaron que si los franceses pasasen sin hacer mal á tierra suya ni de sus confederados, en ninguna manera peleasen con ellos; mas si al contrario hiciesen, les diesen la batalla, y que se acordasen que en aquella batalla estaba puesta la salud y libertad de toda Italia y que vengasen las afrentas que aquella bárbara nación había hecho y hacía á toda aquella provincia y á sus amigos y aliados.

#### CAPÍTULO XXXII

*De cómo pasó la batalla entre venecianos y los franceses.*

El Rey de Francia, visto que no pudo haber efeto de poderse comunicar con el Papa tomó su camino para Aste, adonde había dejado á su tío el Duque de Urliens, y siguiendo su camino llegó á Pontano, en el monte Apenino, y mandóla asolar y quemar. Y bajando la sierra del dicho monte Apenino mandó que á doquiera que llegasen hiciesen camino con las armas, si por bien no les diesen pasaje. Los venecianos tenían determinado de les dar la batalla si los franceses no fuesen por donde tenían determinado que fuesen. Como el Rey de Francia bajó á lo llano y vió el ejér-

cito de los venecianos, paró y hizo un razonamiento á los suyos. Decíame mos de Laxao, que iba allí en servicio del Rey de Francia y era mozo de su cámara, de edad de catorce años, que dijo á grandes voces: «¿Cómo no están aquí conmigo los mis gentileshombres de Francia?» Todos dijeron que sí. El les dijo que les rogaba y mandaba se acordasen que peleaban delante de su Rey, y por la honra y vida suya y de su reino; que él les daba su fe real ó de ser vencedor aquel día ó quedar tendido en aquel campo como buen Rey francés. A todos habló muy familiarmente; todos los capitanes y gentileshombres le suplicaron no pelease y que se guardase para cosas mayores, que ellos le daban su fe y palabra que dada la batalla él pasase sobre los cuerpos muertos de sus enemigos, y no había quien los pudiese detener, sino acometer á los venecianos. Los italianos tenían el mismo deseo, acordándose de los males y robos que á la ida habían hecho, y aun agora en la venida en toda la tierra. El Marqués de Mantua había prometido al Senado y pueblo venecianos y al Duque de Venecia con la ayuda de Dios de dar á entender á los franceses cómo aun no era perdido del todo, como decía el francés, el esfuerzo y ánimo de los italianos, y que él esperaba en Dios que él llevaría el pago de la locura.

El francés tomó la mano derecha del río Taro; iban los franceses muy sosegados, sin hacer alboroto alguno de los que otras veces suelen hacer. El Marqués estuvo con su campo quedo. Los franceses, orgullosos de ver estar á los venecianos quedos, pensaron que temían y comenzaron de asestar contra ellos la artillería y tirar á su ejército, ó por no los tener en poco, ó porque viendo que los acometían les hiciesen perder parte de su orgullo, pensando que no pasarían el río, que les pareció tener muy malos vados y peores salidas. Viendo esto el Marqués dijo á los legados: «¿Qué hacemos? Aquello no es de gente que va su camino, sino de enemigos, pues nos acometen». Al cual respondió Melchior Trevisano, uno y el principal de los legados: «Pues el francés comienza la batalla, la fuerza con otra semejante se ha de resistir. Tú usa de tu cargo de capitán y dales la batalla, y sea Dios el juez y nosotros los ministros de su justicia». El Marqués ordenó sus haces y escuadrones y con apellido de Sant Marco

comenzaron á pasar el río por tres partes. Aquel hubo un desconcierto muy grande, de los que suelen acontecer en las batallas, y fué de parte de los venecianos, porque el río era hondo, y si algún vado había no lo sabían, y la ribera por do habían de salir estaba llena de sauces y otros árboles y muy honda, que no podían salir, y los más salían nadando, que muy pocos toparon con el vado; y esta fué la causa que muchos no se hallaron en la batalla. No faltó quien dijo que aquel día la gente se había desmandado á pasar el río antes que se buscase por dónde pasasen y sin esperar el mandamiento del capitán; y parece verisímile, porque si eso no fuera, habiendo allí tantos capitanes y tan sabios en las cosas de la guerra y el Marqués tan diestro en todo género de la disciplina militar, no pasaran el río tan temeraria y tan locamente sin mirar la hondura del río y sin buscar los vados y salidas y sin esperar las banderas, sino como gente desordenada. Andando el ejército por el río buscando vados y salida, alguna gente de caballo y soldados que salieron con ellos sin esperar las otras banderas, y el Marqués siempre delante de todos ellos, que á nado y con gran trabajo había salido, acometieron con grande esfuerzo á los franceses, diciendo á grandes voces el Marqués: «Suplicoos, compañeros y señores, conozcan hoy los franceses que aún dura en nosotros el esfuerzo de nuestros pasados y no quede ninguno de ellos á vida, que los que pasamos bastamos para estos locos soberbios». Y diciendo esto arremetieron contra ellos, seyendo la primera lanza la del Marqués. Acometiéronlos con tan grande ímpetu que los arrancaron del campo hasta les retraer á la tienda á do el Rey estaba asido de una cuerda della, con muerte de muchos dellos. El Marqués, como fué la primera lanza que rompió, salió á él un caballero muy principal que venía delante, al cual el Marqués derribó y comenzó á apellidar y animar á los suyos. El Rey, como vió huir los suyos y venirse retrayendo hacia su tienda, á gran prisa se desnudó sus paños reales y los trocó con los de un soldado pobre por no ser conocido si del todo fuesen vencidos, y cabalgó en un caballo y comenzó á decir á sus hombres de armas palabras muy feas, diciendo: «Cómo, mis gentileshombres de Francia, ¿es esto lo que me prometisteis con tanto ánimo y tan poco ha peleando de-

lante de vuestro Rey por su vida y por la de todos vosotros y por la honra y reputación de Francia? ¿A tal tiempo os falta el esfuerzo que solos estos pocos que han pasado el río os hacen volver las espaldas? ¿Cómo á tal tiempo desamparáis á vuestro Rey? Volved, mis caballeros, á la batalla, que más vale morir peleando que vivir mil años. Vengad tan grande afrenta y injuria como habéis recibido». Y tomó una lanza y comenzó á decir á grandes voces: «¡Vuelta! ¡vuelta! mis franceses, con aquestos á la batalla y gocemos desta honra».

### CAPÍTULO XXXIII

*De cómo los franceses volvieron á la batalla, y el fin que hubo.*

Los hombres de armas franceses, afrentados por aquellas palabras del Rey, volvieron con grande esfuerzo á la batalla, teniendo muy mejor lugar que los contrarios para pelear, porque los venecianos tenían muy mal sitio, así para ofender como para se defender, mas volvieron con grande ánimo y los tornaron á llevar por una cuesta abajo buen trecho. Aquí murieron algunos varones señalados de ambas partes. Los caballos ligeros de venecianos, que tenían mandato de dar en las espaldas del Rey, que estaba ya casi vencido, teniendo por muy cierta la vitoria, dieron en el bagax y robáronlo, y detenidos en esto no ayudaron á los suyos. Fué esta codicia causa de perder de las manos otra tan gran vitoria, porque había mucho que robar. Pelearon una hora y cuarto; murieron muchos de ambas partes; otros fueron cautivos, y entre ellos el bastardo de Borbón. Los Esforcianos pelearon por otra parte, adonde murieron muchos, y fueron hacia Parma, y sobre robar el carruaje del francés hubo entre los caballos ligeros gran pelea y entre los soldados, y aquí murieron más que en la batalla. De la otra parte del río había quedado la mayor parte del ejército veneciano, ó porque no quiso pasar ó porque no pudo en tanta priesa como pasaron los primeros. Las dos batallas se apartaron las unas de las otras, digo las que pelearon, que las otras dos partes, como hemos dicho, la una estuvo peleando los unos con los otros sobre robar el bagax y la otra y mayor se quedó de la otra parte del río, así

que sola una parte de tres peleó, y no la mayor; y la parte que peleó, tornó á pasar el río y se volvió para los que de la otra parte habían quedado, que estaban tan turbados y corridos que no los podían tener, sino que se habían de ir.

El Marqués, los legados y los otros capitanes que habían peleado, los animaban deteniéndolos. A esta sazón llegaron allí el Conde de Petillán y Virginio Ursino, que el Rey de Francia había preso y los dejaba á buen recaudo, y se habían soltado y por la posta habían venido á se hallar en la batalla, y persuadieron á los venecianos que volviesen á la batalla contra los franceses, que de suyo estaban vencidos; que si la mitad de los que no habían peleado diesen en ellos, estaba muy cierta la vitoria, y que ellos serían los delanteros en la batalla. Los venecianos, teniendo á aquellos dos capitanes ursinos por sospechosos, no se osaron fiar dellos, y así era la verdad lo que estos dos capitanes decían, que los franceses estaban rotos y casi vencidos.

Los franceses comenzaron poco á poco á se retirar hacia otra parte. El Marqués con algunos de caballo les fueron alcanzando por las espaldas, y aquí fué preso el bastardo de Borbón, y así se fueron los franceses por otro camino y dejaron el que antes llevaban. No se pudo saber el número de los muertos: más murieron de los venecianos que de los franceses. Los venecianos decían haber sido vencedores, pues les tomaron el carruaje y les hicieron ir por otro camino y dejar el que antes llevaban. El francés decía que había llevado la victoria, porque había apartado de sí á los enemigos con muerte de muchos dellos y había seguido su camino sin podérselo estorbar sus enemigos. Murieron de ambas partes muchos caballeros y muy principales, principalmente de la parte de Francia. Aquella noche los franceses estuvieron con mucha guarda y temor de sus enemigos. Otro día hicieron treguas por un día para enterrar los cuerpos de los muertos de la una parte y de la otra. Pasada la tregua los franceses se pasaron á un cerro alto, adonde se hicieron fuertes tres cuartos de legua de donde fué la batalla. Desde allí comenzó el francés á entender en tratos fingidos por dos días, entre tanto que se aparejaba para la ida, y esa noche mandó hacer muchos fuegos en el real, y pasada la media noche comenzó su ejército á

marchar camino de Pavía, con muy gran silencio por no ser sentidos. Como otro día vieron los venecianos partidos los franceses y que llevaban gran paso, soltaron los caballos ligeros y tras ellos la infantería y les comenzaron á alcanzar, mas poco daño les hicieron, ó porque no quisieron ó porque no pudieron. El Rey de Francia aportó á Aste, adonde había dejado con cierta gente de guerra á su tío Luis, Duque de Urfens, adonde pasó algún día. Fué esta batalla postrero día de Junio de mil y cuatrocientos y noventa y cinco años.

## COMIENZA EL SEGUNDO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA HASTA GANARLES AQUEL REINO DE NÁPOLES Y AL GRAN TURCO LA ISLA DE CHAFALONIA, CON OTRAS COSAS QUE MÁS PASARON EN EL REINO DE GRANADA.

### CAPÍTULO I

*Cómo el Rey don Fernando volvió á Nápoles, donde fué acogido con grande alegría (').*

En uno de los capítulos del primero libro se dijo cómo el Rey Fernando, vista la voluntad de los de la cibdad de Nápoles, se partió con gran presteza á la cibdad, como atrás dijimos, adonde fué muy bien recibido de grandes y pequeños, porque se acordaban de las muchas y grandes mercedes que habían recibido de la Casa de Aragón. Entretanto que esto pasaba, Gonzalo Hernández acabó de ganar las provincias de Pulla y Calabria, que quedaban pocas plazas por ganar. El Rey Alfonso, que atrás dijimos que había renunciado el reino á Fernando su hijo y aun había tomado hábito de clérigo, visto que la mayor parte del reino había ganado Gonzalo Hernández, determinó de ir á Nápoles y tornar á tomar el reino. Tanta es la humana codicia que los hombres tienen por señorear, que ninguna cosa se les pone delante. Estando el Rey Alfonso ya aparejadas todas las cosas que cumplían para pasar á Nápoles á cobrar su reino,

dióle una grave enfermedad de una fiebre continua, de que murió en pocos días.

El Rey Fernando fué, como dijimos, muy bien recibido, con muy grandes alegrías y fiestas. Salían las mujeres y doncellas en danzas y corros á besalle las manos y llorando de placer, que por mal afortunado se tenía el que no le besaba las manos, ó pies, ó la ropa como gente que salían de tinieblas y vían agora nuevamente el sol; estaban todos fuera de sí de placer, como gentes que salían de tan gran servidumbre. El Rey Fernando los abrazaba como si hobiera mucho tiempo que no los hobiera visto. Todos aquellos días se gastaban en fiestas y en lo visitar de noche y de día.

### CAPÍTULO II

*De lo que Gonzalo Hernández hizo después que sujetó las provincias de Calabria y Pulla.*

En este tiempo Gonzalo Hernández, después que puso á la obediencia del Rey Fernando las provincias de Calabria y Pulla, fue-se á invernar á Neocastro, adonde el Rey Fernando lo envió á llamar, rogándole por aquel Bernardo, su secretario, de quien atrás dijimos, se fuese á juntar con él, porque el Rey Alfonso, su padre, cuando se vió ya cercano á la muerte lo envió á llamar y le dijo ninguna cosa hiciese, así en la paz como en la guerra, entre tanto que Gonzalo Hernández en aquel reino estuviese, sin su parecer; y que ninguna cosa hiciese sin su voluntad, y que se acordase de le pagar por obra las obras y voluntad á los Reyes Católicos, sus tíos, este tan gran beneficio, y á Gonzalo Hernández diese muy gran parte de aquel reino. Oído por Gonzalo Hernández lo que el Rey mandaba, determinó de lo hacer, dejando cobradas las ciudades de Calabria y á Cotron, á Esguilazo, y Abeni y á Semenara, adonde el Rey Fernando había sido roto, y á Terranova, con otras muchas plazas. Estuvo dudoso qué haría, ó si iría contra mosiur de Alegre, que había quedado con mosiur de Auberi con pocas fuerzas, porque todo el otro ejército había enviado con mosiur de Persi, que eran los suizos y los hombres de armas viejos y pláticos, ó se iría á juntar con el Rey Fernando á Nápoles, que lo llamaba y le pedía socorro. Al fin se determinó de ir á socorrer al Rey Fer-

(') En el original no tiene epígrafe este capítulo.

nando á la cibdad de Nápoles, y habiéndose determinado en este último parecer, el Rey le envió á decir que viniese por la parte de Pulla, que estaba en su obediencia, y no por el camino derecho, adonde había mucho estorbo.

### CAPÍTULO III

*De lo que Gonzalo Hernández hizo, visto lo que los contrarios tenían aparejado para le estorbar el camino, si por allí quisiese ir á se juntar con el Rey Fernando en la cibdad de Nápoles.*

Gonzalo Hernández, sabida esta nueva, puso su gente en orden y llevó su camino derecho, y de camino combatió á Cosencia y la tomó, y juntamente á la fortaleza, que era muy fuerte y estaba muy bastecida. Los franceses la defendían con grande esfuerzo, porque era la más principal de Calabria, mas los españoles de tal manera apretaron el cerco que la tomaron y la fortaleza, como dijimos; y asimesmo combatieron á Valcrate, y á Pandosa, y Tréveris, y Castro Vilar y otros algunos lugares, y todos aquellos lugares que estaban en el valle del río Crate, el cual va á entrar en el mar Yonio. Tomó asimesmo á Castilfranco, adonde murió aquel Rey Alejandro, Rey de los Epirotas, y pasó el río Campana, y fué adelante con su ejército hasta Castro Vilar. Allí sentido de los espías, Gonzalo Hernández salió con algunos de caballo á ver el camino por do habían de ir, porque todo estaba ocupado con franceses y villanos de la tierra, los cuales se juntaron unos con otros en gran número, y se pusieron en celadas muy secretas dentrambas partes en el camino, que era muy fragoso. De lo cual avisado Gonzalo Hernández sacó su gente y fué por donde supo que estaban las celadas, y arremetió por tres partes, por allí á do supo que estaban, y fué la primera lanza que arremetió con maravilloso ánimo; y no pudiendo sufrir los villanos las fuerzas de los españoles, fueron muertos con tal suceso, que dijo Gonzalo Hernández que nunca jamás había hecho caza tan apacible. A los que vivos quedaron, ningún mal les fué hecho.

Luego otro día los de Mirano se rindieron por fuerza de armas. Allí se hizo gran mortandad en los franceses; y caminando adelan-

te había un muy mal paso, adonde los franceses y señores de aquel reino y personas particulares habían puesto grandes defensas, puestas en ella, y ellos estaban en Laino, una villa muy fuerte.

### CAPÍTULO IV

*De lo que aconteció á Gonzalo Hernández sobre la villa de Laino y contra los señores que en ella estaban.*

El parecer de los capitanes y gente de guerra era que se volviesen atrás y tomasen otro camino, pues había tanta dificultad para poder tomar por fuerza de armas á Laino, seyendo la villa tan fuerte y tan fortalecida de todas las cosas pertenecientes á la guerra, y tantos caballeros tan sabios en las cosas de la guerra, que les parecía que no haría efecto su ida por allí, y que los hombres habrían de acometer las cosas que parecían posibles y que lo demás era tentar á Dios. Y lo mismo persuadía aquel Bernardo de Bernardis, embajador del Rey Fernando, que allí venía, un hombre, como dijimos, muy prudente en la guerra y en la paz. A los cuales respondió Gonzalo Hernández: «Bien sé que todos me aconsejáis lo que os parece que es lo más seguro; mas yo os digo, y lo haré, que iré adelante, aunque no sea para más de para ganar tres pasos para mi sepultura, antes que volver atrás para ser señor del mundo». Luego mandó á los capitanes que moviesen camino de Laino, que está puesto sobre el río Lao, que parte á la provincia de Calabria de Basilicata; adonde estaban los señores de la Casa de Sant Severino, que es de la Casa del Príncipe de Salerno, que habían seguido siempre la parte francesa, con algunos caballeros franceses y infantería. Estaba allí el Conde Amérigo, hijo mayor del Conde de Capacho, y con él diez y seis caballeros muy principales de aquel reino. Gonzalo Hernández llegando muy cerca de la villa comenzó á animar á los españoles, diciéndoles: «Si cada uno de vosotros hace hoy lo que debe, sin duda es nuestra la vitoria, y si ésta no ganamos, todo lo que atrás dejamos ganado se rebelará y perdemos el crédito que hasta aquí tenemos ganado. Yo os confieso que son muchos más en número que nosotros, mas así les hacemos mucha ventaja en la justicia, en el esfuerzo,

en la perseverancia». Los capitanes y soldados le dijeron que moviese contra sus enemigos, que ellos harían su deber y que no era menester tan largo razonamiento.

Los franceses y italianos que estaban en Laino estaban muy descuidados, pensando que los españoles no osarían ir á Laino, así por ser tan pocos y ellos muchos, y por estar tan bastecidos de todo lo que habían menester para la defensión de aquella plaza y la villa, que era tan fuerte de su sitio y defensa. Gonzalo Hernández anduvo toda la noche, y en siendo el alba, dió sobre ellos con tan grande sobresalto y furia, que no fueron sentidos, y muchos recordaron al «Santiago» y á «España, España». Fué tanta la prisa que les dieron, que no tuvieron lugar de se armar y de pelear. Todos se rindieron. No murió allí persona principal sino el señor Amérigo, hijo, como dijimos, del Conde de Capacho, y el mayor, que era muy buen caballero y muy esforzado, aunque mancebo; y si todos pelearan como él, fuera bien ensangrentada la victoria. Fueron presos los diez y seis caballeros que allí estaban, á los cuales dijo Gonzalo Hernández: «Muy espantado estoy, señores, de vosotros, sabiendo los grandes beneficios que siempre habéis recibido, así vosotros como todos los deste reino, de la Casa de Aragón, y el mal tratamiento que de los franceses amigos y enemigos recibís siempre, y la mucha justicia que á estos reinos tiene la Casa de Aragón y la ninguna que los franceses. ¿Cómo, señores, seguís tan errada opinión y tan sin ningún fundamento sabiendo que Dios es justo juez y da siempre el pago que los tiranos merecen?» El Conde Amérigo estaba muy herido, y viéndose muy cercano á la muerte llamó aquel Bernardo de Bernardís y le dijo: «Yo me muero, y antes que el alma se me salga del cuerpo, me oid de confesión». Y comenzóle á confesar sus pecados. Bernardo le respondió: «Señor Amérigo, los pecados, faltando sacerdote, confesadlos á Dios, que es Él el que suele y puede perdonar, que en su lugar os oya y os absuelva y perdone, y á nosotros nos avisad de lo que sabéis de los franceses, en que podamos ser avisados, y aprovechará mucho así á vos como á la Casa de vuestro padre». Lo cual él hizo luego y dió la alma á Dios. Tras esto mandó combatir á los villanos calabreses, que se habían hecho fuertes en los valles de aquel camino, y to-

mándolos en medio los... (1). Fué esta rota de tanta importancia, que todos aquellos lugares se le rindieron. Pues llegando al campo del Rey puso la caballería y infantería, según costumbre de guerra y en orden de batalla. El Rey Fernando, con el Marqués de Mantua y el Cardenal Borja, legado del Papa, le salieron á recibir con muy grande alegría.

## CAPÍTULO V

*De lo que el Rey Fernando y Gonzalo Hernández hicieron después que se juntaron junto á la Tela.*

En este tiempo, que era ya el año de mil y cuatrocientos y noventa y seis años del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo, el Cardenal Borja, hijo (2) del Papa Alejandro, llegó al Rey y le acompañó y sirvió en todas las guerras que después hizo, como aquel que era muy sabio en todo. Llegado Gonzalo Hernández al Rey, que lo salió á recibir, le dió las gracias por lo que había hecho, diciéndole que de su mano recibía aquel reino, y que todo era para él, y que de su mano tomaría la parte que dél le quisiese dar. Gonzalo Hernández se le homilló, y le respondió: que él era allí venido por mandado de los Reyes Católicos á le servir, y que Dios, en cuya mano están los reinos y señoríos, viendo su mucha justicia se lo había vuelto. Estaban allí en la Tela todos los caballeros principales que el Rey de Francia había dejado en aquel reino, y con ellos aquel Virgínio Ursino, que dijimos que el Rey francés había preso, y después suelto se había ido al campo de venecianos. Gonzalo Hernández deseaba mucho que se viese en aquella provincia de Italia el esfuerzo y ánimo de los españoles, que hasta entonces aún no era bien conocido en aquella nación, porque no habían conversado en aquella provincia delante de aquellos capitanes de diversas naciones que allí estaban. Estaba esta gente en guarda de unos molinos, de que recibían gran provecho así en molerles el trigo como de la agua que de aquel arroyo corría, de que se aprovechaban mucho los cercados. Gonzalo Hernández hizo dos partes de su campo: los unos contra los gascones ballesteros, los pi-

(1) Sic: parece falta una palabra, acaso «desbarató».

(2) Nieto, dice el original equivocadamente.



queros contra la caballería; mandó que algunos hombres d'armas se metiesen entre la cibdad, para resistir á los franceses que saliesen de la villa á socorrer á los suyos. La otra parte escaramuzando tomase en medio á los enemigos. Comenzóse una muy brava y muy sangrienta escaramuza. Los suizos luego volvieron las espaldas. Los gascones habiendo disparado sus ballestas se metieron en huida. Los caballos ligeros españoles, mezclados entre ellos, los rompieron y huyendo para la ciudad fué muerto gran número de ellos. De la otra parte los hombres d'armas sostuvieron el socorro de los franceses que salían fuera. En el cual tiempo Gonzalo Hernández invió ingenios para derribar los molinos y de presto recogió la gente, antes que los capitanes franceses inviasen mayor número de gente á socorrer á los suyos. Luego Gonzalo Hernández los comenzó á combatir, y aunque por los de dentro hubo gran resistencia, los españoles los apretaron con tanto ánimo, que los franceses hablaron en partido; y fué que les diesen libertad para se volver á Francia, así por mar como por tierra, como más quisiesen, y entregasen todas las fortalezas y plazas que en aquel reino tuviesen. Lo cual les fué otorgado, y ellos lo cumplieron. De los franceses muchos se embarcaron y corrieron tormenta en la mar, y los más se ahogaron; y á los que fueron por tierra, los villanos y los que no lo eran, teniendo frescas las injurias y afrentas que dellos habían recebido, cuando por allí pasaron, los despojaban y mataban, que muy pocos aportaron á Francia, y esos en carnes vivas y pidiendo por Dios.

## CAPÍTULO VI

*De lo que Gonzalo Hernández hizo después que acabó esta jornada de la Tela; cómo volvió á Calabria á castigar ciertos príncipes y señores de aquella provincia que se habían rebelado, y de la muerte del Rey Fernando.*

Acabada esta jornada de la Tela, fué Gonzalo Hernández avisado que ciertos príncipes y señores de aquella provincia se habían rebelado. Partió luego con su campo para allá, porque fué este Gonzalo Hernández un capitán, de cuantos yo he leído, que con más

presteza tratase las cosas de la guerra, antes que los enemigos tuviesen lugar de se apercebir y fortalecer con nuevas fuerzas. Parecíase mucho á Julio César, ditador romano, en presteza y celeridad. Llegado á Calabria, los domó y castigó á los culpados y á los que habían sido causa de aquella rebelión. A los unos mandó cortar las cabezas y á los otros echó en prisión; dejándolo todo allanado, habiendo hecho mucha justicia de los culpados. Acabado esto, le llegó nueva cómo el Rey Fernando, que él había dejado de camino para la cibdad de Nápoles, era muerto de cierta enfermedad que le había mucho apretado, de que murió. Hubo cierta sospecha que le habían dado yerbas. Gonzalo Hernández sintió tanto su muerte, que no se puede escribir el gran sentimiento que de su muerte hubo.

Los franceses que quedaban en el reino, habiendo hecho su partido, como dijimos, dejando la artillería y sus caballos señalados con las señales reales de Francia; mas como los franceses sean tan amigos del vino y de comer, principalmente de todas maneras de frutas y de estrujar las uvas y beber el mosto, juntamente con el calor del verano, que comían con desorden cuanto hallaban, y más con aires contrarios, y sucediendo luego el otoño muy enfermo y dañoso, murieron muchos en Castelamar y en Puzol y en otras algunas plazas. Entre los cuales murió el capitán general Gilberto Monpensier, que llamaban el Baylí de Vitri, y más cuatro capitanes suizos (!). Fué tan destemplado y tan enfermo aquel otoño, que por su grande destemplaza se creyó que fué muerto, porque le dió una febrezuela de que murió en el monte de Soma, no habiendo aún sabido ni gustado de la alegría de la vitoria que Gonzalo Hernández había ganado. Dejó por heredero á Federico, su tío, Duque de Calabria, el cual vino muy prestamente á Nápoles, y desde allí invió á llamar prestamente á Gonzalo Hernández se viniese para él, que ya había tomado las insinnias del reino, y todos le obedecieron luego por Rey, aunque tenían muy gran sentimiento por el Rey Fernando. Acabadas que fueron las obsequias del Rey Fernando, los de la fortaleza de Gaeta, no osando

(!) Aquí siguen tachadas dos líneas, que dicen: «Virgilio Ursino fué metido en prisión, el cual pasados algunos meses murió preso en Nápoles».

esperar que Gonzalo Hernández fuese sobre ellos, se entregaron al Rey Federico.

### CAPÍTULO VII

*De lo que Gonzalo Hernández y el Rey Federico, recién heredado, hicieron, y cómo Gonzalo Hernández fué sobre Oliveto, y lo que allí le avino.*

Pues viendo Gonzalo Hernández el mandado del Rey Federico que se viniese para él á la cibdad de Nápoles, dejando todo allanado y pacífico y puesto en bajo de su obediencia, venido, se le humilló y le dijo: que á él le había mucho pesado de la muerte del Rey Fernando, su sobrino, mas pues Dios así lo había guiado, que aquello debían tener por mejor; que viese su Alteza qué era en lo que él podía servir, que aquello mandase, que luego lo pornía por obra. El Rey le respondió: que ningunas palabras podrían bastar para le dar las gracias que él merecía, que á él sólo debía la Casa de Aragón aquel reino, que él lo partiría con él, pues él solo lo había ganado del poder del tirano; que le rogaba fuese sobre algunas tierras de Calabria que se habían rebelado, porque aunque á todos los otros habéis rendido, sólo este persevera en seguir la opinión francesa, y más que los de Oliveto estaban así menos rebeldes en la provincia de Abruzo y Aquino. Gonzalo Hernández dió luego con su campo la vuelta á Calabria, adonde mos de Auberi había tomado algunas tierras descercadas y haciales mucho daño. Mas desdeque vió lo que pasó á Gonzalo Hernández en la Tela, y que venía muy cerca de adonde él estaba, quiso antes aprovecharse del partido que Gonzalo Hernández le haría, que no de la infelicidad de la guerra contra un capitán tan valeroso, que traía á la fortuna á su mandar. Y antes que llegase le dejó desembarazada la provincia.

Pues dejando toda aquella provincia pacífica, y castigados los culpados, con su campo fué sobre Oliveto, los cuales estaban muy rebeldes y obstinados, perseverando en la fe de los franceses, y habían muerto en la isla del Vico á don Rodrigo de Avalos, hermano de don Alonso de Avalos, Marqués de Pescara, un capitán de gran valor. Pues llegado Gonzalo Hernández sobre la villa, que era muy fuerte, así de sitio como de muros, teníanla muy bastecida de grandes fosos y de muy

buena gente de guerra. Gonzalo Hernández la mandó combatir. Los de dentro la defendían como varones. Duró el combate grande espacio, porque los unos por entrar y los otros por la defender peleaban muy varonilmente; mas veyéndose muy aquejados y que los españoles estaban determinados de les entrar ó morir, oida la benignidad de Gonzalo Hernández, abrieron las puertas y se le echaron á los pies, y prometieron de ser de y adelante muy fieles á la Casa de Aragón.

Acabado esto, que ya no quedaba en todo el reino lugar alguno que no estuviere en la obediencia del Rey Federico, y los franceses presos, muertos y vueltos para Francia, aunque éstos fueron los menos, Gonzalo Hernández se volvió á la cibdad de Nápoles con todo su campo, pues que ya no había en qué entender.

### CAPÍTULO VIII

*De cómo Gonzalo Hernández tomó por combate la fortaleza de Ostia que un cosario tenia ocupada.*

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo los Coloneses, que entonces seguían la parte francesa y estaban mal con el Papa Alejandro, habían tomado por industria del Cardenal Ascanio Esforcia, hermano del señor Ludovico Esforcia, Duque de Milán, y la habían entregado á un cosario vizcaino llamado Menaldo Guerra, un hombre muy cruel y criado del Rey de Francia, mal cristiano. Robaba desde allí todos los mantenimientos que por el río venían á Roma desde el puerto y castillo de Ostia. Estorbaba la navegación del Tibre, tanto que el pueblo romano estaba apretado de la carestía de muchas vituallas, principalmente del pan y vino, que los mercaderes sicilianos y calabreses y otros extranjeros españoles, temiendo la crueldad del cosario, se iban á otra parte. Porque cualquier navío que llegaba á Ostia, si los marineros á la hora, caladas las velas y los remos levantados, no se juntaban y se rindían y se dejaban saquear y prender, eran con la artillería echados á fondo, y había faltado muy poco que no prendiese las galeras del Papa, que habían llegado á la boca del río. No se puede escribir la maldad deste cruel tirano, que por ningún partido que se le hizo quiso dejar de hacer cruel guerra, porque con su soberbia

no temía á persona desta vida. Hacía mucha guerra á las cosas del Papa y de la cibdad, y á sus aliados y amigos del Papa en tanto grado que muchas veces había en la cibdad mucha hambre, y aunque el Papa había enviado sobré él ejército con muy buenos capitanes, él tenía aquella fuerza tan proveída, que ninguna gente de guerra bastaba para lo conquistar. Había el Papa descomulgádole muchas veces á él y á los otros que con él estaban. Visto por el Papa el poco fruto que de la guerra y descomuniones se sacaba, y los muchos daños que á aquella cibdad hacía, envió un legado á Gonzalo Hernández, que pues Dios lo había criado para deshacer los agravios y injusticias que los tiranos hacían, como á otro Hércules, que le rogaba con cuanta instancia podía fuese á castigar aquel tirano, que él tenía por cierto que lo prendería y restituiría aquella fuerza á la Iglesia y Sede apostólica, pues en aquel reino no había ya que hacer. Gonzalo Hernández fué muy contento de hacer aquel servicio al Papa, principalmente por servir á Dios, cuyo vicario era el Papa Alejandro sexto, y más seyendo español y rogándose el Rey Federico. Del cual despedido, con su campo de españoles caminó para Ostia, y llegado, miró el sitio de aquella fuerza y vió que era inexpugnabile, así por su sitio como por muros y industria humana. Gonzalo Hernández le envió un trompeta rogándole y requiriéndole dejase aquella plaza al Papa, cuya era, libre y desembarazada, y que él trabajaría con su Santidad le perdonase y le absolviese de los males que le había hecho, y que esto era lo que más le convenía, y le era muy más sano que no perder aquel castillo y fuerza y la vida con ella, y la alma en condición, y que estaba espantado, seyendo español, ser tan mal cristiano y tan tirano en seguir una cosa tan ajena de hombre de su nación. Menaldo hasta allí jamás quiso hablar en partido con nadie, ni los oír, aunque fué muchas veces requerido; mas agora respondió y dijo: «Decid á Gonzalo Hernández que otros tan bravos como él han venido con el desino que él viene y no les aprovechó nada; que le certifico que cuando hobiere hecho todo su poder, que no habrá hecho nada, y decilde que se acuerde que todos somos españoles y que no lo ha con franceses, sino con español, y no castellano, sino vizcaíno».

## CAPÍTULO IX

*De cómo Gonzalo Hernández combatió la fortaleza de Ostia y la tomó por fuerza de armas, y prendió á Menaldo Guerra, y entregó al Papa así á él como al castillo.*

Oído esto por Gonzalo Hernández, habló con los capitanes y soldados y les dijo lo que parecía que se debía hacer, y que todos se aparejasen para la mañana y que se diese el asalto, y dijo á la hora que se había de dar y por dónde, y les avisó de todo lo que en él pasaría. Y estando todos escuchando lo que se había de hacer, miró á un soldado llamado Londoño, que era alférez, y díjole: «Londoño, yo sé quién porná mañana primero la bandera en el muro del castillo». Y luego volvió la plática á don Alonso de Sotomayor, hijo de la Condesa de Camiños, que era hombre de armas, y díjole: «Señor don Alonso, yo sé quién prenderá mañana á Menaldo». Pues habiendo estado allí Gonzalo Hernández tres días, proveído todo con aquella su grande providencia, mandó plantar la artillería de la una banda por tener por aquella parte ocupados los enemigos; por la otra hizo tener aparejadas las escalas para subir por encima del muro. No pensando cosa destas Menaldo, acometieron los españoles por ambas partes, más flojamente por la parte de la batería; y por la otra, puestas las escalas, subieron los españoles con gran presteza en lo alto de la muralla, y mataron los que allí estaban, que eran los menos, y mataron la mayor parte de los franceses que defendían la parte del muro derribado. Fué todo hecho con tan gran diligencia y presteza, que veyendo Menaldo las cosas perdidas y quebrada su braveza y soberbia tan presto y con tanta ventaja, aunque él y los franceses que allí estaban habían peleado como varones, Londoño, aquel alférez que dijimos, fué el primero que puso la bandera en el muro, y don Alonso de Sotomayor el primero que se juntó peleando con Menaldo, el cual suplicó á don Alonso le otorgase la vida, y se dejó atar las manos como un hombre fuera de sentido. Fué luego traído Menaldo atado ante Gonzalo Hernández, al cual habló desta manera, mandándolo desatar: «Muy espantado estoy de vos, señor Menaldo Guerra, que tantas cosas han pasado por vos querer defender una cosa tan errada y fuera de razón de hombre cristiano,

y fuera de todo buen juicio, sin temor de la sentencia del Vicario de Dios, cuya esta fortaleza es, y temer la muerte del cuerpo ni del alma, que tan cierta os estaba, y perseverar en cosa tan fuera de capitán ni de hombre de guerra, ni de cristiano, y más seyendo español, que nunca los de vuestra nación han sido traidores ni malos cristianos, y sobre todo ser tan confiado que ni temíades á los hombres ni á Dios, pues á su Vicario teníades en tan poco». Menaldo le respondió: «Señor Gonzalo Hernández, los hombres en esta vida sola una opinión han de tener, y servir con fidelidad á su señor, como yo he hecho. Yo he hecho lo que debía, de cuya causa no soy vencido, pues hice todo mi poder». Luego mandó soltar á todos los franceses é italianos que con él estaban que se fuesen libres adonde quisiesen, sin que les fuese hecho mal alguno, y escribió al Papa enviase Su Santidad á quién se entregase aquella fortaleza; lo cual así fué hecho, quel Papa envió un caballero español, á quien se entregó, y la tuvo por el Papa como antes estaba.

## CAPÍTULO X

*De lo que Gonzalo Hernández hizo después que se entregó aquella fortaleza de Ostia á la persona que su Santidad mandó.*

Dejado esto á muy buen recaudo, Gonzalo Hernández se partió derecho á Roma á besar los pies al Papa, llevando consigo á Menaldo. El Papa mandó que todos los del estado seglar, como del eclesiástico, le saliesen á recibir. Salían todos, hombres y mujeres, que ninguna persona quedó en la cibdad: lo uno por ver á Gonzalo Hernández, de quien tantas cosas habían oído decir, y por ver aquel tirano cruel, de quien tanto mal y daño habían recibido. Iban todos, hombres y mujeres, dando grandes voces publicando la grande alegría, beneficio y provecho que de aquel triunfo recibían. Fué reputado aquel triunfo por mayor quel que el gran Pompeyo de Mitridates Rey de Ponto, y que el de Scipión de la gran Cartago; porque aquéllos triunfaban de las provincias y reinos lejos de Roma, á quien los romanos conquistaban; mas este era muy mayor, que triunfaban del enemigo que á ellos en su misma cibdad les hacía cruel guerra. Salieron todos los romanos por su orden

y las mujeres mostrando la alegría que tenían en sus corazones. Iba Menaldo con tan terrible catadura y gesto tan temible y feroz, que daba á entender que, aunque era vencido, no del todo era domada su saña y crueldad. Tras éste iba Gonzalo Hernández con la gente de guerra. Fué llevado este tan deseado triunfo por medio de Roma, con todos los géneros de instrumentos y ministriles, y géneros de placer que se pudieron hallar para mostrar la alegría que los cibdadanos romanos recibían en ver aquel tirano. Como iba luego la infantería española, y tras ellos la caballería, por todas las calles adonde pasaban los echaban todos muchas bendiciones, alabándoles y ensalzando á España que tales hombres había criado. Fueron derechos al palacio sacro, adonde el Papa los estaba esperando en una silla. Estaba sentado en bajo de un dosel, á do estaba todo el Collegio de los Cardenales. El Papa se levantó á recibir á Gonzalo Hernández, el cual se le humilló y le besó los pies. Luego el Papa se levantó y lo abrazó y le besó en el carrillo, y le hizo un grande razonamiento, en que le loó mucho por haber traído á Roma aquel tirano y haber traído tanta abundancia de todas las cosas á la cibdad. A todas las cosas que el Papa en su loor dijo, ninguna cosa respondió, sino que le suplicaba que, según la religión cristiana, fuese Menaldo perdonado. El cual con tanta humildad pedía perdón, el cual estaba echado á sus pies, y que le hiciese merced que los vecinos de Ostia por los trabajos y sacos pasados gozasen de diez años de libertad y que no pagasen pechos ni imposiciones. Lo cual todo fué otorgado, y á Menaldo dió Gonzalo Hernández con que se fuese adonde quisiese. Habiendo dado Menaldo á Gonzalo Hernández muchas gracias, le dijo: «Sólo un consuelo llevo que alivia en alguna manera mi contraria fortuna: ser vencido por vuestra excelencia, que merece vencer á todo el mundo, y no quiero decir más, porque no piense que quiero ganar con él gracias». Gonzalo Hernández respondió á las buenas palabras quel Papa le dijo: «Para tan pequeño servicio, Santísimo Padre, muy grande es la satisfacción que Vuestra Santidad hace conmigo». El Papa le ofreció todo lo que pudo, y le daba mucho más; mas él ninguna cosa quiso tomar. Suplicó se acordase de le inviar á mandar las cosas de su servicio.

## CAPÍTULO XI

*De cómo Gonzalo Hernández se partió de Roma y se volvió para el Rey Federico, que lo había enviado á llamar.*

Estando en Roma Gonzalo Hernández, recibió cartas del Rey Federico, en que le hacía saber cómo los de Rocaguillerma se habían rebelado por Francia; que le rogaba, pues ya era concluído lo de Ostia, se viniese para él á la cibdad de Nápoles. El cual vistas las cartas y recibida licencia del Papa, se fué derecho á Rocaguillerma. Aquella villa está puesta en una cuchilla de una sierra, entre Venafro y Pontecorvo. Ninguna cosa se daban, aunque vían la pérdida y muerte de los franceses. Gonzalo Hernández era tenido y querido mucho por su clemencia, humanidad y piedad, de amigos y enemigos, y con los rebeldes quería antes probar su clemencia que el rigor de las armas, y para este efecto ponía mucho cuidado y muchas más cosas hacía con esta virtud que no por las armas, y desta causa tomaban todos por partido de probar antes su clemencia, que no el rigor de las armas de un capitán invencible. Llegado á Rocaguillerma Gonzalo Hernández, les envió á decir que se diesen, que él sería muy buen tercero para quel Rey los perdonase. Ellos le respondieron con gran soberbia que ellos le quitarían de aquel trabajo de rogar nada al Rey; que hiciese todo lo que pudiese, y vería que no eran como los otros pueblos apocados y cobardes, que se le habían rendido; que ellos solos habían de quedar en la amistad y fe francesa, y jamás en la de la Casa de Aragón.

Erá aquella villa muy fuerte, y estaba muy proveída de todas las cosas necesarias para la guerra y muy buena gente en ella, así los de la tierra como los franceses. Desmandáronse en algunas palabras soberbias que contra los españoles dijeron. Gonzalo Hernández mandó darles un asalto, el cual se les dió y con mucho ánimo, y hubo de dentro tanta resistencia, que no les pudieron entrar de aquel asalto, aunque quedaron tan espantados que perdieron la mayor parte de su soberbia. Gonzalo Hernández les habló á los soldados, y les dijo: «Bien sé yo, compañeros, que no hay necesidad de os decir palabras, á quien tan bien sabe mostrar las obras. Yo os ruego que vean estos franceses la ventaja que

nuestra nación les hace. Yo os doy mi fe que hasta que Rocaguillerma se tome, con la ayuda de Dios, que ni yo, ni persona de todo este campo, ha de comer bocado, ni beber gota de agua ni vino; y allá dentro hemos entrar á comer». Mas visto por los de dentro, que se les aparejaba de les dar otro asalto, y que la misma persona de Gonzalo Hernández iba en los delanteros, con una espada y una rodela, y cada un soldado pensaba de le pasar delante, atemorizados los de dentro, todos de común consentimiento hablaron en partido, en que los dejasen estar seguros en sus casas sin les hacer mal alguno. Gonzalo Hernández lo quisiera mucho, mas los soldados estaban muy afrontados de las palabras soberbias que habían dicho y el mal tratamiento que desdel muro les habían hecho de palabra. Por los cuales respondió un soldado, y dijo: «Ilustrísimo señor, alguna vez os habíamos de salir de obediencia, y sea ésta, seyendo tan justa, que tan bien daña á los malos y rebeldes la mucha clemencia como la poca á los buenos». Y dijo á grandes voces: «Ea, compañeros, conozcan estos rebeldes qué son españoles». Y juntamente les dieron el asalto, y con tanto impetu y esfuerzo, que los entraron. A éstos los saquearon, sin dejarles hacienda, ni soberbia, de la que antes tenían. Gonzalo Hernández mandó castigar á los culpados, así franceses como á los de la villa, y dejando aquella villa á buen recaudo, y los soldados en sus alojamientos, se fué para el Rey á la cibdad de Nápoles, del cual y de toda la cibdad fué recibido con tanta alegría como si de nuevo les hobiera dado la vida. El Rey lo abrazó y besó en el carrillo, y después de le haber hecho gran recibimiento, le hizo merced del ducado de Terranova y Santángelo, con el monte Gargano y sus tierras, con un privilegio que decía así.

## CAPÍTULO XII

*Del privilegio quel Rey Federico dió á Gonzalo Hernández.*

«Don Fadrique de Aragón, Rey de Nápoles y de Jerusalem, por quanto la principal y más escogida de todas las virtudes es la liberalidad, y fué siempre necesaria á los reyes, que en ninguna manera se puede por ellos menospreciar, y es tan grande que con mucho cuidado se debe

buscar, de donde se sigue que nos, cuyos antepasados sobrepujaron en hacer bien y merced, no solamente á los Reyes que hoy son, mas á toda la antigüedad y memoria de los buenos príncipes y emperadores, y por, ello debemos esforzarnos con mucho cuidado y diligencia con las mismas virtudes pasar adelante á los otros, si como los merecimientos y virtudes de Gonzalo Hernández de Aguilar é de Córdoba, illustre y fortísimo varón, gran capitán de armas de los Serenísimos Reyes de España hayan seido tales á nos é á don Fernando, Rey de Sicilia segundo, nuestro muy caro sobrino, hobimos por bien de loar el singular esfuerzo y excelencia de ánimo del dicho Gonzalo Hernández y de lo enoblecir con soberanos ornamentos de honra y de fortuna; y desta causa conviène de esforzarnos que el resplandor de nuestra liberalidad en este hombre esclarecido resplandezca de manera que pensemos no en tanto acrecentar su hacienda, cuanto en ganar para nos la alabanza desta virtud de la liberalidad; mayormente como los príncipes por todos son estimados por tales cuales son aquellos á quien ellos han por bien de hacer mercedes y beneficios, pues ¿qué podemos decir deste tan gran varón que lo podemos igualar con sus alabanzas, dejemos su buena voluntad, amor y acatamiento que nos ha tenido en el tiempo de nuestra adversidad? ¡Con qué grandeza de esfuerzo, con qué saber de guerra, con qué consejo, con cuánta providencia, con cuánto peligro de su vida quitó tan presto de las manos de los crueles franceses todo este reino, y lo puso so nuestro poderío, como quier que libremente debemos confesar que de todo ello somos deudores á aquellos invitísimos Rey y Reina, padre y madre nuestros, que con su favor esta guerra francesa tan feroz, dañosa y peligrosa ha seido acabada; mas el esfuerzo, lealtad y bondad, consejo, gravedad del dicho Gonzalo Hernández no menos nos ha ayudado que la grandeza y autoridad de los dichos Rey y Reina. Tanto que no solamente con gran razón creemos que nos fué por ellos enviado, mas que descendió del cielo para nos; y como sean tantos los méritos deste tan excelente varón, á los cuales creemos no poder satisfacer con el precio de nuestra vida, por ende, aunque al dicho Gonzalo Hernández no es necesario, á nos es útil y honestísimo honrarle de títulos y mercedes, remunerándole de premios y honras, aunque él

por su vergüenza y templanza singular no lo pida ni lo desvíe de los servicios y vitorias á nos fechos. Son tantos; la Calabria, la Pulla y todo el otro reino; tantos son las villas y lugares de Cosencia; tanto es el estrago que hizo cabe Murano; tanto es aquella hazaña dina de inmortal memoria de Laino; tanto es la vitoria que nos dió su venida en la Tela; tanto es otra vez la Calabria y Basilicata, que poco antes se había tornado á revelar; tanto es lo del duque de Sora; tanto es todo este nuestro reino; tantos son los enemigos vencidos y desbaratados, muertos y echados de todo el reino; son tan notables vitorias; tantos somos nos mismos del esfuerzo de su corazón y las cosas por él noblemente hechas, no las habemos sospechado mas experimentado; no pensado, mas las sabemos; no las habemos oído, más visto, así que de la liberalidad de nuestro ánimo y debido gradecimiento queremos que dé testimonio este nuestro privilegio, con el cual queda para los venideros perpetua memoria y demostración de nuestro amor, gracia y buena voluntad que tenemos al dicho Gonzalo Hernández y á sus hijos y á nuestro reino próspero y favorable, lo acrecentamos y hacemos Duque de Terranova é Duque de Santángelo, con todas sus tierras, cibdades é villas é lugares é fortalezas».

### CAPÍTULO XIII

*De lo que Gonzalo Hernández hizo después que volvió á la cibdad de Nápoles para el Rey Federico.*

Vuelto que fué Gonzalo Hernández á Nápoles recibió cartas del Rey don Fernando y de la Reina doña Isabel, que pues ya aquel reino por su buen esfuerzo y por la voluntad de Dios estaba pacífico, que le rogaban se viniese en España para ellos; porque tenían necesidad de comunicar con él algunas cosas, y para que les diese cuenta muy particular de las cosas acacidas, y para gozar y ver su persona, que tanto deseaban ver. Gonzalo Hernández se despidió del Rey para se partir á Sicilia y de allí se ir á España, quedando todos los de aquel reino muy tristes como si se vieran ya en poder de sus enemigos, haciendo todos muchos llantos, y principalmente las mujeres, porque se apartaba de aquel reino un tan valeroso capitán que tanto cui-

dado tenía de la honestidad y limpieza de las mujeres. Hacían en todo el reino muy gran sentimiento.

Pues llegado á Sicilia, vinieron á él de todo aquel reino á se quejar del Virrey Juan de Lanuza, porque gobernaba aquel reino muy á su voluntad, y las sacadas del trigo se sacaban con mucha negligencia y con pérdida del Rey y provecho ajeno, y con gran pérdida de las rentas reales. Los sicilianos se holgaron extrañamente con Gonzalo Hernández, porque los desagradiase de los malos tratamientos que del Virrey recibían. Oído esto por Gonzalo Hernández mandó llamar á Cortes en la cibdad de Palermo, y en breves días, con aquella su grande autoridad y providencia y templanza tan moderada, acabó y remedió todas las cosas de aquel reino cumplideras al reino; y con mucha gravedad y severidad persuadió á Juan de Lanuza que amorosamente gobernase aquel reino, de que todos quedaron muy contentos. Pues dejado aquel reino muy pacífico y contento, según cumplía al servicio de los Reyes de España, estando para se embarcar, fué llamado por el Rey Federico con grandes ruegos, y visto esto, luego se partió para allá. Al cual halló en campaña de aquella parte del río Silano, con su ejército que tenía cercado á Diano; porque aquellos éran vasallos del príncipe de Salerno, de la Casa de San Severino, y favorecían la parte francesa. Estos solos entre todos los otros aún no tenían perdida la esperanza que habían de ser socorridos de las armas francesas, que los esperaban que habían de venir á renovar la guerra, y esforzábanse en la mucha y buena gente que tenían y en las muchas vituallas y municiones y aparejos de guerra que tenían, y el sitio de Diano, que era muy fuerte, así de su natura como de muy fuertes muros; y más pensando que Gonzalo Hernández era ya vuelto en España, y pensaban ganar honra en ser solos ellos los que perseverasen en la fe y lealtad de la Casa de Francia, y que habiéndose todos los otros rendido al Rey vencedor, ellos solos hobiesen mantenido la fidelidad que á Francia tenían.

Llegado el Gran Capitán trabajó con cuantas maneras pudo de convertir á los de Diano con el Rey Federico; mas todo fué por demás, porque estaban tan locos y tan obstinados que ninguna condición que Gonzalo Hernández les ofreció, llenas de muy grande huma-

nidad, quisieron aceptar. Tanto que fué necesario tomar las armas. Fueron los soldados y gente de caballo repartidos en dos partes por mandado de Gonzalo Hernández, y plantóse la artillería y hiciéronse las trincheas y los fosos que cubrían á los que daban el asalto. Duraron estos combates algunos días. Cada día crecía más la furia y codicia de los españoles por gozar de la presa de los de dentro, y estaban muy afrentados, que delante del Rey Federico les haber resistido tanto los enemigos. Los cercados, con esperanza del socorro que cada día esperaban, porque así se lo habían hecho saber, y con temor del castigo y saco, peleaban y defendían aquella plaza con grande ánimo; mas los soldados los apretaron de tal manera que ya estaban más mansos y más confiados de la humanidad y clemencia de Gonzalo Hernández, le suplicaron que usase con ellos de su acostumbrada clemencia y de su antigua humanidad con que era tan loado sobre todos los capitanes antiguos y presentes. Gonzalo Hernández trabajó con el Rey Federico lo perdonase, lo cual él hizo por ruego de Gonzalo Hernández, aunque tenía mucha gana de les castigar.

Los soldados estaban muy afrentados, así de la soberbia de los de Diano como de las vanas palabras que habían dicho; estaban determinados de los saquear y castigar á los dianeses, mas Gonzalo Hernández se lo rogó mucho y les prometió de les satisfacer gran parte de lo que allí habían de haber; y con esto cesaron de los saquear y castigar, que tan bien lo merecían.

#### CAPÍTULO XIV

*De cómo Gonzalo Hernández se partió para España, con lo que más aconteció.*

Pues vuelto Gonzalo Hernández á su armada y embarcado, llevando consigo los capitanes así de caballo como de infantería que habían hecho cosas muy señaladas en la guerra, para que en España gozasen del fruto de sus hazañas tan señaladas que habían hecho, se partió para España, y llegado en ella fuese derecho á la Corte. Sabido por los Reyes, mandaron á todos los grandes y señores de la Corte le saliesen á recibir; y apeado en palacio el Rey bajó al patio á lo recibir y lo abrazó y besó en el carrillo y le dijo: «Duque,

debemos os tanto que jamás lo podremos pagar por la grande honra que á nosotros y á nuestros reinos habéis dado». El Duque se le humilló y le quiso besar las manos, mas el Rey nunca se las quiso dar y le dijo: «Vamos á la Reina, que os está esperando con gran deseo de os ver, y se le hace muy tarde». Subidos arriba, la Reina salió de la sala hasta la escalera, y jamás consintió que le besase la mano, antes lo abrazó y le dijo: «Vos seáis muy bien venido, Gran Capitán». El cual nombre de grande jamás se le quitó, porque en todas partes y en todas las naciones, así de cristianos como de turcos é infieles, es llamado por este nombre. El cual renombre los griegos dieron á Alejandro, hijo de Filipo, Rey de Macedonia, que fué llamado Alejandro Magno, que quiere decir Grande; y los romanos á Neyo Pompeyo, que fué llamado el Gran Pompeyo; y los franceses á Carolo, hijo de Pipino, que le llamaron Carolo Magno; y por las letras divinas y humanas de que fué dotado Alberto, maestro de Santo Thomás, fué llamado Alberto Magno. Cada uno destes capitanes alcanzaron este nombre por los grandes hechos que en armas hicieron. Alejandro conquistó la Asia y gran parte de Africa y mucha parte de Europa al setentrión. Pompeyo sujetó al pueblo romano muchos reinos y triunfó de aquel gran Rey Mitridates; Carolo Magno por las grandes victorias que hubo contra los infieles en favor de la Iglesia romana, y los españoles y romanos dieron este renombre á Gonzalo Hernández, que le llamaron Gran Capitán (1). Gonzalo Hernández, aunque en aquella sazón no tenía tanta renta como algunos Grandes de España, porque de su padre don Pedro Fernández de Córdoba había heredado el mayorazgo don Alonso de Aguilar, su hermano mayor, mas él por sus grandes virtudes y valor de su persona se trataba como el mayor señor del reino y era de todos querido y amado como si fuera el mayor en renta.

## CAPÍTULO XV

*De lo que en este tiempo hizo el Rey de Francia, después que llegó á Aste.*

Entre tanto que esto pasaba, el Rey de Francia, después que hubo aquella batalla con

los venecianos cabe el río Taro, cerca de Parma, aportó á Aste, á do había dejado á su primo Luis, Duque Urliens, que como dijimos estaba allí para tener aquel paso seguro para cuando el Rey volviese: El cual había tomado á Novara, una cibdad del ducado de Milán, con parte del ejército, la cual los franceses habían tomado al Duquè Esforcia. Tenía esta cibdad el Duque de Urliens muy fortificada, así de gente de guerra como de todas las otras cosas necesarias. El ejército de venecianos, después de dada la batalla al Rey de Francia junto á Parma, se fueron á juntar con los esforcianos para cobrar á Novara de poder de los franceses, por ser su confederado. Allí enviaron venecianos poderes y provisiones á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua, que se intitulase su General. Lo cual como dijimos, hasta allí nunca le habían consentido tomar. Inviéronle las insinias y cetros que suelen llevar delante dél los Capitanes generales con toda aquella majestad acostumbrada que aquella Señoría suele dar á sus Generales. Tenía en aquella sazón el ejército de venecianos y esforcianos más de cuarenta mil hombres en campaña. Estos dos ejércitos fueron sobre Novara y la combatieron con mucho ánimo y perseverancia; mas el Duque de Urliens la defendió de manera que los dos ejércitos se retiraron con mucho daño; porque el Duque de Urliens Luis era uno de los buenos capitanes que había en aquella sazón, y el mejor que había en Francia. Gonzaga tenía tan apretados á los franceses, que pasaban mucho trabajo.

El Rey de Francia inviaba muchas veces á decir al Duque de Urliens que él le socorrería con la más gente que pudiese, y echaba muchos que publicasen cómo venía grande ejército de Francia, por hacer á Gonzaga aflojar el cerco; más Gonzaga estaba siempre firme en el cerco, y ya los tenía puestos en tanto aprieto, que los franceses comenzaron á tratar condiciones que á Novara restituirían al Duque Esforcia, y que venecianos y el Rey de Francia fuesen amigos. Este trato se concluyó á los dos meses que Novara fué cercada por Gonzaga, que fué por Noviembre del año de nuestra salvación de mil cuatrocientos noventa y seis años. En este mesmo año nació entre los franceses una muy grave enfermedad, que son las bubas, y de aquí vino á llamarse el mal francés, porque los franceses lo pega-

(1) Desde aquí hasta el fin del capítulo está escrito en la margen.



ron en Italia, y de allí manó á otras provincias y reinos, que después de muchos y graves dolores nacían unas pústulas. Creyóse haber venido este mal de las Indias de España. Asentado esto de Novara, los franceses se fueron á Francia.

#### CAPÍTULO XVI

*De lo que el Rey de Francia hizo después que supo cómo Gonzalo Hernández habla cobrado todo el reino de Nápoles y vencido y muerto á los franceses, que en aquel reino no habían quedado ninguno dellos ni en toda Italia.*

Sabido por el Rey de Francia que Gonzalo Hernández había cobrado por fuerza de armas y vencido y muerto á los franceses que en aquel reino habían quedado, y cómo los otros que se habían embarcado habían corrido tormento, y que muy pocos, rotos y mal aventurados, habían vuelto á Francia, estaba muy indinado contra el Rey don Fernando de España, así por los capitulos que Antonio de Fonseca le había recitado por su mandado, como por haber Gonzalo Hernández ocupado el reino de Nápoles y entregádolo al Rey Federico, sobrino del Rey Fernando, y echado de aquel reino á todos los franceses, y muertos como arriba se ha contado. También tenía muy grande indinación contra los de la Liga. Comenzó luego á aparejar grandes aparatos de guerra en todos sus reinos y señoríos, así en Francia, Bretaña, como en Borgoña, para hacer dos muy gruesos ejércitos: el uno para entrar por Perpiñán en Cataluña, y el otro para volver á Italia para cobrar aquel reino de Nápoles y hacer guerra á los de la Liga.

Estando aquel verano y parte del invierno ocupado en estas jornadas de guerra, estando un día en su palacio mirando cómo dos caballeros jugaban á la pelota, se le comenzó á desvanecer la cabeza, y llevado á su aposento y hechos algunos remedios, estuvo bueno y tornó á ver el juego antes comenzado. Y estando allí tornóle á crecer aquel desvanecimiento del cerebro y fué á caer á una parte de aquella sala, adonde dende á poco dió la alma á Dios. Esto fué entrando el año de mil cuatrocientos noventa y siete años. Murió de edad de veinte y cuatro años y á los quince años de su reinado, y á los tres años que había ocupado el reino de Nápoles.

Este mismo año murió en la cibdad de Salamanca don Juan, Príncipe de Castilla. Luego fué alzado por Rey el Duque de Urliens, Luis su primo, que dijimos haber quedado en Aste cuando el Rey Charles pasó á Nápoles.

#### CAPÍTULO XVII

*De lo que Luis duodécimo, nuevo Rey de Francia, hizo después que fué alzado por Rey.*

Luego que el nuevo Rey de Francia fué alzado por Rey, Luis duodécimo, que fué entrando el año del Señor de mil cuatrocientos noventa y siete años, los venecianos hicieron liga con él y amistad, de lo cual pesó mucho á Ludovico, Duque de Milán, y tuvo gran temor de lo que después sucedió. El Rey Luis invió cartas á todos los señores de Italia haciéndoles saber su elección y sucesión en aquel reino, salvo al Duque de Milán, que nunca le escribió; y en todas las cartas y provisiones que escribía se ponía é intitulaba Rey de Francia y Duque de Milán. Esta liga fué hecha contra Ludovico, Duque de Milán. Entraban en esta liga el Papa Alejandro, venecianos y florentinos, con las condiciones siguientes: que al Rey de Francia se adjudicase el Ducado de Milán; á venecianos, la cibdad de Cremona; á César Borja, hijo del Papa Alejandro, se adjudicase la Romanía y Marca de Ancona y la Umbria que es (1).

El cual habiendo muerto cruelmente á su hermano el Duque de Gandía, había desechado el capelo de Cardenal y se había casado en Francia con madama Carlota, hija de mos de Labrit, un gran señor de Gasuña, parienta muy cercana del Rey de Navarra, y le diesen ayuda y favor con el cual desterrasen toda la casta de los antiguos Príncipes de Romanía y Ancona y de la Umbria, y él se hiciese Príncipe y señor de aquellas tres provincias.

Entendido esto por el Duque de Milán, se confederó con Maximiliano, Rey de Romanos, para que por la parte de Alemaña hiciese guerra al Rey de Francia, y despachó luego un embajador á Bajazeto, gran turco, haciéndole saber cómo el nuevo Rey de Francia Luis duodécimo se había confederado con venecianos y otros Príncipes y señores, y estaba el dicho Rey determinado de pasar á Italia con ayuda de los de la Liga, para desde allí hacer-

(1) Faltan algunas palabras.

le guerra por la banda de la Velona. Tras este embajador vino otro al mesmo turco de parte de los florentines, avisándole cómo los venecianos estaban con el Rey de Francia confederados en hacerle la guerra; porque á esta sazón estaban muy mal los florentines con venecianos sobre la cibdad de Pisa, que los florentines habían ocupado y metido en su señorío. Asimesmo fueron otros embajadores al turco de otros señores y potestades de Italia que estaban mal con el francés y venecianos, avisándole de lo mesmo, y trabajaban de lo indinar con ellos, porque teniendo venecianos la guerra en casa dejasen la de fuera.

### CAPÍTULO XVIII

*De lo que Bajazeto, gran turco, hizo después que fué avisado de lo que el francés y venecianos querían hacer.*

Bajazeto mandó luego hacer una muy gruesa armada, mayor que ninguno de sus pasados jamás había hecho y (\*) hiciesen muy cruda guerra á venecianos; y hinchó el arcipléago de galeras y enviaron otra armada con Antonio Grimaldo, que porque no toca á la historia se queda. Pues Bajazeto mandó á Escander, bajá Sanjaro de Esclavonia, entrarse por tierra de venecianos y les hiciese todo el daño que pudiese y no parase hasta ver las lagunas y torres de Venecia. Luego que Luis Rey de Francia hobo el reino, dejó á su mujer, que era hermana del Rey Carlos su predecesor y su primo, diciendo que era estéril y no podía empreñar por defetos que para ello tenía, y casó con madama Ana, mujer del mesmo Rey Carlos su primo y predecesor, que era única heredera de aquel estado del ducado de Bretaña, de donde aquel ducado quedó en la Casa de Francia hasta hoy.

Luego adelante en el año de mil cuatrocientos noventa y nueve años, el Rey de Francia hizo en sus reinos y señoríos un muy grueso ejército y lo envió sobre el ducado de Milán, diciendo que le pertenecía por parte de su madre, que fué hija del señor Juan Galeazo, Duque de Milán, aunque era por parte de mujer; mas el cierto desino era por tener las espaldas seguras para ir á conquistar el reino de Nápoles, no le aconteciese como á Carlos

su predecesor. El ejército del francés fué derecho á Aste, que estaba por los franceses desde la otra jornada, y de allí á Alejandria de la Pulla sin hallar resistencia alguna, y tomaron algunas otras plazas.

### CAPÍTULO XIX

*De cómo el Rey Luis de Francia tomó al Duque Ludovico de Milán todo su estado y á él le llevó preso á Francia,*

El Duque de Milán, que no tenía caudal para resistir al francés, ó sea porque no halló en Milán tan buenas voluntades como quisiera y el tiempo lo pedia, y más viendo tan cerca de sí á dos ejércitos tan pujantes como el de los franceses y venecianos, tomó todas las riquezas y tesoros que tenía y pudo haber, y llevando consigo á Ascanio Esforcia, su hermano, se fueron á Alemaña, llevando consigo á su mujer y hijos. Se fueron para Maximiliano dejando la fortaleza á muy buen recaudo, y por alcaide della á Bernardo Curcio, natural de Pavia. Y viendo que los dos ejércitos llegaban cerca, habló á los de Milán diciéndoles que él iba á Alemaña á traer un muy grueso ejército contra los franceses y sus aliados; que no perdiesen la esperanza, que él volvería presto y los socorrería, y fuese á Alemaña. Los franceses tomaron la cibdad de Milán y las otras plazas en derredor, y dende á pocos días el alcaide dió la fortaleza á los venecianos, seyendo su capitán Nicolao Ursino, Conde de Petillán. Ocuparon á Cremona y otras algunas tierras de aquel estado de Milán, porque así estaba concertado entre ellos y los franceses. Maximiliano tenía entonces muy cruda guerra con los suizos, en la cual no peleaban sobre hacienda ni señorío, sino sobre las vidas; en la cual guerra murieron muchos de ambas partes. Algunos quisieron decir, y aun se tuvo por cosa muy cierta, que el Rey de Francia había tenido formas de revolver á los suizos con Maximiliano; porque ocupado en aquella guerra no socorriese al Duque de Milán, ni hiciese guerra á Francia. Bajazeto mandó á sus bajaes que una armada fuese contra la Morea á conquistar tierra de venecianos y otra á Italia por deshacer aquella liga dentre ellos y el francés. Adonde saquearon los turcos muchos lugares de aquella señoría y captivaron muchos cristianos; mas ellos ja-

(\*) Parece faltan palabras.

más dejaron lo comenzado, tanta era la codicia de acrecentar su estado cabe casa. Habíales tomado el turco la isla de Chafalonia á la entrada del mar de Venecia, y aunque algunas veces venecianos habían ido sobre ella y la habían combatido, jamás la habían podido cobrar.

En este tiempo César Borja, Duque de Valentinois, de quien antes dijimos que había dejado mucha renta que tenía por la Iglesia siendo Cardenal y había casado en Francia y era capitán de la Iglesia, y queriéndose hacer señor de Romanía y la Marca de Ancona, hacia muy cruel guerra á aquellas tierras, encendió en Italia un fuego que se prendió en Italia, que duró muchos años, seyendo ministro dél este César Borja, hijo del Papa.

## CAPÍTULO XX

*Cómo el Duque de Milán tornó á cobrar su estado y echó á los franceses dél.*

Cuando el Rey de Francia ocupó el ducado de Milán dejó allí por gobernador á Jacobo Triulcio, aquel que arriba dijimos que se pasó para él cerca de Nápoles. Este Triulcio era vecino de Milán y capitán del Rey de Francia. Este siempre trabajaba que los franceses se templasen en las cosas de la castidad de las mujeres, y en el tratamiento de los huéspedes y en los malos tratamientos que aquella nación siempre acostumbra á hacer. Mas no les pudo poner tanta regla que los franceses no hiciesen muchos desaguisados y afrentas á los de aquella cibdad y muchas fuerzas, porque son gentes que en las cosas de su apetito y contentamiento no miran lo de adelante ni lo que les puede venir sobre ello. Pues no pudiendo los milaneses sufrir la tiranía de los franceses, comenzaron de se poner en armas é enviaron á llamar al Duque Ludovico que viniese á tomar su estado, que antes querían morir sobre ello que no sufrir la tiránica servidumbre de los franceses. Visto por Triulcio, aquel capitán y gobernador de aquel estado, trabajó cuanto pudo; mas nunca les pudo aplacar con cuantas maneras tuvo para ello. Los de la cibdad perseveraron en su determinación. Triulcio quisiera mucho sujetarlos y castigar los principales causadores de aquel motín, mas vió que eran pocos los que tenía para tan gran negocio, porque los que había

inviado á llamar, así franceses como de los confederados, se tardaban y cada hora se acrecentaban los del bando de Sforcia, según vió la cibdad puesta en armas, y fuese á poner junto á la fortaleza con cuatro mil hombres de guerra que allí tenía. Y aun viendo que allí no estaba seguro se fué camino de Novara, para que desde allí, llamados los franceses y confederados que estaba en Italia, volviesen á sujetar á Milán. Los de la cibdad enviaron á gran priesa á tornar á llamar al Duque su señor que tomara su Estado, que ellos morirían todos hasta que lo acabase de tomar. Sabido por el Duque el estado en que estaba el negocio, envió delante al Cardenal Ascanio Esforcia, su hermano. Los de Milán lo salieron á recibir con grande alegría y lo mesmo hicieron los de Parma y Pavia, que echaron á los franceses de sus tierras.

## CAPÍTULO XXI

*De cómo el Duque Ludovico Sforcia cobró su estado y dió la batalla á los franceses.*

Los venecianos enviaron á gran priesa á Carolo Ursino, hijo de Virginio Ursino, con ejército, y éstos hicieron guerra á algunos lugares de aquel estado. Luego tres días adelante quel Cardenal Ascanio Esforcia entró en Milán, vino el Duque, el cual fué recibido con grandes alegrías y fiestas de grandes y pequeños, ofreciéndole sus haciendas y personas y las vidas. Trujo consigo un buen ejército de suizos é italianos, y con este campo llegó á Pavia, y tomó algunos lugares que los franceses habían tomado con partidos que hacía. Aquel gobernador Triulcio juntó la gente que pudo de franceses y confederados, y caminando desde Plasencia para Aste saqueó algunos lugares; y pareciéndole que no tenía caudal de gente para pelear con el campo de esforcianos, porque en pocos días se había engrosado su ejército de mucha gente de guerra, y juntamente se le dió Novara. Los venecianos enviaron otro ejército con Nicolao Ursino, Conde de Petillán, á socorrer á los franceses, y que si acaso no se pudiese juntar con ellos hiciesen guerra á los esforcianos por la parte que pudiesen. Los franceses y esforcianos pelearon junto á Novara. Fué la batalla muy reñida por ambas partes. Los franceses llevaron alguna mejoría.

El Duque esperaba cada día más soldados que le habían de venir de Milán; los franceses convidaron al Duque con la batalla tantas veces, hasta que el Duque se la presentó. Eran los más de su ejército suizos, como arriba dijimos; los que habían hecho la guerra á Maximiliano, Rey de romanos, que el Duque había traído á sueldo. Trabada la batalla entre los franceses y esforcianos, los suizos llevaban la retaguarda; los italianos, aunque pocos, llevaban la avanguardia, y acometieron á los franceses con gran corazón. Los capitanes de los suizos mandaron á su gente que no peleasen y se saliesen afuera, porque así cumplían á su nación. Ellos se apartaron todos afuera. La causa fué porque los franceses les habían dado ciertas pagas adelantadas, porque en comenzándose la batalla se retirasen afuera y desamparasen al Duque. Los italianos pelearon muy esforzadamente hasta que vieron la traición que los suizos hacían, que se comenzaron á retraer con buena orden y volverse á Novara. En el cual retrainiento murieron muchos italianos. Los suizos comenzaron á se volver á su tierra. El Duque Esforcia, vista la traición que los suizos le habían hecho, y su gente retraída á Novara, parecióle que si allí se retraía que lo cercarían, y no tenía socorros tan presto. El con un criado suyo, mudados los hábitos, tomaron el camino de los suizos, y entre ellos comenzaron á caminar.

## CAPÍTULO XXII

*De cómo el Duque fué hallado entre los suizos y preso y llevado á Francia, y el Cardenal Ascanio Esforcia con él, y tomado todo el estado de Milán.*

Los franceses se pusieron de una parte y de otra, y mandaron á los suizos pasasen por medio de uno en uno, y entre los postreros echaron mano del Duque y lo llevaron preso. Otros dicen que se levantó entre los suizos y franceses después de la batalla una cuestión, y que los alemanes tenían consigo al Duque, y que después tratada entre ellos la paz fué con condición les entregasen al Duque, y les dejarían ir en salvo á su tierra; y esto se tuvo por cosa más cierta. De la una manera ó de la otra, el Duque vino en poder de los franceses, al cual pusieron en un caballo y lo llevaron á Milán á la fortaleza, que aún estaba por él.

Los de la cibdad viendo á su Duque preso, luego dieron la cibdad. El ejército del Duque y el otro que venía en su socorro, visto preso al Duque, cada uno se fué á su casa por su parte, y los más fueron robados y muertos por los franceses. El Duque fué luego llevado á Francia y entregado al Rey Luis.

Al tiempo que el Duque fué preso cerca de Novara, estaba su hermano Ascanio Esforcia en Milán. Sabida la nueva que el Duque su hermano era preso y su ejército desbaratado, con algunos de caballo que pudo recoger de sus amigos, yéndose á poner en salvo, fué topado junto á Plasencia por Carolo Ursino y Soncino, capitanes de venecianos, los cuales vinieron contra el Cardenal. El, aunque vido la gran desigualdad, porque había más de cincuenta para uno, esperó como fuerte varón y peleó con ellos, y seyendo vencido con tres de caballo se escapó de la batalla y se acogió á un castillo que cerca de allí estaba en la ribera del río Trebia. El castillo se llama Ripalta; era de un caballero grande amigo del Cardenal, llamado Conrado Lamba, pensando valerse ó esconderse allí. Banzonio, aquel capitán que dijimos, lo siguió; y luego vino Carolo Ursino, y el Conrado entregó á aquellos dos capitanes y ellos lo llevaron y entregaron á venecianos, y ellos al Rey de Francia, que había enviado por él. Desta manera el Rey de Francia ocupó todo el estado de Milán, por tener seguro el camino para ir á conquistar el reino de Nápoles, para lo cual aparejaba muy grande ejército por mar y por tierra en toda Francia, Borgoña y Bretaña, para pasar en Italia, como su predecesor había hecho. Esto era ya en el año de mil y quinientos años.

## CAPÍTULO XXIII

*De lo que el Gran Capitán hizo después que vino en España.*

Pues llegado el Gran Capitán en España, como dijimos, no se puede decir la alegría con que los Reyes Católicos lo recibieron; que sabido por el Rey don Fernando que era desembarcado, dijo el Rey públicamente delante de muchos grandes y señores: «Mucha más gloria ha adquirido el Gonzalo Hernández á la corona de España, habiendo ganado el reino de Nápoles y dado á aquel su sobrino el Rey Federico, que nosotros en haber ganado el

reino de Granada y en haber echado á los moros de aquel reino y judíos, porque nosotros teníamos la guerra en nuestros reinos y cabe casa, y éramos socorridos de los grandes y vasallos de nuestros reinos, y en diez años que duró la guerra de Granada; y Gonzalo Hernández en tierra extraña, lejos de nuestros reinos; y los franceses eran tan naturales en Italia como en su mismo reino, y los más Príncipes y potestades de Italia eran en favor del Rey de Francia, y siempre muy proveídos de todas las cosas necesarias y socorridos de gente de guerra, la cual tenían junto á Italia. El Gran Capitán mal proveído y tarde socorrido, y pocos contra muchos, y hubo la victoria dellos y los echó de todo el reino, y lo dejó pacífico al Rey Federico nuestro sobrino».

Otros muchos loores dijo dél que bien pareció salir de entrañas muy fuera de lisonja. No tenía en este tiempo, que el Gran Capitán estuvo en España, tanta renta para que pudiese igualarse con algunos señores principales de España, porque no había heredado de su padre sino poco, por ser don Alfonso Fernández de Córdoba y de Aguilar, su hermano mayor, el que había heredado el mayorazgo, mas con su estimación y valor se trataba como el mayor señor de España, así en el trato de su persona, casa y criados, como en las mercedes que siempre hacía. Porque entonces estaba contento y muy alegre cuando hacía merced á alguno. Pues habiendo algún día reposado, quiso la fortuna darle ocasión para que viesen en España su esfuerzo y prudencia; y fué que á los moros del reino de Granada les otorgaron los Reyes, cuando los sujetaron, ciertos capítulos, los cuales ellos de común consentimiento obedecieron; mas como son mudables y sin fundamento alguno, levantáronse y rebelaron poniéndose en armas en el Albaizín, que es en aquella ciudad una cosa y sitio muy fuerte y en él hasta diez mil vecinos. Tenían tratado en Africa con un Rey que esperaban que venía de Berbería, el cual los había puesto en una vana esperanza de los socorrer y traer gente para renovar la guerra, y tornar como él les escribía á ganar el reino de Granada; lo cual ellos tenían por muy cierto que venía y los tornaría á su estado que antes tenían; porque habían desechado al Rey Muley-Bande-Halboazen.

## CAPÍTULO XXIV

*De lo que el Rey don Fernando hizo y encomendó al Gran Capitán el castigo de aquellos moros rebeldes.*

El Rey don Fernando tuvo mucho cuidado pensando en qué pararía aquella rebelión y alboroto, y hizo llamamiento de los grandes así de Castilla como del Andalucía, que todos viniesen con la gente de caballo y de pie que pudiesen. Con que vinieron de Castilla el condestable, Marqués de Villena, Conde de Benavente, Almirante, Duque del Infantazgo, y otros muchos señores y caballeros, y de la Andalucía vinieron el Duque de Cádiz y Conde de Ureña, don Alfonso de Aguilar, su hermano, el Conde de Cabra, el Alcaide de los Donceles y otros muchos caballeros que concurrieron á aquel llamamiento. Adonde concurrieron gran número de gente de caballo y de pie. Fué dado el cargo por común consentimiento de todos al Gran Capitán, porque todos le obedecían como á la mesma persona del Rey.

El Gran Capitán comenzó á entender en el orden que se debía tener, y mandó á su hermano don Alfonso de Aguilar que llevase la avanguardia. Con palabras tan graves se lo mandó, que ni se acordaba ser su hermano, por usar del cargo que tenía. Tenía el Gran Capitán una virtud muy singular: que cuanto más le trataban y conversaban, en más le acababan y tenían; cosa á muy pocos concedida. Los moros, espantados y atemorizados de ver al Gran Capitán por caudillo de aquel ejército, al cual conocían mucho antes que fuese á lo de Nápoles, porque él había sido muy grande y la principal parte para que se ganase aquel reino de Granada, y juntamente ver el gran caudal de gente que traía; y aunque en aquel campo había muchos capitanes y muy sabios en las cosas de la guerra, tomaron tan gran temor de ver por General al Gran Capitán, que perdieron la vana esperanza de conseguir el suceso que de Africa esperaban. A los cuales fué el Gran Capitán, y los moros hubieron dello mucho placer, porque siempre habían conocido dél ser tan bueno y piadoso, aun con los enemigos en la paz cuanto ninguno y bravo en la batalla. El Gran Capitán les habló y les dió á entender el poco fundamento y vana esperanza sobre que fundaban su

rebelión. Pues como ellos conociesen á este tan claro varón y oyeron su razonamiento, todos se le echaron á los pies y se le encomendaron que él hiciese con los Reyes las condiciones que fuese servido; y luego se rindieron y vinieron á pedir perdón á los Reyes, y se entregaron á su servicio, y toda la cibdad quedó muy pacífica y sosegada como cuando más estuvo. Entonces vieron todos y los Reyes que igualmente ganaba los corazones de los enemigos con su humanidad y clemencia como con las armas, pues con sus palabras y razonamiento había atraído aquella gente bárbara á lo que gustó sin ningún derramamiento de sangre y de otros gastos que en las guerras suelen seguirse.

## COMIENZA EL TERCERO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN, HIZO Á LOS REYES DE NÁPOLES Y FRANCIA.

### CAPÍTULO I

*De lo que el Rey Federico de Nápoles hizo, sabida la armada que el Rey Luis de Francia tenía aparejada para ir á conquistar el Reino de Nápoles.*

Pues sabido por el Rey Federico de Nápoles cómo el Rey de Francia Luis XII había preso al Duque de Milán y tomádole todo aquel Estado, y tenía aparejado un muy grueso ejército para ir á tomar el Reino de Nápoles, que su predecesor había perdido; visto también la liga y amistad que con venecianos había hecho, tuvo gran temor de perder su reino; y como hombre ingrato á los grandes beneficios que de los Reyes de España había recibido, que mediante el Gran Capitán le habían restituido en su reino, como la historia lo ha contado atrás, envió un embajador al Rey de Francia para que tratase con él que cesase de la jornada que quería hacer contra su reino y le moviese grandes partidos. Quieren decir que el partido era que le daría en cada un año tantos mil ducados de parias. Para ello le daría muy buenas plazas en aquel reino, de que estuviese seguro de la paga; y más le daría paso por su reino para si quisiese ocupar por gue-

rra la isla de Sicilia, que por derecho antiguo dicen ser del reino de Francia, el cual está tres leguas de mar solamente de agua, que hay de Mesina en Sicilia á Rijoles en Calabria, con otros partidos que dijeron que le movía para conseguir su efeto; no mirando que si el francés ocupara la isla de Sicilia, que es de los Reyes de España, luego quisiera asimismo tomarle aquel reino de Nápoles. Y juntamente envió otro embajador á los Reyes de España, sus tíos, á les hacer saber la guerra que el Rey Luis de Francia duodécimo quería hacer á aquel reino de Nápoles, el cual si, lo que Dios no quisiese, él ganase, no se podría abstener sin que quisiese ocupar el reino de Sicilia, según la gran codicia desordenada de aquella gente; rogándoles muy afectuosamente le quisiesen ayudar, pues á ellos solos debía aquel reino, con otras palabras para les persuadir su intención. Esto hacía él para después escoger el mejor partido que le contentase de los dos; mas sobre todo deseaba mucho que el Rey de Francia aceptase el partido que le movía, lo cual los dos Reyes Hernando y Luis luego supieron.

### CAPÍTULO II

*De lo que los Reyes de España hicieron después que supieron la toma de Milán y la prisión del Duque Ludovico, y el ejército que el Rey Luis de Francia tenía hecho para pasar á ganar el Reino de Nápoles.*

Llamaron al Gran Capitán, al cual rogaron y mandaron aparejase luego el ejército que le pareciese en una muy buena armada, y se fuese con él á poner en Sicilia, para que si el ejército del Rey de Francia allá pasase, le hiciese la guerra, pues él solo había nacido para domar la soberbia de los franceses; que tenían por muy cierto, seyendo Dios servido y la mucha justicia que la Casa de Aragón á aquel reino tenía, y más yendo su persona, que los franceses si allá fuesen serían rotos, vencidos y muertos; cuanto más que ellos tenían por cierto que sabido por el francés que él estaba en Sicilia, que no pasaría allá. El Gran Capitán les respondió: que él esperaba en Dios y en su divina justicia y en la buena ventura de sus Altezas, de echar á los franceses de Italia, cuanto más del reino de Nápoles. El Gran Capitán puso luego por obra lo que le fué mandado, y con aquella su gran

providencia mandó aparejar una flota cual para aquella jornada convenía en el puerto de Málaga. Pues estando ya todo á punto, se despidió de los Reyes y se fué á embarcar á los cuatro días de Julio. Llevaba trescientos hombres de armas, trescientos jinetes, ocho mil infantes muy escogidos, mil y ducientos de caballo. Había en esta armada cuatro carracas de ginoveses bastecidas de todas las cosas necesarias para la guerra. La mayor dellas, que se llamaba la Camilla, era la capitana. Iban más treinta y cinco naos de carga, siete bergantines armados, más ocho galeras y cuatro fustas. Iban con el Gran Capitán muchos caballeros y muy generosos, de los cuales adelante se hará mención. Pues partido el Gran Capitán de la cibdad de Málaga, llegaron á la isla de Ibiza, adonde tomaron refresco, quel Virrey les dió por espacio de tres horas. Están cerca de allí dos islas llamadas el Toro y la Vaca, adonde se había recogido un cosario vizcaíno llamado Artache, que andaba cosario á toda ropa. Fué descubierto por Machinico, que iba delante de la armada descubriendo. Sobreeste cosario fué Martín de Santpedro con dos naos y lo rindió y lo trajo preso antel Gran Capitán. Al cual el Gran Capitán lo hizo capitán de infantería; el cual dió muy buena cuenta de aquel cargo con mucho ánimo y industria, y la gente que consigo traía hizo alabarderos para guarda de su persona, y sirvieron muy bien su cargo.

De aquí se partieron y llegaron á Mallorca á los seis del dicho mes, víspera de Corpus Christi. Allí surgió el Gran Capitán y anduvo otro día en la procesión con mucha devoción, y acabada se tornó á embarcar. De allí fué la armada á Callar, en Cerdeña. Allí tomaron refresco que les dió el Virrey de Callar; tomaron la derrota de Mecina, en Sicilia, en el cual canino les sobrevino una gran calma, en la cual tardaron diez días, hasta que llegaron al paraje del volcán Lipari, adonde tomaron agua. Luego les vino muy buen temporal. Llegados á Sicilia desembarcaron en Mecina, cibdad principal de aquella isla, que, como dijimos, está tres leguas de Rijoles, en Calabria. Tiene Mecina muy buen puerto y muy hondable, adonde llegan las carracas á tierra. Estaba en el aposento real el Conde de Gotisomo (1), que lo tenía en tenencia, el cual

lo dejó al Gran Capitán y se pasó á otro aposento en la cibdad.

### CAPÍTULO III

*De cómo Pedro Navarro, que andaba cosario por la mar, con tormenta, aportó á Rijoles, y lo trujeron preso antel Gran Capitán.*

Estando el Gran Capitán en Mecina le trajeron los vecinos de allí á Pedro Navarro, un cosario que con tormenta había allí aportado; el que después fué Conde de Oliveto, que andando cosario por la mar con tormenta había dado al través y había perdido toda su ropa. Solamente escaparon con él diez ó doce compañeros, por lo que todo lo otro con la carabela se había perdido. Sabido por el Gran Capitán la desgracia que le había sucedido, mandó que viniese adonde él estaba, y venido vió en él lo que adelante fué; y llegó á do el Gran Capitán lo recibió con mucho amor, haciéndole muy buen tratamiento, diciéndole no tuviese pena de lo pasado, que ninguna cosa había en el mundo más continua que aquellas mudanzas que vía y que por ventura era por mejor lo que había sucedido. Luego le mandó proveer de dinero, ropa, bestias y de todas las cosas necesarias, y dende á pocos días le hizo capitán de quinientos hombres infantes; en el cual cargo dió tan buena cuenta que fué promovido á mayores cargos, hasta que á suplicación del Gran Capitán los Reyes Católicos le hicieron Conde de Oliveto. En este tan fuerte varón y de tanta industria ensayó la fortuna su acostumbrada mudanza cuando ella quiere. Parecióse mucho este Pedro Navarro á Gayo Mario, capitán romano, porque entrambos fueron de oscuro linaje; que Pedro Navarro fué peraile en su mocedad, y Gayo Mario hijo de un carpintero, que andaba en los reales con su padre ayudándole á hacer y labrar la madera para el real. Pedro Navarro venció algunas batallas y tomó villas, cibdades y fortalezas, y vino á ser Conde de Oliveto. Después fué capitán del Rey de Francia y hizo cosas dinas de notar, y al fin murió viejo y preso en la fortaleza de Castilnovo, en Nápoles, y dado un garrote. Gayo Mario tuvo guerras civiles con Lucio S la; fué siete veces cónsul, triunfó de los suizos y tudescos, prendió á Iugurta y triunfó dél, y al fin murió pobre y desterrado. En su lugar haremos mucha mención deste Pedro Navarro.

(1) Este nombre está enmendado y se lee mal.

## CAPÍTULO IV

*Cómo estando el Gran Capitán en Mecina fué en ayuda de venecianos que iban á socorrer á Modón, en la Morea, que la tenían cercada turcos.*

Estuvo el Gran Capitán en esta cibdad de Mecina dos meses, que fueron Agosto y Setiembre, proveyendo todas las cosas necesarias para la guerra, en cabo de los cuales el Papa Alexandre que, como atrás dijimos, era Vicario en la Iglesia de Dios, envió al Gran Capitán una bula con muchas indulgencias, rogándole muy afectuosamente fuese en ayuda y socorro de venecianos, que habían ido en el socorro de Modón, una cibdad y fortaleza muy fuertes que aquella Señoría tenía en la Morea, que fué llamada antiguamente Peloponeso, que es en Grecia cosa muy importante á la cristiandad; á la cual tenían cercada los turcos, y la tenían puesta en mucho aprieto, por los desinos que atrás dijimos, que Bajaceto, gran turco, hacía por apartar al francés de la liga de venecianos. Y á este mesmo tiempo tuvo el Gran Capitán ruego y mandato de los Reyes Católicos para que fuese á hacer aquel socorro con venecianos en aquella jornada.

## CAPÍTULO V

*Cómo el Gran Capitán partió de Mecina en fin del mes de Setiembre del dicho año de mil y quinientos años.*

Dejó en Sicilia mucha gente de guerra y los más caballos que había traído. Iban por pilotos Juan de Lezcano, Riarán, Martín de Sant Pedro, aunque en esta armada iba por principal piloto un siciliano llamado Juan de Valdaya, que pasaba de ochenta años, los cuales había gastado en aquellas mares de Levante.

Partido, pues, que fué el Gran Capitán, la primera escala fué á una isla que aquella Señoría á la entrada del mar de Venecia tienen, que se llama Corfú, adonde estuvieron un día y una noche. Otro día partidos de Corfú, estando el tiempo muy sosegado, dijo á grandes voces Juan de Valdaya que volviese la armada al puerto de Corfú, porque una tormenta que vernía presto no los tomase fuera del puerto, porque la tempestad que aquella noche habia de venir los anegaría á todos; porque yo he visto tales señales que si Dios no lo reme-

día ha de haber gran tormenta. La armada se volvió al puerto á esperar la tempestad que aquel piloto prenosticaba. Vueltos al puerto, aquella noche hubo tan gran tempestad que todos pensaron de perecer, que parecía que todo el mundo se hundía; porque no solamente era la tempestad de la mar, mas aun del cielo; porque cayeron muchos rayos, y algunos dellos dentro de la armada, y hicieron pedazos dos mástiles.

Otro día por la mañana tornáronse á partir de Corfú y llegaron á la isla de Lepanto, adonde estuvo la armada con muy gran tempestad que hubo. Fueron allí muy bien recibidos de los griegos de Lepanto. Fueron á la isla de Yacanto, que es asimesmo de venecianos. Aquí se casan los clérigos. Partido desta isla vino un bergantín en que le avisaban cómo la armada veneciana se volvía á Yacanto, porque los turcos les habían ganado á Modón.

## CAPÍTULO VI

*De cómo los turcos tomaron á Modón, y lo que el Gran Capitán hizo sabido esto.*

Ya hemos dicho atrás cómo avisado Bajaceto, gran turco, por Ludovico Sforzia, Duque de Milán, y por florentines, mandó hacer un ejército por tierra de ciento y cuarenta mil hombres, á los cuales mandó que por mar y por tierra cercasen á Modón en la Morea. Diéronle muchos combates y fué defendido con grande esfuerzo, porque muchas veces le batieron el muro con la artillería y les entraron; y tantas veces fueron lanzados fuera con muerte de muchos turcos, y eran tantos los turcos muertos en los combates, que estaban los fosos llenos dellos. La flota de los venecianos que allá estaba no era parte para con la de los turcos, porque era muy menor en gran desigualdad. Sabido esto por los venecianos enviaron muy gruesa armada para los socorrer, y tras ellos el Gran Capitán, como hemos dicho. Habían ido delante Valerio Marcello y Baptista Polano con provisiones y socorro. Tras estos fué la otra armada, con la cual iban Juanes Mary Petro y Alexandre Rocio, natural de Corfú. Estos que á la postre llegaron con las velas tendidas teniendo el viento en popa entraron por medio de la armada del turco á su pesar á meter mantenimiento á los suyos, y munición y gente; mas no pudieron tomar puerto porque los de la



cibdad lo habían cegado por que los turcos no lo ocupasen. Los de dentro, viendo el socorro que tanto deseaban, y de que tanta necesidad tenían, y visto que estaban junto á la muralla, porque lo tomasen antes que la armada de los turcos los estorbasen, acudieron allí no solamente de la cibdad, mas los más, dejadas las estancias adonde estaban en el muro, acudieron allí con tan grande alegría y codicia del socorro, que dejaron las más partes el muro sin guarda ni defensa.

Los turcos, conociendo la ocasión que la fortuna les ofrecía, supiéronse aprovechar della: subieron al muro y entráronles la cibdad. Fué entre ellos y los de la cibdad gran pelea; mas como los turcos eran muchos más, vencieronlos y mataron á los más, así griegos como venecianos, saquearon la cibdad y la pusieron en su obediencia. Luego viendo la ocasión fueron sobre Corróñ, y aunque los de dentro pelearon como varones, no siendo socorridos se rindieron y los turcos la ocuparon.

## CAPÍTULO VII

*Lo que venecianos y Gran Capitán hicieron sabido la toma de Modón y Corróñ.*

En este tiempo murió de su muerte natural Melchior de Treviso, que era capitán general de la armada veneciana; en lugar del cual fué proveído Benedito de Pesaro, el cual fué pensando hacer algún mal á los turcos. Los cuales sabido quel Benedito iba sobre ellos, y el Gran Capitán, dejando aquellas plazas bien proveídas alzaron el cerco que tenían sobre Nápoles de Valmasia, en la mesma Morea, y fuéronse en gran priesa á Negro Ponte. El Pesaro fué tras ellos pensando les hacer algún daño; ellos se metieron en el arcipléago, y Pesaro les fué dando caza y les tomó veinte y tantos navios. Los turcos, con los que pudieron, se fueron á Constantinopla. Visto esto por el General de venecianos se volvió á la isla de Yacanto á se ver con el Gran Capitán, que lo estaba allí esperando, porque el Pesaro se lo había enviado á suplicar le esperase allí. Pues yendo el Gran Capitán camino de Modón á se hallar en el socorro, como atrás dijimos, fué avisado de cómo ya aquellas plazas eran perdidas, que su señoría se volviese á Yacanto y que allí los esperase. El Gran Capitán se volvió al puerto de Yacanto y allí esperó á los venecianos.

Estando en este puerto, Juan de Lezcano descubrió una carraca que andaba muy mal tratada de la mar, y fué allí Diego de Vera á saber quién venía en ella; y vuelto dijo cómo venía en ella el Conde de Ruán, capitán del Rey de Francia, que yendo con tres carracas en socorro de venecianos, con el tiempo contrario, habían perdido las dos, y aun aquella en que él venía no estaba muy lejos de hacer lo mesmo. El Gran Capitán le envió á rogar se viniese á aquel puerto, que allí se remediaría de todo lo necesario que hobiese menester, lo cual el Conde hizo. Y venido, el Gran Capitán lo recibió muy bien, porque fué el Gran Capitán el hombre del mundo que mejor sabía hacer honra á todos; porque quanto era bravo en las batallas, tanto manso, sufrido y honrado de todos fuera dellas, y mandó poner la carraca francesa en el mejor lugar del puerto. Mandó el Gran Capitán que á todos los franceses con el Conde se les hiciese un gran banquete; y fué tal que, acabado la cena, fué necesario llevar al Conde y á los suyos en brazos á su carraca, muy sin cuidado de la tormenta pasada.

## CAPÍTULO VIII

*Cómo los venecianos se vinieron para el Gran Capitán al puerto de Yacanto, y lo que allí concertaron.*

Llegados, pues, los venecianos al puerto de Yacanto, adonde habían enviado á suplicar al Gran Capitán les esperase, juntáronse allí las dos armadas española y veneciana, á los veinte y siete días de Octubre del dicho año de mil y quinientos años. Llegados los venecianos al puerto, como su armada viesse la carraca del (Conde) tener el mejor lugar del puerto, hicieron á sola ella la salva, y sola ella respondió. Visto por los vizcaínos que la armada veneciana á sola la carraca francesa había hecho la salva, y no á la Camila, que era la capitana, atacaron la artillería con pelotas de hierro y pusiéronse á punto para pelear con venecianos, por la mala crianza que habían tenido. Sabido esto por el Gran Capitán trabajó por los aplacar, mas ninguna cosa con ellos aprovechaba, principalmente con Juan de Lezcano y Riarán, que estaban muy sentidos. Visto por los venecianos lo mal que lo habían hecho, aunque se excusaban que porque habían visto aquella carraca estar en el

mejor lugar del puerto, se tornaron á salir fuera y tornaron á entrar en el puerto, y hicieron la salva á la Camila y fueron con mucha artillería respondidos.

Otro día se juntaron en la Camila los venecianos con su general Benedito de Pesaro, y después de les haber dado muy suntuosa colación, les dijo cómo él tenía mandato de los Reyes de España, don Fernando y doña Isabel, para que su persona y de toda su gente se empleasen en servicio de aquella Señoría; que él quisiera mucho llegar á tiempo para poder venir á las manos con los turcos; mas, pues, á Dios así le había placido, que aquello tuviesen por mejor; y pues aquello no se pudo efectuar, viesen lo que más les les contentase, que aquello haría. El Pesaro contó al Gran Capitán todo lo pasado, según que arriba lo contó la historia. Asimesmo le contó como Bajaceto les había ganado á la isla de Chafalonia, que está en la entrada del mar de Venecia, una cosa la más importante á aquella Señoría, y que tenían la principal fuerza muy fortalecida así de bastimentos, municiones y todas las cosas tocantes á la guerra como de setecientos geníceros, que son el principal caudal del turco, escogidos en su guarda; y la fortaleza está puesta en una peña viva y por industria muy fuerte. La isla es muy fértil y muy abundosa de todas las cosas, principalmente de aguas muy buenas y muchas. Tiene dos puertos muy buenos y es muy necesaria para sus tratos, y más habiendo perdido á Modón y Corró. En este tiempo la armada turquesa se fué para Calípulo, y de allí á Costantinópolis, pues como los venecianos deseasen cobrar aquella isla por la necesidad de las armadas que aquella Señoría envió cada año á Jerusalem y Siria, recibirían mucho daño de aquella isla si en poder de los turcos quedase, y más desde allí harían muy gran daño á las provincias de Pulla y Calabria, por estar tan cerca. De aquesta isla fué rey y señor Ulises, aquel astuto capitán de los griegos y de Atica, que agora llaman Sancta Maura.

#### CAPÍTULO IX

*De cómo las dos armadas española y veneciana fueron sobre la isla Chafalonia, y lo que hicieron.*

Partidas las dos armadas fueron á desembarcar á la dicha isla sin que hallasen resis-

tencia alguna. Es un puerto desta isla, es muy bueno, porque entran á él por una canal y están las naos muy seguras. Está la fortaleza algún trecho del puerto. Proveyó el Gran Capitán que su armada guardase aqueste puerto, porque á los turcos no pudiese venir socorro. Luego otro día descubrió la armada española ocho fustas, que traían á los turcos provisiones y municiones, y otras muchas cosas para sostener el cerco. Fué contra ellos Riarán y Astroguíça. Fueron luego tomadas y traídas al puerto. Pues llegadas las dos armadas, cada una tomó su sitio y aparejaron todas las cosas necesarias para dar el asalto; mas antes quiso el Gran Capitán enviar dos embajadores de su campo al capitán de los turcos, que se llamaba Cisdar. Era de nación albanés; un hombre de grande esfuerzo y mucha industria, y mucha experiencia en la guerra. El un embajador fué el capitán Gómez de Solís, comendador que fué de la Orden de Santiago, muy valiente y de grande ánimo, y en las cosas de la guerra muy diestro, que después mostró bien en la guerra de adelante su esfuerzo y grandeza de ánimo. El otro fué micer Pucio, italiano, capitán de las galeras. Por los cuales les avisaba que los soldados viejos de España, ejercitados en las guerras pasadas, que habían vencido á los moros de su seta, así en España como en Africa, habían venido allí en socorro de venecianos, y que les aconsejaban entregasen luego aquella fuerza y isla; que les daban licencia para se poder ir salvos y seguros adonde quisiesen; mas que si querían todavía probar las fuerzas, esfuerzo de los fuertes españoles y esperar la muy espantosa artillería, que después hallarían cerrada la puerta á perdón y á piedad alguna. Cisdar aquel capitán los recibió con muy buenas palabras y mucha cortesía, y les respondió desta manera: «Señores cristianos, yo y todos los turcos que en esta guarda estamos, os tenemos en gran merced el comedimiento y voluntad con que nos avisáis, y que harto oscuro y de poco saber sería quien no supiere las guerras que los españoles han hecho y su grande esfuerzo en las armas en servicio de su Rey, y en las guerras de Nápoles contra franceses. Mas nosotros estamos determinados, no sólo de defender aquesta isla y fortaleza, mas de ganar más adelante en servicio de Bajaceto; y cuando la fortuna otra cosa quisiere hacer, nosotros

vengaremos tan bien nuestras muertes, que el que la victoria llevare, la lleve bien sangrienta, y ganaremos gloria de varones constantes y que supimos bien emplear nuestras fuerzas. A lo menos no seremos vencidos jamás, porque muriendo, habiendo hecho nuestro deber, no nos podremos llamar vencidos, cuanto más trayendo cada uno de los mortales escrita su suerte en la frente buena ó mala la que ha de haber; y desta causa no nos espantamos de las amenazas que vuestro Gran Capitán nos hace. Mas le decid qué yo tengo aquí de la guarda de Bajaceto setecientos geníceros que ninguno dellos tiene la vida en nada en comparación de la gloria que gana haciendo su deber. Decid á vuestro capitán que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil flechas, con las cuales peleando animosamente ó mataremos á nuestros enemigos ó vengaremos nuestra muerte, si acaso no pudiéremos hacer más». Al cual respondió el Solís, y le dijo: «Cisdar, no está la valentía de los hombres valientes en emprender las cosas que parecen ir fuera de toda razón, porque esto antes á temeridad que no á esfuerzo se ha de atribuir; porque otra cosa es pelear con hombres valientes y animosos, que no con gente bárbara y desarmada de suyo vencida, como son las gentes que vosotros por armas habéis sujetado. Aun no sabéis el ánimo con que los españoles acometen á sus enemigos, y la constancia con que perseveran en la batalla, y cómo siempre les van creciendo las fuerzas hasta acabar de vencer á sus enemigos, y cómo no saben volver atrás jamás. Si tú, Cisdar, tienes ganas de morir, lleva adelante esta empresa, que sin duda cumplirás tu deseo». Cisdar le replicó: «Señor capitán, de una cosa seréis cierto: que si Dios os diere la victoria, que pocos de mis geníceros llevaréis vivos». Y dicho esto, envió por el capitán Gómez de Solís un muy fuerte arco dorado al Gran Capitán y un carcax dorado lleno de saetas.

## CAPÍTULO X

*De lo que las dos armadas hicieron contra los turcos, y como los combatieron.*

Los venecianos traían mucha y muy buena artillería en que había muy buenas piezas de bronce; basiliscos que echaban pe-

lotas de hierro que pasaban más de ocho pies de muralla y desbarataban todo lo que los turcos tenían reparado detrás del muro. Pues las dos armadas partieron del puerto y fueron sobre la fortaleza. El Gran Capitán llevaba la avanguardia, en la cual iba un caballero húngaro, á quien el Gran Capitán mandó dar quinientos infantes. Era un caballero de grande esfuerzo y él había suplicado al Gran Capitán le dejase ir en la delantera. Pues subiendo este caballero con su gente, así húngaros que consigo había traído como los otros que le habían dado, salieron de la fortaleza hasta cuatrocientos geníceros, que estaban puestos en celada y salieron de través; y fué entre ellos una gran batalla y muy reñida. Porque como los turcos eran geníceros, que son cristianos renegados, y son, como dijimos, todo el caudal del turco, los cuales mostrando alguna flaqueza, por pequeña que sea, tienen muy más cierta la muerte y más cruel que la que allí pudiesen recibir de sus enemigos, peleaban con grande ánimo, y más que el gran turco Bajaceto los había escogido en toda su milicia, y así en general como en particular les había encomendado aquella plaza. Los quinientos españoles, por ser aquella la primera cosa y á vista del Gran Capitán y de los venecianos y ser contra infieles, peleaban con tanto esfuerzo que los turcos estaban espantados, que les parecía que eran más que hombres. Estuvo en peso gran rato la batalla, adonde se hicieron grandes hechos en armas. Aquel caballero húngaro hizo aquel día grandes cosas en la batalla por su persona, socorriendo á las mayores necesidades. Tanto se metió entre los turcos que peleando como varón fué muerto. Visto por sus criados á su señor muerto, lo tomaron y ataron á dos picas por los brazos y por los pies, y lo tomaron en los hombros y lo trajeron en la batalla, y en la delantera, y junto con él su seña. Los españoles apretaron con tanto ánimo y constancia á los turcos, que, con muerte de entrambas partes, por fuerza los embarraron hasta el rebellín de la fortaleza, y pusieron las banderas en el sitio que antes habían señalado, adonde aquel caballero húngaro había mandado que vivo ó muerto le pusiesen. Los turcos se recogieron con pérdida de algunos muertos y otros heridos y no tan bravos como antes estaban.

## CAPÍTULO XI

*De cómo otro día les dieron asalto, y lo que ellos hicieron.*

Luego otro día les dieron la batería ambos ejércitos con la artillería, en que se tiraron aquel día mil y quinientos tiros. Mas los turcos tenían hechos tantos reparos y tan fuertes, que se les hizo poco daño, aunque les derribaron algún lienzo del muro; mas ellos lo tenían tan reparado que no le pudieron entrar. Traían los venecianos entre otros tiros gruesos uno que llamaban basilisco, hecho en tres piezas. Tiraba al día dos ó tres veces; no llegaba á poste que no lo horadaba. Este les derribó gran parte del muro; mas los turcos lo rehicieron con tanta presteza, que apartaron á los españoles y venecianos afuera. Tenían los turcos puestas y repartidas las estancias por sus cuarteles. Fué puesta pena de muerte al que se mudase del cuartel ó hablase con otro. Tiraban de continuo los turcos mucha artillería, y tanta furia de saetas, que el campo y tiendas estaban llenos dellas, y era la crueldad mayor porque estaban enboladas de una pequeña herida que por poca sangre que saliese morían los soldados. De la cual murió don Sancho de Velasco, un valeroso mancebo pariente del Condestable don Bernardino de Velasco, capitán de infantería. Luego los venecianos hallaron remedio para aquellas heridas.

La fortaleza de Chafalonia, como dijimos, está hecha sobre una peña viva, y así por la aspereza como por todo lo que se había derribado de los muros, con gran trabajo se podía subir á ella. Mas los españoles con grande ánimo subían, y llegados arriba, contra turcos peleaban con ellos valerosamente. Los turcos los echaban aceite herviendo y fuego, saetas y piedras. Tenían hecho un artificio los turcos que se llaman lupos, que era un garfio de hierro muy recio, que echándolo abajo, al soldado que cogían por embajo de las corazas ó del arnés ó de la ropa, lo subían arriba sin lo poder remediar los compañeros, ni con algún artificio; con el cual subieron algunos soldados, y entre ellos pudieron coger á don García de Paredes, aquel que después fué uno de los más valerosos soldados que en todo el campo hubo. Y llegado sobre el muro, peleando con los turcos

se libró y á ellos hizo mucho daño y mató muchos dellos, que ya á los turcos les había pesado por lo haber subido arriba. Salían muchas veces los turcos de noche, porque con la escuridad estaban seguros de la artillería, y tiraban tanta lluvia de saetas al real, que hacían mucho daño, y estuvo en harto peligro el Gran Capitán, que todo el real estaba lleno dellas.

## CAPÍTULO XII

*Del remedio que el Gran Capitán hizo contra los turcos, con lo que más sucedió en aquel combate.*

Visto por el Gran Capitán este peligro, proveyó con aquella su gran providencia un remedio muy provechoso y fué éste. Mandó hacer una trinchea muy cerca en derecho de la puerta, y la rodeó de artillería, que estaba asendada al paso por donde habían de salir; de suerte que los turcos eran antes muertos de la artillería que llegasen al lugar adonde solían tirar las saetas. Con este remedio se atajó aquel daño que los turcos solían hacer. De esta trinchea hizo capitán á Pinelo, un muy valiente soldado, el cual dió muy buena cuenta dello. Los turcos probaron á salir dos ó tres veces, según otras veces acostumbraban; á los cuales la artillería con una muy grande ruciada castigó de arte que todos los que salieron, no volvieron más á la fortaleza.

El Gran Capitán otro día les dió á los turcos otro asalto y fué desta manera. La infantería española llevaba la avanguardia y tras ella los caballos ligeros, asimismo españoles á pie, y el Gran Capitán llevaba la retaguarda con los hombres darmas de España asimismo á pie. Llegó nuestra gente á pelear con los turcos por aquel muro que la artillería había derribado, con la artillería veneciana y española, que nunca dejaban de tirar. Pelearon gran pieza valerosísimamente de ambas partes, los unos por les entrar, los otros por los defender. Fué tanta la resistencia de los geniceros que aquel día en ninguna manera les pudieron entrar. Visto por el Gran Capitán lo poco que en aquel combate aprovechaban, mandó que se retirasen afuera y que se volviesen al real. Fueron heridos aquel día con cantos y flechas y otras machi-

nas y ingenios seiscientos soldados españoles. En este tiempo los venecianos no pelearon, porque así estaba concertado. El Gran Capitán quería gastallos poco á poco, porque más quería conservar la vida de un soldado que matar cien turcos.

### CAPÍTULO XIII

*De cómo los venecianos solos con su gente combatieron á los turcos, y lo que con ellos pasaron.*

Los venecianos entraron otro día en consejo sobre lo que se debía hacer, y todos fueron de voto y parecer que ellos sin los españoles diesen el otro asalto. Lo cual notificado al Gran Capitán él trabajó de lo estorbar cuanto pudo, mas nunca aprovechó nada; lo primero, por estar determinados, como porque tuvieron por cierto que con aquel asalto los conquistarían. Pues determinados en su desino, otro día por la mañana tocaron á el arma y comenzaron á subir en muy buena ordenanza para el castillo con muy grande ánimo y voluntad. Visto por los turcos desde la fortaleza que solos los venecianos los subían á combatir, salieron fuera del rebellín á los recibir, con tan buena voluntad como ellos traían. Los unos y los otros pelearon valerosísimamente. Los venecianos que en este combate se hallaron, fueron dos mil hombres. Pelearon con tanto ímpetu y esfuerzo, que muchas veces los metieron por el rebellín, y otras tantas los lanzaron los turcos fuera; hasta tanto que los venecianos, con muerte de muchos y heridos, no pudiendo más sufrir, se retiraron del combate mal de su grado, y así se volvieron al real tratando muy mal de palabra á Sant Marco su patrón, cuyo cuerpo está todo entero en Venecia, porque así los había olvidado en tan gran necesidad, y con decir mal del santo les parecía que quedaban satisfechos.

### CAPÍTULO XIV

*De la grande necesidad quel ejército del Gran Capitán padeció en este tiempo, y de cómo fueron socorridos por voluntad de Dios.*

En este tiempo padeció el ejército del Gran Capitán muy gran necesidad de mantenimientos, que no habían podido venir por el tiempo contrario; que había más de quince

días que no comían sino raíces y carne de bestias, que habían quedado en la isla y otras sabandijas del campo; y á la mesa del Gran Capitán y de aquellos caballeros se comía bizcocho muy vellaco, de lo que estaba dañado y desechado en las naos, y yerbas. Había tanta necesidad, que murieron cuatrocientos hombres de hambre en el real; porque Riarán y Herrera, que habían ido á Calabria por mantenimientos, habían tenido tormenta y no habían podido venir. En todo este tiempo jamás el Gran Capitán quiso que se descubriese su necesidad al campo de los venecianos, antes quiso que se sufriese cualquiera necesidad que no mostrar tenerla ellos.

Pasados, pues, dos días que los venecianos habían ido rotos y maltratados de los turcos, mandó el Gran Capitán á sus españoles que para otro día todos estuviesen á punto, que les quería él combatirlos, que era víspera de Navidad. Ordenó de los dar el asalto por tres partes: el uno por la estancia que sobre ellos tenía, el otro por el espolón que llaman, el otro por otra banda que le pareció muy importante. Para ello, en el espolón mandó poner á Juan de Lezcano con una escuadra de vizcaínos; en la otra estaba mosén Hoces con otra escuadra de soldados. El Gran Capitán les hizo un ardid y fué éste: que los desveló toda la noche desta manera, hizo poner cerca del muro quinientos arcabuceros en hileras de ciento en ciento, y que los ciento arremetiesen al muro acometiéndolos como que les querían dar asalto; á los cuales acudían los turcos, y pareciéndoles que estaban libres de aquel rebato, acudían los otros ciento y dábanles otra refriega que les hacían tornar á defender su cuartel. Desta manera los tuvo toda la noche desvelados. Venida, pues, la mañana, había hecho poner un tiro grueso en un cerro que señoreaba la fortaleza; y como descubriese que la gente estaba sosegada del trabajo de toda la noche, para que tirando aquel tiro fuese señal del reposo de los turcos, había mandado el Gran Capitán que cuando aquel tiro oyesen, todos acudiesen al asalto y que ó morir todos ó tomar la fortaleza había de ser uno. Pues estando todos esperando la señal, aquel que tenía aquel cargo, como vió que todos los más se habían retraído á descansar, soltó aquel tiro.

## CAPÍTULO XV

*De cómo los españoles pelearon con los turcos y les tomaron la fortaleza con muerte dellos.*

Los españoles, oída la señal, acudieron tan de presto y con tanta furia á sus reparos, y con tanta fuerza y esfuerzo, que, sin poderse-lo estorbar los turcos, echaron un puente desde sus reparos á los de los turcos, así por la parte que iba el Gran Capitán como por la del espolón, adonde dijimos estar Lezcano con cierta escuadra de vizcainos, y asimismo por la que estaba mosén Hocés. Aquí pasó la más brava batalla que jamás se oyó ni vió de tantos por tantos; porque los turcos sabían de cierto que los que vivos quedasen habían de ser muertos de más cruel muerte que la que los enemigos les podían dar, perdiendo aquella fuerza que tanto le importaba en sostenella y que con tantos ruegos se la había encomendado el gran turco. Peleaban más que hombres humanos. Los españoles habían deseado mucho aquel día, que los acometieron con mucho ánimo y presteza; y fué tanta la constancia con que perseveraron en la pelea, que los geníceros no los pudiendo sufrir se retrajeron dentro de la fortaleza, y juntamente entraron envueltos con ellos los españoles.

El primero que subió por el escala fué don Alonso de Sotomayor, hijo del Conde de Camiña, á quien rogó muy ahincadamente don Diego de Mendoza, que después fué Conde de Melito, hijo del Cardenal don Pedro González de Mendoza, que después hizo cosas muy señaladas en armas, le dejase subir delante. El cual le dió aquel lugar, y subiendo y sufriendo mucho trabajo, le dieron un esguinazo que le quebraron los dientes; mas al fin, él y don Alonso y el Comendador Solís y otros caballeros delanteros hicieron aquel día cosas muy señaladas en armas. Pues de don García de Paredes no se puede decir lo que aquel día hizo. Hicieron aquel día cosas muy señaladas en aquella batalla el coronel Villalba, que después alcanzó nombre de valeroso soldado, y Pizarro y Carlos de Paz y su primo Pedro de Paz. Duró grande espacio la pelea. El Gran Capitán, sin consultar con la razón aquella hora, andaba con los turcos envuelto, haciendo de lo que suele; que fué causa que muchos hiciesen más de lo que sus fuerzas y ánimo bastaban. Puédesse creer, se-

gún yo oí decir á Diego García de Paredes, que su persona del Gran Capitán fué aquella hora causa para que los turcos perdiesen todo el ánimo que tenían, aunque trabajaron más que hombres; mas ni las fuertes murallas, ni los grandes reparos que tenían hechos, ni las grandes y muy fuertes trincheas hechas por de dentro, ni la constancia de los bárbaros, pudieron ser parte para estorbar la furia ni valentía de la infantería española, que con grande presteza no pusiese las banderas en lo alto de las murallas y no dejasen á vida á todos los turcos, que fortísimamente peleaban. Ya no había más de ochenta turcos, que los treientos que habían quedado, todos murieron en el combate, sin quedar ninguno de aquellos treientos.

Pues visto por los españoles que tan pocos turcos se les defendían tanto, y al Gran Capitán tan determinado de acabar aquella jornada y á su persona tan adelante en aquel peligro, apretándolos con tanto esfuerzo que solos, como dije, quedaron ochenta de los heridos y enfermos, que ninguno quedó que pudiese tomar armas, y pesándoles por que vivían; no se puede creer lo que Cisdar, capitán de los turcos, hizo aquel día. Sin duda vendió bien cara su muerte, como al Solís lo había prometido; que delante de sus turcos hizo cosas dignas de memoria. El Gran Capitán quisiera mucho lo tomaran vivo, mas él peleó de manera que no se pudo hacer.

## CAPÍTULO XVI

*De dos milagros que Dios nuestro Señor hizo por el Gran Capitán estando en el cerco de la isla de Chafalonía.*

Estando el Gran Capitán en la tienda, antes de dar la batalla, de rodillas, arrimado á su cama, rezando sus devociones y encomendando á Dios los hechos de la guerra, durmióse un poco, y aparecióle una cosa sancta y le dijo: «Recuerda, Gran Capitán, y pon luego remedio; porque los turcos tienen hecha una mina que viene á dar á tu real tienda; porque traen mucha pólvora para lo efetuar». El Gran Capitán se hincó de rodillas y hizo su oración, y quedó aquella tienda con gran suavidad de olor; y luego envió á llamar á micer Antonelo y á Pedro Navarro, que de aquello sabían mucho. Y sabido del Gran Capitán adonde aque-

lla cosa santa le había señalado, fueron y hicieron una contramina, y atajaron ciertos turcos que traían muchos barriles de pólvora, que si se tardara un cuarto de hora que no fueran avisados, á todos pusieran fuego. El Gran Capitán mandó hacer grandes plegarias, dando gracias á Dios por la merced que les había hecho por su gran misericordia, diciendo que aunque eran pecadores que tenían su verdadera creencia y fe, con otras palabras de gran cristiano. En tiempo deste valerosísimo Gran Capitán el nombre de Dios y de su bendita Madre y de los Santos era siempre alabado y no blasfemado como en otras guerras se solía hacer; en tanto grado, que daba cada día á Coello, capitán de infantería, un ducado por que no dijese mal á Dios, porque era muy buen soldado.

El otro milagro fué que habiendo el Gran Capitán ganado la fortaleza y cibdad de la Chafalonia, mandó poner en la torre más alta della la semejanza de la Cruz de nuestro Redentor y el guión del Rey de España con las armas reales de aquel reino, que eran de damasco blanco. Luego mandó llamar al Pesaro y le mandó entregar aquella plaza y la fortaleza, y luego mandó quitar las armas reales y poner las armas de Sant Marco. Allí les ofreció su persona y todo su ejército, cada que la Señoría y pueblo veneciano lo hubiese menester; porque así tenía mandato de los Reyes de España. Ellos le dieron las gracias de parte de aquella Señoría, agradeciéndole mucho el gran trabajo que en aquella jornada habían pasado, con otros muchos loores en que lo ensalzaban hasta el cielo.

Despachado esto, el Gran Capitán se volvió al puerto á do había dejado su armada. Ya había quince días que en todo su campo no se comía pan ni bizcocho, bueno ni malo, sino raíces y algunas habas y ajos, y la carne que pudiera haber de los asnos que en la isla habían quedado. No menos hambre sintió en este tiempo el ejército del Gran Capitán, que sufrieron los vecinos de aquella gran cibdad de Sagunto, que agora es Monviedro, estando cercados por Aníbal, capitán de los cartagineses; sino que aquellos los acabó la hambre, y á los españoles les proveyó Dios del remedio que él suele. Y fué desta manera. En la banda adonde estaba la armada del Gran Capitán amaneció otro día de mañana buena parte de la mar cubierta de avellanas: los de la

flota, con los barcos y esquifes comenzaron á coger dellas y trajeron al real, de que todos comieron muy abundantemente y les sobró para otros días, hasta que llegaron con los mantenimientos que traían de Calabria y Antioquía, con otra nao cargada asimesmo de mantenimientos de Sicilia. Súpose, por cosa cierta, que yendo una nao cargada de avellanas de Génova á Alejandría, con tormenta, fué á dar al través á la isla de Lepanto, y salvóse la gente que en ella iba; y las avellanas aportaron al puerto de Chafalonia á do estaba la armada del Gran Capitán. Luego que vinieron los mantenimientos se partieron para Sicilia; y llegando la armada obra de veinte leguas de Sicilia vino un temporal tan contrario que todas las naos fueron esparcidas, que ninguna pudo seguir á otra. La capitana, adonde el Gran Capitán iba, aportó á Zaragoza, otras á diversos puertos y otras á Rijoles, en Calabria.

#### CAPÍTULO XVII

*De lo que el Gran Capitán hizo en llegando á Sicilia, y de un presente que la Señoría de Venecia envió al Gran Capitán.*

Llegó el Gran Capitán á Zaragoza á los veinte y dos días de Enero, que fué en el año de mil y quinientos y un años. Tomó luego residencia á mosén Margarite y dió el cargo á Luis Pixón y detúvose en aquella cibdad, porque la gente refrescase del trabajo pasado, así del que en Chafalonia habían sufrido como en la tormenta pasada; porque fué el Gran Capitán el que más de cuantos hemos leído y visto que más trabajó de conservar á los soldados y contentallos cuando se ofrecía tiempo, y que mejor los ariscase y ofrecía al peligro cuando el tiempo lo pedía.

Estando el Gran Capitán en la cibdad de Zaragoza, vino allí Gabriel Mora, un veneciano de las principales personas de aquella Señoría. Venía de parte del senado y pueblo veneciano á dar las gracias al Gran Capitán del gran beneficio y merced que dél habían recibido en les haber restituido de poder de los bárbaros aquella cibdad y fortaleza de Chafalonia. Trújole de parte de aquella Señoría un muy rico presente, en que, entre otras cosas, había muchas piezas de oro y plata muy labradas, que la labor era de muy gran precio; las cuales habían sacado de su tesoro, y en

cada pieza venían figuradas las armas de Sant Marco; más una arca de pieles de martas y con aforro de martas blancas de gran valor, que hasta entonces no se había visto otro tal; más dos arcas de cera blanca labradas con oro, que fué estimada en gran precio; más una caja de olores y confecciones traídas de Alejandría y Cairo; más muchas piedras y perlas de gran valor; más le enviaron muchas telas de brocado y sedas de diversas maneras y muy ricas. Más le enviaron carta de gentil-hombre de Venecia, que es una dinidad la cual aquella Señoría suele dar á las personas que le hacen algún servicio ó honra; y es que cuando reciben de alguna persona la tal obra que merece ser galardonada, asiéntanle en sus libros en cada un año tanto salario cuanto él tenía de estado y costa al tiempo que les hizo aquel servicio; porque la fortuna en ningún tiempo pueda abajarlos á peor estado y más bajo que estaba cuando les hizo el tal servicio. Así le fué situado al Gran Capitán, aunque él jamás lo quiso llevar, seyendo siempre requerido con él. Más le señalaron sitio y lugar para le hacer una casa que tuviese en aquella cibdad, en lugar adonde no acostumbra aquella Señoría dar un palmo de tierra por diez mil ducados; hiciéronlo de su Consejo, y la principal dinidad de aquel Senado.

El Gran Capitán lo recibió y les envió las gracias dello. Inviaron diez mil ducados para repartir por los soldados españoles, lo cual así fué hecho; más le enviaron diez caballos turcos muy excelentes. Luego el Gran Capitán envió todo aquel presente á la Reina doña Isabel, que solas cuatro piezas de oro y plata tomó para sí, porque estuviesen en su aparcador por memoria de se las haber dado aquella Señoría.

## CAPÍTULO XVI

*De lo que el Gran Capitán hizo en Sicilia en la cibdad de Palermo y de cómo estando el Gran Capitán en Zaragoza se amotinaron los vizcaínos con la armada, y lo que sobre ello hizo el Gran Capitán.*

La Reina doña Isabel, después que recibió aquel presente que el Gran Capitán le envió, túvolo en mucho y solamente tomó dél las dos arcas de cosas de cera y algunas martas; todo lo otro envió á doña María Manrique, mujer

del Gran Capitán. De Mecina se fué el Gran Capitán á Palermo, y llegó á aquella cibdad á los veinte y siete días de Mayo del dicho año de mil y quinientos y un años. Fué por agua; no quiso surgir en la cibdad ni entrar en ella porque venía de donde morían de pestilencia, aunque fué muy importunado por Juan de Lanuza, gobernador de aquella cibdad. Fuése á aposentar á un jardín que estaba junto á la marina.

Antes que el Gran Capitán partiese de Zaragoza para Mecina se amotinaron y alzaron con la armada los vizcaínos y guipuzcoanos, que la tenían toda en su poder, porque tan presto no venía la paga, salvo algunos capitanes y otros en que hobo miramiento, como Juan de Lezcano, Riarán, Herrera, Artieta y otros algunos. El Gran Capitán trabajó lo posible con las mejores palabras que pudo, ofreciéndoles que la paga se haría muy presto y socorriéndoles al presente con ayuda de costa. Mas ninguna cosa aprovechaba, porque todavía perseveraban en su rebelión, y se querían alzar con la armada y se ir adonde más les pluguiese. Visto por el Gran Capitán que ningunas palabras, ni ofertas, ni ayuda de costa bastaba para los reducir, mandó hacer proceso contra ellos, asinándoles término dentro del cual se redujesen al servicio de sus Altezas. Y visto que no aprovechaba, los mandó dar por traidores, así ellos como los que de ellos descendiesen, aunque, como dijimos, tenían en su poder toda la armada; y así lo mandó pregonar en la marina en altas voces, que todos lo oyeron. Oida por los vizcaínos y guipuzcoanos la rigurosa sentencia y lo mal que en aquellas provincias de Vizcaya y Guipúzcoa sonaría tan grande ultraje, y más lo poco que el Gran Capitán se daba por ellos ni por su armada, saltaron en tierra los más dellos y se redujeron al servicio de sus Altezas. Porque siempre vemos que los que de ligero se mueven á alguna opinión, de necesario han de perseverar poco en ella; porque esto mesmo acontece á todos los hombres que son arrebatados en sus consejos, que tan presto se arrepienten de lo que hacen quanto fueron acelerados en lo que se determinaron. El Gran Capitán no los quería admitir ni perdonallos. Visto por ellos vinieron adonde el Gran Capitán estaba, llorando con muy gran sentimiento que era muy gran compasión de los ver; suplicando al Gran Capitán les perdonase lo que



habían hecho; porque nunca entre ellos había habido traidor, antes aquellos de quien ellos descendían habían ganado renombre de hijosdalgo por ser siempre fieles y leales á los Reyes de Castilla; y que aunque todos los vecinos y moradores de aquel reino habían sido conquistados y vencidos por los moros y alárabes, cuando el Rey don Rodrigo perdió las Españas, que sus antecesores nunca fueron vencidos ni conquistados por ellos, y que si con tal renombre de traidores volviesen á sus provincias serían muertos y despedazados por sus mismos padres y hijos y parientes. El Gran Capitán, movido por los ruegos de los leales que no habían consentido en aquella rebelión y de compasión dellos, los perdonó y dió por ninguno el proceso hecho contra ellos y fueron restituidos en su lealtad y dende adelante sirvieron muy bien.

#### CAPÍTULO XIX

*De lo que el Rey Luis de Francia hizo, sabido que el Gran Capitán estaba en Sicilia para le resistir, si algo quisiese intentar contra Nápoles.*

Estando el Gran Capitán en esta cibdad de Palermo proveyendo las cosas necesarias para la guerra, así por mar como por tierra, con aquella su gran providencia, vino á aquella cibdad Sant Vicente el apòsentador, enviado por sus Altezas, y trajo los capítulos que estaban hechos entre el Rey de Francia y los Reyes de España. Lo cual pasó desta manera. El Rey de Francia Luis duodécimo teniendo hecho en Francia, Borgoña y Bretaña muy grueso ejército así de pie como de caballo para ir á cobrar por guerra el reino de Nápoles que su predecesor Carlos el Cabezudo había perdido, por tener el paso seguro, tomó, como hemos contado, el estado de Milán y prendió al señor Ludovico, Duque de Milán, como atrás contamos; porque cuando su predecesor volvió de Nápoles se había el dicho Duque confederado con venecianos, y le dieron la batalla junto á Parma, como atrás contamos. También decía el dicho Rey pertenecerle aquel estado por ser su madre hija del señor Juan Galeazo, Duque de Milán. Pues entendido por el francés que la estada del Gran Capitán en Sicilia no era para otro efeto, sino para le resistir si á Nápoles fuese su ejército, perdió la esperanza

de lo poder cobrar por guerra, porque en este tiempo el nombre del Gran Capitán era muy temido en Francia y los infantes españoles asimesmo. Luego pensó que el Gran Capitán querría favorecer á Federico, Rey de Nápoles, como la otra vez había hecho contra el Rey Charles; pues por guerra no podía que su desino viniese en efeto, buscó tratos y maneras para efetuar sus pensamientos. Y el trato fué éste: que pues ellos decían tener derecho á aquel reino por la vía del Rey Alfonso el primero su tío, aunque este no era tan justo ni tan firme como el que la Casa de Francia tenía á aquel reino, que por no tener guerra con la Casa de Castilla y de Aragón sino mucha paz y concordia, como aquellos dos reinos siempre habían tenido, que aunque él pudiera por guerra ocupar aquel reino según que los grandes aparejos de guerra tenía para aquella jornada, quería hacer un partido que cumplía mucho á la Casa de Aragón; y era que los capitanes de entrambos Reyes ocupasen aquel reino y echasen dél al Rey Federico, que tiránicamente le poseía, y lo partiesen igualmente, y hiciesen paz perpetua entre la Casa de Aragón y la de Francia y con los Reyes Católicos.

El Rey Federico estaba muy alegre y contento, porque sabía que el Gran Capitán le ayudaría á defender aquel reino como la otra vez había hecho, aunque no fuese por más de los apartar del reino de Sicilia, y escribía muchas veces al Gran Capitán avisándole cómo venecianos, florentinos y el Papa Alejandro habían hecho liga y amistad contra el dicho Federico para le tomar el reino.

#### CAPÍTULO XX

*De lo que el francés hizo con los Reyes de España para que hubiese efeto el trato y partido que les movió, y cómo los Reyes de España lo aceptaron.*

El francés, para que hobiese efeto su trato, y para los traer á los Reyes de España á lo que deseaba, les envió muchas cartas y conciertos, que el rey Federico le había movido, harto en perjuicio de la honra, autoridad y hacienda dellos, como atrás dijimos, que bastaron para que el concierto y liga hubiese efeto. El concierto fué de la partición que Pulla y Calabria, que están cerca de Sicilia, cupiesen en la parte de los Reyes de España; Nápoles y Gaeta en

la parte del Rey de Francia, y que tierra de Abruzo y de Lavor y Basilicata, y en las otras tierras que quedaban fuera de la partija estuviesen personas españoles y franceses para que de las rentas de aquellas tierras igualasen á entrambas partes y hiciesen, como dijimos, paces perpetuas.

El Gran Capitán estaba muy triste y perplejo, deteniendo al rey Federico con vanas esperanzas, lo cual era muy contra su natural bondad y verdad, y muy contrario á su natural costumbre y de su vida pasada, de entretenir á Federico, un tan noble y valeroso rey, y más seyéndole obligado por mercedes y beneficios dél recibidos y que deseaba mucho su servicio y que á la fin fuese un tan buen Rey engañado y entregado á sus enemigos, gente tan cruel y tan enemigos suyos por la guerra pasada. Esto le era á él pasar por la misma muerte; mas no podía hacer menos sino obedecer y cumplir los mandamientos de los Reyes de España, los cuales estaban, como dijimos, muy ofendidos dél; porque les parecia que un Rey como Federico su pariente y agnado, y que tantos beneficios dellos había recibido en la guerra pasada, querer hacer aquel reino tributario á la Casa de Francia, que su tío el Rey Alfonso el primero con tantos trabajos y fatigas, así del espíritu como del cuerpo, y gastos muy excesivos de su reino había ganado.

Todas estas causas juntas bastaron para que se concertase con el francés para tomarle el reino. Asimismo hicieron los Reyes de España saber al Gran Capitán con cartas consolatorias cómo don Alfonso de Aguilar, su hermano mayor, señor de la Casa de Aguilar, había sido muerto en un recuento que hubo con los moros, que se habían alzado en Sierra Bermeja; porque aquellos moros se habían sujetado debajo de ciertas condiciones de paz, y entonces el Arzobispo de Toledo les forzaba á que fuesen cristianos. Ellos se rebelaron y se pusieron en armas y ocuparon la sierra, y se fortalecieron en ella. Encomendaron los Reyes el cargo de los reducir y castigar al dicho don Alfonso y á don Rodrigo Girón, Conde de Urueña, con la gente de sus casas y ciertas guardas del Rey que fueron con ellos. Llegaron una tarde al pie de la sierra, y el parecer de don Alonso fué que refrescase la gente y otro día por la mañana subiesen la sierra; porque se venía la noche y no sabían los pasos y los mo-

ros sí. El Conde fué de voto que luego subiesen por que los moros viesan en lo poco que los tenían. Don Alonso replicó que á él le parecia lo contrario, porque luego habían de tornarse á volver abajo; porque los moros tenían lo alto de la sierra y ellos no la sabían. Mas visto que el Conde lo porfiaba tanto, le dijo: «Señor Conde, si después le pareciese á vuestra merced volver atrás, yo no lo tengo de hacer, porque la seña de la Casa de Aguilar jamás ha vuelto atrás un solo paso, y así lo hará agora». Al fin subieron. Visto que la noche sobrevino y muy oscura, y que era el parecer de todos volverse al pie de la sierra, y otro día por la mañana subir, persuadiólo á don Alonso de Aguilar el Conde el volverse. Don Alonso le dijo: «Ya dije á vuestra merced mi parecer». El Conde y todas las otras gentes se volvieron, y quedó solo don Alonso con los caballeros y gente de su Casa, y comenzaron á pelear con los moros muy animosamente. A don Pedro, su hijo mayor, dieron una pedrada en la boca que le quebrantaron los dientes; al cual dijo su padre: «Hijo, vaite; no se ponga toda la carne en un asador; haced como buen cristiano y honra mucho á tu madre». Don Pedro jamás se quiso ir, hasta que su padre le mandó tornar por fuerza y lo bajaron abajo; que nunca pudo volver á se haliar con su padre <sup>(1)</sup>. Yo ví después las corazas que tenía vestidas don Alonso pasadas siete veces; allí murieron él y todos sus criados, sin volver un paso atrás, muy gloriosamente.

## CAPÍTULO XXI

*De cómo el Gran Capitán recibió la partición del reino, y supo la muerte de don Alonso, su hermano.*

El Gran Capitán recibió los capítulos hechos y firmados entre los Reyes de España y Francia, y leyó asimismo las cartas consolatorias que los Reyes Católicos le escribían consolándole de la gloriosa muerte de don Alfonso, su hermano. Leídas por el Gran Capitán, él se hincó de rodillas y alzó las manos al cielo y dijo: «Bendito seáis, Señor, por siempre jamás, amén, por la gran merced que á don Alonso, mi señor, y á todos nosotros por vuestra gran misericordia habéis hecho, en que tu-

<sup>(1)</sup> Al margen: Estaba don Pedro herido en una pierna y otras heridas, caído junto á su padre.

vistas por bien que don Alfonso, mi hermano, acabase sus días en servicio de vuestra santísima ley y de los Reyes nuestros señores y de sus Reinos, haciendo lo que caballero cristiano debía hacer». Y dicho esto, mostró tanto contentamiento como con la cosa del mundo de que más lo pudiera recibir. Luego se retrajo á su cámara y hizo muy gran sentimiento, cuanto la razón lo requería. Retrajóse á Sant Francisco y allí hizo las obsequias con mucha solemnidad. Allí se juntaron todos los señores y caballeros de aquel reino, todos cubiertos de luto, que no quedó en toda la cibdad persona chica ni grande que no se pudiese vestidos negros. Tras esto mandó tomar alarde á los señores y barones de aquella isla, mandándoles que diesen caballos y armas, con todas las otras cosas necesarias para encaballar los españoles, porque de la gente de aquella isla tenía poco contentamiento para la guerra.

## CAPÍTULO XXII

*De lo que el Rey Federico hizo, sabida la partición que los dos Reyes hablan hecho de su reino.*

El Rey Federico después que fué avisado que los dos Reyes de España y Francia se habían concertado de lo echar del reino y lo partir entre sí en iguales partes, envió aquel Bernardo de Bernardis al Gran Capitán con cartas cédulas en blanco con los capítulos y tratos que se siguen. Que pues ya él era avisado de lo que los Reyes querían y tenían determinado de le tomar su reino, que tuviese por bien de le ayudar á se lo defender del poder de entrambos Reyes, que él tenía esperanza en Dios y en su persona que se lo defendería á entrambos Reyes, y que tomase de aquel reino la mitad cual él escogiese, y que luego á la hora le entregaría todas las fuerzas y fortalezas de aquel reino. Y que si esto no quisiese, que tomase las dos partes de aquel reino, y que le dejase una parte dél, cual él escogiese, adonde él se pudiese recoger, trayéndole á la memoria cuán gran fama y inmortalidad ganaría en sostener á un Rey contra quien tan injustamente dos Reyes tan poderosos querían echar de su reino, con otras muchas palabras y ofertas que bastaban para enternecer un corazón por recio que fuera.

Traía para esto, como dije, este embajador cartas y cédulas en blanco firmadas del mismo Rey y para todos los alcaides de todas las fortalezas y fuerzas y cibdades del Reino, para que luego entregasen todas las plazas á quien el Gran Capitán mandase. Al embajador respondió el Gran Capitán desta manera: «Lo que vos, Bernardo, diréis á su Alteza es que ha hecho muy grande injuria á mi lealtad, y que me espanto de su Alteza tener creído de mí, aunque de todo el mundo me hicieran señor, que había yo de hacer cosa tan fea y de tan mal nombre, y que no quiero aquí relatar las causas que tengo para me quejar de su Alteza, por ser cosa que tan mal suena, ni aun pensarla. Diréis asimesmo á su Alteza que es verdad, y yo así lo confieso, que yo recibí de su manificencia en la jornada pasada, que por mandado de sus Altezas los Reyes Católicos hice en su servicio, el ducado de Santángelo y otras tierras de que su Alteza me hizo merced; que yo desde aquí lo renuncio y lo torno á su Alteza; que yo me desposeo de ello y se lo torno para que haga dello lo que fuere su voluntad». Y luego envió á mandar á sus alcaides y gobernadores fuesen á entregar las llaves de las fortalezas y plazas que él tenía y se desposesen de ellas, así ellos como los gobernadores de aquellas tierras al dicho rey Federico. Lo cual ellos hicieron, visto el mandamiento del Gran Capitán; lo cual el Rey no aceptó, antes les mandó que las tuviesen como antes las tenían por el mesmo Gran Capitán. Asimesmo le envió á suplicar se pasase en España y confiase en la benignidad de los Reyes Católicos, y que esto era lo que más le cumplía; porque ellos le darían tanta parte en aquel reino con que su Alteza fuese satisfecho, y que si otra cosa su Alteza hiciese, no acertaría. Lo cual le aconsejó y con muchas palabras le persuadió aquel embajador Bernardo. Asimismo le dijo á aquel embajador: «Diréis, señor Bernardo, al Rey, que los hombres de su calidad á una vida no habían de tener más de un parecer, no habiendo causa para hacer mudanza tan fuera de razón; que meta la mano en su seno y hallará que es justo juicio de Dios que habiendo recibido de su tío tantas mercedes y beneficios, se confederase con el Rey de Francia para le dar parias de aquel reino y le dar paso para ganar á Sicilia y le ayudar, con

otras cosas que su Alteza sabe que no son para relatar aquí». Vuelto aquel embajador y oída la respuesta del Gran Capitán, hallóse desamparado y sin ningún remedio, porque no tenía caudal para se defender de ninguno de los Reyes, cuanto más de entrambos ejércitos de los dos Reyes, y más veyendo la grande alteración que en todo el reino había y la poca parte que en él tenía. El con algunos criados suyos se fué á la isla de Ischia y desde allí se pasó á Francia, adonde no fué recibido del Rey como su dinidad lo requería, adonde feneció sus días pobre y desheredado, donde dió á entender á todos que tenía ofendidos á los Reyes Católicos, pues no se quiso pasar en España, adonde los Reyes Católicos le dieran una parte en que viviera contento.

### CAPÍTULO XXIII

*Cómo el Gran Capitán pasó á la provincia de Calabria y ocupó las tierras que en la partición cabían al Rey de España.*

El Gran Capitán partió de Palermo para Melazo y de allí vino á Mecina, adonde despachó todas las cosas necesarias á aquel reino, y con su casa y ejército se pasó á Calabria y desembarcó en Turpia. Llegado á esta ciudad proveyó y dió cargo destas tenencias y gobernación de Rijoles, Turpia, el Silo, la Mantia y Cotron á Gonzalo Hernández de Córdoba, su sobrino, hijo de don Alonso, señor de la Casa de Aguilar, su hermano, Comendador que fué de Calatrava de las encomiendas de Manzanares y Argamasilla. El Rey Federico entregó á los generales de Francia las fortalezas de Nápoles y Gaeta, y concertó con los generales de se ir á Francia para el Rey Luis, pues había quedado en la partición del reino que tierra de labor y el ducado de Benevento y Abruzzo con la ciudad de Nápoles y Gaeta cupiesen al Rey de Francia; Calabria, Pulla y Basilicata con tierra de Otranto, cupiesen al Rey de España. Tras esto restituyó el Gran Capitán en sus estados á los señores de la Casa de Sant Severino, principalmente al Príncipe de Visiñano, que le restituyó todos los castillos y tierras que le había tomado, porque siempre había seguido la parte francesa, y era muy enemigo de la Casa de Aragón. El Gran Capitán siem-

pre era aficionado á ganar las voluntades á todos los señores y principales de Calabria, porque todos casi eran aficionados á Francia y porque con las buenas obras olvidasen la opinión de los franceses.

Asimesmo trabajó de ganar la voluntad y obras de los Coloneses y les honró mucho y los trató muy humanamente, y dió á Fabricio Colona, que era la persona principal de aquella parcialidad, una capitania de caballos y otra al Próspero su hermano, y otra á Marco Antonio su hermano. Fabricio, que había sido preso en Capua por los franceses, habíase rescatado por dineros; el Próspero, que era capitán del Rey Federico, y siempre había sido de parecer que Federico dejase las vanas esperanzas del Rey de Francia y siguiése á la Casa de Aragón, pues era hijo della, y había sido restituído en su reino por ella, y jamás pudo con él que se apartase de aquella falsa opinión. Estaba asimesmo en Sicilia el Cardenal Colona, hermano de Fabricio, porque vino huyendo del Papa Alejandro porque había favorecido á los Ursinos, que es la otra parcialidad que hay en Roma contraria de los Coloneses; y los concertó y hizo amigos y capitanes de César Borja, su hijo, y les hizo mucha merced y usó con ellos de gran liberalidad y echó á los Coloneses de Roma y de sus estados.

### CAPÍTULO XXIV

*De lo que el Gran Capitán hizo después que pasó á Calabria.*

El Gran Capitán con aquella su gran prudencia parecía que tenía espíritu de preoñitar las cosas antes que viniesen. Era de tan claro ingenio y de tanta providencia, que parecía adivinar las cosas antes que fuesen, y para esto proveía las cosas necesarias á lo por venir. Tenía á los franceses por tan soberbios y tan amigos de tomar lo ajeno por habérseles dado todo lo que en su parte les venía, que luego habían de querer ocupar la otra parte de los Reyes de España; y con la grandeza de su ánimo le parecía que si quisiesen los franceses ocuparle la otra parte, que adquiriría grande honra y fama en les tomar la suya y echarlos de toda Italia. Y no le engañó su pensamiento, que en lo uno y en lo otro salió verdadero, como adelante se verá, en el

discurso de la historia. Y para este desino trájó á sí á los Coloneses, hombres que, allende de ser caballeros tan valerosos, sabía que eran enemigos de franceses y del Papa Alejandro, que tenía hecha liga y amistad con el Rey de Francia, y asimesmo trujo á sí á todos aquellos quél sabía ser aficionados á la Casa de Aragón.

Habían venido por generales de Francia el Duque de Nemos (1), de la principal sangre y nobleza de aquel reino, mozo de veinte y dos años, muy valiente y de mucho consejo para su edad, y muy bravo y belicoso en la guerra, y muy benigno y templado en la paz. Venía juntamente con él Ebrardo Estuardo (2), llamado por otro nombre mos de Aubeni, de quien atrás dijimos, natural del reino de Escocia, hombre muy sabio en las cosas de la guerra, sino que era cruel y era en muchas cosas bárbaro. Pasaron por Roma los dos generales, mos de Aubeni y el Duque de Nemos, con muy grueso campo, seyendo, comó hemos dicho, el Papa Alejandro amigo y aliado con franceses. Entraron por aquel reino en su parte, robando y destruyendo, que ni perdonaban á las haciendas, ni á las doncellas y á las casadas, como lo hicieron los bárbaros que en aquella provincia entraron. Llegando á Capua la saquearon y robaron las iglesias; ningún género de maldad dejaron de ejecutar en los napolitanos, porque les parecía que se vengaban dellos por la guerra pasada.

#### CAPÍTULO XXV

*De un hecho muy de notar que aconteció á una doncella de Capua llamada Severina.*

Entre otras crueldades que en el saco de Capua hicieron los franceses, aconteció que á un francés le pareció bien una doncella noble, llamada Severina, muy hermosa y muy honesta, que ni bastaron lágrimas ni ruegos de los padres ni de la doncella para que no la forzase. Ella como pudo se desasió dél y fué huyendo por la calle, que ninguno bastó para se la quitar. Pasa por medio de la cibdad un río llamado Vulturno. Faltándole á Severina ya las fuerzas corporales, corrió al río y se lanzó en él, adonde se ahogó, pareciéndole y teniendo

por mejor la muerte del cuerpo que no perder la castidad. De lo cual aquel francés y los otros que le favorecían quedaron muy espantados á la orilla del río, de hecho tan grande de mujer. Mucho más es de alabar Severina, capuana, que no Lucrecia, romana; porque Lucrecia, con temor que hubo de Sexto Tarquino, consintió en el adulterio del primo de su marido, y después se mató delante de Junio Bruto su tío y de Collatino su marido, ó porque se arrepintió de lo que había hecho, por ventura pensando no viniese por alguna vía á se descubrir al fin, ella mesma se mató con un cuchillo delante de quien hemos dicho. Mas Severina, ni las armas del francés, ni las olas del río, ni el temor de la muerte le pusieron temor para perder su castidad, ni quiso tener vida sin ella. Mas los de Capua tuvieron la culpa, que dieron entrada y lugar á los franceses, estando dentro Fabricio Colona con españoles y coloneses. Aquí se averigua el dicho antiguo que nunca el traidor carece del castigo que su traición merece, como aconteció á aquellos de Capua, que fueron saqueados, robados, deshonorados y destruídos como merecía su traición.

#### CAPÍTULO XXVI

*De lo que el Rey Federico dejó ordenado en el reino de Nápoles cuando dél se partió.*

Ya dijimos en uno de los capitulos pasados cómo el Rey Federico, confiado de las vanas esperanzas del Rey de Francia, se pasó á aquel reino. Dejó á su hijo mayor, que se llamaba don Hernando, Duque que era de Calabria, en la ciudad de Taranto, que es la más fuerte de todo aquel reino, con este desino: que él seguiría la parte francesa y el hijo siguiese la parte española, así por el gran deudo que con los Reyes de España tenía como aquel que era sobrino del Rey don Fernando de España, como porque siguiendo cada uno á uno de los Reyes, quedase con la parte vencedora, y este fué su desino. Lo cual le pareció bien al Duque de Calabria, aunque era muy mozo y estaban con él fray Leonardo Alejo, comendador de la caballería de Rodas, y don Juan de Guevara, Conde de Potencia. El Duque estaba determinado de seguir á los Reyes de España sus tños con la fidelidad que se requiría; mas los franceses, como

(1) Luis de Armagnac, Duque de Nemours.

(2) Roberto Stewart, señor de Aubigny.

tenían intinción de romper la guerra y de ocupar la otra parte que á los Reyes de España en la partición había cabido, trataron de secreto con el Duque, que era de poca edad, haciéndole entender que era cosa muy ligera y de poco trabajo ocupar la otra parte del reino, según la gente de guerra que tenían, y que tomarían á los españoles descuidados sin pensar tal cosa; y lo mesmo trataron con fray Leonardo Alejo, aquel comendador de Sant Juan que era su ayo, y lo había siempre criado y lo tenía en su poder y gobernación. Fué el trato que se alzase con la cibdad de Taranto, que cabía en la parte de los Reyes Católicos, ofreciéndoles muchas vanas esperanzas. Lo cual el Duque aceptó por persuasión de aquel su ayo. Los franceses, teniendo como dijimos la intinción de quebrar la capitulación, hacían muy malos tratamientos en todos los lugares que ocupaban para poner miedo á todos, porque se les rindiesen de temor. Los señores y personas principales que seguían la parte francesa son los siguientes: el Príncipe de Visiñano, el Príncipe de Salerno y el Príncipe de Cosano, el Príncipe de Melfa, el Conde de Capacho, el Conde de Melito, el Marqués de Bitonto, el Duque de Atre, Alfonso Carachulo, Luis de Aste y otros algunos varones y personas principales. Los que seguían la Casa de Aragón eran éstos: el Duque de Termoli, Marqués del Vasto, Conde de Potenza, Conde de Muro, Conde de Sant Severino, Conde de Montesarcho, Conde de Matera, con otros varones y personas principales.

### CAPÍTULO XXVII

*De cómo el Gran Capitán partió de Turpia para ocupar la parte que le cabía en la partición, y cómo pasó cerca sobre Taranto, adonde el Duque de Calabria estaba rebelado.*

El Gran Capitán partió de Turpia y fué á Monteleón, adonde juntó todo su campo, y de allí fué sobre Cosencia. Luego se le entregó la cibdad, aunque la fortaleza no se le entregó, porque estaba en ella un caballero italiano criado del Rey Federico, sobre la cual mandó poner sitio el Gran Capitán. Estaría un mes cercada; al fin, visto por el alcaide los combates que cada día le daban y conocida la

determinación del Gran Capitán hizo su partido y la entregó. De allí fué el Gran Capitán la vuelta de Calabria para ir sobre la cibdad de Taranto, adonde dijimos estar rebelado el Duque don Fernando; y llegado, puso sitio sobre ella á los veinte y ocho días de Octubre del dicho año de mil y quinientos y uno años.

Esta cibdad de Taranto está junto á la mar; es muy fuerte así de sitio como por muchas y muy fuertes torres y muros que tiene; las torres cerca el agua y de una á otra hay puente levadiza; luego hay una que llaman la cibdadela, muy fuerte; y adelante la cibdad de muy fuerte muro, y tras éste un muy fuerte castillo. Esta fué aquella gran cibdad de Taranto que hizo tantos años guerra al pueblo romano, trayendo por caudillo y valedor á Pirro, Rey de los Epirotas, el cual les hizo muy ruda contra. Al cual invitaron los romanos á Fabricio, aquel capitán tan nombrado, que lo venció y desbarató su ejército, después de haber pasado entre ellos muchas guerras.

### CAPÍTULO XXVIII

*De lo que aconteció á un capitán de infantería llamado Juan de la Iça con el Gran Capitán.*

Yendo el Gran Capitán la vuelta de Taranto, un capitán de infantería llamado Juan de la Iça llegó á aposentarse á un lugar llamado Restiço; y porque no le quisieron abrir de buena gana en el pueblo, con buenas razones que les persuadió le abrieron las puertas y le aposentaron en el lugar. Y entrado una noche mandó tocar alarma, y saquearon el pueblo, en que murieron algunos vecinos de los que se quisieron defender; y salido de aquel lugar se vino al campo del Gran Capitán. Sabido por el Gran Capitán este caso, y hecha la información, mandó á un capitán de caballos que llevasen preso al dicho Juan de la Iça á la villa de Restiço y hiciesen justicia dél, en medio de la plaza de aquella villa, lo cual así fué hecho, que en medio de la dicha plaza fué descabezado. A todos pesó mucho de aquella muerte, y más al Gran Capitán, porque era un muy valiente soldado y muy diestro en cosas de la guerra.

Los de aquella villa, veyendo la gran justi-

cia que de aquel capitán se había hecho, vinieron á dar las gracias al Gran Capitán. Puso este castigo gran temor á toda la gente de guerra para hacer lo que debían con los amigos y enemigos.

### CAPÍTULO XXIX

*De cómo el Gran Capitán asentó el cerco sobre la cibdad de Taranto, con lo que sobre aquel cerco aconteció.*

Tiene la cibdad de Taranto un asiento y sitio muy fuerte, que por todas partes es cercada de agua de la mar. El Rey don Alonso, nieto del Rey don Alonso el primero, de quien atrás dijimos que había dejado el reino á su hijo el Rey Fernando, cuando los turcos tomaron á Otranto y la tuvieron por espacio de un año, hizo cortar la tierra firme y cercarla de agua, porque los turcos trabajaban de tomar aquella cibdad por el buen puerto que tiene y otras partes muy bien acomodadas para sus desinos. No está agora la cibdad de Taranto asentada en el sitio antiguo, sino en la altura y fuerte fuera de Taranto, que Anibal, capitán de los cartagineses, tuvo cercada tantos días sin conseguir el efecto que deseó de aquella cibdad. Agora se parecen las grandes minas adonde antiguamente fué edificada la cibdad antigua de Taranto y las grandes señales de la nobleza de aquella cibdad. Está esta cibdad de Taranto como isla, porque está, como dijimos, toda cercada de mar. Entrase á ella por dos puentes levadizas de madera: la una está al nacimiento del sol y la otra al poniente. Están á las entradas destas puentes dos hermosas fortalezas, que por medio de la una y de la otra corren ríos de agua; de cuya causa es muy difícil y trabajoso combatir aquella cibdad, pues por la parte de la mar en ninguna manera pueden llegar navíos por estar unas rocas y peñascos que lo estorban; de manera que es inexpugnable aquella cibdad.

Visto por el Gran Capitán la dificultad de tomar por combate aquella cibdad, porque allende del sitio natural y artificial de Taranto, como los del Duque don Hernando esperasen el cerco, habían bastecido aquella cibdad de todas las cosas necesarias y de muchos mantenimientos y vituallas de toda la comarca, y allende desto la cibdad es muy abundante de todas las cosas.

### CAPÍTULO XXX

*De lo que el Gran Capitán hizo con Filipo de Rabastain, capitán del Rey de Francia, que aportó perdido y desbaratado con tormenta á Calabria.*

Visto por el Rey de Francia y venecianos que el Gran Capitán con tanta honra había ganado la isla de Chafalonia, parecióles que sería cosa muy honrosa que Filipo de Rabastain, flamenco, un valeroso capitán del Rey de Francia, fuese con una muy buena armada y conquistase la isla de Mitilene, en el archipiélago, muy dentro en Turquía; y que ganaría muy gran gloria para el Rey de Francia y para él, á fin que tomada aquella cibdad y isla abajase la soberbia de los turcos y la gloria del Gran Capitán. Y así como aquella jornada fué con loca osadía y envidioso desvío, así fué su suceso temerario y deshonorado. Porque llegados á la dicha isla, y comenzando á combatir el muro de la cibdad, los turcos la defendieron de arte que los franceses se dejaron del combate, y afrentosamente se tornaron por donde habían venido; y saliendo del archipiélago, les tomó gran tempestad que perdió las naos de su armada, unas que se anegaron por la furiosa tempestad, otras con los vientos que las echaron á partes adonde todas se perdieron, así ellas como la gente que en ellas venía; y la nao en que venía Filipo de Rabastain con la tempestad aportó á Calabria á Rijoles, adonde fué preso. Y avisado el Gran Capitán dello, quiso usar con él de su natural condición y tan bien adquirida con grande artificio.

Siempre el Gran Capitán trabajó de ser tenido en todos sus hechos, así en la paz como en la guerra, de franceses y italianos por muy señalado en la liberalidad y manificencia; en la cual virtud tenía hecho hábito y costumbre, porque ésta es una tan gran virtud con que ganó siempre los ánimos, corazones y voluntades de los soldados; porque así como en las otras virtudes hizo mucha ventaja á todos los otros capitanes, así pasados como presentes, así ninguno hubo que mejor á tiempo y sazón usase de esta virtud. Entonces estaba muy contento, cuando usaba de liberalidad.

Como mos de Rabastain aportase á Rijoles tan destrozado, porque su nao había embesitado con la violencia del viento en una de las islas del mar Jónico, el Gran Capitán, veyéndole tan trabajado, así por haber perdido

aquella jornada y haberle sucedido tan mal aquella empresa, invióle cosas muy importantes para la necesidad en que estaba, que sin duda quien quisiere mirar el gran valor del presente que el Gran Capitán invió á Filipo de Rabastain, le parecerá, y con justa razón, pasar los límites y término de la liberalidad, aunque fuera con un grande amigo á quien él mucho debiera, y le fuera en grande obligación. Invióle una nao muy bastecida de muchas vituallas y todas las cosas necesarias, y una muy gran vajilla de vasos de oro y plata, muchas ropas de seda y brocados, forrados en martas zebellinas y lobos cervales de gran precio, y muy buenos caballos y muy bien aderezados, y muchas conservas y regalos. Fué en tanta cantidad todo, que á todos sus compañeros les alcanzó parte.

Venían en la compañía de mos de Rabastain muchos caballeros y muy principales, entre los cuales venía Estuardo, Duque de Albania, muy pariente y de la sangre real de los Reyes de Escocia, que después ha sido capitán muy valeroso del Rey de Francia. El Rabastain confesaba á do quiera que se hallaba, y delante de su Rey, que ninguno de cuantos capitanes él había conocido ni oído llegaba al valor y ánimo del Gran Capitán.

Fué estimado lo que el Gran Capitán invió al Rabastain en doce mil ducados, sin la nao y todas las cosas necesarias á ella. Fué tan invidiada esta merced que el Gran Capitán hizo al francés, que los soldados, no pudiendo sufrir con paciencia esta dádiva, se amotinaron, y casi todos de común consentimiento tocaron al arma, con determinación de no quedar con el Gran Capitán; y decían públicamente que el Gran Capitán repartía la hacienda con los extranjeros, y aun enemigos, por adquirir nombre de liberal y real ánimo, derramaba las riquezas y dejaba á ellos pobres; que fuera muy más justo proveerles á ellos, pues se les debían muchos meses, los cuales habían esperado detenidos con sus promesas y dulces palabras.

Fué tan grande el enojo y furia que los soldados de aquella invidia concibieron, y de tal manera aquella malvada ponzoña prendió sus ánimos muy obstinados, que comenzando á marchar puestos en orden, llegando á ellos el Gran Capitán, le pusieron las picas á los pechos muy desacatadamente, pidiéndole todas las pagas que se les eran debidas. El se

metió entre ellos desarmado, y con aquella constancia maravillosa y la majestad de sus palabras; y un soldado con muy gran furia le puso la pica en los pechos, determinado de lo pasar con ella, según las palabras desacatadas que decían, y el Gran Capitán metió la mano en bajo de la pica y se la alzó, y con gran risa le dijo: «Alza esa pica, necio, ¿no ves que burlando me podías pasar el cuerpo?». Y esto con gesto tan alegre, como si aquel soldado se estuviera burlando con él.

Pues llegó á tal estado la desvergüenza, que diciéndoles el Gran Capitán que la paga venía presto, de que todos quedarían contentos, respondió un capitán vizcaíno, llamado Isciar, con gran furia y soberbia le dijo: «Pues que no tienes dineros, pon á tus hijas en el burdel, que ganen su pan, que nos pagues». El Gran Capitán le respondió con alegre cara: «¿No ves que son mis hijas feas?». Y aunque allí al presente pareció no lo sentir, mas llególe á la ánima, y lo sintió en lo secreto como la razón lo pedía.

Pues sosegado aquel motín con promesas que dentro de ciertos días serían pagados, amaneció una mañana ahorcado el capitán Isciar de una ventana, adonde todo el ejército lo vió. De lo cual el Gran Capitán ganó mucho crédito y reputación con la severidad de aquel castigo, que dende adelante cobró la reputación que cuasi tenía perdida.

### CAPÍTULO XXXI

*De cómo estando los soldados para se ir del campo porque no les pagaban, sin haber de qué, Dios proveyó milagrosamente de que fueron pagados y sobró mucho.*

Los soldados muchas veces pedían con gran furia las pagas que les eran debidas, y decían á voces que, ó les pagasen ó les diesen licencia, porque se querían ir á otra guerra adonde serían pagados á su voluntad, con esperanza de grandes sacos y militarían en otra milicia más libertada y no tan estrecha. Y era que el Duque de Valentinois, hijo del Papa Alejandro, César Borja, tenía intención de hacer guerras y hacerse señor de la Toscana y Romanía, y conquistar á los señores dellos, y prometía de secreto á los soldados muy gruesas pagas y grandes sacos y presas de muchas cibdades ricas, y los soldados estaban determinados de dejar las banderas y irse para el



Borja, por ver el mal aparejo que había para haber dineros.

Estando las cosas en este estado, le socorrió Dios á tan grande necesidad como tenía, porque la fortuna, guiada por la divina Providencia, que jamás le faltó, le proveyó de la manera que agora oiréis.

Iba una nao de ginoveses á Levante, cargada de muchas y muy ricas mercaderías, y entre otras cosas llevaba hierro y otras cosas vedadas; la cual con tormenta había arribado al golfo de Taranto.

Sabido por el Gran Capitán lo que la fortuna le ofrecía, y á tal tiempo, mandó á Juan de Lezcano que con sus galeras la rodease y la metiese á saco. Lo cual luego fué hecho; de que los ginoveses estaban bien sin pensamiento de lo que les sobrevino. Y aunque el Gran Capitán estaba en tan grande y extrema necesidad, no lo mandara saquear si no llevara lo que hemos dicho á turcos.

Fué estimado lo que allí se tomó en más de cien mil ducados; y con todo lo que hemos dicho, fué forzado á lo hacer contra su natural condición, porque en la verdad, ninguna avaricia le movió, sino la mucha necesidad por conservar los soldados sediciosos y ya determinados de se partir para el Borja.

Solía muchas veces decir que los Capitanes generales, aunque algunas veces quebrantasen la razón por conservar los soldados y vencer á sus enemigos, no se les podía atribuir á tanto mal, porque venciendo podía satisfacer á las personas agraviadas y restaurarles sus pérdidas, lo cual era menos daño que el que se podía seguir si sus enemigos venciesen; y más seyendo franceses los vencedores, que con la victoria no tienen mucha cuenta la razón y justicia, según por experiencia lo vían cada hora.

De lo que allí se hubo fueron los soldados pagados muy á su voluntad y cumplidas algunas otras necesidades en que estaban; y parece que lo permitió Dios, porque llevaba lo que atrás dijimos á los infieles, que de derecho divino y humano es vedado y perdido.

## CAPÍTULO XXXII

*De cómo se entregó la cibdad y fortaleza de Taranto y el Duque don Fernando con ella.*

El Gran Capitán tuvo cercada la cibdad de Taranto poco más de cuatro meses, porque á

él se le puso el cerco á los veinte y ocho días de Octubre hasta principio de Marzo, que fueron más de cuatro meses. El Duque envió á suplicar al Gran Capitán que le esperase cierto tiempo, y que si dentro de él no fuese socorrido de su padre ó de otro alguno, que él se entregaría, así á su persona como á la cibdad y fortaleza. Lo cual el Gran Capitán se lo otorgó; y pasado aquel tiempo no cumplía la palabra que había dado, y no por su voluntad, sino porque los franceses, de secreto, trataban con un Juan de Guevara, que tenía cargo de la persona y gobernación del Duque, y frey Leonardo, Comendador de Sant Juan, que era capitán de su guarda, que les entregase á la cibdad y fortaleza de Taranto, diciéndole que los Reyes de España habían hecho muy ruindad al Rey Federico, su padre, seyendo al revés, que el Rey Federico, su padre, la hubiese hecho á los Reyes de España, como atrás dijimos. Y para mejor efectuar esto, mos de Alegre, un capitán astuto y muy sagaz, so color de religión había pedido licencia al general Duque de Nemos para ir á visitar la iglesia de San Cataldo, un santo muy célebre y en quien todos los de aquella provincia tienen mucha devoción, á quien él decía haberse prometido en las guerras pasadas, y era con designio de no fiar aquel negocio de alguna espía, sino ser él en persona. Llevó á la iglesia de San Cataldo muchos dones y promesas que había á la iglesia del Santo prometido, por persuadir al Guevara y á Leonardo que entregasen á Taranto y al Duque á los franceses, y juntamente habían prometido al alcaide y gobernador de Manfredonia les entregase la fortaleza y cibdad.

El Gran Capitán, con su diligencia maravillosa, conoció los designios de los franceses, así en lo de Manfredonia como en lo de Taranto, porque es cosa muy averiguada que jamás al Gran Capitán se le encubrió traición ni ardid alguno de los contrarios. Parecióle que no era tiempo de dilatar más, pues no cumplía el Duque ni el Guevara ni el Leonardo lo que habían prometido. El Gran Capitán le pareció seguir lo que Anibal en el cerco de aquella cibdad había hecho cuando la tuvo sitiada. Hizo con gran presteza y maravilloso artificio veinte navios encima de carros, y pasádoslos de la mar á aquel mar que está allí cerrado, que tiene de largo cuatro millas, que es como un grande estanco y tiene vein-

te millas en derredor, adonde están los navíos muy seguros aunque haya gran tormenta. Pues metidas las naos en el puerto, los soldados les dieron á entender que no se les podían defender.

### CAPÍTULO XXXIII

*De cómo se acabó de tomar la fortaleza y cibdad de Taranto, y se entregó el Duque don Fernando.*

El Gran Capitán mandó apretarles el cerco, y porque supo que ciertos caballeros italianos, personas principales, que dentro se habían metido con el Duque, estorbaban que Taranto no se entregase, mandó á Nuño de Ocampo y á otro cierto capitán que trujesen allí al cerco á sus mujeres y hijos de aquellos caballeros que en Taranto estaban allí al cerco, y mandó combatir la cibdad, y que pudiesen en la delantera á las mujeres y hijos, y inviéles á avisar que si contra el real tirasen, que mirasen y verían puestas delante á sus mujeres y hijos, en quien los tiros primero topasen. Estuvieron allí aquellas señoras tratadas con tanta honra y honestidad como cuando más estuvieran en sus casas. Visto por los caballeros que en la fortaleza estaban el llanto de sus mujeres y hijos, que llegaban al cielo, movidos de compasión, trataron de entregar la fortaleza. Todos de común consentimiento enviaron á suplicar al Gran Capitán mandase volver aquellas mujeres y hijos á sus casas, que luego entregarían la fortaleza y cibdad y la persona del Duque á su señoría. Lo cual así fué hecho, porque persuadieron al Duque que se quisiese guardar para esperar mejor fortuna, y que si todavía quería perseverar en aquel cerco, él se ponía á manifiesto peligro de su persona y vida, pues tenía por enemigos á dos Reyes tan poderosos, y á todos los otros Príncipes y señores que con ellos estaban ligados, pues esperar socorro parecía cosa vana y de ningún efecto. Demás desto, los tarentinos estaban muy fatigados y afligidos por los muchos daños y pérdidas y fatigas que en aquel cerco habían recibido y recibían del largo sitio que habían padecido, persuadían al Duque y á aquellos caballeros que pudiesen fin á tan grande adversidad como padecían, y que el Gran Capitán era tan mag-

nánimo y tan benino, que fácilmente daría libertad al Duque para se ir adonde más quisiese.

Persuadido el Duque invió al Gran Capitán al Guevara, el cual concertó la tregua por seis días. Luego entraron dentro Pedro de Paz y Luis de Herrera; fué concertado de rendir á Taranto, cibdad y fortaleza, y la persona del Duque. De aqueste concierto quedaron en no buena reputación el Guevara y el Leonardo y los principales que allí con el Duque estaban.

Luego fueron las puertas abiertas. El Gran Capitán fué adonde el Duque estaba, y le pidió las manos para se las besar, y le dijo: «Perdone Vuestra Excelencia, que lo pasado no ha podido dejar de se hacer». Con otras muy dulces palabras, que Su Excelencia se consolase, que los Reyes Católicos, sus tios, le ternían en lugar de verdadero hijo, y le darían tanta parte en sus reinos que le pareciese no le haber faltado aquel reino.

El Duque le respondió: «A Vuestra Merced, señor Gran Capitán, tengo yo por verdadero padre, y tengo por cierto que se acordará de favorecer á un hombre desheredado como lo yo soy».

El Gran Capitán le hizo muy buen tratamiento, dándole mulas, caballos, ropas, dineros y muchos aderezos de casa, y le envió entre otras muchas cosas un caballo que se llamaba Mudarra, el mejor que á la sazón se sabía en toda Europa y en Africa, con un jaez de oro muy rico que el Rey de Granada le había dado, de que el Duque fué muy contento. Luego mandó á Luis de Herrera toviése cargo de la persona del Duque, el cual quisiera salir del reino, según los consejos del Rey Federico, su padre.

El Gran Capitán tuvo por cierto que el Duque se pasaría á Francia para su padre, y porque no procurase con los de la parte francesa levantarlos con esperanza de tornar á cobrar el reino y quitallo á los españoles, desta causa lo mandó tener á buen recaudo.

Luego adelante, visto por el Duque que no le ponían en la libertad que él pensaba y los caballeros que con él estaban le hacían entender, quejábbase mucho lamentando su fortuna contra aquellos que así lo habían engañado y le habían puesto por prisionero. El Duque no fué engañado por el Gran Capitán,

que nunca él tal fe ni palabra le dió (\*), sino que de los Reyes Católicos, sus tíos, sería tratado como hijo y heredado en España.

De allí fué el Duque llevado á Ríjoles, y de allí á España, adonde fué tratado de los Reyes Católicos según su persona merecía, y parecía ir olvidando la adversa fortuna pasada. Después, estando la Corte cerca de Francia, trató de se soltar y se pasar en Francia con un ardid de franceses: que puesto fuego al lugar adonde estaba, por tantas partes con otros dos acudiesen al fuego, él se pudiese ir á Francia, lo cual fué descubiertó.

Sabido por los Reyes, y vista su ingratitude, lo mandaron llevar á Játiva en Aragón, con muy buen tratamiento y servicio, como su persona merecía, y estuvo allí hasta que reinando el Emperador vino á reinar y lo mandó soltar y lo casó con la reina Germana, mujer del Rey don Fernando, su agüelo, sobrina del Rey Luis duodécimo de Francia, y muerta aquélla le casaron con la Marquesa del Zenete, y le hicieron gobernador de Valencia hasta que murió.

El Gran Capitán dejó por alcaide y gobernador de la fortaleza y cibdad de Taranto á un caballero de su casa, llamado Pero Hernández de Nicuesa, que dió muy buena cuenta de aquel cargo.

---

## COMIENZA EL CUARTO LIBRO

DE LA GUERRA QUE EL GRAN CAPITÁN HIZO  
CONTRA LOS REYES DE FRANCIA Y NÁPOLES

### CAPÍTULO I

*De cómo los franceses buscaron cautelas para quebrantar la paz y echar al Gran Capitán de la otra parte que á los Reyes de España había cabido.*

Despachado, pues, lo de Taranto, y enviado el Duque don Fernando á España, el Gran Capitán se fué á un lugar que se llama la Tela,

(\*) Adición marginal: Porque si se la diera, él la cumpliera, aunque Paulo Jovio, en una suma que del Gran Capitán escribió, dice que le dió su palabra, no dijo lo cierto. Declame Carlos de Paz, que se halló cuando el Duque fué entregado, que nunca se trató de tal cosa, y lo mesmo decía Diego García de Paródes.

que es en los confines de Pulla con Nápoles, porque los generales de Francia estaban en otro lugar que se llamaba Melfa, en los confines de Nápoles y Pulla. La intinción del Rey de Francia siempre fué que, ocupada la parte que le cabía, después, ó por armas ó por alguna cautela, preso el Gran Capitán, tomasen la otra parte del reino, y así se hiciese señor de todo él.

El principio de quebrantar la paz fué que en la parte que estaba diputada para igualar las rentas de entrambas partes, estaba un lugar que se llama la Tripalda, con otros lugares comarcanos. Los franceses comenzaron á echar de allí á los que estaban diputados para cobrar aquellas rentas, sobre lo cual fué el Duque de Termoli, con ciertos caballos y infantería española, y los franceses asimismo se pusieron en armas. Y estando entrambos campos para pelear, el Duque de Nemos, que era un buen caballero, aunque mozo, estorbó que no peleasen, y fué acordado que aquellas tierras quedasen como antes estaban, hasta que por justicia se determinase.

Los franceses enviaron un caballero francés á decir al Gran Capitán que le hacían saber que en la provincia de Pulla estaba la provincia de Capitanata, sin la cual la cibdad de Nápoles no podía vivir, porque de allí se proveía de todas las cosas necesarias é importantes á aquella cibdad, y que luego les entregasen aquella provincia, aunque hubiese cabido en la partición de los Reyes de España. El Gran Capitán replicó que Capitanata estaba, como ellos sabían, en la Pulla, y que, conforme á la capitulación, no tenía lugar lo que pedían; mas que de todo lo que de aquella provincia tuviesen necesidad, así se serviría Nápoles de ella como si en su partición hubiera cabido.

Los franceses insistieron que en todo caso se les había de entregar, y sobre esto pasaron muchas alteraciones de la una parte á la otra. Al fin el Gran Capitán les replicó que se viese por justicia, y que ellos nombrasen los que les pareciese, hombres de letras y conciencia, y él nombraría otros tantos de la suya, y que si ellos lo determinasen, que él estaba aparejado para se la restituir.

Lo cual todo fué así concertado, porque los franceses esperaban un grande ejército y otras cosas para romper la guerra, y entre tanto dilataban el negocio por estos medios. Concertóse que los capitanes, así el español como

mos de Aubeny y Duque de Nemos y Gran Capitán con los letrados, se juntasen en una ermita que está entre Melfa y la Tela, que se llama Santo Antonio, adonde se hacen muchos milagros, y vienen de toda aquella tierra á la visitar, por la gran devoción que allí tienen. Pues juntos en aquella ermita los capitanes y letrados, diéronles allí pintado todo el reino como los geógrafos lo suelen hacer (1), que en poca distancia suelen pintar las tierras para poder juzgar claramente, y juntamente trajeron las historias de aquel reino, porque por la mucha antigüedad estaban mudadas las particiones antiguas de aquel reino y trocadas, y las más con palabras bárbaras, porque en nuestro tiempo todo aquel reino estaba dividido en cuatro provincias ó gobernaciones, porque la provincia de Abruzzo, que antiguamente se llamó por vocablo general *Precutium populi* y *Vestini*, y toma todo lo que hay desde el monte Apenino hasta el mar Adriático, es la principal cibdad hoy el Aguila, cerca de Amiterno, ciudad antigua, y va á lo largo por los Peliguos y ducado de Benevento. Luego comienza la Pulla desde Manfredonia ó Monte Gargano y va hasta el cabo de Otranto. La tercera región es la Calabria, que se llama *Burjios* propiamente. La cabeza de esta provincia es Cosencia, y esta provincia se extiende por el mar Jonio hasta el mar de Sicilia, y en esta parte está la Basilicata, desde el río Laino, que se llama Lao, y va hasta el mar Tirreno. La otra provincia y más principal es Tierra de Labor, llamada la Campania, y ésta se extiende no lejos de Tarrachina, por Fiuni y Sesa y el Garellano, todo lo largo del mar Tirreno hasta el río Laino, que fué Lao, que parte á la Basilicata de la Calabria, y de aquesta provincia, que se llamó antiguamente Lucania, es la principal cibdad Nápoles, llamada Partenope. Es cibdad, y su vecindad puede competir con todas las cibdades que sabemos en toda Europa y aun en Asia y Africa, así en abundancia de todas las cosas necesarias para la vida humana como en frescura y vista, así de la mar como de la tierra. Pues de aquestas cuatro provincias las dos, que son Pulla y Calabria, en su partición habían cabido á los Reyes de España, y toda la tierra de Labor con el Abruzzo al Rey de Francia. Quedaban por sí y en medio la Basilicata y Ca-

pitánata, nombre nuevamente puesto, apartadas de la Lucania, cuya cabeza, como dijimos, es Nápoles.

## CAPÍTULO II

*Cómo los franceses no quisieron pasar por el parecer de los letrados, y rompieron la guerra.*

Los dos capitanes Gonzalo Hernández y Duque de Nemos se juntaron en Santo Antonio como dijimos. Todos los letrados, así los de su parte como los de la parte del Gran Capitán, fué su parecer que aquellas provincias no saliesen de donde estaban, y que conforme á la partición no tenían justicia ninguna, y así lo dieron firmado de su nombre. Ellos, como dije, dilataban estos conciertos hasta que les viniese lo que esperaban. Principalmente pensaban tomar al Gran Capitán descuidado y prenderlo. Venido, pues, á los franceses su ejército y todo lo que esperaban, no quisieron esperar más. El Gran Capitán trabajaba porque no viniesen á las armas, porque tenía muy poca gente y mucha falta de todas las cosas necesarias; lo cual sabían muy bien los franceses, de cuya causa tenían por muy cierta la vitoria por las causas siguientes.

La primera, como hemos dicho, por saber la extrema necesidad que en el campo de los españoles había, y en el suyo todas las cosas sobradas y el gran socorro de gente de guerra que les era llegado.

La segunda, porque tenían trato con muchos pueblos y tierras de Pulla y Calabria y con muchos Príncipes y Señores de ella, que rompida la paz se rebelarian por Francia.

La tercera, porque toda la gente tenía el Gran Capitán repartida en diversas partes; la otra, porque tenían mucha parte en aquel reino, y lo postrero, creyendo que el Gran Capitán estaría descuidado. Por todas estas causas tenían por cierto de conseguir su designio.

## CAPÍTULO III

*De cómo fué quebrantada la paz y rota la guerra, y lo que los unos y los otros hicieron.*

Pues como los franceses tuvieron su campo junto, enviaron un trompeta al Gran Capitán á le hacer saber que en todas maneras les entregase á Capitanata, aunque los letrados otra cosa hobiesen determinado. Pues llegado

(1) Al margen: Fueron estas vistas lunes á cuatro días de Abril de mil quinientos dos años.

el trompeta y dicha su embajada, antes que el Gran Capitán respondiese, sacó del seno un requerimiento y lo dió al Gran Capitán, en el cual le inviaban á decir que si luego no les entregaba á Capitanata, que se la tomarían por fuerza, con otras palabras muy soberbias.

Oído esto, y leído el requerimiento por el Gran Capitán, como católico cristiano, como aquel que todas las cosas encomienda á Dios y á su bendita Madre, delante de todos los que presentes se hallaron y de aquel trompeta francés, tomó el postrero requerimiento, y hincado de rodillas alzó los ojos al cielo y dijo estas palabras: «Señor mío Jesucristo, en cuyo poder es el cielo y la tierra, con todo lo criado, yo presento esta escritura delante tu juicio, porque eres verdadero juez y sabidor, que ninguna cosa se te esconde, y sabes la mucha justicia que los Reyes Católicos á este reino tienen, y la mucha soberbia que el Rey de Francia y sus Ministros ejecutan, sin querer mirar la justicia de que muchas veces les he requerido. Yo te suplico, Señor, por quien tú eres, que tú muestres en este caso tu divina justicia».

Y dicho esto, respondió al trompeta y le dijo: «Andad, hermano, con la gracia de Dios, y decid de mi parte á los señores Duque de Nemos y mosiur de Aubeny que pues tantas veces les he requerido que esta diferencia, sobre que tratamos, se determinase por justicia, la cual se determinó por parte de los Reyes de España, y ellos no mirando el derecho, me amenazan que me la tomarán por fuerza de armas, que yo espero en Dios y en su bendita Madre de no tan solamente les defender esta parte, mas aun de los echar de la suya y de ver á los Reyes de España señores de todo el reino, pues es suyo de justicia. Por ende les decid que vengan cuando quisieren, que me hallarán en el campo ó que me esperen, que yo seré con ellos lo más presto que pudiere. Más diréis al señor mos de Aubeny que excuse palabras demasiadas y soberbias, porque los hombres de su calidad y cargo más pertenece mostrar obras que no palabras. Decidle más de mi parte, que si tanta confianza tiene en la valentía de su persona, como todo el mundo sabe que tiene, y yo soy cierto dello, si querrá que de su persona á la mía esto se determine, que recibiré yo en ello gran merced, porque se excusarán muertes de muchos que no merecen ni tienen culpa en ello, y que

el campo sea adonde él lo señalare y las armas las que él escogiere, y que yo me confío del señor Duque de Nemos que nos asegure el campo, porque lo tengo por tan buen caballero que nos terná la plaza segura, y que de ninguna cosa desta vida terné mayor contentamiento que por muerte ó vencimiento de uno de nosotros se aclare la justicia sobre que es el debate».

Y con esta respuesta despidió al trompeta, al cual hizo merced de un vestido de terciopelo y dineros, y le prometió muy grandes mercedes si le trujese respuesta de mos de Aubeny que aceptaba el desafio.

Estando aquí en la Tela, le vinieron á servir micer Teodoro y micer Lázaro, hermanos, con trescientas lanzas de albaneses griegos, de los cuales fué muy servido en toda la guerra, porque servían de espías á caballo y corrían veinte y veinte y dos leguas á caballo, que los caballos de aquella su provincia de Albania servían estos albaneses con mucha fidelidad.

Los franceses, cuando á este trompeta invitaron, quisieran mucho prender al Gran Capitán, porque marcharon á gran prisa con su campo para adonde él estaba. El Gran Capitán, como aquel que gastaba gran suma de dineros en espías, luego supo su ruindad; de lo cual avisado, partió de la Tela con la gente que tenía la vía de Barleta, que es una cibdad en Pulla, puerto de mar, adonde se recojó con la más gente que pudo, que es una cibdad aunque no muy fuerte, mas por ser puerto de mar y tener el rostro á los enemigos y á la mar á las espaldas, para ser socorrido de allí de mantenimiento. Está en medio de la provincia sobre que es el debate, tiene mucho pan y vino. Entró el Gran Capitán en Barleta á diez días de Julio de quinientos y dos años.

#### CAPÍTULO IV

*De lo que el Gran Capitán hizo después que se recojó á Barleta, y lo que los franceses hicieron después que abiertamente rompieron la paz.*

Esto que el Gran Capitán hizo en recogerse á Barleta y esperar allí para ofender á los enemigos y se defender dellos fué contra el parecer de todos, así de los capitanes como de la otra gente de guerra, principalmente del Próspero y sus hermanos Fabricio y Marco Antonio, y aun de todos los aficionados á

la Casa de Aragón, y más del Rey don Fernando después que lo supo, y de los Grandes y otras personas de España que tenían noticia de la tierra, y él mismo oía á sus oídos murmurar dél, diciendo que ya se le había acabado su buena fortuna (1).

Todos los del Consejo de guerra murmuraban (2) y más cuando vieron que allí había recogido á la gente de guerra, sino fué algunas plazas muy importantes que había dejado presidio en ellas. Los franceses, llegados con su campo á la Tela, pensando de hallar muy descuidado al Gran Capitán, no lo hallando, quedaron muy corridos, por haber perdido tan buen lance, porque el Gran Capitán había partido de allí de la Tela con trescientos caballos, y anduvieron aquella noche hasta que salió el sol que llegaron á Barleta, catorce leguas sin parar, que todos los caballos se aguaron, que de ninguno fué más provecho adelante; y por desmentir las espías, no fué por camino derecho, sino por muy desviado camino, que fué por Adria y Bitonto hasta Barleta.

El Gran Capitán callaba á todas las pláticas que oía y de España le escribían. Sólo la Reina doña Isabel defendía su partido diciendo que no juzgasen hasta ver el suceso de la guerra en qué paraba, y á él le escribía que acá se había tenido por cosa no acertada el recogerse á Barleta.

El respondió á Su Alteza que él daba al tiempo por testigo de lo que se había acertado. Y lo que el Gran Capitán hizo, fué lo mejor que se podía elegir en aquello, porque era el hombre del mundo que mejor providencia tenía en lo porvenir y que mejor sabía conservar los soldados cuando el tiempo lo sufría, mejor lo sabía arriscar cuando la necesidad lo pedía.

Mosén Peñalosa y el teniente del despenso mayor don Francisco Fernández con trescientas lanzas llevaron la casa del Gran Capitán y cierta munición que quedaba en la Tela á Miro, un lugar del Conde de Muzo,

(1) Al margen: Decían los Grandes de España y aun el mismo Rey que la buena fortuna se le había acabado al Gran Capitán, porque nunca había hecho tal disparate como él había hecho en recogerse á Barleta.

(2) Al margen: Visto y oído por la Reina doña Isabel, dijo al Rey y á los Grandes que del Gran Capitán murmuraban: «Al fin veréis cómo ninguna cosa pudo hacer más acertada que recogerse á Barleta, y yo espero en Dios que así será». Con otras palabras con que confundió los temerarios juicios de los que en ello hablaban.

y luego vino Pedro Navarro con mil infantes y la llevó á Barleta.

Cada día recibía cartas de España de sus amigos de la mala estimación en que en todo el reino estaba por se haber retraído á Barleta y recogido allí su gente, y más cuando fué sabido que los más señores de aquel reino se habían rebelado por francesa teniendo por cierta la victoria de los franceses, y como dije fué aquello lo que dió á ganar todo el reino. Determinó de no responder á ninguna persona, ni presente ni ausente, con palabras, sino al fin con las obras. Acordábase que lo mismo había acontecido á aquel muy famoso capitán de los romanos Q. Fabio Máximo cuando los romanos le enviaron contra Anibal, capitán tan señalado de los cartagineses, viniendo contra Roma, con la victoria que hubo en Cannas contra los mismos romanos, adonde les mató cuarenta mil romanos; el cual contra la voluntad de los mismos romanos y de su compañero Terencio Varrón dilató la batalla, no se hallando igual con gente ni las otras cosas necesarias para pelear con él; antes salteándolo y dando de súbito muchas veces en su real lo gastó y detuvo, por cuya causa lo llamaron Cunctator, que quiere decir tardón, y después conocieron haber sido aquella la vida del ejército y del pueblo romano.

Estuvo el Gran Capitán en Barleta cerca de nueve meses, y lo que desde allí hizo se contará delante. Esta ciudad de Barleta, según hallamos en sus crónicas, fué edificada por el Emperador (1) Heraclio, y hoy día está en la plaza de esta cibdad una estatua de bronce del dicho Emperador puesta á pie. Tiene esta cibdad un puerto no muy grande, mas hecho á mano, y solo del Nordeste recibe daño cuando aquél corre y sopla, mas bien acomodado para galeras y otras naos de mercaderes y cargas.

## CAPÍTULO V

*De lo que los franceses hicieron contra los españoles, y lo que el Gran Capitán hizo desde Barleta.*

El Gran Capitán salió de Barleta á los veinte días de Julio, y fué á la villa de Canosa, y

(1) Al margen: Este Heraclio, Emperador de Constantinopla, fué el que venció á Cosdro, Rey de Persia, y trajo á Jerusalén la cruz en que padeció el Redentor del mundo, cuya fiesta la Iglesia Romana celebra á catorce días de Septiembre.

llevó consigo á Pedro Navarro, capitán de infantería, al cual le dijo: «Los franceses han de querer comenzar la guerra y quebrantar su furia sobre esta villa. Yo querría defendérsela. Vos quedaréis aquí con seiscientos soldados. Escogí á vos, más que á otro, porque tengo por cierto que la defenderéis á toda Francia que sobre ella venga toda junta, y quiero que por esta muestra vean lo que han de hallar en lo restante de la guerra. Yo os dejo en la plaza más mentada de toda Europa y aun de las otras partes de la tierra. Esta es aquella cibdad de Canas, adonde Anibal, aquel tan señalado capitán de los cartagineses, mató en una batalla cuarenta mil romanos; y la más gente que hicieron el hecho, eran españoles; así que la tierra os conoço como á sus descendientes. A Canosa escogí para que resistáis á los franceses ó para vuestra sepultura».

Pedro Navarro le respondió que besaba las manos á Su Señoría por tan gran merced como le hacía en le encomendar aquella plaza; que él le prometía, con la ayuda de Dios y su buena ventura, que aunque los muros de Canosa eran flacos, que ellos los harían [fuertes] con sus ánimos y corazones. El Gran Capitán habló á todos los soldados, rogándoles mucho que todos hiciesen su deber, por ser aquella la primera plaza que los franceses habían de combatir. Fué de todos muy bien respondido. A Pedro Navarro dijo: «Super hanc petram tengo de fundar toda la guerra por venir»; y dejado esto así con este recabdo se volvió para Barleta. Y luego en llegando envió á mosen Hozes con ciertas capitánias á Manfredonia para que la defendiese á los franceses, y á su tío don Diego de Arellano envió con mil infantes á la cibdad de Andria, y á su tío Luis de Herrera á la cibdad de Taranto. A la fortaleza de Bitonto envió á Gatica, el cual entregó la fortaleza á los franceses; al cual envió el Gran Capitán á mandar que no viniese á su campo, ni pareciese antes, y que no le castigaba acordándose de los méritos pasados, y que no habla de vivir en el mundo un hombre que tuvo en más su vida que su honra; que él había hecho conforme á su nombre, por donde los hombres habían de escoger buenos nombres (1).†

(1) Al margen: ¿Qué podría hacer Gatica, sino cosa baja y de poco ser? De aquí se averigua lo que un doctór legista dice, que si los nombres se vendiesen, se habrían de comprar con grandes precios.

Al Comendador de Trebejo, Pedro Piñero, envió á Potrón. Al Comendador Gómez de Solís, envió á Turpia; á Duarte, un capitán vizcaíno, envió á San Jorge; á Nuño de Ocampo envió á Ríjoles; á Hernando de Alarcón envió á Nochera; á Diego de Ayala envió á la Mantia; á Vargas envió á Terranova, y de la misma manera proveyó á Joya y otras algunas plazas, y él se quedó con muy poca gente en Barleta, porque con todos estos capitanes ya dichos repartió la más gente que tenía.

## CAPÍTULO VI

*De los diversos pareceres que los franceses tuvieron sobre el comenzar de la guerra contra el Gran Capitán.*

El mosiur de Aubeny se partió de la Pulla llevando consigo la tercera parte del ejército que allí estaba y se fué á Calabria, porque en aquella provincia tenía mucha reputación, que había cobrado en la guerra pasada, habiendo sido, como dijimos, Gobernador en aquella provincia, y se había dado buena maña á gobernar aquella provincia de Calabria. Principalmente había ganado mucha fama por haber vencido al Rey Fernando y á Gonzalo Hernández en la batalla de Semenara, en la primera guerra, y sin duda era en más tenido en aquella provincia que todos los otros capitanes franceses. Y así por esto como porque todos los de aquella provincia eran aficionados á los franceses; y visto por los Príncipes y señores de aquella provincia la mucha parte que los franceses parecían tener, se rebelaron por Francia, y entre ellos fueron los señores de la Casa de San Severino, que fueron el Príncipe de Visiñano, el Príncipe de Salerno, el Conde de Melito, los cuales tenían mucha gente de guerra, y cada día era llamado Aubeny por cartas y mensajeros que llevase las banderas de Francia, que tanto eran deseadas en aquella provincia; y ninguna cibdad ni villa le faltó que no se rebelase por los franceses, y se pasaron á ellos sin quedar ninguno. Pues llegado allá mos de Aubeny, á ningún lugar llegó que no le abriesen las puertas con grande alegría, y con ellas la cibdad de Cosencia y todos los otros pueblos y gente; y echadas algunas guardas de españoles, llegó sin ver lanza enhiesta hasta el faro de Mesina.

## CAPÍTULO VII

*De los diversos y varios consejos que los franceses tuvieron entre sí, los que quedaron en Pulla con el Duque de Nemos.*

Ido, pues, mos de Aubeny á Calabria, el Duque de Nemos llamó á consejo á los capitanes de su ejército, demandándoles su parecer de la manera que tratarían la guerra, ó por dónde la comenzarían. No se podían concertar, porque entre ellos había diversos pareceres y en cosa ninguna se podían resolver en cosa que les pareciese ser provechosa para la victoria.

Estaba en este ayuntamiento el Duque de Adria, Mateo de Aquaviva, un gran señor en la provincia de Abruzo y el más principal y más aficionado á los franceses, un hombre muy sabio en las letras y muy diestro y experimentado en las cosas de las armas. El cual había tenido forma que los más de aquellas provincias de Abruzo y Calabria se pasasen de los españoles á los franceses. Este Duque de Adria tomó la mano y dijo que ninguna cosa había tan provechosa ni tan necesaria para conseguir la victoria, y sin sangre, como juntar de presto el ejército y ir sobre la ciudad de Bari y tomalla, por estar tan cerca de Barleta, y ser tan amiga de los enemigos y ser tan principal cosa, y porque tiene un mercado adonde concurren de todo el mar Adriático; de la cual ciudad se podían aprovechar y hacer daño á los enemigos, y si ellos saliesen á le querer dar socorro, pelear con ellos, pues son tan pocos; aunque desto podemos estar seguros que no saldrán; y de allí se podrá luego tomar la ciudad de Bitonto y Jovezano, que en otro tiempo se llamó Enactia, y los otros lugares comarcanos. Esta ciudad de Bari era de doña Isabel de Aragón, hija del Rey Alfonso de Nápoles, el segundo deste nombre, que fué casada con Juan Galeazo, Duque de Milán, que fué despojado de su tío Ludovico con favor del Rey de Francia Carlos octavo, como atrás contamos, y muerto con sospecha de yerbas, y á su hijo tenían en Francia criándose en un monesterio de frailes, porque no aspirase algún tiempo al estado, que de derecho le pertenecía, de Milán.

Esta señora, así por ser española y tan generosa, no podía sufrir que los franceses fuesen señores de aquella tierra por muchas cau-

sas, y entre otras porque en un mismo tiempo le habían quitado á su tío Federico el reino de Nápoles y á su marido y hijo el estado de Milán. Tenía el ánimo del padre, y estaba determinada de antes morir que entregar aquella cibdad á los franceses, y por todas estas causas favorecía á los españoles, de los cuales ella descendía, principalmente al Gran Capitán, el cual muchas veces la iba á visitar y era dél muy servida y acatada. Ningún consejo pudo ser más provechoso para el propósito y fin que deseaban como éste de Aquaviva, mas cególos Dios de arte que á todos les pareció cosa muy fuera de razón para hombres de guerra.

## CAPÍTULO VIII

*Del parecer que los otros capitanes franceses dijeron, lo cual siguieron.*

El parecer de los otros capitanes fué muy al contrario, porque entre ellos estaban dos capitanes muy célebres en aquel tiempo, que eran mos de Alegre y mos de la Paliza. Estos dos condenaron el parecer de Aquaviva por bajo y no de hombres de guerra y no de varones animosos como lo ellos eran: ir á cercar á una mujer y combatilla; que muy mejor era ayuntar todo el ejército y ir á cercar á Barleta, adonde estaba el Capitán general de los enemigos y todo el caudal y flor de la gente española, y en un mismo tiempo se hará guerra á los Coluneses, tan aficionados á los españoles, porque los muros de Barleta son muy flacos, que de bestiones ni de otra cosa importante puedan por de dentro ser fortalecidos, y desta causa luego serán derribados de los primeros golpes de la artillería, y ellos muertos y presos, ó el Gran Capitán hará condiciones no honestas, según la reputación que hasta aquí ha tenido, y la gloria y fama de los franceses acrecentada, pues en todo el mundo se sabe su loor y fama, no sólo en vencer á sus enemigos, mas aun en la manera y autoridad del vencer á sus contrarios. Así que tomada la ciudad y muertos y presos los españoles con su capitán será acabada la guerra con tan felicísimo suceso; y esto ha de ser luego, antes que los de dentro hagan algunos reparos ni les venga algún socorro, y lo que más aquí ganaremos, que estimaremos en más que á todo el reino, en despachar á



uno que ha sido tan valeroso capitán como Gonzalo Hernández, y pasar en nosotros aquella su antigua reputación que siempre en la paz y en la guerra ha tenido.

A los cuales respondió el Duque de Nemos: «Ciertamente todo lo que, señores, habéis dicho me parecen cosas muy llenas de honra y fama, y de ánimos tan generosos y tan valientes como son los vuestros; mas no sé yo cuál hombre de guerra y que conozca al enemigo y á los que consigo tiene, podrá acabar consigo de tomar ese parecer, porque yo no puedo acabar conmigo de me persuadir que un tan valeroso enemigo como es Gonzalo Hernández, que pelea por la honra, por la salud y por la vida suya y de los que tiene consigo, que así tan fácil ó se rinda ó no espere acabar allí sus días cuando la fortuna le fuese contraria, y dejar de hacer todo aquello que según su gran reputación pide. ¡Cuántas veces, señores, en los tiempos pasados se hicieron estas cuentas y después salieron muy al contrario! Y no trayo para ello otros testigos sino á vosotros, señores, y á los otros capitanes que aquí están en este ayuntamiento, y por esto á mí me parece que cerquemos á Barleta y no la combatamos, porque los enemigos tienen carestía de vituallas y de dineros, que es lo principal de todo, y de todas las cosas necesarias para la guerra».

Todos los otros capitanes que allí estaban fueron de aquel parecer, así como Luis de Arce, mos de Formento y Ziadeto, capitán de suizos, y todos los otros más, y en esto se determinaron.

## CAPÍTULO IX

*Cómo los franceses fueron con todo su campo á cercar á Canosa, adonde Pedro Navarro estaba.*

Pues siguiendo todos el parecer del Duque de Nemos, que fué el menos provechoso para el efecto que deseaban, con su campo y con el que nuevamente le había venido, fué sobre la villa de Canosa, adonde dijimos que estaba Pedro Navarro, y con toda su artillería fueron á cercar la villa de Canosa. Esto fué á los quince días de Agosto del dicho año de quinientos dos años. Llegados los franceses, plantaron la artillería, y invióle el Duque de Nemos á Pedro Navarro un trompeta que si

dentro de seis horas no se rindían, que, aquellas pasadas, á ninguno tomaría á vida. Al cual respondió Pedro Navarro que ellos conocían mal á los que dentro estaban, pues les inviaban á decir palabras tan soberbias; y que no les querían responder con palabras sino con obras, y que les daban su fe de no se rendir hasta que no quedase sino uno solo, y que aquel les defendería la villa; y que si los muros de la villa eran flacos, que sus ánimos eran muy fuertes, como lo verían por la obra. Y dijo al trompeta que si más volvía á les mover partido que lo colgaría de una almena.

Oída por los Generales la respuesta, les mandó combatir, y uno tras otro les dieron catorce combates, refrescando de continuo nueva gente, agora de franceses y otros de suizos, otro de gascones, y con grande ánimo, pareciéndoles ser aquella la primera cosa en que comenzaban y más seyendo los de dentro tan pocos y ellos muchos. Pues con los muchos combates les allanaron un lienzo del muro, y jamás les pudieron entrar por la gran resistencia que en los de dentro hubo. Fué tan grande la porfía de los unos y de los otros, que de los franceses murieron mil dellos y hartos de los españoles y muchos heridos. Fué tanto el ánimo de los españoles en la defensa de aquella plaza, que los franceses, visto el poco fruto que de los combates sacaban, consultaron de alzar el cerco y pasar á lo de Barleta, y hiciéranlo si no fuera por Tramolla y Alegre, que dijeron que mirase Su Excelencia el mucho crédito que perdían si aquella plaza y tan flaca no tomaban, seyendo ellos tantos y los españoles tan pocos. Los franceses siempre tuvieron por averiguado que los españoles que dentro estaban eran más de tres mil. Tras esto les dieron un combate los suizos, que prometieron de les entrar ó morir en el combate.

El Gran Capitán invió á avisar á Pedro Navarro por secretos mensajeros que él no le podía socorrer, que mirase por su vida y salud, la cual él prefería y la de los que con él estaban á las mejores cibdades del reino, cuanto más á Canosa; que hiciese un partido con honestas condiciones. Los franceses desde la hora que asentaron el cerco sobre Canosa siempre requirían á Pedro Navarro con partido, y que fuese el que él señalase. Visto por Pedro Navarro que los soldados que le quedaban eran solos ciento cincuenta, y éstos

visto que les faltaban ya los mantenimientos, dijo á los soldados que se acordasen que el Gran Capitán los había escogido en todo su campo por más valientes y esforzados, y más ser la primera cosa que á los franceses defendían, y que este trance había de ser el juicio para lo de adelante, y que cuando la fortuna otra cosa quisiese hacer, que él escogía aquella estancia para su sepultura, y que lo mesmo hiciesen todos; que diesen muchas gracias á Dios que les había puesto en lugar donde tan bien acabasen sus vidas en servicio del Rey y de su justicia y dejarían para siempre inmortal fama; que les rogaba empleasen bien sus vidas.

### CAPÍTULO X

*Cómo pasó lo de Canosa y lo que Pedro Navarro hizo defendiendo la villa.*

Visto, pues, por Pedro Navarro que la gente le faltaba y los mantenimientos, y que el Gran Capitán le avisaba que hiciese el mejor partido que pudiese, hizo el más honrado partido que jamás se ha hecho; y fué que el dicho Pedro Navarro se pudiese volver seguro á Barleta él y los que con él estaban, las banderas tendidas con son de trompetas, pífanos y atambores, salvas las haciendas y las personas y que les dieran caballos para llevar los heridos, y que el Duque de Nemos asegurase sobre su fe que no fuese hecho daño ni perjuicio á los de la villa ni alguna injuria. Hecho este partido con tan honestas condiciones, salió Pedro Navarro y sus soldados, que aun no eran ciento cincuenta, por medio de su real diciendo «¡España, España!», no como vencidos, sino como vencedores, con aquella braveza y orgullo como si hubieran vencido una gran batalla, según el ánimo y braveza llevaban. Saliendo fuera de la villa se quebró un eje de un carretón de un tiro. El Duque de Nemos les dió su fe que él se lo mandaría luego llevar á Barleta; mas Pedro Navarro jamás quiso, sino que los soldados lo llevasen delante de sí, y así fué hecho. Pues habiendo andado cuanto una milla pequeña, los franceses invieron á decir á Pedro Navarro que por qué no cumplía las condiciones, que luego mandase salir todos los soldados que en Canosa quedaban. Pedro Navarro les respondió que no se temiesen de los que dentro quedaban enterrados, que

ninguno hallarían vivo. Cuando los franceses vieron que tan pocos les habían hecho tanta resistencia, estuvieron muy corridos y espantados, y aun perdieron muy gran parte de su soberbia; principalmente lo estaban Paliza, Tramolla y Alegre.

Cuando el Gran Capitán supo la venida de Pedro Navarro, los salió á recibir con su campo y lo abrazó y besó en el rostro alabándole mucho su esfuerzo y la buena cuenta que había dado del cargo que le había encomendado, de que Pedro Navarro se tuvo por muy satisfecho. Asimismo alabó á los soldados y capitanes con muy dulces palabras, y mandó decir muchas misas y sacrificios por los soldados muertos. Llegados á Barleta, Pedro Navarro se curó de algunas heridas que traía y los otros capitanes y soldados. Luego dende á ciertos días envió á Pedro Navarro con sus quinientos soldados á la cibdad de Taranto para que allí estuviese con Luis de Herrera, su primo, porque tuvo aviso que ciertos caballeros y señores de aquella provincia iban sobre la cibdad con grande ejército.

### CAPÍTULO XI

*De cómo en este tiempo pasó el desafio de los once españoles con los once franceses, y el suceso que aquel desafio tuvo.*

En este tiempo que mos de Nemos, siguiendo el parecer que para la guerra había dado, repartió la gente en derredor de Barleta para cercar de lejos á los enemigos que, como dijimos, estaban aposentados en Barleta, por les refrenar sus salidas y quitalles las vituallas, y desde allí tentar la más flaca guarda dellas, y así se mostraría el valor de los cercadores contra los cercados. El Duque de Nemos, vista la falta que el Gran Capitán tenía así de gente como de mantenimientos y de todas las otras cosas, y él y su campo tan pujante, envió un caballero, su deudo, de quien él mucho fiaba, que en gran secreto dijese al Gran Capitán que él lo tenía en mucho, así por el valor de su persona como por todas las otras de que Dios le había dotado, y que agora le tenía gran lástima de lo ver allí encerrado, adonde muy presto ó sería ó muerto ó preso, y que él lo vía aunque lo quisiese disimular, y que por tenerle en mu-

cho le daría licencia que se fuese adonde quisiese con cuatrocientos hombres, cuales él escogiese y señalase, y que dejase á todos los otros, y que esto se le tuviese en mucho. El Gran Capitán respondió á aquel caballero que dijese al señor Duque de Nemos que aun no estaba en estado de recibir dél aquella honra que le ofrecía, mas que le hacía saber que él tenía esperanza en Dios y en su divina justicia de no sólo los vencer mas aun los echar de toda Italia.

## CAPÍTULO XII

*De cómo se concertó un desafío de once españoles contra otros once franceses.*

Los franceses muchas veces burlaban de los hombres de armas españoles. Decían que los peones eran razonables; mas querer ser tenidos por hombres de armas, que era cosa que no se podía sufrir. Sobre esta materia altercaban muchas veces. Los españoles decían que no solamente eran buenos hombres de armas, mas aun mejores que ellos, porque los franceses, pasado aquel primero ímpetu, no perseveran en la batalla y siempre van enflaqueciendo, y á los españoles siempre les crecía el esfuerzo y se les doblaban las fuerzas y perseveraban hasta el fin. Y porque viesan las obras juntamente con las palabras, los enviaron á desafiar de tantos hombres de armas por un trompeta con su patente. Los franceses recibieron el desafío con muy alegre gesto y respondieron que les placía de lo aceptar, y que ellos lo hobieran tentado, sino que tuvieron por cierto que no fueran los españoles tan locos que los osaran aceptar. Mas pues agora eran tan enemigos de sí mismos que querían tomar la muerte con sus manos, que debían de estar desesperados, y que los españoles de cualquiera manera ganaban honra en aquel desafío, porque para ellos no podía ser mayor que, siendo vencidos, decir que osaron entrar en campo con los franceses hombres de armas. Respondieron los franceses al desafío que ellos responderían para día señalado.

Los franceses dilataron el tiempo y enviaron á una villa cercana ciento cincuenta hombres de armas á se ensayar, y después de ejercitados escogieron entre ellos once, los mejores y de quien más experiencia te-

nían; y estando todos á punto, enviaron un trompeta á responder al desafío que fuese para tercero día y de once por once hombres de armas. El desafío fué junto á la villa de Trane, que era una cibdad que el rey Fernando había empeñado á venecianos, y el proveedor y gobernador de aquella cibdad, como aquel que de ningunas de las partes era enemigo, les aseguró el campo y en bajo de la palabra del Duque de Nemos, que era muy buen caballero aunque de muy poca edad.

El partido fué que el vencido pagase cien ducados y las armas y el caballo al vencedor. El Gran Capitán nombró los once que habían de pelear, y fueron los siguientes: Diego de Vera, capitán de la artillería; Diego García de Paredes, coronel de infantería; el tercero fué Gonzalo de Aller; el cuarto fué Martín de Tuesta, que después fué mayordomo del Gran Capitán; el quinto, Segura; el sexto y séptimo fueron dos hermanos llamados Morenos; el octavo fué Ali-Vera; el nono Gonzalo de Aller (1); el deceno fué Jorge Diez, portugués, natural de Santarén; el onceno fué Oñate Piñán. Diego García de Paredes estaba en la cama, que despartiendo un ruido de españoles que peleaban unos contra otros, le habían dado un picazo en un muslo que le había hecho una muy mala herida. El Gran Capitán lo fué á ver y le dijo que se aparejase para ser uno de los once que se habían de combatir con los franceses. El dijo que ya Su Señoría vía cómo su cuerpo no obedecía á su voluntad. El Gran Capitán le replicó que así como estaba había de ser uno dellos. Oyendo esto Diego García saltó de la cama y comenzó á pedir sus armas. Todos estos once españoles eran casi de una edad, de cuarenta años poco más ó menos. El que más edad había era Diego de Vera. Todos eran altos y de buenos cuerpos, sino eran los dos Morenos hermanos. Fué Diego de Vera por capitán de los once. A los cuales dijo el Gran Capitán se acordasen que los había escogido en todo su campo por más valientes y que en sus brazos ponía toda la honra de la nación de España y de Italia, y que mirasen en aquella batalla estaba el suceso de la victoria de adelante, y que el que no fuese vencedor que en fuerte hora lo había parido su

(1) Tachado: de Arévalo.

madre, y que se acordasen de la honra que gana el que vence á su enemigo, ó la grande afrenta del vencido, y que el que aquí fuese vencido quedaba su cuerpo y honra muertos para siempre jamás y los que dél descendían.

Allí les dijo tres palabras que bastaron de hacer de ciervos leones; abrazólos y besólos en el rostro, y les dijo que los encomendaba á Dios y á su bendita Madre.

### CAPÍTULO XIII

*De cómo pasó el desafío de los once por once.*

Los franceses asimismo se aparejaron para la batalla. Todos eran muy grandes de cuerpo y de grandes fuerzas y muy bien tallados, y en muy excelentes caballos y muy ricas armas, que los que dellas tanto no sabían tenían la batalla. Mos de Nemos les dijo: «Acordaos, señores, de la honra de nuestra nación, que en todas las provincias y reinos del mundo se sabe la grande fortaleza y destreza de los hombres de armas franceses. Los libros, las memorias están llenos de ellos. Asimismo os acordad que peleáis con gente bárbara, y más en el pelear, que poco ha que ni sabían pelear ni vestir las armas ni los nombres dellas; que no ha dos años que no sabían qué cosa era hombre de armas, que si algún rastro dellas tienen, lo han deprendido de nosotros. Su hecho es jinetes, con que peleaban con los morillos de Granada, gente desnuda y desarmada, y de suyo vencida, con los cuales acometiendo y huyendo hacen su guerra que ellos llaman escaramuzar, y que hemos visto que escaramuzando y huyendo temían de se encontrar con las fuertes lanzas de los franceses».

Pues asegurados por el gobernador veneciano y asegurado el campo con la guarda de venecianos, mos de Nemos salió con ellos diciéndoles que pues ellos tantas veces habían burlado de los hombres de armas españoles, agora tenían tiempo de lo mostrar por la obra, y que se acordasen que el que no viniese vencedor que ni allí, ni á ellos, ni á Francia volviese, porque muy más cruda muerte sería la que allí les darían que no la que de su enemigo en el campo podía recibir.

Así se despidió dellos y se volvió á su aposento. Fué este desafío á trece días de Hebrero de quinientos y tres años. Cuando los fran-

ceses salieron al campo ya los españoles les estaban esperando. Llegados los franceses, los jueces les partieron el sol y tocaron una trompeta, al sonido de la cual arremetieron los unos contra los otros, que los que lo vían no tenían en mucho la mentira de Amadís y Esplandián. Encontráronse con tal furia y con ánimos tan obstinados, que jamás se vió ni con mayores fuerzas ni ánimos. Cayeron muchos dellos de los encuentros de las lanzas y murieron muchos caballos dellos.

Del primer encuentro cayeron cuatro franceses y un español, que se llamaba Gonzalo de Aller, que era uno de los mejores hombres de armas de entrambos ejércitos. De los caídos murió uno, á quien encontró Diego García de Paredes. Tornaron otra vez á se encontrar, y desta vez cayó el caballo de Diego García de Paredes, y de los franceses cayeron los siete; y los cuatro, visto que sus compañeros estaban á pie, se apearon y jarretaron los caballos, y de los muertos y jarretados hicieron un palenque y allí se amparaban de los españoles, y allí dentro metieron consigo á Gonzalo de Aller, sobre el cual cuatro hombres de armas cargaron, cuando de los primeros cayó el caballo sobre él. De los franceses fué un caballero rendido, uno por un español solo, y todo el tiempo que duró aquel trance estuvo este preso, cuanto Gonzalo de Aller dentro de aquel parque. Cuando los españoles que á caballo quedaron querían confrontar con los franceses, espantábanse los caballos vivos de los muertos, que no bastaban á los hacer llegar á aquel reparo. Diego García y Jorge Diez y Alí-Vera eran de voto que todos sus compañeros se apeasen y entrasen allí dentro á pelear con ellos. Vera y de los otros algunos dellos decían que no, porque así les tenían ventaja y casi rendidos, y podría ser que á pie se les trocase la suerte. Diego García, entrando allí á pelear con ellos, por grande desgracia se le cayó el espada de la mano, y no la pudiendo tornar á cobrar se valió de les arrojar piedras con que el campo estaba señalado por su orden, y eran tan grandes que les hacía mucho daño, que tenían gran trabajo en se defender dellas. En este conflicto estuvieron cinco horas, los franceses defendiéndose, los españoles ofendiéndoles, hasta que se puso el sol. De los españoles todos pelearon valerosísimamente; de los franceses asimismo, y sobre todos Torque-

cio, teniente de mos de la Paliza, y Mondragón, vizcaíno, capitán de gascones que después en Milán seyendo él allí teniente de castellano un rayo derribó una torre y cayó sobre él y sobre una compañía, de que todos murieron.

Puesto el sol, los jueces dieron por sentencia que ninguno dellos quedaba por vencido, y que á los españoles daban por muy esforzados y valerosos, y á los franceses por hombres de gran constancia, y que Gonzalo de Aller fuese trocado por el otro francés rendido, y que á todos daban por buenos. Los españoles se apartaron muy afrontados, aunque cierto pareció que el proveedor veneciano tuvo en aquello afición á los franceses, pues en todo llevaron la mejoría los españoles, pues fueron cercadores y los franceses los cercados; todos rompieron sus lanzas, y de los franceses quedaron muchas sanas; los españoles los ofendedores, los franceses siempre trabajaron en se defender.

#### CAPÍTULO XIV

*De lo que el Gran Capitán hizo después que supo el suceso del desafio.*

Cuando el Gran Capitán vió que era tiempo de la venida de los españoles, salió con su campo á los recibir, pensando que venían con la victoria; mas cuando supo que á todos los habían dado por buenos y que no traían la victoria fué muy turbado en gran manera, porque tuvo por muy cierto que habían de venir vencedores; volvióse muy enojado á Barleta, sin querer aquella noche hablar á ninguno. Los once españoles llegaron á Barleta ya gran rato de la noche y se fueron á sus posadas para dar cuenta otro día de su jornada. Estaban tan desesperados que no osaban parecer ante el Gran Capitán, aunque todos habían hecho su deber. Pues acabado con el Gran Capitán, á ruego del Próspero y de Hernando de Alarcón, que se halló á ver el desafio, y de otros algunos señores caballeros, les oyese, pues venidos ante el Gran Capitán no les quiso oír disculpa alguna. Diego García le dijo: «Vuestra señoría no tiene por qué tener enojo de nosotros, porque todos hicimos nuestro poder y deber, y lo mesmo hicieron los franceses. Si la fortuna no quiso, ó Dios, por quien todas las cosas se gobiernan, nos-

otros no pudimos ser vencidos, pues hicimos todo cuanto debíamos. Sí, que cosa es muy sabida entre hombres de guerra así antiguos como de los de nuestro tiempo, el soldado que haciendo todo lo que es obligado, aunque cayendo á los pies de su enemigo, no por ende es vencido. Aquel me parece á mí que es vencido y merece muy gran pena que deja de hacer algo de lo que es obligado. Yo pienso que, acatado lo que en este trance pasó, que los jueces nos debieran dar la honra de la batalla, considerando bien el trance della».

El Gran Capitán le respondió que para él ninguna satisfacción ni disculpa bastaba, y más yendo él allí.

Gonzalo de Aller se quedó en su posada, que ni osaba parecer ante el Gran Capitán ni ante los otros caballeros del ejército, tan desesperado que me decía Diego García de Paredes que sospecharon dél que se quería matar, diciendo él que muchos nobles romanos lo habían hecho; y que él había hecho que estuviesen con él, y tuviesen gran recaudo con él, y que él avisó al Gran Capitán dello.

Halláronse á mirar el desafio muchos caballeros y personas particulares, y contando uno dellos al Gran Capitán cómo después que Diego García perdió la espada hizo mucho daño con las piedras que allí dentro les tiraba, el Gran Capitán le dijo que no se espantase, que Diego García era en todo muy valeroso, mas que en lo de las piedras se había ayudado de sus naturales armas. Tenía Diego García un humor de melancolía, y cuando aquel le acudía, muchas veces daba de puñadas al que más cerca de sí hallaba; y como todos sabían lo de este humor, se apartaban dél, porque fuera deste humor era el hombre del mundo más manso, más cortés y bien criado de todos los del ejército y aun fuera dél. Dijo el Gran Capitán que se había ayudado de sus armas naturales, porque los melancólicos con su locura echan piedras. Todos rieron mucho del dicho, porque los locos echan piedras á la gente.

#### CAPÍTULO XV

*De cómo pasó el desafio de Gonzalo de Aller con el francés rendido.*

El Gran Capitán mandó llamar á Gonzalo de Aller y allí delante de muchos le dijo: «Gonzalo de Aller, mucho me ha pesado de la des-

gracia que ayer os acaeció, y para satisfacción della y de vuestra honra, sólo un remedio os queda, y es que luego enviéis á desafiar al francés rendido que por vos fué trocado, diciendo que vos tuvisteis razón de ser rendido y él no; porque vos, estando caído, cargaron sobre vos tres hombres de armas y os rindieron, y á él uno solo, y más estando ambos á caballo, y que lo hizo como hombre cobarde y de poco ánimo, que no merecía traer vestidas las armas y pelear con él, de manera que, ó volváis ante mí vencedor, muerto ó rendido vuestro contrario, ó os me trayan ese vuestro cuerpo muerto, como de varón que hizo su deber en la batalla contra su enemigo: que muy mayor honra es para vos morir á mano de vuestro enemigo que no oír cada día viviendo como oísteis: Aquel es Gonzalo de Aller, el que fué rendido tal día». Gonzalo de Aller se le hincó de rodillas y le quiso besar las manos, diciendo que aquella era la mayor merced que en esta vida él podría recibir de su señoría, porque le avisaba de qué manera podría remediar la desgracia pasada.

Todos habían gran lástima de Gonzalo de Aller, conociéndole como le conocían por hombre muy valiente y muy virtuoso, y agora le vían tan triste y congojado, que era gran pesar de lo ver. Luego Gonzalo de Aller invió un trompeta á aquel francés rendido, desafiándole sobre lo que arriba dijimos, diciéndole que le haría conocer en el campo qué tuvo justa razón de ser rendido de tres hombres de armas, y más estando caído en el suelo con su caballo, y él no la tuvo en ser rendido uno por uno y estando ambos á caballo, y que le haría conocer que lo había hecho como hombre cobarde y que no merecía traer armas vestidas.

Esto le notificó el trompeta delante el Duque de Nemos, su general. El francés, oído el desafío, lo aceptó de muy buena voluntad y le respondió: «Vos diréis á Gonzalo de Aller que yo acepto el desafío, y que entiendo de le matar ó rendir en el campo por las locuras que en su patente dice; y porque vea la gana que tengo de lo hacer y de le dar el pago que merece, que sea para mañana, junto á Trana, donde fué el desafío pasado. Lo cual escribieron al Gobernador de Trana, que para aquel día les asegurase aquel campo; lo cual se aceptó de buena voluntad. El Gran Capitán invió á Gonzalo de Aller dos caballos y unas muy ricas y muy provechosas armas, y lo fué

á visitar á su posada, y con él el Próspero y Fabricio y don Diego de Mendoza. Gonzalo de Aller fué el primero que salió al campo, y como era alto de cuerpo y muy bien tallado y muy buen hombre de á caballo y muy ricas armas, pareció muy bien á todos. Comenzó en el campo á contornear su caballo, y hallólo como lo quería. Llevaba una daga y un estoque, el cual pareció muy bien á los jueces. Visto por algunos franceses que á mirar el español vinieron, dijeron unos á otros: «A fe que aquel español no ha de querer para sí lo peor, según está orgulloso».

A esta hora venía el francés al plazo señalado, muy bien armado y en un muy buen caballo. Estos franceses que dijimos que lo habían visto, le dijeron: «A vuestro contrario hemos visto en el campo, que os está esperando, y á nuestro parecer parece que ha de llevar lo mejor, según el continente que tiene. Creemos que te ha de despachar. Si estás desesperado vaite á combatir con él, y si deseas la vida, vuélvete, porque estos locos españoles tienen en más una poca de honra que mil vidas, que no sabengozar de esta vida á su placer, y más éste, que está afrontado de la desgracia de ayer».

Oído esto por aquel francés, y aun con menos palabras que oyera, se volvió á su aposento. Visto por los jueces que el francés desafiado no venía, le invieron á llamar con el mismo trompeta, el cual le dijo de parte de los jueces cómo su enemigo había gran rato que lo esperaba en el campo, que fuese luego. El francés se tornó á informar del trompeta lo que le parecía de su contrario. El trompeta le respondió que á lo que todos decían, que parecía señor del campo: «Aquel español, á lo que parece, tiene mucho deseo de esa tu cabeza».

Con esta segunda información se acabó el francés de determinar del todo de no ir, y dijo al trompeta que se fuese, que él haría lo mejor que le pareciese. Gonzalo de Aller y los jueces estuvieron esperando al francés hasta la tarde, y visto que su contrario no venía, mandaron hacer un bulto vestido á semejanza de aquel francés y un rétulo en la frente que decía su nombre, y lo pusieron allí en el campo, y Gonzalo Aller lo encontró tantas veces, hasta que lo deshizo todo. A esta hora se ponía el sol. Los jueces sentenciaron que Gonzalo de Aller era vencedor y le dieron á su contra-

rio por muerto, y le sacaron con mucha honra del campo.

Sabido por el Gran Capitán la venida de Gonzalo de Aller, lo salió á recibir con su campo, y como llegó lo abrazó y besó en el carrillo, y otros muchos señores y capitanes, y disparó la artillería por espacio de una hora. El Gran Capitán le dijo: «El día de hoy, señor Gonzalo de Aller, habéis honrado á toda nuestra nación, habéis cobrado vos solo lo que todos vuestros compañeros perdieron juntos. Los Reyes, nuestros señores, os harán mucha merced por la honra que vos habéis dado á nuestra nación, y la fama os dará inmortalidad para siempre jamás».

A este Gonzalo de Aller hizo el Gran Capitán gran merced, y muchos de aquellos señores que allí estaban con él en el ejército, de que vino á España rico.

¿Qué diremos aquí de la mudanza de la fortuna, que ayer estaba este Gonzalo de Aller afrontado, que no osaba salir de su posada, tratándolo de se matar, según á mí me afirmó Diego García de Paredes, que desa causa avisó al Gran Capitán, como dijimos, lo inviase á llamar y le diese orden para satisfacer su honra; otro día está tan ufano, tan favorecido que ninguno quedó en el ejército que no lo abrazase, como si hubiera mucho tiempo que no lo hubieran visto? Y trujo, cuando vino con el Gran Capitán en España, muchas joyas, de que vino muy próspero en España, que allí le dieron, así el Gran Capitán como los otros señores; porque fué el Gran Capitán, sin perjuicio de todos los capitanes pasados y presentes, que más supo honrar á los soldados que hacían su deber y que más merced les hacía.

Sabido por el Duque de Nemos lo que aquel francés había hecho, le envió á mandar que luego se saliese del ejército y que á él ni á Francia volviese so pena de muerte, y que no le mandaba matar porque cada día la padeciese en cualquiera parte que se hallase.

## CAPÍTULO XVI

*De lo que el Gran Capitán, pasado este desafío hizo, y de cómo pasó el desafío de Sotomayor y del capitán Bayarte.*

Del desafío pasado quedaron encendidos los soldados contra los franceses, que parecía que ya no peleaban por el derecho del reino, sino por la gloria y honra de la nación; y

porque en el rescatar los prisioneros había muy mal orden y desigual talla, fué tratado entre el Gran Capitán y mos de Nemos que se diese un medio porque no hobiese los desconciertos y desigualdades pasadas; así que se dió este concierto y orden en el rescatar de los prisioneros de la una parte y de la otra. Fué el orden éste firmado por los Generales de ambos ejércitos españoles y franceses, y sobre ello hecho capitulación, porque muchas veces pedían más de lo que el soldado podía pagar, y pasaban de una parte á la otra grande inhumanidad y mal tratamiento.

Fué, pues, dada esta orden: que un particular soldado pagase por su rescate la paga que suele haber en un mes; un hombre de armas pagase la paga de tres meses; un capitán ó alférez, paga de sueldo de un mes. Los capitanes de gente noble, al arbitrio del Capitán general. Mandó luego echar un bando con gran severidad, que todos tratasen muy bien á los prisioneros, y les hiciesen muy buen tratamiento. Esto hacía el Gran Capitán porque quería que los españoles no sólo venciesen á las demás naciones, mas en la humanidad, en el tratamiento, en la liberalidad, en la manificencia, en la cortesía y crianza, que sin el esfuerzo les hacían tanta ventaja.

Esto de los prisioneros hizo el Gran Capitán porque sucedió en aquel tiempo lo que agora contaremos.

Un caballero español, de la ilustre sangre de Sotomayor, llamado don Alonso de Sotomayor, en Galicia, hijo de don Pedro de Sotomayor, Conde de Camiña, en cierto rencuentro tomó á prisión á otro hombre de armas francés, llamado Bayarte, al cual no le había hecho buen tratamiento en su prisión, y sabiendo la persona que era, y asimismo en el rescate no se había habido bien con él. Después que el Bayarte fué libre y rescatado, pidió al Sotomayor que le diese satisfacción de le haber ultrajado, pues un caballero de sangre ilustre, como él era, le había, teniéndolo en su poder, no bien tratado. El Sotomayor no quiso. Bayarte lo desafió. El Gran Capitán trató con el Sotomayor, pues tenía la culpa, le diese una muy honesta satisfacción, pues con justa causa lo podía hacer de no lo haber conocido, lo cual se creyó ser así. Salieron al campo, allí junto á Trana, asegurados por el proveedor veneciano. Era el Sotomayor uno de los más valientes soldados que de España habían sa-

lido, hombre sin ningún pavor, que jamás temía cosa desta vida, según su grande esfuerzo y valentía. Este fué el que en la tomada y combate de Ostia prendió á Menaldo Guerra, aquel tirano que la tenía ocupada al Papa, y habia entrado en una cueva que estaba junto á Roma, adonde ninguno ni ningunos, aunque fuesen seis juntos, habían osado entrar. El cual, á ruego del Papa Alejandro, entró y vió cosas muy monstruosas, y sacó de allí la imagen de la diosa Venus, antiquísima, cosa que se creyó ser la que Eneas trajo de Troya.

El Gran Capitán dijo á don Alonso que, pues no le quería dar una honesta satisfacción, saliese al campo con él; y salidos, la fortuna juzgó tener más justa causa el Bayarte, porque le metió la punta de la espada por la garganta, de que murió.

Tuvo el Sotomayor en muy poco á su enemigo, y guiado por un caballero gallego que le aconsejó que ninguna satisfacción honesta le diese, Dios, que en todas las cosas principalmente se muestra, en la de las armas juzgó este trance de la manera que hemos dicho.

## CAPÍTULO XVII

*De las cosas que pasaron los españoles desde Barleta, adonde estaban recogidos, con los franceses, que estaban en sus alojamientos cerca de allí.*

Después desto, á los veinte días de Agosto del dicho año de quinientos y dos años, visto por los franceses que el Gran Capitán se había recogido á Barleta y había desamparado á Pulla y Calabria, salvo, como dijimos, algunas plazas muy importantes, á las cuales, como dijimos, había enviado algunos capitanes con parte de la gente de guerra que tenía; visto, pues, por los franceses que las más villas y cibdades de aquellas provincias se habían rebelado por Francia, así por tener por vencido al Gran Capitán, como porque los más señores de aquel reino seguían la parte francesa, y más veyendo á los franceses señores del campo; visto, asimismo, cómo ni mantenimientos ni gente de ninguna parte le venían, pues, teniendo á los españoles por vencidos, movieron su campo con designio de ir á cercar al Gran Capitán allí en Barleta, á do estaba, y pasó el campo de los franceses por ante las puertas de Barleta, y asentaron su real cerca de unas viñas. Visto por el Gran Capitán que

tan cerca pasaban, salió su persona con ciertos de caballo, y dieron en la retaguardia y les hicieron mucho daño y mataron muchos, y á otros alancearon. Los franceses se pusieron en huída y se acogeron á su real, y desde allí iban á comer uvas á las viñas de Barleta. El Gran Capitán envió á un Pedro de Acuña, prior de Mesina, y á mosén Peñalosa con ciertos soldados y atajaron doscientos suizos y pelearon con ellos con tanto ánimo que ninguno escapó de ellos; porque el Gran Capitán siempre les avisaba que se acordasen que de ningún precio era el enemigo vivo y que no hay precio que se iguale con el enemigo muerto. Visto por los Generales de Francia que por un puente que estaba en aquel río Lepanto pasaban muchas veces los españoles y les hacían mucho daño en su real, salieron con todo su campo á derribar aquel puente. Sabido esto por el Gran Capitán, salió de Barleta su persona con cierta gente de caballo y de infantería á se lo defender. Los franceses les tiraron algunos tiros de artillería, con que les hicieron algún daño, y se comenzaron á retraer. El Gran Capitán pasó el puente y les invió un trompeta á les decir que le esperasen y no huyesen, que él esperaba en Dios que, aunque en la cantidad les tenían tanta ventaja, de les dar á conocer, si osasen esperar, la ventaja que había de la una nación á la otra y de la justicia del Rey su señor al suyo, y los comenzó á seguir. El Duque de Nemos era de voto y parecer que volviesen y peleasen, porque era muy grande afrenta, habiéndolos venido á buscar y haciéndoles tanta ventaja en la gente de guerra, no volver á ellos, viniéndoles siguiendo. Los otros capitanes no quisieron, diciendo que los españoles venían desesperados, que vencidos estaban. Mos de Sandeyo, capitán de los suizos, era de parecer que volviesen á ellos y no padeciesen tan grande afrenta. Al fin se recogieron á su real y se hicieron fuertes.

## CAPÍTULO XVIII

*De lo que Francisco Sánchez, despensero mayor, lizo, yendo á correr á los enemigos que estaban en Canosa.*

A los treinta días del mes de Septiembre del dicho año salió Francisco Sánchez, despensero mayor, con cierta gente de guerra á correr á Canosa, por un aviso que tuvo de mi-



cer Teodoro, capitán de albaneses, el cual fué y peleó con los franceses y les trajo noventa prisioneros y gran suma de ganado. Los franceses se juntaron muchos de ellos y siguieron el alcance; los españoles volvieron á ellos y pelearon, y en tanta desigualdad, fueron presos Francisco Sánchez y Diego de Vera y otros gentiles hombres (1). Concertóse otro dia el rescate de los unos y los otros que delante habían enviado; quedaron los franceses á deber ciertos dineros, los cuales quedaron de dar á cierto tiempo en Trana, y que inviasen por ellos á cierto día, que luego los invarian.

### CAPÍTULO XIX

*De lo que el Gran Capitán hizo un día que salió de Barleta su persona con cierta gente de guerra.*

El Rey de Francia tenía asegurados á los herbajeros que pastaban las muy frescas y muy herbosas dehesas de Abruzo, que son como en Castilla las del campo de Alcudia ó de la Serena y muy mayores, de dar por cada cabeza de ganado que los españoles les tomasen á medio ducado por cada res, y tenía los dineros prestos en banco en Roma.

A los diez y nueve días de Diciembre (2) del dicho año de quinientos y dos salió el Gran Capitán su mesma persona á les correr el campo, y por medio de toda la furia de los franceses que estaban en guarda de las dehesas, les trajo treinta mil cabezas de ganado ovejuno, y de los franceses mataron algunos y otros muchos prendieron, de que tuvieron que comer algunos días, y otras treinta mil cabezas de ganado que el despensero mayor había traído. Pagó á sus dueños el Rey de Francia treinta mil ducados, á medio ducado por cabeza.

### CAPITULO XX

*De un recuento que el Gran Capitán hubo llevando él doce jinetes con cuarenta hombres de armas.*

(\*) Seyendo avisado el Gran Capitán que cuarenta hombres de armas franceses, de los me-

(1) En el margen superior, cortada la primera línea. continúa... «lo catalán, capitán de una compañía, que despnes andando á sueldo de los franceses de la compañía de Lotrey lo defendió y le dió la vida, estando en lba muy herido, y sus enemigos, estando caído, queriéndole quitar la vida, junto á mosiur de Foxan en la batalla de Rávena, que lo habían muerto españoles.

(2) Al margen: á diez de Diciembre.

(\*) Al margen: D. Diego de Mendoza los erró por malos espías y Meneses los topó.

jores que había en su campo, habían salido á correr el campo, salió don Diego de Mendoza á los buscar, y por malos espías los erró. El Gran Capitán salió con doce jinetes á ver lo que don Diego hacía, y topóse con ellos y preguntó á los doce jinetes qué harían. Ellos dijeron que con tanta desigualdad que no los debían acometer, porque todos los que lo supiesen lo ternían á loca osadía y temeridad, porque las cosas de la guerra no guiadas por discreción comúnmente tienen malos sucesos.

El Gran Capitán les replicó: «Decidme, ¿si estos fueran trece, qué hiciéramos?» Ellos replicaron: «Aunque había diferencia y grande, todavía entráramos y saliéramos dellos á nuestra voluntad; mas estando la persona de Vuestra Señoría no se debe acometellos; use la razón de su oficio». «Pues cada uno tenga cargo del suyo, dijo el Gran Capitán, y dejadme á mí los veinte y ocho, que yo espero en Dios y en su bendita Madre que los venceremos». Y luego arremetió á ellos con muy grande ánimo. Los jinetes veyendo al Gran Capitán revuelto con ellos, con aquel su grande ánimo, sin consultar con la razón, los acometieron con tan grande ímpetu que los franceses estaban muy espantados. Pensaron al principio que venían detrás muchos otros, y que ellos los querían detener hasta que los otros llegasen; mas veyendo que no eran socorridos, pelearon valerosísimamente. Quien aquel día vió al Gran Capitán pelear y matar á los franceses á quien llegaba, en poco tuviera las fábulas de Amadís y don Tristán, que así huían dél como las ovejas de los lobos, y todos los otros jinetes, veyendo al Gran Capitán en tanto peligro, hacían más de lo que sus fuerzas y ánimo bastaban. Al fin mataron los treinta y nueve dellos, y estando hiriendo á un francés, llegó el Gran Capitan y les dijo: «Dejad ese prisionero que Alcalá lleve la nueva». Las cuales palabras á su agüelo Pedro Fernández de Córdoba le habían dicho los moros de Motril cuando fueron á correr á Alcalá (1).

Volvieron á Barleta con los más caballos y treinta y nueve arneses.

Aquí no podemos negar sino que el Gran Capitán pasó los límites de la cordura en aquel recuento, y que fué locura y osadía temera-

(1) Al margen: Yo no puedo acabar conmigo sino que fué cosa fuera de toda razón, porque las cosas no se han de juzgar por los fines, sino por los principios.

ria; y aunque algunas veces sucedan bien, comúnmente se yerran. Verdad sea que el Gran Capitán con aquel su ánimo invencible, no pudo acabar consigo mismo.

## CAPÍTULO XXI

*De lo que aconteció al Comendador Mendoza, entrando el año de mil quinientos y tres, á los diez y nueve días de Enero, con quince de caballo contra cincuenta y seis hombres de armas franceses.*

En uno de los capítulos pasados dijimos que del truco que hicieron con los franceses cuando Francisco Sánchez, despensero mayor, y Diego de Vera fueron presos, habiendo enviado á Barleta noventa prisioneros, fueron trocados los unos por los otros; y porque los franceses eran muchos más, obligáronse los franceses á pagar ciertos dineros en la ciudad de Trana, para ciertos días. Pues cumplido el término en que se habían de dar los dineros, envió el Gran Capitán al Comendador Mendoza á cobrar aquellos dineros. Llevaba consigo quince de caballo, y ya que se volvía á Barleta salieron del campo de los franceses cincuenta y seis de caballo para les tomar los dineros, y pusieron en una celada cerca del camino por do el Comendador Mendoza había de pasar. Luego fué avisado desto el Gran Capitán por micer Teodoro, aquel capitán albanés que atrás dijimos. Luego provéyó que don Diego de Mendoza fuese á ponerse por sobre celada para socorrer al Comendador Mendoza con ciertos jinetes, y el mismo Gran Capitán tomó siete de caballo y dijo: «Vamos á ver lo que el Comendador y don Diego de Mendoza hacen».

Entretanto que esto pasaba, el Comendador descubrió los cincuenta y seis franceses, y dijo á los sus quince: «Estos ladrones nos esperan para nos tomar el dinero y nos matar sobre ello. Yo espero en Dios que si hacemos lo que debemos que libraremos el dinero y á nuestras personas de aquestos bellacos. Suplícóos, señores y compañeros, que hagáis hoy lo que á mí me véredes hacer, y tened esperanza en Dios que lo hemos de tener con nuestra parte».

A esta hora salieron los franceses de la celada diciendo que no huyesen, que no querían más de tomar los dineros. El Comendador no

respondió, sino dijo: «Ea, señores, acordaos de hacer cada uno su deber», y envolviéronse con los franceses y pelearon con tanto ánimo que los franceses estaban espantados del ímpetu con que los acometieron y de la constancia que tenían en la batalla, que ninguna ventaja se conocía de la una parte á la otra. A esta hora llegó don Diego de Mendoza, guiado por micer Teodoro, y como vió envueltos al Comendador, y los suyos con los franceses, dijo á los suyos: «Ea, señores, socorramos al Comendador, que ha menester nuestra ayuda». Y arremetieron á ellos nombrando: «¡España! ¡Santiago!» El Comendador, como se vió socorrido, peleaba él y los suyos con grande esfuerzo.

Los franceses, veyendo que los primeros y postreros no eran tantos como ellos, peleaban animosamente, que no se podía conocer la vitoria.

A esta hora llegó el Gran Capitán guiado por micer Lazán, hermano de micer Teodoro, y llegó diciendo: «¡Santiago!» Los españoles, veyéndose socorridos de la persona del Gran Capitán, hacían maravillas en armas, porque tenían por cierto, y era así, que en la batalla que el Gran Capitán entraba tenían por cierta la vitoria. Pelearon todos, unos y otros, tan como varones, que de los franceses murieron cincuenta y de los españoles algunos, aunque pocos. Los cinco se salvaron á mano de caballo, y con esta vitoria se volvieron á Barleta.

## CAPÍTULO XXII

*De lo que Luis de Herrera y Pedro Navarro pasaron con los franceses en una villa llamada Castellaneta.*

A doce días de Hebrero de quinientos y tres años, estaban cien lanzas francesas aposentadas en una villa llamada Castellaneta, y sobre una bota de vino mataron los franceses un clérigo, y asimismo los vecinos de aquella villa no podían sufrir las vejaciones y malos tratamientos de los franceses, y usaban con ellos todo género de deshonestidades. Acordaron los de esta villa de enviar ciertos mensajeros á Luis de Herrera y á Pedro Navarro que estaban seis millas de allí, que viniesen, que ellos les abrierán las puertas. Ellos lo aceptaron, y en anocheciendo marcharon y llegaron

allá en amaneciendo. No pudo esto ser tan secreto que los franceses no lo sintiesen, y pusieron en defensa. Los de la villa abrieron las puertas; los españoles entraron y comenzaron á pelear con los franceses; los unos apellidando «¡Francia!» y los otros «¡España!» y «¡Santiago!».

Pelearon los unos y los otros con mucho ánimo hasta que los franceses, no pudiendo sufrir el ímpetu y ánimo de los españoles, se retrujeron á las casas. Quedaron muertos cuarenta que pelearon muy valientemente; los sesenta recogidos fueron luego sacados y presos y tomados cien caballos y cien arneses, y queriendo salir de la villa, supieron por los espías cómo el campo de los franceses venía á socorrer á Castellaneta. Ellos se pusieron como hombres y determinaron de defender la villa. El campo de los franceses llegó, y luego plantaron la artillería y les dieron dos asaltos con mucha furia y luego otro asalto. Estos dos capitanes españoles se dieron tan buen recaudo en la defensa, que en los asaltos les mataron cincuenta franceses, que los hicieron apartar del muro.

Sabido por el Gran Capitán que Luis de Herrera y Pedro Navarro estaban cercados, mandó tocar al arma y salió de Barleta á socorrellos. Los franceses fueron avisados cómo los españoles venían á socorrellos, alzaron con gran presteza el campo y se volvieron á su aposento. Los españoles se fueron á Barleta, adonde toparon al Gran Capitán que venía con su ejército. Llevaron de Castellaneta sesenta prisioneros y otros tantos caballos y arneses y el despojo, que no fué poco. Dejando proveída aquella villa, se volvieron á Barleta.

### CAPÍTULO XXIII

*De cómo se concertó el desafío de los trece italianos con los trece franceses.*

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo el Gran Capitán tuvo siempre designo de gastar los enemigos poco á poco, y sostener con paciencia la furia de los enemigos hasta que llegase el socorro que esperaba, porque había escrito á los Reyes de España le inviasen suplemento de gente y le fuesen enviados en Calabria alguna gente de caballo. Esperaba también que el Emperador Maximi-

liano había otorgado al Archiduque de Austria, su hijo, yerno de los Reyes de España, ciertas compañías de infantería de tudescos, como aquel que había de heredar los reinos de España y las Dos Sicilias, aquende y allende el Faro, para los oponer á los suizos que andaban á sueldo con el Rey de Francia.

También esperaba que el Virrey micer Juan de Lanuza desde Sicilia le inviase trigo, de que había muy gran carestía.

Decía muchas veces á los soldados que aguardaba una gran suma de dineros que los mercaderes le habían de dar por ciertas cédulas de cambio que de España estaban ya aceptadas en Venecia. Daba siempre grande esperanza á la gente de guerra con aquel su rostro apacible, y algunas veces les decía: «Tened esperanza, mis soldados, que aún yo no he abierto aquellas arcas que tengo llenas de dineros para satisfacer vuestros deseos de que' estaréis contentos».

Con estas esperanzas y con aquel su rostro y con la gran majestad de sus palabras, hacía á los soldados sufrir los desabrimientos y hambre, y andar desnudos y rotos, y que presto los vestiría y remediaría sus necesidades. Dábanle los soldados tanto crédito, que le tenían por hombre que adivinaba muchas veces las cosas por venir con aquella excelencia de su grande ingenio, é confirmaron aquesta opinión con lo que en aquella sazón avino. Y fué que vino de Sicilia un navlo con temporal contrario, con cantidad de trigo, y una nao llena de mercadería que un mercader veneciano había traído á Barleta, en que traía muchos millares de calzas y millares de zapatos; muchas armas de diversas maneras; muchos arneses, celadas y almetes, con otras muchas cosas de que los soldados tenían necesidad. El Gran Capitán compró todas aquellas mercaderías buscando los dineros de sus familiares y amigos y capitanes, los cuales obligaron su fe por él; y doña Isabel de Aragón, que, como atrás dijimos, era, allende de ser española, muy aficionada al Gran Capitán y á los Reyes de España, sus tíos, dió forma cómo algunos vecinos de la su villa de Barí se obligasen y fuesen fiadores al veneciano mercader. Luego el Gran Capitán con aquella gran liberalidad repartió por los soldados aquella ropa y cosas necesarias, de que todos quedaron contentos y lozanos.

## CAPÍTULO XXIV

*De lo que los franceses hicieron, y cómo fueron á dar vista á Barleta, y lo que les aconteció con los españoles.*

El Duque de Nemos y los otros capitanes franceses pareciéndoles que eran señores del campo y que no era parte el Gran Capitán para salir de Barleta contra ellos, si allí lo cerrasen, habiendo tomado algunas tierras en aquella comarca con todo su campo, pasó el río Lepanto, y con sus banderas y escuadrones muy ordenados pasó el río Lepanto (1) por la puente de Canosa, y fuese camino de la Barleta, y pasó junto á Barleta; y envió un trompeta al Gran Capitán á le decir que si los españoles eran hombres según ellos publicaban, que saliesen de allí, adonde estaban encerrados, en campaña, adonde se diese batalla, y allí se vería la valentía y esfuerzo de la nación francesa á la española, aunque en todo el mundo se sabía; porque por esta muestra de hoy se muestre el juicio de lo de adelante, con otras palabras muy soberbias guiadas por Tramolla, Paliza y Alegre y los otros capitanes. El Gran Capitán como burlando dél le respondió que él no solía pelear á la voluntad del enemigo que le requería, sino cuando era su voluntad ó se le ofrecía bastante ocasión para ello; y más le envió á decir que le agradecía que con tanto ánimo le ofrecía la batalla; mas que más le agradecería, si no recibía pena, de les esperar mientras que se hierran los caballos y los soldados amolaban las espadas y enlucían sus armas. A los soldados no había quien los pudiese tener en la cibdad, sino que habían de salir á pelear con los franceses y darles el pago de haberse llegado tan cerca de Barleta, que no los podían tener, y bramaban y murmuraban del Gran Capitán que los dejaban ir sin castigo. Pues veyéndolos el Gran Capitán tan encendidos y con deseo de combatir y pelear con los franceses, los alababa, y con grandes ruegos les decía guardasen aquel ánimo para otro día de más cierta ventura, y que sería tiempo que se holgasen de aquella breve tardanza. Pues veyendo el Gran Capitán que los franceses se volvían muy ufanos de haber estado allí y no haber salido á ellos los españo-

les á pelear con ellos, volvíanse tan soberbios para Canosa que pensaban que ya tenían á los españoles por vencidos.

## CAPÍTULO XXV

*De cómo pasó la batalla de los españoles y franceses retirándose de sobre Barleta.*

Pues partidos los franceses de Barleta con aquella soberbia é insolencia que dijimos, iban el Duque de Nemos, Bayarte y mos de la Paliza, Formento, mos de Sandeyo, capitán de suizos, y mos de Alegre y otros algunos capitanes bravoseando é denostando de palabra á los españoles, cuando por mandado del Gran Capitán salió de Barleta don Diego de Mendoza, hombre de grande ánimo y valor, y con él los capitanes que se siguen: Villalba, Espes, Pizarro, Zárate, Escalada y Coello y otros algunos; y alcanzaron que iban muy cerca á los franceses, y acometiéronlos con la caballería española en la retaguardia, y comenzaron á pelear valerosísimamente. El orden que llevaban fué que dos escuadras de infantería diesen por los lados, y éstos rociaban con su arcabuceria. Los franceses, veyéndose acometidos, volvieron con igual ánimo á los españoles y pelearon con grandísimo ánimo, porque había entre ellos grandes capitanes y muy diestros en la guerra. Y los hombres de armas franceses con aquel su primero ímpetu, que es muy fuerte, pelearon de manera que los españoles se vieron en gran trabajo; y llevando los españoles orden de se retirar atrás deshecha la orden, los franceses sin llevar cerrado su escuadrón, desordenados, apretaron á los españoles y con grande furia los seguían. A esta hora la infantería marchando á gran priesa para adelante por un rodeo que tomaron de un gran trecho, acometieron á los dos costados de los enemigos, los cuales desordenados andaban esparcidos de una á otra parte. A esta hora el Próspero Colona é Antonio su hermano con la banda de los hombres de armas coloneses, cerrados en escuadrón, acometieron á los franceses. Pelearon de entrambas partes muy valerosamente; mas los franceses, tomados en medio y heridos por todas partes, fué cosa de ver pelear á los españoles por vengar la injuria de haber llegado á Barleta. Heridos los franceses por todas partes, no pudieron resistir á tanta furia como los españoles tenían y que

(1) Sic: repetido.

con tanto ánimo los apretaban, y así se metieron en huida. El Duque de Nemos, que llevaba la avanguardia, iba muy lejos de pensar lo que pasó; porque había enviado delante la artillería; iba su camino para Canosa, y con él Paliza y Formento, para que ellos y los que detrás venían se fuesen á sus aposentos. Pues don Diego no perdió tiempo en seguir á los franceses y el Próspero y Colonese y los otros capitanes españoles que iban. Ya todos los franceses rotos y desbaratados, perdida la soberbia que llevaban, fueron muchos de los franceses muertos y presos antes que mos de Nemos supiese del todo el vencimiento y muerte de los suyos ni pudiese socorrerlos; antes él y los que en la avanguardia se hallaron alargaron el paso sin parar para Canosa, que aun allí pensaban no se poder valer.

Vuelto que fué don Diego de Mendoza con los prisioneros y despojo, halló que el Gran Capitán había salido fuera de Barleta con la gente que quedaba, la cual él había sacado para ir á socorrer á don Diego, si hobiese menester su ayuda. El Gran Capitán lo recibió con muy alegre cara, y lo abrazó y besó en el rostro, y le dijo: «Vuestra merced, señor don Diego, ha abajado hoy la soberbia grande de los franceses, y habéis mostrado un juicio de lo que está por venir. y habéis sido la causa que los españoles no tengan en nada la bravosidad de los franceses». Y asimismo alabó en gran manera á los capitanes que se habían habido muy valerosamente contra sus enemigos; y les prometió de les dar luego paga; y luego la buscó y les pagó un mes.

---

## COMIENZA EL QUINTO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ,  
GRAN CAPITÁN, HIZO AL REY DE FRANCIA  
EN EL REINO DE NÁPOLES

### CAPÍTULO I

*De lo que sucedió después de la batalla y lo que pasó entre los franceses y italianos que seguían la parte española.*

Pasada, pues, la batalla en que los franceses fueron rotos, muertos y presos, luego otro día el Gran Capitán mandó hacer un muy

suntuoso banquete á sus amigos y caballeros italianos y españoles; y á los franceses prisioneros, por honrarlos, los hizo sentar entre los otros caballeros españoles. Andando ya el banquete por sus puntos, los franceses estaban tan regocijados en la mesa que no parecía haber perdido la batalla. El vino era muy bueno y muy bien servido. Comenzóse á tratar de la batalla del otro día anterior. Don Diego de Mendoza dijo que otro día antes los franceses se habían habido en la batalla valerosísimamente, mostrando bien su esfuerzo; mas que sin duda ninguna se había de dar la honra principal á los italianos, porque los hombres de armas de los Colonese, como todos habían visto, se habían habido esforzada y valerosamente. Estaba asentado á la mesa entre otros prisioneros Carlo Anojeto, que por otro nombre se llamaba el señor de la Mota. Con ánimo soberbio y fiero y algo caliente del vino, respondió con gesto feroz y dijo: «Señor don Diego de Mendoza, nunca Dios quiera que tal cosa se diga entre hombres que saben las cosas de la guerra: que los italianos sean preferidos en las cosas de la guerra á los franceses. Confesamos que los españoles nos son iguales algunas veces, mas no los italianos, como aquellos que con poco saber y ninguna fidelidad tratan las cosas de las armas; porque ellos han seido muchas y muchas veces de nosotros vencidos en más de muchos lugares de Italia, y hemos llevado la honra de la guerra».

Estaba sentado junto al Mota en la mesa Iñigo López de Ayala, un caballero español; y dábale del brazo que callase y no dijese mal de los italianos, porque no podían dejar de saber aquellas pláticas, y como son tan amigos de la honra y de su patria, que si lo supiesen sin duda ninguna, por vengar aquella injuria, dicha tan públicamente, le desafiarían á pública batalla. Entonces el Mota alzó algo más la voz: «Pues desafíen cuando ellos quisieren, porque yo ninguna cosa deseo tanto como hacelles conocer ser verdad lo que digo; y nunca tan en mi seso estuve jamás, como agora estoy; porque no digan que hablo demasiado por estar en el banquete habiendo bebido mucho». Estas palabras de Mota, ni más ni menos, como fueron dichas, fueron recitadas en el aposento del Próspero y de los otros caballeros Colonese, y esta-

ban allí muchos caballeros italianos, los cuales fueron avisados cómo el nombre de los italianos había sido afrontado y ultrajado por aquel caballero francés; y á todos les pareció que aquella injuria no se podía satisfacer tan bien como con las armas. Y el Próspero y Fabricio entendiendo el negocio parecióles que con juicio y madurez se debía tomar aquel negocio, en que iba la reputación de Italia. Invió á dos caballeros romanos muy cuerdos, llamados Juan Bracalone y Juan Capochia, que fuesen y desaponadamente supiesen si era verdad lo que el señor de la Mota en deshonor de los italianos había dicho, y si así fuese, que el francés fuera de la mesa, ya libre del banquete, confesase ser verdad lo que había dicho; y si en ello se afirmase, le dijese que mintía tantas cuantas veces lo dijese, y le desafiase para la batalla tantos á tantos cuantos ellos escogiesen. No se retractó el francés de lo que había dicho, sino aceptó la batalla con ánimo valeroso.

Este Carlo Anojeto era de la casa de mos de Borbón en Francia, y cuando el Rey Francisco echó del reino á Borbón, fué asimismo desterrado el Mota y anduvo en servicio de Borbón; y cuando el saco de Roma era maestro de campo, y allí hubo gran despojo de lo que allí hubo, así de lugares profanos como sagrados; y recogida la presa se vino en España, y en el camino adoleció en la mar, y permitiéndolo Dios, antes que muriese los marineros le echaron en la mar y repartieron la rica presa que llevaba.

## CAPÍTULO II

### *Cómo se concertó la batalla entre los franceses y italianos.*

El Mota fué con licencia del Gran Capitán á Canosa al campo de los franceses y les dió cuenta de lo que había pasado. El Nemos aprobó el desafío y lo mismo Tramolla, Paliza, Alegre y Formento.

Fué concertado que fuesen trece italianos contra trece franceses; los cuales por honra de la nación se ofrecieron de entrar en el desafío. El Próspero nombró los trece italianos, y fueron los más valientes que en toda la provincia se hallaron. Y porque á todos cupiese parte de la esperada victoria, nombró-

los de esta manera: de Roma, que fué la cabeza en esfuerzo y valentía de todo el mundo, fuesen tres, Juan Bracalone y Juan Capochia y Héctor Parachio; de Capua fué Héctor Ferramosca, de muy alta sangre, hermano mayor de César Ferramosca, caballero mayor que fué del Emperador Carlos de España; de Nápoles, Marco Corolario; de Theano, Ludovico Beavoli; de Sarno, Marco Abineti; de Toscana, Meyali; de Sicilia vinieron dos, porque esta isla antiguamente fué parte de Italia, como los geógrafos y historiadores escriben, aunque aquel golfo del Faro la apartó de Italia. Y porque no pareciese haber perdido el derecho de Italia nombró á dos, que fueron Francisco Salomoni y Guillelmo Albamonte. [De la Lombardía fueron] (1) Ricio de Parma y Tito de Lodi, llamado por sobrenombre el Fanfulla, porque en entrando en la batalla ningún peligro tenía que se le ofreciese; el Barón de San Lorenzo y Ronquillo.

La orden de la batalla fué que peleasen hombres de armas á caballo en una villa que se llama Corata, que es de la Orden de Sant Juan, entre Cuadrata y Andria. Fué el concierto que el caballero vencido, muerto ó rendido pagase cien ducados y las armas y el caballo al vencedor. El Gran Capitán dió á los trece italianos caballos y armas y todo lo que habían menester muy cumplidamente. Dióles á todos sayos, sobre las armas, de raso, la mitad blanco y la mitad morado; y entretanto que el concierto pasaba, los hizo ensayar. Y porque el Gran Capitán no se fiaba en la fe y seguro de los franceses, sacó todo su campo para asegurar aquel campo, por si quisiesen hacer alguna ruindad de las que suelen, no los hallasen desapercibidos. Hizo á los italianos un razonamiento desta manera: «Acordaos, dijo, señores, que en la tierra adonde estáis vuestros padres desde ella sujetaron á la mayor parte del mundo por solo su esfuerzo y gran corazón. Con solas dos legiones sujetó Julio César, de quien vosotros descendéis, á Francia toda, de donde son nuestros enemigos. Peleáis por la honra de Italia vuestra nación y vuestra madre. Peleáis en la plaza de todo el mundo, adonde serán vuestros nombres y fama ó subidos hasta el cielo ó abajados hasta el profundo de la tierra. Si hoy, seño-

(1) Tachado lo que está entre corchetes.

res, no hacéis lo que debéis, vuestros pasados ternán en la otra vida muy gran pena, si allí se puede tener, por haber engendrado hijos que tan mala cuenta dieron del esfuerzo que dellos heredaron Toda la honra de Italia, que es la más bienaventurada provincia del mundo, está hoy puesta en vuestros brazos. Peleáis con gente bárbara, que pasado aquel primer ímpetu son menos que mujeres. Tened en la memoria que sois hijos de aquellos Metellos, Marcellos, Fabios, Pompeyos, Césares, Fabricios, cuyos esfuerzos hoy están en vuestros corazones, si por vuestra culpa no le perdéis. Ninguna vez pasaron los franceses á Italia, así en los tiempos pasados como en los presentes, que no volviesen vencidos, destrozados y rotos, y los más quedaron muertos en esta vuestra provincia». Todos cuasi estos trece italianos eran de la capitania de Próspero y de la de Fabricio su hermano, á los cuales el Próspero con muy alegre semblante les dijo cómo había dejado á muchos caballeros y capitanes descontentos por no los haber nombrado entre los trece, por los haber á ellos escogido por más valientes; que hiciesen su deber porque él no quedase engañado en su opinión, pues que á ellos como á fuertes defensores de la nación de Italia los había escogido.

Ninguno hubo de los trece que no prometiese de ó ser vencedor ó quedar muerto en el campo. Dió á cada uno lanzas muy fuertes y más largas que las de los franceses casi una braza y sendos estoques colgados de los arzones á la parte izquierda y sendas espadas cortas y anchas ceñidas para herir de tajo y revés; y á la mano derecha una hacha de labradores de cortar leña, con un ástil de media braza colgada con una cadenilla. Los caballos con sus testeras de hierro y los caballos (sic) armados los pescuezos. Más fueron echados en el campo dos venablos, los cuales estaban echados en el suelo á fin que aquellos que fuesen derribados en tierra se pudiesen combatir con ellos. Desto se aprovecharon después el Bracalone y el Fanfulla.

Mos de Nemos instruyó á los suyos diciéndoles: que ya sabían cómo á ellos había escogido como á más valientes y esforzados en todo su campo; que acordasen de honrar la nación francesa. Llevaban vestidos sayos de brocado y terciopelo carmesí. Destos había tomado á cargo mos de la Paliza de los

ensayar y animar para la batalla, aunque no quiso asegurar el campo.

Los italianos entraron en el campo y se pusieron todos en hilera, esperando á los franceses, los cuales vinieron luego con grande ímpetu de los encontrar. Los italianos, contra la costumbre de pelear, estuvieron quedos, las lanzas abajadas, esperaron á los enemigos, que al son de la trompeta habían de se encontrar. Los franceses arremetieron á los italianos con muy gran furia; los italianos los esperaron, y como sus lanzas eran, como dijimos, una braza mayor cada una que las de los otros, antes que las de los franceses llegasen á ellos fueron investidos de las más largas lanzas de los enemigos. Cinco italianos soltaron las lanzas y tomaron las porras que traían colgadas de los arzones y comenzaron á herir á los franceses de tan pesados golpes que hicieron gran susto y fueron muy gran parte del vencimiento. Los italianos se aprovechaban en gran manera de las mazas y hachetas, rompiéndoles con muy pesados golpes las vistas de los almetes y otras armas. Estuvo la batalla en duda, y empezó porque todos peleaban valerosísimamente, según la enemiga con que se combatían; y como todos eran muy valientes y hombres de vergüenza, no mostraban punto de cobardía. A esto Albamonte y ...<sup>(1)</sup> no pudieron tenerlos los caballos, y sin los poder tener, los llevaron fuera del parque adonde peleaban. Más Bracalone y el Fanfulla les faltaron sus caballos, y hallándose á pie tomaron los venablos y con grande esfuerzo comenzaron á desbarrigar los caballos de los contrarios. Y fué de tanta importancia esto que comenzó la batalla á inclinar algún tanto. Murió allí un francés llamado micer Claudio, natural de Este, de la nación de Italia en el Piamonte. Un italiano le hendió con una hacha el almete y le hendió la cabeza por medio, que le saltaron los sesos. Los italianos creyeron ser, porque seyendo italiano, había sido contra los de su nación, por favorecer á la nación extranjera.

Estuvo la batalla muy gran rato en peso; mas los italianos, aunque les faltaban los dos que por culpa de sus caballos habían salido fuera del estacado, apretaron con tanto ánimo á los franceses, que habiendo durado

(1) En blanco.

muy rato la batalla comenzaron á aflojar. Conocido por los italianos su flaqueza, se les doblaron las fuerzas hasta que los franceses soltaron las armas y se rindieron y se dieron por vencidos. Los jueces que en el cadahalso estaban, habiendo visto el suceso de la batalla, con muchas trompetas y música de otros instrumentos sentenciaron ser los italianos vencedores. Tardaron en la batalla cuatro horas y algo más; y porque ninguno de los franceses había traído los cien ducados, fueron todos, vencidos y vencedores, á Barleta; porque antes que en la batalla entrasen habían enviado á requerir á los italianos que llevasen cada uno sus cien ducados, porque pasada la batalla no les estuviesen esperando que inviasen por ellos; porque decían que eran gallinas los italianos, y que sin mezcla de españoles no valían por sí nada, diciendo públicamente que así como en el vicio de contranatura eran menos que hombres, así lo eran en las armas, de que los italianos tenían concebido dellos grande enojo.

El Gran Capitán estaba de allí un tercio de legua, y sabía por momentos lo que pasaba. Sabido que venían con la victoria, los salió á recibir á unos y á otros: á los unos alabando por valientes, y á los otros diciéndoles que no se espantasen, que aquellas eran vueltas de la fortuna, que ella hace cuando le place. Y así todos fueron aquella noche á Barleta. Aquella noche les mandó dar el Gran Capitán á vencedores y á vencidos una muy suntuosísima cena; y las tazas anduvieron tan espesas que los franceses estuvieron tan regocijados en la cena y tan sin cuidado de lo pasado como si hubieran habido la victoria, y ninguno quedó de todos doce que no se emborrachase y aun buscaron mujeres para aquella noche, muy sin cuidado del trance pasado. Al Barón de San Lorenzo y al Barón Ronquillo mandó luego el Gran Capitán restituir sus tierras, porque en la batalla habían peleado valerosamente. Pagaron los franceses mil y trescientas coronas, y al Claudio muerto no lo consintieron enterrar hasta que del campo de los franceses trajesen las cien coronas.

En Roma y en Nápoles y en todas las ciudades de Italia hicieron grandes alegrías por la victoria que los italianos habían ganado de los franceses. De esta jornada quedó muy enemistada la nación de Italia con los

franceses y muy amiga de españoles. Otro día que los franceses estaban más en su juicio, el Gran Capitán les rogó que otro día templasen más sus lenguas y las refrenasen; porque los caballeros y hombres de honra y mercedores de la orden de la caballería no deben menospreciar á nadie sino en la batalla con las obras, y nunca se deben los hombres de guerra alabarse con palabras demasiadas sino las obras en la batalla, y así ganan la fama que los fuertes varones suelen ganar. El Gran Capitán por honrar á los italianos los armó caballeros y les dió por armas con las que ellos tenían, en señal de la victoria, les dió trece cadenas á cada uno en campo de oro, cada una con trece eslabones.

### CAPÍTULO III

*De cómo Juan de Lezcano, capitán de dos galeras, fué á buscar á un corsario francés llamado Peri Juan, y lo que con él pasó.*

Estando el Gran Capitán en esta villa de Barleta, supo cómo andaba por aquella costa de la mar un corsario francés llamado Peri Juan, y hacía mucho daño en aquel mar de Venecia, desde Barleta por toda aquella costa, con cuatro galeras muy bien fornidas y de muy buena gente, y con otros ciertos cascos; y hacía muchos robos á toda la gente de aquella costa de Calabria y Pulla, que no eran señores de salir ninguna persona del puerto, ni dejaban venir mantenimientos ningunos á Barleta. Visto esto por el Gran Capitán, mandó llamar á Juan de Lezcano, y le dijo: «Lezcano, no será deciros muchas palabras quien tan bien sabe dar tan buena cuenta de lo que ha de hacer. Ya sabéis los daños que de Peri Juan recebimos. Aparejad dos galeras y meted en ellas la gente que os pareciere, y id á buscar aquel cosario; y topándolo, ó le matad ó prended ó le echad á fondo, y haced lo que los hombres tan valientes como vos y de tan buena nación suelen hacer. Yo quedo con gran confianza, según la que de vos tengo. Id con la gracia de Nuestro Señor y á él os encomiendo y á su bendita madre». Al cual respondió Lezcano: «Señor, yo os prometo que topando con él Lezcano ó le prenda ó le mate, ó Lezcano quede muerto, porque no digan en Vizcaya que Lezcano fué vencido por france-



ses; mal viaje hagan ellos». Y entrando en sus dos galeras fué á buscar á Peri Juan.

Supo cómo á la sazón estaba en el puerto de Otranto, que es una cibdad de Calabria, adonde hay un muy buen puerto; y era una de las que el Rey don Fernando había empeñado á venecianos. Sabido por Lezcano que aquel cosario estaba con sus galeras en aquel puerto, invió á avisar al alcaide de la fortaleza, que era un veneciano, que se estuviese en su fortaleza quedo, porque él determinaba de entrar á pelear con aquel cosario francés, porque dél había recibido el Gran Capitán muchos enojos, que le rogaba no le favoreciese. El alcaide le respondió que con la bendición de Dios hiciese lo que le pluguiese, que él tenía mandato de la señoría de Venecia que ni favoreciese á unos ni á otros; mas que le avisaba que tenía allí cuatro galeras muy bien bastecidas, y no sabía otros cuantos cascos. El Lezcano le dijo que él hiciese lo que decía, que sólo Dios lo podía amparar de sus dos galeras, y que él le daba el tiempo por testigo.

Pues Lezcano esperó, y otro día en amaneciendo, entró por el puerto con muy grande ímpetu, diciendo: «¡España, España, Santiago!», y la artillería disparó contra las cuatro galeras, que las dos fueron luego echadas á fondo. Los franceses, en se ver tan súbitamente combatidos, tomaron grande turbación, que los más con su capitán Peri Juan huyeron á tierra y otros se echaron al agua. Los vizcaínos saltaron de presto en sus dos galeras y los otros cascos, y sacaron dellos toda la jarcia y chusma, sin dejar en el puerto más de los cascos vacíos. Sacó de all. muchos españoles que allí halló aherrojados, que los franceses traían al remo. Eran los cascos de los franceses cuatro galeras, dos bergantines y dos fustas; y si no fuera por no quebrantar la liga que con venecianos tenían, saltaran los españoles en tierra y no quedara ningún francés que no prendieran. Mas Lezcano no lo osó hacer, porque así le era mandado.

Fué este encuentro muy importante para lo de adelante. Con esto se volvió Lezcano á Barleta y dijo al Gran Capitán: «Yo, señor, hallé á los franceses en el puerto de Otranto y peleé con ellos y eché á fondo las dos galeras; y de las otras dos galeras y fustas y bergantines saqué todo lo que había, y más á los españoles que traían al remo. Mal viaje haga Peri Juan que se huyó á tierra; que si no fuera

por no quebrantar la liga con venecianos, acá viniera Peri Juan y los otros franceses».

#### CAPÍTULO IV

*De lo que aconteció á Luis de Herrera y á Pedro Navarro con el señor Juan, italiano, y don Luis de Beamonte, capitanes de gente de armas francesas, cerca de la cibdad de Taranto.*

En este tiempo que el Gran Capitán estaba en Barleta, Luis de Herrera, su primo, á quien dijimos que el Gran Capitán encomendó la fortaleza y cibdad de Taranto, tuvo nueva á los trece días de Marzo del dicho año de quinientos y tres años, cómo el señor Juan, de nación italiano, y don Luis de Beamonte, capitanes de caballos, con cien hombres de armas y caballos ligeros y cien ballesteros á caballo, salieron á dar vista á Taranto y corrieron por la una parte de la cibdad, y no les salió nadie á ellos. Visto por ellos, pensando que no habían osado salir á ellos, se volvieron á sus aposentos muy contentos de la jornada. Sabido por Luis de Herrera y Pedro Navarro, Luis de Herrera con cien jinetes y Pedro Navarro con trecientos soldados, esperáronlos en el camino entre la cibdad y sus aposentos. Como los franceses, que iban algo descuidados, vieron á los enemigos, y conocidos como hombres de valor, los acometieron y pelearon animosamente. Fué la batalla muy reñida por ambas partes. En aquel encuentro hizo Luis de Herrera con su gente de caballo y Pedro Navarro con sus trescientos soldados grande destrozo, y pelearon [tanto] que los contrarios que vivos quedaron afirmaban no haber visto jamás ni oído más esfuerzo en hombres, así en los capitanes como en la gente de caballo y soldados. Fué muy reñida aquella batalla; y porque los unos y los otros peleaban con grande obstinación; hasta que al fin no pudiendo sufrir los franceses y peleando como hombres, de trecientos de caballo que eran, quedaron solos trece, que prendieron, que no hubo quien la nueva llevase á sus aposentos.

Los capitanes franceses murieron peleando delante de los suyos como valientes soldados, sin dejar de hacer cosa de lo que debían, así ellos como los que con ellos venían. Luis de Herrera hizo aquel día cosas muy señaladas porque en esfuerzo y industria [hizo] cuanto

la razón lo pidía. Es uno de los buenos capitanes que de España han salido. Pues Pedro Navarro hizo lo que suele.

## CAPÍTULO V

*De otro rencuentro que el mismo Luis de Herrera y Pedro Navarro hubieron, viniendo á Barleta, con el Conde de Bitonto y el señor Juan, su sobrino, que se iban á juntar con los franceses.*

A los diez y siete días de Marzo del dicho año de mil y quinientos y tres el Gran Capitán había enviado á llamar á Luis de Herrera, que dejando la cibdad de Taranto y fortaleza á buen recaudo, y Pedro Navarro se viniesen con él allí á Barleta á do estaba. Ellos, visto este mandamiento, lo pusieron luego por obra; y yendo ambos á dos por su camino á Barleta, llevaba Pedro Navarro trecientos soldados y Luis de Herrera ciento cincuenta de caballo. A esta sazón iba el Conde de Bitonto á se juntar con los franceses, porque seguía la parte francesa. Llevaba consigo docientos cincuenta hombres de armas gruesas y muchos caballos ligeros, y quinientos soldados muy bien armados y escogidos todos, así los de caballo como los de pie. Iba con el dicho Conde el señor Juan, su sobrino, por capitán de los infantes, que era el mejor soldado que se hallaba á aquella sazón en toda Italia, así de caballo como á pie.

Conocidos por el Conde y su sobrino los españoles, y vista la demasiada ventaja que les tenían y tan conocida, dijo al señor Juan su sobrino: «Dios nos ha puesto en las manos aquesta tan buena presa. Peleemos con estos españoles, y al primer encuentro son nuestros, y llevaremos á los franceses esta canalla, con que seremos bien recibidos». El le respondió que le placía y que así se hiciese, que á su parecer eran suyos. Y luego el Conde dijo á los suyos que á ninguno tomasen á vida y que á ninguno dejasen con ella y hiciesen su deber.

Luis de Herrera dijo á Pedro Navarro que él quería ser el primero contra aquellos hombres de armas, y él se pusiese en la retaguardia contra la infantería, y esperaba en Dios de los vencer.

Los unos y los otros se encontraron con grande ánimo y no se conocía entre ellos me-

jería alguna; mas como los franceses eran muchos, porque había seis para cada un español, desbarataron á los caballos ligeros de Luis de Herrera, que hizo aquel día más de lo que fuerzas humanas podían hacer, socorriendo á todas partes. Pues como los hombres de armas pasaron por Luis de Herrera, habiéndolo desbaratado, pensaron hacer lo mismo por la infantería. Como Pedro Navarro y los soldados vieron desbaratada la caballería, tomaron tanto coraje que cada uno estaba hecho un león. Pelearon con tanto coraje que arremetieron con los hombres de armas y los desbarataron y mataron á los más, y pelearon con la infantería con tanto esfuerzo y fuerzas que los desbarataron y mataron. De los primeros murió peleando el señor Juan, habiendo hecho cosas que parecían imposibles en armas. Luis de Herrera tornó á ayudar á la infantería, y todos juntos, de manera que todos los caballeros hombres de armas, peleando como hombres de vergüenza, murieron todos, y pocos dellos y de los quinientos infantes quedaron pocos, los cuales fueron presos. El Conde habiendo peleado valerosísimamente, estando muy herido, no se quería rendir sino á Luis de Herrera, al cual llamaba á grandes voces; y entretanto que venía le dieron diez y siete picazos y el caballo jarretado; y arriado á una peña se defendió hasta que vino Luis de Herrera, á quien se rindió.

Luis de Herrera y Pedro Navarro partieron de allí llevando presos al dicho Conde y á algunos que vivos quedaron, y muchos caballos y arneses. Llevaba el Conde, sin otras muchas heridas que llevaba por el cuerpo, desde la frente hasta la barba, ocho heridas. Pues llegados á Barleta, el Gran Capitán mandó al Conde curar con mucho cuidado, y lo visitaba cada día, mandándole proveer de todo lo necesario. Quedó sano de las heridas, aunque muy señalado. Húbose de aquella rota gran despojo que el Conde y los suyos llevaban. Así quedó el Conde en Barleta preso en poder del Gran Capitán. Después que el Conde fué sano, lo mandó el Gran Capitán llevar á Manfredonia, adonde estaba preso hasta que vino el Rey don Fernando de España á Nápoles, que fueron cuatro años. Un día antes que partiese de Nápoles, lo mandó soltar y volver su estado; y también mandó dar libertad al Duque de Atre, á suplicación del Gran Capitán.

## CAPÍTULO VI

*De cómo el Gran Capitán salió de Barleta y fué sobre la cibdad de Rubo, y los hechos grandes de armas que allí se hicieron.*

En este mismo tiempo, estando el Gran Capitán en Barleta, en un rencuentro que hobieron con los franceses los españoles, fué rescatado por otro capitán francés micer Teodoro, albanés, de quien dijimos atrás; y porque sirvió muy bien en la guerra, el Gran Capitán le hizo merced de quinientos ducados de renta en aquel reino, conforme á una capitulación que con los Reyes Católicos tenía hecha, que conforme á los servicios que hiciesen en la guerra las personas señaladas en ella [recibiesen] hasta cierta cantidad. Y porque este micer Teodoro había mucho servido, le hizo el Gran Capitán merced de aquellos quinientos ducados de renta, los cuales el Rey don Fernando de España, cuando fué á Nápoles, se los quitó, porque le pareció muy demasiada dádiva. Los cuales el Gran Capitán le dió en la su villa de Teano por su vida, é este micer Teodoro dió aviso al Gran Capitán cómo se podría haber y conquistar aquella villa de Nibo, como hombre que había estado en ella.

En un rencuentro que se hubo con los de Nibo fué preso un maestresala de mos de la Paliza, que estaba en aquella villa, al cual el Paliza quería mucho, porque era su pariente y hermano de leche. El Gran Capitán lo rescató del que lo tenía por prisionero, y lo puso en su libertad, y mandó á Albornoz su maestresala que lo llevase á su posada y le hiciese muy buen acogimiento, que él le diría después para qué efecto se hacía todo aquello. Mandó que le diesen un cuártago muy bueno de su caballeriza con una muy buena guarnición de oro, y un manteo de grana bordado y otras ropas, y que quedasen muy amigos, y que le dijese que él se iba á holgar algún día con él. El maestresala francés se holgó mucho dello, y le tomó la palabra que lo haría así, y Albornoz se lo prometió.

Pues llegado aquel maestresala á Rubo á mos de Paliza, su señor, y contado la honra que aquel maestresala del Gran Capitán le había hecho y lo que le había dado, no barruntando nada de lo que había pasado y por dónde aquello venía, el Paliza holgó mucho

de lo que con su maestresala se le había hecho; y díjole más, cómo le había tomado la palabra al Albornoz que se fuese á holgar con él á Rubo. Luego el Paliza envió á suplificar al Gran Capitán diese licencia á su maestresala Albornoz para que se fuese á holgar á Rubo, porque lo deseaba conocer. Pues dada la licencia, el Gran Capitán dijo á Albornoz: «Todo lo pasado es para lo que agora os diré. Vos id con la gracia de Dios á Rubo y holgaos allí con mos de la Paliza y con su maestresala, y ninguna cosa tomáis de él ni del Paliza, y mirad con mucho cuidado qué tales son los muros de Rubo y por qué parte se podrá combatir y qué gente hay dentro y quién son y qué cuidado hay en la guarda de aquella villa, con todo lo que es necesario saber para lo que ya me debéis de entender. De todo me traed muy buena cuenta y razón». Albornoz le dijo: «Yo tengo entendido á V. S. Yo traeré cuenta de todo y traeré el despacho que V. S. quiere». Llegado, pues, Albornoz á Rubo, fué muy bien recibido del Paliza y de aquel maestresala; y le festejó y mostró todo su campo y todo lo que en la villa había. Pues queriéndose despedir Albornoz, Paliza le daba paño y seda y otras joyas, las cuales él no quiso recibir de ninguna manera, diciendo: «Si yo con alguna cosa serví al señor maestresala fué por la amistad que con él tomé de servir á v. m. del oficio que yo (1) al Gran Capitán, y no lo hice por ser luego pagado. Harta paga es para mí que v. m. se haya servido de ello». Y así se despidió, saliendo con él hasta una legua aquel maestresala.

Pues llegado Albornoz á Barleta, dijo al Gran Capitán que, aunque la villa no era muy fuerte, mas que estaba muy fortificada, y hechos fosos y tríncheas, y que tenía allí mos de Paliza doscientos hombres de armas gruesos y una capitanía de caballos ligeros; y que estaba allí con él un capitán del Duque de Saboya en la conserva del Paliza con trescientos hombres de armas asimismo gruesos, y otra capitanía de caballos ligeros, los mejores que había en todo el campo de Francia. E sin éstos otra gente de guerra, que serían todos hasta novecientas lanzas. Los cuales estaban tan orgullosos y bravos que pensaban bastar ellos solos para tomar por com-

(1) Sic; faltan algunas palabras.

bate á Barleta; y así lo platicaban y tenían por perdido y casi vencido al Gran Capitán y á todos los que con él estaban. Estos venían muchas veces hasta las puertas de Barleta, que como este lugar estaba tan cerca de Barleta, habían los Generales puesto allí los mejores hombres de armas y mejor gente de todo su campo, con Paliza, que á la sazón era el mejor capitán y más plático y de más experiencia de todos los franceses.

## CAPÍTULO VII

*De cómo el Gran Capitán combatió la cibdad de Rubo y la entró por fuerza de armas, y lo que en aquella jornada aconteció.*

Este lugar de Rubo era del Conde de Trebento, que seguía la parte francesa, al cual el Gran Capitán determinó de combatir; y para lo mejor poder hacer y sin pérdida de gente hizo un ardid, y fué de esta manera. El Gran Capitán salió con todo su campo y artillería fuera de Barleta, camino de Rubo, y andando cuanto media legua en esta ordenanza luego se volvía á Barleta. Otro día hacía lo mismo; y como los franceses eran avisados por sus espías, que es la gente del mundo que más en ella gasta, luego en la villa tocaban al arma y se ponían en sus estancias, y el Gran Capitán se volvía como el primero día había hecho. Hizo esto tantas veces hasta que los españoles murmuraban del Gran Capitán, culpándole de poco ánimo y teníale por temeroso. Los franceses, enojados del sobresalto que tantas veces les habían dado, se habían descuidado, pensando que ni tenía caudal para ello ni osaba ir á Rubo, y que haría como los otros días pasados había hecho; y aunque la espía les avisaba lo que veían, ninguna alteración ni movimiento había en la villa. Pues sabido por el Gran Capitán que los de Rubo estaban descuidados, partió un día en anocheciendo. Iban con él el Duque de Termoli, el Próspero Colona y sus hermanos Fabricio y Marco Antonio, don Diego de Mendoza, el coronel Villalba, que fué en las guerras hombre de gran esfuerzo, Zamudio, Pizarro, Escalada, Espés, mosén Peñalosa, el comendador Mendoza, Pedro de Paz y su primo Carlos de Paz y otros muchos capitanes, llevando tres mil infantes y hasta seiscientos de caballo. Lleva-

ba Diego de Vera once piezas de artillería. Pues con esta ordenanza y desinio partió de Barleta á puesta de sol; anduvo toda la noche y amaneció sobre Rubo sin ser sentido, porque los Generales de Francia estaban muy cerca y no les socorriesen.

En llegando mandó el Gran Capitán plantar la artillería y despetrillar parte del muro; y estando una parte del muro batida, los soldados comenzaron á subir por las picas. Los franceses, aunque fueron sobresaltados y tomados con algún descuido, comenzaron á se defender como gente muy animosa. El Gran Capitán se apeó y abrazó una rodela y fué de los primeros que entraron. Los señores y soldados que allí se hallaron, vista la persona del General entrar delante sin temer armas ni otro género de muerte que delante se le pusiese, que decían después los franceses que no les parecían los españoles que entraron en Rubo hombres sino diablos. El Gran Capitán los animaba y llamaba por sus nombres. Fué tan cruda esta pelea y tan valerosamente reñida, que sin descansar mataron mil y quinientos franceses. Los que quedaban, visto el estrago que se hacía dentro en la villa, se comenzaron á descolgar por el muro, y entre ellos el General mos de la Paliza, los cuales fueron luego tomados. Y porque mos de la Paliza no se quería rendir, un alabardero le partió la cara con una alabarda, y así fué traído al Gran Capitán, el cual lo hizo llevar á su tienda y le curar con gran cuidado. Fué también allí preso Amideo, capitán de hombres d'armas del Duque de Saboya, y Hernando de Peralta, español, que antes que la guerra se comenzase servía al Rey de Francia, y parecióle que no era aquel tiempo de le dejar en aquella sazón. Y [mandó] que tomasen á prisión á todos los otros; y mandó poner en mucho cobro á las mujeres y iglesias. A las mujeres mandó recoger en cierta parte, y las otras rescató de los soldados, pagándoles luego su rescate en dineros, paño y seda. Y mandó á Pedro Gómez de Medina, su mayordomo, tuviese cargo de ellas; de manera que ninguna de ellas recibiese deshonra alguna, sino muy buen tratamiento; y mandó al dicho Medina que hiciese sacar las mujeres y bastimentos fuera de la villa, y que cuando se volviesen á Barleta se quedase en los traseros, volviéndose las mujeres y bastimentos á la dicha villa; lo cual, así fué hecho.

Tomáronse novecientos caballos, que fueron en aquella sazón muy provechosos. Fueron llevados todos los capitanes y la otra gente y todo el despojo que allí se tomó de los franceses para Barleta, y estuvieron allí hasta la puesta del sol, pensando que los Generales vinieran á socorrer á Rubo, porque lo pudieran hacer, porque estaban muy cerca; los cuales luego fueron avisados, porque oían la artillería cuando batían el muro.

## CAPÍTULO VIII

### *De lo que pasó después deste vencimiento de Rubo.*

Acabado este vencimiento el Gran Capitán partió de Rubo á puesta del sol á la misma hora que otro día antes había venido á Rubo desde Barleta. El Medina se quedó una pieza atrás con las mujeres y bastimentos, y alondado algo el campo se volvió á Rubo y tornó á la villa todas las mujeres y los bastimentos que habían sacado.

Los Generales de Francia, avisados del cerco de Rubo, estaban muy descuidados que el Gran Capitán había de acometer aquel negocio. Sacaron su campo y un gran rato, dos ó tres horas después que el Gran Capitán partió de Rubo, llegaron con todo su campo á Rubo á socorrer aquella plaza y dar la batalla al Gran Capitán, al cual vino la espía diciendo cómo los franceses venían determinados de los seguir hasta Barleta y les dar la batalla y tomalles la presa. Como esto oyó el Gran Capitán, paró, que ya era noche cerrada, y ordenó sus batallas; y puestos en orden les dijo: «Bien sé yo, compañeros y señores, la poca necesidad que tengo de os decir lo que habéis de hacer en este trance en que estamos. Aparejad las manos y el corazón, y haced todos lo que viéredes hacer á estos caballeros y á mí, que queremos ser los primeros en quien los franceses descarguen su ira; que yo espero en Dios y en su divina justicia que habremos la victoria». Entonces llamó al Duque de Termoli y al Próspero, Fabricio y Marco Antonio, sus hermanos, y á Fernando de Alarcón y á los dos Alvarados y á Luis de Herrera, y les dijo: «Ea, señores, demos á entender á estos franceses la poca justicia que tienen y la diferencia que nuestra nación y la de ellos les tiene; y v. m., señor don Diego de Mendoza, Pedro

de Paz, Carlos de Paz, mosén Hozes, Zamudio, Villalba, Espés, Hernán Suárez, Escalada y Pedro Navarro, con esotras trescientas lanzas dareisles por un costado, y con la infantería no dejéis hombre dellos á vida. Acordaos de hacer hoy vuestro deber, como yo espero y soy cierto de vuestro esfuerzo». A mosén Hozes mandó con una capitania guardase el bagaje, «aunque, dijo, no puedo persuadirme que los franceses sean tan locos que de noche nos acometan».

Estuvo todo el campo en esta ordenanza gran parte de la noche, hasta que las espías volvieron y dijeron que los franceses entraron en consulta junto á Rubo si seguirían ó no á los españoles; y al fin todos fueron de común parecer que no, y así se volvieron á sus aposentos. Sabido esto por el Gran Capitán, se volvió á Barleta, adonde llegó pasada gran parte de la noche, adonde tomaran algún fresco si lo hallaran.

Esta noche aconteció uno de los desconciertos que suelen acontecer en las guerras; y fué que mandó el Gran Capitán á don Diego de Mendoza que fuese con la artillería y llevase el cargo della hasta la poner en Barleta, y él se descuidó y la encomendó á los artilleros y á cierta persona de poco recaudo; y erraron el camino y ibanse adonde los franceses estaban. Y llegando cerca del lugar, aquel Medina que quedó en Rubo á meter en la cibdad las mujeres y bastimentos supo cómo la artillería iba perdida, y fué tras ella y alcanzóla junto á la villa adonde los franceses estaban, y hízola volver á tiempo que ya el Gran Capitán inviaba á la buscar, culpando mucho el descuido de don Diego de Mendoza.

## CAPÍTULO IX

### *De cómo la gente de guerra, no pudiendo sufrir la gran necesidad que padeclan, se amotinaron, y lo que sobre ello hizo el Gran Capitán.*

En esta villa de Barleta sufrió el ejército muy grande necesidad, que no se hallaba trigo ni cebada ni otro mantenimiento alguno, ni dinero para lo comprar, ni de dónde se comprase, porque Lezcano, Martón y Juan de Sant Pedro, que eran idos por bastimentos, no habían, con la tormenta que en la mar les tomó, podido venir. Pues en esta tan grande necesidad los españoles se comenzaron á amotinar

y persuadieron á los italianos y á las otras naciones que hiciesen lo mismo, y fuesen á buscar de comer; y todos se concertaron que otro día por la mañana tocasen los atambores y pífanos, y á toda ropa buscasen mantenimientos, que era muy mejor que no morir allí de hambre. De lo cual avisado el Gran Capitán cómo los españoles eran los principales movedores de aquella rebelión, mandóles juntar á todos y hízoles este razonamiento: «Sabido he, compañeros, cómo estáis determinados de os ir de aquesta cibdad y desamparar á vuestro capitán y á las banderas que de España sacasteis, y dejarme solo en esta cibdad en medio de sus enemigos. Vosotros os podéis ir con la gracia de Dios; que muy cierto soy que con los mis españoles, con los mis leones, entiendo de cobrar este reino; que estos bien sé que no me desamparan ni á las banderas de España, aunque nunca les dé paga y aunque yo los eche por fuerza. Y no solamente con ellos entiendo de ganar este reino, mas aun entiendo, si necesario fuese, de ganar por armas todo el reino de Francia con su valentía, fidelidad y lealtad, que de ellos siempre he conocido». Acabado su razonamiento, los españoles le respondieron: que aquello podía tener su Señoría por muy averiguado y cierto, y que le daban muchas gracias por así haber conocido su fidelidad y constancia, y que le daban su fe como verdaderos españoles de ahí adelante de no pedir paga ni comer ni beber hasta que su Señoría se lo diese de su voluntad; y que serían como cuerpos encantados, y que ellos trabajarían con las otras naciones que no hiciesen aquel motín; y que cuando otra cosa quisiesen hacer, ellos les harían un camino por do fuesen, y que ellos solos bastarían para hacer la guerra; mas que le suplicaban los sacase de allí á buscar á sus enemigos, y allí vería si se conformaban las obras con las palabras que habían ofrecido.

Las otras naciones quedaron muy espantadas, así de la mañosa cautela con que el Gran Capitán los prendó y la súbita mudanza de los españoles, habiendo ellos sido, como dijimos, los principales movedores de aquella rebelión, y dijeron que ellos quedarían asimismo con aquella misma voluntad para le servir hasta el fin de la guerra; y luego determinó buscar manera para remediar las necesidades que allí se padecían.

## CAPÍTULO X

*De cómo al ejército del Gran Capitán vinieron muchos mantenimientos y otras cosas necesarias, de que los soldados fueron muy proveídos y remediados.*

En este tiempo y en estos mismos días Juan de Lezcano con sus galeras había tomado junto á Manfredonia un navío veneciano con muy grande cantidad de trigo, y que el capitán mos de Alegre, habiendo entrado por fuerza de armas á Soja, halló allí gran cantidad dél, y lo tomó como cosa por él ganada; lo cual quiso antes vender á un mercader veneciano que no vendello á los napolitanos, porque lo tomaban fiado, dándole seguridad de se lo pagar á cierto tiempo. El cual navío, cargado de trigo, tomó Lezcano y lo trajo á Barleta, que lo halló junto á Manfredonia. El Gran Capitán dió al veneciano mucho más de lo que él lo había comprado del Alegre.

Ya dijimos atrás cómo Juan de Lezcano había desbaratado á Peri Juan en el puerto de Otranto y echádole dos galeras á fondo, con lo demás que atrás contamos. Pues como aquella costa quedó libre de aquel cosario, arribaron á Barleta siete navíos cargados de trigo, con la venida de los cuales abajaron las vituallas su valor, que valía todo la mitad menos que antes, de que había en Barleta tantos mantenimientos que sobraban á todos. Luego proveyó el Gran Capitán que en aquellos navíos trujesen de Sicilia muy gran copia de vino, carne salada, tocinos, quesos y otras muchas cosas de legumbres y cosas necesarias para el ejército.

## CAPÍTULO XI

*De lo que mos de Nemos hizo, sabido lo cual de Castellaneta, habían llamado á Luis de Herrera y á Pedro Navarro y se les habían dado.*

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo los de Castellaneta no pudiendo sufrir las injurias que los franceses les hacían, así en la honra y honestidad de las mujeres como en las otras insolencias que les hacían, llamaron á Luis de Herrera y á Pedro Navarro, como en el capítulo pasado contamos. Sabido por el Duque de Nemos, que estaba, como dijimos en Canosa, y tenía algunas villas alderredor, como á Altamira y la fortaleza de la Chirinola, Cuadrata, Rubo, Soja y Man-

fredonia, sabida la rebelión de Castellaneta, levantó de presto el campo y fué á castigar aquel insulto y rebelión de los de aquella villa por haber llamado á Luis de Herrera que estaba en Taranto y á Pedro Navarro y haber echado de aquella villa á los franceses con tan mal tratamiento. Fué la causa que en los dias pasados, cuando él fué á correr y conquistar la Pulla hasta Otranto, entre otras cibdades de Pulla había tomado la cibdad de Leze, que los antiguos llamaban Lupia, y á Sant Pietro, que los griegos venidos de Tesalia habían poblado, llamada Catalana y habiendo también colonia de griegos, y á la cibdad de Rudia, por haber nacido en ella el poeta Enio, la cual se llama hoy Rodeya, y otros lugares de aquella provincia, como á Oria, Motula y los comarcanos. Habiendo sitiado á Calipuli y no pudiendo hacer nada contra aquella cibdad, pasó por junto á Taranto y dió un combate á Conversano y forzó al barón della de seguir la parte francesa; y entonces tomó á partido á Castellaneta, el cual está en el medio camino, casi entre Taranto y Brindez; y fué con condición que pudiese meter en la villa en guardia dos capitánias francesas, con las cuales se pudiesen defender de los españoles que estaban en Taranto; á lo cual daba favor y ayuda el Barón Andrea Aquaviva y Fabricio Jesualdo, aficionados á la parte francesa. Y porque estos vecinos de Castellaneta, como dijimos, no pudiendo sufrir sus injurias, habían dádose á Luis de Herrera y á Pedro Navarro, según antes está contado, principalmente porque habían violado la honra de las docellas y casadas y les gastaban las vituallas y habían apaleado á algunos vecinos de aquel lugar, concibió mosiur de Nemos tanto enojo contra estos de Castellaneta, que no se pudo detener sin ir con todo su campo sobre los de Castellaneta.

Andrea de Aquaviva le persuadió no lo hiciese, porque entre que él desamparaba aquellas plazas, el Gran Capitán le tomaría ó á la Chirinola ó á Rubo ó á Canosa; porque en apartando su campo de aquellas plazas, los españoles á su salvo las saltearían, como vía que los españoles lo hacían. Mas mosiur de Nemos estaba tan enojado que ningún parecer tomó, diciendo que en llegando los castigaría y se volvería antes que los españoles intentasen cosa alguna.

Pues caminando con su campo á gran prisa llegó sobre Castellaneta. Los moradores de aquella villa, espantados de la súbita venida de mosiur de Nemos, y sabida la ira y enojo que contra ellos tenía, y teniendo pocos españoles para les ayudar á defender y no apercebidos contra la artillería, y más veyendo los llantos de las mujeres y niños, privados de consejo de se defender, movieron partido á mosiur de Nemos que se rescatarían dando cierta talla de dineros, con que las personas y haciendas fuesen salvas. Mas era tanto el enojo del Nemos, que les pidió cuatro veces más de lo que los vecinos le podían dar, y mandóles decir que si luego á la hora no le daban todo lo que les pedía, sin ninguna piedad los mandaría degollar sin quedar persona dellos. Los vecinos de Castellaneta, animados por algunos españoles, aunque muy pocos, diciendo que muertos por mano del enemigo ó peleando como varones defendiendo su tierra, viesen cuál era mejor, y que entretanto Dios los remediaría, como muchas veces él suele hacer. Los vecinos comenzaron á hacer algunos reparos, y con grande esfuerzo aguardaron á esperar los golpes de la artillería y los asaltos de los franceses; y echando del muro piedras y pedazos de maderos y otras cosas contra los franceses, atemorizaron y fustigaron á algunos que comenzaban á subir por las escalas, que comenzaban á subir por la muralla. Los pocos españoles que dentro estaban defendían el muro con tanto ánimo, y los vecinos, hasta las mujeres, que los franceses estaban espantados, estando el francés muy perplejo que no sabía qué se hacer, ó si les daría un muy recio asalto, el cual le parecía muy peligroso, según los de dentro se defendían, y pensando que los españoles eran más, ó tomar el dinero que le ofrecían, lo cual le parecía que perdía muy gran reputación en ello.

Estando en esto llegó una posta á toda furia que le avisaba cómo el Gran Capitán había salido de Barleta con su campo y que iba sobre Rubo por tomar allí á la Paliza, sabiendo que él estaba sobre Castellaneta. Mosiur de Nemos levantó de presto el campo de sobre Castellaneta, tomando de los castellanetos lo que le ofrecían, y fué marchando á socorrer á Paliza á Rubo. Ayuntáronsele en el camino los suizos y muy gran caballería. En el camino supo nueva de la rota del

Paliza. Venido Nemos invió un trompeta á tratar con el Gran Capitán del rescate de Paliza y de Amideo, capitán de los hombres de armas de Saboya y de toda la caballería que á Barleta había llevado presa; porque supo que mosiur de Nemos no había guardado las condiciones capituladas entre ellos, antes llevó tres y cuatro veces más de talla por el rescate de los prisioneros. Y el Gran Capitán mandó consinar la infantería que de Rubo había habido en las galeras de Lezcano y en las otras hasta que la guerra fuese acabada, dándole la más dura prisión de lo que la guerra sufre, y como el Gran Capitán hasta allí había usado.

### CAPÍTULO XII

*De lo que aconteció al Gran Capitán con los señores de ganados de Abruzo, que estaban asegurados por los franceses.*

Estando el Gran Capitán en esta villa de Barleta, vinieron á él los señores de ganados que los tenían en Abruzo, que pasaban de un cuento y trescientas mil ovejas. Estos señores destos ganados vinieron al Gran Capitán á le suplicar fuese servido de tomar dellos para ayuda de los gastos de la guerra cien mil ducados, porque estuviesen seguros sus ganados, aunque el Rey de Francia los tenía asegurados, y para ello tenía puesto en Roma en cambio gran suma de ducados para les pagar por cada oveja medio ducado que les faltase, y los franceses tenían gran cuidado y recaudo y guardas para los defender. El Gran Capitán les respondió muy graciosamente diciéndoles que les gradecía la voluntad y obra que le ofrecían; que á ellos les hiciese buena pro sus ducados, y que no podía hacer lo que le rogaban, por dos cosas: la una por la gran necesidad que tenían, y la otra y más principal por ver si eran parte los franceses para se lo estorbar.

Luego invió como dijimos á don Francisco Sánchez, el cual trajo cuarenta mil ovejas, é luego adelante fué don Diego de Mendoza y trajo veinte mil ovejas á pesar de los franceses; y luego diez días adelante el Gran Capitán, porque le cupiese parte del despojo, trajo treinta mil ovejas. Así que fueron por todas las ovejas que les trujeron noventa mil ovejas, por las cuales pagó el Rey de Francia en cambios en Roma cuarenta y cinco mil du-

cados en contado, porque así estaba concertado y dadas fianzas en Roma.

### CAPÍTULO XIII

*De un desafio que pasó entre un caballero italiano y otro español, que se llamaba Vozmediano.*

En este mismo tiempo un caballero italiano de los que andaban en el campo de los franceses invió á desafiar á un español, hombre de armas de la compañía de don Diego de Mendoza, que se llamaba Vozmediano; entrambos eran muy buenos hombres dardas. El Gran Capitán quisiera mucho que este desafio no pasara adelante, por no se enemistar con la nación de Italia, y trabajólo mucho; y el italiano cuanto más vía al español rehusar, tanto más bravoso estaba y más insolente y orgulloso, publicando que no osaba salir con él al campo, y más carteles y más soberbias palabras le inviaba; hasta que Vozmediano dijo al Gran Capitán: «Si vuestra señoría no me da licencia para combatir con este italiano, yo me despido desde aquí de mi capitán y iré á buscar quien nos asegure el campo; y cuando no lo hallare, yo me iré á su campo y ante su General combatiré con él. No sé yo, dijo Vozmediano, por qué vuestra señoría quiere menoscabar y escurecer mi honra, no habiendo hecho yo por qué lo merezca. Suplico á vuestra señoría tenga por bien de me dar licencia; si no, yo me parto á la hora y lo voy á buscar». El Gran Capitán le respondió: «Vozmediano, no estorbaba yo esta batalla por menoscabar vuestra honra; que si como es italiano fuera francés, yo lo deseara, conociendo vuestra persona y esfuerzo, más hacíalo por no enemistar la nación de los italianos, que tan amigos tenemos; quisiera mucho estorbarlo».

A esta hora llegaron muchos señores y caballeros italianos, y suplicaron al Gran Capitán que diese licencia á que Vozmediano pelease con aquel italiano, porque no lo tenían sino por francés; y á su suplicación dellos y de don Diego de Mendoza, su capitán, le dió la licencia, y le dijo: «Vozmediano, mirad que ya que hacéis esta batalla, que peleéis como varón, y le matéis ó echéis del campo, ó muráis vos en la batalla; aunque yo tengo confianza en la bondad de vuestra persona, que con la ayuda de Dios haréis lo que de-



béis». El Gran Capitán le mandó proveer de todo lo necesario. El Duque de Nemos aseguró el campo, porque era hombre de mucha verdad, aunque mancebo.

Venido, pues, al campo, Vozmediano tenía muy grande enojo del italiano porque se había desmesurado mucho en sus carteles y palabras, poniendo muchos defectos en la persona de Vozmediano. Pues llegados al campo y partídoles el sol las personas que el Duque de Nemos para aquello tenía señaladas, encontráronse con grande esfuerzo que ninguno faltó de su encuentro, y anduvieron un rato sin parecer en ninguno dellos mejoría. Vozmediano le cargó de tantos golpes y con tanta fuerza y presteza que lo hizo andar de acá para allá, que ya no entendía sino en se defender. Al fin, andando ya los caballos axos y cansados, á un mesmo tiempo se apearon, y venidos á brazos, Vozmediano era de grandes fuerzas, y lo derribó en el suelo y le dió una gran herida, de que el francés estuvo muy desatentado. Vozmediano cargó sobre él y le desenlazó el yelmo y le cortó la cabeza, por el grande enojo que dél tenía.

El Duque de Nemos lo sacó del campo con grande regocijo; y con esta victoria se volvió Vozmediano al Gran Capitán, el cual le salió á recibir y le hizo mucha honra y merced. Fué de todos muy bien recibido, y principalmente de don Diego de Mendoza, que con su compañía lo salió á recibir por haberlo hecho tan bien lo que debía, porque el italiano era hombre de grande esfuerzo.

#### CAPÍTULO XIV

*De lo que el Gran Capitán hizo en este tiempo allí en Barleta.*

El Gran Capitán habiendo tomado en Rubo muchos caballos y arneses y con los que de Castellaneta habían traído Luis de Herrera y Pedro Navarro, y otros que de otros rencuentros se habían habido, viendo claramente que la gente de caballo franceses faltaban, encabalgó hasta novecientos soldados, á los cuales dió caballos y armas de aquellos que á él le pareció más hábiles y acomodados para la caballería, y hizo una muy hermosa banda de gente de caballo; de manera que vino á estar igual en la caballería con los franceses, y aun parecía ser más en número; y los soldados se daban tan buena maña y con tanta destreza

como si en aquella milicia hubieran siempre seguido las armas.

En estos mismos días vinieron al real de los franceses gran número de suizos, y venían tan bravos que prometieron al Virrey de ir á vendimiar las viñas de Barleta y cogerles el mosto y traerlo al real á pesar de toda España que allí estuviese junta en Barleta, lo cual pusieron por obra. Lo cual sabido por el Gran Capitán, mandó poner en celada dos compañías de caballos ligeros y una de hombres de armas, de los cuales fueron capitanes Alonso de Carvajal y mosén Peñalosa, y el Gran Capitán salió con la infantería á les hacer espaldas. Todos éstos se pusieron muy secretos hasta que los suizos se extendiesen por las viñas. Los suizos estrujaban los racimos de uvas y ponían las bocas en que el mosto cayese, y hinchian los cuerpos como calabazas y barriles de aquel mosto, dejando atrás su retaguardia. El Gran Capitán mandó poner en un alto una espía para cuando viese á los suizos esparramados y derramados por las viñas y llenos de mosto; y avisados por la espía entraron á ellos y pelearon con ellos, y quedaron allí muertos treientos dellos, que les salía del cuerpo sangre y mosto todo junto; á los demás prendieron, aunque algunos se salvaron huyendo. Dende adelante no estaban estos suizos tan bravos como antes, antes tenían gran temor de los españoles.

#### CAPÍTULO XV

*De lo que aconteció á un capitán de infantería española con un escuadrón de franceses.*

En este mismo tiempo un capitán de infantería, que se llamaba Bernardino de Valmaseda, estaba aposentado en una villa cerca de donde los franceses tenían su campo; y muchas veces salían y los salteaba y prendía á muchos dellos y les hacía mucho daño. Un día fué avisado que por cierto paso muy malo habían de pasar cuatrocientos franceses, que se iban á juntar con el otro campo. El se fué á poner en aquel paso con solos treinta y tres españoles soldados; y venida la noche peleó con ellos, y se dió tan buena maña y se supo aprovechar así del lugar como de la noche que los desbarató y mató los cincuenta dellos, y prendió otros tantos, y los otros escaparon huyendo. Otras veces les hizo mucho daño y siempre á su salvo.

## CAPÍTULO XVI

*De lo que en este tiempo aconteció á un capitán vizcaino llamado Riarán con los franceses.*

En este mismo tiempo los vecinos de Sant Juan el Redondo enviaron secretamente á decir al Gran Capitán que ya ellos no podían soportar la tiranía y mal tratamiento y sujeción que de los franceses recibían; porque les forzaban las mujeres y hijas, y les robaban las iglesias, con otras injurias muchas que dellos recibían; que si su señoría les enviase algún capitán, que le abrirían las puertas y se levantarían contra ellos y se darían al dicho capitán que su señoría enviase. El Gran Capitán les dijo que les agradecía mucho su buena voluntad para efectuar aquel negocio, y concertó con ellos el día y la hora á punto, que él enviaría allá quien despachase el negocio. Y con esto se volvieron aquellos mensajeros á lo poner por obra. El Gran Capitán llamó á un capitán de soldados, vizcaino, que se llamaba Riarán, y le dijo: «Riarán, tomad trescientos soldados y id á Sant Juan Redondo; y habéis de llegar tal día y á tal hora de la noche, que por esta seña os abrirán las puertas; y mirad la gran ventaja que hace el francés muerto al vivo». Riarán le respondió: «Ninguna necesidad tienes, Gran Capitán, de decir palabras á Riarán; yo haré lo que, Gran Capitán, verás».

Dicho esto partió y llegó á la hora que estaba el concierto hecho, que era á media noche; y luego le abrieron las puertas como estaba asentado; y entrados, comenzaron á decir: «¡España, España!». Los franceses estaban muy lejos de pensar lo que avino; mas con gran presteza se levantaron y comenzaron á defenderse. Mas Riarán y los suyos los apretaron tan valerosamente, que aunque eran doblados que ellos, los desbarataron. Los de la villa pelearon con grande esfuerzo contra los franceses, vengándose de las injurias que de ellos habían recibido. A esta hora comenzaba ya á amanecer. Los franceses peleaban con mucho ánimo; mas cuando el día fué bien claro, halláronse muertos así por los españoles como por los de la villa trescientos ochenta franceses, y los demás se rindieron, que fueron ciento. Y con esto se volvió Riarán al Gran Capitán á Barleta, y le dió cuenta de lo que se había hecho. El Gran Capitán le dijo:

«Riarán, en ir vos á aquesta jornada la tuve por hecha, según la confianza que de vos tuve siempre».

## CAPÍTULO XVII

*De un rencuentro que tuvo don Diego de Mendoza con ciertos franceses hombres de armas, y lo que allí sucedió.*

En este mismo tiempo salió don Diego de Mendoza con ciertos hombres de armas y cien ginetes y se pusieron en una celada contra la gente que salía de una villa que se llamaba Visela á hacer el herbaje. Pues salidos los franceses, salieron los españoles de la celada y alancearon á todos cuantos pudieron alcanzar; y atajaron un escuadrón de suizos bien armados, y destos captivaron y mataron muchos, y setenta se metieron en una torre. Don Diego de Mendoza llegó á ellos y les envió á requerir que se diesen y les daría la vida. Ellos jamás se quisieron dar. Visto por los españoles que nunca se quisieron rendir, los combatieron y les entraron por fuerza y á todos los prendieron, y á todos setenta los echaron de la torre abajo, uno á uno, porque cuando los combatían habían dicho palabras muy deshonestas; y de todos éstos solo uno escapó con dos muy fieras cuchilladas por la cara para que llevase la nueva.

Estaba al pie de la torre cuando echaban estos franceses Pedro de Paz, teniendo una pica hincada el recatón en el suelo, y decía á los de arriba: «Echad otro cabrón». Y dábase tan buena maña, que lo recibía en la pica; y así los recibió casi todos.

## CAPÍTULO XVIII

*De cómo envió el Emperador Maximiliano á ruego de don Felipe, su hijo, dos mil y tantos alemanes.*

El Archiduque de Austria don Felipe, yerno de los Reyes Católicos, como quien había de suceder en las dos Sicilias, que son el reino de Nápoles y Sicilia, porque era casado con doña Juana, hija mayor y propietaria de los Reyes de España y de los del Reame, hizo que el Emperador Maximiliano enviase dos mil y tantos tudescos al Gran Capitán, por los cuales había ido el señor Octavio Colona, sobrino del Próspero Colona, y los trajo por

las montañas de Carnia al puerto de Trieste en Esclavonia, y allí embarcados fueron á surgir á Manfredonia. Venían entre ellos trescientos caballeros y personas muy nobles de sangre y de mucho esfuerzo y muy sabios en la guerra, los cuales se vinieron en su ordenanza para Barleta.

El Gran Capitán los salió á recibir con todo su campo; y llegados, los recibió con mucho amor, haciéndoles muy buen acogimiento, de que ellos estuvieron muy contentos, y les mandó aposentar y dalles todas las cosas necesarias que se pudieron haber; y lo mismo hacían todos los caballeros españoles y italianos.

## COMIENZA EL SEXTO LIBRO

DE LA GUERRA QUE EL GRAN CAPITÁN HIZO CONTRA EL REY LUIS DE FRANCIA EN NÁPOLES, Y DE LOS HECHOS FAMOSOS QUE ALLÍ PASARON.

### CAPÍTULO I

*De lo que pasó en la provincia de Calabria entre los capitanes franceses y españoles, entretanto que el Gran Capitán estuvo en Barleta.*

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo al tiempo que el Gran Capitán se retrajo á Barleta invió á monsen Hoces á Manfredonia, y á su tío don Diego de Arellano á Andria, y á Luis de Herrera á Taranto, y á Pedro Piñero, comendador de Trebojo, á Cotron, y al Comendador Gómez de Solís á la Mantia; á Duarte, un vizcaíno, á Sant Jorge, y á Nuño de Ocampo á Rijoles, y á Hernando de Alarcón á Boche, y á don Diego de Ayala á Turpia, y á Vargas á Terranova; y así proveyó todas las otras plazas importantes de capitanes y de soldados y gente de caballo. Agora dejaremos de hablar del Gran Capitán que está en Barleta, y diremos lo que en este tiempo hicieron los capitanes que estaban en Calabria contra los franceses y señores que seguían la parte francesa. En este tiempo que el Gran Capitán estuvo en Barleta, hubo en la provincia de Calabria muy

grandes vueltas y mudanzas, porque los príncipes y señores de aquel Estado los más eran de la opinión francesa; porque tuvieron siempre por averiguado que al fin los franceses habían de ganar aquel reino, según la mucha parte y autoridad que la casa de Francia en aquel reino tenía, y aun en toda Italia. Y las potestades y señores della y las señorías de las cibdades libres eran de la Liga de Francia; y la poca parte que la Casa de Aragón en aquel reino tenía, y más la mucha experiencia que en las armas tenía la nación francesa, y la poca que los españoles, y el grueso ejército que los franceses tenían, y el pequeño que los españoles v mal pagado, de cuya causa muchas veces se amotinaban, con otras muchas ventajas que de la una nación á la otra había; y más agora visto el Gran Capitán retraído á Barleta y haber desamparado la mayor parte de Calabria, y más viendo á los franceses señores del campo. Al real de los franceses venía cada día gente de refresco y nuevos capitanes con gente de caballo y de pie, y en el ejército de los españoles cada día faltaban los soldados y los mantenimientos y todas las otras cosas necesarias á la guerra.

Por estas cosas y otras muchas los más señores y pueblos de aquellas provincias seguían la parte francesa y se habían levantado por ellos y hacían guerra á los que seguían á la parte de Aragón.

### CAPÍTULO II

*De lo que aconteció al capitán Gómez de Solís, que, como dijimos, estaba en la cibdad de la Mantia, contra los Príncipes de Salerno, Visiñano y Rosano.*

Estando el capitán Gómez de Solís en la Mantia, adonde el Gran Capitán le había enviado para defender aquella cibdad y fortaleza, supo cómo los príncipes de Salerno, Rosano y Visiñano habían tomado la villa de Cosencia, y estaban todos tres con muy buena gente, así suya como de franceses, y cada día combatían la fortaleza, en la cual estaba Sebastián de Vargas, un muy buen capitán y muy animoso, que se la defendía con mucho ánimo. Pues sabido por el Comendador Gómez de Solís lo que estos tres Príncipes hacían, que cada día combatían la fortaleza, partió muy secretamente de la Mantia con

cincuenta de caballo; y tuvo forma cómo entró en la cibdad antes que amaneciese, y se puso en la plaza de Cosencia, diciendo: «¡España, Española!». Los Príncipes, aunque fueron turbados tan de súbito, comenzaron á armarse y pelear; mas Gómez de Solís y sus hombres de caballo pelearon tan valientemente que los Príncipes no tuvieron ánimo para pelear sino para se salvar, y echábanse por el muro, donde muchos dellos murieron, y los que se pusieron en defensa fueron muertos y presos.

El Vargas, veyendo el socorro, salió de la fortaleza y ayudó su parte. Hábose de allí mucho despojo y prisioneros y caballos y arneses; porque los Príncipes fueron tan turbados que aun no llevaron todos los vestidos de sus personas; y aun dellos cayeron del muro y fueron maltratados. Fué cosa muy de ver en cuán poco tiempo aquel negocio fué comenzado y acabado por el gran valor de Gómez de Solís.

### CAPÍTULO III

*De lo que pasó al Comendador de Trebejo Pedro Piñero con el Príncipe de Rosano.*

En este mismo tiempo el Príncipe de Rosano, juntos los suyos y los franceses, ayuntó muy buena gente de caballo y de infantería y fué á cercar la fortaleza y villa de Cotron, la cual tenía aquel Comendador de San Juan Pedro Piñero, y combatieron la villa con muchos pertrechos, y el Comendador se la defendió con mucho ánimo y les mató algunos soldados; porque pensó el Príncipe de Rosano de emendar en este combate la afrenta recibida del Comendador Gómez de Solís.

Sabido por el Comendador Aguilera, que estaba muy cerca de allí, que tenía una plaza por mandado del Gran Capitán, salió con ciertos soldados y fué á socorrer al dicho Comendador. El Aguilera acometió al Visiñano con muy grande impetu y esfuerzo. El Piñero salió de la villa y les dió en las espaldas, en que les mataron mucha de su gente, y siguiendo el alcance les tomaron á Belcastro y le pusieron fuego. Este Belcastro era del dicho Príncipe de Rosano; y lo mismo hicieron á otros lugares del dicho Príncipe. El Príncipe, yendo huyendo, iba muy corrido y afrontado que tan pocos soldados le hubiesen hecho alzar el real de sobre Cotrón y aun les hubie-

sen hecho huir y quemado aquellos lugares. Recogió la más gente que pudo y volvió á los españoles y les dió la batalla. Los españoles acometieron, aunque eran tres veces más que ellos; el Piñero y el Aguilera animaron á los suyos y pelearon un rato, mas al fin los del Príncipe comenzaron á huir y el Príncipe se salvó á uña de caballo, que no paró hasta Rosano, y aun allí no pensó de estar salvo, dejando muertos en el campo muchos y otros presos.

### CAPÍTULO IV

*De la provisión y socorro que hizo en Calabria desde Barleta.*

Visto por el Gran Capitán que no podía socorrer á las provincias de Calabria, envió á mandar á Luis Pixón, Virrey de Sicilia, que había sucedido á Juan de Lanuza, que con la gente que más pudiese fuese á socorrer á los españoles que estaban en Calabria.

El Pixón, visto el mandamiento del Gran Capitán, luego lo puso por obra. Partió de Palermo y fué á Mecina, pensando poner algún remedio; mas no pudo, porque la gente natural de aquel reino de Sicilia no es hábil para la guerra; pues hacer gente extranjera ni á la sazón la había ni de dónde se pudiese hacer. Con todo esto hizo doscientos cincuenta soldados de la tierra y ciento de caballo.

A esta sazón llegó allí don Hugo de Cardona, que venía de Roma con hasta trescientos cincuenta soldados, y con estos quinientos soldados y los ciento de caballo pasaron estos dos capitanes á Calabria. Este don Hugo de Cardona vino á servir al Gran Capitán en esta necesidad por esta causa. Estando César Borja, Duque de Valentín, hijo del Papa Alexandre, conquistando la Romanía, de que se quería hacer señor, conquistaba el ducado de Urbino, diciendo que el Papa Alexandre, su padre, le había dado la investidura de aquel Estado, á quien pertenecía, porque pertenecía á la Sede apostólica, y haciale muy cruda guerra el Valentín al Duque de Urbino. El cual se fué al Rey de Francia á suplicalle hiciese con el Valentín se dejase de le hacer guerra; porque este Duque, aunque era español, era francés en la opinión, porque era casado en aquel reino con Carlota, hija de mos de Labrit, en Gascuña.

Pués como el Rey de Francia inviase á lla-

mar al Duque César Borja, él se fué á Francia al llamamiento del francés y dejó encomendado su ejército á don Migelote. Visto por los españoles que en aquel ejército de Valentín [estaba] sobre la cibdad de Camarino que el Duque se había pasado á Francia, y más vista la necesidad que en Calabria había de gente, dejaron aquella milicia y se fueron á Roma, y allí se juntaron y tomaron por capitán á don Hugo de Cardona, estando allí con él el capitán Juan Miguel de Alcaraz, Avila, Espinola y Ortega.

### CAPÍTULO V

*De lo que Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos en Roma, hizo vista esta necesidad que había en Calabria*

Visto por Francisco de Rojas, embajador en Roma por los Reyes de España, la necesidad que había de gente en Calabria, mandó pregonar en Roma que todos los españoles que en aquella cibdad había á la sazón se fuesen á Calabria para se juntar con don Hugo de Cardona y con los otros capitanes españoles que allí estaban, y que luego viniesen á tomar paga á casa de dicho embajador; y que si así lo hiciesen que allende de les pagar luego su sueldo, se les harían mercedes, que si no serían dados por traidores: porque de todos había mandado el embajador hacer lista de quién eran y de dónde en España, y de cómo se llamaban, y que si dentro de tantos días no saliesen para ir á Calabria, se haría contra ellos proceso de traidores á su Rey; y por las cartas firmadas en blanco que de los Reyes Católicos tenía, lo mandó luego poner por obra, que ellos y los que dellos descendiesen fuesen tenidos por tales. De los que por esta providencia se juntaron se hicieron doscientos cincuenta soldados, de los cuales fué por capitán García Alvarez Osorio, sobrino del dicho embajador Francisco de Rojas. Este García Alvarez se partió dos días después que don Hugo.

### CAPÍTULO VI

*De lo que estos capitanes españoles hicieron después que todos tres se juntaron contra los franceses.*

Estos dos capitanes, don Hugo y García Alvarez Osorio, y Luis Pixón, Virrey de Sici-

lia, se fueron á aposentar á la villa de Seminara, que es ocho millas de Terranova, á do estaba don Diego Ramírez, y también se vino á juntar con ellos Nuño de Ocampo dende Ríjoles, y trajo algunos soldados. Pues juntos estos cuatro capitanes con hasta novecientos hombres entre infantes y de caballo, determinaron de ir á descercar la fortaleza de Terranova, que los franceses tenían cercada, seyendo su capitán el Conde de Mérito (\*).

Estaban el Conde y los franceses aposentados en la villa. Los españoles que en la villa estaban defendían la fortaleza con grande ánimo y hacían mucho daño á los de fuera. Sabido por el conde de Mérito que los españoles venían á descercar la fortaleza, salióles al camino con trescientas lanzas y muchos peones. Cuando aquellos capitanes vieron á sus enemigos, comenzaron á animar á los suyos, principalmente á los sicilianos, en quien no había tanto esfuerzo. A éstos entremetieron entre los españoles, diciéndoles que mirasen los grandes hechos de armas que los españoles hacían desde Barleta y que no eran ellos menos que aquéllos. A esta hora llegaron los italianos y franceses. Los cuatro capitanes fueron los primeros que rompieron sus lanzas; pelearon muy animosamente los unos con los otros; fué grande la porfía de los unos y de los otros; los sicilianos se pusieron en huida y dieron mucho ánimo al Conde y á los franceses; mas al fin, no pudiendo sufrir la furia de los españoles, se retrujeron y comenzaron á huir, y quedaron muertos en el campo muchos italianos y franceses. En este rencuentro pelearon muy animosamente los cuatro capitanes que dijimos, socorriendo á todas partes.

### CAPÍTULO VII

*Cómo en este tiempo llegó á Calabria Manuel de Benavides con gente de caballo y de pie á la provincia de Calabria.*

Luego siete días adelante llegó Manuel de Benavides, natural de Baeza y muy principal en aquella cibdad, enviado por los Reyes Católicos para socorrer á la provincia de Calabria. Traía en su armada, en once navíos, doscientos hombres de armas y doscientos

(\*) Al margen, de la misma letra del texto: «Llamábase este Conde de Mérito Jacobo de Sautseverino».

jinetes y trescientos soldados. De los hombres de armas eran capitanes Antonio de Leiva, mozo de veinte y un años, teniente de su padre Sancho Martínez de Leiva, que después le vimos ser el mejor capitán de industria y valentía de su persona, que en ningún tiempo se vió en Italia ni en otra nación alguna, y que fué el principal de la prisión de Francisco, Rey de Francia, en el cerco de Pavía, y el otro era Alvarado. De los jinetes eran capitanes el mismo Manuel de Benavides y Gonzalo de AVALOS, teniente de Bernal Francés. Iba también por capitán Valencia de Benavides, un hombre de gran esfuerzo, según en las guerras de Italia conocimos, hermano del dicho Manuel de Benavides. Con esta gente llegó á Mecina á los quince días de octubre. Luego dende á tres días se desembarcó en Frijoles. Muriéronse en el camino en la mar ochenta caballos.

Con esta gente que Manuel de Benavides llevó se juntó la que Luis Pixón, Virrey de Sicilia, había traído de aquella provincia, y la de los otros tres capitanes, don Hugo de Cardona y Garci Alvarez Osorio y Nuño de Ocampo, con la gente que trajo de Rijoles, que serían por todos hasta novecientos soldados y cuatrocientos hombres de caballo. Fuéronse todos derechos á Sant Jorge, adonde estaba por capitán Duarte, un vizcaíno de quien atrás dijimos. Luego adelante á los veinticinco días del dicho mes salieron en campaña y se comenzaron á apoderar de algunos lugares de Calabria.

### CAPÍTULO VIII

*De cómo mos de Aubery, sabida la nueva de la venida de Manuel de Benavides, y cómo él y los otros capitanes se habían juntado y hacían guerra á los que tenían la voz por Francia, lo fué á socorrer.*

Los Príncipes y señores de Calabria, visto la guerra que Manuel de Benavides y los otros capitanes hacían en Calabria, invitaron á llamar á mos de Aubery para que los socorriese, y más habiendo sabido cómo habían desbaratado á Morgano, Conde de Mélito. Oído por mos de Aubery, así con la gente que antes tenía, como con la que nuevamente había venido, con seis mil infantes y con muy grande copia de gente de caballo, hombres de ar-

mas y con muy buenos capitanes, se fué á buscar á los enemigos que se iban de Terranova á ciertos lugares más fuertes, adonde esperasen á los enemigos, porque los muros de Terranova eran muy flacos. Mos de Aubery dió muy gran priesa de seguir á los españoles, porque los tenía ya por vencidos, así por la gran ventaja que les tenían, que había seis franceses para un español, y confiando en la fortuna que le había sido muy favorable y felicísima siempre en aquella provincia; y porque venían con él los Príncipes de Salerno y Rosano, y los dos Condes de Capacho y Mélito, con otros muchos varones que seguían la parte francesa, y otros que se habían pasado de los españoles á los franceses viendo tantas ventajas.

Venía con mos de Aubery, por capitán de los ballesteros gascones y de tres banderas de suizos, el Griñi, y venía asimismo Malaherba, por capitán de los caballos ligeros. Mas toda la fuerza en quien el Aubery tenía toda su esperanza era en el escuadrón de los hombres de armas escoceses, que habían siempre seguido su milicia, y los tenía en mucho por la gran fidelidad que dellos siempre había conocido.

### CAPÍTULO IX

*Del rencuentro que pasó entre los franceses y españoles.*

El Cardona, sabido que los enemigos venían cerca y tan pujantes como sabían, rogó á Manuel de Benavides y á los otros capitanes que mirasen bien á dónde se habían de recoger; que á él le parecía se fuesen á la roca de Sant Jorge, porque era tierra más aparejada para se defender de sus enemigos y para los ofender cuando el tiempo lo pidiese. Mas los nuevos capitanes que nuevamente de España habían venido estorbaron que no se tomase aquel consejo, porque les pareció que perdían gran reputación y ser cosa muy vergonzosa retirarse antes que viesen á los enemigos y antes que supiesen qué tan cerca estaban y se les representasen, y hasta saber cuánta gente y de qué calidad eran.

Habíalos engañado una espía de un calabrés que había venido del campo de los franceses y les había certificado que los franceses no llegarían en aquellos tres días. El de Aubery, como soldado viejo y capitán de mu-

cha experiencia, aprovechó de la presteza para tomar á los españoles antes que se recogiesen á alguna tierra. Marchó toda la noche por desviados caminos sin un punto parar, por donde los calabreses le guiaron; y llegado cerca, comenzaron á tocar las trompetas. Venían en la avanguardia los Príncipes de Visiñano y Salerno, con muy buena gente, así de pie como de caballo, y estos dos Príncipes venían al lado derecho, y al izquierdo venía el Griñi, que, como dijimos, guiaba la gente de caballos ligeros. En la batalla venía el de Aubery con los hombres de armas escoceses y franceses en escuadrón cerrado. El Malherba mezcló los suizos con los ballesteros gascones, á los cuales juntó con el Griñi, que venía al lado derecho de la avanguardia, y éstos hacían mucho daño á los españoles. Los españoles, como descubrieron á sus enemigos, aunque eran muchos menos en número, comenzaron á poner en orden su gente y esforzar á los suyos. Manuel de Benavides y el Cardona les dijeron que se acordasen la honra grande que ganan con vencer los pocos á los muchos, y que mengasen las manos con grande esfuerzo, y lo mismo hacían los otros capitanes. A esta hora llegaron los franceses. Mos de Aubery les dijo que no dejasen ni un solo español á vida, que toda aquella canalla era suya; y que aquella era la tierra adonde la fortuna le tenía guardada siempre la victoria; por ende que se desenvolviesen y no quedase quien pudiese llevar la nueva al Gran Capitán á Pulla. A los italianos mandó, so pena de la vida, el que tomase á español vivo, sino que á todos los matasen como vieisen hacer á los franceses.

Los capitanes españoles se juntaron en la retaguardia: el Benavides, el Cardona, Valencia de Benavides, el de Ocampo, los dos Alvarados, padre y hijo, Salazar, el Osorio, el Pixón y Antonio de Leiva. Estos esperaron á los enemigos con muy grande esfuerzo y sufrieron el ímpetu de los contrarios; y deste primer encuentro los mataron hasta veinte hombres de armas, y entre ellos al Griñi, muy buen caballero y muy valiente, que iba, como dijimos, en la avanguardia, que, como vió á los españoles se retraer, como cosa que tenía por vencida, alzó la vista del almete, y un soldado español le metió por un ojo la punta de una pica, que lo pasó de la otra parte, de que luego cayó muerto. El Aubery, confiando en la fortuna

pasada, peleó con grande ánimo, y fué tomado en medio de ciertos caballos ligeros españoles, y llevándole preso, queriéndole quitar el yelmo para le cortar la cabeza, fué socorrido por el Duque de Salerno con su escuadrón cerrado, y lo tomó de las manos de los españoles.

Todos los que aquel día vieron á Manuel de Benavides dicen no haber visto y leído más esfuerzo en un hombre. Daba golpes á sus contrarios cuales se cuentan en los libros de Tristán y Amadís. Pues de su hermano Valencia de Benavides y del Cardona, con todos los otros capitanes, estaban los franceses escantados. Todos aquellos capitanes eran amparo de los suyos. Los Alvarados, padre y hijo, hacían maravillas con las armas, y lo mismo todos los otros. Pues Antonio de Leiva, que entonces le apuntaba la barba, como un bravo león, cuando se encarna en las animalias que topa, habiendo gran hambre, se adelantaba entre todos, que bien dió allí á entender lo que después le vimos, seyendo de más edad.

Entre estos caballeros franceses venía uno, llamado mos de Xatenberg, capitán de hombres de armas: éste se adelantó de los suyos y se fué para Manuel de Benavides, porque vió las maravillas que en armas hacía y el daño que en sus compañeros había hecho, y le hirió, de que Manuel de Benavides se sintió mal; mas luego llevó el pago, dándole una cuchillada, enhestado en los estribos, sobre el yelmo, que aunque era muy fuerte se lo hendió y pasó la espada y le partió la cabeza por medio; y la espada prendió de tal manera entre el almete y el casco que, no la pudiendo sacar, tiró tan recio por ella que lo derribó del caballo, y así tuvo lugar de sacalla: ya iba muerto cuando cayó. Los que después vieron esta cuchillada no se espantaban de las hazañas de los griegos y romanos. Decíame Diego de Trillo, que vió el almete y cabeza del Xatenberg hechas dos partes la una y la otra. El de Aubery, que venía en la retaguardia, antes que le aconteciese la desgracia pasada daba grandes voces y les inviaba á decir que cómo no acababan de vencer á aquel los pocos españoles de suyo vencidos. Ellos le inviaron á decir que no eran hombres, sino ocho ó nueve diablos. Aquí fué preso Gonzalo de Avalos, que se metió entre sus enemigos, peleando como muy valeroso capitán. Los españoles se iban retrayendo y

volvían á ellos, que ya no les pegaban tanto; hasta tanto que los franceses se volvieron y los dejaron y se volvieron á Terranova. Los españoles se fueron á poner en una villa llamada Tura; y aunque el Cardona traía á su cargo la gente que dijimos, y el Pixón la de Sicilia y el Osorio la que trajo de Roma, y así los otros capitanes, todos obedecieron por su General al Benavides, visto su esfuerzo y buca tratamiento que á todos hacía y le deseaban servir y complacer.

Así estuvieron en aquella villa de Tura, de donde hicieron cosas dinas de notarse. Después de aquesta rota, tomó mos de Aubery sin herida ninguna la Mota Bufalina y otros lugares en aquella comarca, y la Pocella: que pocos lugares quedaron que no se dieron á los franceses, como á gente que tenían por vencedora.

## CAPÍTULO X

*De cómo don Luis Portocarrero, señor de Palma, enviado por los Reyes Católicos, aportó en Sicilia, y cómo en llegando murió, y lo que el ejército hizo después de su muerte.*

Sabido por los Reyes de España la pujanza que en Calabria tenía mos de Auberi, y cómo el Gran Capitán no los podía socorrer, mandaron aparejar con muy gran diligencia una armada de once navíos en el puerto de Cartagena, y en ella muy buena gente de pie y de caballo; y aunque muchos señores y caballeros deseaban ir y llevar á su cargo aquella gente, á todos fué preferido don Luis Portocarrero (1), señor de Palma, porque allende de ser casado con hermana de doña María Manrique, mujer del Gran Capitán, eran ambos á dos muy amigos. Don Luis Portocarrero partió del puerto de Cartagena, y con buen tiempo llegó á Mecina, ciudad de Sicilia, que fué á los cinco días de Marzo. Llevaba trescientos hombres de armas y trescientos jinetes y dos mil y quinientos soldados. Iban con él por capitanes don Fernando de Andrada; don García de Ayala, que murió en Cerdeña; Alonso Niño, teniente del Adelantado de Granada. De los jinetes iban por capitanes Alonso de Carvajal, natural de Baeza, señor de Xodar, y Fi-

gueredo y Hernando Quijada. Desde Mecina pasó toda la armada en Ríjoles, y desembarcados allí, adoleció Puertocarrero y murió, de que á todos pesó mucho, porque era muy buen caballero, y murió muy católicamente.

Enterrado Puertocarrero y hechas sus obsequias, ordenaron la gente de guerra que allí estaba de elegir capitán en lugar de Puertocarrero. Todos los más elegían á Manuel de Benavides, por haber visto las cosas que en armas había hecho, y vista la calidad de su persona, y todos los otros capitanes eran de este parecer; mas el mismo Benavides trabajó y tuvo forma que todos eligiesen y nombrasen por capitán en lugar de Puertocarrero al Conde don Fernando de Andrada, un caballero gallego y de mucha calidad en aquel reino y de mucho ánimo, según después pareció. Así fué este Conde don Fernando de Andrada nombrado por General de la gente de guerra que estaba en Calabria, así de la que Puertocarrero llevó como de la que allá estaba, hasta que los entregase al Gran Capitán, adonde los dejaremos ahora, que estaban dereszándose para ir á dar la batalla á mos de Auberi y á los otros príncipes de aquella provincia, que casi todos, como hemos dicho, seguían la parte francesa, y contaremos lo que el Gran Capitán hizo en Barleta, que salió de aquella villa á buscar á sus enemigos en campaña.

## CAPÍTULO XI

*De cómo el Gran Capitán, que estaba en Barleta, salió de aquella villa en campaña y fué á buscar á sus enemigos.*

El Gran Capitán, habiendo estado sitiado siete meses en Barleta de la manera que habéis oído, con sólo aquel grande esfuerzo suyo y grandeza de ánimo nunca vencido, con que todos aquellos tiempos había sufrido los trabajos que hemos contado y los pareceres y murmuraciones de todos generalmente, así de los de su campo y amistad como de los Reyes Católicos y de todos los de España, salvo el de la Reina doña Isabel, que siempre había dicho en público y en privado que suspendiesen la murmuración en lo que tocaba al Gran Capitán hasta el fin de los negocios, porque había de ser muy al contrario de los pareceres que daban, principalmente de

(1) Al margen, de la misma letra del texto: «Era esto don Luis Puertocarrero de nación ginovés, de noble sangre de aquella cibdad».



los parientes del rey don Fernando, que más en ello insistían, respondió públicamente delante de muchos Grandes que allí estaban, y dijo: «¿Sabéis en qué estoy resuelta? Que lo que el Gran Capitán no pudiere hacer, ningún otro de todos nuestros reinos y señorías lo hará; y los que en las cosas del Gran Capitán hablan siniestramente, es de pura envidia». A esta hora hallóse allí don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla, un Grande de más crédito que en aquel tiempo en este reino había, y de más reputación, y dijo: «Yo defenderé por mi persona ó de su casa á casa á quien lo contrario dijere». El Rey mandó que no se hablase en ello, porque ninguno era nacido que mejor supiese las cosas que tocaban á un capitán muy valeroso y de grande esfuerzo y providencia como era el Duque de Sesa.

Pues determinado el Gran Capitán de salir de Barleta, mandó á todos los capitanes que se aparejasen para salir en campaña á buscar á sus enemigos. Y porque tenía gran confianza en Luis de Herrera y Pedro Navarro, invióslos á llamar á Taranto que viniesen con la más gente que pudiesen allí á Barleta. Pues determinado de salir de Barleta fué su designio de ir á tomar la Chirinola, que era una villa muy importante, y un paso para pasar adelante, la cual y la fortaleza estaban por los franceses; y el Conde, que era muy mochacho, y su madre por sus cartas secretas avisaban cada hora al Gran Capitán que fuese luego, que le abrirían las puertas.

Las causas que al Gran Capitán movieron para salir de Barleta fueron las siguientes: la primera, las grandes necesidades que allí padecían; la otra, que no podían tener á los tudescos en tanto aprieto; la otra, que ya todos los españoles estaban para se ir á buscar á sus enemigos; también comenzaban ya los soldados á morir de landres.

## CAPÍTULO XII

*De un rencuentro que hubieron Luis de Herrera y Pedro Navarro con Andrea Aquaviva, un capitán que se iba á juntar con los franceses.*

El Duque de Nemos tuvo por cierto y también fué certificado por sus espías que el Gran Capitán saldría de Barleta en campaña, y que no podían dejar de pelear. Escribió á

Andrea Mateo Aquaviva, un varón muy valeroso y de gran industria en las cosas de la guerra, que de Conversano adonde él estaba, se fuese adonde estaba aquel Luis de Arce, de quien atrás dijimos, capitán del Rey de Francia, aunque de nación español; y que entrambos juntasen sus fuerzas y se viniesen para él, porque tenía gran confianza en estos dos capitanes, y que allí en Canosa los esperaba. Tenía mosiur de Auberi en mucho la persona del de Arce, así en el esfuerzo de su persona como en la industria de las cosas que tocaban á la guerra, y sin él no quería intentar cosa alguna, porque le parecía el Arce muy acomodado para hacer jornada.

Pues mientras el Arce y el Aquaviva concertaban su partida, Pedro Navarro tomó las cartas del Nemos para el Arce junto á Taranto. Avisado del designio destes capitanes, hizo una emboscada en cierto lugar por donde el Aquaviva había de pasar á se juntar con el Arce. Pues pasando el Aquaviva, salió Pedro Navarro y le acometió con tan grande ánimo que el Aquaviva fué salteado; mas él como animoso capitán animó á los suyos y señor Juan Aquaviva, su hermano, y pelearon valerosamente. Mas muerto el caballo y herido el Andrea Aquaviva, fué preso. El hermano Juan Aquaviva, pensando de renovar la batalla, peleó con grande ánimo hasta que fué muerto, habiendo hecho su deber como hombre de gran valor. La gente de caballo fué rompida y los soldados asimesmo, y casi todos vinieron en poder de Pedro Navarro.

Esta empresa fué con mucha felicidad en muy poco tiempo comenzada y acabada. Despachado esto, el Pedro Navarro y el Herrera se fueron con esta presa á Barleta. El Gran Capitán los salió á recibir con aquel gesto alegre que suele, y les dijo que debían darse muchas gracias á Dios por haber preso á un tan valeroso capitán como el Aquaviva, y más tener las personas de tanto valor y esfuerzo como eran ellos dos para la jornada que querían hacer.

## CAPÍTULO XIII

*De cómo el Gran Capitán salió de Barleta camino de la Chirinola, y lo que en aquella jornada aconteció.*

El Gran Capitán hizo alarde de su gente y halló que tenía cinco mil españoles, así de

pie como de caballo, de esta manera: seiscientos hombres de armas; setecientos jinetes, el resto de soldados, y más los dos mil alemanes. El Nemos estaba en Canosa cinco leguas de la Chirinola. Pues determinada la salida, mandó á Nuño de Ocampo, que era venido entonces de Calabria, que fuese un jueves, que se contaron veinte y seis días de Abril del dicho año de quinientos y tres años, que fuese y asentase el real en aquel punto que Aníbal, el capitán de los cartagineses, tuvo su suerte cuando venció á los romanos y les mató cincuenta mil hombres, que aun entonces estaban allí las señales y antigüedad dél. El Gran Capitán dejó en Barleta á Francisco Sánchez, despensero mayor, con su capitania para en guarda de Barleta; y á Juan de Lezcano dejó en guarda de las galeras en el puerto, y él salió de Barleta y llegó á su fuerte ese día á la noche; y mandó luego llamar á consejo á todos los señores y capitanes, y á los del Consejo de la guerra, para que diesen sus pareceres sobre lo que otro día se debía hacer. Los que allí se hallaron eran los siguientes: el Duque de Termoly, Fabricio Colona y sus dos hermanos menores, el Próspero y Marco Antonio; el Conde de Sant Severino, el Conde de Nochito, Héctor Ferramosca, don Pedro de Cicura, prior de Mecina; don García de Paredes, coronel; el coronel Villalba, don Diego de Mendoza, Pedro de Paz, su primo Carlos de Paz, Luis de Herrera, Pedro Navarro, Pizarro, Espés y otros muchos capitanes. Los del Consejo de la guerra eran: mosén Malferite, mosén Hozes y mosén Claver, Iñigo López de Ayala, á los cuales preguntó el Gran Capitán qué les parecía que debían hacer otro día, aunque él estaba determinado en lo que después hizo. A todos les pareció, sin faltar uno solo, que se debían otro día ir á buscar á sus enemigos y darles la batalla; que esperaban en Dios que habrían la victoria, según la buena voluntad que la gente de guerra llevaba. Oído este parecer por el Gran Capitán, les dijo: «Pues yo estoy de parecer contrario; porque nunca Dios quiera que vamos á buscar á los franceses para pelear con ellos y derramar sangre de cristianos, redemida por la de Nuestro Redentor, cosa tan contraria á la religión cristiana; sino vámonos derechos á la villa de Chirinola con nuestro campo, nuestro camino derecho, y si ellos nos

acometieren, en nuestra defensa de ley divina y humana somos obligados á nos defender. Y esta es mi determinada voluntad; por la mañana, con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora, todos estén á punto para caminar derechos á la Chirinola; porque en llegando nos abrirán las puertas, que nos están esperando. Todos aquellos señores y capitanes se fueron á se aparejar para otro día se partir en amaneciendo.

#### CAPÍTULO XIV

*Del consejo que aquella noche tuvo el Virrey de Francia Nemos en su real con los señores capitanes de su ejército sobre lo que otro día harían.*

Aqueila mesma noche, que fué á veinte y seis de Abril, tuvo el Nemos su consejo con los señores y capitanes de su ejército sobre lo que otro día harían, y fué á la mesma hora que lo tuvo el Gran Capitán. El de Nemos les pidió su parecer de lo que otro día debían de hacer, pues que sabían que el Gran Capitán salía otro día de Barleta hacia la Chirinola. A todos les pareció que debían otro día de ir á buscar al Gran Capitán y pelear con él, que sin duda habrían la victoria.

De este voto era el mos de Tramolla, el mejor capitán que en aquella sazón había en Francia, y Bayarte, y mos de la Paliza, y mos de Alegre, mos de Cicute, San Pol, mos de Formento, y Cardeyo, capitán de suizos, Persy y otros muchos capitanes. El de Nemos les dijo: «A mí me parece muy al revés de aquesto; porque los españoles vienen muy ganosos de pelear y muy desesperados; y jamás había de pelear nadie con su enemigo cuando desea mucho la batalla, principalmente con españoles». Mos de Alegre le respondió: «Bien parece que vuestra señoría es mozo y sin experiencia de la guerra; si hubiera seguido la milicia dijera muy al revés. Por ende yo requiero á v. s. de parte del Rey nuestro señor y de la nuestra que mañana dé á los españoles la batalla, que yo espero en Dios que venceremos; y si no el Gran Capitán con su astucia nos gastará, como ha hecho desde Barleta, como hizo Quinto Fabio Máximo á Aníbal, y esta falta será causa de otras muchas». A este parecer del Alegre se tuvieron todos los otros capitanes. Visto

por el Virrey su determinación, les dijo: «Pues que, señores, á todos os parece, yo lo haré así. Yo iré mañana á la Chirinola, adonde los españoles van determinados y allí se dará la batalla; y yo os prometo, á fe de gentilhombre, que mañana ó yo sea vencedor ó quede muerto en el campo; y plega á Dios que así lo hagan los que aquí dan su parecer». Tramolla dijo entonces al Nemos: «No va mañana el Gran Capitán á vencer, que ya sabemos que no lo ha de hacer, sino á morir en ese campo raso, como había de morir en el cerro de Barleta». «Pues yo, dijo el Nemos, le hiré á tomar el paso por donde ha de ir mañana; por ende todos se aparejen y estén á punto por la mañana. Comience luego la gente á caminar, y vos, mos de Alegre, tomad cargo de llevar la avanguardia con mos de la Paliza; y vos, Sant Pol, madrugad y id á descubrir el campo de los españoles, y avisadme del camino que llevan, con mucho cuidado de lo que los españoles hacen y qué camino llevan, aunque yo sé que van á la Chirinola. Llegaremos mañana antes que ellos, y tomaremosles el paso».

El Gran Capitán llamó á Luis de Pernia, sobrino de Luis de Pernia, alcaide que fué de Osmá, y le dijo: «Pernia, id y amaneced sobre el campo de los franceses, y avisadme de lo que hacen y qué camino llevan, y llevad con vos los jinetes que os pareciere». El Gran Capitán se levantó muy de mañana y oyó misa con muy grande devoción; y oyéndola derramó muchas lágrimas, que á todos aquellos señores y capitanes hizo enternecer en ver con la devoción y lágrimas que oyó la misa. Luego mandó partir el ejército camino de la Cherinola y que fuesen muy á punto, porque si fuesen acometidos los hallasen apercibidos.

El Pernia amaneció sobre el campo de los franceses. Luego envió un jinete á avisar al Gran Capitán cómo el campo de los franceses comenzaba á caminar, aunque el real quedaba asentado. Luego envió otro jinete cómo todo el campo comenzaba á mover contra la Cherinola, adonde su señoría iba. Tras éste vino el mismo Pernia, diciendo cómo todos iban de arrancada derechos á la Cherinola.

Cuando el Gran Capitán, jueves á la noche, otro día antes, determinó de partir de aquel parque de Canosa, llamó al Medina y dijole:

«Decid, ¿quedan en Barleta algunas alhajas mías?». El le respondió que sí, que quedaban diez y ocho arcas con joyas de oro y plata, y ropas de seda y brocados. El Gran Capitán le dijo: «Pues luego á la hora las haced traer, y pasen por la fortuna que nosotros pasáremos. No se diga que saqué los hombres á pelear al campo y dejé mis andrajos so techado. Luego á la hora invid por ello y se traiga aquí, sin que quede cosa alguna». El Medina fué luego con ciertos jinetes y los trajo, y venido le dijo: «Si no halláredes en qué llevar esa pobreza, dejalda en ese campo y mirad no quede so techado».

## CAPÍTULO XV

*De cómo el campo de los españoles partió del fuerte de Canosa, y se fué derecho á la Cherinola, y lo que en el camino les aconteció.*

Otro día por la mañana partió todo el campo camino de la Cherinola y hay tres leguas sin agua alguna; y el Medina sabiendo aquella necesidad, mandó llevar cuatro carretas cargadas de cueros de vino y bizcocho; y fué tanto el calor y la falta de agua, que los soldados chupaban unas cañalejas, que había muchas en aquel camino y que les hacían mucho mal. Y á esta hora vieron el campo de los franceses ir muy en orden, muy concertados sus batallones. Visto por algunos de los españoles el poderoso campo de los franceses, hobo en algunos dellos tanta turbación que á esa hora desaparecieron y otro día fueron hallados unos en Manfredonia y otros en otras partes, teniendo por cierto que el campo de los españoles no era parte para se defender del de los franceses, aunque fueran dos tantos más, y aun entre éstos, algunos del Consejo de la guerra que no quisieron hallarse presentes á la batalla, aunque la noche antes habían sido de parecer que fuesen á buscar á los franceses para pelear con ellos.

A esta hora el ejército iba tan fatigado de la gran calor y sed, que murieron de sed cuarenta y siete alemanes, y una mujer asimismo alemana. Los soldados no podían caminar del gran calor y sed; y el Gran Capitán los hacia tomar á las ancas, y principalmente los que iban armados, lo cual los de caballo hacían de muy grande voluntad; y todos lo hacían, visto que él llevaba, él mismo, á un

tudescos alférez. Vino el negocio á tal estado, que los alemanes determinaron de no pasar adelante, sino de volverse atrás. Estando en este conflicto, llegó el Medina, y dijo: «¿Qué es esto?» Y sabido cómo pasaba, dijo al Gran Capitán: «Señor, barruntando esto, traigo allí cuatro carretas cargadas de cuero de muy buen vino y de bizcocho». El Gran Capitán le dijo: «Medina, vos sois hoy el vencedor desta batalla». Llegadas las carretas y habiendo los alemanes bebido á su placer, dijeron que fuesen adelante y que les pusiesen á toda Francia delante, que á todos los vencerían. El Gran Capitán mandó que por escuadras fuesen al escancio de aquel río que habian pasado y trajesen agua.

Al fin llegaron los españoles antes que los franceses á la villa de Cherinola. Esta villa de la Cherinola está puesta en un alto. Fué llamada antiguamente Castillo de Geryón y fué muy mentado por haber sido combatida por aquel Aníbal, capitán de los cartagineses, y no hubo efecto su cerco. Está toda cercada de viñas y olivares. Las viñas como en otras partes estaban cercadas de vallados, dentro de los cuales los capitanes se alojaron y hicieron fosos y alzaron con la tierra que sacaban dellos los vallados y fuertes cuanto la brevedad del tiempo lo pedía. Y fué este reparo muy provechoso contra la caballería francesa, que no podían entrar por allí. A estos reparos dieron gran priesa Pedro Navarro, don Diego de Mendoza, el Próspero y Fabricio y Marco Antonio sus hermanos, y el Gran Capitán con muy dulces palabras persuadía á los soldados á aquel trabajo de los reparos. Mandó plantar la artillería en los lugares que le pareció más necesarios. El Conde de Nochito y Diego de Vera llevaban cargo de la artillería.

## CAPÍTULO XVI

*De lo que los franceses hicieron en llegando cerca de la Cherinola.*

Llegados los franceses cerca de la Cherinola pararon, y mos de Nemos les dijo á los capitanes que dijesen su parecer en el medio que se tenía en el presente negocio que delante sí tenían, y que se resolviesen de presto en ello; y gastaron muy gran parte del día en una contradicción que tuvieron, porque mos

de Nemos y Arce y Formente y Paliza y otros daban muchas causas para que la batalla se debía diferir hasta otro día; mas mosiur de Alegre y Cardeyo, capitán de los suizos, y los otros fueron de parecer que luego diesen la batalla á los españoles sin perder tiempo alguno; y que si esto no se hacía, perderían gran reputación y les sería cosa muy vergonzosa, seyendo tres ó cuatro veces mas, dilatar la batalla para otro día, sino que con aquel ánimo de franceses con que la fortuna suele ayudar á los osados y que tan dichosamente les suele favorecer, los acometiesen, como á gente de suyo vencida y cansada y desesperada. El Nemos bien vía, aunque mozo, que no era aquello lo que cumplía hacer; mas había sido informado que el Paliza había hablado mal en su honra del Nemos, culpándole de remiso y de capitán que no quería hacer jornada, y que hacía perder á la nación francesa gran reputación. Por esta causa el Nemos les dijo: «Pues que, señores, os place que combatiendo hoy pongamos fin á la guerra, peleemos; y si hoy no satisfaciere al servicio del Rey, mi señor, á lo menos cumpliré con mi honra particular muriendo en ella».

A esta hora asentaron su real y plantaron la artillería en un lugar alto, y comenzaron á refrescar. Estarian hasta cuatrocientos pasos de los españoles. Decía cada uno, cuando veían que lo oían los españoles: «Yo bebo treinta marranos». Otro decía: «Yo veinte». El menor número era diez de los que entendían matar en aquella batalla.

El número de la gente que el Gran Capitán en aquella jornada llevaba eran los siguientes: cinco mil soldados, dos mil alemanes, setecientos hombres de armas, mil caballos ligeros; de manera que eran por todos ocho mil y setecientos, y diez y ocho bocas de artillería. En el campo de los franceses había: dos mil lanzas gruesas, cuatro mil caballos ligeros, cuatro mil suizos y veinte mil soldados franceses; así que pasaban de treinta y dos mil hombres, y cuarenta bocas de fuego, culebrinas, cañones y tirifaltes. Iban el Virrey en laanguardia y mos de Ricarte y mos de Bayarte; Lautreque, aunque mancebo de poca edad, al cual vimos después con gran reputación de un muy buen capitán, y mos de Ricarte, el Formente y la Paliza y Alegre llevaban la retaguardia. Mandó el Gran Capitán

fuese el apellido «¡Santiago!» Dijeron las espías que lo traían los contrarios «San Jac». El Gran Capitán respondió: «¿Pues no les basta querernos tomar la tierra sino el santo? Sea Santiago, que cierto lo ternemos en nuestra ayuda». A esta sazón llamó el Gran Capitán á don García de Paredes y díjole: «Don García, hoy ó seamos vencedores ó quedemos en este campo muertos como buenos soldados, que un buen morir honra la vida». Don García le respondió: «Ellos morirán y nosotros viviremos». En esto vino volando una cogujada y se le asentó en los pechos al Gran Capitán. El la tomó y la quebrantó todos los huesos, y las liebres que se levantaban las mandaba traer ante sí, y lo mesmo las hacía así vivas como las traían y las descoyuntaba con la mayor alegría del mundo.

Ya los dos ejércitos estaban á tiro de arcabuz.

## CAPÍTULO XVII

*De cómo pasó la batalla entre los dos ejércitos junto á la villa de la Chirinoia.*

El Gran Capitán mandó al capitán de los alemanes que estuviesen con la artillería en la retaguarda, para que si fuesen rotos tuviesen en ellos espaldas, y que de allí no se moviesen junto á unos olivares. Aquel capitán alemán le respondió que se lo diese firmado de su nombre. El Gran Capitán le daba su anillo, y jamás aprovechó hasta que llevaron escribanías y se lo mandaron por escrito y guardó la cédula. La artillería francesa no podía coger nuestra gente, porque toda iba por alto, que la que más bajo iba era una vara de medir encima, porque los nuestros estaban en bajo y ellos en un alto. Encomenzando el Conde de Nochito y Diego de Vera á jugar con nuestra artillería y hacelles mucho daño, se aprendió, que solo un cañón pedrero quedó atacado, que toda la otra pólvora se quemó. Allegó luego al Gran Capitán Leonardo Alejo muy espantado y dijo: «Ah, señor, y qué gran mal nos ha venido, que la pólvora se ha prendido y se ha quemado toda». Esto decía con gran sentimiento. Al cual respondió el Gran Capitán con cara muy alegre: «¡Oh qué buenas nuevas! Ninguna cosa pudiera oír á esta sazón con que más me alegrara, porque el día se acaba y nos ha de alumbrar la pólvora. Sabed que son lumbreras

de nuestra victoria, la cual tengo agora por más cierta; porque habéis de saber que Dios, sabidor de todas las cosas, muestra muchas dellas antes que vengan, y con fuego muestra cuando han de ser prósperas. El fuego siempre significa victoria».

A esta hora llegó don Diego de Arellano, tío del Gran Capitán, de quien dijimos arriba, y dijo: «Señor, hallaos en este mi caballo blanco, que tiene mucha furia y es muy revuelto y se llama Santiago». «Aunque no sea más de por el nombre, dijo el Gran Capitán, lo tomaré»; y cabalgó en él y hallólo muy bueno. Era muy crecido. Iba el Gran Capitán á la estradiota, vestidas unas corazas españolas de carmesí y un peto que le cubría los pechos. Llevaba cruces coloradas en los pechos y espaldas, quiñotes, brazales y manoplas, un estoque y una daga. Llevaba la cara descubierta. El de Arellano le dijo: «Señor, cubríos la cara porque vais muy señalado», porque llevaba encima de las armas un sayete de damasco blanco con fajas de brocado; así que todo iba de blanco. El Gran Capitán respondió: «Señor tío, los que tienen el cargo que yo y tal día como hoy, no han de cubrir el rostro»; y así lo trujo descubierta en toda la batalla. Dió luego una vuelta á todo su campo animándolos y nombrándolos por sus nombres, diciéndoles palabras que les ponía nuevos corazones. A los alemanes dijo que no desamparasen la artillería; y porque entre ellos había ochocientos arcabuceros, mandóles que de ducientos en ducientos rociasen á los enemigos. A esta hora llegó al Gran Capitán Héctor Ferramosca y le dijo: «He aquí Agustine Bimfo que viene á ver cómo V. S. vence». Este era un grande astrólogo judiciario, con el cual el Gran Capitán holgó en extremo; el cual dijo al Gran Capitán: «O toda la astrología es burla, ó V. S. ha de ser vencedor; porque todos los planetas, signos y influencias muestran vuesa victoria. Id á los enemigos, porque sois vencedor con la ayuda de Dios».

El Nemos hizo tres escuadrones y comenzó á marchar contra los enemigos, sin igualar y ordenar la gente, sino que fuesen para adelante, porque tuvo por muy cierta la victoria. Llevaba muy torcida la orden de la vanguardia, de la cual el capitán Arce tenía cargo, y tras él algo desviado Candeyo con los suizos; y junto, aunque algo detrás, iba Ale-

gre y Bayarte y Lautreque con todo el ejército, muy desiguales.

De la otra parte el Gran Capitán hizo seis escuadrones en derecha frente contra los enemigos. A los cuernos fueron dos escuadrones de caballos y uno detrás de los tudescos, junto al cual iba la infantería española, para que si necesidad hubiese pudiesen arremeter. Adelante con estos infantes iban Villalba, Pizarro, Coello, Espés, Diego García. Mandó asimismo que don Diego de Mendoza y Fabricio Colona fuesen con los otros caballos de fuera, los cuales detuviesen á los enemigos escaramuzando. A esta hora se juntaban los campos. A esta sazón se levantó muy grande oscuridad de polvo y del humo de la artillería, que del todo quitó á los franceses la vista, y se fué aquella niebla mayor con el humo de la artillería.

El Nemos arremetió con grande ánimo, esforzando su gente contra los tudescos de la caballería del cuerno izquierdo; y hallaron un foso, de que dijimos atrás, y allí pararon; de donde fueron echados con muerte de muchos; y andando con su batalla buscando entrada, fué herido de un arcabuzazo, de que murió. Candeyo, capitán de suizos, corrió la misma tormenta, que topó con el mismo foso; y con todo eso se topó con dos mil españoles y pelearon con grande ánimo; que cierto quien esta batalla viera, y el esfuerzo con que los unos y los otros peleaban, no tuviera en mucho otras batallas.

Aquel día el Próspero y sus hermanos, Pedro de Paz y Carlos de Paz, y don Diego de Mendoza, y el capitán Hernán Suárez, Nuño de Ocampo, Diego de Vera, don Jerónimo Lloriz, Mercado, Espés, el capitán Alonso Gallego, el capitán Coello, el capitán Maderiaga, Hernando de Alarcón, los dos Alvarados, Diego García de Paredes, Gil Nieto, Gonzalo de Aller, Olivera, el comendador Rosa y mosén Hoces hicieron cosas muy señaladas en armas. Los cuatro mil suizos, muerto su capitán Candeyo de un arcabuzazo, no volvieron un solo pie atrás, todos murieron peleando como fuertes varones. El Gran Capitán andaba socorriendo á todas partes adonde vía que cumplía; y hallóse entre un escuadrón de picardos y borgoñeses, y entró por ellos como un león, diciendo «¡España! ¡Victoria! ¡Santiago!» á voces, que todos lo oían, con su espada en la mano, sin

mirar inconvenientes ni consultar con la razón; y no paró hasta llegar al alférez, y dióle tan gran cuchillada que le cortó el brazo por la muñeca y parte de la asta, y tomó la bandera y la dió á uno de los caballeros que le seguían, que se llamaba Alonso López de Celada. Los españoles, veyendo la persona del Gran Capitán en tanto peligro y haciendo las maravillas que solía, hacían más que sus fuerzas humanas bastaban.

Pues, sabido por los capitanes franceses la muerte del Nemos y de Candeyo, el Arce y mos de Alegre y Paliza con los otros capitanes todos tomaron un mismo consejo, como si entre sí lo consultasen, de huir. El Arce se fué al ducado de Benavento y el Alegre á Venosa, y todos los otros cada uno por su parte. Los españoles les seguían el alcance y les mataron muchos, y otros trajeron presos con mos de Formento. Apenas quedaba media hora de claridad, que dió ocasión á que los capitanes franceses se salvaran con la oscuridad de la noche.

#### CAPÍTULO XVIII

*De lo que el Gran Capitán hizo, pasada la batalla.*

El Próspero y Fabricio y Marco Antonio fueron los delanteros, y fuéronse derechos al real de los franceses, y hallaron en la tienda del Nemos un gran aparador de plata dorada y muy rica, y una muy suntuosa cena, como aquellos que esperaban de cenar á su placer con la alegría de la victoria. Allí cenaron muy á su placer y durmieron en la misma cama del Nemos. El Gran Capitán tuvo mucho cuidado del Próspero y de sus hermanos, pensando no les hubiese acaecido algún revés, y tenía muy gran pena dello; y habíalos mandado á buscar y aun los habían llorado, hasta que otro día por la mañana vinieron con mucha alegría y muertos de risa, diciendo: «Mejor supimos nosotros gozar de la victoria que V. S., que cenamos muy espléndidamente y dormimos en muy buena cama»; de que el Gran Capitán holgó mucho.

Hallaron los que fueron al real damas á quien festejaron, muchos mercaderes con muchas y muy ricas mercaderías para vender á los victoriosos franceses, mucho bastimento y hecho el repartimiento de los prisioneros; principalmente una muy buena tienda para el

Gran Capitán, en que tuviese una honesta prisión. Esto tenía el Virrey por muy cierto por un sueño que la noche antes había soñado, el cual diremos adelante.

Esta noche se sentó el Gran Capitán á cenar con los caballeros y capitanes del ejército, y estaba á la mesa mos de Formento. El Gran Capitán tenía mucho cuidado de saber qué había sido del Virrey, que aunque era enemigo, era, como muchas veces hemos dicho, muy sosegado y benigno en la paz, cuanto era bravo y valiente vestidas las armas; y no había podido saber qué había sido dél, porque sabía que no había de huir; tenía no fuese muerto. Estando cenando, servía á la mesa un paje del Gran Capitán, que se llamaba Vargas. Este traía vestida una jornea del Virrey, la cual conoció mos de Formento, y dijo al Gran Capitán: «Aquella jornea traía sobre las armas el Virrey». Preguntado de dónde había habido aquella ropa, respondió el Vargas: «Yendo un caballero, cuya esta ropa era, herido caído sobre el arzón del caballo, llegué yo y le derribé del caballo y le desenlacé el yelmo y le acabé de matar, y desnudándole aquella ropa que me pareció buena, estándosela desnudando allegó un soldado y asió de ella y me llevó lo que della falta. «¿Sabrás, dijo el Gran Capitán, amostrarnos el lugar adonde cayó?» «Sí», dijo Vargas. Luego se levantó de la mesa el Gran Capitán y todos los señores y capitanes, así españoles como franceses, y fueron adonde les amostró Vargas con hachas; y hallaron el cuerpo del Virrey en aquel mismo lugar, desnudo en carnes y una teja puesta sobre sus vergüenzas. Fué conocido por un su paje por un lunar muy notable que sobre la espalda tenía. Al cual el Gran Capitán mandó traer luego y ponerlo muy honradamente, cubierto con un paño de brocado encima y muchas hachas que estuviesen ardiendo; porque este Nemos era de la sangre real de Francia, de los Condes de Armeñaque, de la cual algunas veces habían sido los Reyes de Francia, y era una de las casas que suelen heredar el reino faltando hijo heredero que la herede.

#### CAPÍTULO XIX

*De lo que el Gran Capitán hizo venido el día.*

Venida pues la mañana y traldos los prisioneros ante el Gran Capitán, que todo lo otro

habían robado los caballos ligeros, en que se halló gran despojo. Y entre las damas que allí fueron traídas, una pedía que le trujesen á Pedro de Paz, porque se quería rendir á él solo; porque el Gran Capitán les había dado libertad y les mandó hacer muy grande alojamiento y que les guardasen su honestad. Pues llamado Pedro de Paz, pareció ante ella gallardo y festejándola mucho. Ella dijo que no era aquel Pedro de Paz por quien ella pedía. Fuele jurado ser él. Ella dijo que no podía ser, que á quien Dios había dado tanto esfuerzo y valor de su persona, no le había de negar la buena disposición; porque Pedro de Paz era pequeño de cuerpo y muy mal tallado, y tenía una corcoba delante y otra detrás; y era tan feo de su persona cuanto era valiente en las armas. Luego mandó el Gran Capitán poner en salvo á las mujeres y mercaderes.

Visto por el alcaide de la fortaleza el rompimiento, desamparó la fortaleza y se fué. Algunos españoles y italianos en quien no había tanto esfuerzo, estando la batalla trabada, huyeron; dellos aportaron á Manfredonia y otros á Barleta, y dijeron cómo los españoles habían sido desbaratados, muertos y presos. Oída esta nueva por el capitán Francisco Sánchez, que, como dijimos, había quedado por mandado del Gran Capitán en la villa, puso muy gran recaudo en ella, determinado de la defender él y los que con él estaban. El Lezcano, que había quedado con las galeras para guarda de la mar, oída esta nueva, dijo á los que la trujeron: «Mal viaje hagáis, judíos, que el Gran Capitán no puede ser vencido de franceses. Ahorcaldos, señor capitán, porque huyeron. Sobre mi alma, ya que fuera verdad, ¿cómo huistes, donde tan buenos murieron mejores que vosotros?» Dende á tres horas vino la nueva de la victoria; y si el capitán no lo estorbara, el Lezcano ya había sacado de las galeras una compañía de vizcaínos para los ahorcar.

Entonces cumplía el Virrey veintidós años de su edad. Murió el Virrey de un arcabuzazo, que aunque tenía otras heridas, ninguna era mortal. Fué luego llevado el cuerpo á Nuestra Señora de la Cherinola, á quien dió el Gran Capitán las ropas de su recámara para ornamentos. Luego proveyó que le fuesen dichas muchas misas, entretanto que le hacían un ataúd forrado en terciopelo negro. Metido el cuerpo del Nemos en el ataúd,

mandó el Gran Capitán á don Tristán de Acuña que con cien lanzas y con el mos de Formento fuesen á llevar el cuerpo del Virrey á Barleta. Dió el Gran Capitán un paño de brocado para que llevasen sobre el cuerpo. Fueron con él los clérigos que pudieron ser habidos con hachas encendidas hasta Barleta. Invió adelante el Gran Capitán á mandar que saliesen de Barleta todos los clérigos y flayres á recibir el cuerpo una legua. Antes que de allí partiese el cuerpo lloró el Gran Capitán sobre él en tanta manera y con tanto sentimiento, que movió á todos los presentes á enternecerse; de manera que á todos puso en gran admiración. Invió el Gran Capitán á San Francisco de Barleta renta para que cada día le dijese muchas misas y los divinos oficios.

Hízosele en Barleta tan gran recibimiento; que fué mos de Formento muy espantado, Allí estuvo el cuerpo del Virrey depositado tres años, y después fué llevado á la capilla de sus pasados.

## CAPÍTULO XX

*De las cosas que el Gran Capitán proveyó este día.*

Cuando el Rey Luis de Francia supo la honra y el sentimiento que el Gran Capitán había hecho al cuerpo del Nemos, y las obsequias y enterramiento con todo lo demás, y el buen tratamiento á sus capitanes, dijo públicamente: «No tengo por afrenta ser vencido por el Gran Capitán de España; porque merece que le dé Dios aun lo que no fuere suyo, porque lo merece haber; porque nunca se ha oído ni visto capitán que la victoria lo haga más humilde y piadoso». Dijo muchas palabras en su loor y le invió á rendir muchas gracias por ello, ofreciéndole su persona y estado.

Esta batalla fué viernes, á veintisiete días de Abril. Luego sábado por la mañana mandó que de los lugares cercanos viniesen muchos azadoneros; y venidos les mandó hacer grandes fosos para en ellos enterrar los muertos, y mandó darles á medio real por cada cuerpo: fuéronles pagados poco más de tres mil reales. Púsose mucha diligencia para que se buscasen los cuerpos que no eran aún muertos, y halláronse solos treinta y cinco. Estos fueron luego llevados á la Chirinola y cu-

rados con diligencia y cuidado; y después de sanos, les mandó dar á cada uno un doblón y que se fuesen adonde por bien tuviesen. A las personas principales y capitanes mandó enterrar muy suntuosamente. Mandó asimismo venir de los lugares comarcanos muchos clérigos, que dijese misas y vigiliassobre los muertos, y se trajo toda la cera que se pudo haber.

Luego otro día vinieron los síndicos de todas las villas y cibdades comarcanas á dar la obediencia al Gran Capitán, á los cuales él recibió con muy alegre cara, ofreciéndoles muchas mercedes. Vuelto mos de Formento de dejar el cuerpo del Virrey en Barleta, dijo al Gran Capitán: «Bien es que V. S. sepa lo que el Virrey nos contó ayer viernes por la mañana con mucha alegría, diciendo que esa noche había soñado que ayer daban la batalla; y que pasada la batalla, de donde él había quedado muy herido, mas que luego había sanado; y que el sábado de mañana vía á V. S. muy triste y llorando y haciendo allí delante dél muy gran sentimiento, y que él entraba triunfando en Barleta cubierto de un paño de brocado, y que le salían á recibir clérigos y flaires, como á vencedor, con las cruces, mas que no había ninguno de los suyos, con otras cosas, que todas salieron verdad».

Hobiéronse de aquesta rota muchas joyas y mucho despojo, sin lo que los soldados robaron. El Gran Capitán lo mandó todo repartir por la gente de guerra y todo lo que él tenía sin le quedar cosa alguna. El Gran Capitán proveyó luego que Diego García de Paredes fuese á gran priesa tras los soldados de Arce, que se iban para Venosa; y á Pedro de Paz que fuese siguiendo al Alegre, el cual acompañado de Trajano, Príncipe de Melfi, no los queriendo acoger en ninguna tierra, porque la fama del vencimiento iba volando delante de ellos, dábanles de los lugares por do pasaban vituallas por el muro, así á éstos como á los de Arce, con unos cordeles con cestos y inviándolos primero los dineros y joyas por los mantenimientos; llegó á la Tripalda y de allí no pasaron en Nápoles, porque fueron avisados cómo todos los oficiales del Rey de Francia se habían recogido á la fortaleza, no osando estar en la ciudad. Al fin se fueron á Gaeta.

Otro día después de la batalla luego se



partió Fabricio Colona con Ristaño Cantelmo, Conde del Pópulo, á ocupar allá Gíla, que, como hemos dicho, es cabeza de Abruzo; y el Próspero y Andrea, Duque de Termoly se fueron á Capua, y echaron de allí los franceses; porque el Duque de Termoli era natural desta ciudad; á los cuales recibieron los vecinos della con grande alegría y echaron della á los franceses, y determinaron de quedarse allí hasta tanto que el Gran Capitán les mandase lo que habían de hacer.

Agora dejaremos de contar del Gran Capitán por contar lo que pasó en Calabria.

## COMIENZA EL SÉPTIMO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNANDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA.

### CAPÍTULO I

*De lo que los españoles que estaban en Calabria hicieron.*

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo Puertocarrero, señor de Palma, desembarcó en Ríjoles á los cinco días de Marzo del dicho año de mil quinientos y tres años, y que allí había fallecido; y cómo en su lugar fué elegido por Capitán general don Fernando de Andrada, y cómo se fué á aposentar á una villa que se llama Tura; y mos de Auberi estaba en Terranova, aunque en la fortaleza estaba el capitán Sebastián de Vargas, y la defendía con gran esfuerzo. Ya el Gran Capitán sabía de la muerte de don Luis Puertocarrero, su cuñado, que le había pesado mucho, y le había hecho muy solemnes obsequias porque tenían muy grande amistad, allende de ser casados con dos hermanas. Sabía también cómo habían elegido por capitán á don Fernando de Andrada, y que estaban los campos muy cerca para pelear; tenía muy gran cuidado que no sabía lo que les había sucedido. Pues estando aquí en la Chirinola le vino nueva en que el Andrada le hacía saber cómo él con su ejército estaba en una villa que se llamaba Tura y en otros aposentos; y el Auberi en Terranova, aunque Sebas-

tián de Vargas estaba en la fortaleza y se la defendía de manera que no le podían hacer daño; y con el Auberi estaban los Príncipes de Rosano, Salerno y Visiñano, y el Príncipe de Melfa y el Conde de Mérito y otras personas principales y varones de aquella provincia. Mas el Andrada con aquellos capitanes, que eran Manuel de Benavides, Alonso de Carvajal, don Hugo de Cardona, Luis Pyxon, Virrey de Sicilia; Garcí Alvarez Osorio, Antonio de Leiva, Alvarado, padre y hijo; Hernando de Alarcón y Valencia de Benavides y otros muchos capitanes, determináronse de salir de Tura y se acercar al Auberi á Terranova. Inviáronle un trompeta á Terranova, haciéndole saber que ellos le querían ir á cercar á Terranova, adonde estaba; que le rogaban, pues era un capitán tan sabio en la guerra y tenía consigo tan gran caudal así de franceses como de italianos y de los Príncipes de Calabria, y tenían más de cuatro tanta gente como ellos, que saliese de la villa y los esperase fuera della, que ellos le vernían allí á buscar y le darían la batalla. Y pues la fortuna tantas veces le había sido tan favorable en aquella misma tierra, que no lo rehusase de lo aceptar, porque él había dicho muchas veces que los españoles no habían de osar venir con ellos en jornada.

Mos de Auberi recibió muy graciosamente al trompeta y le hizo mucha honra y aceptó la batalla. Fué concertado que fuese la batalla un viernes á veinte y un días de Abril, ocho días antes que la de Chirinola. Esto concertado, el Auberi con todo su campo se vino á una villa que se llama Joya, seis millas de donde estaban los españoles, que se llama Palma, y allí se concertó la batalla para el viernes venidero.

### CAPÍTULO II

*De cómo pasó la batalla entre los franceses y españoles.*

Llegado pues el viernes por la mañana, el Andrada mandó que la gente pasase un río que estaba en medio, y que de la gente de caballo y de pie se hiciese un escuadrón y que todos juntos peleasen. Y subieron un poco arriba por el río á buscar el vado, y comenzaron á pasar. A los franceses se les antojó que huían y fueron á dar en ellos.

Cuando los franceses llegaron ya los españoles habían pasado el río, y estaban en su escuadrón muy ordenados. El de Andrada y los otros capitanes, como aquellos que tanto sabían de la guerra, animaban á los suyos, diciéndoles que tuviesen por cierta la victoria si peleasen como varones; y que supiesen que ningún otro remedio tenían sino el de Dios, ó vencer ó morir; y que muy peor suerte sería quedar vivo, conociendo la insolencia y maldad de los franceses, que morir como buenos soldados, y más habiendo siempre llevado lo mejor dellos; que se acordasen que los que vencidos quedasen que no osarían parecer ante el Gran Capitán ni delante la gente de guerra que con él estaba en su milicia, que siempre ha sido vencedora dellos, pues ellos no eran menos en calidad y esfuerzo que los otros.

A este punto se llegaban las haces. Arremetieron los unos á los otros con tan gran furia, ánimo y con tanta enemistad, que en ninguna batalla jamás se vió. El de Auberi y los Príncipes, Señores y Barones por vengar las injurias que de los españoles habían recibido, sabiendo la muerte que delante tenían no venciendo, todos peleaban como fuertes varones. Pelearon gran espacio, adonde se hicieron grandes hechos de armas por los unos y los otros, porque en entrambas partes había hombres muy diestros en las cosas de la guerra.

En esta batalla se mostraron dos caballeros españoles, el uno Manuel de Benavides, señor de Javalquinto, y el otro Alonso de Carvajal, señor de Xódar, personas de mucha calidad y ambos naturales de Baeza, y ambos bandos contrarios en aquella cibdad, aunque en aquella milicia se trataban con grande amistad y conversación. Estos dos caballeros hicieron aquel día tanto en armas, que los unos les habían invidia y los contrarios mucho temor. Pues el Andrada y Antonio de Leiva y los Alvarados, padre y hijo, por otra parte, y Luis Pixon y don Hugo y García Osorio pelearon tan animosamente, que los franceses, no los pudiendo sufrir, comenzaron á aflojar. Los capitanes y Príncipes tornaron á la batalla pensando de los poder tener, diciéndoles palabras de grande esfuerzo; mas jamás pudieron Parfin y Bayarte hicieron más de lo que hombres podían hacer por sostener la batalla, y el de Auberi

asimismo; mas tenían cogido tanto temor á los caballeros y soldados, que no quisieron volver.

Visto por el de Auberi y los Príncipes cómo todos iban huyendo, comenzaron á enflaquecer y poner toda su salud y vida en la huida, y volviéronse á Joya, de donde habían salido; mas Valencia de Benavides y los dos Alvarados los siguieron. Quedaron muertos de los franceses y italianos que seguían la parte francesa dos mil y docientos hombres, y fueron presos seiscientos dellos, entre los cuales fueron Malherba y micer Alfonso Sanseverino y su hermano, con otros seis capitanes principales; y de allí fueron llevados á Manfredonia, y estando en la fortaleza se quisieron soltar, y tenían ordenada una traición en la fortaleza. Fué descubierta y envió el Gran Capitán á Medina y les cortó las cabezas á seis dellos con el Malherba y á ciertos soldados españoles que eran en la misma traición con ellos, que los tenían en guarda. A estos que se acogieron á Joya les entraron por fuerza de armas y los despojaron y prendieron.

### CAPÍTULO III

*De lo que el de Auberi y los otros Príncipes y señores hicieron, desde que huyeron de la batalla.*

El Auberi y otros capitanes con él pelearon como hemos dicho; mas visto que todos llevaban el camino de Joya y de otras partes, él tomó el camino de Melito; mas viendo que el Valencia y los Alvarados lo seguían, él se metió en una villa que se llama Roca de Angito. El Andrada envió ciertos soldados á estos capitanes para que apretasen y proseguiesen el cerco, y despachó luego á Mecina por artillería para lo combatir.

Oídas estas nuevas que el Andrada envió al Gran Capitán, él se hincó de rodillas y alzó las manos al cielo y dijo: «Bendito sea, Señor, tu santísimo nombre, porque has mostrado tu justicia y ejecutádola en los franceses, así en Pulla como en Calabria. Muchos loores y alabanzas te sean dadas por siempre jamás». Escribió luego al Andrada y á todos aquellos capitanes alabando su esfuerzo, valentía y industria, y rogándoles muy afectuosamente apretasen el cerco al Auberi

hasta prenderlo á él y á los que con él estaban y les pusiesen á muy buen recabdo. Asimismo les escribió muy particularmente la merced que Dios les había hecho tan grande ocho días después, junto á la villa de la Chirinola, como la historia lo ha contado; de que todos aquellos capitanes se holgaron mucho y dieron gracias á Nuestro Señor por ello. Y luego venida la artillería comenzaron á batir la fortaleza de Roca de Angito; y á cabo de treinta días quel Auberi allí se había encerrado, pidió habla con el Andrada, y le dijo asomado al muro: «Señor don Fernando, no tengáis á mal lo que agora dijere. Yo antes consentiré ser hecho mil piezas que me rendir á persona alguna, si no fuera al Gran Capitán ó á persona de su linaje é sangre, aunque sé que no me puedo defender dos horas». El Andrada le respondió que á él y á todos aquellos señores que allí estaban les hacía muy gran merced en lo que decía, y que supiese que entonces había llegado allí un caballero, sobrino del Gran Capitán, hijo de don Alonso su hermano, señor de la casa de Aguilar, llamado don Diego Fernández de Córdoba (1), á quien todos los que allí estaban tenían muy grande acatamiento, así porque su persona lo merecía, como por ser sobrino del Gran Capitán. Y venido don Diego Hernández, mos de Auberi le dijo: «Señor, yo me rindo á vos, como á sobrino del mejor caballero y capitán que yo sé que haya en el mundo». Donde lo recibió con muy alegre gesto y muy buenas palabras, y le hizo muy buen tratamiento hasta que fué llevado á Castilnovo con los otros prisioneros que allí estaban.

Verdad sea que antes que el Auberi se rindiese, pidió le amstrasen la carta quel Gran Capitán había enviado al Andrada y á los otros capitanes, en que les contaba el suceso de la batalla de la Chirinola. El pidió le diesen licencia para enviar á saber la verdad, y que sabida se rendiría, como lo hizo después que fué avisado della y supo cómo el Nemos era muerto y Candeyo y sus suizos asimismo con todos los otros. Decía después de rendido que ya veía que la fortuna les era contraria y que no se podía contrariar ni ir contra ella, que tantas veces les había sido adversa. Mas agora deja la historia de contar

lo que más pasó en Calabria por contar lo que el Gran Capitán hizo después de la rota de la Chirinola.

#### CAPÍTULO IV

*Cómo dende á tres días que pasó la batalla de la Chirinola se amotinaron cuatro mil y quinientos soldados españoles, y lo que sobre ello pasó.*

Dende á tres días que la batalla pasó, mandó, como dijimos, el Gran Capitán á Pedro de Paz que fuese siguiendo á los franceses que iban huyendo, entretanto que él llegaba. El de Paz se partió luego y fué á la mayor priesa que pudo; y otro día se le apartaron del ejército cuatro mil y quinientos soldados españoles, de los más prácticos, que pocos más quedaban, y dijeron que no irían adelante si no les dejaban saquear á Melfa, que es una muy buena cibdad, ó que les hiciesen paga de todo lo que les debían. Decían aquellos soldados amotinados que era uso en Italia desde ab inicio acá, que cuando alguna batalla se vencía de campo á campo, que otro día era costumbre de pagar á los soldados vencedores todo lo que les era debido y más una paga muerta, y que nunca Dios quisiese que ellos fuesen en quebrantar tan loable costumbre y de tan buena memoria y hecha por los soldados pasados; y que antes serían en la acrecentar que no en la dejar perder. Por ende que se buscasen dineros para todo lo debido y más para la paga muerta, y que de otra manera excusado era de hablar en que se redujesen; y que si luego no se hacía, que ellos buscarían su remedio. Pues pagarles era imposible y mucho más reconciliarlos, el Gran Capitán les envió á decir muy buenas palabras, y que les daba su fe de les pagar todo cuanto se les debía con la paga muerta. Ellos respondieron que ya no les engañaría con más dulces palabras, y que juraban á fe de buenos soldados de pasar por las picas al que viniese á contratar con ellos, si delante no traía la paga. El Gran Capitán les envió al Próspero y al Duque de Termoli á les afirmar que él enviaba á vender toda su plata y la de aquellos señores y todas sus joyas para les dar socorro, entretanto que buscaba todo lo que les era debido. Los soldados amotinados le respondieron que se volviesen por donde habían venido; y visto

(1) Al margen hay una apostilla de letra del siglo XVII que dice: «Este se llamó Pedro Fernández de Córdoba, no don Diego».

que ninguna cosa aprovechaba, ni pudieron mellar en ellos, se volvieron.

Ellos se fueron á apósentar á la cibdad de Melfa. Los franceses que en ella estaban huieron de ella y se fueron. Los españoles se entraron en ella sin haber resistencia alguna. El mesmo Gran Capitán fué á ellos y les habló, asomados al muro, y les afirmó cómo él había enviado á los Reyes Católicos por una posta, y á sus estados y de aquellos señores que seguían su parte á buscar dineros, de que serían pagados muy á su contento, contándoles las grandes mercedes que merecían; que les rogaba no perdiesen tan gran coyuntura como se perdía si al presente no fuesen tras sus enemigos. Ellos respondieron: «Mas si no conociéramos, Gonzalo, vuestras dulces palabras ¡cómo nos engañárades esta vez! A la verdad, no nos quejamos de vos, porque nos dais de vuestra hacienda y nos pagáis cuando lo tenéis; mas pesar de tal con el (!) que acá os envió, piensa que se ha de hacer la guerra sin dihero. Volveos, que ninguna cosa os ha de aprovechar vuestro predicar». Aquí se descomedieron algunos muy descomedidamente, así contra él como contra los Reyes Católicos; principalmente aquellos que eran los principales en aquella rebelión.

Visto por el Gran Capitán el poco comediimiento que aquellos amotinados habían tenido, y las malas palabras que en perjuicio de los Reyes Católicos habían tenido, si tuviera caudal de gente para ello, allí los cercara y les castigara como merecían. Mas no lo hizo, parte por no ser parte para ello y por el mal ejemplo y lo que dello sucediera.

Con el Gran Capitán habían quedado los alemanes y italianos y los más capitanes españoles y los caballeros; pues con los que le quedaron se fué á Fiumara, adonde tenía asentado su real. A esta hora llegó Diego García de Paredes, y sabido el poco fruto que se sacaba dellos, él se fué á Melfa y entró en ella, diciendo que si le pasasen por las picas que más quería morir á sus manos que no á las de los franceses; que bien sabía que todos los que allí estaban eran sus amigos; que les rogaba le oyesen, y que luego se volvería á Fiumara: (2) «Ninguno puede negar,

hermanos y señores míos, la mucha razón y justicia que tenéis en lo que pedís; y harto ciego sería quien lo contradijese, así en lo que, señores, se os debe, como en la paga muerta que pedís, y que vosotros, señores, tan bien tenéis merecida, venciendo á toda la pujanza de Francia y de Italia con tanto esfuerzo y valentía, sufriendo tantos trabajos, hambres, fríos y tantas necesidades, de lo cual yo soy buen testigo, y he pasado mi parte, como, señores, sabéis. Verdad sea que todos los hombres cuerdos se han de conformar con el tiempo en todas las cosas que trataren y fueren posibles á los hombres. Bien ternéis conocido que si posibilidad hobiera en lo que pedís, que ni yo os rogara que esperarais este poco de tiempo que se os pide ni de cosa tan injusta fuera yo el mensajero; mas no se pudiendo al presente haber de donde se os pueda pagar, ruégoos qué remedio dais para ser pagados. Los hombres se han de conformar con las cosas posibles. Todas las diligencias que los hombres humanamente pueden hacer se han hecho y hacen para haber dineros. Entretanto, me decid, ¿qué os aprovecha haber vencido á los franceses, si no sabéis ó no queréis gozar de la victoria ni del fruto que della se espera? ¿Queréis, señores, que se diga en España y en todo el mundo que supisteis vencer á los enemigos y que en la mayor necesidad desamparastes á vuestro capitán; desamparastes las banderas que de España sacastes y tan encomendadas, sabiendo que todo aquel reino de España, de donde somos hijos naturales, tienen puestos los ojos en vosotros; y que se diga en las otras naciones que los tudescos, los italianos y de otras naciones no desampararon al capitán español, y tal capitán, tan valeroso, tan amigo de Dios, ni á las banderas de España, aunque de tierra ajena y entre sus crueles enemigos, y que los sus españoles lo desampararon? ¡Oh, qué afrenta y oprobio para nuestra nación! ¡Por la pasión de Jesucristo y por los méritos de su gloriosa Madre! No seáis causa de que quede nuestra nación tan afeada con tan mal renombre. Mirad que lo hacéis en la plaza del mundo. Mirad que no se podrá después restaurar con la vida». Estas y otras muchas palabras les dijo, y jamás dudó mellar en ellos, que eran para hacer sentimiento en corazones de acero. La respuesta que le dieron

(1) Hay un claro como para una ó dos palabras. Parece referirse al Rey Católico.

(2) Al margen, de letra de la del texto: «Razonamiento de Diego García de Paredes á los soldados amotinados».

fué (!): «Decid, Diego García, ¿ese sermón enseñólo aquel cordobés? No solíades vos ser predicador, que tanto habéis tardado en lo deprender. Mirad, Diego García, agradeced que no fenecéis aquí vuestros días, porque así lo teníamos jurado». Aquí le dijeron muy malas palabras en su perjuicio y del Gran Capitán y de los Reyes Católicos. Visto por Diego García lo poco que aprovechaba, les dijo: «Yo me quiero volver; mas antes que me vaya os quiero avisar como á compañeros y amigos cosa que os cumple tanto y aun más que la vida, según vosotros en tanto tenéis la honra de vuestras personas; que si perseveráis en esta rebelión, todos cuantos aquí estáis seréis dados por alevosos y traidores, vosotros y vuestros hijos y cuantos de vosotros descendieren, como á hombres que desampararon á su Rey natural en el tiempo que más necesidad de vosotros tuvo. Está hecha muy gran pesquisa y memoria, señores, de vosotros, así de vuestros nombres como de la tierra de donde sois naturales, para que allá se vaya á ejecutar esta tan gran fealdad y esta tan terrible sentencia. Así que donde agora sois llamados vencedores y defensores de los Reyes de España, cuyos vasallos sois y lo fueron vuestros pasados, de aquí adelante seréis llamados los traidores, y con este renombre serán llamados vuestros hijos y descendientes».

Entre estos soldados había algunos que estaban arrepentidos de aquella rebelión y les parecía mal lo que hacían. Diego García les rogó le dejasen estar entre ellos allí; que más quería vivir entre ellos que no ver la cruel sentencia que contra ellos se daba, ni quería ver lo que allá hacían sin ellos. Ellos lo tuvieron por bien, porque los había movido, á lo menos á los más dellos; y él ofreciendo de parte del Gran Capitán mercedes á los principales causadores de aquella rebelión, tuvo tal forma que á los cinco días que allí entre ellos moró, los redujo al servicio del Gran Capitán y se fué con ellos al real que tenían en Fiumara.

El Gran Capitán los salió á recibir y los recibió con grande alegría, mostrándoles muy buena voluntad y ofreciéndoles muchas mercedes y toda la paga muy presto.

(!) Al margen: «Respuesta de los amotinados».

## CAPÍTULO V

*De lo que el Gran Capitán hizo después que los soldados amotinados fueron reducidos, y cómo se fué derecho á la cibdad de Nápoles.*

Luego en los primeros días de Mayo del dicho año de mil quinientos tres años que los soldados vinieron, fué el ejército sobre el estado del Príncipe de Melfa, el cual entregó todo su estado con condición que le dejasen estar á él y á su mujer é hijos en una cibdad suya llamada Trana, hasta esperar lo que los Reyes Católicos dél determinasen y de su estado. Lo cual el Gran Capitán hizo de muy buena voluntad; y pasado el ejército, luego se fué para los franceses.

Estando aquellos soldados amotinados en Melfa, túvose gran cuidado de los principales causadores de aquella rebelión, y de los que se habían desmandado en palabras contra los Reyes Católicos y Gran Capitán; y hecha la pesquisa, túvose gran memoria dellos. Pues caminando el campo desde Fiumara para una villa que se llama Gandebo, que es á ocho millas de Nápoles, hallaban ahorcados de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, aquellos causadores de aquella rebelión, y á otros empalados. Así que ningún culpado quedó que no fuese castigado de aquella manera, de que los soldados se espantaban. Decían algunos dellos: «¿Habéis mirado cuán secretamente han ahorcado á estos gentileshombres? Mi ánima con la suya; bien aventurados ellos, pues murieron por cobrar la paga y por guardar la muy loable costumbre de los soldados pasados de gloriosa memoria. Este es el pago que les prometieron; bien se pueden contar por mártires, y por tales los podemos tener».

Pasó el campo por Benevento; el Gran Capitán no quiso entrar dentro, por ser de la Iglesia.

Salieron los síndicos y gobernadores á suplicar al Gran Capitán se aposentase dentro dél, y su casa y los señores, y toda la gente de guerra que mandase, porque así lo había mandado Su Santidad.

Era en aquella sazón, como atrás dijimos, vicario en la Iglesia de Dios el Papa Alejandro sexto, de nación español, llamado antes don Rodrigo de Borja, natural de Játiva, de noble sangre. El Gran Capitán les agradeció

mucho, y les dijo que no les quería dar enojo por ser vasallos del Papa. Ellos le trajeron un presente de muchas cosas y muy diversas. El Gran Capitán con su ejército se fué á Gandolfo, antiguamente los Samites. Aquí vinieron los embajadores de la cibdad de Nápoles, los más principales de aquella cibdad, y besaron las manos al Gran Capitán con el mayor acatamiento que pudo ser, dándole las gracias por las victorias pasadas, suplicándole quisiese sin ninguna sangre recibir aquella cibdad; la cual por las mercedes antiguas que de la Casa de Aragón siempre había recibido era muy obligada á perseverar en la fe que debían, y lo mismo hobieran hecho si el tiempo les hobiese dado lugar; que le suplicaban les confirmase los privilegios y inmunidades que los Reyes pasados les habían otorgado y confirmado, y pues su fe antigua lo merecía, se los ampliase con nuevos honores. El Gran Capitán se los confirmó y les prometió de ser muy grande procurador suyo con el Rey su señor que les hiciese grandes mercedes.

Los franceses que de la rota de la Chirinola escaparon se fueron á diversas partes, adonde les pareció que podían hallar mejor remedio á sus necesidades. Parte de ellos aportó á Calabria, parte de ellos á Aversa, parte á Capua y otros á otras partes.

El Gran Capitán luego que llegó á Banelo, envió con ciertos caballos ligeros á ocupar á Aversa con Pedro de Paz; el cual en llegando le abrieron las puertas, y lo mismo hicieron los otros lugares de la comarca. También envió á don García de Paredes y al capitán Zamudio con mil y quinientos infantes á ocupar á Sant Germán, los cuales en llegando lo combatieron sin que hobiese en ellos resistencia; porque los franceses que dentro estaban, visto el furioso combate que les dieron, sin les dar algún espacio, se fueron por la parte que va á la sierra y dejaron la villa. Fueron muertos y presos hartos, que como hombres de vergüenza esperaron á sus enemigos.

#### CAPÍTULO VI

*Cómo el Gran Capitán partió de Banelo para la cibdad de Nápoles con todo su campo.*

A los veinticinco días de Mayo partió el Gran Capitán de aquesta villa de Banelo

para la cibdad de Nápoles; en la cual entró debajo de un palio con muy grandes fiestas y alegrías de todos, chicos y grandes, y fuese á aposentar á las casas del Príncipe de Salerno, que son las mejores que hay en aquella cibdad; y ayuntados todos los estados, le juraron en nombre del Rey de España. Mandó echar un bando que ningún soldado, so pena de la vida, tomase alguna cosa y hiciese deshonestidad ni injuria á persona alguna. Mandó luego traer la artillería que había ganado á los franceses, principalmente la que se había ganado en Chirinola. Luego mandó á Pedro Navarro diese orden en combatir los castillos y mandó poner estancias sobre Castilnovo, porque de ninguna parte fuesen socorridos. Mandó subir luego la artillería á Sant Thelmo, que está en un cerro frontero de Castilnovo incorporado en la cibdad; mas los que en Sant Thelmo estaban, visto que subían la artillería, luego se rindieron y entregaron la fuerza, y lo mismo hizo Castello Capuano.

Sabido por el capitán mos de Alegre que aunque la cibdad estaba dada y entregada á los españoles, que la fortaleza se defendía con mucho esfuerzo, envió luego gente de guerra y muchos mantenimientos y vituallas en las carracas Charanta y la Negrona y en otras galeras y naos. Eran estas dos carracas las mayores que en el agua se habían visto hasta aquella sazón; mas los españoles nunca las dejaron llegar, aunque lo porfiaron mucho; y así se volvieron sin poder socorrerles con cosa alguna á los de la fortaleza, y así se volvieron para Gaeta. Los del castillo, sabiendo que el Gran Capitán posaba en las casas del Príncipe de Salerno, asestaron allí muchos tiros de artillería y tiraron á la casa. Vista la mala obra que desde la fortaleza hacían, diéronles tan recios combates que los de dentro tuvieron harto que hacer en se defender, y dejaron de tirar.

#### CAPÍTULO VII

*De cómo fué combatido por los españoles y al fin fué tomado por combate Castilnovo, y de los grandes hechos en armas que en aquel combate se hicieron.*

Castilnovo fué combatido con mucha y muy buena artillería y por personas que de aquel

oficio sabían mucho, y con muy recios cañones, culebrinas y grifaltes; mas ninguna cosa aprovechaba por ser el muro recio y las pelotas resurtían dél, que ninguna mella hacían en él. Así que les pareció ser aquella fortaleza inexpugnable por asaltos. Ordenó que se le hiciesen minas por la parte de la mar y de los jardines porque fuesen más secretas, sin ser sentidas de los franceses; para lo cual había un micer Antonelo muy sabio en aquella arte, de quien Pedro Navarro fué instruído en aquella industria. Las minas se hacían tan secretas que aun los del campo de los españoles no lo sabían, sino muy pocos y estos con gran secreto.

Castilnovo tiene al derredor una que llaman cibdadela muy fuerte, y en medio está la fortaleza. Avisado, pues, el Gran Capitán que las minas estaban á punto, mandó un lunes, día de Sant Bartolomé, á once días de Junio, se comenzasen á encender las mechas, y desde la mañana se comenzó la batería, porque los franceses, como ello fué, se bajaron á la cibdadela, porque la artillería jugaba á la fortaleza, y abajaron las puentes y bajaron á la cibdadela muy seguros de lo que aconteció.

Mandó el Gran Capitán que á las doce horas de medio día, que sería al reventar de la mina, estuviesen á punto trescientos de caballo muy valientes escuderos á pie, y con ellos cuatrocientos soldados, y con ellos el Gran Capitán á pie con una espada y una rodela; y pusieronse á la parte de las minas muy cubiertos, que no podían ser vistos de la fortaleza. Pues estando esperando que diese el reloj las doce horas, venida aquella hora, reventó la mina y derribó un lienzo de la cibdadela de hasta quince varas de luengo. Fué tanta la priesa de los españoles á subir por aquel lienzo derribado, que antes que del todo acabase de caer ya estaban dentro en la cibdadela; que los franceses no tuvieron lugar de alzar las puentes levadizas de la fortaleza, porque luego fueron tomados los huecos della y muertos todos los franceses de la cibdadela, que ninguno escapó.

El Gran Capitán no quiso aquel día dar la gloria de hallarse allí á otro ninguno, porque su persona fué de los primeros que arremetieron, como dijimos, en calzas y jubón con una espada y rodela, y hizo aquel día más que ninguno de los que en aquel comba-

te se hallaron. Iba delante de todos así porque le viesen y se animasen á pelear. Nombraba á todos por sus nombres, y por gozar del fruto de la virtud de la fortaleza. Los franceses, espantados de la súbita ruina y del presuroso ímpetu con que fueron acometidos, los que pudieron huir se retiraron á la fortaleza y quisieron alzar el puente, mas no pudieron con el peso de los soldados que en ella ya estaban; y luego echaron los cerrojos por de dentro, que eran muy fuertes, de bronce, y asestaron una culebrina por de dentro muy gruesa. Luego los españoles con las alabardas quebrantaron las cadenas con que se solía alzar el puente. Pues asestada la culebrina, pusieronla fuego, para que pasando la puerta matase á los españoles que en el puente estaban, principalmente al Gran Capitán, que estaba delante junto á la puerta; y la pelota, que era de hierro colado, dió en la puerta que era por la parte de fuera de bronce, y allí paró; y hoy está allí señalada, la cual van á ver los extranjeros que á aquella cibdad van, por ver un tan maravilloso caso.

#### CAPÍTULO VIII

*Cómo se tomó por combate el castillo, y lo que en aquel asalto aconteció.*

Los españoles asestaron otra culebrina á la puerta, que sería la meytad menor que la otra, y pasó de claro la puerta y mató á los franceses que dentro estaban enfrente. Por el agujero que esta pelota hizo se lanzó, aunque con gran dificultad, un soldado español llamado Alonso el Corzo. Entró solo, que ningún otro pudo entrar, aunque lo probaron; y puesto en medio del patio diciendo «¡España, España!» andaba como un toro en el coso, de una parte á otra peleando, haciendo maravillas en armas, todo cubierto de lanzas que le arrojaban desde lo alto y desde lo bajo, porque no se le osaban acercar. Nunca pudo ser socorrido, aunque se trabajó harto sobre ello; y fueron tantas las heridas que de todas partes le dieron, que le pásaban el cuerpo con las lanzas arrojadas, hasta que dió la alma á Dios, y dejó allí su cuerpo, en el cual había poca parte sana. Los que vieron el cuerpo de Alonso el Corzo no tuvieron en mucho lo que Julio César alaba á un capitán suyo llamado Çeva, que le trujeron su escu-

do, en que le habían dado sus enemigos doscientas y veinte saetadas. Mucho más sin comparación fué lo de Alonso el Corzo, que por muchas partes fué pasado su cuerpo de muchas lanzadas y saetadas, y andando atravesado el cuerpo de lanzas y saetas, peleó hasta que cayó muerto.

Tras este Alonso el Corzo entraron cuatro españoles con el mismo deseo y esfuerzo que Alonso el Corzo, aunque cuando entraron ya Alonso el Corzo estaba muerto, hecho un erizo de las saetas y lanzas que le atravesaban el cuerpo. Estos comenzaron en medio del patio á gritar: «¡España, España!» y á pelear con grande ánimo con todos los franceses, como Alonso el Corzo había hecho; y como se guardaban, hacían en los franceses muy grande estrago. Mas como cargaron sobre ellos doscientos hombres de armas de los mejores de todo su campo y con muchos géneros de armas, y nunca pudieron ser socorridos, murieron los tres. El otro, visto muertos á sus compañeros, peleó tan valientemente por vengar la muerte dellos, que los franceses le dejaban el lugar y le abrieron camino por donde salió con seis heridas muy grandes, y los franceses quedaron los más contentos del mundo de lo ver fuera del castillo. Este era paje del Gran Capitán y se llamaba Juan Peláez de Berrio.

### CAPÍTULO IX

*De las cosas que en este asalto acontecieron, principalmente á un caballero napolitano que seguía la parte francesa.*

Quando los españoles metieron á los franceses por el puente levadizo, hallóse allí un caballero neapolitano llamado Dentato, que seguía la parte francesa, y hallóse aquel día en la ciudadela con los franceses; y como los franceses se recogieron al castillo, trabajó con ellos mucho animándolos para que defendiesen el puente, mas nunca pudo con ellos. Pues visto que ninguno quedaba fuera, él solo quedó en la puente y sufrió el primer ímpetu de los españoles y peleó con muy grande esfuerzo. El Gran Capitán quisiera mucho que se diera, mas él jamás quiso, hasta que peleando sin volver un punto atrás, fué muerto como muy valiente caballero, siguiendo la opinión que una vez había elegido. Ensalzan mucho los historiadores á Curio

Dentato que desbarató á Pirro, rey de los epirotas, y le forzó dejar á Italia y volverse á su tierra. No es de loar menos el esfuerzo de aqueste Dentato, de su nombre, ó quizá de su linaje, su descendiente, que viendo huir á los franceses de donde ningún fruto se podía sacar sino morir, por hacer lo que debía y no vivir dejando de gozar del fruto de la fortaleza, peleó hasta que fué muerto.

Pues los españoles por entrar al castillo, y los franceses por le defender la entrada, se hicieron grandes hechos en armas. Este día sufrieron los capitanes españoles mucho trabajo, porque ningunas palabras bastarían de decir: lo que allí pasó lo dejo de escribir. Era cosa de gran admiración ver subir los soldados por las picas. Echaban dende arriba sobre ellos mucha pólvora y piedras, y ningún estorbo bastaba para los estorbar. Mandó el Gran Capitán que ochenta hombres de armas á pie peleasen con los de dentro, lo cual hicieron con mucho ánimo; mas como los de dentro estaban en lo alto y todos á su salvo, mataron con pólvora más de los cuarenta de ellos; mas los vivos que quedaron vinieron con ellos á las manos, y por fuerza y con gran dificultad los entraron. Los franceses viendo á los españoles dentro en la fortaleza, con el alcaide se recogieron á una torre principal y otros á otras, pensando de se defender allí. Los españoles les combatieron en las mismas torres donde estaban, y bajaron y abrieron las puertas por do todos entraron; en lo cual murieron algunos soldados, porque se entretuvieron á hacer más de lo que las fuerzas humanas bastaban. Porque unos subían y se metían por las ventanas dentro en las torres; otros se lanzaban por los agujeros que hacían las pelotas, y dentro peleaban con ellos y los mataban y los echaban por las mismas ventanas. Fueron los franceses tan turbados, que no se pudieron más defender; así los españoles fueron señores de todo el castillo, que no quedó francés que no fuese muerto ó preso.

### CAPÍTULO X

*De lo que el Gran Capitán mandó hacer después que fué tomada la fortaleza.*

Pues tomada la fortaleza mandó el Gran Capitán que los soldados la saqueasen, porque había en ella mucho oro y plata, muchas



joyas y de mucho valor, mucha moneda y muchas riquezas, así de los franceses como de los mercaderes ricos que allí las tenían seguras. Todo fué saqueado por los soldados, de donde quedaron muchos de ellos ricos. Hasta unos órganos que allí había de plata saquearon, los cuales el Gran Capitán compró de los soldados y los mandó volver allí. A los prisioneros con el alcaide mandó poner á buen recaudo; y porque algunos soldados se quejaban que no les había cabido parte de la presa, porque aquel día ninguno quedase descontento, mandó que fuesen á su posada y la saqueasen sin quedar cosa alguna en ella. Fueron todos aquéllos y hasta gente de la misma ciudad y no dejaron en su casa cosa que no robaron; y descolgaron toda la tapicería y arcas, que ninguna alhaja ni cosa dejaron que no robaron. Fué estimado lo que allí se robó en grandísima suma de ducados, porque á todos les cupiese parte del despojo suyo y ajeno.

Hallóse en aquella fortaleza mucha munición y vituallas, lo cual todo fué comprado á los soldados y vuelto á la fortaleza; y luego mandó limpiar la casa de los muertos y la plaza, y pasar allá una cama, que en la posada no se halló, y una cuna en que se echase, porque todo como dijimos fué robado; porque con su liberalidad venciesen su fortuna, no les habiendo cabido parte del saco, que hasta la bodega del vino le robaron sin le dejar cosa.

Hizo alcaide de Castilnovo á Nuño de Ocampo, hombre de mucho valor y esfuerzo y muy familiar suyo, á quien había hecho maestre de campo, natural de Zamora, de noble sangre, que en la tomada de Castilnovo sufrió mucho trabajo con grande valor y esfuerzo y estuvo siempre á la puerta del castillo peleando. Era hombre de mucho ánimo y industria y fué muy privado del Gran Capitán, aunque después quisieron decir que habiéndole enviado el Gran Capitán á España al Rey don Fernando para le informar de las cosas del reino de Nápoles, y para que averiguase la verdad contra las mentiras y falsedades que micer Baptista Pynelo había dicho al Rey don Fernando contra el Gran Capitán, como hombre que sabía las entrañas y los secretos designios del Gran Capitán, había, por intereses que el Rey le había prometido, dicho cosas bien contra la opinión que de él se te-

nía. Mas no puedo creer que un caballero de tan noble sangre y que tantas mercedes del Gran Capitán había recibido hiciese tal cosa, por ser tan ajeno de su condición. Entre todos aquellos que á este Nuño de Ocampo conocieron por haber sido hombre de tanta verdad y muy aficionado á las cosas del Gran Capitán, yo por ninguna manera puedo sospechar de él tal cosa; porque en todas las jornadas que se halló, como en la de Terranova, en Calabria y en el desbarato y rota de Mérito, y en reducir los soldados que se habían amotinado, con gastar parte de su hacienda los redujo, y en la jornada de Pisa se hubo como buen capitán. El Rey le hizo merced en aquel reino de las villas de Petrela, Carpotacio y Lucinta.

La ocasión que tuvieron los invidiosos y maldicientes contra Nuño de Ocampo fué que, partido Nuño de Ocampo del Rey Católico, luego el Rey publicó que no podía dejar de ir á Nápoles, como lo hizo. Llegado que fué á Nápoles, el Gran Capitán lo envió á recibir á la Duquesa de Sesa su mujer; el cual viniendo con ella, adoleció en Gaeta, y llegando á Sesa murió á los veinte y tres días de Noviembre, año de mil quinientos seis años.

## CAPÍTULO XI

*De lo que después de ganada la fortaleza y apaciguada toda la cibdad aconteció.*

Castilnovo se ganó á los once días de Junio como dijimos, y luego invió el Gran Capitán á reducir algunos lugares de aquella comarca que aún estaban por los franceses, y todos se redujeron si no fué Luis de Arce, que tenía á Venosa por el Rey de Francia. Había enviado á suplicar al Gran Capitán que no le mandase cercar hasta que le viniese cierta respuesta del Rey de Francia que sobre ello le había escrito. El Gran Capitán sobreseyó aquel cerco por muchas causas: la una porque la tierra estaba por el Gran Capitán, aunque la fortaleza estaba rebelde; la otra, porque no le importaba mucho, y porque había otras partes más importantes y de más necesidad de socorro, y también porque la fortaleza era muy fuerte y muy proveída y se deternían algún día en ella, y porque Luis de Arze hacía lo que debía mejor que todos los otros capitanes del Rey de Francia, y también por ir

sobre Gaeta, adonde se habían retirado todos los más franceses del reino con mos de Alegre, Paliza y los otros capitanes que de la Chirinola escaparon.

## CAPÍTULO XII

### *Cómo Pedro Navarro conquistó la fortaleza de Sant Vicente.*

Cuando el Gran Capitán entró en la cibdad de Nápoles, mandó á Pedro Navarro tomase á cargo de combatir la torre de Sant Vicente, que es una torre en el agua enfrente de Castilnovo con un muy fuerte rebellín y muy fuertes torres y reparos. Pedro Navarro, encargado de aquella empresa, tomó treinta compañeros en una barca y pasó allá de noche y habló en francés nombrándose quién era, á quien los franceses estaban esperando; y díjoles que abriesen de presto, diciéndoles con que los pudo engañar. Las guardas lo hicieron saber al alcaide. Luego les mandaron subir, y subiendo, dejó en el rebellín diez soldados, y él con los veinte subió arriba á la torre. Como el alcaide y los que con él estaban sintieron ser españoles, comenzaron á llamar alarma y pelearon con ellos los veinte españoles, y los diez con los que estaban en el rebellín. Fué cosa muy reñida; mas los españoles los unos y los otros pelearon con tanto ánimo, que en poca de hora los despacharon, as á los de la torre como á los del rebellín. A esta hora venía la mañana. Luego pusieron en lo alto de la torre las banderas de España, y comenzaron á decir: «¡España, España!».

Echaron á los franceses uno á uno de la torre abajo en el agua, sin quedar uno solo.

Los franceses de la fortaleza, cuando aquel apellido oyeron, fueron muy espantados, y asomados, vieron las banderas de España en lo alto de la torre, porque estaban muy sin pensamiento de lo que pasó, y vieron los cuerpos de los franceses andar en el agua, que las olas los traían de acá para allá. Luego asestaron muchas piezas de artillería contra la torre, y cada día la lomardebaban; mas Pedro Navarro tenía tan buen recaudo en ella, que ningún inconveniente recibían, y dejando Pedro Navarro en ella el recaudo que era menester, se vino á entender en las minas de Castilnovo, porque esto fué luego que el Gran Capitán llegó á Nápoles, antes que tomasen á

Castilnovo. Y visto por los france-es cómo les apretaban el cerco del castillo, cesaron de tirar á la torre de Sant Vicente.

Pues proveyendo Pedro Navarro la torre de Sant Vicente de alcaide y gente y vituallas y á buen recaudo, se vino al Gran Capitán que se adereszaban de combatir á Castilnovo. El Gran Capitán lo recibió con grande alegría y le besó en el rostro, diciéndole muy buenas palabras así á él como á los que con él se habían hallado.

## CAPÍTULO XIII

### *De cómo partió el Gran Capitán de la cibdad de Nápoles y fué á cercar á la cibdad de Gaeta.*

A los diez y ocho días de Junio del mesmo año de quinientos y tres años partió el Gran Capitán de la cibdad de Nápoles para ir á cercar á Gaeta, y dejó mandado á Pedro Navarro que pusiese sitio y combatiесе á Castil del Ovo, que es una fortaleza en el agua cerca de la cibdad de Nápoles, la cual fué llamada en otro tiempo Megaris, de una de las sirenas, y se pasa á ella por un puente que hay á tierra firme. El Navarro tomó la gente que le pareció y se quedó, y lo que hizo adelante se dirá.

Pues dejado proveído esto y la cibdad y todo lo demás con el recaudo que convenía, partió con su campo sobre Gaeta, que está de la cibdad de Nápoles veinte leguas, porque, como arriba dijimos, todos los franceses que escaparon de las rotas pasadas se habían acogido allí, teniendo allí por General á mos de Alegre. Pues determinado el Gran Capitán de ir sobre Gaeta, escribió á don Fernando de Andrada que luego se viniese á Nápoles contándole sus designios, y trajese su campo y á mos de Auberi muy benignísimamente, y le regalase mucho, porque en todo caso quería ir á cercar á Gaeta, en la cual se habían recogido los franceses que se habían escapado; porque esperaban el socorro que por mar les había de venir, trayendo por capitán á Ludovico, Marqués de Saluces, al cual el Rey de Francia había hecho General de su ejército y de toda la guerra.

Luego el Andrada con los otros capitanes y ejército, dejando proveído todo como cumplía, dejando proveídas las fortalezas de Calabria y puesto en ellas los alcaides y soldados que

le pareció convenir, se partió; pasó por Pesto, que hoy ha mudado el nombre y se llama Capacho, y por Velia, que se llama hoy Buca, y por Buxento, que es Policastro. También escribió á su tío don Diego de Arellano, que había tomado á Melfa, que estoviese por frontero y refrenase á Luis de Arce, que desde Venosa salía muchas veces y hacía daño en la comarca. Asimismo envió al Próspero y á sus hermanos y al Duque de Termol que se viniesen luego con su escuadrón á Pontecorvo. Este Pontecorvo se llamó antiguamente Freguellas, y él se fué derecho á Sant Germán, que fué llamado Casino, adonde hay un gran trato, y derecho por Carínula hizo su camino, y tomó de camino á Roca Guillermo sin guerra sobre su fe.

La gente que los franceses tenían eran los siguientes: cuatrocientos hombres de armas gruesos, mil caballos ligeros, cinco mil infantes, sin los que estaban en Gaeta y en otras partes. Pasó el Gran Capitán por Aversa y no entró en ella; por Capua entró en ella por pasar por la puente. En todos estos lugares fué recibido el Gran Capitán con mucha alegría, porque estaban por España, que, como dijimos, los había reducido Diego García de Paredes, el coronel, y Cristóbal Zamudio. Llegó á Sant Germán, que estaban reducidos, porque los habían allanado los mismos Diego García y Zamudio.

#### CAPÍTULO XIV

*De cómo la armada francesa vino á proveer de gente y vituallas á las fortalezas que estaban por ellos.*

La armada francesa vino ya tarde, y como vió que ninguna cosa aprovechaba su venida, volvió contra la isla Ciraria, la cual hoy llamamos Izcla, por hacer el daño que pudiese á las galeras de España, que estaban muy descuidadas debajo de la fortaleza. Mas cuando el Rey Federico se fué de aquel reino á Francia, dejó en la fortaleza de Izcla á doña Constanza de Avalos, tía hermana de su padre, del Marqués de Pescara, don Hernando de Avalos, y de don Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, hijos de don Alonso de Avalos y don Hernando de Avalos, nietos del Condestable de Castilla don Ruy López de Avalos, muy gran señor de los reinos de España. Y

quedando estos dos señores huérfanos de sus padres, encomendados á su tía la dicha doña Constanza de Avalos, que sin duda puede igualarse con todos los capitanes antiguos en valor y esfuerzo de su persona, y con todas aquellas matronas romanas, como Cornelia, Sulpicia y todas las otras notables mujeres. La cual crió á estos dos fortísimos capitanes, al Marqués, como dijimos, de Pescara, y al Marqués del Vasto, que después conocimos en Italia sobrepujar á los demás capitanes de su tiempo en el esfuerzo y valor de sus personas. Esta doña Constanza los crió desde su pequeña niñez, que no les hicieron falta sus hermanos, padres de los dichos Marqueses, con inmortal gloria y tan próspera fortuna, habiéndolos ella criado así en la virtud y cristiandad y ejercicio de las armas, que fué tenida por la más valerosa mujer de su tiempo.

Pues como doña Constanza vió las galeras de Francia querer embestir con las galeras de España, acordándose de la fe y lealtad que á la casa de Aragón tenía y debía, mandó desde el castillo disparar la artillería de los reparos de la fortaleza y pelear con la armada francesa, y los alejó de la fortaleza, de manera que ningún daño hicieron con las galeras ni en la isla, defendiendo muy valerosamente á los españoles, alzando en el castillo las banderas de España, dando á entender cómo ella y los que con ella estaban y castillo y toda la isla, adonde hay siete pueblos, estaban en la fidelidad de los Reyes de España, de donde ella era natural, de la noble sangre de los Avalos, naturales de la cibdad de Toledo.

#### CAPÍTULO XV

*De lo que el Gran Capitán hizo yendo á cercar á Gaeta.*

Llegó el Gran Capitán á Sant Germán, junto al cual está en una ladera de una sierra un monesterio de monjes de San Benito, adonde está su mesmo cuerpo y de otros muchos santos, adonde se había acogido Pedro de Médicis, hijo mayor del magno Lorenzo de Médicis, principales hombres en la cibdad de Florencia. Era este Pedro de Médicis hermano del Papa León décimo, que después fué. Era capitán del Rey de Francia y habíase metido en aquella abadía, que era del Cardenal

su hermano, que fué después, como dijimos, León décimo. Llámase aquella abadía Montecasino.

El Gran Capitán no quiso combatir aquella abadía por reverencia del cuerpo de Sant Benito y de los otros santos que allí están. El Gran Capitán le envió un trompeta al dicho Pedro de Médicis que se rindiese él y hasta ducientos soldados que consigo tenía, si no que combatiría la abadía y la entraría por fuerza de armas. El Pedro de Médicis prometió y dió su fe que la entregaría dentro de doce días, y se daría así él como los que con él estaban. Y con esto los dejó el Gran Capitán y no les hizo daño alguno. Cumplido el término de los doce días, visto por el Pedro de Médicis el grueso ejército que de Francia venía con el capitán Ludovico, marqués de Saluces, quebrantó la palabra y se pasó á los franceses. Cuando el Gran Capitán lo supo, dijo: «No es de maravillar que Pedro de Médicis quebrantase la palabra como capitán, pues nunca la quebrantó como mercader. Yo soy fiador que nunca la quebrantara el magnífico Lorenzo, su padre».

El Gran Capitán de allí de Sant Germán partió con su ejército á los veinte y seis días de Junio del dicho año, junto á Pontecorvo, ribera del río del Garellano; este río se llamó antiguamente Lires, víspera de Sant Pedro y Sant Pablo; y este mismo día pasó el río del Garellano, y fué sobre un lugar que se llamaba Roca Guillermo, que estaba por los franceses y está puesto en un alto, y es muy fuerte, así por su natural sitio como por los muros y fuertes torres que tiene, y por muchos franceses que estaban dentro, y todos muy aficionados á la casa de Francia. El Gran Capitán les envió á requerir que se diesen, porque le pesaría de les hacer mal. Ellos respondieron que hiciese todo su poder y que no habría hecho nada; que no eran ellos como los otros cobardes y de poco ánimo que se les hablan rendido. El Gran Capitán mandó que se combatiere la villa y que ninguno volviese al real ni habían de comer bocado hasta que se tomase. Y porque viesen que quería guardar la condición, él iba de los primeros en calzas y jubón, con una espada y una rodela, llamándolos á todos por sus nombres y animándolos. Los soldados, viendo tan adelante la persona del Gran Capitán, pasaban unos por los otros teniéndose por apocado el pos-

trero, y comenzando á combatir la villa y subir todo fué uno. Los franceses en viéndoles subir el muro desampararon la villa, y por una cuchilla de una sierra, que se confina con la villa, se acogieron sin quedar uno solo y desampararon también la fortaleza.

Como los de la villa se vieron desamparados de los franceses y á los españoles subir al muro con tanta presteza, salieron al Gran Capitán á le suplicar les tomase en su defensa y le darían cinco mil ducados para ayuda de pagar los soldados; y le darían todos los bastimentos que fuesen menester y serían muy fieles á la casa de Aragón, porque ya vían la mucha justicia que aquel reino tenía y la poca parte que eran los franceses para la conservar, y cómo Dios les ayudaba á vencer, y que le suplicaban no permitiese fuesen saqueados. Lo cual el Gran Capitán les otorgó, y quedó allí por capitán, alcaide y gobernador Tristán de Acuña, y el ejército pasó adelante.

## CAPÍTULO XVI

*De cómo se asentó el cerco sobre Gaeta, y de cómo llegó allí Pedro Navarro, que venía de conquistar á Castil del Ovo.*

El Gran Capitán con su ejército llegó á Gaeta y asentó sobre ella el cerco, en la cual, como dijimos, estaban las reliquias de Sant Benito. Pues llegado el Gran Capitán, asentó el sitio sobre la cibdad, que fué primero día de Julio de dicho año de quinientos tres años. Había en el campo del Gran Capitán tres mil y quinientos soldados, mil y quinientos hombres de armas, algunos caballos ligeros. En el campo de los franceses había, como dijimos, dentro de la cibdad cuatrocientos hombres de armas, mil caballos ligeros, cinco mil infantes y más de cinco mil otros soldados que les habían venido de socorro; y más les habían venido mil y quinientos hombres de armas; porque en esta sazón los franceses eran señores de la mar y traían en el agua muy gruesa armada, en que había las dos carracas que dijimos, la Charanta y la Negrona, y cuatro galeones muy buenos, y más cinco carracas sin las dos ya dichas, y más veinte galeras y otros muchos cascos, con que siempre eran socorridos así de gente como de todas las cosas necesarias á la guerra.

En esta sazón llegó allí Pedro Navarro, á

quien el Gran Capitán, como arriba dijimos, dejó sobre Castil del Ovo; y llegado al Gran Capitán le contó cómo había tomado á Castil del Ovo, que fué de esta manera. Quedaron para aquella empresa Pedro Navarro, micer Antonelo y Riarán con su compañía. Una noche Pedro Navarro y micer Antonelo se metieron en una solapa de aquella peña sobre que estaba la fortaleza y hicieron una mina; y con el embate de las olas, que allí á la contina herían, no oían los de arriba los golpes que con los picos daban. Pues hecha la mina y todo concertado, dejó Pedro Navarro puesta la mecha que había de ir á encender la pólvora; y salieron de debajo de la solapa, y comenzáronse á aparejar en barcos, para en cayendo el muro que estaba minado subiesen los españoles á escala vista al castillo. Los franceses que dentro estaban, visto que los españoles se aparejaban para los combatir y entralles, no sabiendo el ardid, acudieron todos allí á defenderles el combate que pensaron que les querían dar, y todos estaban encima de donde estaba minado. Estando en esto cebó la mecha de la pólvora y todo lo alzó por alto y fueron volando los franceses por alto y por el aire; porque á la sazón el alcaide había allí llamado á todos los principales que allí había, que ellos y los santos de la iglesia fueron volando y muertos casi todos y sepultados en el agua; que como iban armados, luego fueron ahogados. Los que quedaron vivos, espantados de aquella súbita mina, sin más consultar se rindieron luego. Caído este muro, quedó el castillo tan fuerte, que si dentro hubiera quien lo defendiera, aunque livianamente, no se pudiera tomar sino con gran dificultad. Luego subió Pedro Navarro y se apoderó del castillo y dejó en él á Riarán por alcaide con el recaudo que era menester, y fuese para el Gran Capitán al cerco de Gaeta. Y cuando el Gran Capitán supo que venía, saliólo á recibir, y túvolo abrazado con mucha alegría y díjole: «Señor Pedro Navarro, no será menester alabar vuestro esfuerzo; mas v. m. es desde hoy más Conde y yo sé de dónde». Y dende adelante así le trató como á Conde, y mandó que todos así lo tratasen, hasta que vino la confirmación de los Reyes Católicos del condado de Oliveto, el cual poseyó diez años, hasta que se declaró por capitán y servidor del rey de Francia.

## CAPÍTULO XVII

*De cómo el Gran Capitán envió á don Diego de Mendoza con gente de armas á Roma á traer á la Princesa de Squilache, nieta del Papa Alexandre.*

Los franceses habían desposcido de su principado á esta señora, y el Gran Capitán siempre deseó tener contento al Papa Alexandre; porque desde que le cobró la fortaleza de Ostia de poder del tirano Menaldo Guerra, le tenía el Papa por muy gran servidor. Pues estando el Gran Capitán sobre esta cibdad de Gaeta, supo cómo un capitán francés venía con gente de armas á Roma á tomar por fuerza á la Princesa de Squilache, nieta del Papa Alexandre. Envió luego á don Diego de Mendoza con cierta gente de armas y caballos ligeros á Roma, y que trujese con mucha guarda y muy servida á la Princesa de Squilache para le entregar su principado; y partiéndose don Diego, le dijo el Gran Capitán: «Señor don Diego, si los franceses os quisieren tomar á la Princesa, y fuere Dios servido que la tomen, mirad, señor, no quede vivo quien me lo haga saber, y que sola ella y las mujeres queden vivas». Don Diego le respondió: «Yo, señor, espero en Dios y en vuestros méritos y ventura que la trairemos á pesar de todos los franceses». Pues don Diego por sus jornadas llegó á Roma y tomó á la Princesa, y saliendo por la puerta de Roma que llaman de Sant Pablo, los franceses que habían entrado por otra puerta y sabido que don Diego la llevaba, sin se detener más, lo alcanzaron, que no les llevaban de ventaja una hora. Luego don Diego proveyó que la Princesa fuese siempre media legua adelante con cierta gente de guarda, y á las veces iba una legua; y él con la gente quedó en la retaguarda.

Los franceses alcanzaron á don Diego saliendo por la puerta de la cibdad. Don Diego volvió á ellos y pelearon de ambas partes, adonde hubo algunos muertos de ambas partes, y comenzaron á andar, y los franceses á seguirlos. Volvían á ellos y peleaban, y otras veces se apartaban á caminar. Pocos días habla que los franceses no los acometían, y los españoles volvían á ellos y los acometían y peleaban con ellos y les ofrecían la batalla, y jamás los franceses la quisieron aceptar, sal-

vo ir tras ellos dándoles en la retaguarda al tiempo que les parecía poderse aprovechar de ellos. Los unos y los otros dormían siempre en el campo y con mucho recaudo. Mas el mayor trabajo que llevaban era la falta de mantenimientos, porque no se los querían dar, y no iban en tiempo de los tomar por fuerza. De esta manera, pasando mucho trabajo y sufriendo mucha necesidad, llegaron á tierras del señor Próspero Colona, donde les dieron todos los mantenimientos que hobieron menester.

Los franceses, visto el poco fruto que sacaban y la gente que perdían, se volvieron, y don Diego llegó con la Princesa á Castellón, adonde halló al Gran Capitán que salió á recibir á la Princesa con todo su campo, y le hizo muy buen recibimiento. De allí se fué la Princesa á la cibdad de Nápoles, y luego el Gran Capitán le envió á entregar su principado.

#### CAPÍTULO XVIII

*De cómo á esta sazón murió el Papa Alexandre y por qué ocasión.*

En esta sazón supo el Gran Capitán por cartas del embajador Francisco de Rojas cómo á los trece días de Agosto del dicho año de quinientos y tres años murió el Papa Alejandro, que, como hemos dicho, era de nación español, natural de Játiva, en Aragón, llamado antes don Rodrigo de Borja. Y la ocasión que hubo de que se causó su muerte fué que César Borja, su hijo, hizo un banquete á ciertos Cardenales en casa del Cardenal Adriano de Corneto, en cuyo jardín cenaban; y avisando el César al botyller del frasco que había de dar de beber á los Cardenales, adonde estaba el tósigo, erró el frasco y dió al Papa y á César del frasco toxicado y al Cardenal de Corneto, y á los otros á quien el César quería toxicar dió del que no tenía ponzoña. Luego sintieron el daño, y los médicos hicieron todos los remedios que humanamente pudieron hacer; mas como el Papa era viejo, no pudo naturaleza ayudarle, como lo hizo al César, que era mozo, y aunque con todos los remedios que le hicieron, quedó muy malo y pensaron que no viviera. A toda Italia fué muy aplacible el mal del César por quitar de aquella provincia un tan perjudicial hombre, que ninguna cuenta tenía con la re-

ligión, ni con amigos ni enemigos. Y aun sus amigos del bando ursino se holgaban, y todos decían ser aquel justo juicio de Dios, por ser aquel tirano tan inhumano y cruel que á ningún género de hombres perdonaba. Porque con veneno había muerto algunos Cardenales, porque eran poderosos y ricos. Y no bastaron las muchas plegarias y oraciones de todo el pueblo y de toda Italia para que Dios lo llevase y les quitase una persona tan perjudicial á toda aquella nación. Con todos los remedios que le hicieron quedó tan malo que estuvo muy al cabo de tanta flaqueza y tan hedionda, que no había quien entrase á do él estaba. Y el mesmo Cardenal de Corneto, aunque le fueron hechos muchos remedios, quedando vivo, fué tan abrasado de aquel maldito veneno que mudó todos los cueros y pellejo del cuerpo, y nunca fué bien sano mientras vivió. El Papa quedó tal que se puso tan negro y tan hediondo que aun para lo enterrar con gran dificultad podían.

#### CAPÍTULO XIX

*De las cosas que después de la muerte del Papa Alexandre acontecieron en Roma.*

Oída la muerte del Papa Alexandre, los coloneses el Próspero, Fabricio Colona con Antonio Colona y sus parientes, tomando licencia y favor del Gran Capitán, se partieron á gran priesa para Roma para cobrar con las armas las tierras que el Papa y su hijo César Borja les habían quitado contra toda razón y justicia. Llegados con grande presteza á Roma, el César, no pudiendo hacer otra cosa, se las entregó, así por su grave enfermedad como por no se enemistar con los coloneses, porque tenía por enemigos á los ursinos, á quien tenía enojados por les haber muerto muchos de casa ursina.

Los coloneses recibieron esta liberalidad, aunque hecha por fuerza y contra su voluntad; con que recobraron á Chinarano y á Neptuno y á Herculano y á Roca de Papa, fortalecidas y proveídas por el Papa y su hijo de torres, muros y grandes edificios.

Como el Borja César se vió tan enfermo y tan sin amigos, se recogió al Palacio sacro con buen ejército de españoles, de quien él siempre se había fiado; en tanta manera que los Cardenales queriendo criar nuevo Ponti-

fice no tuvieron por lugar seguro el Palacio sacro, antes se recogieron en la Minerva, que es un monasterio de dominicos muy insigne y fuerte. Fué cosa muy nueva y no vista que los Cardenales con tan grande infamia no osasen elegir Pontífice en su ayuntamiento del Sacro Palacio y que se perdía toda la reputación de los magistrados romanos si aquéllo no remediase. Por lo cual todos los mismos magistrados ayuntados en Campodolio consultaron y se resolvieron y determinaron que tocaba á su oficio y reputación dar lugar seguro y libre al Sacro Colegio de los Cardenales para que libremente según Dios ordena criasen nuevo Pontífice; y que primero lo tentasen pacíficamente, y cuando no, con las armas en las manos; porque á ellos tocaba tener segura á Roma, así para los extranjeros como para los naturales ciudadanos. Trataron este negocio de manera que acabaron con el Borja que él se fuese á Nepi, una villa y castillo suyo muy fuerte fuera de Roma; lo cual él hizo y sacó su gente y la llevó consigo, porque no pudo hacer otra cosa.

En este tiempo los Ursinos, seyendo su cabeza y capitán Bartolomé de Albino, entró en Roma con muchos de Casa Ursina y mató algunos españoles y quemó la puerta del Belveder, ó del Turión que llaman, y quiso entrar en Sant Pedro, de donde se siguió un gran ruido y alboroto.

## CAPÍTULO XX

*De lo que en este tiempo hizo el Gran Capitán.*

Estando Roma pacificada, los Cardenales en su cónclave, según lo han de costumbre, fué criado Pío tercio, llamado antes Picolomeneo, Cardenal de Sena, sobrino del Papa Pío segundo, hijo de su hermana, á los treinta días después de la muerte del Papa Alexandre. Queriendo los Ursinos hacer guerra y vengar las injurias pasadas que la Casa Ursina del César había recibido, el Pío tercio nuevamente criado lo trajo y lo aposentó en Santángelo. El Gran Capitán, hallando bastante ocasión, tentó á los capitanes españoles, los cuales estaban á sueldo por el César Borja, que le pidiesen licencia y se viniesen para él, porque él les daría muy buenas pagas así á ellos como la infantería y soldados que tenían, y sirviesen á los Reyes de España, de donde eran hijos

naturales; porque tenía nueva que el Rey Luis de Francia enviaba á cobrar el reino de Nápoles con un muy grueso ejército, y por capitán á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua, para que se juntase con el de Saluces que acá estaba, y venía con él mos de Tramoilla, un capitán de mucha autoridad y muy diestro en las cosas de la guerra.

Pues requeridos estos capitanes y la infantería que en su milicia estaban con el César Borja, tuvieron por más principal cosa la honra de la nación y patria que los intereses particulares que del Borja recibían. Estos capitanes fueron don Hugo de Moncada, don Pedro de Castro, don Hierónimo Lloriz, Consiscet, Diego de Quiñones, de ilustré sangre del reino de León y muy diestro en las cosas de la guerra. Estos capitanes con su gente muy diestra y valiente llegaron al campo del Gran Capitán, de quien fueron muy bien recibidos, y dadas sus pagas, de que quedaron muy contentos.

Tras esto tentó el Gran Capitán á los Ursinos, prometiéndoles grandes premios si quisiesen seguir la parte de los Reyes de España. Pareció esta cosa al principio muy dificultosa, porque no cabía en entendimiento humano que los Ursinos y Coluneses, discordes entre sí con tan antiguas enemistades de contrarío bando, se ayuntasen en una milicia y en una voluntad y en un mismo campo. Los Ursinos tuvieron ocasión de buscar nueva manera de remedio para sus estados y deseaban tomar venganza de aquél en el tirano, porque había muerto muchos caballeros y muy principales de los Ursinos, con no creída crueldad por les tomar sus tierras, y también porque Trancio, embajador del Rey de Francia, hacía poca estima dellos, porque sabía que, quisiesen ó no, airados y pagados, aunque fuese contra su voluntad habían de seguir la Casa de Francia, y más viniendo un tan grueso ejército como venía de Francia, que pasaba de treinta mil hombres con Francisco de Gonzaga, como dijimos; y el mos de Trancio los desdeñaba teniéndolos en poco, porque juntos un día, ofreciendo al dicho Trancio sus estados y servicio con todo lo que más podían, les respondió muy tibiamente y no como merecían los peñigos y trabajos que de la guerra suelen recrearse, y teniendo en casa la guerra que se esperaba. Porque el Trancio tenía por muy cierto que los Ursinos sin premio alguno

habían de servir al Rey de Francia, no pensando que bastase ningún agravio, por mayor que fuese, que les hiciese apartar de aquella antigua opinión y enemistad que con los contrarios tenían.

Bartolomé de Alviano, que, como dijimos, era el principal de la Casa Ursina, y los otros de su bando, no pudiendo sufrir la soberbia é insolencia del Tranco, que les daba á entender que el Rey de Francia tenía la victoria en la mano y que no estaba en más de llegar el grueso ejército que esperaban, y que á esta causa ninguna necesidad tenía de los Ursinos. Pues juntos todos los Ursinos en una conformidad, salvo Jordán Ursino, hijo de Virgínio Ursino, que no se quiso juntar con ellos, siendo todos conformes, trataron con el Gran Capitán que, dándoles muy gruesas pagas, viniesen á él á le servir con dos mil hombres entre caballos ligeros y hombres de armas, y más cuatro banderas de infantería. Pues determinados de seguir la Casa de España, el Próspero y Fabricio Colona, con los otros señores coloneses, con grandes persuasiones y muy amicísimas palabras los trujeron á que se hallasen en la guerra que se esperaba y en la victoria presente, ofreciéndoles tuviesen cierta confianza de recibir de los Reyes de España aquellos premios que de un capitán tan excelente, como era el Gran Capitán y de tanta fe y palabra. Los Coloneseos quedaron por fiadores de que todo se cumpliría al pie de la letra como les era ofrecido; y lo mismo ofreció don Diego de Mendoza, que presente estaba, de quien los Ursinos tenían mucho crédito.

Los caballeros Ursinos que fueron á esta jornada eran: Bartolomé de Alviano, Ludovico, hijo del Conde de Petillán; Rienzo de Cheri, Julio Vitelio, Fabio, hijo de Paulo Ursino, aquel que fué muerto por mandado del César Borja; Francisco Ursino, que después le vimos Cardenal. En este tiempo, visto que se le acababa la vida al Papa Pío tercio de su grave enfermedad, trataba César de Borja de favorecer al Cardenal de Rohan para que fuese Papa.

## CAPÍTULO XXI

*De lo que aconteció al Gran Capitán estando sobre Gaeta.*

Estando un día el Gran Capitán sobre Gaeta, comiendo en su tienda, vino un tiro de

culebrina y llevó la cabeza á un paje que tenía un plato de manjar junto á la mesa. Este paje era hijo de Luis de Pernia, y estaba comiendo á la misma mesa del Gran Capitán su padre, y como algunos se alterasen, dijo el Gran Capitán: «Sosegaos y haced enterrar ese paje muy honradamente», y á su padre le dijo: «Luis de Pernia, Dios Nuestro Señor lleva al cielo á los buenos de muerte arrebatada, como ésta de vuestro hijo, para les dar descanso, y á los de la edad de vuestro hijo, cuando son tales como él era, porque la malicia no les mudase con la edad sus buenas costumbres y corazón». Luis de Pernia le respondió sin ninguna alteración: «Yo, señor, cuando á mi hijo engendré, bien sabía que era mortal y que lo tenía prestado hasta que fuese la voluntad de Dios de me lo pedir. Agora que fué su voluntad de me lo llevar, bendito sea su santísimo nombre, y más llevándolo en vuestro servicio». El Gran Capitán acabó de comer, y todos en el lugar que antes estaban, sin que hobiese mudanza ninguna.

## COMIENZA EL OCTAVO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE Nápoles.

### CAPÍTULO I

*De las cosas que pasaron estando en el cerco de Gaeta.*

Estando en aquel cerco de Gaeta hablando el Gran Capitán con don Antonio de Cardona, capitán de infantería muy valiente, mirando unos reparos que se hacían, vino del monte de Gaeta una pelota de culebrina, y dió en un mármol, del cual saltó una brizna tamaño como medio dedo, y clavósele á don Antonio por el muslo, de que murió dentro de dos horas; y dió tan gran golpe en el mármol, al cual estaba arrimado el Gran Capitán, que le hizo dar muy gran caída en el suelo, de la cual se levantó sin lesión alguna ni turbación.



## CAPÍTULO II

*De un milagro que Dios hizo por el Gran Capitán en aquel mesmo cerco.*

Estando una noche el Gran Capitán echado de bruces sobre una cama, rezando sus devociones, vino de Gaeta un tiro de culebrina y pasó la pared y dió en la cama adonde el Gran Capitán estaba, y llevó á ella y á él un trecho sin le hacer mal alguno; de donde se levantó el Gran Capitán sin lesión ni alteración, como si ninguna cosa le hobiera acontecido. Este tiro que mató al Cardona y había hecho los daños pasados estaba asestado entre dos peñas en el monte de Gaeta, y hacía mucho daño, porque alzaban una gran compuerta que cubría la concavidad de aquellas dos grandes peñas mientras lo quitaban para lo cebar, y después que lo traían cebado alzaban aquellas compuertas. Esto se vía muy claro del campo de los españoles.

El Gran Capitán llamó á los artilleros y les dijo que al que aquel tiro desbaratase le haría mucha merced. Todos los artilleros asestaron el tiro, y el primero que tiró, al tercer tiro, fué á tiempo que los franceses, teniéndolo ya cebado, acabábanlo de asentar. A esta hora llegó la pelota y entró por la boca del tiro y reventó el tiro y mató á todos los que allí estaban. El Gran Capitán hizo gran merced á este artillero.

## CAPÍTULO III

*De un milagro que Dios Nuestro Señor hizo por el Gran Capitán en este cerco de Gaeta.*

Todo el tiempo que el Gran Capitán estuvo sobre Gaeta, siempre su artillería jugaba contra Gaeta y teniale ya derribado un lienzo del muro, aunque de dentro estaba muy reparado, y dende acá fuera parecía haber alguna disposición para les poder entrar. Y un día determinó el Gran Capitán que otro día en amaneciendo se combatiere la cibdad y les entrasen por allí. Luego el día siguiente por la mañana comenzó el ejército de ir derecho á aquella parte por do dijimos que estaba derribado el muro, llevando la avanguardia el Próspero Colona y Duque de Termoli y Pedro de Paz, y no estaban de aquel muro derribado más de cincuenta pasos. Queriendo ya la avanguardia arremeter, se echó del muro abajo un artillero y abajó sin lesión alguna, y

se fué derecho al Próspero y á los otros caballeros, y les dijo: «Por amor de Dios, señores, no trabajéis de entrar por aquella parte; que sed ciertos que ninguno de vosotros escapará; porque tienen los franceses tan reparada aquella entrada, así de pólvora como de abrojos de herro y todo el suelo sembrado, que ninguno de los que entraren quedará vivo.

Entretanto que esto pasaba en la avanguardia, en la retaguardia á do iba el Gran Capitán se oyó sobre la gente de guerra una voz muy clara en el aire, enfrente del Gran Capitán que dijo: «Gonzalo Hernández, no combatas á Gaeta por aquella parte que lo quieres hacer, que te vendrá muy gran daño y muerte de muchos». Todos los que allí iban oyeron la voz muy clara, y no parecía de persona mortal. El Gran Capitán estuvo espantado y preguntó quién había dicho aquella voz. Todos respondieron que no sabían. Un soldado dijo á voces: «Quién ha de ser sino Dios, que os avisa dello, y yo lo creo así; todos lo crean así». El Gran Capitán se apeó y se hincó de rodillas, y alzadas las manos al cielo dijo: «Tú, Señor, eres justo juez y siempre usas de justicia y de misericordia. Tú nos muestras el camino con que tu Divina Majestad sea servida».

A esta hora llegó un jinete del Próspero avisándole de lo que aquel artillero había dicho: cómo él era navarro y muy aficionado á la casa de Francia y enemigo de la de Aragón, y teniendo en la mano la mecha para cebar los tiros y la pólvora con que fuesen los españoles quemados, si por allí combatiesen, fué tomado en el aire y bajado del muro abajo y que avisase dello á los de la avanguardia. El Gran Capitán invió á decir al Próspero y á los otros caballeros que venían en la avanguardia que no combatiesen por allí, sino que guiasen el campo hacia el burgo.

Visto por los franceses que los españoles habían sido avisados del engaño que les tenían aparejado, pusieron fuego á la pólvora y ardió por grande espacio y con grande furia y alzó mucha llama.

## CAPÍTULO IV

*De una embajada que Juliano de Saona, Cardenal de Sant Pedro ad Vincula, invió al Gran Capitán en este tiempo.*

Estando aquí el Gran Capitán, le vino un criado de Juliano de Saona, Cardenal de Sant

Pedro ad Víncula, con letras de creencia y instrucción del mismo Cardenal, avisándole cómo el Papa Pío tercero, que había sido criado por Vicario de Dios en Roma, estaba ya desahuciado de los médicos, que no podía vivir dos días; en que suplicaba al Gran Capitán que, porque él sabía la mucha parte que en Roma tenía en el Collegio de los Cardenales, así españoles como italianos, le suplicaba les escribiese lo criasen por Pontífice, que todo sería para servicio de los Reyes de España y suyo, con quien él siempre había sido aficionado, y que él vería cuán grato le sería si de su mano recibiese aquel beneficio.

Este Cardenal era ginovés, natural de Saona, sobrino que fué del Papa Sixto, hijo de su hermana, flaire que fué el Sixto de la Orden de San Francisco. El Gran Capitán luego á la hora envió á Roma á su secretario Hernando de Baeza á los Cardenales españoles y á Francisco de Rojas, embajador. También envió en-compañía de su secretario á un caballero neapolitano, persona principal de la casa de Sant Severino, con quien escribió á los Cardenales italianos. Llegados estos dos embajadores en Roma, se dieron tan buena maña y pusieron tan buena diligencia que fueron parte que el Sacro Collegio criase por Pontífice al dicho Juliano, y fué llamado Julio segundo. El cual dió al caballero italiano el arzobispado de Melfa, y al Hernando de Baeza le envió por su hijo, el chantre de Sevilla (1), y lo hizo su camarero y le dió los beneficios y dignidades que sus hijos hoy tienen.

Fué este Julio muy buen Pontífice, muy celoso de conservar el patrimonio de la Iglesia y sobre ello pasó muchos trabajos. Tomó por fuerza de armas á Bolonia, que la tenía ocupada y tiranizada un tirano llamado micer Juan de Bentivolla con favor del Rey de Francia, de quien los Pontífices pasados no habían podido restituirla á la Sede Apostólica. Verdad sea que como hombre tuvo algunos afectos.

## CAPÍTULO V

*De cómo los de Roca Guillermo se alzaron por Francia y prendieron á don Tristán de Acuña.*

A los catorce días de Agosto de este mesmo año los de Roca Guillermo, de quien diji-

(1) Al margen: «Llamóse este chantre don Juan Rodríguez de Baeza».

mos en uno de los capítulos precedentes que se habían entregado al Gran Capitán con la villa y fortaleza y le habían dado cinco mil ducados porque no les saqueasen el pueblo, y cómo el Gran Capitán aceptó el partido y dejó allí por alcaide y gobernador á don Tristán de Acuña. Estos de Roca Guillermo eran aficionados á la Casa de Francia y enemigos de la Casa de Aragón. Víspera de Nuestra Señora de Agosto, que fué á los catorce días del dicho mes, bajando don Tristán á oír misa á la villa, enviaron á decir á mos de Alegre, que estaba, como dijimos, en Gaeta, que tenían sabido quel alcaide había de bajar á la villa víspera de Nuestra Señora, que si les inviase algún capitán con gente, que ellos se alzarían con la villa y prenderían al dicho alcaide en la iglesia, y que preso el alcaide, sería muy fácil cosa tomar la fortaleza, que no es fuerte, que no podía quedar dentro sino poca gente. Mos de Alegre no quiso encomendar aquella jornada á persona alguna, sino fué él mismo. Vino con ochocientos hombres de armas á la hora que tenía concertado, y bajado el alcaide don Tristán de Acuña, le prendieron y tomaron luego los franceses y los de la villa al alcaide con muy mal tratamiento, y lo llevaron á la vista de la fortaleza, y dijeron á los que en ella habían quedado que rindiesen luego la fortaleza, si no que allí le degollarían su alcaide, y atados pies y manos lo tendieron en aquel suelo, haciéndole allí muchos vituperios, y un francés sacó su espada y se la puso á la garganta.

En la fortaleza habían quedado solos tres hombres, porque todos los otros habían bajado con el alcaide y eran alabarderos del Gran Capitán, y porque allí hicieron tan bien su deber y con tanto esfuerzo, diremos sus nombres, porque sus hijos gocen de la gloria de sus padres. Al uno llamaban Pero Mellado, vecino de Loja; al otro Francisco Bravo, vecino de Illora, y al otro llamaban Francisco Monge, natural de Jaén. Estos tres solos quedaron en la fortaleza. Visto por ellos el requerimiento y cómo tenían puesto el cuchillo á la garganta al alcaide, el uno de los tres arrojó desde el muro una espada muy buena y dijo: «Mirad, si esa espada que tenéis puesta á la garganta á nuestro alcaide no es buena, veis ahí una que os doy mi fe que tiene mejores filos que otra, y cortalde la cabeza, que por cien mil vidas de otros tantos alcaides no os

rendiremos la fortaleza»; y más les dijeron: «y porque sepáis en qué os tenemos y que tenemos bastimento para muchos días», arrojáronles un gran costal de pan y les dijeron: «Mirad, borrachos, sabed que solos tres quedamos aquí y que somos alabarderos del Gran Capitán, y porque veáis que tenemos vituallas, tomad ese pan que ahí va, y sabed que diez años os defenderemos esta plaza, y antes de muchos días os hemos de cortar las cabezas á cuantos ahí estáis».

Los franceses y aun los de la villa tomaron desto tanto enojo, que les dieron un asalto muy recio con muchos ingenios; mas los tres la defendieron de arte que los franceses estaban espantados del ánimo de aquellos y del trabajo que sufrían, y tuvieron por cierto que les había venido socorro.

## CAPÍTULO VI

*De lo que el Gran Capitán proveyó, sabida la rebelión de los de Roca Guillermo y la prisión del alcaide.*

Luego otro día, que fué día de Nuestra Señora, supo el Gran Capitán esta nueva, aunque no supo si habían tomado los franceses la fortaleza. Llamó á Pedro Navarro y dijole: «Tomad mil soldados y id á Roca Guillermo y Dios vaya con vos y su bendita Madre». Pedro Navarro tomó su camino y llegó cerca de la villa de noche; iban hablando francés, por las centinelas. Oído por una dellas, salió al camino á los españoles; dijeron á la espía que iban á se meter dentro, enviados desde Gaeta, que les contase cómo habían tomado la villa. Aquel francés lo contó todo y cómo en la fortaleza habían quedado solos tres españoles como tres diablos, y cómo habían sido combatidos y no les habían podido entrar. Asimismo les comenzó á contar lo del alcaide, y cuando esto decía estaba saltando de placer, de que un alabardero español se enojó, alzó la alabarda y le hizo la cabeza dos partes; de que Pedro Navarro se enojó mucho de él por lo que había hecho, que ya que aquello quería hacer fuera [mejor] cuando les hubiera contado todo lo que pasaba. El soldado le replicó: «Pesar de tal, que mientras os estáis informando de aquel borracho, les hobiéramos tomado la villa».

Pues sabido por Pedro Navarro, acercóse

con la gente que llevaba hacia la fortaleza, y él muy secreto se fué al rebellín, que está fuera de la villa hacia la parte que vió velar uno de aquellos alabarderos, y dijole: «¿Quién vive?» El alabardero respondió: «¿Quién ha de vivir sino España y el Gran Capitán?» Pedro Navarro le dijo: «¿Conoceisme?» El alabardero replicó: «Si la voz no me engaña, vos sois el Conde Pedro Navarro. ¿Qué mandáis que se haga?» «¿Hay, dijo Pedro Navarro, algún postigo por donde podamos entrar secretamente?» «Si» dijo aquel alabardero. Y entraron por allí todos los quinientos soldados que allí iban, «y los otros se vayan á la puerta de la villa, y los primeros que entraren acudan á matar las guardas que están á las puertas y abrirlas para que todos entren». A Pedro Navarro le pareció aquel consejo muy bueno y tívolo por hombre de buen juicio.

Pues vuelto Pedro Navarro, los medios entraron por aquel postigo y los otros se fueron á la puerta de la villa, y muertas las guardas, abrieron las puertas y entraron todos, y los unos y los otros comenzaron á decir «¡España, España!» Los franceses estaban muy reposados y muy seguros de lo que les avino, y fueron tan turbados que no se pusieron en defensa. Fueron todos presos y mos de Alegre con ellos. Fué saqueado el lugar por los soldados. Húbose de allí mucho despojo, y entre otras cosas se hubieron ochocientos caballos y otros tantos arneses, que fueron muy necesarios para la guerra que se esperaba, y muchos cativos. Fué la fortaleza muy bastecida y rescatado don Tristán por mos de Alegre, el cual la defendió y sostuvo como muy buen capitán.

## CAPÍTULO VII

*De lo que aconteció á seiscientos soldados franceses que venían en socorro de los de Roca Guillermo, pasando por un lugar que se llama Atre.*

A la sazón que mos de Alegre entró en Roca Guillermo, invló luego á Gaeta por seiscientos soldados para que viniesen luego á Roca Guillermo, y pasando por un lugar que se llama Atre, que está en un paso por donde los franceses habían de pasar, sabiendo ya los de Atre cómo Roca Guillermo estaba por los españoles y todos los franceses presos con su

capitán mos de Alegre, y este lugar era muy aficionado á la Casa de Aragón, pusiéronse los villanos en aquel lugar y mataron muy gran parte de los franceses, y á los que vivos quedaron les prendieron y ataron con sogas, cordeles y coyundas; y ellos y sus mujeres, hijos y hijas los llevaban atados como á bestias, dándoles de palos, hasta que los presentaron al Gran Capitán en Castellón. Porque no había tantos hombres en el lugar los llevaban las mujeres, y ellos iban con harta paciencia. Mujer hubo que llevaba cuatro franceses atados con una sogá, las manos atrás, que su marido se los había atado.

Cuando el Gran Capitán lo supo, convidó á todos aquellos señores para que viesen el más triste espectáculo del mundo, y les dijo: «Yo os agradezco tan buen presente, mas hágoos saber que ninguna cosa hay de tanto precio como el enemigo muerto, porque el vivo ninguna cosa vale». Luego mandó desatar á los franceses y soltallos. A los de Atré hizo mucha merced y les dió muchas joyas y vituallas y bastimentos de lo que habían saqueado en Roca Guillermo, y á los soldados compró muchas joyas para las mujeres y les mandó dar de vestir y á las mozas; con que se volvieron ricos ellos y ellas, y muy alegres de buena ventura.

### CAPÍTULO VIII

*De cómo vino aquí á Castellón el ejército que estaba en Calabria.*

Estando el Gran Capitán aquí en Castellón, vino allí el ejército que estaba en Calabria con el Andrada y todos los otros capitanes que allá estaban. No venían muchos, porque los más quedaban repartidos en las fortalezas y lugares, porque no hubiese en aquella provincia alguna rebelión. Pues llegados, el Gran Capitán los recibió con muy alegre gesto, y los abrazó y besó en el carrillo al Andrada, al Carvajal, al Benavides, al Leiva, á los dos Alvarados, padre y hijo, al Alarcón y á todos los otros capitanes, ensalzando sus hechos hasta el cielo, diciéndoles que con su venida le habían á él sucedido las cosas tan bien, que acá había sentido el calor de su victoria, con otras muy buenas palabras; porque sin duda fué este claro varón el hombre de todos cuantos hemos visto ni oído que mejores palabras

ni obras tuviese cada que eran menester. Fué en quien decir y hacer siempre anduvieron juntos. También les dijo que agora con su venida no tenía en nada á toda Francia que bajase á Italia; y que no le pesaba sino porque los franceses que venían no eran sino treinta mil hombres, y los que acá estaban serían hasta diez mil; así que serían hasta cuarenta mil hombres, y que llegaban cerca de Roma.

Aquellos capitanes se le humillaron y le dieron las gracias por la honra que les daba, diciéndole que creyese su señoría que en todo lo que se habían hallado y les había bien sucedido que había sido porque siempre traían á su señoría delante los ojos, y que en sus méritos y buenaventura les había sucedido también el próspero suceso suyo. Luego les mandó aposentar, y comunicaba con ellos todo lo que se había de hacer, y les hacía el tratamiento que sus personas merecían; de que ellos estaban muy contentos y deseosos de emplearse en su servicio y en las mayores afrentas que se ofreciesen.

### CAPÍTULO IX

*De una batalla naval de ciertas galeras de España contra la carraca Charenta, de los franceses.*

Estando el Gran Capitán y su campo en esta villa de Castellón, venía cada mañana la carraca Charenta, de quien atrás dijimos en los postreros días de Agosto, á visitar el campo de los españoles, y echábales por proa una rociada de pelotas con que mataba muchos dellos; y cuando se volvía por popa hacía otro tanto, y volvíase á su salvo, sin que se lo pudiesen estorbar ni guardarse della.

Había llegado á esta sazón don Remón de Cardona, catalán, que fué despues Virrey de Nápoles, con dos galeras, en que traía muy buena gente; y también vino Villamarin, que era capitán de otras dos galeras. El Gran Capitán encomendó á don Remón que tomase consigo á Villamarin y á Juan de Lezcano y juntase las más galeras que pudiese, y en viniendo la Charanta peleasen con ella. El Remón juntó diez y seis galeras y se puso á punto para acometer á la Charanta cuando viniese, y se pusieron en parte que no pudie-

ron ser vistos. La Charanta vino á sus horas acostumbradas y comenzó á visitar el campo de los españoles, como solía. A esta hora salió don Remón con sus diez y seis galeras y comenzáronla á lomardear por todas partes; mas ella se comenzó á defender de manera que á la que una vez alcanzaba no tenía necesidad de volver más al agua, y así andaba entre ellas como una gran sierpe entre gozques. Don Remón mandó que se pegasen con ella y la entrasen; y él fué el primero que se llegó á ella, y lo mismo hicieron las otras y Juan de Lezcano; y los de sus galeras la apretaban mucho, de manera que ya andaban pegados con ella, de arte que ya le parecía mal la conversación de las galeras, que á doquiera que se meneaba las llevaba colgadas de sí. A esta hora ya Juan de Lezcano y don Remón la entraban peleando con ella y la subían por todas partes. A esta hora le vino un viento de tierra, como ella lo deseaba, y con éste se salió dentre las galeras bien fatigada y muy espantada de la afrenta en que se había visto. Las galeras quedaron muy maltratadas y dellas se perdieron. Fué cosa de ver la gran priesa que las galeras se dieron en aquel poco de tiempo de la carraca, y en lo poco que ella las tuvo al principio y en lo mucho que las estimó al fin; que si un cuarto de hora se tardara el viento, la rindieran. Con todo esto quedó tan lastimada, que en burlas ni en veras volvió á visitar el campo de los españoles.

Las galeras que sanas quedaron para siempre se acordaron de la Charanta. Pelearon allí con mucho ánimo los capitanes, principalmente Juan de Lezcano y don Remón de Cardona, que después le vimos Virrey de Nápoles. Fué este don Remón hombre de mucha industria y de grande esfuerzo. Fué después por sus méritos y valor Virrey de Nápoles, que es la mayor dignidad que los Reyes de España suelen proveer. Después en el año del Señor de mil y quinientos y doce años, que fué á diez y seis días de Abril, día de Pascua florida, fué este Virrey en favor y socorro del Papa Julio contra el ejército del Rey de Francia que tenía cercado á Rávena. Estando la batalla casi vencida por los españoles y la gente del Papa, fué certificado el Virrey por personas á quien se hubo de dar crédito que los españoles eran rotos y desbaratados; y visto que dos caballeros es-

pañoles muy principales huyeron de la batalla con trescientos hombres darmas, sin ver por qué, se recogió á Ancona para ir desde allí á poner en cobro el reino de Nápoles. Y después sacó su ejército y vino sobre venecianos con muy justa causa que para ello tuvo y lomardeó á Venecia, y les hizo recoger en sus lagunas, y les holló y destruyó la tierra. Lo cual de inmortal memoria de hombres no había Rey ni Emperador hecho jamás semejante cosa, si no fué Federico segundo Emperador de Alemania; y fué la mayor jornada que de muchas victorias que hubo alcanzó. Este Virrey don Remón venció en la batalla de Vicencia á Bartolomé de Alviano, que era capitán de venecianos, trayendo en su campo cuarenta mil hombres y en el de Remón no llegaban á diez mil; la cual batalla en calidad hace ventaja á todas las batallas que Alejandro y César y Pompeyo vencieron.

## CAPÍTULO X

*De cómo el Gran Capitán mandó degollar á un soldado pariente del Condestable de Castilla.*

Estando el Gran Capitán en esta villa de Castellón, fué avisado que un soldado pariente del Condestable de Castilla, don Bernardino de Velasco, que se llamaba Reinoso, muy hidalgo y muy valiente, andaba en aquel ejército aventurero con veinte compañías, y amotinaba á los soldados que pidiesen paga, si no que se amotinassen, agora quel campo de los franceses venía tan cerca que la buscarían y se la darían; y si no se la diesen, que se amotinassen, que él sería su capitán y andarían á toda ropa.

El Gran Capitán lo llamó y le dijo lo que dél había sabido, y que él le perdonaba aquella vez, así por ser pariente del Condestable, con quien tenía tan estrecha amistad, como porque creía que se enmendaría; y que mirase cuán ajeno era aquel oficio de los hombres de su calidad, con otras muchas buenas palabras. Mas este Reinoso perseveró en su mal propósito, y tuvo muchas maneras para persuadir á los soldados hiciesen aquella rebelión. Sabido por el Gran Capitán su dañada voluntad, y en lo poco que tuvo sus consejos, lo mandó prender; y hecho proceso contra él, lo degollaron en medio de la plaza de aquella villa de Castellón.

## CAPÍTULO XI

*De lo que el Gran Capitán hizo, sabido el grueso ejército que de Francia venía ya tan cerca.*

El Rey de Francia Luis duodécimo, de quien hemos dicho fué avisado de muchos, así de su reino como de señores y potestades de Italia aficionados á la casa de Francia, que lo que S. A. había perdido en Italia no había sido por la gente de guerra suya, así en hombres de armas como ligeros é infantería, sino por falta de capitanes, lo cual el Rey creyó ser así, llamó á Francisco de Gonzaga, Marqués de Mantua, que á la sazón era tenido por el mejor y más animoso y de más industria que se hallaba; aquel que dijimos que desbarató á Charles octavo, su predecesor, junto á Parma, cabe el rio Turo, seyendo capitán de venecianos; y á este Marqués hizo General de su ejército; y asimismo le dió por compañero á Juan, Marqués de Salucè, un muy buen capitán, y muy cuerdo y sabio en las cosas de la guerra. Dióle asimismo á mos de Tramolla, uno de los mejores capitanes que había en Francia, aunque dende á poco adolesció de una grave enfermedad que le duró mucho tiempo.

Este Marqués de Mantua llevaba treinta mil hombres de guerra, diez mil hombres de armas, diez mil caballos ligeros y diez mil infantes suizos, sin borgoñones y gascones, que no eran pocos, y más muchos tudescos. Llevaba más de treinta y seis bocas de artillería gruesa, cañones, culebrinas y grifaltes. Venían con esta gente los que inviaba Mantua, Ferrara, micer Juan de Bentivolla, un tirano de Bolonia que había mucho tiempo que tenía opresa y tiranizada aquella cibdad, que era del patrimonio de la Iglesia; y aunque los Pontífices pasados tentaron muchas veces de la poner en libertad, jamás pudieron, por ser aquel Bentivolla tan poderoso, hasta que el Papa Julio fué con grande ejército sobre él y lo echó de la cibdad, y le derribó unas muy suntuosas cosas que allí había hecho, y redujo aquella cibdad al patrimonio de la Iglesia, cuya hoy es; y otras señorías y potestades de Italia venían con ellos.

El Cardenal Juan Colona, el Cardenal Borja y Francisco de Rojas y las espías que con los franceses venían, todos aflrmaban venir más

de treinta y seis mil hombres de guerra. Venía ganando sueldo con los franceses el Maestresala del Gran Capitán, Carrillo de Albornoz, de quien atrás dijimos que fué causa de tomar á Rubo de la Marina; y con él venían asimismo doce españoles á sueldo de los franceses, los cuales avisaban cada día, y más que Medina había ido á Roma y los había contado pasando por los puentes; y todos se conformaban que pasaban de treinta y seis mil hombres. Y porque el Rey Luis sentía mucho la pérdida que sus capitanes pasados habían hecho de más de ciento y cincuenta piezas de artillería, la mejor que en Francia ni en Italia se había visto, escogió en todo su reino seiscientos hombres de armas, los trescientos hijos de señores, de muy noble sangre, y los otros trescientos muy expertos en la guerra, á los cuales mandó dar arneses dorados; y que estos seiscientos no tuviesen otro cargo sino de la artillería, la cual les recomendó con muy grandes ruegos que mirasen por ella como por su mesma persona que allí estuviese, lo cual ellos le prometieron ó perder las vidas sobre ello.

El Marqués de Mantua llevaba solos para su persona cincuenta caballos muy escogidos, los mejores que á la sazón había en Italia; otras tantas tiendas y muchos aderezos de su persona, porque tuvo por tan cierta la victoria como si la tuviera en la manga, veyendo que había seis franceses para un español, y los señores y potestades de Italia en su favor, y más seyendo señores de la mar.

Pues el Gran Capitán llamó á consejo á todos aquellos señores y caballeros capitanes y hombres de guerra, á los cuales avisó de cómo ya los franceses venían, y habían ya pasado de Roma y dijese su parecer. A todos les pareció que se fuese el Gran Capitán con su ejército á Sant Germán, porque está en la raya de aquel reino junto con tierras de la Iglesia. Pues acordado esto, el Gran Capitán con todo su campo se partió para Sant Germán, y dejó allí en Castellón á Luis de Herrera, su primo, de quien dijimos atrás; porque este era un caballero de grande ánimo, que ni la adversidad le ponía punto de alteración ni la victoria le causaba soberbia. Fué uno de los pilares sobre que se rodó la guerra de aquel reino.

Partió el Gran Capitán de Castellón vier-

nes á seis días de Octubre del mismo año, y fué á asentar aquella noche su campo junto al río del Garellano; y otro día sábado pasó el mismo río y fué á Roca de Vanda, que estaba por los franceses, y dejola sitiada; y otro día domingo entró en Sant Germán, porque allí estaba en mejor sitio para ofender á los franceses y se defender cuando el tiempo lo requiriese.

## CAPÍTULO XII

*De cómo el Duque Valentín entregó todo su estado al Gran Capitán, y después se pasó á los franceses.*

Pocos días antes desto el Duque Valentín, hijo del Papa Alejandro, muerto su padre, escribió al Gran Capitán ofreciendo su persona y estado al servicio de los Reyes de España, diciendo que le inviase al señor Próspero Colona para que le entregaría su estado, porque estuviese seguro que seguiría á la Casa de Aragón, de donde él era natural. Luego el Gran Capitán envió al Próspero Colona y á don Diego de Mendoza con muy buena gente de guerra y muy escogida, así de caballería como de infantería, á los cuales entregó todo su estado, como lo había prometido por sus cartas; en el cual dejaron alcaides y el recaudo que para ello cumplía.

Luego que el Duque entregó su estado, como lo había prometido por sus cartas, se pasó al campo de los franceses, ora porque los vio venir tan pujantes y tuvo por cierto que señorearían el campo y ganarían el reino, ora que el Rey de Francia le ofreció mayores esperanzas. Mas lo que se creyó fué que, visto el grande ejército que los franceses traían, no pensó que los franceses dejaran de ganar el reino, y que los españoles no fueran parte para les resistir; y los más de Italia se engañaron en ello, porque, como hemos dicho, pasaban los franceses que venían, con los que en Gaeta estaban, de cuarenta y seis mil hombres, y muchos y muy sabios capitanes con ellos. Todos, como digo, se engañaron, como hizo el Duque Valentín.

Pues visto por el Próspero y don Diego de Mendoza que el Duque Valentín se iba para el campo de los franceses, le dijeron que mirase lo que hacía, que aquel camino no era para el campo de los españoles, sino para el de los franceses; mirase lo que hacía, que era

muy gran desvarío y tan gran mudanza, habiendo entregado su estado al Gran Capitán irse al campo de Francia, que así quedaría mal con los unos y los otros. El Duque les respondió que él era español y no había de dejar de seguir á los españoles.

Con estas palabras, diciendo que iba á cosa que le importaba, los llevó hasta los meter en el campo de los franceses. El Próspero y don Diego, visto el engaño, se comenzaron á volver. Los franceses determinaron de los prender. Los españoles se pusieron en orden para les dar la batalla, aunque vían la gran desigualdad que había de los unos á los otros. El Próspero y don Diego dijeron á los españoles que se acordasen que aquellos eran los primeros españoles que los franceses vían en Italia y que por esta muestra habían de juzgar los que en el reino hallarian; que les rogaban peleasen como verdaderos españoles; que entrambos á dos, el Próspero y el Mendoza, les daban su palabra, como quien eran, de ser los primeros que rompiesen sus lanzas en ellos, y lo mismo ofrecieron los otros capitanes, y que ya que la fortuna les otorgase la victoria, que les vendiesen bien sus vidas, y no las llevasen tan á su salvo como ellos pensaban; que se acordasen los que vivos quedasen que en ninguna parte podían escapar á los franceses y menos al Gran Capitán, y que ellos esperaban en Dios, si hacían lo que debían, que saldrían con la victoria. Los españoles les respondieron que ellos harían en aquella batalla que los franceses perdiesen la soberbia que traían, y que vencerían ó morirían; y pusieronse muy en orden para darles la batalla, con tanto ánimo y alegría, que los capitanes lo tuvieron por muy buen agüero.

Visto por el Borja la maldad que había hecho y lo mal que sonaría en todo el mundo, así entre los unos como entre los otros, se puso en medio y tuvo forma con los Generales de Francia que no peleasen con los españoles; lo cual se acabó con ellos, y más vista la determinación de los españoles. El Duque dijo á aquellos capitanes que se volviesen para el Gran Capitán, que él por cierto respeto se quedaba en el campo, de lo cual él daría después cuenta al Gran Capitán. El Próspero y don Diego se volvieron y hallaron al Gran Capitán en Sant Germán, donde le contaron lo que había sucedido.

## CAPÍTULO XIII

*Cómo el Gran Capitán mandó combatir la Abadía de Monte Casino, adonde se había recogido Pedro de Médicis, aquel capitán de quien dijimos atrás.*

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo Pedro de Médicis, hijo del magno Lorenzo de Médicis, capitán del Rey de Francia, se había recogido á Monte Casino, una abadía de monjes benitos, la cual abadía era de Lorenzo de Médicis, su hermano, que después fué Papa León décimo; y el Gran Capitán, por reverencia del cuerpo de Sant Benito y Santo Acacio y de once mil mártires y de otras muchas reliquias, cuando la otra vez por allí pasó no la combatió por la causa dicha, antes le movió partido que se diese, y el Pedro de Médicis prometió que dentro de seis días se saldría de allí. Mas visto el grande ejército de franceses que venía y tan poderoso, no quiso salirse, pensando de se poder sostener hasta que el campo de los franceses llegase, que venía ya cerca; estúvose quedo y hízose fuerte.

El Gran Capitán requirió á este Pedro de Médicis que se entregase, porque aquello era lo que más le cumplía. Vista su determinación, mandó á ciertos capitanes que combatesen la abadía y que la artillería les batiése el muro, y que no llegasen á la iglesia, y mandó á Medina, aquel su privado, que ocupase la iglesia, para que no la saqueasen los soldados; lo cual así fué hecho. Los franceses se comenzaron á defender; mas visto el poco fruto que de ello sacaban, y visto que los españoles se subían á lo alto del monte y que jugaban ya la artillería, habiéndoles dado un recio combate, los capitanes de infantería llamados Ochoa y Arteaga, vizcaínos, subieron por una sogá puesta por cima de la muralla, y el Arteaga entró por una pequeña abertura que en el muro había hecho una pelota; al cual siguieron sus alférez y compañeros de bandera. Fué tanta la prisa que los soldados se dieron á los entrar en aquella abadía, que fué cosa maravillosa. El Medina (1) con ciertos soldados, á quien el Gran Capitán encomendó aquella guarda, defendieron las reliquias de los santos, que estaban puestas en un grande árbol

todo de plata, y colgados de las ramas el cuerpo de Sant Benito y Santo Acacio y muchas y muy diversas reliquias de muchos santos. Los soldados robaron cálices y cruces y ornamentos y frontales, casullas y almáticas con los candeleros de plata; lo cual todo lo compró el Gran Capitán á los soldados y lo volvió sin quedar cosa alguna y todo lo restituyó al monasterio. El Medina tomó de aquellas reliquias un dedo de Sant Sebastián para traer á Montilla, y lo dió á D. Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, y está hoy en Sant Sebastián de Montilla, y los monjes lo tuvieron por bien, y el Papa le dió licencia para que lo llevase por haber tan bien guardado todas las otras reliquias.

Todas aquellas reliquias tomó el Medina y las puso por inventario, y las entregó á los monjes delante del Próspero y del Duque de Termoli. Tomó también aquel Medina un pedazo del lienzo que Nuestro Señor tuvo ceñido cuando lavó los pies á sus discípulos, los cuales le fueron dados por la fiel guarda que hizo de las reliquias, como hemos dicho. En dos cajitas de oro las tiene hoy doña Catalina Hernández de Córdoba, Marquesa de Priego, y el Papa dió al Medina, como dijimos, la licencia para las dar al dicho Marqués, con condición que ningún interese recibiese por ellas.

## CAPÍTULO XIV

*De cómo estando el Gran Capitán en esta villa de Sant Germán llegaron allí los Ursinos á le servir.*

Vispera de Navidad deste presente año llegaron á servir al Gran Capitán los caballeros Ursinos, de los cuales queremos dar alguna sumaria relación para los que no tuvieren tan entera noticia dellos. En la cibdad de Roma hay dos parcialidades, los unos se llaman Ursinos y los otros Coloneses, á las cuales acuden no solamente los de aquella cibdad mas aún todos los señores y príncipes de Italia y aun de toda la cristiandad. Tienen á los unos por amigos y á los otros por contrarios. Entrambas estas dos Casas son de noble generación y muy antigua en Roma; porque los Coloneses comenzaron habrá quatrocientos y cincuenta años, poco más ó menos, de un caballero muy principal llamado Odón, muy rico y de muy noble sangre. Los Ursinos ha

(1) Al margen de letra del siglo XVII: «Este Medina se llamó Pedro Gómez de Medina».



novecientos y veinte y dos [años], poco más ó menos, y descienden de dos hermanos, muy principales caballeros, llamados Urso y Primero, hijos de un caballero muy principal llamado C. Ursino, los cuales han sucedido de padres á hijos hasta los que hoy viven; que si quisiésemos relatar por extenso las hazañas que los pasados destas dos muy ilustres Casas, así en la paz como en la guerra, han hecho y en favor de la religión cristiana, sería muy grande historia.

Ha habido en estas dos Casas muchos y muy valientes capitanes, así en los tiempos pasados como en los presentes. Hay de aquestas dos Casas grandes señores en Italia y de mucha renta. Entre estas dos Casas de mucho tiempo acá ha habido grandes enemistades y muchas muertes de una parte á la otra, y las más veces los Sumos Pontífices á los unos han favorecido, teniéndolos por amigos, y á los otros por el contrario. Los Ursinos en los tiempos pasados fueron siempre amigos y servidores de la Casa de Aragón.

#### CAPITULO XV

*De lo que el Gran Capitán proveyó, sabido que los franceses venían muy cerca del reino y con tanta pujanza.*

Visto por el Gran Capitán que los franceses venían muy cerca del reino, y que por banda que venían había de ser la primera cosa en que habían de topar una villa que se llama Rocaseca, que es del Marqués de Pescara, don Hernando de Avalos, llamó al coronel Villalba y á Zamudio y á Pizarro y á Mercado y Espés, á los cuales habló desta manera: «Los franceses han de querer quebrantar su furia y la braveza que traen en Rocaseca. Tomaréis mil soldados de los que en todo el campo os pareciere, y meterlos heis en ella. Mirad que invió á vosotros cinco porque sé que en calidad, esfuerzo y valentía valéis más que todos cuantos franceses vienen de Francia. Tengõ creído que si á vosotros solos enviara, les defendierades aquella plaza. Quiero que sepan los franceses por esa muestra lo que acá han de hallar. A Rocaseca he elegido ó para vuestra victoria ó para vuestra sepultura. Id con la gracia de Nuestro Señor y de su bendita Madre, á quien os encomiendo». A los soldados dijo: «Dios os gué, mis leones,

que yo tengo por defendida la villa yendo vos á ella».

Los capitanes y soldados se metieron en Rocaseca, como hombres que de la guerra sabían mucho. Esto fué á los ocho días de Octubre.

Luego el Gran Capitán por su persona dió una vuelta á los lugares comarcanos, animándolos y ofreciéndoles su socorro si hacían lo que debían, y que cuando no tuviese con quién, él por persona les vernía á socorrer, y que tuviesen por cierto, confiando en Dios y en su divina justicia, que los franceses volverían rotos y destrozados como los otros pasados habían hecho. Mandó que las espías que cada día venían del campo de los franceses publicasen que venían desarmados y gente de poco ánimo, que los más eran gascones y normandos, y ya cansados y gente de suyo vencida, y otras faltas que dellos mandó publicar por amor de los italianos y la otra gente en quien no había tanto esfuerzo. Pues habiendo proveído y reparado todo lo que en tal caso y á tal sazón convenía, se volvió á Sant Germán, á esperar lo que les pasaba á los de Rocaseca con los franceses, para socorrer aquella plaza si menester fuese.

#### CAPÍTULO XVI

*De lo que el Marqués de Mantua y el de Saluces hicieron sobre Rocaseca, y lo que los de dentro hicieron.*

Pasando los franceses por cerca de Roma, el Papa les invió á avisar que no hiciesen cosa desaguizada por do pasasen; si no, que lo tenían por enemigo; lo cual hicieron así. Pues á los quince días de Octubre los franceses llegaron con todo su campo á Rocaseca, que, como dijimos, con los señores y potestades de Italia pasaban de treinta y seis mil hombres. Esta villa está puesta en un alto y tiene muy ruin muro. El Marqués de Mantua invió un trompeta, que era su criado á quien él quería mucho, á Rocaseca; el cual dijo á los españoles que decía el de Mantua que si luego á la hora sin más responder no rendían aquella villa y la entregaban á los franceses y tardaban algo en salir della, que los mandaría hacer piezas sin ninguna piedad, y sobre esto les trató muy mal de palabra. Villalba y Pizarro salieron fuera de la villa en la cuesta, y

tomaron al trompeta á vista de todo el campo de los franceses y ahorcáronlo de un aceituno, y la trompeta colgada del pescuezo. Esto hicieron parte por las malas palabras que les dijo, y lo más principal temiendo quel de Mantua pasaría adelante sin pelear con ellos.

Cuando el Marqués vió ahorcado al trompeta, concibió tanto enojo como si le hubieran ahorcado á su propio hijo, y mandó que luego se combatiere la villa. Mandó plantar la artillería y juró delante de todos de no se ir de allí hasta que la villa asolase y á los españoles despedazase, sin le quedar uno solo vivo. La artillería era mucha y muy buena, la cual, nunca cesando de tirar, les allanó un lienzo de la muralla. Los franceses arremetieron pensando de les entrar por aquello derribado, y comenzaron á entrar dentro. Los españoles salieron por aquello batido con tanta furia que ninguno de los que delante hallaron dejaron vivo. Allí hubo una recia batalla, los unos por entrar y los otros por se lo estorbar, [hasta] que al fin no pudiendo sufrirlo los franceses se retrujeron con pérdida de muchos dellos. Murieron en esta entrada quinientos franceses detrás de su artillería, adonde se retrujeron, y la artillería [quedó] en poder de los españoles, que si la pudieran meter de aquella vez fuera suya. Los Marqueses trataban mal de palabra á los franceses, diciendo que tan pocos españoles habían de osar salir del muro y matar tantos dellos y llevarlos hasta los poner de aquella parte de la artillería, y no la habían querido meter dentro de la villa por no se ocupar en ella, y á los Generales como á la otra gente se les había abajado harta parte de su soberbia de la que de Francia traían.

Otro día determinaron que los suizos y hombres de armas franceses á pie les diesen un recio asalto, porque estaban muy corridos en ser aquella la primera cosa que conquistaban y ser los contrarios tan pocos y haberles sucedido tan mal. Los españoles se aparejaron para los salir á recibir fuera de la villa y darles la batalla. Comenzaron los capitanes de animar á los soldados diciéndoles se acordasen de las palabras que el Gran Capitán les había dicho cuando allí los invió. Respondió un soldado en nombre de todos: «Animad y pesa á tal á vosotros mismos, que nosotros no somos hombres que hoy y en esta necesidad hemos de ser animados, y haced vos-

otros lo que á nosotros viéredes hacer». A esta hora los franceses se vinieron á la villa en muy buena ordenanza. Los españoles les salieron á recibir, y pelearon los unos y los otros con mucho esfuerzo, y sufrieron mucho trabajo. Duró la porfía gran rato, hasta que los franceses se comenzaron á retraer, y dejaron aquella plaza y alrededor de ella su artillería llena de muertos, y los franceses se retrujeron hasta su real.

## CAPÍTULO XVII

*De lo que más aconteció en este cerco de Rocaseca.*

La artillería dos veces había quedado en poder de los españoles, sin que la pudieran meter dentro por ser menester mucha gente para ello, y por el tiempo tan furioso que hacía de muchas aguas, que los carretones estaban sumidos en el lodo; y porque, como atrás dijimos, con la artillería venían seiscientos hombres de armas, todos con arneses dorados, á quien el Rey Luis había encomendado la artillería, así en general como en particular, con grandes promesas; y éstos lo hicieron así como lo habían prometido, que nunca desampararon la artillería. Verdad sea que si los españoles en dos veces la pudieran meter, no se lo estorbaran los de los arneses dorados.

En este tiempo cargaron tanto las aguas y fué el tiempo tan trabajoso que jamás dejaba de llover de día ni de noche; de manera que, aunque no quisieron, se volvió todo el campo de los franceses para Gaeta, esperando tiempo para salir en campaña, y dejaron la artillería, teniendo por imposible poder llevarla. Solos aquellos seiscientos caballeros nunca desampararon la artillería, y como las aguas eran tantas, los carretones estaban atolados y sumidos, que en ninguna manera los podían arrancar. Pues como todo el campo de los franceses se fueron para Gaeta, tuvieron por cierto que la artillería y su guarda se habían perdido y muerto. Los seiscientos franceses estuvieron con la artillería todo el día y la noche, sin se apaar ni comer ni beber, como hombres que tenían en más la honra que la vida; que si el Gran Capitán pudiera ser avisado, la artillería y aun los de los arneses dorados se tomaran. Mas fueron tantas las aguas

que nunca las espías pudieron ir á avisar al campo de los españoles de lo que pasaba.

Pues habiendo estado aquellos seiscientos franceses dos días así y dos noches sin se apearse ni comer ni beber sino de la agua que del cielo caía, lloviendo siempre muy recio, y todo el otro ejército ya puesto en salvo, ellos se apearon y echaban veinte y treinta pares de caballos á cada tiro y ellos á pie ayudándoles, arrancaron la artillería y la llevaron con grandísimo trabajo, yendo todos ellos en lugar de caballos tirando con las bestias, sin dejar una sola pieza de la artillería, que llevaron con el mayor trabajo que jamás se vió, que ninguno faltó aquel día de servir con el lodo encima de la rodilla, por cumplir lo que á su Rey habían prometido.

Pues estos seiscientos caballeros se fueron el río del Garellano abajo por su ribera, muy en orden y con mucho concierto. Cuando los franceses vieron la artillería y los seiscientos hombres de armas en salvo, teniéndolos á ellos por muertos y á la artillería por perdida, hicieron muy grandes alegrías con ellos, como si los vieran resucitados. Luego los proveyeron de comer y beber á ellos y á los caballos, que lo habían bien menester, que había tres días que no habían comido, sino fué, como dijimos, alguna agua que de la lluvia del cielo cogían.

### CAPÍTULO XVIII

*De lo que el Gran Capitán hizo sabido que los franceses querían dar el segundo asalto á los españoles que estaban en Rocaseca.*

Después que el Gran Capitán fué avisado que los franceses querían tornar á dar más asaltos á los de Rocaseca, determinó de los ir á socorrer. Sabido por los capitanes que en Rocaseca estaban, y los soldados asimismo, enviaron un soldado al Gran Capitán, el cual le dijo delante de todos aquellos capitanes y en presencia de todos los señores y hombres de guerra, que en Sant Germán estaban, de esta manera: «Los muy valientes capitanes y esforzados soldados que están en Rocaseca me invían á V. S. á le hacer saber cómo han sido informados que V. S. les quiere ir á socorrer, y debe ser no sabiendo V. S. lo que con los franceses hemos pasado. Estamos todos muy afrontados por ello, y suplican á V. S. se esté quedo en Sant Ger-

mán, y en ninguna manera los vaya á socorrer; antes le hacen saber los muy valientes capitanes que de mil soldados que V. S. les dió les sobran los quinientos, según lo que con los franceses hemos pasado en los combates que nos han dado. Bien sabíamos, dijo este soldado teniendo empuñada la espada, los muy esforzados varones que en aquella villa estamos, que fuimos escogidos por muy animosos para sufrir los peligros y para pasar los trabajos que en la guarda de Rocaseca se requerían, por alcanzar en esta vida honra y gloria en la otra, haciendo nuestro deber como buenos soldados. No somos los que en Rocaseca estamos que hablamos de mostrar esfuerzo fingido cuando no era menester, si cuando era necesario nos había de faltar, y por acortar palabras, ilustrísimo señor, de parte de los capitanes y soldados que en Rocaseca estamos, le suplicamos ni vaya ni envíe á socorrernos, porque lo tenemos por mayor afrenta que la que de los franceses podríamos recibir si fuésemos por ellos vencidos». El Gran Capitán le alabó su razonamiento y le hizo merced, y le dijo que se volviese con la gracia de Dios, que él lo haría como él lo decía.

Otro día mandó tocar alarma y dijo á aquellos señores y capitanes: «Vamos á ver lo que hacen nuestros leones; no á los socorrer, sino á ser testigos de su esfuerzo; y podrá ser que viéndonos, les tome gana de pelear y presentarle hemos la batalla, confiando en Dios y en su justicia». Cuando el Gran Capitán llegó cerca de Rocaseca supo cómo retirados los franceses á Gaeta habían quedado con la artillería los seiscientos hombres de armas y el trabajo que allí habían pasado; y como nunca fué avisado de no lo haber sabido y de los de Rocaseca ni de otras espías, que aunque era el hombre del mundo más sufrido y más templado en la ira de todos los del mundo, este día ninguna paciencia tuvo, diciendo que le había faltado la ventura; porque tomaran aquella artillería, y que aquel día se podía comer carne sin la poner en el asador ni llegar á fuego. Alababa mucho á los de Rocaseca y á los seiscientos hombres de armas que habían guardado la artillería; á sí solo culpaba que se había estado descansando en Sant Germán y holgando en tal tiempo, y luego del camino se volvió para Sant Germán muy descontento y enojado.

## CAPÍTULO XIX

*De lo que aconteció á Pedro de Médicis, aquel capitán que dijimos que se había acogido á Monte Casino.*

Cuando se combatió Monte Casino y se entró por fuerza de armas, ya dijimos cómo aquel Pedro de Médicis, florentín, hijo del magnífico Lorenzo de Médicis, se salió de aquella abadía para se ir á Gaeta, que andaba desterrado de aquella señoría y era capitán del Rey de Francia. Fué este Pedro de Médicis hermano del Papa León décimo. Pues enviaron los Generales de Francia por la artillería así la suya como la que las señorías y potestades de Italia habían traído al campo de los franceses; y toda junta la tenían cargada en navíos, y entre otros capitanes y gente de guerrá iba allí este Pedro de Médicis. Y llegando cerca de Gaeta, adonde el río entra en la mar, embravecióse en tanta manera la mar, que en la boca del río se hundieron los navíos con la artillería, y capitanes y soldados, y municiones que allí llevaban Murieron allí con este Pedro de Médicis trecientos soldados, y pilotos y marineros, que ninguno se salvó; y entre ellos aquel Pedro de Médicis, con todos los que con él iban. Y este fué justo juicio de Dios; porque estando el gran Lorenzo su padre en una casa que tenía junto á Florencia, llamada Careglá, estando malo, y teniendo consigo á un médico el más insigne de toda Italia, ofreciéndose el médico, que se llamaba micer Petro Leonés, al Pedro de Médicis le pesó en tanta manera, pensando que su padre había de vivir, que lo hizo echar en un pozo al dicho médico, porque no curase á su padre, que había sido el más valeroso cibdadano que en Florencia hubo jamás, padre del Pontífice León.

## CAPÍTULO XX

*De cómo se concertó la batalla entre los españoles y franceses, y por qué causa se desbarató.*

Los Marqueses Generales de Francia y á todos sus capitanes les pareció que, pues traían consigo á toda la flor de Francia, así en las armas como en nobleza, y todos los más diestros y sabios capitanes, como eran mos de Tramolla, aunque pasando por Roma

adolesció de una muy grave enfermedad, que le duró mucho, y mos de Alegre, mos de la Paliza, mos de Auberi, Montpensier, mos de Isy, Bayardo, mos de Sant Pol, Baseyo, capitán de suizos; mos de Xaude, mos de Ricarte, Bernardino Adorno y otros muchos y buenos capitanes; venían asimismo capitán de Florencia, del Duque de Ferrara, del Mantua, micer Juan Bentivollo y otros muchos; y más considerando haber cuatro franceses para un español, y estando á la mira toda Italia, Francia y España y toda Europa, acordaron desde á dos días de pasar el río del Garellano é irse derecho la vía adonde estaba el Gran Capitán y darle la batalla, y fuéronse aposentar á una villa llamada Aquino, que está seis millas de Sant Germán, donde nuestro campo estaba De esta villa de Aquino fué natural Santo Tomás de Aquino, de la Orden del bienaventurado Santo Domingo, que en letras divinas, sólidas y católicas y en santidad alumbró mucho á la Iglesia de Dios. El Marqués de Mantua venía muy bravo y había prometido al Rey de Francia de matar ó prender al Gran Capitán ó lo ser él muerto ó preso, y de le dejar el reino de Nápoles pacífico y en su servicio, sin quedar una sola almena por españoles, con otras palabras bien soberbias.

El Gran Capitán, sabida la determinación del Gonzaga, holgóse extrañamente y envió luego á M. Antonio Colona á los Generales de Francia que estaban en Aquino, los cuales lo recibieron muy bien, así por ser quien era como por ser enviado por el Gran Capitán. M. Antonio les dijo de parte del Gran Capitán que sus señorías fuesen muy bien venidos á aquel reino, y que él se había holgado mucho dello, así por ser personas tan señaladas en la paz y en la guerra como por traer consigo tantos y tan buenos caballeros con tan buena gente de guerra, adonde habría lugar de mostrar sus grandes ánimos y valor de sus personas, de que en todo el mundo eran conocidos, como él sabía que lo eran; que les rogaba muy afectuosamente, porque la gente de la tierra, que ninguna culpa tenía y eran gente que vivían por su trabajo, no lo pasasen mal, y por otros muchos trabajos que con la dilación se suelen acometer; y también porque sabía que lo venían á buscar, que en todo caso aceptasen la batalla y fuese adonde ellos quisiesen, y como lo ellos eligiesen, que él los iría allí á buscar, porque no tomasen trabajo,

y que verían una muy hermosa batalla, donde se haría una bellísima jornada. Los Marqueses respondieron que él había hablado á su gusto y voluntad de ellos, y que ellos le hoberan requerido lo mesmo; mas que tuvieron por cosa muy cierta que no querría persona tan cuerda como el Gran Capitán era tentar tantas veces á la fortuna, que tan favorable le había sido; aunque todo el mundo sabía, y el Cristianísimo Rey estaba de ello bien informado, que las desgracias pasadas más habían sido por falta de los capitanes que no de la gente de guerra, más que no por el esfuerzo y industria de los españoles; pues todo el mundo sabía la ventaja que los franceses hacían á los españoles en la paz y principalmente en la guerra, con otras muy soberbias palabras. Y concertóse que fuese la batalla de campo á campo para el viernes venidero, que era á veinte y uno de Octubre. M. Antonio les respondió: «Lo que antes dije fué de parte del Gran Capitán. Lo que agora dijere será de la mía. No está (dijo M. Antonio) sujeto á la fortuna el Gran Capitán para que la haya de tentar, porque la trae á su mandar y en su mano está tomarla ó dejarla. Lo que los capitanes franceses han hecho en las guerras pasadas todo el mundo lo sabe, que no les faltó industria ni esfuerzo para pelear; mas sobró á los españoles para los vencer, según la mucha justicia tienen los Reyes de España á este reino, sobre que es el debate, y presto veremos lo que vuestras señorías hacen; y pues tan buena respuesta llevo, que para tercero día será la jornada, allí verá la mejoría de los nuevos capitanes á los pasados». El de Gonzaga le respondió: «Asaz habéis dicho, señor M. Antonio, de palabras soberbias y aun ajenas de las que los mensajeros suelen decir». M. Antonio le replicó: «La verdad á do quiera y delante de quien quiera se debe decir». Y con esto se despidió. Los Marqueses quedaron muy cansados de la plática pasada.

Vuelto, pues, M. Antonio, dijo lo que quedaba concertado, que la batalla fuese de campo á campo para tercero día viernes, que se contaron veinte y un días de Octubre. El Gran Capitán le abrazó y le dijo: «Bien sabía yo, señor M. Antonio, que donde vuestra merced se hallase, que llevara adelante nuestras honras». Hubo tanta alegría en el ejército, así en particular como en general, que no se podría por ningunas palabras decir.

## CAPÍTULO XXI

*De cómo venido el jueves todos se aparejaron para la batalla y el viernes fueron á dar la batalla.*

Pues venido el jueves, todos se aparejaron para otro día dar la batalla, y esa noche toda se gastó en confesar y comulgar y hacer testamentos, y á media noche tocaron alarma y todos estuvieron muy á punto y se pusieron en orden. Pues todo concertado, el Gran Capitán iba en laanguardia ordenándolos y animándolos, que les ponía nuevos corazonas.

Pues con esta orden llegaron al lugar señalado para la batalla cuando arrayaba el sol, teniendo por muy cierto que los hallarían allí; y llegados, ningún francés hallaron, que esa noche habían pasado el Garellano y tornado adonde habían venido por el puente de Pontecorvo: que si aquella noche el Gran Capitán no fuera engañado por los descubridores, que eran italianos, él hacía esa noche jornada con ellos.

Este lugar de Pontecorvo solía ser del reino de Nápoles y agora es de la Iglesia. Llegado, pues, el Gran Capitán al sitio donde estaba señalado que había de ser la batalla, lo holló con su ejército, y luego tornó á inviar al mesmo M. Antonio Colona á les decir cómo estaba muy espantado dellos, á ver si quebrantaban la palabra que así habían dado personas tan señaladas en la guerra y que habían perdido tanta reputación. Los franceses respondieron que ellos se habían retirado y tornado á pasar el Garellano por cosas que les importaban; que cuando fuese tiempo que ellos los buscarían, y aunque no les pluguiese mucho conellos. Vuelto, pues, M. Antonio, el Gran Capitán se volvió aquella noche á Sant Germán con todo su campo. El señor Fabricio Colona fué con ciertos caballos desde el Soto de Aquino á provocar á los franceses que estaban de aquella parte del río, mas ellos les tiraron con su artillería y se estuvieron quedos en su real. Este río del Garellano va lo más del tiempo ahojinado como Tajo en muchas partes, y desta causa no se puede pasar sino por barcas.

Luego á los veinticinco días de Octubre se dió Roca de Vanda, que dijimos que el Gran Capitán dejó cercada. Quedó en aquel cerco

el capitán Zárate con su compañía, el cual combatió la villa y les entró por fuerza de armas, y fué él de los primeros que entraron, y fué herido á la entrada, de que luego murió peleando como valiente capitán que era. La villa y fortaleza fué tomada y saqueada por la gente de guerra. Fué muy sentida la muerte de este capitán Zárate, porque era muy virtuoso y muy valiente. Tomaron los soldados tanto pesar y coraje en ver muerto á su capitán, que mataron muchas personas de la villa sin haber de ellos piedad alguna.

Cuando el Gran Capitán fué con todo su campo á la villa de Aquino, pensando de hallar allí á los franceses, como estaba concertado, supo que en ciertos mojonos y en un hospital estaban muchos franceses y suizos enfermos, que se morían de hambre y de frío. Mandóles proveer de todo lo necesario y curarlos, y les dejó con que se volviesen, y usó con ellos de grandísima piedad. Muy al revés de lo que aconteció á Peri Juan, aquel cosario de quien atrás dijimos; que topando cerca de Cunas un navío donde iban muchos españoles y italianos enfermos y heridos á se curar en la ciudad de Nápoles, que los había mandado ir el Gran Capitán desde Castellón y los otros lugares de los aposentos, topó con ellos aquel cosario, y tomó el navío y todo lo echó á fondo, pareciéndole que era gran valentía matar á todos los enfermos, y aun á los que los llevaban, porque á todos los echó á fondo.

## CAPÍTULO XXII

*De lo que los franceses hicieron teniendo su campo de aquella parte del Garellano.*

El Gonzaga y Saluces con los otros capitanes estuvieron seis ó siete días consultando lo que harían, porque la fortuna les había sido muy contraria al principio; porque el Papa Alejandro, que estaba ligado con el Rey de Francia, era muerto, y mos de Tramolla en quien ellos tenían grande esperanza, había adolescido, como dijimos, de una grave enfermedad. Las primeras cosas que en principio habían tentado les habían sucedido infelizmente, y no habían podido pasar á Carinola por el estrecho de Casino para ir á tierra de labor; y habían sido echados de Rocaseca con gran vergüenza, y más los tiempos tan contrarios; y los caballeros del

bando ursino, en quien tanta esperanza tenían, con tan gran confianza, haberse pasado á los enemigos por la insolencia y temeridad del Trancio, embajador, que en tan poco los tuvo; y con grande agüero pronosticaban un suceso muy contrario. Con todo esto, el Gonzaga llamó á consejo al de Saluces y al Alegre y á Baseyo con los otros capitanes, [y acordaron] no haber cosa más provechosa para la necesidad en que estaban que llegar á la villa de Tracto y echar un puente al Garellano, pasar el río por la Campania que va á las aguas del Sesa y Mondragón. Este Mondragón llamaron los antiguos Petrino. Y de ahí ir por la campaña de Mazoni é irse derechos á Capua, y vadeando el río por la vía de Carinola pasar el río Vultreno.

El Gran Capitán con su gran prudencia, conocido el desino y discurso de los enemigos y con tan grande experiencia de las cosas de la guerra, luego conoció lo que los enemigos determinaban de hacer. Invió á Pedro de Paz con su capitania de caballos ligeros para que corriese la ribera del río y les defendiese la salida, y siempre fuese en frente de los enemigos, que él les seguiría de cerca. El de Paz por la parte que le pareció que podrían los enemigos pasar, que estaba el río más aparejado para se vadear, hizo hacer una larga trinchera y bien honda, adonde parecia que podrían echar el puente, y metió en ella infantería de arcabuceros para que los rociasen cuando quisiesen echar el puente.

Estando los dos campos uno de una parte del Garellano y el otro de la otra, Fabio Ursino, un caballero muy mancebo y muy esforzado, hijo que fué de Paulo Ursino, á quien mató César Borja, llevando abierto el almete, un gascón le tiró y le metió por un ojo una saeta. En esta sazón el Gran Capitán invió á Fabricio Colona sobre la Roca de Evandria, el cual la cercó y la dió un recio asalto. Está esta Roca de Evandria sobre el Garellano. Fué tanta la turbación de los de dentro, que tomaron tanto espanto, que Federico de Monforte, un capitán que estaba por el Rey de Francia, se concertó con el Fabricio que si dentro de cinco días no le socorriesen los franceses, se daría. Para ello dió un hijo suyo en rehenes.

El Gonzaga, ocupado en el puente que quería echar, tuvo en poco la pérdida de aquella fortaleza, y el Monforte, pasado el término,

la rindió y cobró sus rehenes. Pues asentado el real por los franceses de aquella parte del Garellano, en medio de la vía que viene de Gaeta á Nápoles, junto á una torre donde anda una barca en que pasan aquel río, dijeron que por allí harían sus puentes y pasarían á dar la batalla á los españoles.

El Gran Capitán, postrero día de Octubre, asentó su campo de la otra parte del Garellano, enfrente del campo de los franceses, que no había sino el río en medio; que su artillería daba en el campo de los españoles, y la de los españoles en el de los franceses. Estuvieron estos dos campos el uno de la una parte y el otro de la otra desde postrero día de Octubre hasta vispra de Navidad, que fueron cerca de dos meses, en el cual tiempo acontecieron cosas muy señaladas en armas, así de la una parte como de la otra. El Gran Capitán siempre les requirió ó que pasasen adonde él estaba y se diese la batalla, y que les daba su fe y palabra que hasta que todos hubiesen pasado y ordenado sus haces, de no menear su real, ó que si esto no les placía, que él pasaría á ellos y se fiaría en su palabra. Los franceses respondieron que ellos pasarían lo más presto que pudiesen y les darían el pago que merecían.

### CAPÍTULO XXIII

*De lo que aconteció á un capitán gallego que guardaba una torre allí ribera del Garellano.*

Estaba en el río del Garellano hacia la parte de abajo una torre de la parte del campo de los españoles, en la que se metió Pedro Navarro, al cual el Gran Capitán invió á llamar y que dejase la torre á buen recabdo. El Pedro Navarro dejó encomendada la torre á un gallego, persona de calidad, y le dejó quince gallegos, buenos soldados al parecer y que parecía que la sabrían defender, porque no cabían más en ella, y les dejó todo lo necesario para la defensa de aquella torre; y les dijo que si los franceses pasasen á ellos que se la defendiesen hasta no quedar sino solo uno, y que aquel la defendiese hasta que se la echasen encima; y que si se viesen en gran necesidad, inviasen uno á avisar al real. Pues ido Pedro Navarro, los franceses pasaron en barcas, llevando en ellas artillería, y comenzaron á batir la torrè.

Los gallegos luego hablaron en partido que entregarían la torre, si los dejasen ir con las vidas; lo cual luego les fué otorgado. En el campo de los españoles fué sabido cómo los gallegos estaban cercados, y luego fué una escuadra á los socorrer; que si sola una hora se defendieran, llegaba el socorro. Los gallegos comenzaron á se ir al real de los españoles, á los cuales los que venían al socorro los encontraron no un tiro de arcabuz de la torre y aun mucho más cerca; y sabido que habían entregado la torre, sin les oír más, los pasaron por las picas á todos diez y seis sin dejar á alguno dellos. Los franceses, que á vista dellos estaban, así en la torre como en el real de la otra parte, quedaron muy espantados de la gran crueldad que aquellos españoles usaron con sus mismos compañeros, á los cuales dijo un soldado: «Mirad, borrachos, este es el pago que damos á estos cobardes, porque quedando vivos entregaron la torre; y el mismo pago os debemos á todos vosotros», que no hay cosa que pueda ser más afrentosa que rinda el español ninguna plaza al enemigo, quedando vivo.

Al Gran Capitán le pareció gran crueldad la que con aquellos gallegos se había usado, que tan miserablemente muriesen aquellos diez y seis soldados; mas no lo quiso castigar, porque escarmentasen y tomasen ejemplo, que los que estuviesen en defensa de alguna plaza, antes eligiesen de morir que no se rendir al enemigo; y que supiesen que tenían más cierta la muerte no haciendo lo que debían que no la que el enemigo le podía dar; y que supiese el soldado español que su vida estaba en la fortaleza y valentía del ánimo, y que era muy ajeno del nombre español entregar al enemigo ninguna fuerza por flaca que fuese. Porque este clarísimo varón no tenía en nada que le tuviesen por cruel en los casos que tocaban á la reputación y honra, aunque de su natural era muy benigno y piadoso. Los franceses quedaron muy orgullosos por les haber ganado aquella torre.

Acontecía muchas veces echar los franceses los caballos á pacer por la isla del río y pasar los españoles y traerlos á nado. Decían los franceses que los españoles no eran como las otras gentes, porque tan seguramente andaban por el agua como por la tierra.

## CAPÍTULO XXIV

*De un rencuentro que pasó de cuatro españoles y cuatro franceses de la otra parte del río, cerca del real de los franceses.*

En este tiempo pasaban muchas veces á nado los españoles y tomaban descuidados á los franceses y les hacían mucho daño y mataban muchos dellos, y se tornaban á echar al agua á su salvo. Pues desde el real de los españoles vieron cuatro gentileshombres franceses andaban cazando con unos esmerojones entre unos taraches el río arriba, desviados algún trecho del real, y cuatro soldados españoles determinaron de pasar á ellos. Hicieron de los sayos unos envoltorios y pusieronlos sobre las cabezas y las espadas atravesadas en las bocas; y pasaron á nado el río enfrente de donde andaban cazando aquellos cuatro franceses, sin ser vistos dellos, porque en aquella ribera hay muchos árboles, y salidos de la otra parte se vistieron y se fueron cada uno para su francés. Los franceses se les rindieron, y los ataron y los llevaron á la ribera y los tomaron á cuestras y los pasaron el río, asidos dellos y temblando y gritando; y cuando de la otra parte llegaron, el uno iba muerto.

Pues llegados ante el Gran Capitán, fué muy espantado de los unos y de los otros; y preguntando para qué los habían pasado el río, respondieron que les habían parecido personas de rescate. El Gran Capitán hizo mucha merced á los soldados, á los cuales dió á cada uno ducientos ducados y un vestido de su persona, y mandó enterrar al francés muerto.

## CAPÍTULO XXV

*De lo que los franceses y españoles hicieron estando en este sitio del Garellano.*

Un domingo que se contaron cinco días de Noviembre, entró el Gran Capitán en consejo con los señores y capitanes que allí estaban sobre lo que se debía hacer veviendo las grandes necesidades que padecían y la hambre que en el real habla, de cuya causa se iban muchos soldados, y sobre todo las muchas aguas y tempestades que de noche ni de día cesaban. El voto y parecer de todos los señores y capitanes y de los del consejo de la

guerra fué, sin faltar uno solo, que se retrujese el campo á la cibdad de Capua, porque es muy fuerte y muy abastecida de todas las cosas necesarias, y en muy buena comarca que allí esperarían á los franceses, y entre tanto pasaría aquel tiempo tan lluvioso, y porque en aquella cibdad se podrían muy bien sufrir. Estas y otras muchas causas dijeron para persuadir al Gran Capitán para probar su intención; y sin duda aquello parecía lo más razonable para el tiempo en que estaban. El Gran Capitán les oyó á todos, y acabado de oír su parecer les dijo: «Señores, lo que á mí me parece es lo que tengo de hacer, y es que nunca Dios quiera que baste ninguna fortuna ni adversidad para me hacer volver atrás. Yo determino, señores, de ganar antes tres pasos adelante, aunque sean para mi sepultura, que tornar dos solos atrás para mi salvación y remedio. Ninguna cosa de mucha honra se ganó jamás sino aventurando la vida y sufriendo muchas necesidades, como hacen los constantes varones. De mí os sé decir que cuando todos os fuésedes y me dejádes sola mi persona, quedaría en este lugar do estoy hasta acabar esta jornada ó acabar aquí la vida con tan glorioso fin, y ya yo veo los que conmigo entonces quedarían. Ya que me hobiese de retraer, no había de ser á Capua, porque no se sufre perderse en una cibdad más de un capitán. Aníbal, aquel muy astuto y sabio capitán de los cartagineses, Capua fué su total perdición por se recoger allí.

## CAPÍTULO XXVI

*De cómo los franceses echaron un puente y pasaron destotra parte del río á pelear con los españoles y lo que sucedió de la batalla.*

Los franceses, como les venía tanta gente de Francia sin la que acá tenían y también les venía de las señorías y potestades de Italia, que como tenían por cierto que habían de ganar el reino, todos, como dijimos, les ayudaban con gente y con todas las cosas necesarias á la guerra, por tener al Rey de Francia propicio en aquel reino. Pues hallándose tan pujantes y con tanto orgullo y con mucha artillería que de Francia y de Italia les había venido, determinaron de pasar el río por puentes y dar la batalla á los españoles, si les osasen esperar, como ellos decían; porque tuvieron por cierto que si les viesan pasar



que no les osarían esperar. Y para ello mandaron traer quince barcas grandes con sus anclas, y sobre ellas echaron un puente de madera bien ancho y bien firme, haciéndole gran guarda de día y de noche, y lo mesmo hacían los españoles; así que nunca puente fué mas guardada en el mundo de una parte y de otra.

El Gran Capitán puso cuatrocientos italianos entre su real y la entrada al puente, y el Marqués de Mantua luego que llegó á Gaeta que se vió con los capitanes franceses que allí estaban, siempre burló dellos, diciendo que el Rey Luis había perdido su reino, crédito y reputación más por falta de los capitanes que por defecto de la gente de guerra. Principalmente tenía muy corrido al de la Paliza y á los otros capitanes. El Alegre le respondió: «Señor, el tiempo es largo, y agora veremos lo que hace V. S.», y más cuando vió el Marqués que habían ganado la torre de los gallegos; así que los nuevamente venidos tenían en muy poco á los que acá hallaban-

#### CAPÍTULO XXVII

*Cómo los franceses pasaron el puente y pelearon con los españoles, y lo que en la batalla sucedió.*

Acaeció, pues, así: estando el Gran Capitán y su campo teniendo la guarda del puente cuatrocientos soldados italianos con su capitán asimismo italiano, los franceses asestaron toda su artillería á unos llanos de pantanos por do podía venir el campo de los españoles, que aves no podían pasar por allí sin recibir daño. Luego arremetió por el puente toda la más gente de los franceses que pudo, y imbistieron en la guarda de los italianos, que dijimos que guardaban el puente, y mataron muchos dellos y los otros huyeron. Tomáronles los franceses dos falconetes que tenían allí en la guarda del puente.

Visto por el Gran Capitán la mala guarda que los italianos habían hecho, salió su persona en la delantera y fué derecho al puente, y con él todos los caballeros y capitanes que le vieron ir. Fué su persona la primera que aquel día llegó á los franceses. Allí fué una muy brava batalla, en que les mataron á todos los que hallaron que habían pasado desta parte del puente. Los otros comenzaron á huir, y los más caían en el río; y como iban

armados y el río es hondo por ir ahocinado y tiene muy malas salidas, todos se ahogaban.

El Gran Capitán iba en la delantera por el puente adelante diciendo á voces: «O los falconetes han de volver luego acá ó todos hemos de quedar allá con ellos muertos». Todos, visto lo que el Gran Capitán decía y lo que hacía, todos pelearon con tanto ánimo que salieron de la otra parte del puente y entraron por el real de los franceses. Los cuales, visto á los españoles en su real, tuvieron tan gran turbación que comenzaron á huir. El Gran Capitán decía á voces: «O líbrense los falconetes ó sea nuestra sepultura cabe ellos». Diego García, Villalba, Alonso Gallego el tuerto y el Comendador Rosas y Alonso López de Escalada trabaron de los falconetes y los enviaron por el puente peleando con los franceses. Los Colonese, Pedro Navarro, Hernán Suárez, Carlos de Paz, Maderiaga, Espés y Martín Gómez, vizcaíno, pelearon en el puente [de tal suerte] que los franceses no fueron parte para estorbar que los tiros no volviesen al campo de los españoles.

El Duque de Termoli, Andrea de Altavilla, don Pedro de Acuña, don Jerónimo Lloriz, hicieron este día cosas muy señaladas. Lo que aquel día hizo el capitán Hernán Suárez de Sevilla puso á todos en admiración, sufriendo mucho trabajo y peleando con el real de los franceses.

Cobrados los falconetes, todos se volvieron por el puente, porque así lo mandó el Gran Capitán. Murieron en este rebato algunos españoles y algunos italianos; de los franceses murieron dos mil hombres, sin los que cayeron en el río. Iba todo el Garellano, desde el puente abajo, cubierto de franceses, lo cual era de ver gran lástima; y el Gran Capitán no pudo tener las lágrimas que no llorase, acordándose que aunque eran enemigos eran cristianos, redimidos por la sangre de Jesucristo, y hacia enternecer á muchos.

El Marqués de Gonzaga quedó muy espantado de la presteza de los españoles y la furia con que pasaron el puente, y de la constancia con que pelearon hasta cobrar los falconetes. Los franceses como pasaron el puente desordenados, aun no habían tenido lugar de cerrarse en escuadrón. En ninguna manera tuvieron lugar ni ánimo para sufrir la furia de los españoles, que los acometieron muy

denodadamente; veiendo, como dijimos, ir delante la persona del Gran Capitán. Aquella hora viera menear las manos á los españoles, porque los franceses que venían á socorrer á los suyos eran forzados á volver atrás con la vuelta y huida de sus compañeros.

En esta batalla, un alférez llamado Hernando de Illescas (1), alférez español, al cual habiéndole llevado una pelota de un cañón la mano derecha con gran parte del brazo, y él con la mano izquierda y el brazo manco se ayudó de arte que siempre tuvo su bandera enarbolada con gran ánimo. Al cual dió el Gran Capitán en las rentas reales quinientos ducados de renta para él y para sus descendientes; lo cual el Rey don Fernando confirmó después. Yo oí decir á don Diego García de Paredes que jamás vió ni esperaba de ver cosa como aquélla; que en todas las guerras en que se había hallado nunca vió cosa como ésta, porque no pudiendo pasar sino por sobre hombres muertos y caballos, no temían de se ir contra la artillería sabiendo que iban á morir; que ninguno vió volver atrás, sino ir todos adelante, como á sabida muerte. Mos de la Paliza á grandes voces dijo al Marqués: «Magnífico señor, paréceme que estos españoles comienzan á burlar con vuestra señoría. Sospecho que antes de mucho hemos de ser todos iguales».

### CAPÍTULO XXVIII

*De un ardid que el Gran Capitán hizo para dar á entender á los franceses que les tenía temor, y lo que los franceses hicieron (2).*

Como los franceses vieron que sus designios no les habían sucedido bien, no por ende perdieron la esperanza de dejar de llevar adelante su propósito comenzado; como aquellos que eran tan diestros en la guerra y que tanto sabían de ella, quedáronse en su mismo real con pensamiento de hacer otro puente, mandando traer todos los bateles de las naos de carga, á fin que en un mismo tiempo los caballos y infantería, cada uno por sí,

pasasen de la una y de la otra parte; y tomando una larga trecha al cabo de las puentes, hiciesen una trinchea contra los enemigos, en la cual los más valerosos soldados asegurasen á los que los seguían pudiesen hacer rostro á los enemigos y salir fuera, defendiéndoles la artillería, de la cual tenían grande copia y muchas y muy buenas piezas, que podían hinchar la ribera de abajo y de arriba y defendellas fácilmente.

Estando los franceses tratando estas cosas como tan valeroso capitán y tan sabio en la guerra, según en las cosas en que se había hallado, comenzaron los franceses á aborrecer al Marqués de Mantua y á desacatarle, diciendo que en todo lo que había comenzado se había errado y todó lo hacía muy al contrario de lo que ellos tenían ordenado; y toda la culpa echaban al Gonzaga, y que era muy tardío en lo que había de hacer y no nada diligente, y que con poca presteza trataba las cosas de la guerra. Tiene esta falta la guerra: que cuando alguna jornada no sucede felicemente, fácilmente murmuran del capitán y le quitan la honra y reputación que hasta allí ha ganado, aunque haya hecho cosas muy señaladas en las pasadas jornadas y haya sido muy venturoso en lo pasado. Cuando alguna jornada no sucede felicemente, luego culpan al capitán, no se acordando de las cosas pasadas, aunque hayan sido prósperas. Los franceses de su natural arrebataados en todo lo que hacen y deseosos de concluir de presto los negocios, aunque sean contrarios; porque de su natural no pueden sufrir luenga tardanza ni larga fatiga ni trabajos, quisieran quel Gonzaga de presto combatiera y viniera á las manos con los enemigos por poner fin á la guerra y á los trabajos que padecían; y desta causa muchos dellos murmuraban del Gonzaga, diciendo que si trujeran á mos de Tramolla por capitán, que ya hobieran ganado el reino y echado á los españoles de Italia y alcanzado la victoria, porque Tramolla con su grande industria y cabeza no hobiera esperado á la tardanza del Gonzaga y hobiera obtenido la victoria.

Entre los otros capitanes que de Francia habían venido con musiu de la Tramolla era Sandrycurto, hombre bien experimentado en las armas y de grande ánimo; mas era bastardo y muy suelto en hablar, y muy bravo y maldiciente. Hallándose este Sandrycurto en

(1) Al margen, de letra del texto: «De la compañía de Morellón. A este Hernando de Illescas mandó llevar el Gran Capitán á su tienda y lo hizo curar, y cuando sanó [quedó] sin el brazo».

(2) Así en el original; pero no se trata en este capítulo de esta materia, sino en el siguiente que lleva el mismo epigrafe. En este se ocupa principalmente de las murmuraciones que en el ejército francés producía la conducta militar y la persona del Marqués de Mantua.

cierto alojamiento de soldados les dijo desta manera: «Sabed, señores franceses, que nosotros somos con justa causa castigados de la fortuna, que venga el nombre francés á término y á tanta poquedad que vengamos á ser sujetos y que obedezcamos á un capitán extranjero, y más italiano bujarrón, como si de nuestra nación no hubiera capitanes más valerosos que en todas las otras naciones juntas; si no véase en los tiempos pasados y presentes, hay en nuestra nación muchos mejores que él, los cuales con su esfuerzo y valor nos hubieran sacado destes trabajos y ganado la victoria de los españoles y los hobiéramos buscado y muerto y preso todos ellos». Estas y otras muchas palabras dijo este Sandrycurto, lo cual luego fué referido al mismo Marqués, y cómo los más franceses decían lo mismo. El Gonzaga sintió mucho aquellas palabras, y las sintió como era razón, porque es costumbre entre los soldados y gente de guerra y en la paz asimesmo deshonrarse unos á otros é injuriarlos de palabras. A los italianos llaman los franceses y aun españoles bujarrones, que quiere decir que se echan con muchachos. A los españoles llaman marranos y ladrones; los alemanes llaman á los suizos vaqueros y ordeñadores de vacas, y los suizos llaman á los tudescos puercos sucios; á los ingleses, bestiales irracionales; á los portugueses, locos enlevados; á los franceses, borrachos, cueros de vino, y asimismo á los flamencos.

Al Marqués le pareció que perdía toda su reputación en tener más el imperio y mando sobre los franceses, gente tan insolente y soberbia, cuya reputación y fama con sus vanas palabras habían maltratado y ofendido; determinó dejar lo más presto que pudiese la potestad y gobierno de los franceses, porque él desde que llegó al reino de Nápoles siempre fué de voto y parecer, y lo demostró con muchas razones muy bastantes, que el ejército se pasase en Pulla; mas los menos obedecían los mandamientos y murmuraban de los pagadores que hurtaban los dineros con que se habían de proveer los soldados y gente de guerra, y que daban falsa relación de los soldados por hurtar las pagas.

Pues veyendo esto el Marqués, cómo entre ellos se iba perdiendo su honra, y vía ya el suceso que aquel campo había de haber, según la insolencia y poca obediencia de los

franceses, determinó de esperar á su tiempo para les dejar General, cuando viese que cómodamente lo podía hacer.

## CAPÍTULO XXIX

*De un ardid que el Gran Capitán hizo para dar á entender á los franceses que tenía temor de ellos, y de lo que los franceses sobre ello hicieron.*

El Gran Capitán consultó con el Conde Pedro Navarro y con micer Antonelo cómo se haría un ardid para que los franceses pensasen que los tenían temor y pasasen el puente. Los cuales hicieron un ardid, y fué éste: que aparejaron una barca con pólvora y botafuegos, y metido dentro un soldado de noche en cueros; y la barca comenzó de ir el rio abajo hacia el puente, y cuando llegó la barca cerca del puente, púsola fuego y saltó en el rio, y á nado salió á la orilla. La barca comenzó á arder muy bravamente y fué á topar con el puente. Mas los franceses que estaban en la guarda del puente, como vieron venir el fuego á dar en el puente, aunque no pudieron imaginar qué sería, porque no vían sino aquel fuego venir á quemar el puente, con lanzas y cueros detuvieron que no llegase la barca al puente, aunque estuvo bien cerca, y allí se acabó de quemar. Los franceses de aquel ardid creyeron que los españoles temían que los franceses pasarían de la otra parte, y que deste temor habían hecho aquel fuego, para que los quemase el puente, tuvieron por cierto que el Gran Capitán le pesaba ver allí el puente.

## COMIENZA EL NONO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNANDEZ, GRAN CAPITÁN, HIZO CONTRA LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES.

## CAPÍTULO I

*De cómo los franceses pasaron otra vez el puente, y lo que sobre esto pasó.*

Pues un día por la mañana amaneció todo el real de los franceses levantado y comenzaron á pasar el puente. Aquel día se halló el Gran Capitán con solas quinientas lanzas

ligeras y quinientos soldados y los alemanes; porque toda la otra gente estaba repartida por los aposentos, á causa de ser el tiempo, como hemos dicho, tan trabajoso de aguas, y estaban muy desesperados por no se hallar allí en el ejército.

El Gran Capitán les enviaba siempre á decir que holgasen, que él les avisaría cuando viese que era tiempo para dar la batalla á los franceses, y que á ellos guardaba para mayores cosas. Visto, pues, por el Gran Capitán que pasaban, mandó que los dejasen pasar sin les estorbar su pasada. Pues viendo pasados mil y quinientos franceses, envió contra ellos quinientos infantes y quinientos caballos ligeros, y díjoles: «Id con la gracia de Dios y de su bendita madre y pelead con ellos, que yo quedo aquí, adonde me dejáis con los alemanes, para si hoiédes menester ayuda, os pueda socorrer. Y júroos por Dios eterno de no me mudar de donde me dejáis solo un paso atrás, sino que muerto ó vivo aquí me hallaréis». Y luego envió á llamar á gran priesa á la gente de guerra á los aposentos por la posta; aunque cuando vinieron con toda la presteza que pudo ser, ya el negocio estaba despachado, y al camino les tornó á inviar á mandar que se volviesen, lo cual ellos no hicieron, antes vinieron allí al real y se quejaron muy gravemente al Gran Capitán porque no les mandaba estar allí; que los debía tener en tan poco que no debían de ser para pelear; que le suplicaban les mandase estar allí, y que verían para lo que eran. El Gran Capitán mandó á personas que para ello señaló, que si allí muriese, así armado como estaba, lo tuviesen allí, como estaba, hasta que aquella batalla se acabase, y después lo trujesen en el campo armado hasta que los Reyes Católicos proveyesen de sucesor. Esta diligencia hizo el Gran Capitán porque los franceses, sabido y visto á donde el Gran Capitán estaba, asestaron hacia allí muchas bocas de fuego y tiraban hacia allí á donde vían estar el Gran Capitán. Pasaban las más pelotas cabe él. Una pelota mató á un Barón de Sicilia que estaba hablando con él, al cual mandó el Gran Capitán enterrar sin hablar en su muerte ni recibir alteración. Otra pelota pasó entre las manos del caballo y otras junto á su cabeza y cuerpo.

Cuando el Gran Capitán envió los quinientos soldados y quinientas lanzas, les dijo:

«Mirad que no vais á escaramuzar, sino á les matar ó morir, y haced lo que hoy viéredes hacer á don García de Paredes y á Pedro de Paz y á Carlos de Paz y á Morellón y Mercado, Espés, Hernán Suárez, Escalada y Ceo-lo, Viciano y Espinosa», que vió que iban en la avanguardia, y nombró por sus nombres á otros muchos. Un soldado le respondió: «Pesar de tal con Diego García! Voto á Dios, más de dos Garcías vereis hoy que hombres vamos aquí».

Cuando, [como dijimos] en el capítulo pasado, pasaron la primera vez que huyeron los cuatrocientos italianos que guardaban el puente, y los franceses les tomaron los dos falconetes, dijo el Marqués á mos de Alegre: «¿Estos marranos son los que os vencieron en la Chirinola y los que os han echado del reino?» con otras palabras afrentosas. Pues veyendo mos de Alegre venir á los españoles á pelear con los que habían pasado, dijo al Marqués: «Magnífico señor, aquellos que vienen á pelear con los que han pasado sospecho que son los que á mí me desbarataron. De aquéllos os guardad y veamos cómo lo hacéis». Pues estos españoles arremetieron con grande ímpetu contra los franceses. Ellos los recibieron con otros tales ánimos y esfuerzo, porque aquellos primeros que habían pasado eran los mejores de todo su campo, y pasaban por el puente todos cuantos podían. Estuvo la batalla por gran rato bien reñida; mas los españoles pelearon tan varonilmente, y más sabiendo que los miraba el Gran Capitán, que los franceses quisieran poder tornar á pasar el puente. Los españoles ocuparon el puente y hicieron tan grande estrago en ellos, que de mil y quinientos que pasaron, ninguno quedó vivo que no fuera muerto á ahogado.

## CAPÍTULO II

*De lo que hicieron los españoles después de muertos los mil y quinientos franceses.*

Como los franceses vieron muertos los mil y quinientos franceses que habían pasado el puente, asestaron seis bocas de artillería, principalmente dos cañones que eran los mejores que había en Francia, llamados el «Gran cañón de Bretaña» y «Madama de Forlin», y con estos les pareció que defende-

rían el puente que los españoles no pasasen allá, que las pajas del puente llevaban los cañones.

Los españoles, no contentos con haber muerto los mil y quinientos franceses que el puente habían pasado, comenzaron con gran presteza á pasar el puente. Las maravillas que en armas se hicieron aquel día en el puente y fuera de ella por los capitanes y soldados es cierto que los que las vieron tenían en poco lo que Plutarco en sus *Vidas* y Tito Livio en sus *Décadas* escribieron. De Diego García de Paredes ni palabras bastan para lo contar ni razones para lo dar á entender. Traía una grande alabarda que partía por medio al francés que una vez alcanzaba, y todos le dejaban desembarazado el camino. Daba voces á todos que pasasen al real de los franceses, y él y otros algunos pasaron de aquella parte, y fuéronse derechos á los artilleros que estaban con las mechas cebando los tiros. A dos artilleros partió por medio Diego García hasta los dientes, de que el Marqués estaba espantado. Y visto que los españoles habían pasado el puente, comenzó á huir en uno de los cincuenta caballos que de Mantua habían traído; y mos de Alegre y el Paliza iban tras él diciendo: «Volved, señor, á ver los que nos desbarataron en la Chirinola y en las otras plazas. Volved y amosaros los hemos». Y si esperara, lo trataran como á un señor francés que estaba hablando con el mismo Marqués, que visto que el Marqués huía y que los españoles pasaban el puente, se puso allí á la defender; y Diego García le prendió, que no le quiso matar por ver que lo había hecho mejor que todos; y porque los soldados lo querían matar, él lo dejó ir libre, el cual fué muerto de risa para sus compañeros y alababa la merced que el gran diablo le había hecho, que así llamaba á Diego García.

Aquel día hicieron Morellón, Spes, Coello, Busto, el coronel Villalba y los Alvarados, padre y hijo, y todos los que allí se hallaron, cosas increíbles en armas. El Gran Capitán les mandó que se volviesen á estotra parte de la puente, y no podían pasar sino sobre cuerpos muertos. Cuando volvieron los españoles, hallaron al Gran Capitán en el mismo lugar que le habían dejado. Los alemanes estaban espantados de ver que jamás por las muchas pelotas que le pasaban al derredor de

él, que jamás hizo mudanza alguna en el rostro ni habló en las pelotas. Decían que debía ser cuerpo encantado, y que tal hombre como aquel no había de haber nacido en España, sino en Alemania.

El Gran Capitán recibió á los capitanes y soldados con grande alegría, alabando sus hechos hasta el cielo. Faltaron hasta veinte soldados. Llevó un tiro de artillería entre ambas piernas á un capitán de infantería que se llamaba Guzmán, que había sido paje de don Alfonso, señor de la Casa de Aguilar; quedó allí sin piernas. Era muy gentil hombre y había hecho cosas muy señaladas en armas; al cual mandó llevar á su tienda el Príncipe de Navarra y lo hizo curar, pensando que sanaría, y al fin murió; y el Príncipe lo mandó llevar á Gaeta, y lo hizo enterrar muy honradamente, con un título sobre su sepultura que contaba su muerte. Este Príncipe no había hecho tantos fieros como el Gonzaga, y peleó aquel día mejor que él.

Había en el real de los franceses un caballero italiano, natural de Sesa; era del Consejo de Guerra de los franceses; tenía allí consigo un hermano, el cual cada noche llevaba una carta de cifras avisando de todo lo que pasaba. Este su hermano se iba el río arriba, y con una piedra, atada la carta á ella, la echaba de la otra parte del río; para lo cual estaba un soldado esperando, y la tomaba y le traía la respuesta, y la echaba de la misma manera. Cada noche sabía el Gran Capitán el estado de los franceses por esta vía.

### CAPÍTULO III

*De cómo todos los señores y capitanes del ejército y los del Consejo de la Guerra requirieron al Gran Capitán se retrujese en los alojamientos y alzase en todo caso el real, y lo que respondió y hizo.*

Juntáronse un día los señores y capitanes y los del Consejo de la Guerra y suplicaron al Gran Capitán que se retrujese á algunos alojamientos hasta que aquel tiempo tan trabajoso de aguas pasase; diciendo que ya no se podían sufrir las necesidades que allí padecían y los trabajos insoportables que allí pasaban. Pusieron al Gran Capitán delante todos los inconvenientes que había; que cualquiera dellos era bastante para que se

recogiese el campo á los alojamientos, diciéndole que bien sabía Su Señoría que los hombres no eran obligados á las cosas imposibles, como lo era aquélla. Principalmente insistían en esto los del Consejo de la Guerra. El Gran Capitán les oyó con mucha atención hasta el cabo, y les dijo: «Señores, no me aconsejéis que vuelva atrás en ninguna manera á los alojamientos; que yo entiendo de os llevar á aquel real de los franceses que está bien bastecido de todas las cosas necesarias». Ellos le tornaron á replicar y apretar tanto, que les dijo: «Oid, señores, y será esta la postrera respuesta que, señores, os daré, sin que más me repliquéis. Yo bien tengo por cierto que todos cuantos aquí estáis deseáis el servicio de los Reyes nuestros señores tanto como yo, y que sabéis muy bien lo que decís y hacéis cada uno de vosotros mucho mejor que yo; mas quiero que sepáis que si volvemos atrás, perdemos todo el crédito y reputación que hemos cobrado; y la mayor parte de Italia está esperando que haya alguna quiebra, como será está, para que así hagan ellos su mudanza. Y los franceses tomarán tanto orgullo de nos ver volver atrás, que cobrarán nuevas fuerzas. Cosa es de gran poquedad que sufran los franceses estar en el campo, treinta pasos de nosotros, y que nosotros no podamos sufrir otro tanto y estar como ellos están; ya que todo esto cese, yo no puedo acabar conmigo de volver un paso atrás, y si, como me decís, que la gente, no lo pudiendo sufrir, se irá y me dejará, de aquí os digo, por vida de los Reyes Católicos y á fe de cristiano, que si solos diez quedaren conmigo, que con solos ellos quede hasta pasar el río y les dar la batalla y los vencer ó quedar allí muerto. Por ende, sígame quien quisiere, y el que no, váyase con la gracia de Dios; y pues vosotros, señores, sois tan esforzados, por qué me queréis poner á mi temor? Y ya que todos se vayan, ya yo veo los que conmigo han de quedar. A lo que, señores, decís de la falta de los mantenimientos, yo acabaré con los españoles, así capitanes como soldados, que no coman sino de cuatro en cuatro días, y yo les terné compañía; pues á vosotros, señores, no os ha de faltar de comer. Sabed, señores, que las grandes cosas con grandes trabajos se alcanzan. Los persas, los griegos, los romanos, no hicieran las grandes hazañas y hechos en ar-

mas, de que los libros están llenos, si no pasaran muchos trabajos y padecieran grandes necesidades, como en sus historias podéis ver y leer. Pues vosotros, señores, ¡cuánta ventaja hacéis á todos los pasados en el esfuerzo, destreza y en todas las otras virtudes, así en la paz como en la guerra, no es menester decillo yo!» Toda la gente de guerra respondió que, si era menester, no comerían sino de ocho en ocho días.

#### CAPÍTULO IV

*De cómo se fué del ejército el Marqués de Mantua, General, como hemos dicho, é se fué á Roma. y de allí á su casa, y las causas por qué.*

El Marqués de Mantua, vista la insolencia de los franceses y cómo en sus alojamientos murmuraban dél y era muy odiado, así de los capitanes como de los soldados, y visto que los españoles les mataron los mil y quinientos hombres que pasaron el puente, y con un juicio cual lo tenía muy vivo, parecíale que por lo quél había visto y la valentía dellos y la soberbia de los franceses y otros defectos que de ellos vía, tuvo cuasi por cierta la ruina de su campo, y que había de haber aquella jornada infelicísimo suceso. Lo cual él vía por muchas causas que en su pecho tenía entendidas, y también estaba tan espantado de ver el ánimo y presteza de los españoles. El determinó de se volver, y se partió á los siete días de noviembre del dicho año de quinientos y tres. Dijo y publicó que le habían apretado unas calenturas y que allí no podía ser curado de ellas; las cuales decía le haber sobrevenido por el destemplamiento de dormir algunas noches al sereno. De la soberbia con que vino iba muy curado. El se fué derecho á Roma, diciendo que á se curar. Todos los cincuenta caballos y sus ricos aderezos volvieron sanos y salvos, y los arneses sin faltar pieza ni llevar un encuentro chico ni grande. Las tiendas fueron sanas con todo el repuesto.

Decía este Marqués en los familiares coloquios y á las personas aceptas á su servicio y amistad: «Cuando yo acepté el cargo de General, pensé que los españoles eran como las otras gentes, que osan cuando el tiempo lo requiere y temen cuando la razón lo pide,

y que los españoles no temían, porque se iban derechos á la artillería, y nadie debe de pelear con el enemigo cuando no tienen en nada la vida, ni se da nada porque venga la muerte. Ni temen los españoles las necesidades y la hambre, ni los trabajos ni el frío, ni los otros infortunios que suelen acontecer; ni les disminuye el ánimo, ni les enflaquece el osar; ántes cuando en más necesidades se ven, entonces parece que se les dobla el ánimo; y sobre todo, que tienen un capitán el más venturoso que creo que haya habido jamás; que si no fuera español, creyera que Dios hacía sus cosas, según hemos visto sucederle, como él las pide y traza». Estas y otras cosas decía el Marqués en las pláticas particulares; porque tiene tanta fuerza la verdad, que hasta los enemigos hace que la confiesen. Y así quedó el Marqués de Saluces por General de todo el campo de los franceses.

#### CAPÍTULO V

*De cómo el Gran Capitán se retrujo á Sesa para engañar á los franceses, y cómo aquel ardíd hubo efecto.*

Pues víspera de Navidad el Gran Capitán con su ejército se retrajo á Sesa, á Teano y Carinola, porque los franceses pensasen que tenía su gente repartida en las aldeas de Sesa, que son muchas, y estos aposentos son hacia la banda adonde entendía echar el puente. Fué este día muy trabajoso de aguas. Los franceses no salían de su parque cabe su puente.

Pues á los veinte y seis días de Diciembre, que fué día de Santo Esteban, después de haber oído misa y comido él y toda su gente, se fueron donde habían de echar el puente. Dió el Gran Capitán cargo de echar el puente á Bartolomé de Alviano, aquel capitán urfino, porque era muy ingenioso y muy hábil, cómo arriba dijimos, y estaban allí puestos todos los materiales juntos.

Pues echado el puente, sin que los franceses supiesen nada desto, para lo cual tuvo el Gran Capitán mucho recaudo, así en tomar las espaldas como en hacerse en tiempo que nadie salía del real ni de los aposentos, y para los engañar más estaba parte del campo enfrente del suyo. La intención del Gran Capitán no fué de pasar aquel día el puente, sino

otro día viernes, que era el día que tenía su devoción de pelear, y jamás dejó de vencer aquel día.

Andaban en aquella sazón quinientos soldados amotinados del ejército, á toda ropa robando, y no los habían podido reducir, así por las grandes necesidades que padecían, como por muchas bellaquerías que habían cometido. Aquel día halláronse en la sierra y vieron echar el puente al Garellano, y pensaron que se echaba para pasar luego por ella de la otra parte; y todos así como estaban se bajaron á gran priesa en su ordenanza y se fueron derechos adonde el Gran Capitán estaba, y le dijeron desta manera: «Perdonados, señor, por servicio de Dios y de su bendita Madre, y acordados de algunos servicios que os hemos hecho, y de cuántas necesidades, hambres y trabajos hemos sufrido en vuestro servicio. No ponemos por nuestra parte excusa alguna, sino que la causa fué nuestros pecados y ceguedad y error del entendimiento. Nunca quiera Dios que hoy deis la batalla á los franceses sin que nosotros nos halleemos en ella, ni que vuestra persona se ponga hoy en peligro donde nosotros no seamos los primeros; y en pago de nuestro maleficio nos dad licencia para que vamos en la avanguardia y ser los primeros, porque veáis la enmienda que hacemos de nuestro delito. No se cierre para nosotros aquella loable virtud de la clemencia, que en vuestra señoría siempre tanto ha resplandecido, que os ha hecho ser de todos amado, y si amado de todos temido. Porque cierto es que ninguno quiere enojar á quien ama. Verdad sea que Dios nuestro Señor algunas veces usa de justicia, mas cada día, cada hora, cada momento usa de misericordia y clemencia; porque si siempre usase de justicia, según todos somos inclinados al mal, en un instante perecería el mundo. Mirad, señor, que el rigor de la justicia es muy vecino de la crueldad, cosa tan ajena de la condición de vuestra señoría, por la cual en todo el mundo sois loado». Esto decían estos amotinados con el mayor sentimiento del mundo, que era muy gran lástima de los ver y oír.

El Gran Capitán los abrazó con muy alegre gesto, y les dijo: «Bien sabía yo, hermanos míos, que cuando yo tuviese necesidad, que no me habiades de faltar. Muy mayor es la satisfacción que agora me habéis hecho que

la culpa que cometistes, y aunque no fuera sino la confianza con que os pusisteis en mi poder y os venistes para mí, me obligaba á os perdonar y á hacer merced, como yo os la haré».

### CAPÍTULO VI

*De lo que los alemanes hicieron, visto bajar de la sierra los amotinados, pensando que querían pasar el puente.*

Los alemanes como vieron bajar de la sierra los amotinados hacia el puente, pensaron que luego querían pasar y viniéronse sin ser llamados. El Gran Capitán no quería pasar el puente hasta otro día, y para aquel efecto había hecho llamar á toda la gente que estaba en los aposentos. Pues como el Gran Capitán vió á los alemanes y amotinados allí juntos, dijo á aquellos señores y capitanes: «Paréceme, señores, que Dios quiere que hoy pasemos el puente, pues la gente se viene sin ser llamada». A esta hora Bernabé de Alviano con gran diligencia y trabajo acabó de echar el puente. En aquel echar del puente trabajó el Gran Capitán mucho, y dábale pena un colete de damasco pardillo, y quitólo y diólo á Gómez Coello, un capitán de peones. «Por señas [le dijo] deste colete, os aparejad que os tengo de encomendar un negocio; que si hijo tuviera, á él solo lo encomendara, y no diera la gloria dél á otro ninguno».

Pues acabado de echar el puente por la grande industria y presteza de Bartolomé de Alviano, sin esperar para otro día la gente que había de venir de los aposentos, que había enviado á llamar, comenzaron á pasar los alemanes y dos mil españoles y ciento de caballo; se hundió un pedazo del puente, de manera que no pudieron pasar más. A esta hora llegó un soldado al Gran Capitán y le dijo: «Señor, perdidos somos, que se hundió un pedazo del puente». El Gran Capitán le respondió: «Señor fulano, ¿cómo seyendo vos tan valiente me queréis poner temor? Quebrarse el puente tengo yo á mejor dicha; porque los nuestros que destotra parte están y quedan, irán á pasar por su puente y los acometerán, y nosotros les daremos en sus espaldas y los desbarataremos». Aquella noche estuvo el Gran Capitán pasado el puente hasta la mañana de aquella parte del río adonde estaba el ejército de los franceses, el río abajo.

### CAPÍTULO VII

*De un hecho muy de notar que aconteció aquella noche á un capitán de peones llamado Gómez Coello con los franceses.*

Aquella noche luego en anocheciendo llamó el Gran Capitán á aquel Gómez Coello á quien dijimos que había dado un colete, y le dijo que le había de encargar una cosa muy importante. «Agora en anocheciendo, le dijo, Coello, vos sabéis que cerca de aquí, en un lugar que se llama Los Fratres, están cuatrocientos hombres de armas franceses aposentados, y esta noche se han de ir á juntarse con el campo de los franceses; y hay en el camino una rambla honda, que es un mal paso, y han de pasar por allí por fuerza. Vos tomáis de aquí trescientos peones, y con vos irán quien os guíe, y cuando los viéredes en aquel mal paso, la gracia de Dios nuestro Señor y de su bendita Madre sea con vos. Y mirad, Coello, lo que más valen los muertos más que los vivos». Coello le respondió: «Descreo de tal si hombre de ellos me escapa». El Gran Capitán le riñó por haber renegado y estuvo por no le enviar, porque tenía aquella falta de siempre renegar, aunque era muy valiente, y el Gran Capitán le daba [pena] cada que hobiese de renegar tanto y jamás le podía quitar aquel mal uso. Luego se partió con sus trescientos soldados y sus guías; y una hora antes que amaneciese vino un peón de los que fueron con el Coello en un muy hermoso caballo, y le dijo al Gran Capitán delante de todos aquellos señores y capitanes: «El capitán Gómez Coello hace saber á V. S. cómo él peleó con los franceses y que ningún peón de los que llevó le ha quedado; y él queda muy bueno y sano y sin ninguna herida, que habiendo peleado Coello con los trescientos peones que llevó, quedó él vivo sin le quedar ninguno». «Andad, amigo, que eso es cosa que yo no creeré jamás, que es cosa imposible que habiendo perdido los peones quedase él sano. Mejor nueva espero yo de Coello que no esa». «No digo yo, señor, que murieron los trescientos peones, sino que no le quedaron ningunos». «¿Y de los franceses, dijo el Gran Capitán, cuántos murieron?» «Los trescientos y ochenta, dijo aquel soldado; y los veinte quedaron muy heridos y presos». «¿Pues cómo no quedó



ningún peón?» Respondió aquel soldado: «Porque todos vienen hechos hombres de armas, y aun también nuestros mozos también todos á caballo y con sus arneses vestidos». El Gran Capitán lo abrazó y le dijo: «Así lo creo yo de Coello». Y el Gran Capitán hizo muy gran merced á este soldado. «Pues más sepa V. S. que quisimos ir esta noche á pelear con los franceses y hacerles un recado falso por los tomar seguros; sino que nuestro capitán no quiso pelear con ellos con engaño, sino de día y seyendo conocido dellos». El Gran Capitán salió á recibir á Coello, y asomó una compañía de trescientos y tantos hombres de armas muy hermosa y muy gallarda. El Gran Capitán abrazó á Coello y lo besó en el rostro, y le dijo muy buenas palabras de las que suele.

Al tiempo que el Gran Capitán envió á Coello, envió también á otro capitán llamado Escalada, que era del Próspero Colona, [á un lugar] en que estaban aposentados ochenta hombres de armas franceses; y llegó á la hora que Coello á los Fratres, y peleó con ellos y mató los más dellos y los otros huyeron. Mataron sesenta y trajeron sesenta caballos y sesenta arneses. No saquearon el lugar por ser del Próspero; antes dieron á los vecinos parte del despojo que tomaron á los franceses. Y tras Coello vino Escalada asimismo sin ningún peón, porque todos vinieron asimismo hechos hombres de armas. Eran tantas las aguas y acequias que no podían caminar.

### CAPÍTULO VIII

*Seyendo ya el día claro, movió el Gran Capitán todos los que habían pasado el puente y peleó con los franceses.*

El viernes por la mañana, que se contaron diez y nueve días de Diciembre, el Gran Capitán desde la otra parte del río dijo á los de su ejército que no habían podido pasar: «Idos á pasar por su puente; id en frente de nosotros, que yo os doy mi fe de los acometer y desviar del puente y os la dejarán desembarazada por donde paséis». Y así comenzó á caminar camino del real de los franceses, el río abajo.

El Marqués de Saluces, el General, supo aquella mañana de una espía cómo un capitán español, que fué Coello, había muerto los

cuatrocientos hombres de armas que estaban en los Fratres y los ochenta que fueron desbaratados por Escalada. Tras éstos llegó otra espía que habían hecho un puente el río abajo y venían marchando los unos por la una parte y los otros por la otra parte del río. Los franceses se turbaron en gran manera, y más viéndolos asomar, que ni acertaban á enfrenar los caballos ni á cabalgar, y comenzaron á arrancar la artillería y todo lo que más pudieron, y comenzaron sin orden ninguna á marchar hacia Gaeta; y fuéronse á una villa que se llama Mola, que está en el camino, para se hacer allí fuertes. A esta hora como el Marqués de Saluces vió huir la gente de temor del ejército de los españoles que venía, comenzó de animar á los franceses, rogándoles que peleasen y esperasen en Dios que les daría la victoria, y que hobiesen vergüenza de huir, habiendo esperado allí tantos días, y que tuviesen buena guarda en el puente, para que no pasasen los españoles que por aquella banda iban; que él les daba su fe, con la ayuda de Dios, de los romper, y que aunque todos hubiesen pasado, les debían de dar la batalla.

Los franceses nunca quisieron oír al Marqués ni volver á hacer rostro, sino en huir el que más podía, y más veyendo la furia con que los españoles marchaban. Con el Marqués se juntaron algunos caballeros y capitanes, y hombres de honra, que comenzaron á animar á los franceses y á los poner en orden. Mas los franceses comenzaron á marchar; ni esperaban bandera ni capitán, y tomaron el camino para Mola. El Marqués y los capitanes quisieron mucho hacer rostro á los enemigos; mas viendo que se quedaban solos, comenzaron á caminar tras ellos hacia la Mola, para allí se hacer fuertes y animar la gente para que otro día peleasen con los españoles.

El Gran Capitán aquella noche comenzó á marchar tras los franceses, sus batallas ordenadas, y pensó de pelear, porque tenía al Marqués de Saluces por hombre de mucha honra y muy sabio en las cosas de la guerra, aunque no había bravoseado tanto como los otros Generales, y si los franceses le siguieran, él los diera á los españoles la batalla. Mas los descubridores volvieron diciendo cómo los franceses habían alzado su real y se iban el río abajo sin orden ninguna camino de Gaeta. El Gran Capitán con hasta treinta de caballo,

señores y capitanes, se adelantaron y los vieron ir. El Gran Capitán se apeó y se hincó de rodillas y alzó las manos al cielo y dijo: «Bendito seáis vos, Señor, que fuisteis servido que hoy no se derramase sangre de cristianos, pues fuimos redemidos por vuestra preciosa sangre; porque aunque somos malos, seguimos vuestra verdadera fe. En vuestras manos está la victoria y ésta dais vos á quien tiene justicia. En vuestra mano está la vida y la muerte». Con otras muchas palabras que como muy católico cristiano dijo.

Ya no había de la retaguarda de los franceses á la avanguardia de los españoles más de una milla. El Gran Capitán llamó á Medina y le dijo, llegando ya adonde llaman los Coliseos: «Tomad los que os pareciere y mirad aquesa ribera del río si por ventura dejaron los franceses algo escondido». Pues yendo el Medina buscando la ribera, adonde otro río entra en el Garellano, vió un villano de la tierra que se echaba al agua; al cual llamó y le dió su fe y seguro que no le sería hecha alguna ofensa. Pues salido este villano y asegurado, dijo que él mostraría dónde los franceses dejaban escondidos doce tiros de artillería; los cuales luego se cobraron, que ninguno se perdió, porque no estaba la agua muy honda adonde quedaban; los cuales luego fueron llevados al campo de los españoles.

## CAPÍTULO IX

*De lo que acaeció á cuatro españoles que se adelantaron á herir en la retaguarda de los franceses.*

El Gran Capitán mandó que ninguno se desmandase; verdad sea que sin su voluntad, sin que ninguno los viese, se adelantaron cuatro españoles que se llamaban Paz, Busto, Diego López de Angulo y Bernardino, paje del Gran Capitán. Los franceses acabaron de pasar un puente que entra en el Garellano y vieron venir al más correr de sus caballos cuatro españoles, y emboscáronse ochenta caballeros franceses entre unos sotos sin que los pudiesen descubrir los cuatro españoles.

El campo de los españoles quedaba bien trasero. Pues habiendo salido estos cuatro de caballo al puente, salieron los ochenta hombres de armas á ellos. Cuando los cuatro

vieron salir de la celada los ochenta franceses y ser tantos, revolvieron al puente, y aunque se pudieran salvar tornándose para su campo, no quisieron, sino pararon en el puente, y todos cuatro comenzaron á pelear con todos los ochenta franceses, determinados de morir antes allí que volver atrás á dar en la avanguardia de los españoles, sus compañeros, principalmente viniendo allí el Gran Capitán. Pues veiendo los franceses no ser más de cuatro y la avanguardia venir tan trasera, pelearon con ellos. Los españoles se defendían y ofendían á sus enemigos como si fueran veinte, que nunca jamás volvieron un pie atrás. Diego López de Angulo animaba á sus compañeros, como aquel que era uno de los valientes soldados de todo el campo, y vendió bien cara su muerte, y lo mesmo hicieron García de Busto y Bernardino. Los franceses sucedían de refresco, hasta que los tres habiendo hecho más que hombres y muerto mucha parte dellos, cayeron tendidos en el mesmo lugar que primero habían puesto los pies.

Aquel Paz, visto que sus compañeros eran muertos y él mal herido, se echó desde la puente en el río; y á dicha estaba una higuera nacida en un arco, y asióse con un brazo de ella, y allí quedó colgado hasta que llegó la avanguardia, que hallaron á los tres españoles tendidos en el suelo, hechos muchas piezas, y vieron al Paz colgado de la higuera.

Los franceses cuando vieron al Paz colgado de la higuera quedaron muy espantados, y decían: «Tan bien andan estos diablos por el aire y agua como por la tierra», y se fueron riendo de lo ver colgado. El Gran Capitán mandó enterrar aquellos tres españoles, y después los llevaron á Gaeta y los enterraron muy honradamente. Estaban cabe los españoles más de doce franceses muertos, por mano de ellos.

Al Gran Capitán le pesó mucho por la muerte destes tres, que eran muy valientes soldados, principalmente por el Diego López de Angulo, porque era natural de Córdoba y era muy deudo de la Casa de don Alonso de Aguilar, su hermano, y era caballero muy esforzado y muy querido de todos.

Cuando el Marqués aquella mañana supo que el Gran Capitán había pasado el puente, luego proveyó que todas las barcas se juntasen y metieron en ellas los mercaderes y tiros

gruesos y todo el más carruaje que se pudo meter, y todas las mercaderías que allí estaban en aquel ejército, que era en mucha cantidad. Estas barcas fueron el río abajo á Gaeta, y antes que llegasen se levantó un temporal, con que todas se hundieron y los mercaderes y cuanto en ellas iba, sin salvarse cosa alguna. Después mandó el Gran Capitán que se buscase en aquel lugar la artillería, y se cobró sin quedar nada que no se cobrase.

## CAPÍTULO X

*De cómo el Gran Capitán siguió á los franceses hasta una villa que se llama Mola, y lo que allí sucedió.*

Sabido por el Gran Capitán que venía la gente que estaba en los aposentos, á quien había enviado á llamar, pensando que otro día había de echar el puente, que venían, les envió á decir que se volviesen, que ya no eran menester; y por los contentar, les envió á decir que aunque no se habían hallado en aquel negocio, desde allá habían vencido; porque sabido por los franceses que ellos eran llamados, que de aquel temor habían alzado su real y se habían ido, y que los franceses habían tenido en más á ellos en sus aposentos; sabido que querían venir, les temieron más que á los que acá estaban, con otras muy dulces razones con que quedaron contentos.

Pues siendo el Gran Capitán en seguimiento de los franceses, llegaron á una villa que se llama Mola, que está tres millas de Gaeta, y pensó que allí se harían fuertes y pasarían allí aquella noche. Dióse muy gran prisa por los cercar; y yendo así hacia la villa, vieron venir por la cuesta abajo corriendo un italiano artillero hacia la avanguardia <sup>(1)</sup>, diciendo que no fuese á la villa por do iban encaminados, porque los franceses tenían plantada la artillería en el camino, que no se parecía, con que les harían mucho mal, y que él era uno de los que tenían la mecha en la mano para cebar las diez y ocho bocas de los tiros; y que no sabe en qué manera, sin lo él querer ni poder hacer otra cosa, fué forzado á lo hacer, seyendo capital enemigo de la Casa de Aragón; que milagrosamente fué movido á

ello. Y decía este italiano gran verdad; porque la artillería estaba plantada en el mesmo camino por do iban; con que se hiciera muy grande daño en la avanguardia, adonde iba el Gran Capitán y todos aquellos señores. El Gran Capitán se lo agradeció mucho y le hizo una gran merced. Y luego mandó á Pedro Navarro que con la infantería española fuese por la mano izquierda por una falda de una sierra, y que por allí bajarían á la villa, y el mesmo Gran Capitán se apeó y se puso junto á la bandera de los alemanes. Llevaba un morrión y una coraza y una espada y rodela, y tomó la mano derecha, dejando en medio aquel sitio adonde habían asentado aquella artillería; y dijo á los alemanes: «Hermanos, no me dejéis; que yo os doy mi fe de no os dejar, ó vencer ó morir aquí juntos cabe vuestra bandera». Y con esta determinación fué á pie, pensando, como dijimos, que allí se pararían; porque luego quería el Gran Capitán combatir el lugar. Pareció mucho este Gran Capitán en la presteza y celeridad y gozar de la victoria á Julio César, perpetuo dictador de Roma, en combatir á sus enemigos, sin temer ningún peligro que delante se le ofreciese.

Los franceses, conociendo la determinación y presteza del Gran Capitán, no osaron parar allí, antes tomaron el camino de Gaeta, desamparando allí diez y ocho piezas de artillería, que hasta allí habían traído y sostenido con gran trabajo. Pues como el Gran Capitán vió que no paraban allí, cabalgó en un caballo que se llamaba Lupo, y comenzó él y otros caballeros un galope. Yendo así, cayó el Lupo de un lado, y dió tan gran caída, que el estribo que tomó en bajo se hizo una torta y machucó el pie de manera que no se podía sacar del estribo, ni bastaba arte ninguna para lo sacar del pie, porque estaba hecho una pasta, aunque se quebrantaron allí hartas dagas y puñales. Al fin con mucho trabajo se sacó el pie del estribo muy maltratado, y aunque el pie dolía mucho, nunca mostró sentimiento alguno. Algunos prenoticaron ser aquel agüero, y que desta causa no debía ir á Mola. El Gran Capitán les respondió lo que suele, y les dijo que ninguna señal ni agüero le podía venir con que más holgara; que pues la tierra lo abrazaba, suyo quería ser.

Visto esto, mandó que los caballos y la in-

(1) Al margen: «Un milagro que Dios hizo con el Gran Capitán».

fantería marchasen y siguiesen el alcance á rienda suelta, y él se fué con los almanes á su acostumbrado paso. Los españoles se dieron tan buena prisa que los alcanzaron y fueron matando en ellos, sin que uno dellos pudiese resistir, y así los fueron matando hasta los meter por las puertas de Gaeta. Todo el fardaje tomaron, que ninguna cosa faltó que no perdieron. Murieron en aquel alcance hasta dos mil franceses; y fueran muchos más, sino que los españoles no querían matar á los rendidos y vencidos que no se ponían en defensa; que si quisieran, más de cuatro mil mataran; de que los franceses quedaron espantados en no matar todos los que podían, porque ellos tenían hecho voto y promesa de no dejar á vida á ningún español que toman: asaz santo voto para que Dios les ayude; y si lo han prometido, muy mejor lo cumplen, hasta adonde entran á visitar los hospitales y enfermerías y matar á todos los españoles que hallan, aunque sepan que dentro de una hora habían de morir.

Luego desde el burgo de Gaeta se volvieron los españoles á dormir á Castellón, y ninguna cosa cenaron porque no lo tuvieron. Luego el sábado por la mañana vinieron mantenimientos y vituallas, de que la gente comieron y reposaron. Hallaban los franceses por su cuenta que desde que el Marqués de Mantua se había ido les habían muerto quince mil franceses, sin los que se habían ahogado en el Garellano y se habían muerto de otros infortunios y enfermedades.

Sabido por toda la provincia y comarca que el Gran Capitán había pasado el Garellano y seguido á los franceses hasta los encerrar en Gaeta con tanto derramamiento de sangre, alzaron luego banderas por la Casa de Aragón, sin quedar lugar alguno que por los franceses se rebelasen, los cuales en sus tierras tenían aposentados algunos franceses; á los unos mataban y á los otros despojaban y prendían.

Es cierto y cosa muy averiguada de todos los que en este desbarato se hallaron, personas dignas de fe, dicen que jamás en memoria de hombres se ha visto ni en las historias pasadas se ha leído tan miserable, tan deshonrada y abatida jornada como ésta, desde que el puente pasaron, y aun después que el Marqués se partió del ejército; porque al Gran Capitán pidieron los soldados españo-

les les diese licencia, pues cómodamente se la podía dar y había lugar para ello, que dos días querían gastar en los aposentos para celebrar la fiesta de la Navidad en alguna iglesia y no en el campo; que nunca Dios quisiese que tan gran fiesta pasase sin que la celebrasen con honrar el nacimiento de Cristo y regocijarse ellos en aquellos dos días. El Gran Capitán les concedió aquellos días para se regocijar y festejar la fiesta del Salvador del mundo, y también porque hiciese hacer el puente más á su salvo, para les pasar á dar la batalla.

Los franceses veýndolos irse á los aposentos, comenzaron á decir que los españoles eran cobardes y pusilánimes y de poco ánimo; que eran gentes que no podían sufrir las lluvias y los trabajos de estar en el campo cabe aquel río, y que aquello era por no venir con ellos á batalla, aunque por otra parte lamentaban su infortunio, diciéndo que no sabían cómo Dios había querido darles tanta tormenta de aguas, habiendo dado pocos años había al Rey Carlos octavo, predecesor del Rey Luis, un año tan sereno, tan próspero y tan felicísimo, y á ellos tantos trabajos. Mas agora veýendo al Gran Capitán retraerse aquellos dos días, decían que los españoles, cansados de la guerra y temerosos de hacer con ellos jornada, se iban como gente apocada; de que Dios les dió luego el infelice suceso que hemos dicho y diremos.

Morían muchos de los franceses por falta de vestidos y otras cosas necesarias; porque aunque el Rey Luis en grande abundancia proveía todas las cosas sin faltar ninguna, el tesorero mos de Corcon y el bailín mos de Cadouyo eran notados y con mucha verdad por ser avarientos y hurtarles á los soldados las pagas y venderles las vituallas por muy excesivos precios.

Pues, como dijimos, que Bartolomé de Alviano por mandamiento del Gran Capitán les echó el puente y pasó á ellos y los halló esparcidos y sin ningún ánimo, y pasados los españoles desbarataron luego muy vituperiosamente á los franceses normandos, que sin mirar atrás ni tomar armas comenzaron á huir tan desacordadamente que las voces y grita suya fué oída en el real, á do el Saluces estaba con toda la otra gente; y el Marqués mandó embarcar, como dijimos, toda la artillería, y toda se perdió con la gente y municio-

nes que iban con ella. Y fué tan grande su adversa fortuna, que no hobo soldado ni capitán que obedeciese bandera, ni otro pensamiento tuviese sino en huir. Pasaron por el camino que llaman los Estanzos. Aquí, vista esta tan deshonrada y afrontosa huída, un capitán de caballos ginovés, llamado Bernardino Adorno, con hasta cien hombres de armas cerrados en escuadrón, se pararon en una puente de piedra por do pasa la agua formiana. Con mucho valor y esfuerzo hicieron rostro á los enemigos y animaron á sus compañeros para que volviesen á la batalla. Tuvo esta batalla al principio buena fortuna para los franceses, porque el Adorno peleó como varón, y mataron algunos españoles, y entre ellos á un Bernardino de Tordesillas, camarero del Gran Capitán y muy su privado y muy fiel criado del Gran Capitán; y fué muy herido Gonzalo de Avalos, capitán y pariente del de Avalos. Pues avisando al Gran Capitán cómo habían reparado los franceses y que habían hecho rostro, Gonzalo Hernández con grandes voces decía á todos que marchasen á gran prisa y peleasen como hombres y meneasen las manos; y él á toda furia puso las espuelas á su caballo Mudarra, que fué el mejor que hasta allí había nacido de las yeguas. Pues llegado el Gran Capitán, fué el Adorno tan apretado, de modo que no pudiendo sufrir comenzó de retraerse, y allí fué muerto por los tudescos. Al cual viendo los franceses que habían reparado, todos volvieron con muy desordenada huída para Gaeta. Allí la compañía de Pedro Navarro ocupó el monte Orlando que está puesto sobre Gaeta. Es este monte muy mentado por un sepulcro que está en lo alto dél, á do están las cenizas de Munacio Planço, que fué discípulo de Cicerón, al cual el mismo Tulio escribe muchas epístolas. Este fundó en Francia á León de Saona Rona y en Alemania á Basilea. Está en aquel monte en la sepultura del Munacio Planço:

L. MVNATIVS PLANCVS

L. F. L. N. L. PRON-PLACVS CONS.

IMP. VII. ITER. VII. VIR. EPVL. TRIVMPH.

Estas letras están en su sepultura, las cuales puse aquí para los hombres curiosos. En la cual torre mandó subir el Conde Pedro Navarro ciertas piezas de artillería, que los soldados subieron á brazo.

## CAPÍTULO XI

*De cómo el Gran Capitán mandó combatir á Gaeta, y de cómo los franceses pidieron partido, y lo que sobre ello se hizo.*

A los treinta días de Diciembre, en fin del dicho año de mil quinientos tres, puso el cerco sobre Gaeta. Los franceses todos los que podían se embarcaban. Pues aparejado ya para les dar un asalto, vino un trompeta á pedir seguro; y dado, el Marqués de Saluces habló á los franceses y les dijo de esta manera: «Dios nuestro Señor y redentor, por cuya divina providencia se gobierna todo el universo, y aun todos los santos, siempre favorecen á los hombres que hacen su deber conforme á justicia y equidad y que tienen conocimiento de conocer lo que más les está bien, y no resistir á la fortuna, cuando claramente veen que les es contraria; porque la discreción está en dar lugar al tiempo y á la fortuna cuando se muestran contrarias, y con tiempo provean lo que más les cumple, y no contradecir á los hados y fortuna, cuando vieren que les vuelve su rostro. Yo, señores, he revolido en mi ánimo y comunicado con personas prácticas en los negocios en que estamos, y estoy determinado de no tentar más á Dios y aguardar más á la adversidad, y estoy resuelto en no ver más tan triste suerte como es la de la guerra que nos está guardada, y quiero conservar á muchos y no los ver despedazar delante de mí. Lo cual yo creo que alcanzaremos si de presto nos rendimos, porque será gran locura de tomar tantas veces las armas condenadas á tantas calamidades, para que después, condenados de la postrera necesidad, seamos sojuzgados y miserablemente muertos, y seamos sacrificados por las ruinas del Cardona, del Guzmán, del Manrique, del Basto, del Paz, del Fabio Ursino y de otros muchos capitanes que fueron muertos con infelice suceso. Ya el Rey Luis sabe nuestra voluntad y cuántas veces hemos combatido, aunque infelizmente, con ánimo de varones valientes y esforzados. Mas así como la fortuna está obstinada en acarrear nos males y en arruinar todos nuestros designios, así ella, aunque más contraria nos sea, no podrá quitarnos aquella que en nuestro poder nos queda, y es que libremente proveamos en lo que cumpie á nuestra vida y remedio; y éste, señores, es mi parecer, si á vosotros os pare-

ce tentar el ánimo del enemigo vencedor. El cual si quiere tenerse por contento con una victoria moderada: y es que entregándole á Gaeta y á nosotros, nos deje ir de aquí por tierra ó por mar á Francia».

Habiendo, pues, el Marqués dado fin á su razonamiento, ninguno hubo tan feroz ni tan osado que no le rindiese muchas gracias por ello como á verdadero padre, por les haber buscado el más sano consejo de todos los otros, con que conservasen las vidas, y les había dado remedio con que pusiesen fin á tantas desventuras y trabajos y miserias. Pues llevado, como dijimos, el trompeta el seguro, vino Santa Colomba, lugarteniente de mosiur de Alegre. Este vino allí al burgo á do estaba el Gran Capitán aposentado junto á una iglesia llamada Santiago, y dijo al Gran Capitán: que los capitanes franceses estaban prestos y aparejados de le entregar á Gaeta, que su señoría tuviese por bien que se tratase el concierto con capítulos razonables. Y así al siguiente día vinieron al campo del Gran Capitán mosiur de Alegre por los franceses y Antonio Baseyo por los suizos y micer Tribulcio por los italianos. Estos tres capitanes concluyeron y asentaron el negocio desta manera: que los franceses entregasen á Gaeta y dejasen en la fortaleza la artillería y vitualla, que era de la munición pública; y ellos como más fuese su voluntad, ó por mar ó por tierra, se pudiesen ir libremente á Francia, con condición que los caballeros pudiesen llevar los caballos y no más, y los peones sus espadas solas y las picas sin hierros, y los prisioneros de ambas partes fuesen restituidos por ambas partes.

Mas por ningunos ruegos se pudo acabar con el Gran Capitán que los barones italianos, los cuales habían sido presos en las batallas, entrasen en este concierto y gozasen deste beneficio, por cuanto no eran merecedores dél, porque habiendo sido libertados debajo de buena fe, la habían quebrantado. Cuando estos capitanes franceses llegaron al real del Gran Capitán, él los salió á recibir con gesto muy alegre y con grande amor, y les hizo muy grande acogimiento, y se les dió una muy grande y suntuosa comida; á los cuales vinieron á oír hablar todos los caballeros que allí estaban, así españoles como los Colonenses y Ursinos, y les recibieron muy bien, y holgaron mucho de los ver y conocer. Mos de

Alegre dijo al Gran Capitán: «Por demás es, señor, pensar nadie de vencer á V. S., sino que todos en todas las cosas han de ser por V. S. vencidos». El Gran Capitán le atajó la plática y le dijo: «Señor mos de Alegre, aunque en todas las cosas, así generales como particulares, se muestre Dios, mas se muestra en la justicia, mediante la cual este universo se gobierna, y así ha hecho en ésta, mirando la mucha que los Reyes de España tienen á este reino, que si por industria, esfuerzo y saber de las cosas de la guerra se hobiera de librar, una sola persona bastaba para nos vencer á todos juntos y aun más que fuéramos». Mos de Alegre se le humilló por aquel favor que le daba, diciendo que él solo merecía vencer, pues él solo era querido de Dios y de las gentes, y á él solo ayudaba Dios y los hombres, y todos los elementos le obedecían. Otras muchas réplicas pasaron allí, que por no ser prolijo dejo de contar.

Ellos todavía quisieran poder alcanzar espacio de ciertos días para se entregar. El Gran Capitán les dijo que sola una hora no les daría de plazo, y que si luego cumplían lo capitulado, usaría con ellos de toda piedad y misericordia, y no de crueldad.

Aun no era salido mos de Alegre, cuando mandó [tocar] alarma, con tanta presteza que cuando mos de Alegre volvió, ya los españoles tenían ocupado el burgo y subieron el monte y ocuparon la Anunciada, que es un monesterio muy solemne y muy rico, adonde se crían las mujeres que no les conocen padres. Y como las monjas y doncellas temieron que los españoles les harían lo que los franceses hicieron cuando ocuparon á Gaeta, pensando ser forzadas y saqueadas, comenzaron á dar muy grandes voces y maldecir su triste hado, porque tenían en más perder sus vidas que no las honras. Sabido por el Gran Capitán, corrió allá y consolólas; y mandó poner allí guardas muy honestas para que no pudiesen recibir alguna deshonestidad ni daño en sus personas ni hacienda. Lo cual fué hecho, que fueron más guardadas como cuando más lo fueron; de que ellas daban muchas gracias á Dios por haber dado la victoria á persona que tanto cuidado había tenido de su honestidad y hacienda. El Gran Capitán les hizo mucha merced, así á ellas como á la casa, de que ellas siempre ruegan á Dios por él.

## CAPÍTULO XII

*De cómo estando el Gran Capitán aquí en la Anunciada, volvieron los franceses y acabaron de hacer el partido y entregaron á Gaeta y se fueron de Italia.*

Estando el Gran Capitán en la Anunciada, volvieron ciertos caballeros franceses y capitularon con el Gran Capitán, primero día de Enero del año del Señor de mil quinientos cuatro años, para quel Gran Capitán les diese seguro y entregarían á Gaeta. El Gran Capitán los recibió muy bien y les mandó dar muy bien de comer, y les otorgó el seguro y que se fuesen libres, y les dió más su armada en que se fuesen, y que les entregasen á mos de Alegre, mos de la Paliza, mos de Formento, Tornon y á los otros capitanes franceses; y Andrea Mateo Aquaviva, Honorato y Alonso Sant Severino fueron llevados á Castilnovo y metidos en una muy cruel y honda prisión que está en Castilnovo, que la llaman «fosa miliaria», la más mala prisión de toda Italia.

El Gran Capitán, aunque les había tomado toda su armada en su poder, entre la cual estaban las dos carracas, la Negrona y la Charanta, y muchas y muy buenas galeras y navíos, por usar de piedad con ellos en tan grande calamidad y infortunio, les concedió que llevasen toda su armada; mas que supiesen que no por otra cosa se lo dejaba sino por les hacer merced y piedad; lo cual ellos recibieron así y le dieron muchas gracias por ello. Los oficiales del Rey y los del Consejo de la Guerra le suplicaron no les diese las galeras, que eran muchas y muy buenas, y dejase algunas carracas, entre las cuales estaban, como dijimos, la Negrona y la Charanta. A los cuales respondió el Gran Capitán: «Si nuestras fueran, se las diéramos, cuanto más habiendo sido suyas. Hemos de imitar á Dios, que aunque algunas veces usa del rigor de la justicia, las más veces usa de misericordia, y pues tuvo por bien de nos dar la victoria, usemos con ellos de piedad».

## CAPÍTULO XIII

*De lo que el Gran Capitán hizo después que cobró á Gaeta.*

Luego que la cibdad fué entregada, invió el Gran Capitán á Nuño de Ocampo con dos

galeras á Nápoles, y trajo á mos de Auberi allí á Gaeta. Sabido que venía, lo salió á recibir con los señores y capitanes que allí estaban, y le hizo gran recibimiento. Mos de Auberi le dijo: «Señor Gran Capitán, yo soy vuestro prisionero, pues la fortuna usando de su acostumbrada mudanza ha traído á mí y á todos los otros franceses y á los que siguan nuestra opinión al estado en que estamos. No puedo alcanzar de dónde se nos han seguido tantas miserias, no habiendo causa para ello; y porque esto está muy claro, no lo quiero poner en plática. Solo una cosa diré: que la mayor mala ventura que á mí y aun á todos nos ha venido, es quedar con las vidas; y en esto ha usado V. S. con nosotros de grande crueldad, principalmente conmigo, que si la ley lo permitiera, ninguno tuvo jamás tanta razón para la acabar él mesmo la vida como yo». Esto decía Auberi con muchas lágrimas; quel Gran Capitán le atajó la plática y le dijo: «Señor mos de Auberi, estas cosas y las otras, todas hace Dios, por cuya providencia todas las cosas del mundo se gobiernan, principalmente las de las armas; y no piense v. m. que me ha plaldido á mí de lo hecho, pues ha seido con derramamiento de sangre. A ninguno le ha pesado tanto como á mí, y v. m. es muy buen testigo. ¡Cuántas veces lo requerí, estando en la Tela, que estas cosas se llevasen por justicia y no por el rigor de las armas! Vosotros, señores, pusisteis el derecho de este reino en las armas; los Reyes Católicos, en la justicia, la cual Dios, como Supremo Juez, mandó ejecutar. Y porque no es tiempo de platicar en estas cosas, pues Dios las guió conforme á su divina justicia, v. m. repose y huelgue». Luego le mandó hacer muy gran banquete y dió muchas y muy ricas joyas á los caballeros franceses; y mos de Auberi jamás quiso tomar nada, aunque el Gran Capitán se lo porfió mucho. Vista por mos de Auberi esta tan gran liberalidad, dijo al Gran Capitán estas palabras: «Muy contra mi condición es decir lo que de V. S. siento; y es, que no sé cuál virtud más alabe en vuestra Señoría: la de las armas ó la de la liberalidad; porque con la una ganáis los reinos y vencéis á las gentes y á los hombres, y con la otra ganáis las voluntades, que tan libres las dejó Dios á los mesmos hombres. Yo nunca oí decir ni vi de ningún capitán de

cualquier nación que sea, ni en los tiempos pasados ni presentes, que siendo vencedor hiciese á los vencidos quedalles obligados y deudores y alaballos más que á sus mismos capitanes. Bienaventurado fué el Duque de Nemos y los otros capitanes que con la muerte pagaron la deuda que á su Rey y á sí debían. Un solo consuelo llevamos los malaventurados que á Francia volvemos vivos: que fuimos vencidos de un capitán que su gente de guerra tiene por mejor buenaventura morir que desplacerle sin les dar paga, ni comer, ni vestir. Pues que digamos qué venció en virtud de la justicia que la Casa de Aragón tiene á este reino, todo el mundo lo sabe, y aun V. S. en lo secreto de su pecho, que sobra al cristianísimo Rey conforme á todo derecho humano; nosotros tres veces más en número; más diestros en el uso y ejercicio de la guerra; mejores armas; mejor artillería; la gente mejor pagada, y todo lo necesario tocante á las cosas de la guerra; las más señorías, potestades de Italia y los más señores della en nuestro favor; pues la más principal gente deste reino y la común todos nuestros aficionados teníamos de nuestra parte; y con todas estas ventajas siempre fuimos perdiendo hasta venir en el estado en que la fortuna nos ha querido poner. Nosotros hemos de ser juzgados á la medida de todos cada día, cada hora y cada momento muy mayor y más cruelmente que la que pudiéramos en la batalla recibir». El Gran Capitán le atajó diciendo que no le quería responder á muchas cosas de las que había dicho.

El Marqués de Saluces se despidió del Gran Capitán sin querer comer ni recibir cosa alguna de cuantas el Gran Capitán le ofreció, y detenerse en pláticas algunas, como hombre que le parecía estar muy afrontado de las cosas pasadas. Pues habiendo comido, luego se comenzaron de ir á la marina á embarcar. Llevaba el Gran Capitán una caña en la mano; allí les hizo embarcar, y era tanta la prisa para se meter en las naos, que no se podían valer con ellos; que los alguaciles, porque unos diesen lugar á otros, les daban de palos, que ni les bastaban varas ni pedazos de picas. Allí se cumplió aquella profecía de muchos años sabida, que el bastón de Aragón heriría la flor de lis. Muchos de los franceses, por no ser los postreros que se embarcasen, se echaban al agua.

## CAPÍTULO XIV

*Del suceso que hobieron los franceses, así los que fueron por mar como por tierra y los que á Francia apartaron.*

El Gran Capitán no dió licencia á italiano alguno de los que seguían la opinión francesa para que se fuese á Francia, antes mandó que fuesen detenidos hasta que los Reyes Católicos mandasen lo que dellos se había de hacer. Los franceses que se embarcaron fueron poco más de dos mil y quinientos, y mil y quinientos suizos. Los más franceses fueron por mar, y también la fortuna les fué contraria; porque el Marqués de Saluces yendo navegando, le vino una calentura pequeña, causada de la pena que llevaba, y muy gran congoja, que jamás de sí la podía apartar, causada de la fortuna contraria, de que en Génova murió; adonde aquella cibdad le hizo un muy solemne enterramiento. Sandicorto, como era tan soberbio y de ánimo tan insolente, habiendo ya pasado los Alpes, en la Provenza, no tuvo en nada la vida, antes dicen que de su voluntad quiso morir y se dió prisa á perder la vida. El Bailín y mos de Corcón llegados á Francia fueron tan mal tratados, así de palabras y desfavores del Rey y de todos los demás, deshonorados y privados de los oficios, que los tuvieron para les cortar las cabezas. Pues á Antonio Baseyo, capitán de los suizos, mandóle el Rey quitar su capitanía, que era de caballos, y pasóla á mos de Cruer, su hermano. Sintió tanto aquella afrenta que, como era melancólico y pensando tanto en esto, se tornó loco, y tornando en sí suplicó al Rey que le oyese por defender su honra, con testigos dignos de fe. Nunca el Rey le quiso oír, y le dió un frenesí de que murió. Otros capitanes y gentiles hombres fueron maltratados y desfavorecidos del Rey y de todos los del reino.

El Gran Capitán mandó buscar á todos los franceses que no se pudieron embarcar, y á todos mandó proveer muy bastantemente para el camino de las cosas necesarias; y salió con ellos, animándolos y regalándolos. El Gran Capitán, de aquesta liberalidad y merced que á los franceses hizo, así á los que fueron por mar en darles las carracas y galeas y todas las cosas necesarias para su viaje, como á los que iban por tierra, ganó



muy grande loor de cristiandad, de prudencia y de gran templaça y de ánimo muy liberal, porque teniéndolos cercados allí en Gaeta y que no se le podían defender dos días, los quiso recibir á partido y después les dar libertad para se ir, y les dar como hemos dicho todo lo necesario para su ida, por conocer la merced que Dios le había hecho y no le ser ingrato. Y desta manera todos estos franceses, por do quiera que iban, celebraban el nombre del Gran Capitán. Tuvo tanto cuidado de que no se les hiciese enojo alguno á los franceses, que sabiendo que un soldado español quería quitar una cadena de oro á un suizo, el Gran Capitán viéndolo arremeti6 y él le huyó, y el Gran Capitán fué tras él y lo alcanzó y lo hirió malamente, de que los suizos le dieron muchas gracias.

Vuelto el Gran Capitán, sin lo él saber, se desmandaron sin los poder tener ni sin lo saber el Gran Capitán, los despojaron y robaron y los dejaron en cueros sin matar ni herir alguno dellos, porque en el tiempo de la guerra ordinariamente los trataban muy mal de palabra, y como esto [era] entrando el Enero y hacía grandísimo frío, murieron muchos dellos; otros hacían sayos de heno, y iban pidiendo por Dios. Aportaron muchos de ellos á Roma, aquellos mismos que cuando por allí pasaron no tenían al resto del mundo en nada, haciendo muchos robos y insultos por donde iban.

Decían los romanos cuando los vían pedir por Dios á sus puertas, que Dios era muy justo juez; que no es servido que la soberbia dure mucho tiempo, como se vió claro en estos franceses. Estaban en Roma los hospitales, adonde reciben los pobres, todos llenos destos miserables franceses, y los Cardenales los mandaban aposentar en sus caballerizas por se defender allí del gran frío que hacía. Sabida esta miseria destos pobres franceses, el Papa les mandó proveer de lo necesario, y que los buscasen y los curasen con gran cuidado, mandándoles dar de vestir, y los proveyó en que fuesen así por mar como por tierra con gran piedad y liberalidad. Los mil y quinientos suizos se fueron por tierra; los alemanes del campo del Gran Capitán tocaron alarma y saliéronles al camino y á les dar la batalla y los matar á todos, porque aquellos suizos eran de ciertos cantones enemigos de los alemanes y de su Emperador

Maximiliano, y amigos y confederados de Francia. Sabido por el Gran Capitán invió á gran priesa al Próspero y á Bartolomé de Alviano á les estorbar que no lo hiciesen, y jamás se pudo acabar con ellos. Decían que los dejasen, que entre ellos hay muy antigua enemistad; pero estos dos capitanes trabajaron con ellos tanto hasta que los estorbaron, y fueron con ellos dos compañías hasta los poner en salvo.

## CAPÍTULO XV

*De lo que el Gran Capitán hizo después que los franceses fueron echados del reino.*

Pues idos los franceses, los alguaciles del ejército Esquinas, Peñaranda, Diego de Matas hicieron echar en la mar los muertos que en el alcance habían muerto, y los que de dolencia se habían despachado, y limpiaron la cibdad, la tenencia de la cual y fortaleza y gobernación dió el Gran Capitán á su primo Luis de Herrera. Tras esto mandó llamar á los principales de aquella cibdad y les dijo: «Muy gozoso estoy porque esta cibdad se ha cobrado sin más pérdida para el servicio de sus Altezas, porque ahora se remediarán vuestras pérdidas y daños, que creo haber sido muchos». Ellos se le humillaron y dijeron que le besaban las manos por ello, y que Dios era testigo cuánto habían siempre deseado salir de aquella tiránica opresión en que los franceses los habían tenido, no dejando cualquiera género de injuria que no ejecutasen en sus casas y personas; y que muchas veces habían consultado de se alzar contra ellos y jamás había podido haber efecto su voluntad por la mucha gente y recabdo que allí habían tenido, y que de allí adelante ellos servirían como leales vasallos debían; y que ellos tenían á muy buena ventura todas sus pérdidas y daños que habían recibido por haber salido de la sujeción de los franceses, y haber venido al señó río de la Casa de Aragón, á quien ellos siempre habían seido aficionados, acordándose del buen tratamiento y muchas mercedes que de los Reyes pasados de la Casa de Aragón habían recebido. El Gran Capitán se lo agradeci6 mucho, prometiéndoles de lo escribir á SS. AA., para que les hiciese merced. Luego invió á Pulla á Bartolomé de Alviano y á Pedro de Paz para que

hiciesen guerra al capitán Arce, que tenía á Venosa y la Cela y á Altamira. Diego de Arellano tenía sitiado á Malfa.

Pues este Arce esperaba que los Marqueses harían la guerra de arte que llevase la guerra desde aquellas villas, porque había desde allí tomado algunas tierras y levantaba algunos aficionados á los franceses y esperaba de renovar mayor guerra en Pulla. Mas Bartolomé de Alviano y Pedro de Paz hicieron muy cruel guerra al Arce y le hicieron mucho daño, de manera que desconfiando de ser socorrido, hubo de entregar la cibdad y tierras que tenía y se fué fuera del reino.

El de Paz fué á tierra de Otranto y echó y castigó á todos aquellos que aun esperaban que los franceses habían de inovar la guerra. Don Iñigo de Avalos y doña Costanza su hermana, que, como atrás dijimos, había hecho apartar la armada de los franceses de Izcla, con la artillería tomó la fortaleza de Salerno; aunque poco tiempo pudo gozar del placer de aquella victoria, porque luego le dió una calentura pestilencial y luego murió en toda la flor de su edad, dejando un solo hijo, niño de muy poca edad, que fué don Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, el cual en disposición y gentileza del cuerpo, y en grandes pensamientos, hizo ventaja á todos los capitanes de su edad; y en las cosas de la guerra ninguno se le igualó, como podrán ser testigos todos aquellos que militaron con él, si sin pasión quisieren hablar en las guerras que hizo.

---

## COMIENZA EL DECENO LIBRO

DE LA GUERRA QUE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, HIZO Á LOS REYES DE FRANCIA EN EL REINO DE NÁPOLES.

### CAPÍTULO I

*Entrada del Gran Capitán en Capua y entusiasta recibimiento que allí se le hizo (1).*

Puestas todas las cosas en concierto, el Gran Capitán se partió para la cibdad de Nápoles, que fué á los dos días del dicho mes

de Enero; y llegando á Capua, la cibdad le invió á suplicar se detuviese en Aversa, hasta que la cibdad le hiciese saber cuándo entraría. El Gran Capitán invió un caballero de su casa á saber la causa de su detenida; y vuelto, le dijo cómo la cibdad le tenía aparejado un gran recibimiento con muchos arcos triunfales, como los romanos solían recibir á sus capitanes cuando venían de haber vencido á los enemigos y adquirido para el pueblo romano algún reino: de la mesma manera recibían á sus Emperadores.

Estaban entre otros arcos triunfales ocho principales, hechos al modo antiguo, con muchas invenciones y con letras de oro, en las cuales contaban sus victorias, que jamás en Italia tales se habían visto, y con versos en latín y en italiano, comparándolo con los capitanes y emperadores antiguos, y probando á todos les haber hecho ventaja en calidad, en esfuerzo, en industria, en presteza, comparándolo con Augusto en la felicidad y con César en la presteza, liberalidad y perdonar á todos aquellos que se le rindían; con Trajano en la rectitud y justicia; con Antonino Pío, con Tito, Vespasiano y con todos aquellos Emperadores en quien florecieron las virtudes así de la paz como de la guerra; y asimismo contaban los milagros que visiblemente Dios había hecho por él: que si por extenso se hobiesen de contar, sería gran prolijidad.

Sabido por el Gran Capitán, les invió á agradecer su voluntad; mas que aquel tal recibimiento no cumplía sino al Rey don Fernando su señor; que les rogaba lo deshiciesen, porque él en ninguna manera entraría en la cibdad si no se deshacía. La cibdad porfió con el Gran Capitán de no los deshacer y le tornaron á suplicar lo tuviese por bien; para lo cual vinieron todos cuatro sexos y le suplicaron muy afectuosamente tuviese por bien que se prosiguiese y no se deshiciesen por dos cosas: lo uno por hacer merced á aquella cibdad, y lo otro porque les había costado gran suma de dinero. El Gran Capitán porfió de no entrar de aquella manera. Ellos pensando de lo engañar dijeron que así lo harían; que bien podía su señoría entrar, y así lo publicaron, y echaron personas que así lo dijeron al Gran Capitán. Mas él sospechando lo que era, invió á aquel Medina, de quien tanto fiaba, con veinte alabarderos á rogar á la cibdad que en todo caso deshiciesen aquellos arcos, y que

(1) En el original no tiene epígrafe este capítulo.

aqueellos alabarderos les ayudarían á los deshacer; si no, que se iría á entrar por otra puerta y solo. Ellos, vista su determinación, deshicieron aquellos arcos y todas las invenciones que tenían hechas para aquella entrada. Sabido por el Gran Capitán que todo estaba deshecho, entró, enviando á rogar á la cibdad que no le recibiesen con cerimonia alguna. Al fin en ninguna manera se pudo estorbar que no saliese toda la cibdad, obispos y arzobispos de aquel reino, y los sexos que son la principal dignidad de aquel reino y cibdad, que tienen cada uno en su collación; (1) sírvense con salva, y el Gran Capitán lo tornó á inviar á rogar cesase aquel reclbimiento, diciendo que sólo á Dios se han de atribuir las victorias; que Dios las da según su infinita justicia, y en los méritos y buenas venturas de los Reyes Católicos.

Pues así entrando en aquella cibdad, todos los hombres y mujeres á voces daban gracias á Dios por los haber sacado de la tiránica sujeción de los franceses, y hacían grandes plegarias á Dios por aquella causa, y ensalzaban á los Reyes de España hasta el cielo por los haber enviado para su redención de aquella servidumbre á persona tan señalada en el mundo, siervo y amigo de Dios, muy prudente en la paz y muy sabio en la guerra; conservador de los pueblos, amparador del culto divino y de la honestad de las mujeres; muy benigno y piadoso aun á los enemigos; tan constante en la virtud que ni la victoria y prosperidad le ponían vanagloria, ni la adversidad le enflaquecía en alguna manera su grandeza de ánimo. No quedó aquel día en toda la cibdad hombre ni mujer, así casadas como doncellas, que todas no se pusiesen por los lugares y calles por donde el Gran Capitán había de pasar: que lo suelen hacer pocas veces. Todas las gentes se holgaban en vello y lo alababan y echaban muchas bendiciones. Fuese á apear á la iglesia, y no consintió que saliese la cruz á lo recibir, como lo tenían ordenado, ni otra cerimonia alguna.

Entrado en la iglesia, hincado de rodillas, dió muchas gracias á Dios por las muchas mercedes que con su divina justicia le había hecho. De allí se fué á aposentar á Capuana, que es una casa que los Reyes de Nápoles tienen en aquella ciudad, y allí posó hasta

que vino la Duquesa de Milán, mujer de Francisco Sforzia, Duque de aquel estado de Milán, que estaba en Bari, y siempre había seguido la parte de la Casa de Aragón. El Gran Capitán, sabido que venía, la salió á recibir y le dejó la Casa de Capuana, y él se pasó á Castilnovo. Tras esto despachó un capitán contra el Conde de Capacho, que es en Basilicata, que siempre había seguido el partido de Francia, y otro sobre el Príncipe de Rosano. Llegados estos capitanes, luego se rindió el de Capacho y el de Rosano; y dejaron aquellas plazas desembarazadas y entregaron á aquellos capitanes todas las fuerzas que tenían. El Gran Capitán mandó no fuesen maltratados, porque como buenos habían seido constantes en la opinión que una vez habían elegido, y habían hecho sobre ello todo su poder. Tras esto proveyó de gobernaciones, lo cual adelante diremos.

## CAPÍTULO II

*De cómo el Gran Capitán mandó aparejar una grande armada para ir á combatir el puerto y cibdad de la Belona, en Esclavonia, y por qué causa se dejó.*

Está de la otra parte del mar de Venecia, enfrente de la cibdad de Otranto, en el reino de Nápoles, diez y nueve leguas de aquella cibdad de Otranto, una cibdad y muy buen puerto del turco que se llama la Belona, adonde el Gran Turco tiene siempre su armada para las cosas de Poniente y tierra de cristianos, muy importante en su Estado. Tiene muy buenos surgideros y muy buen puerto y muy seguro. El Gran Capitán invió á saber por sus espías el estado en que aquella cibdad y puerto estaban; y supo cómo estaban varadas en él cincuenta galeras. Sabido esto, mandó á Pedro Navarro aparejase la armada que le pareciese necesaria, y que entrase en aquel puerto y que pudiese fuego á las galeras, y que si ocasión hobiese, usase del tiempo como á él le pareciese.

Pues estando el Conde Pedro Navarro con su flota y gente de guerra á punto, con todas las cosas necesarias para aquella jornada y toda la gente embarcada para partir en anocheciendo, aquel mismo día, acabando de comer, le vino nueva cómo un embajador

(1) Faltan sin duda algunas palabras.

del Gran Turco, llamado Bajaceto, estaba en el puerto de Manfredonia, que le traía una embajada del Gran Turco, que tuviese por bien de la oír. El Gran Capitán envió allá á Pero Hernández de Nicuesa para que los recibiese y los trujese hasta la cibdad de Nápoles, y á Pedro Navarro mandó no se partiese hasta ver lo que el Gran Turco quería; que, á tardarse medio día, se hiciera la jornada de la Belona.

### CAPÍTULO III

#### *Lo que contenía la embajada que el Gran Turco envió al Gran Capitán.*

Reinaba en aquel tiempo en Turquía y en el imperio de Trapisonda, y en el de Grecia y en otros muchos reinos y señoríos, Bajaceto, gran turco, hijo de Mahoma, aquel que en el año del Señor de cuatrocientos y cincuenta y tres ganó á Constantinopla. Este Bajaceto envió un bajá genízaro, muy su privado, que era cristiano renegado, con otros treinta genízaros, asimismo cristianos renegados, que eran todos aquellos de la guarda del Gran Turco, todos de una edad y muy bien dispuestos. La fama de su embajada fué que el Gran Turco había oído la buena cuenta que había dado de lo que el Rey de España le había encomendado, y que había sabido que con pocos había vencido á muchos, y que su persona, aunque en todos los peligros era el primero que entraba en las batallas, y el postrero que salía dellas, nunca había sido herido; que creía que era grande amigo de Dios, pues El es el que vence y da la victoria á quien El vee que la merece; que él quería conocer y saludar á un tan honrado cristiano y tan valiente, y lo tomar en lugar de sus grandes amigos; y que para esto le ofrecía su persona y estados, como al hombre que entre los cristianos más valía. Y que le hacía saber que sus predecesores, de quien él descendía, siempre habían tenido y guardado amistad y amor con los Reyes de Nápoles, principalmente con los Reyes que en aquel reino habían reinado de la Casa de Aragón; y qué quería continuar aquella paz, amor y amistad con el Rey de España, y más seyendo señor de tal vasallo y bajá. Esta fué la fama con que este Gran Turco envió esta embajada; mas el ardid y la verdad era otra.

El primero señor y tirano que los turcos tuvieron fué llamado Otomano, al cual sucedió Orcano su hijo; á Orcano sucedió su hijo Amurates, y á éste sucedió Bajaceto; á Bajaceto Mahoma, el que ganó á Constantinopla; á este Mahoma sucedió este Bajaceto, segund deste nombre, de quien ahora hablamos. Había una profecía entre estos turcos por cosa muy cierta: que el primero cristiano que le ganase algún reino, ó isla, ó cibdad, que aquel tal le había de ganar todas sus tierras. Pues viendo agora cómo el Gran Capitán le había ganado la isla de Chafalonia y había conquistado el reino de Nápoles, con otras cosas que la fama allá había llevado, temió este Gran Turco no fuese este Gran Capitán á quien señalaba la profecía. Esto le movió á este Gran Turco á enviar esta embajada al Gran Capitán, y á otra cosa que adelante diremos, que aquel embajador dijo dél á él solo, y por saber si era verdad todo lo que deste Gran Capitán se decía.

### CAPÍTULO IV

#### *De cómo aquellos turcos llegaron á la cibdad de Nápoles, y el recibimiento que les fué hecho.*

Pues aquel caballero Pero Fernández de Nicuesa llegó á Manfredonia á recibir aquellos turcos. Traían por lengua un judío que vivía en la cibdad de Salónica, que era natural de la cibdad de Sevilla. Desde Manfredonia hasta la cibdad de Nápoles, les vinieron festejando y haciendo muy buen tratamiento. Pues llegados á dos leguas de Nápoles, allí les mandó el Gran Capitán enviar muchas cosas de comer. Todas las carnes les inviaban vivas. Otro día salieron aquellos señores á los recibir, para que los acompañasen hasta la cibdad. El Gran Capitán los esperó en Castilnovo. Estaba vestido á la española: un sayo de carmesí, una capa de paño, una media gorra con una medalla; su espada ceñida.

Llegado el embajador, lo abrazó y besó en la ropa; el Gran Capitán lo abrazó y quitó la gorra; todos los otros treinta genízaros llegaron á hacer la misma cortesía que el embajador había hecho. Venían todos vestidos de aljubas rozagantes y tocas blancas, y ceñidas sus cimitarras. El Gran Capitán dijo á la lengua les dijese le hiciesen saber cómo

les había ido en el camino y qué jornadas habían traído; y que él había holgado mucho de su venida, así por ser embajador del más poderoso príncipe de los paganos como por verlos á ellos; que holgasen y descansasen, y que ninguna cosa dejasen de pedir de lo que menester hobiesen muy á su contento. Y porque él y sus compañeros venían cansados del camino, se fuesen á descansar á sus posadas, y que otro día ó dende á dos días, ó cuando ellos quisiesen y tuviesen por bien, darían su embajada. El embajador respondió mediante la lengua: que no habían traído grandes jornadas y que les había ido muy bien; y que aunque no les hobiera ido bien, lo tuvieran por bien empleado por venir á ver una persona tan señalada como lo él era, y que era mucho más de lo que en Turquía había oído á todos decir. Y luego se fueron á sus posadas á descansar. Fueron aposentados junto á Castilnovo en casa de un señor principal. Teníanle puestos sus oficiales y sus posadas muy aderezadas. Todas las cosas les llevaban vivas, salvo azúcar, especias y huevos. Eran tantos y tan diversos los manjares, que ellos y los de la cibdad estaban espantados.

Otro día vino el embajador y dió por escrito un memorial, que fué lo que antes había dicho: que el Gran Turco su señor, Bajaceto, había oído decir que era de muy noble sangre, y que siempre había sido vencedor sin ser vencido, lo cual no podía ser sin ser amigo de Dios; y que por muchas cosas deseaba conocelle y tenelle en el número de sus amigos. Y que en señal desto, le inviaba su caballo, lo cual nunca acostumbraba á hacer á algún Rey ni Emperador, aunque fuesen de su creencia; y que aquella era la mejor señal de amistad que en su ley podía hacer; y que ninguna cosa habría en sus imperios y reinos de que él se quisiese aprovechar que no lo tuviese por suyo; y que les hacía saber que desde Otomano acá habían pasado (1) años, nunca los turcos pidieron paz á los Reyes de Nápoles; antes ellos la pedían sempre, dando grandes dádivas á los turcos; mas ahora por su causa él la quería pedir al Rey de Nápoles, por lo tener á él por su vasallo, y que escribiese al Rey don Fernando sobre ello, que lo tuviese por su grande amigo y servidor; y

que mientras él viviese, ternía paz y perpetua amistad con él, como si fueran de una mesma creencia; y que esto vería en lo que de sus estados se quisiese aprovechar.

El Gran Capitán respondió al embajador que él tenía á muy buena ventura que el Gran Turco tuviese dél aquel concepto; que de sí ningún bien conocía, sino deseo de servir á su Rey; porque Dios como justo juez había dado aquel reino al Rey de España, su señor, por la mucha justicia que á él tenía. En lo de amistad y concordia, que él despacharía luego al Rey su señor sobre ello, de lo cual él holgaría mucho y recibiría muy gran contentamiento de ello. Entretanto, que holgasen y que viesen todo aquello que más les contentase, que de aquello ternía él gran placer.

## CAPÍTULO V

*De las cosas que pasaron estando allí los turcos en aquella cibdad, y de las fiestas que allí se hicieron.*

Aquel caballo que el Gran Turco invió al Gran Capitán era todo blanco, tenía las narices hendidas y era crecido. Era tan ligero que para ver su ligereza ponían en una carrera cuatro caballos, los más ligeros que en todo aquel reino había, puestos en carrera á trechos, á todos los pasaba con mucha ventaja. Resollaba muy poco. Este caballo invió después el Gran Capitán con otros muy buenos al Papa Julio.

Todo el tiempo que estos turcos estuvieron en esta cibdad, hacía el Gran Capitán pasar por su posada la gente de guerra así de caballo como de infantería. Jugaban muchas veces á las cañas muy exceientes jinetes, así andaluces como castellanos, enfrente de su posada. Otras veces justaban de real y de guerra, de que los turcos estaban muy espantados de lo uno y de lo otro.

Venia entre estos turcos uno muy grande dibujador y pintor, el cual mandó el Gran Turco que se lo llevasen dibujado [al Gran Capitán] muy al propio y pintado del tamaño que era sin que él lo supiese. Era este dibujador tan diestro en su arte, que debajo de la capa, estando delante dél, lo retrataba y secretamente lo pintaba. Pues como un día llevase retratada alguna parte dél, cuando otro día venía estaba vestido de otra ropa, y tornaba otro día á desbaratar lo que tenía

(1) En claro en el original.

hecho, y dibujábalo de la manera que estaba vestido. Pues descubrirselo era imposible, porque así lo había mandado el Gran Turco. Visto, pues, por aquel judío, vino una noche muy secretamente sin que nadie lo pudo saber, y le dijo cómo el Gran Turco había mandado buscar el mayor pintor que en sus reinos y señoríos se había podido hallar, para que lo llevase pintado al propio, y como su señoría cada día se vestía de diferentes ropas, no podía aquel pintor hacer lo que deseaba; de que los turcos estaban muy penados: que suplicaba á su señoría que tres días se vistiese del vestido que más le contentase, porque lo llevasen pintado, que la cosa que el Gran Turco desea más, y que le suplicaba esto fuese muy secreto, porque los turcos no lo supiesen. El Gran Capitán se lo prometió y se vistió tres días arreo de una capa española y un sayo de terciopelo negro y media gorra con una medalla y su espada ceñida, y en aquellos tres días lo sacó aquel pintor de los pies á la cabeza.

El Gran Capitán preguntó á aquel judío qué cosa podía enviar al Gran Turco que allá se tuviese en algo. Aquel judío le dijo que alguna mula de cola larga, que son tenidas allá en gran precio; porque en la caballeriza del Gran Turco está una que de vieja está toda pelada y por ende la tienen en gran precio. Y aquel judío volvió á su posada sin que fuese visto ni sentido de los turcos. Luego envió el Gran Capitán á Roma y compraron una mula de un arzobispo y otra de un perlado, las mejores que en Roma había: la una era pardilla y la otra negra. Mandólas hacer dos guarniciones de oro y plata muy galanas y muy costosas y paliós de grana muy aderezados. Al capitán de aquellos genizaros dió un caballo muy bueno con un jaez de oro muy rico y un caparazón de brocado y una adarga d'ante, que las chapas valían ducientos ducados. Dióle asimismo muy buenas ballestas y otras cosas muy buenas para allá; y les dió ropas así para de camino como para allá, de asiento de raso blanco leonado colchado, y una capa de lo mesmo y un jubón de oro tirado. A los treinta genizaros dió treinta marlotas á meitades de damaseo pardillo y verde con botones hasta abajo, y bonetes de grana y boreguies. Al judío mandó dar muy buenas ropas así de camino como de asiento y ducientos ducados, de que el judío quedó muy contento.

Estuvieron estos turcos en Nápoles cuarenta días, en el cual tiempo vino la confirmación de la paz firmada y sellada de los Reyes Católicos. Venida esta concordia se despidieron; y antes que se despidiesen, aquel capitán dijo que quería hablar á su señoría sin que ninguno estoviese presente á la plática, sino sola la lengua. El Gran Capitán mandó que fuese así. Estando así solos, el embajador dió al Gran Capitán una carta escrita en lengua española, firmada y sellada de la propia mano del Gran Turco, que aquel judío la había puesto en aquella lengua; en que le decía el Gran Turco que si quisiese vivir con él, que le haría Gran Bajá de sus imperios, adonde él escogiese un reino, cual él escogese, en el imperio de Grecia ó en otro imperio adonde él más holgase; y que para cumplir esto, él ponía rehenes tales y adonde él quisiese de que quedase satisfecho; y que por su causa haría muy buen tratamiento á los cristianos que viven en sus reinos, con otras muchas ofertas que allí escribía. El Gran Capitán le respondió que él agradecía á Dios y después á él que S. M. hiciese tanto caso de un hombre que tan poco merecía; que él le sería en cargo mientras viviese, y que él en ninguna manera podía cumplir aquello que le mandaba por muchas causas; porque él nunca dejaría de servir al Rey su señor, de quien había recibido mucho bien. Y que ya que esto cesase, que no podría acabar consigo de servir á príncipe que no fuese cristiano, porque los cristianos sin duda ninguna siguen la creencia verdadera, que es la que Dios criador del universo manda que se guarde; que el Rey su señor le había dado en aquel reino con que viviese honradamente; mas que le ofrecía su persona y voluntad cada que la hobiese menester contra sus enemigos que cristianos no fuesen, permitiéndolo el Rey su señor. Despedido el embajador, todos los otros turcos se despidieron, y cuando se despidieron salieron con ellos aquellos señores, regocijándolos hasta Manfredonia, hasta los dejar embarcados.

Quando aquel embajador se fué, despedido del Gran Capitán en la cibdad, le dijo, mediante la lengua, que después que lo había visto y conversado y había sabido sus cosas, creía verdaderamente que la fee y creencia de los cristianos debía ser la más verdadera; porque tal hombre como él no podía tener sino la ver-

dadera ley y creencia, pues Dios le había hecho tan acabado en todas las cosas, así haría en la ley que había de seguir. El Gran Capitán lo abrazó y á todos con muy grande alegría.

## CAPÍTULO VI

*De una grave enfermedad que sobrevino al Gran Capitán y de las muchas plegarias que sobre ello hubo.*

Después de embarcados los turcos, dende á pocos días plugo á Nuestro Señor traer al Gran Capitán á la memoria y acordalle que aunque se venzan los hombres, los reinos y los reyes, que El no puede ser vencido, y también por le apartar alguna vanagloria que de las victorias pasadas le había quedado; y porque los italianos así le adoraban como sus pasados á sus ídolos, seyendo cierto que todo género de adoración se debe sólo á Dios, y desta causa quiso Nuestro Señor que viesen todos que, aunque le ayudó á vencer, era hombre y mortal. Y la memoria que le trujo para se lo acordar fueron unas muy grandes calenturas que día ni noche no le dejaban. Pusiéronle en tanto peligro que todos los médicos lo desahucieron.

El Papa Julio le envió por la posta dos médicos suyos muy grandes, y todos los señores de Italia le enviaron asimesmo, que hubo un ayuntamiento de médicos que bastaban para matar á un hombre de acero. Venido el onceno día, todos los médicos en conformidad dijeron que no podía escapar de aquel día. Sabido en la cibdad y en su comarca fueron tantas las plegarias y procesiones que en aquella cibdad y sus comarcas hicieron que no se puede relatar.

Iban todas las mujeres y doncellas de todos estados descalzas por todas las iglesias rogando á Dios Nuestro Señor se acordase de dar la vida al Gran Capitán; porque Italia, adonde él tuvo por bien de poner la silla á su Vicario, gozase de paz y de sosiego; y que se acordase que entre todas las guerras pasadas siempre tuvo gran cuidado del culto divino y de las monjas dedicadas á Dios; muy grande amparador de la honra de las mujeres y de su honestidad, y que no se robases las iglesias. Eran grandes los llantos que en todos los templos se hacían; fueron muchas las procesiones que de noche y de día se hicieron, que le plugo al Señor, dador de la

salud, que pasó la furia de aquel día, de que los médicos dijeron que milagrosamente le había dado Dios mejoría. Decían los romanos que Dios lo quería llevar acabado de ganar tantas victorias, antes que la fortuna usase con él de su acostumbrada mudanza. Porque es cosa muy cierta, si no nos engañan los historiadores, que los más claros capitanes, así antiguos como modernos, no escaparon desta cruel invidia. Decían que si hobiera muerto aquel muy excelente Capitán de los romanos Gayo Mario, que fué siete veces cónsul, cuando vino de triunfar de los tudescos y alemanes, no viniera después á ser preso y muerto tan aviltadamente como lo fué. Si el Gran Pompeyo, cuando vino de triunfar de Asia y de Mitridates, Rey de Ponto, muriera, no le cortara después la cabeza Ptolomeo, Rey de Egipto, con tanto vituperio. Si Julio César, cuando vino de vencer y triunfó de Francia y Alemania, no le dieran después tan cruel muerte Bruto y Casio y los otros conjurados, y los más capitanes así griegos como romanos. Si Scipión, cuando vino de triunfar de Cartago, no muriera echado de su patria, desterrado. Si Anibal cuando venció la batalla de Canas muriera, no se matara él mesmo con veneno, como se mató. Y lo mesmo decían del Gran Capitán, que á tan grandes victorias no se podía creer sino que había de responder algún revés, de los que el mundo suele dar á los que en tan alta cumbre ensalza, como á él había hecho. Mas plugo á Dios que por los muchos sacrificios y plegarias y procesiones, no quiso sacar del mundo una tan excelente persona. Para lo cual ayudó mucho la buena ventura de los Reyes Católicos; porque les fuera muy grande pérdida y en tal sazón, y fuera la mayor que les pudiera venir después de la de sus Reales personas. A los veinte días estaba levantado, y apenas en ocho días pudo dar lugar á las visitaciones que con grande alegría todos le hacían. Dió el Gran Capitán á los médicos en joyas y dineros más que vale todo su Avicena y aun Galeno, de que fueron muy contentos.

## CAPÍTULO VII

*De las cosas que sucedieron después que el Gran Capitán recobró su salud.*

Visto por los neapolitanos sano al Gran Capitán, todos se ocupaban en regocijos y

en loores del Gran Capitán. Unos alababan su disposición del cuerpo, imitando á los scitas, que hoy son tártaros, que ponían la felicidad en la buena disposición; otros en el buen gesto, que era señal de buena compleción y condición; otros en la benignidad y mansedumbre y afabilidad con que á todos, chicos y grandes, sobrepujaba. Otros alababan la gravedad y severidad de capitán, cuando el tiempo lo pedía. Otros ensalzaban hasta el cielo su excelentísima justicia, con tanta equidad y templanza; otros su severidad, su clemencia; otros alababan en gran manera su valentía, su esfuerzo con que entraba en las batallas y la perseverancia con que seguía á sus enemigos. Mas sobre todo encarecían su grande liberalidad, con que satisfizo á los soldados y señores y capitanes, no tomando para sí más de la gloria del vencimiento.

Fué tan grato á los capitanes y soldados que en el tiempo de la guerra sirvieron que á todos dió premios y grandes dádivas, tanto que los individuos hallaban lugar para detractar de su grande liberalidad; porque es averiguado por los que saben, que ninguna buena obra hay hecha que carezca de invidia. Es verdad que el Gran Capitán dió á don Diego de Mendoza, que fué uno de los que más sirvieron en la guerra, el condado de Melito, que hoy poseen sus nietos; el condado de Avellino á don Juan de Cardona (1), en el ducado de Benevento; á Pedro Navarro el condado de Oliveto, que en aquel tiempo tan bien mereció, hasta que después desmereció, por cuya causa murió muerte ruin ignominiosa; á Bartolomé de Alviano dió la cibdad de Sant Marco en Calabria, la cual él mereció muy bien; á Manuel de Benavides, á Alonso de Carvajal, á Antonio de Leiva, á Alvarado padre y hijo, á don Hernando de Andrada, al Duque de Termoli y á Alarcón y á los otros capitanes dió muchos y muy buenos lugares y villas. A los Colonese hizo que cobrasen sus tierras y castillos que los franceses les habían tomado, de que quedaron muy contentos y pagados, principalmente el Próspero y Fabricio, con todos los otros.

Pues los ínfimos asimismo quedaron muy contentos y muy obligados al servicio de los Reyes de España y del Gran Capitán. A capita-

nes de caballos y de infantería y á los soldados dió tenencias, oficios, gobernaciones; repartió casas y posesiones de forajidos que habian seguido la parte francesa, y á otros, provisiones ordinarias y pensiones, principalmente á aquellos que habian sido en la guerra valientes. Tuvo muy gran memoria de conocer los méritos de cada uno, y así les gratificó. Fué tanto, que todos decían que no le faltaba más de la corona para Rey. Fué muy gradecido; finalmente, que los detractores é individuos decían públicamente que á ningún soldado habia dejado sin le dar premio.

Florecieron en este clarísimo varón la razón, la templanza, el juicio; que sin estudiar sabía todas aquellas cosas que en los hombres muy leídos resplandecían, y porque nunca estudió letras latinas, porque pensaban los españoles que las letras apocaban á los hombres, cosa tan ajena dellos. Fué muy amigo de letrados y de los poetas y historiadores, porque con sus obras hacían inmortal la vida de los hombres tan corta y tan breve. Dábales y haciales muchas mercedes, porque tenían cargo de escribir sus hechos; así como Carmelita, Mantuano y el obispo Cantalicio, y otros algunos que escribieron muchos versos en su loor. Sanazaro pudiera escribir muy buenas cosas con aquella tan polida musa y fecunda, sino que dejó aquel reino por seguir á Federico cuando se fué á Francia, adonde murió, habiendo seguido tan errado camino é infelice como siguió; porque como el Gran Capitán era de hábito tan delicado y vivo, que conocía cuánta gloria le podían dar los poetas y escritores y cuánta fama para adelante adquiriría, porque los maldicientes y envidiosos jamás hallaban cosa que tachar, porque dejó de hacer gran justicia y guardar la honestad de las mujeres, aunque muchas veces hablaba con ellas en cosas de palacio, porque fué el mejor cortesano que en su tiempo hubo. Solía decir que era muy gran locura de cualquiera persona del mundo, que por un pequeño y fugitivo placer procurase un gravísimo y contino desabrimiento y enojo. Fué el primero capitán cristiano que juntó la disciplina militar con la piedad cristiana; de donde no se deben de admirar los envidiosos y maldicientes, si con santas y católicas costumbres, principalmente con la castidad, que siempre guardó al

(1) Al margen: «Este don Juan fué hermano de don Inigo de Cardona».



yugo del matrimonio, Dios nuestro Señor le ayudó á vencer y permitió que jamás fuese herido, aunque era el que más se ponía á todos los peligros, así de artillería como de todas las otras armas.

Decíame muchas veces dél García de Paredes que, veyéndole entre los enemigos, que cada hora pensaba que ó muerto ó herido no podía escapar, principalmente en la batalla que se dió junto á la Chirinola, y en otras muchas partes; que como digo ni herido ni preso ni otro desastre que suelen en las batallas acontecer; por cuya causa los italianos, que son inclinados á supersticiones y adoraciones preposteradas, decían que era de aquellos dioses pasados, á no ser español, sino italiano.

### CAPÍTULO VIII

*De cómo acabada la guerra se amotinaron cuatro mil quinientos soldados; y cómo no los pudiendo el Gran Capitán reducir, les fué á dar la batalla con su ejército, y de lo que pasó.*

Después de esto sucedió que, como el Gran Capitán con buenas palabras conservaba á los soldados diciendo que en volviendo á la ciudad de Nápoles les pagarían lo que les era debido, agora, llegados á la ciudad, fueles dada ayuda de costa; y no se podía más hacer por los grandes gastos que se habían hecho. Y como estaban ociosos, comenzáronse á amotinar, y fueron presos nueve caporales y ahorcados; y con esto pareció sosegarse algo aquella rebelión. Mas como no les acabasen de pagar, y ellos, como dije, estaban ociosos, amotináronse cuatro mil y quinientos soldados. Y porque á todos cupiese parte del mando y de la pena, si mal les sucediese, hicieron esta ordenanza: que elegían cada día veinte soldados que aquel día mandasen, y guardaban tanta justicia que no podía ser mayor; que estando un día en una ciudad aposentados, atravesó de una casa á otra una mujercilla de poca manera; tomáronla ciertos soldados y contra su voluntad tuvieron parte con ella. Ella se quejó á los veinte, y hecha su información, los tomaron y ahorcaron de la ventana de la casa donde cometieron el delito, y á ella le dieron lo que aquellos soldados tenían y aun le dieron de sus haciendas. Iban á un lugar y tomaban lo que

habían menester, sin robar iglesias ni tocar en la honra de las mujeres. Solamente tomaban para comer, sin matar ni herir á nadie. Acabado aquello iban á otro lugar y hacían lo mesmo.

El Gran Capitán les envió muchas veces á decir que se redujesen, y jamás lo quisieron hacer. Pues sabido por el Gran Capitán que pasaban seis leguas de Nápoles, la ciudad, mandó tocar allarma y aparejar todas las cosas necesarias para les dar la batalla, diciendo á todos que poco les había aprovechado echar á los franceses del reino, si cuatro mil y quinientos españoles les robasen y saqueasen lo que con tanto derramamiento de sangre habían ganado, y que ningún ruego ni promesa bastaba para los reducir; que les rogaba peleasen contra ellos como contra traidores y infieles á su patria y capitán y á las banderas de España, y que por tales los había mandado apregonar. Con toda la gente que pudo y artillería se puso en un lugar que se dice Marellano.

Los amotinados, sabido que el Gran Capitán los esperaba, no torcieron un paso de donde iban, y con su ordenanza, muy en orden, se fueron derechos á Marellano. El Gran Capitán mandó que no matasen al que se rindiese y no rompiesen hasta que él se lo mandase, porque quería excusar, si podía, la batalla, por el mal ejemplo que darían. Entre tanto que esto se ordenaba, como los amotinados descubriesen el campo del Gran Capitán, comenzó uno de los veinte á hacerles un razonamiento á los soldados, que decía así.

### CAPÍTULO IX

*Del razonamiento que los veinte hicieron á sus amotinados, estando los ejércitos de entrambas partes á vista.*

«Bien veis, señores y compañeros, delante de vosotros la una muerte, si no vencemos, y la otra y mayor si nos rendimos, aunque sea al Gran Capitán. Este cordobés nos ha de querer [atraer] hoy con buenas palabras, y después de veinte en veinte nos ha de ahorcar, porque se lo tenemos merecido. Pues no podemos huir; y aunque pudiéramos, no lo habíamos de hacer. Pues ¿queréis que se diga en Italia y en España que teníamos ánimo para saquear la gente pacífica y desarmada, y que

cuando se ofreció la necesidad de las armas ¿nos faltó el corazón? De derecho divino y humano escrito á todas las naciones del mundo y de ley natural somos obligados en nuestra defensa y ofender á cualquiera persona que nos quiera ofender. Hasta á los brutos animales les dió naturaleza armas nacidas en ellos mismos para defensa suya, como cuernos. Peleemos hoy como varones, que esperemos en Dios que venceremos. No piense este cordobés que lo ha con los borrachos de los franceses, sino con muy honrados y muy valientes españoles. Sabed, señores, quel que vivo quedare, si vencidos fuéremos, ha de ser peor librado; por ende, mirad cual es mejor, morir armado en el campo como valiente soldado, ó cuarteado por mano de un sucio verdugo delante de tantos señores y capitanes. Sabed, señores, que Dios, cuyo es el cielo y tierra con todo lo criado, dejó la tierra á los hijos de Adán, nuestro primero padre, para que la habitasen y morasen y gozasen de los frutos della, con todo lo en ella criado. Pues, pesar de tal, que tan hijos somos de Adán los que aquí estamos como el Rey de Francia y de España; si no, muéstrennos la cláusula del testamento de Adán en que les deja los reinos que tienen (1), y que sea esta tierra más suya que nuestra, y dejársela hemos. Hasta aquí han gozado ellos de ella; déjennos gozar otro tanto tiempo de ella. Todos los que saben afirman que el derecho de las cosas está en las armas. Pesar de tal, que entre estos Reyes quien más puede tomar al otro sin mirar más derecho ni ley, se lo toma sin más esperar justicia; ¿y que los pobres soldados no puedan hacer lo mesmo? Tomémosles lo que injustamente tienen usurpado; encomendémonos á Dios y peleemos como constantes varones, y cuando Dios de otra cosa fuere servido, vamos todos juntos á la otra vida, adonde son bien recibidos los que hacen su deber. Hagamos oración, y si nos acometieren, hagamos como fuertes soldados españoles».

Cuando los soldados oyeron aquel razonamiento de los veinte, dijeron que en su vida habían oído á ningún sabio ni predicador hablar tan sabia ni tan altamente, y que había

hablado por boca del Espíritu Santo. Hincáronse todos luego de rodillas y hicieron su oración muy devotamente, y luego comenzaron á caminar muy en orden. Llegando á do el Gran Capitán estaba, pararon. El Gran Capitán les envió á decir que se redujesen al servicio de SS. AA., y que se les perdonaba todo lo hecho hasta aquel punto, y que presto serían pagados, con otras muy buenas palabras. Los veinte enviaron á decir al Gran Capitán que suplicaban á su señoría no les acometiese, porque, ya hecha su oración, no podían dejar de pelear, porque estaban determinados de pelear y morir ó vencer; que le suplicaban muy humildemente no permitiese que derramasen la sangre que les había quedado de la mucha que en su servicio habían derramado, y que le daban su fe como buenos soldados españoles de vender tan cara su vida que los que les venciesen no las llevasen muy á su salvo; que se acordase de los muchos servicios que le habían hecho; las muchas necesidades que habían pasado y sufrido, que le suplicaban no llegase las cosas al cabo, porque podría trocarse la suerte; y que mirase su señoría que ni forzaban mujeres, ni robaban iglesias, sino solamente buscaban de comer, y los más dellos les amostraron las heridas que en su servicio habían recibido.

El Gran Capitán, oída su plática, se enterneció tanto que por más que disimuló, no pudo dejar de le venir á los ojos las lágrimas, acordándose cuán bien habían servido y el mal ejemplo que daría. Estuvo quedo. Ellos, visto que el ejército del Gran Capitán no les acometía, comenzaron á alargar el paso, no como gente que huía, sino como soldados que caminaban de una parte á otra; y queriéndose volver el Gran Capitán, fué avisado que iban á entrar en una cibdad que se llama Nola, porque ya no tenían que comer. El Gran Capitán fué tras ellos con toda su ordenanza. Los amotinados se fueron derechos á Nola y la comenzaron á combatir. La cibdad es muy fuerte, así de muro como de foso lleno de agua y muy hondo. Ellos comenzaron á combatir con tanto ánimo que se echaban á nado por el foso, y llegados al muro subían por las picas. El Gran Capitán no quiso pelear con ellos, porque le habían movido á gran compasión. Mandó á ciento y cincuenta de caballo que por la otra parte se entrasen en la villa y les ayudasen á defendella. Entrados

(1) Al margen, de la misma letra del texto: «Dicen las sagradas Escrituras: *Terram dedit filiis hominum*; que quiere decir: La tierra dió Dios á los hijos de los hombres».

estos escuderos, soltaron los caballos por la cibdad, cerradas las puertas y acudieron al muro que más necesidad tenía, y ayudáronla á defender. Visto esto por los amotinados, tocaron sus pífanos y atambores y comenzaron á caminar. Durmieron aquella noche en un lugar pequeño y hicieron muy grande guardia. El Gran Capitán les invió á decir que él se volvía á la cibdad para buscar dineros y les pagar todo lo que les era debido. Ellos respondieron que ellos dispararían para cuando su señoría fuese servido de se los inviar; y así era verdad, que los comenzó á buscar. Los amotinados respondieron que ellos esperarían todo el tiempo que su señoría fuese servido. Los rebeldes se fueron aquella noche á un lugar que se llama Castellamar, muy rico, y lo entraron por fuerza y lo saquearon. Allí les dijeron los veinte: «No es más tiempo, señores, de burlar con el Gran Capitán. Bien conocéis cuán astuto es y prudente; si más proseguimos nuestro propósito, él nos ha de coger y ahorcarnos á todos si no determinamos de nos esparcir y nos ir adonde por bien tuviéremos; y plega á Dios que lo podamos hacer á nuestro salvo, pues sabéis que ninguna cosa se le encubre y todo se hace como quiere. Pues reducirnos, que era lo más sano, yo lo aconsejaría, dijo uno de aquellos veinte; mas él sabe ya cuáles han sido los veinte, y pocos á pocos nos ha de castigar, y pues hasta aquí nos hemos escapado, demos gracias á Dios».

Desde allí se desparcieron, y unos se fueron á España, otros la vía de Roma. Luego fué avisado el Gran Capitán y mandó poner muchas guardas por los lugares por do habían de pasar, y allí los prendieron y luego eran ahorcados y echaban en la mar con piedras al pescuezo; así que muchos dellos murieron de aquel motín, que hicieron y pagaron justamente aquella rebelión que habían hecho. Otros se escaparon.

## CAPÍTULO X

*De cómo el Duque Valentín vino allí á la cibdad de Nápoles con ciertos designios que trata, y de lo que sucedió.*

En este tiempo vino el Duque Valentín, llamado César Borja, á la cibdad de Nápoles en achaque de ver al Gran Capitán, mas su

venida era á le pedir socorro de gente y armada para ir á conquistar la cibdad de Pisa, que la tenía oprimida la cibdad de Florencia; y él decía que tenía trato en aquella cibdad que luego se le daría, y que todo esto sería para servicio de los Reyes Católicos. Y porque en esta historia, así en los capítulos pasados como en los porvenir, se hace mención de este Duque Valentín, me pareció ser cosa necesaria escribir el discurso de la vida deste Duque.

Don Rodrigo de Borja, Cardenal de Valencia, hubo en Roma á una señora de las de Valñoty, en quien hubo al Duque de Gandía y á este César Borja, y dos hijas, madama Lucrecia, que fué casada con el Duque de Ferrara, y á otra señora que casó con don Alonso de Aragón, hijo del Rey don Alonso de Nápoles, su cuñado. Fué esta señora de muy buena parte y calidad, y fuera desto en toda la otra vida fué muy buena mujer. A este César Borja invió el Cardenal su padre al estudio de Pisa, donde las letras florecían en aquel tiempo, y él se dió tan buena maña en ellas que aprovechó mucho; y disputaba y trataba cuestiones arduas en el derecho civil y canónico, y como muy docto en ellas las trató; de lo cual el padre se holgaba mucho. Y como después fué criado Sumo Pontífice, hizolo Cardenal, y al hijo mayor llamado don Francisco de Borja, agüelo de don Francisco de Borja, que hoy es, que dejando su estado, es religioso en la Compañía de Jesús, para que este Duque de Gandía fuese el sucesor de la Casa de Borja. Mas el César Borja, teniendo los pensamientos puestos en la cumbre de señorear, parecióle para el capello, aunque con él tuviese toda la renta que pudiese haber, muy inferior á las esperanzas y grandeza de su ánimo (1); y visto que el Papa tenía puestos los ojos en el Duque de Gandía, su hijo mayor, acabando una noche de cenar, lo mató y lo hizo echar en el Tíber; lo cual acaso vió un barquero cómo echaron aquel hombre en el río. Otro día, andándolo buscando, se supo y dende á dos días lo sacaron unos pescadores y con ciertas puñaladas; y luego fué sabido haber sido por mandado del Borja. El Papa su padre recibió de aquesto muy gran pena; mas visto que el Duque ya no podía resucitar, perdonó al César Borja, y él dejó el capello,

(1) Al margen: «Las personas que el Valentín mató».

teniendo en el pensamiento de tomar los Estados de Romania y se hacer señor della, porque ponía todo el derecho de las cosas en las armas; y por señorear no ponía delante derecho divino ni humano, y traía por divisa *aut Cesar, aut nihil*.

Pues como el Papa hizo liga y amistad con el Rey de Francia, Luis, duodécimo, de este nombre, porque entre los Papas y Rey se habían confederado para echar los españoles de Italia y arruinarla toda con sus designios que tenían capitulados; y el Rey Luis, para más obligar al Papa y al Borja, lo casó con madama Carlota, hija del señor de Labrid, un gran señor de Gascuña, prima de don Juan, que decía ser Rey de Navarra. Luego comenzó á descubrir sus desordenados pensamientos y cruel tiranía de señorear una parte de Italia con muy infernal codicia; y para que hobiese efecto su diabólica tiranía determinó de matar, de cualquiera manera que pudiese, á los señores de Casa Colona y á los Ursinos; para que no hobiese en Roma, ni en su término, ni en mucha parte, quien le pudiese hacer contradicción, y algunos días les hizo guerra; y como eran poderosos enemigos, trató entre ellos enemistades para que ellos se acabasen. Luego ellos entendieron los engaños del cruel tirano, y se confederaron y se hicieron amigos y dejaron aparte las guerras civiles. Los Coloneses, pareciéndoles mejor castigo, para conservar sus vidas determinaron de dejar al Borja sus tierras y estados, y dar lugar á la desenfrenada furia del tirano; á los Ursinos ofreciéndoles grandes partidos y muy crecidos sueldos por los asegurar, habiéndoles dado su fe y palabra muchas veces de los tener por amigos, hermanos y compañeros, aunque ellos nunca jamás tuvieron del Borja entera seguridad. Al fin descubrieron sus designios crueles, cuando no lo pudieron remediar; porque mató en Perosa á Paulo Ursino, hijo del Cardenal latino Ursino, y á todos los Ursinos de la casa de Gaeta. Y asimismo mató al Cardenal Baptista Ursino, que estaba preso en el castillo de Santángelo, y á Olivero de Sermo en Senegalia; y asimismo mató á Vitelocio Ursino, señor de la cibdad de Castella; y al señor Francisco Ursino, Duque de Gravina; y á los Ursinos señores de Sermoneta, en el circuito de Roma. También mató á Jacobo Ursino y á Bernardino Ursino. Todos estos Ursinos fueron muertos por di-

versas maneras, y les tomó sus tierras y fortalezas. Pues á los señores Duques de Camarino, de muy antiguo linaje, Pirro, Aníbal, Julio César, Venafro y otros de aquella casa, fueron despojados y tomados sus Estados, y con darles garrotes fueron ahogados. Pues Astor Manfredo, señor de Freuca en Romania, rendido sobre su fe, fué muerto crudelísimamente y echado en el Tíber. Pandulfo Malatesta y Juan Sforza y Gido Ubaldo, señores de Arimino, Pesaro y Urbino, quisieron y tuvieron por mejor dejalles sus tierras que ser de aquel cruel tirano muertos. De la misma manera Jacobo Apiano dejó á Pomblín al Borja, sangriento tirano en la Toscana; y sin causa ninguna mandó ahogar á Troche Espanoli, que así á él como al Papa había hecho muchos servicios. Y á vueltas destas crudelísimas muertes mató al bellissimo mozo llamado don Alonso de Aragón, hijo del Rey don Alonso de Nápoles, casado con su hermana, andándose paseando en la plaza de Sant Pedro; y porque de las heridas se tenía alguna esperanza que viviría, entró un día en la siesta con otros con máscara á lo matar, con el cual estaba su mujer y hermana del tirano, al cual luego conoció la hermana, y llorando, hincada de rodillas, le suplicó no matase á su marido y que á ella hiciese lo mismo. Era este don Alonso de Aragón, príncipe de Buseli, indigno de aquella tan infelice muerte. Asimismo había toxicado al Cardenal Borja, muchacho de muy poca edad, porque favorecía justamente al Duque de Gandía; y esperó una noche que venía de cenar á don Juan de Cervellón, muy principal hombre en la paz y en la guerra, y no por otra cosa sino porque favorecía y guardaba la honestidad y honra de una señora de la casa y familia de Borja.

Tenía un grande amigo y familiar y muy acepto en su amistad, á quien él quería mucho extrañamente; y fiándose de él como de tan grande amigo, le mandó cortar la cabeza. Llamábase éste Jacobo de Santa Cruce, de la más noble sangre de Roma; y no hubo otra ocasión sino que era mucha parte y poderoso para ayuntar cada que quisiese un buen escuadrón de gente de armas, así de caballo como de infantería, de su bando Ursino, y era hombre determinado para acabar cualquiera jornada que quisiese.

## CAPÍTULO XI

*En que se prosigue la vida del Duque Valentín.*

A otros muchos mató este Duque Valentín, y en este tiempo, como atrás dijimos, quiso matar á ciertos Cardenales con aquella maldita sed de señorear, y que no hubiese ninguna persona poderosa ni rica ni que tuviese ánimo de hombre; y bebiendo él y el Papa su padre de aquel toxicado brebaje que para ciertos Cardenales tenía aparejado, y como fué Dios servido que ellos lo bebiesen y los otros quedasen libres del tóxico, como mozo y de más virtud quel padre, estando en mejor disposición; y halló quel cónclavi había criado Papa muy al revés de lo quél pensó y tenía tramado, el Papa Julio segundo, que fué un Pontífice muy entero y muy celador del patrimonio de la Iglesia, lo mandó prender á este Duque Valentín y poner á muy buen recaudo hasta que entregase las fortalezas que de Roma tenía. Y porque á esta sazón venían los venecianos con aquella sed de codicia de lo ajeno querían también ocupar la Romania y partiendo de Rávena habían aquistado por armas á Arimino, la Católica y Faenza y Fano, y el Borja engañaba al Papa cada día con falsas y engañosas palabras, enviando señas á los alcaides que en ellas tenía falsas y fingidas, pensando volver á Roma y revolver los negocios de arte que pensaba volver al crédito pasado y revolver á Roma con las cimeras que tenía fantaseadas; porque tenía por cierto que tenía favor y ayuda, y más teniendo las cabezas y principales capitanes de los bandos, que eran el señor Juan Sasatelo y el otro Gido Vaino, que le debían mucho al Borja, según le estaban obligados con beneficios y buenas obras que dél habían recibido; y con este designio había escrito cartas fingidas á los castellanos dellas. Avisado de aquesto el Papa, envió luego al Borja á un criado suyo, de quien se fiaba, Pedro Avedro, con cartas, que fué derribado de las murallas abajo por Diego de Quiñones. Enojado el Papa por este desacato que se le había hecho, envió al César que si luego no entregaba las fortalezas, que le haría cortar la cabeza, y que sería excusar que hiciese más males.

## CAPÍTULO XII

*De cómo dos Cardenales huyeron de Roma y se fueron á Nápoles para el Gran Capitán.*

En este tiempo el Cardenal Borja, y Remolío, Cardenal de Sorrento, que era hechura de la Casa de Borja, veyendo al Papa tan indignado contra los de Borja por causa del Duque Valentín, porque tenía sospecha de todos los de la Casa de Borja, enviaron estos dos Cardenales á suplicar al Gran Capitán que hasta que Su Santidad estuviere informado de la verdad, les inviase algún capitán que los pusiese en salvo en aquel reino. El Gran Capitán envió luego al capitán Carvajal, hijo del capitán Mendoza, con cien lanzas y á aquel Medina su criado con cartas de creencia para los dichos Cardenales. El capitán esperó fuera en cierto lugar secreto, y el Medina entró en la cibdad y dió las creencias y avisó á los Cardenales de lo que habian de hacer. Al capitán le anocheció á media legua de Roma, y á media noche llegó junto al muro y allí esperó á los dichos Cardenales. Ellos salieron con su aparato, diciendo que iban á caza como otras veces acostumbraban; y allí se juntaron con aquel capitán, que los puso sanos y salvos en Nápoles.

El Gran Capitán los recibió muy bien y les hizo muy buen tratamiento; y luego envió un caballero de su casa al Papa Julio sobre ello; y los redujo á su servicio y gracia, y fueron del Papa muy bien recibidos y muy bien tratados dende adelante á requesta del Gran Capitán.

## CAPÍTULO XIII

*En que el autor torna á contar lo que el Papa hizo con el Duque Valentín.*

Espantado y atemorizado el Duque Valentín de lo que el Papa le envió á decir: que si luego no le entregaba todas las fortalezas que tenía de Roma le mandaría cortar la cabeza, á la hora envió á los castellanos españoles las contraseñas verdaderas para que entregasen las fortalezas. Fué tratado que el Duque Valentín fuese entregado á Bernardino de Carvajal, Cardenal de Santa Cruz, español, natural de Plasencia, para que lo tuviese en guardia en la fortaleza de Ostia, hasta en tanto que cumpliese lo prometido. Visto por

Diego de Quiñones y Gonzalo de Cifuentes las contraseñas, entregaron á los criados del Papa á Ceseria y á Forlino.

Luego que se vió libre el Borja, se fué á Nápoles para el Gran Capitán, pensando de lo engañar, como otra vez había hecho. Y porque Paulo Jovio, obispo de Nocera, que escribió una suma de las cosas del Gran Capitán, dice en este lugar que el Gran Capitán le dió su carta de seguro, que podía ir y volver seguro al Gran Capitán, y que después lo había preso sobre su palabra, no solamente á él mas aun al Duque don Fernando de Calabria, cuando se le entregó en Taranto, en entrambas cosas se engañó y no dijo verdad; porque yo oí á Diego García de Paredes y á aquel Medina, que se hallaron en todo, y á García de Aldana y á Diego de Trillo el tuer-to, que fueron los ministros de lo uno y de lo otro, que nunca tal seguro pidió el Duque Valentín, ni el Gran Capitán se lo dió. Porque si se lo diera, por ninguna cosa lo quebrara; y lo del Duque don Hernando de Calabria nunca él, ni los que con él estaban, hablaron en tal condición, sino que el Paulo Jovio fué mal informado y tuvo falsa relación.

Luego que cumplió con el Papa y se vió libre, lo cual él nunca pensó, con los capitanes españoles que tenía, se fué derecho á Nápoles. Fué muy bien recibido del Gran Capitán, y luego comenzó á tratar y intentar novedades; y porque no había perdido punto del ánimo ni tiranía con la mudanza de la fortuna; pues como allí estaba Bartolomé de Alviano, su grande enemigo, cada uno andaba muy acompañado con cien arcabuceros de á pie: á los cuales avisó el Gran Capitán que estando allí tuviesen tregua y sobreeseyesen sus enemistades, lo cual ellos prometieron en las manos del Gran Capitán, y así las guardaron.

#### CAPÍTULO XIV

*En que el autor da cuenta de dónde nacieron estas enemistades entre estos dos capitanes, el Duque Valentín y Bartolomé de Alviano.*

Este Bartolomé de Alviano era el más principal del bando y casa Ursina, y tenía en aquella cibdad muchos parientes y deudos, y una casa muy principal. Tenía una mujer la más hermosa que á la sazón había en Roma y aun en toda Italia, muy honesta y muy buena

de su persona, y quería mucho á su marido, Bartolomé de Alviano. El Duque muy secretamente entró un día en su casa, estando fuera de Roma el Alviano, y llevó consigo el Borja muchos y muy buenos criados, y subió adonde esta señora estaba; y á los criados della mandaron que callasen so pena de la vida. Y llegado á do ella estaba, le dijo que se había de echar con él ó matalla. Ella le respondió que muy mayor merced le haría en matalla que no en deshonnalla; y se le hincó de rodillas suplicándosele, y que no hiciese cosa tan fea para quien él era. El la tomó y anduvo con ella á brazos, defendiéndose como buena mujer; y él la trató muy mal. Visto esto por el Duque, mandó á sus criados que se la tuviesen, y teniéndola por fuerza la forzó y dejó toda mesada y muy mal tratada.

Ido el Duque, luego aquella señora envió á llamar á su marido que luego viniese, que cumplía mucho á su honra y á su vida; lo cual él hizo, que vino por la posta; y encontrándole, le dijo su mujer: «Sacad, señor, la espada y cortadme la cabeza por la traición y maldad que contra vos he cometido». Esto decía con grandes llantos. El Alviano la apaciguó, y ella se lo contó. El le dijo: «Veamos, ¿esto fué por vuestra voluntad ó no?» Ella le dijo: «Estos cabellos y cardenales por todo mi cuerpo y aun estas heridas serán testigos dello». El la asesegó, y dende á siete ó ocho días, una noche á media noche, con sus criados muy bien armados, quebradas las puertas entró en su casa del Borja, y á todos cuantos topaban mataban. Oído esto por el Borja, en camisa saltó por unos tejados y se alejó. El Alviano después de le haber muerto todos los criados que en casa se hallaron, le saqueó la casa y le robó, que valía más de veinte mil ducados, y lo buscaron por toda Roma, puesta en armas la Casa Ursina, y aun los de Casa Colona, visto la maldad de aquel tirano, hasta que el Papa apaciguó aquel insulto y él fué como hemos dicho preso.

#### CAPÍTULO XV

*En que se prosiguen los secretos designios del Duque Valentín.*

El Duque Valentín pidió al Gran Capitán gente de guerra y galeras para ir sobre Pisa, como hechos dicho; mas él, como era muy

cruel y mal cristiano, ni tenía temor á Dios ni á las gentes, era muy mudable; no tenía fe ni constancia en las cosas que habla de hacer, y era muy liberal de lo que tomaba y robaba á aquellos que mataba y les ocupaba sus tierras, dándoselo á los hombres de guerra, principalmente á los españoles, de quien se servía, y desta causa era muy quisto dellos. Pues comenzó de aparejar su armada y meter en ella munición y todas las cosas necesarias para la guerra. Lo público era ir á socorrer á Pisa; mas su secreto designio era ir por la costa del mar Tirreno y pasar por Pisa y Luca, y de allí por junto á Modana, y tomando allí más gente y favor de don Alonso de Este, Duque de Ferrara, porque era casado con madama Lucrecia su hermana, hija del Papa Alejandro su padre, y con esta gente ocupar la Romanía. Lo cual entendido por el Papa, escribió al Gran Capitán que no consintiese que un hombre como éste, tan desalmado y que tan poca cuenta tenía con Dios ni con su Iglesia, lo dejase salir de Nápoles, y lo mesmo escribió á los Reyes Católicos para que lo mandasen prender, porque todo lo demás que de ahí adelante hiciese sería sobre sus conciencias; y que se lo rogaba, y si menester era, se lo mandaba en virtud de santa obediencia y so pena de excomunió, porque así cumplía al bien de la cristiandad y pacificación de Italia, porque él había nacido para mal de Italia adonde Dios tuvo por bien de dejar á su Vicario. El Papa trató este negocio muy gravemente y con grande instancia con los embajadores del Rey de España, y mandó á sus legados que en España tenía que lo concluyesen con el Rey de España. Lo cual entendido por el Rey de España, y más ser casado en Francia y que intentaba asimismo cosas nuevas contra el Papa y acumulando las cosas pasadas y las que de nuevo intentaba, y por estorbar que no ofendiese más á Dios ni á la Sede apostólica, envió á mandar al Gran Capitán que lo prendiese.

Posaba el Duque en Castilnovo, y teniendo ya todo aparejado para se partir, fuese á despedir del Gran Capitán para se ir á dormir, porque había de madrugar. Fuese con él Pedro Navarro hasta lo dejar en su aposento como otras veces solía, y estúvose con él en su aposento gran rato. El Duque le dijo: «Señor Conde, váyase v. m. á dormir, que es ya hora». El Conde le respondió: «Huelgue

V. S., que yo aquí le tengo de acompañar esta noche y no tengo de dormir». Cuando el Duque oyó esto, dió una gran voz, y dijo: «Santa María, cómo soy engañado. Conmigo sólo ha usado el señor Gran Capitán de crueldad, habiendo usado con todo el mundo de piedad». A esta hora llegó Nuño de Ocampo, que, como atrás dijimos, era alcaide de Castilnovo, y le puso gente de guarda.

## CAPÍTULO XVI

*De lo que sucedió al Duque Valentin después de su prisión hasta que murió.*

Queriéndose despedir el Conde Pedro Navarro del Duque, le dijo: «Señor, no tiene v. s. razón de se quejar de nadie, sino de sí mesmo; porque los hombres de su calidad á una vida no han de tener más de una opinión. Pues bien sabe v. s., y aun todo el mundo lo conoce, la grande afición que v. s. tiene á la Casa de Francia y el grande odio á la de Aragón, seyendo v. s. aragonés y habiendo recibido tantos bienes y buenas obras de los Reyes de España. Justo juicio es de Dios de estorbar á v. s. de hacer más mudanzas y males. Aunque no hobiera otra cosa sino ser el Gran Capitán el que esto hace, habla de creer v. s. que es justa cosa lo que se hace. Meta la mano en su seno y verá que esto viene por mano de Dios y de su Vicario, á quien v. s. tiene tan ofendido». Y despidióse de él, quedando el Duque en poder de Nuño de Ocampo y á muy buen recaudo. Luego fueron á su posada y le tomaron sus escrituras, adonde hallaron cosas muy varias, y toda la ropa y lo demás entregaron á su camarero.

Allí fué en la prisión mejor servido que en toda su vida lo fué, hasta que se entregó á Juan de Lezcano y lo llevó en sus galeras y desembarcó en Cartagena. Dende allí fué llevado á Chinchilla y fué entregado al Adelantado de Granada. De allí fué llevado á la Mota de Medina, adonde estuvo algún tiempo, que serían dos años. Y allí tuvo tal forma por medio de un paje del alcaide, que se descolgó por una sogá, proveyéndole de caballos don Rodrigo Alonso Pimentel, Conde de Benavente, padre del que hoy es, y se fué hasta Navarra, para el Rey don Juan de Navarra, que á la sazón traía guerra con el

Conde de Lerín; y en un rencuentro que el Rey y el Conde de Lerín hobieron, salió el Duque á la pelea con una lanza de dos hierros, y peleó tan valientemente que fué parte para que los enemigos volviessen las espaldas, y fué en el alcance matando y hiriendo, pensando que los navarros le seguían, y todos se habían quedado. El Duque fué siempre siguiendo á sus enemigos, que nunca vió que iba solo; y un criado del Conde, que se llamaba Acevedo, le pasó el cuerpo de través con una lanza, adonde murió junto á una hermita que estaba allí cerca, donde fué enterrado, permitiéndolo Dios que muriese junto á Pamplona, de donde había sido obispo. Porque vemos ser regla infalible, los que dejan el hábito de la Iglesia y sus Santos Sacramentos jamás haber habido buen fin, sino morir desastradamente en aquesta vida.

Cuando el Gran Capitán invió preso al Duque á España, todas las gentes enviaron á rendir muchas gracias al Gran Capitán por haber quitado de Italia aquel público tirano y tan cruel, principalmente los Ursinos y Coluneses, y los señores de la Romanía y todas las señorías y potestades de Italia.

Pues enterrado el Duque en aquella hermita junto á Viana, un soldado, que había seguido su milicia, le puso un epitafio sobre su sepultura, que decía desta manera:

*Aquí jaze en poca tierra  
á quien toda le temía:  
en esto poco se encierra  
e' que la paz y la guerra  
del mundo todo [lo] hacia  
Oh tii que vas á buscar  
cosas dignas de loar;  
si lo mejor es más dño,  
aquí acaba tu camino,  
no cures de más andar.*

Así acabó el Duque Valentín su vida en concordia de todo el mundo; varón sin duda muy valiente en las cosas de las armas. Tuvo muy grandes pensamientos. Pareció mucho este Duque á Iugurta, Rey de Numidia, porque en las cosas que emprendía nunca miraba lo de adelante; todo lo posponía por señorear, que ni guardaba justicia ni derecho divino ni humano, ni parentesco, ni deudo, ni amistad. Todo el derecho de las cosas ponía en las armas. Ocurrieron á este Duque cosas tantas y tan varias que si se hobieran de escribir fuera una grande historia.

Cuando Lezcano partió de Nápoles llevan-

do en sus galeras al Duque Valentín, vino juntamente en aquella conserva el Próspero Colona por ver á los Reyes Católicos, principalmente á la Reina doña Isabel, á quien deseaba ver por las grandes partes y singulares virtudes que sabía que tenía, y siempre había tenido aquel deseo; y agora acabada la guerra determinó de venir en España, y más fué rogado por el Gran Capitán, porque como el Rey Luis de Francia tenía á este Duque por Ministro de las alteraciones que el Rey intentaba y sabía ser tan aficionado á la Casa de Francia y enemigo de la de Aragón, y en la condición y mudanzas pareciese mucho al dicho Rey, y podía desde Marsella ó de otro algún puerto de Francia salir alguna armada pensando cobrar al Duque, llevó el Próspero muy buena armada de muy buena y muy escogida gente de guerra para resistir á cualquiera flota por más pujante que viniese.

Pues desembarcado el Duque, como dijimos, en Cartagena y entregado al Adelantado de Granada, el Próspero se fué á Medina del Campo, y aunque halló á la Reina [enferma] del mal que murió, que fué de una fístola y cáncer que se le engendró en su natura, lo recibió muy bien y se holgó con él todo aquello que la enfermedad le dió lugar, diciéndole muy buenas palabras, que holgaba que antes que Dios la llevase desta vida le había cumplido el deseo que siempre había tenido de lo ver; con otras muchas palabras, de que el Próspero quedó muy contento y con gran deseo de la servir.

Cuando el Próspero vino en la conserva del Lezcano, trayendo al Duque, jamás lo quiso ver; con aquella reputación y gravedad romana no pudo acabar consigo de lo ver, porque no pareciese mostrar alegría de la miseria y calamidad de un tan cruel enemigo suyo y de su linaje y de toda Italia. Trajo este Próspero en España dos cosas, el uso de las cuales nunca en este reino se habían visto: que fué poner á las mulas y caballos de la estradiota gruperas, porque las sillas no se fuesen adelante, y gualdrapas para excusar el lodo de invierno y el polvo de verano. No solamente fueron estas dos cosas necesarias, más aun fué un atavío grande.

Luego en este tiempo murió la Reina, de que todo este reino sintió la muerte, como era de razón, principalmente' Gonzalo Her-



nández, porque desde catorce años de su edad que la fué á servir de paje, siempre se había criado en su Corte; siempre había recibido della mucho favor y merced y todo aquello que se podía desear. Porque aunque el Rey don Fernando de su natural fuese muy contrario de la condición de la Reina, así en la liberalidad como en el amor que á los criados se tenía, principalmente al Gran Capitán, nunca había mostrado ni aun osado ir contra la voluntad de la Reina en lo que tocaba al Gran Capitán, según era cada día combatido de los envidiosos contra las virtudes singulares del Gran Capitán.

---

## LIBRO ONCENO

DE LOS HECHOS Y HAZAÑAS DE GONZALO HERNÁNDEZ, GRAN CAPITÁN DE ESPAÑA, CONTRA LOS REYES DE FRANCIA, EN EL CUAL SE CONTIENEN LAS COSAS QUE DESPUÉS DE ACABADA LA GUERRA Y PACIFICADO EL REINO SUCEDIERON AL GRAN CAPITÁN.

### CAPÍTULO I

*Cómo el Rey don Fernando, muerta la Reina Isabel, comenzó á dar oídos á los envidiosos de las glorias del Gran Capitán, y de los graves juicios que emitió sobre este punto al Rey Próspero Colona (1).*

Muerta que fué la Reina doña Isabel, que con justo título y razón muy evidente favorecía y defendía de los invidiosos los hechos y virtudes y resplandor del Gran Capitán, luego el Rey don Fernando comenzó á dar oídos á los invidiosos y á las murmuraciones que contra el Gran Capitán le decían, al cual imputaban grandes y graves culpas; porque la regla es infalible y averiguada por todos los que saben: que ninguna buena virtud, por más encumbrada que sea, que carezca de envidia, según nuestra naturaleza está inclinada á mal. El Rey, aunque oía y holgaba de saber el parecer de cada uno, nunca en público ni en privado habló mal de los hechos del Gran Capitán.

(1) No tiene en el original epígrafe este capítulo.

Dijeron que el Próspero Colona, seyendo preguntado por el Rey don Fernando de las costumbres públicas y privadas de los Reyes de Nápoles y de sus ingenios y condiciones, como á hombre que siempre había seguido la guerra de todos ellos, desde el Rey Fernando y Alfonso el segundo y Federico, le dijo cosas del Gran Capitán tan graves y astutas y con tales entendimientos, que dieron á entender al Rey sospechas no nada vanas, de que el Rey tuvo grande sospecha que le penetró dentro de su pecho, aunque no lo dió á entender. Decía el Próspero que sin duda alguna el Gran Capitán hacía ventaja á todos los capitanes pasados en prudencia, en autoridad, en valentía, en vida de un gran cristiano, de donde claramente le ayudaba Dios; en ser amado de la gente de guerra; en ser querido de los pueblos, de manera que todo lo gobernaba y regía á su voluntad; y lo mandaba con pompa y mandamiento real, y que solamente le faltaba el título, el cual si él lo hubiera querido no le faltaran muchos, que le eran aficionados por beneficios que de él habían recibido, que le pusieran la corona de Rey en la cabeza. Estas cosas dichas por el Próspero, así como tocaban tan delicadamente en la Majestad Real, así daban á entender al Rey que debía proveer con tiempo en lo que cumplía, no le concediendo más ni le dejando en aquel reino. Esto y otras cosas dijo el Próspero al Rey, tan grave y delicadamente dichas, que penetraron al Rey hasta el corazón. Después de partido el Próspero, habiéndole dado don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, sobrino del Gran Capitán, muchos y muy buenos caballos y muchos buenos aderezos dellos, y otras cosas de las que en Córdoba se pudieron haber, vuelto á Italia no halló en el Gran Capitán aquella gran voluntad que solía, como hombre que ninguna cosa se le encubría de lo que se decía.

### CAPÍTULO II

*De cómo envió el Gran Capitán en España al Rey don Fernando á Juan Baptista Pinelo, y de lo que sucedió en su embajada.*

En aquella cibdad de Nápoles había un caballero y letrado en derechos llamado Juan Baptista Pinelo, hombre docto en su facultad de leyes y prudente, el cual había siempre

recibido muy buen tratamiento del Gran Capitán y sabía las cosas de aquel reino mejor que otro ninguno dél. A este Juan Baptista envió el Gran Capitán á dar cuenta al Rey don Fernando de la manera que el Gran Capitán se había habido en la gobernación de aquel reino, después que dél había echado á los franceses; y á quién había remunerado de los servicios pasados, y á cuáles había despojado de sus estados por haber seguido la parte francesa, y á otros castigado según lo habían merecido sus delitos; y á quién había proveído de tenencias y gobernaciones, con todas las otras cosas que eran necesarias, para que S. A. supiese, para que en ello mandase proveer como soberano señor. Invió asimismo la relación de lo que aquel reino rentaba y los estados que se habían tomado á los que habían seguido la parte francesa, para que S. A. proveyese de todo á su voluntad, enviándole su parecer y lo que en ello sintía se debiese hacer. Y para que de todo fuese informado, como de hombre que mejor que otro lo sabía, había enviado, como atrás dijimos, á este Juan Baptista Pínelo.

Llevó este Baptista la instrucción de todo y más remitiéndose á él como á persona que lo sabía mejor que otro. Pues llegado este Pínelo en España, informó al Rey de todo aquello que había en el reino, como hombre que tan bien lo sabía. El Rey tenía en lo secreto de su corazón grandes sospechas que el Gran Capitán hacía en aquel reino alguna novedad, ó para sí ó para entregar aquel reino al Rey don Felipe, que á la sazón era Rey natural y legítimo heredero de los reinos de España; y algunas personas en quien tenía más fuerza la invidia de los hechos tan famosos del Gran Capitán que no la virtud y verdad, así como Juan de Lanuza, Virrey de Sicilia, á quien el Gran Capitán había hecho tomar residencia en aquel reino, y Francisco Sánchez, dispensero mayor, á quien él había hecho capitán de infantería, catalanes, y Valencia de Benavides, hermano de Manuel de Benavides, y otros algunos cuyos nombres no quiero aquí expresar, porque sus hijos no sean infamados de padres ingratisimos y no verdaderos; mas sobre todos Nuño de Ocampo ganó nombre de ingratisimo, aunque yo no puedo creer, como dije atrás, de un tal hombre, de tan buenas partes y obligado al Gran Capitán con muchos y muy grandes beneficios,

levantar tan grande testimonio al Gran Capitán. Pues este Baptista, veiendo lo que se le ofrecía, si dijese lo que del Gran Capitán sabía, la codicia, que ninguna cosa hay por dura que sea que no quebrante, á la cual todos los corazones de los mortales son sujetos, principalmente aquellos que no miran á lo que son obligados, al fin dijo al Rey todo aquello qué tenía concebido en su pecho, y lo que él vió que el Rey deseaba saber, cegado con el interesse que le fué ofrecido; y fueron cosas que nunca al Gran Capitán le pasaron por el pensamiento. Y porque este Pínelo vió haber errado á Dios y al Gran Capitán, no quiso volver á Nápoles hasta poder volver á su salvo, acusado de su consciencia, la cual siempre está mordiendo en el corazón al malo.

Pues como el Gran Capitán supo lo que este Pínelo había dicho, porque ninguna cosa se le encubría de las que por industria humana se podían saber, y que aquel Pínelo no volvía, ni le había escrito jamás después que fué en España, envió á otra persona española, de quien diremos en el capítulo siguiente.

### CAPÍTULO III

*De cómo el Gran Capitán envió al Rey don Fernando á Nuño de Ocampo, y de lo que en su camino sucedió.*

Tuvo el Gran Capitán en su ejército y en su casa un caballero natural de Zamora, en Castilla, de noble sangre, que se llamó Nuño de Ocampo, de quien atrás dijimos que sirvió así en la paz como en la guerra, en lo uno con mucha industria y en lo otro con mucho esfuerzo y valentía. A este Nuño de Ocampo, mediante sus méritos, le hizo el Gran Capitán maestro de campo del ejército, y después que se ganó la cibdad, le hizo alcaide de Castilnovo, que es la principal fuerza de todo aquel reino. Fué el hombre de cuantos en aquellas partes pasaron de quien más fió. Pues visto por el Gran Capitán que aquel Pínelo le había sido tan ingrato, mintiendo tan malamente, envió á este Nuño de Ocampo, como á hombre que sabía sus entrañas y designios y lo secreto de su corazón á despachar con el Rey negocios que no sufrían dilación, y para proveellos como el tiempo lo requería. Porque este Nuño de Ocampo era hombre de muy buen entendimiento y sabía las cosas de aquel

reino como aquel que la mayor parte dellas habían pasado por su mano.

Llegado en España, el Rey se holgó mucho con él, como con hombre que le había muy bien servido, y para se informar dél de todo lo que deseaba saber. Quieren decir quel Rey le preguntó muchas cosas que en su pecho tenía concebidas que hiciera otro hombre que no fuera el Gran Capitán, según la parte que en aquel reino y voluntad de todos los súbditos así grandes como pequeños. Dicen que el Rey le ofreció grandes cosas. Lo que se pudo saber fué que despedido del Rey aquel Nuño de Ocampo, luego el Rey deliberó de ir á Nápoles, pensando quel Gran Capitán no venría de allá si él allí no pasaba. A este Nuño de Ocampo dió el Rey en aquel reino las villas de Petrela, Carpotacio y Licita.

En las relaciones más verdaderas que yo tuve, afirmaban que, ayudando á este Nuño de Ocampo aquel Pinelo, había perseguido en gran manera al Gran Capitán, dando relación de las cuentas de lo gastado y de todo lo recibido, mostrando no haber dejado nada al fisco, porque dando liberalísimamente ganase nombre de muy liberal; con lo cual encubriese muchas y muy grandes riquezas de tantos despojos, de tantas dádivas, de tanto oro y plata, de joyas de tanto valor, de tantos brocados y sedas allegados con mucha diligencia y tan astutamente guardadas que debía de tener. Pues, según dicen, recitadas por este Nuño de Ocampo con interese de haber del Rey la merced que le había prometido y después le dió, de que gozan agora sus hijos, todas estas cosas turbaban en gran manera el ánimo del Rey, aunque él en lo público lo tenía por mentira y así lo platicaba; y otras veces decía que aunque esto fuese verdad y mucho más, todo se había de sufrir á un tan excelente hombre y tan valeroso capitán, que tantas y tales hazañas había hecho y vencido á Reyes tan poderosos, y á tantos millares de franceses había echado de Italia, y ganado para España tanta honra y reputación, como él había ganado. Mas como el Rey tenía necesidad, y desta causa no era tan liberal, encendíase algunas veces con el deseo de tantas riquezas como el Pinelo y Nuño de Ocampo decían que debía tener guardadas. Lo cual después pareció, que para ir con el Rey Católico en España no se halló en su casa con qué poder ir. A mí me afirmó Medina, que tenía

cargo de los dineros y joyas del Gran Capitán, como hombre de quien tanto fiaba, y lo mesmo me testificó Diego García de Paredes, que era el hombre de más verdad de cuantos yo traté, que Paulo de Tolosa, un mercader muy rico de aquel reino español, le dió una pólize de sesenta mil ducados para Valencia y otras pólizes en blanco para donde quisiese pedir más dineros: tanta era la confianza que de su palabra se tenía (1).

Pues vuelto este Nuño de Ocampo de España á Italia, según dicen fué tosicado en Sesa, yendo de camino para Nápoles, por un soldado á quien él había hecho una grande injuria. Todos decían que había seído justo juicio de Dios por haber sido tan ingratisimo al Gran Capitán, que le había dado toda la honra y reputación que tenía. Mas yo, como atrás he dicho, no puedo creer tal cosa de Nuño de Ocampo, seyendo cosa tan contra la verdad lo que se dice haber dicho. Murió este Nuño de Ocampo á los veinte y tres días de Noviembre de quinientos y seis años, adonde fué enterrado con mucha solemnidad en Sesa.

#### CAPÍTULO IV

*De algunas cosas que pasaron en este tiempo entre el Rey don Fernando y el Gran Capitán.*

Como algunos invidiosos vieron el lugar y oído quel Rey daba á los que decían cosas que tocaban al Gran Capitán, y aun vían las mercedes que á los tales se les hacían, cada uno por su camino decían unos que el Gran Capitán había ganado aquel reino con grande esfuerzo y prudencia y con grandes trabajos de su persona y peligro de su vida, mas que con las mercedes grandes y liberalidades que había hecho, lo había disminuído y menguado, porque habían sido excesivas. Otros decían que el Gran Capitán estaba soberbio por las victorias pasadas y rico por las grandes rentas de aquel reino, y que había escogido para sí y para sus amigos y favoritos las más y mejores tierras de aquel reino, y que al Rey no le había dejado más que el título de la Corona. Otros por otras vías decían siniestras informaciones para le quitar toda su fama y honra. Todas estas cosas contadas al Rey con tanta invidia y malicia,

(1) Al margen, de letra del texto: «Esto era sobre sus estados».

aunque el Rey por la mayor parte las tenía por mentira, no dejaban de turbar en alguna manera al Rey; y lo que más le afligía era que á la sazón el Rey tenía necesidad y no era tan liberal, porque no se ofrecía de que lo fuese. No dejaba de pensar si aquéllos le decían verdad en tener guardadas tantas riquezas, tanto oro y plata, como le daban á entender que tenía. Mas el Rey, con la gran prudencia y virtud y otras partes que en él florecían, no daba á entender lo que sentía, antes decía muchas veces en público y en privado que muchas cosas se habían de sufrir, aunque fuesen injustas, y conceder á la singular virtud y grandes hazañas de un tan acabado hombre como era Gonzalo Hernández; y que el Gran Capitán había adquirido y acabado con tanta felicidad y hecho tantas hazañas y adquirido aquel reino contra todo el poder de Francia y de la mayor parte de Italia, y haber ganado tanta honra al reino de España. En lo secreto consentía y en lo público siempre hablaba muy maravillosamente y con mucha honra en las cosas del Gran Capitán y en sus obras.

#### CAPÍTULO V

*Cómo el Rey don Fernando casó en segunda vez con madama Germana, sobrina del Rey de Francia.*

El Rey don Fernando, teniendo concebido en su pecho de pasar en Nápoles y traer consigo al Gran Capitán, y adivinando lo que el Rey don Felipe [haria], que era llamado por los Grandes de España que viniese á tomar su reino de España, que le pertenecía por la parte de su mujer doña Juana, heredera y propietaria destos reinos, pareciéndole que venido el Gran Capitán en España, el Rey Luis de Francia, como hombre afrontado de las guerras pasadas, volvería á intentar nueva guerra contra Nápoles, determinó de tratar casamiento con madama Germana, sobrina del Rey Luis de Francia, hija de su hermana y del Conde de Fox en Gascuña, de muy ilustre sangre y muy antigua, hermana de don Gaston de Fox, que después, seyendo General del ejército del Rey de Francia, venció en la memorable batalla de Ravena, adonde murió; y también si el Rey don Felipe, su yerno, quisiese intentar algunas cosas nuevas, tener al Rey Luis como deudo y vecino de

su reino, concluyó el casamiento, aunque viejo, por asegurar las cosas que hemos dicho.

Fué capitulado en el casamiento que el Rey Luis renunciase el derecho que tenía al reino de Nápoles, con que el Rey don Fernando restituyese sus estados y tierras á los barones y señores que habían seguido la parte francesa, principalmente al Príncipe de Salerno y al de Visiñano y á otros algunos, como á Honorato Gayetano y á Trayano Caraciolo y al Conde de Capacho y á otros algunos que les fueran vueltas sus tierras y estados y les fueran vueltos sus patrimonios y honras que en aquel reino solían tener. Luego que fueron celebrados los casamientos reales y venida la reina Germana en estos reinos, los Grandes de Castilla dieron gran priesa al Rey don Felipe que viniese á cobrar su reino de España, teniendo por cierto que tenían más libertad y gozarían de más licencia con un Rey mozo, que aún no había cumplido veinte y cinco años, muy liberal, que no debajo de un Rey viejo, y como ellos decían, poco liberal y para los de Castilla más austero.

#### CAPÍTULO VI

*De cómo el Rey don Felipe vino en estos reinos y de lo que sucedió con su venida.*

El Rey don Felipe se dió gran priesa y vino en estos reinos. Traía consigo para que le gobernase, dado y encomendado por su padre Maximiliano, Rey de Romanos, á don Juan Manuel, hombre de muy ilustre sangre destos reinos, muy sabio y astuto y de gran valor en todas las cosas que emprendía, al cual Maximiliano había encomendado la gobernación destos reinos, porque era un muy raro hombre. Vino á desembarcar al puerto de la Coruña en Galicia, adonde concurrieron los más señores y caballeros de España. De allí vino á Benavente, trayendo consigo á su mujer la Reina doña Juana, adonde le fueron hechos muchos servicios y fiestas por don Rodrigo Pimentel, Conde de Benavente.

El Rey don Fernando fué á recibir al yerno, el cual, llegado, no fué recibido como él pensaba, y fué sin razón, estando allí aquellos á quien él tantas y tan grandes mercedes había hecho. Solo don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, muy deudo suyo y muy su servidor, nunca lo dejó; que siempre él y su casa le acompañó, posponiendo todo su es-

tado y persona; y muchos en aquellas vistas ganaron nombre de ingratisimos; aunque don Antonio de la Cueva, hermano del Duque de Alburquerque, decía allí que se había de reverenciar el sol cuando nacía y no cuando se ponía. Concertadas las vistas del suegro y del yerno en el campo y á caballo, el Rey Filipo no venía de buena voluntad á las vistas con el suegro; y así llegados se hablaron, el Rey Filipo en francés y el Rey Fernando en español, pocas palabras; porque los despartió don Juan Manuel, que apenas el uno entendió lo del otro; y así se partieron sin haber entendido el uno al otro. Fué cosa que no se puede creer: que todos los Grandes y caballeros de Castilla desampararon al Rey don Fernando, si no fué, como dijimos, el Duque de Alba, el cual, como hemos dicho, con mucha constancia le acompañó y sirvió, como cuando más estaba en su prosperidad, y por ningunos prometimientos ni otras cosas le pudieron mover á que le dejase de servir con muy entera fe.

El Rey Fernando, pareciéndole que aquella tempestad con ninguna otra cosa se podía desechar sino con disimulación, parecióle con su gran prudencia que aquella tan gran furia con ninguna otra cosa se podía desechar sino con no lo tener en nada, y con consejo determinó de dejar á España é irse á Nápoles, por no ver ni oír las palabras y murmuraciones que contra él se dirían, y desacatos que se hablarían y harían; y también por traer consigo, como hemos dicho, al Gran Capitán, que le habían hecho entender que, si su misma persona no iba, no venía en España jamás.

## CAPÍTULO VII

*De cómo el Gran Capitán invió en España por su mujer y hijas y casa, y lo que en el camino le sucedió.*

En este tiempo había el Gran Capitán inviado á España por la Duquesa su mujer y hijas y toda su casa; y navegando por la mar de España y de Francia junto á islas de Ras, la alcanzó la armada del Rey don Fernando, que con veinte galeras se había partido á Nápoles á la en que iba la Duquesa, mujer del Gran Capitán, de que el Rey holgó extrañamente, y la visitó y dijo que al presente no podía topar cosa que le diese más contenta-

miento que la alcanzar allí, porque irían en una conserva, y esto le rogó muy ahincadamente; y porque fuese más á su placer se pasase á su galera, adonde sería muy servida, que él y todos le buscarían todo el contentamiento que se pudiese haber. La Duquesa le besó las manos por tan gran merced y favor; mas que ella iba de la mar mal dispuesta y se quería ir de su espacio y tomar tierra hasta que se sintiese mejor. El Rey, después que se volvió de visitalla de su galera y vuelto á la suya, le tornó á inviar á don Bernardo de Rojas, Marqués de Denia, y á Miguel Pérez de Almazán, para que le importunasen y rogasen se pasase á su galera, y la Reina se lo rogó; mas jamás se pudo acabar con ella, porque en la verdad venía mala y más para descansar en tierra que para navegar por mar. El Rey, vista su voluntad y la razón que para ello tenía, la volvió á visitar y se despidió de ella, y lo mismo hizo la Reina Germana.

Había parecido pocos días antes en el aire una cometa, que duró algunos días, que amenazaba á las partes de Flandes. El Rey don Felipe, haciéndole muchos banquetes y comiendo al uso de España, y ejercitándose principalmente en el juego de la pelota y otros ejercicios embajo de tan diverso aire y constelación, adoleció de una grave enfermedad que le quitó la vida, dejando dos hijos, el mayor llamado Carlos, de siete años, el cual hoy reina, y es Emperador de Alemania y Rey de Romanos, que en felicidad merece el nombre de Augusto mejor que todos los que han precedido, en todo género de virtud y valor, y en la paz y en la guerra, principalmente en las cosas que tocan al culto divino y á la fe contra los herejes luteranos, adonde pasó muchos trabajos, así en el cuerpo como en el espíritu; y otro segundo llamase don Fernando, que hoy es Rey de Romanos y de Hungría y Bohemia. Hijas dejó cuatro: á Isabel, Reina de Navarra; á María, Reina de Hungría; á Leonor, Reina de Portugal y después de Francia, y á Catalina, que hoy es Reina de Portugal.

## CAPÍTULO VIII

*De cómo el Gran Capitán salió á recibir al Rey don Fernando, sabido que venía, y lo que en el recibimiento pasó.*

Sabido por el Gran Capitán que el Rey venía cerca de aquellos reinos, se partió de

Nápoles á lo recibir. Llevaba tres galeras; iba muy acompañado de todos los señores y Grandes de aquel reino y de España que allá estaban; y topóse con la armada del Rey junto á Portofin en la costa de Roma. El Gran Capitán se fué derecho á la galera del Rey y se metió dentro con muy grande alegría, que bien pareció nunca haber dudado de la buena voluntad del Rey para consigo: porque algunos envidiosos habían hecho entender al Rey que el Gran Capitán no se osaría meter en la galera real confiándose de su fe Real. Decían también que en ninguna parte correría tanto peligro como en la galera, porque en tierra estaba siempre rodeado de gente de guerra, y que allí no tenía cosa que temer en cosa que se pudiese hacer fuerza.

Pues entrado el Gran Capitán en la galera, se fué para el Rey y se hincó de rodillas y le fué á tomar las manos; mas el Rey las tiró afuera y lo tuvo un rato abrazado y le besó en el rostro. Luego se fué á besar las manos á la Reina, y el Rey lo levantó y le dijo: «Agora me ha cumplido Dios uno de los deseos que tenía de ver vuestra persona, que tanto lo he deseado; y si os hobiese de pagar lo mucho que os debo, había de ser señor de todo el mundo, así por lo que en nuestros reinos y señoríos habéis hecho y acrecentado, que es lo menos, como por la mucha honra y fama inmortal que á los reinos de España habéis dado, de donde habéis ganado á los reinos de España inmortal fama y á vos perpetua inmortalidad. Y porque sé cuán ajeno es de vuestra condición oír vuestros loores, no los diré aquí. De mí os sé decir que seáis cierto que todo aquello que yo pueda satisfacer á tan grandes servicios y honras, que lo haré; de que todos sepan que hice con vuestra persona todo lo que pude». El Gran Capitán se humilló y le tomó por fuerza las manos, y le respondió: «Yo, señor, soy vuestra hechura, y el ser que después de Dios tengo, V. A. me lo ha dado. Las palabras que V. A. me ha dicho, las tengo por la mayor satisfacción de mis servicios, si algunos son, más que si de todo el mundo me hubieran hecho señor. Una sola cosa me debe V. A.: el gran deseo que á su servicio he tenido y tengo hasta que la alma me salga del cuerpo. Lo que yo, señor, he hecho, hizolo Dios en virtud y buena ventura de V. A.» El Rey atajó la plática con decirle que en una cosa sólo conocía su gran felicidad, en tenello

á él en su servicio, con otras muchas y muy buenas palabras.

Luego el Gran Capitán se hincó de rodillas ante la Reina y le tomó por fuerza las manos y se las besó; al cual ella le dijo: «Gran Capitán, dejemos para más espacio de averiguar quién os quiere más, ó el Rey mi señor ó yo; pero tened por cierto que no hay en esta vida quien tanto amor os tenga como yo, por lo mucho que vos merecéis». El Gran Capitán se le tornó á humillar. Allí le dijo el Rey cómo habían alcanzado á la Duquesa cabe Frejus; y aunque le habían mucho rogado que se pasase á su galera, no lo habían podido acabar con ella, porque venía mal dispuesta de la mar; que él holgara mucho de la traer consigo y á sus hijas. El Gran Capitán se le humilló por aquella merced que á su mujer querían hacer.

El Rey estaba el más alegre y contento de todo el mundo, veyendo la grande humildad y obediencia que el Gran Capitán le tenía; que no era cosa fingida, según los malos y envidiosos le habían hecho entender. Aquí estando en este recibimiento con tanta alegría, le llegó nueva cómo el Rey don Felipe era muerto, de que el Rey, aunque en lo secreto recibiese alguna alegría, todavía en lo público mostró gran sentimiento, acordándose que su hija quedaba viuda y sus nietos huérfanos; y de lo que más holgó fué en haber venido el Gran Capitán con tanta obediencia á lo recibir sin saber la muerte del Rey don Felipe; lo cual si hiciera sabiendo antes la muerte del Rey, no parecía que lo hacía con la lealtad que lo hizo sin saberla antes. Desde allí fué la primera escala á Gaeta, y desde allí se fueron derechos á Nápoles.

## CAPÍTULO IX

*De cómo el Rey y la Reina fueron recibidos en Nápoles y del solemne recibimiento que allí les fué hecho.*

El Gran Capitán suplicó al Rey se fuesen á Castil del Ovo y allí estuviesen hasta que se aparejase su entrada, y le suplicó entrase vestido al uso de aquel reino, porque todos los de aquella cibdad y del reino se holgarían extrañamente. El Rey se lo otorgó. Luego que el Gran Capitán dejó al Rey en Castil del Ovo y entrado en la cibdad, invió á Castil

del Ovo sus sastres y muchas sedas y brocados de muchas maneras, y muchas piedras y joyeles muy ricos, con todos cuantos aderezos se pudieren haber, así para el Rey como para la Reina. Hizo luego aparejar un palio de brocado tan rico que nunca en Italia se había visto otro tal, así en riqueza como en la obra que llevaba, aderezado todo como convenía. Mandó que los señores principales de aquel reino tomasen las varas, que eran doce. Fueron todas las galeras á Castil del Ovo por el Rey y la Reina: desembarcaron en el muelle grande. Los señores, como dijimos, tomaron las varas del palio, embajo del qual entraron el Rey y la Reina. El Gran Capitán miró á los Príncipes que tenían las varas, y vió al de Salerno, Visiñano y Rosano, que cada uno tenía su vara, y dijo en alta voz: «Príncipes de Salerno, de Visiñano y de Rosano, dejad las varas que tenéis, porque en los tiempos pasados las habéis tenido siempre tuertas y con deslealtad, y tomadla vos, Conde del Pópoli, Duque de Termoli y Duque de Atre», los cuales se las tomaron de las manos. Puestos el Rey y la Reina embajo del palio, el Gran Capitán se salió fuera de él. El Rey le llamó y le dijo: «Duque, pasaos desotra parte y tomad á la Reina de la mano»; y así fueron todos tres embajo del palio hasta Castil del Ovo.

#### CAPÍTULO X

*De cómo el Rey fué jurado en Sant Severino, adonde los Reyes de Nápoles lo suelen hacer.*

Luego el Rey fué jurado en Sant Severino, adonde se juntaron todos los Príncipes y señores de aquel reino, y estando todos juntos suplicaron al Gran Capitán que, porque en aquel reino es uso y costumbre muy antigua quel mayor señor de aquel reino tome el juramento al Rey y haga lo que en tal caso se suele hacer y decir para la confirmación de los privilegios y libertades de aquel reino y libertad, y que su Señoría era el que más heredado estaba en aquel reino y el más preeminente de todos ellos, y por todas estas causas le suplicaban tomase el juramento al Rey. El Gran Capitán se excusó diciendo que allí había personas muy principales que le hacían mucha ventaja para hacer aquel auto. Ellos se lo tornaron á suplicar, de mane-

ra que no pudo dejar de lo hacer. Entonces llegó al Rey y le presentó los capitulos y le tomó el juramento, lo cual el Rey lo juró y confirmó todo lo que le fué pedido. Luego en nombre de la cibdad le presentó trescientos mil ducados con que la cibdad le servía. El Rey los recibió y se lo agradeció mucho y les confirmó cierta merced que le pidieron. Tras esto comenzó el Rey de entender en cosas tocantes al reino y á confirmar mercedes quel Gran Capitán había hecho y á quitar otras. Quitó á micer Teodoro, capitán de albaneses, quinientos ducados de renta que el Gran Capitán le había dado, porque habla muy bien servido en la guerra. Visto por el Gran Capitán, se los dió por todo el tiempo de su vida en su villa de Venosa.

#### CAPÍTULO XI

*De cómo la Duquesa de Sesa, sintiéndose mal de la mar, desembarcó en Génova, y el gran recibimiento que en aquella Señoría se le hizo.*

La Duquesa de Sesa desembarcó en Génova, y estaba aquella Señoría encomendada al Rey de Francia; y tenía allí por Gobernador de aquella cibdad á aquel mos de Ravastain, de quien atrás dijimos quel Gran Capitán había dado libertad y le había hecho mucha merced y liberalidad. Pues como este mos de Ravastain supo que la Duquesa de Sesa, mujer del Gran Capitán, estaba en el puerto de aquella cibdad, luego él y la Señoría le aparejaron muy grande recibimiento. Este mos de Ravastain fué á la Duquesa y se le humilló y porfió por le tomar las manos, y le dijo estando de rodillas: «Déme V. E. las manos». La Duquesa lo levantó y le hizo muy grande acogimiento. El le dijo: «Yo debo al Gran Capitán, mi señor, todo cuanto soy después de Dios, porque él me dió la vida y todo lo que tengo á tiempo que me la pudiera muy justamente quitar y me pudiera echar en prisión con muy justa causa, teniendo S. E. muy cruda guerra con el Cristianísimo Rey de Francia mi señor. Así que con lo que á V. E. aquí sirviere, con lo suyo le sirvo». Cada que este mos de Ravastain oía nombrar el Gran Capitán, quitaba el bonete, por cuya causa ganó nombre de gratisimo. Decía él que á quien le dió la vida y hacienda, cuando se la

podía quitar justamente, que con ninguna cosa se le podía pagar. Fué aposentada en la más principal casa de aquella cibdad. Allí se le hizo mucho servicio, así por parte del Ravastain como por parte de la cibdad; de lo cual nunca quiso tomar nada. Después que se sintió mejor, se partió de aquella cibdad, y llegada á Roma, no quiso parar en ella; y pasó por medio de ella á dormir á un lugar adelante. Cuando el Santo Padre lo supo, invió tras ella dos Cardenales á quejarse mucho della en haber pasado por aquella cibdad, sin lo haber él sabido, sabiendo ella lo mucho que él debía á su marido, y cómo él los tenía por hijos muy queridos. Los otros Cardenales y caballeros de Casa Ursina y Casa Colona todos tomaron las postas y la alcanzaron, excusándose en no haber sabido que su señoría pasaba por aquella cibdad. La Duquesa les daba bastantes excusas, y á los Embajadores del Papa dijo que suplicaba á Su Santidad la perdonase, porque venía mal dispuesta y porque tenía nueva que S. A. se quería volver á España, por le tomar ante que de aquel reino se partiese.

Pues llegada á la cibdad, fuele hecho muy grande recibimiento. Luego el Rey la fué á visitar á su posada y á sus hijas, y se holgó mucho con ellas, y lo mismo hicieron todos los señores y señoras de aquel reino y cibdad.

## CAPÍTULO XII

*De algunas cosas que sucedieron estando el Rey en aquella cibdad.*

El Rey celebró las obsequias del yerno, vestido de luto, por después en otro hábito poder salir vestido á recibir las embajadas de los Príncipes y Barones de aquel reino. El Gran Capitán siempre guardó cerca del Rey su lugar y reputación merecida; y si alguna persona quería hablar ó presentarse ante el Rey, ora fuese grande ó pequeño, él lo presentaba hablando en todos muy bien. Así que jamás su favor faltó á nadie. El era el medio para que de todos tuviese noticia; porque fué el Gran Capitán el hombre de todo el mundo que más contentamiento recibía cuando daba algo y cuando hacía alguna buena obra; y muchas veces veendo estar á algunos, los llamaba por sus propios nombres, y les preguntaba si había algo en que les pu-

diese aprovechar, y le suplicaba por ellos, contando sus servicios; así que de la merced que aquellos recibían, quedaban tanto en cargo al Gran Capitán como al Rey que hacía la merced.

Al Rey le parecía que un tan valeroso capitán, que le había adquirido un tan grande reino y con tanta honra y fama, se le debía otorgar todo lo que le pudiese, aunque vía claramente que las rentas del reino estaban disminuidas por las muchas exenciones, dádivas y mercedes hechas por el Gran Capitán; porque el Rey no quería ser tenido por ingrato contra un tan valeroso capitán y tan querido de todos, grandes y pequeños, aunque algunas veces revolvía en su pensamiento si podía ser verdad lo que los envidiosos le decían de aspirar al reino.

Aconteció en aquellos días que los tesoreros del Rey trataron de pedir cuenta al Gran Capitán de las rentas de aquel reino. Fué negocio tan pesado, que el Gran Capitán estuvo en poco de se enojar de aquel negocio; mas recibió con alegre cara las cuentas del recibo y del gasto, y respondióles que él mostraría las cuentas del gasto y del recibo; y que les apercebía que le habían de pagar el alcance qué gastó que igualase al recibo, como deuda que la Cámara Real le debía. Otro día presentó un libro pequeño de memoria, en que puso muy gran silencio á los tesoreros, y al Rey muy grande afrenta, y á todos muy gran ocasión para reír y burlar del negocio. Y fué que asentó en la primera partida, que había gastado en flaires y en sacerdotes y en monjas y pobres, personas aceptas á Dios, los cuales continuamente estaban en oración rogando á Dios y á todos los santos y santas del cielo que le diesen victoria: ducientos mil y setecientos treinta y seis ducados y nueve reales. En la segunda partida asentó setecientos mil y cuatrocientos y noventa y cuatro ducados, secretamente dados á las espías, por cuya diligencia había entendido los desinios y acuerdos de los enemigos y ganado muchas victorias, y finalmente un tan gran reino como era aquél.

Como el Rey vió las partidas y la respuesta del gasto, mandó que no se hablase más en ello, porque era muy infame al Rey. Porque ¿quién sería aquel que quisiere averiguar y saber el número de los dineros dados y á quién, y como dados por mano de un tan



excelente capitán, si no fuese ingratisimo? Visto por el Rey, mandó que no se hablase más en ello, antes mandó confirmar todas las mercedes dadas por el Gran Capitán y repartimientos, y verdaderamente desarraigó de su pecho la sospecha que había tenido del aspirar el Gran Capitán al reino, lo cual le era opuesto de los que le acusaban.

### CAPÍTULO XIII

*De cómo el Papa Julio trataba con el Gran Capitán de le hacer Capitán general de la Iglesia, y de lo que sobre ello avino.*

Entretanto que estas cosas pasaban, el Papa Julio envió una embajada al Gran Capitán rogándole que, pues en aquel reino ya no había que hacer, tuviese por bien de ser capitán de la Iglesia, y que le entregaría todas las fuerzas del patrimonio de la Sede apostólica y el castillo de Sant Angelo para que el castellano estuviese por él, con muy excesivo partido y muy grandes intereses que le ofrecía. El Gran Capitán le respondió: que le besaba muy humildemente los pies de Su Santidad por se querer servir dél, y que á él le placía con condición que el Rey su señor le diese licencia para ello, no lo habiendo menester, y que si estando en su servicio el Rey su señor tuviese dél necesidad, pudiese dejar el cargo y ir á servir al Rey su señor; y que si en algún tiempo Su Santidad tuviese [guerra] ó fuese contra los Reyes de España, él se pudiese despedir de Su Santidad y acudir al Rey su señor. El Papa lo otorgó, ni más ni menos como él lo pidió; y dijo que cuanto á la licencia, él la cobraría del Rey. Quisieron decir, y el Papa así lo publicó, que el Rey Católico le había dado la licencia, porque esto fué antes que el Rey viniese á Nápoles, y que después de venido revocó aquella licencia por justas causas y bastantes que para ello hubo. De cuya causa el Papa trató vistas con el Rey en Civitavieja, para cuando en España volviese, adonde le esperó el Papa, porque allí creyó que lo acabaría con él. Mas estas vistas no hobieron efecto por lo que adelante se dirá.

Visto por el Papa lo que el Gran Capitán le escribía, le escribió que él le absolvía de cualquiera fidelidad, vasallaje y homenaje que tuviese hecho é debiese al Rey don Fernando. El

Gran Capitán le respondió que le suplicaba le perdonase, que él no era hombre que había de poner en disputa su honra, si lo pudo hacer ó no; que aunque de todo el mundo le hiciesen señor, no haría tal cosa sin expreso consentimiento del Rey su señor; de que el Papa quedó muy enojado del Rey don Fernando, y dijo sobre ello palabras muy ajenas de su profesión.

### CAPÍTULO XIV

*De cómo el Rey trató con el Gran Capitán de llevarlo á España, y de lo que él respondió, con el medio que se tomó en su ida.*

Ya en este tiempo tenía el Rey cartas de España, así de la Reina doña Juana su hija como de otros muchos señores de Castilla y de muchas cibdades, para que viniese en España á tomar la gobernación della. Luego el Rey comenzó á tratar con el Gran Capitán que se fuese con él, porque según las sospechas que le habían puesto personas no de buenas intinciones, y agora veyendo la grande afición que todos le tenían, fué movido á lo llevar consigo. El Gran Capitán le dijo: «Ya V. A. sabe que yo en España no tengo nada, ni una casa en que me meta. Y pues á V. A. le plugo de me dar de comer en este reino, le suplico me deje en él y gozar de esta hacienda de que me hizo merced». El Rey le dijo: que en hacienda no parase, que él le daría en España hacienda con que no hobiese envidia al que más tenía después de él. El Gran Capitán se le excusaba cuanto podía, diciendo que tanto tocaba á S. A. lo que él pedía como á él, que habiendo sido servido de le dar aquellos Estados en Italia, fuese agora á España, adonde no tenía cosa alguna. El Rey le tornó á importunar tanto que hasta el Gran Capitán no iba ya tantas veces á Palacio como solía, de andar muy descontento de lo que el Rey le mandaba; hasta que el Rey le dijo un día: «Duque (por este nombre le solía llamar siempre) yo os quiero llevar conmigo á España por sola una cosa, y es porque tengo entendido que tengo de tener contradicción en la gobernación del reino; porque así me lo han dado á entender los que desean mi servicio; y tengo por averiguado que llevando vuestra persona, ninguna novedad ni contradicción tendré que á la hora no la oprima».

Esto era lo público que él decía; mas lo secreto era que el Rey no pensaba tener más parte en aquel reino de la que el Gran Capitán quisiese y fuese su voluntad; y esta no la tenía el Rey tan á su mandar hasta que cumpliese con él lo que le había prometido por una cédula suya muy bastante de le dar el maestrazgo de Santiago. El Rey le dijo: «Si otro inconveniente no ponéis de vuestra parte sino no tener en España ningún Estado, yo os doy mi fe Real y esta cédula, tan bastante como veis, de os dar el maestrazgo de Santiago, con condición que me dejéis libres los diez mil ducados de renta que á la postre os dí, y que seáis obligado de volver á este reino de Nápoles ofreciéndose necesidad en servicio de la Corona Real de España, dejando vuestro maestrazgo á buen recaudo, y que después de vuestros días vuelva á la Corona Real». Y sobre esto dicen que se hizo nueva provisión y bula del Papa Julio en confirmación dello. Yo oí decir á aquel Medina que la tuvo muchas veces en la mano la provisión y confirmación del Papa, y después por qué causa el Rey no se la dió, yo no pude saber para la poner aquí.

Es esta dignidad de Maestre de Santiago la más preeminente y rica de todo el reino, porque allende de lo mucho que renta, provee muchos cuentos de renta en las encomiendas á personas particulares, á quien el Maestre quiere; y es tan grande esta dignidad, que muchas veces en los tiempos pasados competía con la dignidad Real; y visto por los Reyes don Fernando y doña Isabel que era esta dignidad, allende de sus grandes riquezas y renta, no tenían con qué pagar á los caballeros y capitanes que habían servido en las guerras, con licencia y bula del Papa, se hicieron administradores perpetuos de aquella Orden de Santiago y de las otras dos de Alcántara y Calatrava, y desde entonces se metieron en la Corona Real. Traen por insignia una espada colorada en el pecho. Eran tan señores los Maestres, que don Alvaro de Luna, Maestre que fué de Santiago, gobernó estos reinos, así en lo temporal y espiritual, hasta que le fué cortada la cabeza, y luego don Juan Pacheco, en tiempo del Rey don Enrique, mandó estos reinos muy absolutamente, como todos saben; y después fué persona muy principal don Alonso de Cárdenas, por cuya muerte se metió en la Corona

Real. Fué instituida esta Orden para pelear contra los moros que vivían en estas Españas en el año del Señor de (').

## CAPÍTULO XV

*De algunas cosas que acontecieron en aquellos cinco meses que el Rey don Fernando estuvo en Nápoles; y primeramente lo que al Gran Capitan pasó con aquel Baptista Pinelo, de quien atrás dijimos.*

En uno de los capítulos pasados dijimos cómo el Gran Capitán había enviado á Juan Baptista Pinelo, un doctor en leyes y caballero muy práctico en las cosas de aquella cibdad, á dar cuenta á S. A. de todos los negocios del reino; y preguntado por el Rey por las cosas de sospecha que tenía concebidas en su pecho, de que algunos envidiosos le habían siniestramente informado, ofreciéndole grandes mercedes si lo decía, como hombre que tuvo en más el interese que la verdad, dijo todo aquello que le fué preguntado; de que el Rey le dió en aquella cibdad renta muy bastante, de que él quedó rico. Y como vió que había ofendido al Gran Capitán, no osó ir á Nápoles hasta ir con el Rey por asegurar su persona. Pues estando un día el Gran Capitán en la plaza de Castilnovo hablando con muchos señores y caballeros, así españoles como neapolitanos, pasó por delante dél aquel Baptista Pinelo sin hacerle acatamiento, de manera que todos lo notaron, y el Gran Capitán vió que él lo había hecho adrede. Y aunque el Gran Capitán era el hombre del mundo más sufrido y que de mejor voluntad perdonaba las injurias, visto que todos aquellos caballeros habían mirado en ello y á él, dijo: «Venid acá, Juan Baptista. ¿Solíades vos pasar por delante de mí con tanto desacato?» Y antes que respondiese, le tomó por los cabellos y le dió de bofetadas, de manera que le hinchó la boca de sangre; y queriendo muchos de los que allí estaban poner las manos en él, principalmente Juan de Bustillo, les dijo el Gran Capitán: «Dejad á este bellaco; no le matéis». El Pinelo corriendo sangre y sin bonete se volvió á Castilnovo, de donde había descendido de hablar con el Rey. El Gran Capitán se apeó y

(') En blanco la fecha. Entre los años de 1170 á 1175.

llamó á Luis de Herrera, y dijole al oído ciertas palabras, y subió tras el Pinedo. El cual dijo al Rey: «Vea V. A. lo que el Gran Capitán me ha hecho por lo que yo serví á V. A.». A esta hora llegó el Gran Capitán y dijo: «Yo lo hice y es muy bien hecho; y aunque este vellaco merecía mayor castigo que aqueste, por amor de V. A. no se lo quise dar». El Rey se levantó diciendo: «Maten á este vellaco, traidor mentiroso»; y el Pinelo, visto esto, bajó por la escalera con más priesa que había subido. El Rey dijo al Gran Capitán muy buenas palabras, de que quedó muy contento. El Gran Capitán se le humilló y le quiso tomar las manos para se las besar; mas el Rey las tiró fuera; y cuando el Gran Capitán bajó, estaban con Luis de Herrera dos mil soldados á punto de guerra.

#### CAPÍTULO XVI

*De un alboroto que en aquella cibdad pasó, estando el Gran Capitán en Castilnovo hablando con el Rey.*

Estando una noche el Rey en Castilnovo y con él el Gran Capitán, hiciéronle saber cómo hacia Castello Capiaro había una gran quistión, y adonde peleaban unos con otros entre los criados de ciertos señores de aquella cibdad. Pues como el rebato vino á Castilnovo, dijo el Rey: «Duque, id vos á ver qué cosa es esa».

El cual fué á gran priesa. Salido el Gran Capitán, mandó el Rey cerrar las puertas, temiéndose de alguna traición. El Gran Capitán fué adonde el ruido estaba muy trabado, y visto que el Gran Capitán venía, unos huyeron á una parte y otros á otra.

Entretanto que esto pasaba, vino esta nueva de aquel alboroto á la flota, que estaba en poder de mil y quinientos vizcaínos, los cuales preguntando desde la mar á los de tierra la causa de aquel alboroto, fuéles respondido por alguno que no descaba la paz entre el Rey Católico y Gran Capitán, antes deseaba guerra y desasosiego; pues éste con dañada intinción dijo: «La quistión es porque el Rey ha preso al Gran Capitán, y la gente de guerra lo quiere sacar de la prisión en que lo tiene el Rey preso en Castilnovo». Creyeron los vizcaínos esto como si lo vieran por los ojos, y sin más averiguar el negocio, luego salieron

de las naos en tierra mil de ellos, y sacaron tiros de artillería y fuéronse derechos á Castilnovo con mano armada, diciendo á grandes voces: «Mal viaje hagás, Rey don Fernando, que prendiste al mejor hombre del mundo». Los porteros, visto aquel alboroto, cerraron las puertas y alzaron la puente levadiza, hasta saber lo que era, y más estando sospechosos del ruido de la cibdad. No se podía saber lo que era. Los capitanes y gente de guerra acudió, y visto aquella furia de los vizcaínos y queriéndose informar, oyeron el apellido contra el Rey, diciendo: «Mal viaje hagás, Rey don Fernando. Danos al Gran Capitán». De las ventanas les decían que escuchasen, y no había medio, hasta que fué al rebato el Gran Capitán y le dijeron cómo los vizcaínos tenían cercadas las puertas de Castilnovo, diciendo que les diesen al Gran Capitán, que les han dado á entender que le tienen preso. El Gran Capitán vino luego á toda furia y halló aquel alboroto y les preguntó qué era aquello. Ellos se fueron todos á le abrazar, diciéndole que algún vellaco les había dicho quel Rey le tenía preso; y luego sosegados se volvieron á sus naos. El Gran Capitán se fué para el Rey, dándole cuenta de la quistión que era entre los criados del Duque de Termoli y del Príncipe de Visiñano, y que ya quedaban apaciguados. «Pues no hemos estado acá sin mayor alboroto que ese», dijo el Rey. Allí rieron mucho del «Mal viaje hagás, Rey don Fernando». El Rey le dijo: «Duque, si todos vuestros amigos os acuden como los vizcaínos, seguro estaréis que los hallaréis cuando los hayáis menester».

#### CAPÍTULO XVII

*De lo que ducientos y cincuenta hombres de armas del Rey Católico allí en Nápoles pasaron.*

Había en el ejército del Gran Capitán ducientos y cincuenta hombres de armas de los más escogidos soldados viejos, y no habían recibido paga muchos días había, y el Gran Capitán con darles algunas ayudas de costa y con muy buenas palabras los entretenía. Agora venido el Rey á Nápoles, diéronle un memorial de lo que se les debía, y averiguáronlo los contadores; y como no les pagasen ni librasen, tanto importunaron hasta que el Rey

se enojaba hablándole de ello; y un día por la mañana, dejando fuera de la cibdad sus ducientos y cincuenta caballos con sus criados y sus lanzas, ellos muy bien armados, secretamente vinieron á la puerta de Castilnovo y esperaron que el Rey saliese á misa y el Gran Capitán estuviese ocupado en su posada, que era lejos de Castilnovo. Y salido el Rey, ellos se metieron entre él y la guarda y le dieron un memorial de lo que se les debía, averiguado por los contadores de SS. AA., en que le suplicaban muy humilmente que pues sus contadores les habían hecho cuenta de lo que habían ganado, les mandase pagar ó librar, porque no tenían qué comer si no vendían sus armas y caballos; y que no eran hombres que habían de hurtar ni amotinarse, diciéndole las muchas heridas que en su servicio habían recibido. S. A. les respondió que se haría. Uno de ellos respondió: «Otras veces hemos oído á V. A. esa respuesta. Suplicámosle nos responda agora con efecto. Hasta aquí hemos sufrido porque víamos quel Gran Capitán nos daba alguna ayuda de costa de su misma hacienda, y cuando no tenía qué nos dar y socorrernos, nos decía muy buenas palabras. De V. A., después que á este reino vino, ni hemos visto obras ni palabras. Suplicamos á V. A. que desde aquí nos mande pagar, porque no enojemos más á V. A. y bastará esta importunidad por todas las que le hemos de dar, y que no podían más esperar, sino que desde allí lo mandase proveer».

El secretario Miguel Pérez de Almazán dijo: «Ese es desacato y merece castigo». Uno de aquéllos dijo: «Callad, secretario, y no habléis en esto que no entendéis».

Visto por el Rey, mandó que llamasen al Gran Capitan, el cual vino á muy gran priesa; y el Rey le dijo: «Duque, mandad pagar á esta gente su sueldo». Uno de aquellos hombres de armas replicó y dijo: «Señor, no somos gente, sino hombres, y muy valientes, y que hemos sido mucha parte para ganar este reino». El Gran Capitán les dijo: «Yo quedo por fiador de os hacer pagar hoy en este día sin falta alguna». Al cual replicó uno de aquéllos y dijo: «Señor Gran Capitán, bien tenemos conocido que si V. S. pudiera, ya estuviéramos pagados; mas tan pobre sois como cualquiera de nosotros. La paga ha de ser desde aquí». Visto por el Rey la determinación de aquellos hombres, dijo: «Duque, por mi vida

que los paguéis de los dineros que más á mano hallardes». El Gran Capitán les dijo: «Yo os doy mi fe de os pagar hoy en este día sin falta alguna, aunque habéis sido mal criados y desacatados». Ellos callaron y se apartaron. El Rey se fué á oír misa y sermón á Santo Agustino.

El Gran Capitán, dejando al Rey en misa, se fué con aquellos hombres de armas y ocupó todos los bancos y les mandó pagar hasta el postrero cornado; y hecho esto, se fué á Palacio, habiendo mandado á aquellos hombres de armas que se fuesen luego de la cibdad por el desacato que habían hecho á S. A.

En entrando el Gran Capitán, le dijo el Rey: «Duque, por vida de la Reina que mandéis tocar allarma contra aquellos vellacos desacatados como contra enemigos, y que peleando á ninguno dejen á vida». El Gran Capitán le respondió: «Ya, señor, están pagados, y idos adonde quisiere; que no han de parar aquí». Y el Rey se enojó de manera que no lo pudo disimular; y culpó mucho la sobrada diligencia del Gran Capitán en aquella paga, y así estuvo con él enojado sin lo poder encubrir.

## CAPÍTULO XVIII

*De algunas cosas varias que en aquella cibdad acontecieron antes que el Rey partiése de Nápoles.*

En aquel poco de tiempo que el Rey estuvo en aquella cibdad, vió la grande afición que todo el pueblo tenía al Gran Capitán. Yendo un día por una calle principal de aquella cibdad, vivía allí un barbero y cirujano muy sabio en su oficio y muy conocido; y yendo el Rey por aquella calle, de la una parte iba el Duque de Termoli y de la otra el Gran Capitán. Este barbero tenía dos hijas mozas, de edad de trece y catorce años, y paróse con ellas delante del Rey; tomándolas por los caballos y revolviéndolos con la mano izquierda, y con la derecha sacó un gran cuchillo y amenazándolas encaminó la plática al Gran Capitán y díjole: «Gran Capitán, si para ser tú Rey es necesario, cortaré las cabezas á estas dos hijas solas que tengo, poniéndoles el cuchillo á la garganta». El Gran Capitán lo mandó tomar y llevar preso para hacer justicia de él, y dejó al Rey y fué á hacer ahorcar aquel bar-

bero. Y fué tan de verdad la justicia, que fué el Duque de Termoli de parte del Rey á le rogar que no le ajusticiasen, porque debía estar fuera de su juicio; y fué á hora que ya estaba en el asno para lo llevar á ahorcar; y mandó el Gran Capitán desterrar de todo el reino.

### CAPÍTULO XIX

*De lo que aconteció á un pexo de aquella cibdad con un presente que llevó al Rey en nombre de los pescadores de aquella cibdad.*

Los pescadores de aquella cibdad determinaron de hacer un presente al Rey de muchos pescados hechos de oro y plata, y de gran suma de ducados; y rogaron á un pexo, que es en aquella cibdad una dignidad muy preeminente sobre todas y tiene grandes esenciones. Este pexo y pescadores suplicaron al Gran Capitán fuese con ellos al Rey para que fuesen bien recibidos; lo cual él hizo de muy buena voluntad; y quedando ellos de fuera, entró el Gran Capitán y le dijo: «Los pescadores desta cibdad traen á V. A. un gran presente. Suplico á V. A. los reciba con mucho amor y alegría, y al pexo que con ellos viene, que es la más principal persona desta cibdad, haga buen acogimiento; y con palabras graciosas irán muy contentos, ofreciéndoles mercedes cuando se ofrezca tiempo». El Rey le dijo que así lo haría; y entrados con el presente, dijo el pexo que los pescadores, muy fieles vasallos de aquella cibdad, le ofrecían aquel presente, con las mejores palabras que pudo encarecer su embajada. El Rey les respondió que se lo agradecía, sin más respuesta ni palabra. El pexo, vista la tibia y desagradecida respuesta, allí delante del Rey dijo al Gran Capitán: «Mejor eras tú para Rey»; y sin más hablar se volvió muy descontento y espantado del Rey y de su sequedad. El Gran Capitán trató muy mal de palabra á aquel pexo, diciéndole palabras muy feas, y que le mandaría castigar como á hombre desatinado. El pexo le replicó: «Gran Capitán, más quiero morir por tu mandado que no oír lo que oyo ni ver lo que veo. De cualquier castigo que me mandes dar, quédome muy contento».

### CAPÍTULO XX

*De cómo desafió Diego García de Paredes, delante del Rey don Fernando, á cualquiera que del Gran Capitán hobiese dicho alguna cosa en deservicio del Rey y de su reino.*

Acaeció, pues, que Diego García de Paredes supo por cosa cierta que dos capitanes que estaban allí con el Rey habían dicho cosas que tocaban en la honra del Gran Capitán al Rey; y un día, estando el Rey en Castilnovo en su sala, rezando sus devociones, estando allí todos los señores y capitanes y Coloneses y Ursinos, y aquellos dos capitanes con ellos y los más del ejército para acompañar al Rey que había de ir á misa, entró Diego García de Paredes. Estaban allí los Duques de Termoli, y los otros que ya eran perdonados, el de Salerno, Visiniano y el de Rosano, Fabricio, el Próspero y M. Antonio Colona, Bartolomé de Alviano y los de la Casa Ursina; de los españoles, el Conde don Fernando de Andrada y Manuel de Benavides, don Alonso de Carvajal, los Alvarados, Alarcón, Pedro de Paz, Carlos de Paz, Hernán Suárez el de Sevilla, el Conde Pedro Navarro, Villalba el coronel y todos los demás de aquel ejército.

Pues estando todos arrimados á las paredes, esperando que el Rey acabase de rezar sus devociones, entró Diego García de Paredes y hincado de rodillas, dijo: «Suplico á V. A. deje de rezar y me oya delante destes señores, caballeros y capitanes que aquí están, y hasta que acabe mi razonamiento no me impida». Estaban entre ellos los que estaban culpados en aquella ruindad. «Yo, señor (dijo Diego García), he sido informado que en esta sala están dos personas que han dicho á V. A. mal del Gran Capitán, mi señor, en perjuicio de su honra. Yo digo así: que si hobiere persona que afirme ó dijere que el Gran Capitán, mi señor, ha jamás dicho ni hecho, ni le ha pasado por pensamiento de hacer cosa en vuestro deservicio, que me batiré de mi persona á la suya, y si fueren dos ó tres hasta cuatro, me batiré con todos cuatro, ó uno á uno tras otro, á su elección; porque nunca Dios quiera que viva en el mundo hombre de tan malina intención contra la misma verdad; y desde aquí lo desafío, á todos ó á cualquiera dellos». Y echó un chapeo

en el suelo. El Rey, á lo que pareció, holgó dello, y dijo: «Esperad, señor Diego García, que poco me falta para acabar de rezar lo que soy obligado». Creyóse que el Rey se detuvo para dar lugar á la persona ó personas que eran culpados en aquella trama, y después que un rato hubo rezado, se vino el Rey á Diego García y le puso las manos sobre los hombros, y le dijo: «Bien sé yo, señor Diego García, que donde vos estuviéredes y el Gran Capitán, vuestro señor, que terné yo seguras las espaldas. Tomá vuestro chapeo, pues habéis hecho el deber que los amigos de vuestra calidad suelen hacer». Entonces habló el Próspero y dijo: «Señor Diego García, nunca v. m. y yo sobre este caso pelearémos: antes digo que si entraren otros dos en el campo sobre esta razón, que por el señor Bartolomé de Albiano y por mí le aseguro que le ternemos compañía contra cualesquier personas, y no nos mataríamos porque fuesen cuatro». Bartolomé de Albiano rindió muchas gracias al Próspero por le meter en tan buen lugar y tan honroso, y otros muchos se ofrecieron á ello, de que el Rey holgó mucho.

De una cosa sé yo cierto las personas de quien se tuvo sospecha: murieron muertes desastradas ambos á dos. Cuando el Gran Capitán lo supo, recibió gran pena dello, y dijo después: «Señor Diego García, si yo supiera lo que v. m. hizo, no lo hiciera por me hacer á mí merced». Diego García le respondió: «Señor, lo que el hombre debe de hacer y es obligado por su señor ó amigo, no lo ha de poner en parecer de muchos juicios, por ser sus pareceres tan diversos».

## CAPÍTULO XXI

*De una embajada que la Señoría de Venecia envió al Rey don Fernando, y de lo que en ella aconteció.*

La Señoría de Venecia, sabido que el Rey don Fernando estaba en Nápoles, enviaron á le dar el parabién de su venida; y fueron cuatro personas muy principales de aquel Senado, y entre ellas una persona muy principal entre todas por la autoridad de su persona. Desembarcados en Nápoles, luego otro día fueron á dar su embajada al Rey. Y como el Rey y todos sus criados estaban de luto, no había en el Palacio Real aquel aderezo

quello quisieran ver y traían fantaseado. Pues llegados ante el Rey, aquel veneciano principal dió al Rey su embajada diciendo lo mucho quel Senado y pueblo veneciano se habían holgado desque supo que S. A. era venido á aquel reino, de que ellos daban muchas gracias á Dios por haber hecho tantas y tan grandes mercedes á aquellos reinos y á toda Italia en haber traído á S. M. á aquellas partes; que supiese S. A. de cierto que en ningún reino de los suyos tenía cosa tan cierta y aparejada á su servicio como eran el Senado y pueblo veneciano; que así le ofrecían todo lo que ellos eran para su servicio, con otras muy buenas palabras que de parte de aquella Señoría le dijeron. El Rey los recibió muy bien y les dijo muy buenas palabras, y les ofreció de la mesma manera todos sus reinos y señoríos; pues traían mandato del Senado veneciano que después que hubiesen visitado al Rey visitasen de su parte al Gran Capitán, como á aquel á quien eran en tanto cargo. Lo cual ellos determinaron de hacer.

Cuando estos embajadores desembarcaron en Nápoles, luego á la hora el Gran Capitán les mandó proveer de todas las cosas necesarias, así de todas las posadas y aderezos para ellas y para ellos y sus criados tan cumplidamente como él lo solía hacer, y envió á la armada que traían todas las cosas en muy grande abundancia. Despachados del Rey, se fueron á visitar al Gran Capitán á Castello Capuano, adonde estaba la casa tan aderezada que ningún Rey ni Príncipe la podía tener mejor, y su persona y criados y capitanes muy aderezados. Pues llegados aquellos Embajadores ante el Gran Capitán, halláronlo muy acompañado de señores y Príncipes, así españoles como italianos; y como aquel Embajador principal viese la persona del Gran Capitán, pasó sin decirle nada y mirólo desde los pies á la cabeza, de que todos esperaron por ver lo que diría. El estuvo un rato mirándolo y al fin dijo: «Tuti grandi Gran Capitán»; y tornándole á mirar, se despidió dél y de aquellos caballeros. Iban admirados de los aderezos de casa de aquellos caballeros y criados, tan ataviados de tantas cadenas de oro y de tanta majestad como vieron en aquella casa.

Pues vueltos estos Embajadores á Venecia y dada la respuesta de su Embajada, les contó todo lo que les había acontecido, así con

el Rey como con el Gran Capitán. Pues admirados del callar del Embajador, respondió desta manera: «Yo vi, muy magníficos señores, en el Gran Capitán tan heroica majestad, que contemplada su persona y sabido el valor de ella, toda plática y razonamiento me pareció menor para le hablar, y sin duda conocí en mí que el mi ángel reconoció superioridad al que él vió en el que estaba en la compañía del Gran Capitán y le temió. Las cosas grandes, ilustrísimo Senado, con grandes palabras se han de alabar; y si éstas no se pueden igualar, más vale callarlas. Parecióme el Gran Capitán hacer ventaja á todos los hombres». Allí dijo muchos loores dél, de que aquel Senado quedó muy espantado, porque le tenían por muy prudente y sabio.

## CAPÍTULO XXII

*De cómo se trataron vistas entre el Papa Julio y el Rey Fernando en Civitavieja, á la vuelta quel Rey volviese á España, y con el Rey Luis de Francia en Saona.*

En este tiempo el Papa Julio por sus mensajeros trató con el Rey don Fernando que se viesen en Civitavieja, un lugar de la Iglesia, quince leguas de Roma, porque tenía cosas muy importantes que le comunicar para bien y paz de la cristiandad. Lo que se creía era para rogar al Rey le dejase al Gran Capitán para le hacer Capitán de la Iglesia; porque tenía este Pontífice pensadas grandes cosas, que después puso por obra. Lo cual el Gran Capitán aconsejaba al Rey no se vieses con el Papa, si no entendía de le dar licencia, porque era aquello lo que le quería, y si no quedarían enemigos.

También trató vistas el Rey de Francia con el Rey para que se viesen en Saona, donde él estaba á la sazón esperándole por le ver y á la Reina Germana su sobrina. Estando los Embajadores del Papa y del Rey de Francia en Nápoles, llegó allí el licenciado Basurto, aquel grande astrólogo judiciario, el mayor que en aquellos tiempos se hallaba en todos los reinos de cristianos. Estando en aquella sazón en Roma oyendo tratar destas vistas echó un pronóstico judiciario sobre este caso; y echado se partió desde Roma, y llegado á Nápoles fué á besar las manos al Rey, con el cual se holgó extrañamente, porque le tenía

muy buena voluntad, y también por saber algunas cosas del suceso y vuelta á España. El licenciado Basurto dijo al Rey: «Me moví á venir desde Roma aquí, así por besar los pies á V. A. como por le mostrar un prenóstico que eché sobre las vistas de V. A. con el Papa en Civitavieja y con el Rey de Francia en Saona. Yo hallo (dijo el Basurto) por curso de astrología, que en ninguna manera cumple á su vida verse con el Papa en Civitavieja ni en otra parte, porque se seguiría peligro á su vida, y que las vistas con el Rey de Francia sería cosa muy provechosa, porque se seguiría mucha paz y concordia así á entrambos como á la cristiandad, y que en todo caso se sobreeseyesen las del Papa». Y veyendo el parecer que el Gran Capitán le había dado sobre ello, fácilmente lo concluyó que Su Santidad lo perdonase, que no se podía detener para le ver aunque al principio lo había otorgado de verse con él. El Gran Capitán siempre persuadió [al Rey] se vieses con el Rey de Francia, y más seyendo tío de la Reina su mujer. El Rey rehusaba aquellas vistas y traía para ello muchas causas; y todas se reducían cómo se fiar del Rey de Francia, aunque más deudo hobiese; porque aquella cibdad de Saona, ella y Génova, cuya es Saona, estaban encomendadas al Rey de Francia; y el Rey de España tenía al Rey Luis por muy mudable, y temía no hiciese alguna ruindad, porque en las cosas que con este Rey había tratado, le había quebrantado muchas veces la palabra, firmas y capítulos y escrituras que entre ellos habían pasado. El Gran Capitán dijo al Rey: «Muy admirado estoy de V. A. por haber dicho tal cosa. No sólo el Rey Luis no osará intentar tal cosa en Saona adonde agora está, mas aun en París no le pasaría por pensamiento de lo hacer. Muy ajeno es de mi condición decir palabras que parezcan soberbias; mas no puedo dejar de decir lo que siento, porque es verdad. Si V. A. fuese servido de le entrar por su reino y pasar por Francia á España, yo me hallo asaz bastante, con la ayuda de Dios y de su bendita Madre; porque dejando aparte la persona de V. A., en cuya virtud, méritos y felicidad ningún Príncipe del mundo le puede resistir, acuérdesse que vamos aquí sus servidores y criados, que en la ventura de V. A. le haremos en su mesmo reino toda la ventaja que V. A. fuere servido; y como digo, soy muy enemigo de decir palabras adonde son menes-

ter obras. Muy corrido estoy que llevando consigo aquí á sus vasallos, tema á nadie. El teme más á V. A. de lo que piensa. ¿No es muy gran poquedad acabarlo de vencer con todo el resto que pudo juntar, y que el vencedor no vea al vencido deseándolo él? Vaya V. A., que allí ó donde él quisiere le venceremos y nos hallará apercebidos. Cuanto más que yo espero en Dios que destas vistas redundará mucha paz y concordia y bien á la cristiandad».

### CAPÍTULO XXIII

*De cómo el Rey Fernando y el Gran Capitán se partieron de Nápoles para España y se fueron por Saona y se vieron con el Rey de Francia.*

El Gran Capitán mandó aparejar una muy buena galera en que fuese el Rey, porque la galera en que había venido era muy ruín. A ésta mandó entoldar de brocados y sedas, y mandó poner en la proa un león rampante. Y fueron con el Rey otras diez y seis galeras muy bien aderezadas, así de caballeros, capitanes y gente de guerra como de todas las cosas necesarias. El Gran Capitán llevaba tres galeras muy en orden. No se partió juntamente con el Rey, porque quiso primero despedirse con mucha cortesía y cumplimiento de sus amigos y caballeros y cibdadanos, especialmente de las señoras generosas de aquella cibdad. Y porque nadie quedase quejoso mandó apregonar con trompetas y solemnidad que cualquiera persona, de cualquiera calidad que fuese, grande ó pequeña, á quien se debiese algo, lo viniese á cobrar, y á sus capitanes y soldados les rogó pagasen á los mercaderes y á otras gentes lo que les fuese debido. Dió á muchos dellos dineros para que esto se cumpliese y para comprar aderezos para sus personas, con que volviesen en orden á sus tierras. Traía en su servicio compañía de criados y capitanes mejor aderezados que los de la Casa Real. Estando en aquella cibdad hizo muy grandes gastos de su hacienda en servicio del Rey para encubrir la poca liberalidad del Rey; quiso ilustrar con mucha familia y casa y conservar el nombre de Grande. Estándose para embarcar vinieron allí muchas señoras y de mucha calidad y otras, llorando, á se despedirse dél y

rogando á Dios le diese muy felice viaje y que la vuelta fuese presto. Y fué tanto el llanto de las mujeres y aun de algunas personas, que rompían el cielo; que les parecía que no tenían sin él amparo ni seguridad. En tanta manera fué tan universal el llanto, como si turcos hubieran entrado en la cibdad y saqueádola.

Pues partido Gonzalo Hernández tras el Rey, llegaron á Génova. Los ginoveses les hicieron muy grande recibimiento y le presentaron dos fuentes muy ricas de oro, y muchas vituallas y muy frescas para la mar; aunque llevaban gran priesa para ir á Saona, quisieron antes ver aquella grande reliquia que aquella Señoría tiene, que es el cratino santo, que es un vaso de una esmeralda de seis ángulos ochavada, la cual tienen en la iglesia mayor en gran veneración, que dicen ser aquel vaso en el que Cristo nuestro Redentor cenó con sus discípulos. Fué ganada esta tan rica y santa reliquia en Siria por los ginoveses.

El Rey Luis de Francia había poco tiempo que había por fuerza de armas sujetado á los ginoveses, los cuales se habían revelado echando de fuera de la cibdad á los de la parcialidad francesa, y por tenerlos más sujetos les había hecho una fortaleza y ampliado el puerto junto al faro.

### CAPÍTULO XXIV

*De cómo el Rey y el Gran Capitán llegaron á Saona, y del gran recibimiento que allí les fué hecho.*

El Gran Capitán no llevaba dineros. Decíame Medina que llevaba una cédula que le había dado Paulo de Tolosa para que en llegando á Valencia le diesen treinta mil ducados, de que pagaba tributo sobre su estado de Santángelo. En llegando á Valencia, vendió este Medina por mandado del Gran Capitán ochocientos marcos de plata labrada, fuera de la vajilla con que ordinariamente se servía; porque según las mercedes que hizo á la partida y limosnas públicas y secretas, no le podía quedar nada. Verdad sea que llevaba una muy rica recámara de joyas, piedras y perlas.

Llegados, pues, una mañana á vista de Saona al puerto, como el Rey de Francia lo supo



y vido la flota, bajó á la marina acompañado de los más señores de su reino, con cuatrocientos alabarderos, y metióse en una barca, adonde vió que venía el Rey; y llegando el Rey de España le dió la mano y el de Francia entró en su galera, y allí se recibieron con mucho amor. A esta hora llegó el Gran Capitán en una barca desde su galera á donde los Reyes estaban, y hallólos sentados en proa y tenían en medio á la Reina.

Estaba á esta hora el Rey preguntando por el Gran Capitán; y entrado le dijo el Rey al de Francia: «Veis ahí al Gran Capitán». Esta vez fué la primera que lo llamó por aquel nombre, porque siempre lo llamó Duque y la Reina Gran Capitán. El se hincó de rodillas y porfió por le besar las manos al de Francia. Mas el de Francia con el bonete en la mano se le humilló de la mesma manera que él se abajaba á él, y le dijo: «Gran Capitán, dejad algo en que os podamos vencer, aunque veo que excusado es á ningún hombre mortal de os poder vencer en ninguna cosa». Y á su suplicación se puso el bonete y lo abrazó y besó en el carrillo; y volvióse al Rey de España y le dijo: «Hoy se me han cumplido tres cosas que deseaba ver: á vuestra señoría, y á mi sobrina la Reina y ver y conocer al Gran Capitán; porque si aquí no lo viera, había de buscar manera cómo lo ver, adonde V. S. lo señalara y él quisiera». Hecho, salieron á tierra, adonde hallaron cabalgaduras para todos como convenía. Mos de Auberi tenía para el Gran Capitán una mula muy aderezada, en que entró el Gran Capitán. El de Francia rogó al de España fuese delante, y así se hizo, y detrás fueron el de Francia y el Gran Capitán llevando en medio á la Reina; y con esta orden llegaron á la cibdad.

Estaba encima de la puerta una cierta invención, cómo aquella cibdad, á quien representaba una doncella, daba muchas gracias á Dios por haberse ayuntado en ella los dos mayores príncipes de la cristiandad, y que de aquellas vistas redundaría mucha paz y concordia á toda la cristiandad, de que Dios nuestro Señor sería servido y los enemigos de nuestra fe abatidos. Llegados á la puerta de la fortaleza, salió el alcaide della con un gran manojo de llaves, y dijo al Rey de España: «¿A quién manda V. A. que dé aquestas llaves desta fortaleza?» El Rey respondió: «No pueden estar en mejor poder del que

agora están». El de España se aposentó en la fortaleza, á do estaba todo adereszado como á tal Príncipe convenía; y el de Francia se aposentó en la cibdad, y jamás se pudo acabar con el Rey de Francia si no que acompañó al Gran Capitán hasta dejarlo en su posada: que aunque el Gran Capitán se lo suplicó muchas veces, nunca se pudo acabar con él sino que lo acompañó y lo dejó en su posada y de allí se fué á la suya. Cuando el Gran Capitán suplicaba al de Francia que se volviese y no le acompañase, le respondió: «Muy poca honra es ésta según lo mucho que vos merecéis y yo os debo».

Dende á tres días convidó el de Francia á cenar al de España en la mesma fortaleza, y mandó que en aquella cena sirviesen los mismos oficiales del Rey Católico, y á cada uno pusiesen su servicio y con sus cerimonias. Aquel día sirvieron todos los señores de Francia de sus oficios. Llegados los Reyes á la mesa, llevaba el de Francia asido al Gran Capitán por la ropa. Estaban á la mesa dos sillas para los Reyes, y á las espaldas del Gran Capitán venía un gran señor de Francia con una silla. El Rey de Francia dijo al Gran Capitán que se sentase á la mesa. El Gran Capitán se le humilló y le dijo que aquella era tan gran merced que él no la merecía, y se le humilló hasta el suelo. El Rey de Francia dijo al de España: «Mande V. S. al Gran Capitán que se siente: que quien á Reyes vence, con Reyes merece sentarse, y es tan honrado como cualquier Rey. Es tan lleno de ley el Gran Capitán que no lo quiere hacer sin mandamiento de V. S.» El de España le dijo: «Sentaos, Gran Capitán, pues que su señoría lo manda»: y luego se sentó, y el de Francia cabe él. Entonces tomó el Rey de Francia un pan y partiólo por medio, y la meitad puso al Gran Capitán y la meitad puso á él. El primero plato fué de ensalada, y el Rey de Francia comió solo un bocado, y luego pasó el plato al Gran Capitán, y á él le trujeron otro. Mandó asimismo el Rey que á los otros servicios sirviesen sal, salvo al del Gran Capitán, y mandó que le pusiesen un salero; y á cada plato del Gran Capitán echaba sal con su mesma mano. Hízole allí en la mesa mucho favor. El Rey de Francia le quisiera hacer merced al Gran Capitán, de su vajilla de oro y plata que allí tenía, que era muy buena y muy rica. Mos de Auberi y otros capitanes y señores le dije-

ron que se acordase S. A. que el Gran Capitán era el más liberal de aquel tiempo, y que de una vez sola había dado á mos de Ravastain, capitán suyo, más de doce mil ducados de valor, sin otros grandes servicios que en diversas veces á V. A. ha hecho; y pues S. A. allí no tenía más que su plata, más valía no le dar nada, pues no llegaba á lo que al otro le había dado; y así se sobreyó aqué- llo. Verdad sea que él no lo tomara en ningun- a manera.

El Rey de Francia iba muchas veces á visi- tar á la Duquesa de Sesa, y otras veces por algunos grandes señores de Francia. El Rey de Francia, viendo la persona del Gran Capi- tán y su gentil disposición y su rostro, dijo que bien merecía haber alcanzado nombre de Grande, y que se podía comparar á cualquie- ra varón antiguo. Tiénese por cosa muy cier- ta que en estas vistas á estos dos Reyes les pareció cosa muy fuera de razón que los venecianos hobiesen tomado á los Reyes y señores de Italia tierras y estados y se las tuviesen ocupadas; así las que tenían por fuerza como las que les habían permitido tener por causas que para ello tuvieron.

Hallóse en aquella sazón Antonio Palavici- no, embajador del Papa Julio, que no sola- mente había movido á los Reyes, mas los encendió y mostró por razones muy eviden- tes pertenecer enmedar una tal tiranía como los venecianos habían hecho, en tener muchas tierras ajenas sin mirar más derecho, trayén- doles á la memoria cómo los venecianos ha- bían tiránicamente ocupado en Sede vacante las cibdades de Arimino y Faenza, que eran del patrimonio de la Iglesia. El Rey de Fran- cia se quejaba de los venecianos, que habían quitado y usurpado del Estado de Milán á Bresa, Bergamo, Cremona y Nema. El Rey de España asimismo se quejaba que tuviesen venecianos las cibdades de Pulla y de tierra de Otranto, hecho este concierto de entender en deshacer estos agravios. La Duquesa de Sesa se halló allí mal dispuesta; parecióle al Gran Capitán y á los Reyes se volviese á Gé- nova, adonde se pudiese curar. El Rey de Francia le dió su litera en que fuese por tie- rra, é enviaron con ella muchos caballeros y señores que la acompañaron hasta Génova, adonde le fué hecho muy solemne recibimien- to, y todos entendían en su salud y en ser- villa.

Despachado esto, el Rey de España se parti- ó para España, rogando al Gran Capitán que si alguna mejoría tuviese la Duquesa que la trujese consigo, y si no que él se viniese lue- go á España. Partido el Rey para España, el Gran Capitán hizo un banquete á los señores y Grandes de Francia, muy costoso, y aca- bando de cenar vino el Rey de Francia y pre- guntó qué hacía el Gran Capitán. El salió y le dijo que acababan de cenar; y cabalgó el Gran Capitán y fuéronse él y el Rey á la marina, y anduvieron paseándose toda la noche, porque era en principio de Julio, hasta que el sol salió, y allí se partieron entrambos: el Rey para Francia y el Gran Capitán á España.

## COMIENZA EL DUODÉCIMO

Y POSTRERO LIBRO DE LAS COSAS QUE ACON- TECIERON AL REY Y Á GONZALO HERNÁN- DEZ, GRAN CAPITÁN, DESPUÉS QUE VINO DE NÁPOLES.

### CAPÍTULO I

*De cómo el Rey fué recibido en estos reinos, y asimismo el Gran Capitán, con lo que más sucedió.*

El Rey se partió de Saona, como atrás diji- mos, encargando mucho al Gran Capitán se fuese luego tras él; y que si la Duquesa se hallase en mejor disposición la trajese consi- go; y si no la inviase á Génova á cobrar su salud. Pues el Rey partido fué á desembar- car á Valencia. Sabido en España quel Rey era desembarcado, todos los más Grandes y señores destos reinos lo fueron á recibir con muy grande alegría, y asimismo los Grandes de Aragón, dándole á entender la común ale- gría que á todos alcanzaba de la próspera vuelta y tan presta en estos reinos, aunque los más estaban recatados de lo haber des- amparado en las vistas que se vió con el Rey don Felipe y fuera dellas. Mas el Rey con una grande disimulación y alegre rostro no mos- traba tener enojo ni queja de alguno; antes los recibía con grande alegría, que parecía haber olvidado del todo las injurias pasadas. Abrazaba á los unos y á los otros en tanta manera que quitaba la sospecha á muchos

que le habían ofendido, habiendo recibido de beneficios y mercedes en tanta manera, que Garcilaso de la Vega y don Antonio de la Cueva, caballeros de muy buena sangre de estos reinos, llegándole á le besar las manos, les dijo: «Hasta vosotros me desamparastes, no habiendo recibido de mí malas obras». El don Antonio le respondió, que era muy cortsano y libre: «Señor, el sol más se ha de adorar cuando sale que cuando se pone. ¡Quién creyera que un Rey de veinte y cuatro años, mozo y para vivir, muy liberal y dadivoso y natural destes reinos, no se había de preferir á un Rey de la edad de V. A. y que en tres días se había de morir!» Garcilaso le respondió: «Señor, todos caímos en este yerro». El Rey se rió de la libre respuesta de don Antonio y les dijo: «Vosotros seguisteis el más acertado consejo, de cuya causa ninguna culpa se os puede atribuir». Todos tomaron con aquellas palabras tan alegremente dichas osadía y atrevimiento de le llegar á besar las manos y perder el temor y la vergüenza.

El Rey con aquella su gran prudencia y gravedad perdonó á todos humanísimamente los desacatos y poco miramiento que con él tuvieron en aquellas vistas, y asimismo perdonó á don Pedro Manrique, Duque de Nájera, que había recibido en su tierra á don Juan Manuel, de quien el Rey tanto enojo tenía, porque solo éste había sido parte para quél se fuese del reino; y pareció perder el enojo contra don Juan Manuel, aunque él se fué á Flandes para el Príncipe don Carlos, heredero y propietario Rey destes reinos; y de ninguno tenía el Rey tanto enojo como deste don Juan Manuel, porque le fué gran deservidor y enemigo.

Fué este don Juan Manuel un caballero de muy ilustre sangre deste reino, y de mucho valor, que se puede comparar á cualquiera de aquellos romanos antiguos, según las partes buenas que de caballero generoso tenía.

## CAPÍTULO II

*De cómo el Rey se fué á Burgos y el Gran Capitán desembarcó en Valencia.*

El Gran Capitán llegó á Valencia y halló quel Rey había dejado proveído que todos los grandes y pequeños de aquella cibdad

hiciesen muy solene recibimiento al Gran Capitán como á su misma persona, porque sería muy servido dello. Sabido por el Gran Capitán las fiestas que en la cibdad le estaban aparejadas, invió á decir á la cibdad que en ninguna manera entraría en la cibdad si aquel recibimiento no cesase. Vista la voluntad del Gran Capitán, le prometió la cibdad de lo hacer así, y quitaron muy gran parte dél; y entrado, no se pudo acabar con la cibdad que todos los estados, así eclesiásticos como seglar, no saliesen, y todas las señoras por las ventanas, calles y tejados; que no se acuerdan haberse ayuntado en aquella cibdad tanta gente ni con tanta alegría. Venían todos á le ver con grande admiración, por ver aquel varón de quien tantas y tan famosas hazañas habían oído. El Conde de Oliva, don Serafín Centellas, lo aposentó en su casa, teniéndola tan aderezada como si el Rey en ella se hobiese de aposentar. Invióle á la marina muchos caballos muy enjaezados y mulas muy aderezadas, y fueron tantos, que ninguno vino á la cibdad á pie. Allí fué visitado de todos los caballeros y de toda la cibdad con muchos regocijos y fiestas que le fueron hechas.

Allí estuvo pocos días, y de allí se partió para Burgos, donde el Rey le estaba esperando. Llegado que fué á Burgos, iba tanta gente con él, así de sus criados como de la multitud y frecuencia de la gente que le acompañaba, que no cabían por los caminos. Parecía á las gentes que salían á mirar una semejanza de algún grande ejército, viendo tantos soldados viejos y de tanta autoridad de quien tantas valentías habían oído, como de personas tan señaladas en las armas. Iban allí muchos caballeros con ropas de diversas maneras de sedas y brocados y telas, y las robas con tantos cabos de oro y muchos penachos de diversas maneras, con cadenas de oro echadas del hombro por bajo del brazo izquierdo. Los caballeros á la brida con sillas de acero al uso de Francia y de Italia y de otras naciones. Iban entre ellos capitanes que por sus esfuerzos habían adquirido fama y gran loor; así como el Conde don Fernando de Andrada, Antonio de Leiva, que después adquirió nombre de valerosísimo capitán, Manuel de Benavides, señor de Javalquinto, y Valencia de Benavides su hermano, Alonso de Carvajal, señor de Xodar, Diego García

de Paredes, el coronel, un hombre muy raro en las armas, Hernando de Alarcón, el Comendador Rosa, Conde de la Torela, el Conde Pedro Navarro, el coronel Cristóbal de Villalba, Cristóbal Zamudio, don Iñigo de Moncada, el capitán Pizarro, Espés, don Jerónimo Lloriz, Pedro de Paz y Carlos de Paz su primo, don Diego de Mendoza, Conde de Melito, Alarcón, los Alvarados padre é hijo, don Pedro de Acuña, prior de Mecina, Iñigo López de Ayala, don Hugo de Cardona, mosén Hoces, don Rodrigo Manrique, Diego de Vera, capitán de la artillería, el Comendador Gomez de Solís, Hernán Suárez el de Sevilla, Gil Nieto, Alonso Montañés, Juan Coello capitán, Escalada, el capitán Aguilera, el Comendador de Trevejo, Sebastián de Vargas, Luis de Herrera su primo, Martín de Tiesta, Gonzalo de Aller, Olivera, Jorge Díaz, Oñate, Piñán, el Medina, los dos Morenos hermanos y otros muchos, todos estos capitanes y soldados viejos; el capitán Mendoza y el capitán Carvajal, todos de grande esfuerzo y fama; todos estos y otros muchos, que por evitar prolijidad deo de contar, iban tan aderezados, que representaban una grandeza de sus personas y con una gravedad, que á muchos ofendió la invidia de la entrada destes caballeros.

### CAPÍTULO III

*De cómo el Gran Capitán llegó á Burgos, y del recibimiento que le fué hecho, así por el Rey como por los Grandes del Reino.*

El Gran Capitán llegó muy cerca de la cibdad de Burgos. El Rey mandó que todos los Grandes señores y caballeros y el estado eclesiástico y los Comendadores de Santiago, Calatrava y Alcántara le saliesen á recibir á cierta distancia fuera de la cibdad. Estando todos los Grandes que en la Corte se hallaron para salir al recibimiento, dijo don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, á los otros Grandes: «¿Cómo llamaremos al Gran Capitán?» Respondió don Bernardino de Velasco, Condestable de Castilla: «Llámele cada uno como le pareciere; qué en sangre es tan bueno como el mejor de España, pues en valor, en fama y en la honra, así de la que ha ganado por su persona como de la que ha dado á estos reinos, ya lo veis». Allí le fué hecho

muy grande recibimiento, como á un gran príncipe, de todos, grandes y pequeños.

Llegados á Palacio, iba él el postrero de todos; y apeándose á besar las manos al Rey, que había salido al cabo de la sala á lo recibir, mostrando con el dedo una compañía de soldados, le dijo: «Por lo que agora veo, Gran Capitán, que tú has muy bien pagado lo que á estos soldados les debías, pues que habiéndote séguido tantas veces en las batallas y rencuentros, quisiste ser siempre el primero. Agora que es hecha la paz, mudando la costumbre, con mucha razón les permites que vayan delante de ti, adonde lo alabo con mucho amor». Y dijo la verdad de lo que pasaba. Sábese de éste muy claro varón, que en las batallas y rencuentros que se halló, siempre su lanza fué la primera que acometiese á los enemigos y la postrera que della salía. Teniale el Condestable muy aderezada su casa, adonde posó. El Rey lo recibió con grandísima alegría y placer y le tuvo abrazado una pieza, y le besó en el carrillo, mostrando el mayor contentamiento del mundo. Allí le detuvo algunos días, donde se hicieron muchas fiestas, y fué muy visitado de todos, grandes y pequeños, con grandes alegrías, hasta que fué á Santiago de Galicia, adonde estaba prometido. Y llegado allí, hizo muchas y muy grandes limosnas á la iglesia de Santiago, y dió allí una lámpara de plata, que es la mayor y mejor que hoy allí está.

De allí volvió á la Corte. Veyendo don Juan Téllez Girón, Conde de Ureña, las cosas y corte que el Gran Capitán consigo traía y la sospecha grande que tenía quel Rey no le daría el Maestrazgo de Santiago, según por grandes conjeturas lo vía, dijo que le parecía el Gran Capitán semejante á una gran carraca, la cual tiene gran necesidad de mucha agua y mucho hondo para poder navegar, porque de otra manera serále forzado encallar adonde hobiere poca hondura: queriendo claramente decir que el Rey don Fernando no daría lugar para que aquella carraca tuviese hondura en que navegar; como si dijese que quedaría engañado de sus esperanzas, con las cuales el Rey lo trajo de Nápoles, como después lo vimos que se hizo con él. Decía el mismo Conde que se había anegado aquella tan gran carraca en las grandes rocas y arenas de la invidia.

## CAPÍTULO IV

*De lo que Gonzalo Hernández, Gran Capitán, hizo después que de la romería de Santiago volvió á la Corte.*

Vuelto, pues, el Gran Capitán de Santiago á la Corte y estando en ella algunos días, pidiendo muchas veces al Rey cumpliese con él lo que con tantas promesas y juramentos le había prometido, mostrándole su cédula firmada de su nombre, que le diese el maestrazgo de Santiago, y juntamente con la cédula mostraba la suplicación que S. A. había hecho al Papa y la confirmación á las espaldas della del Papa, con todas las solemnidades que para ello se requerían, el Rey no sólo no se lo quiso dar, mas antes se comenzó á no le mostrar el calor y favor que le solía hacer. Así que el Gran Capitán, en lugar de obtener aquella merced tantas veces prometida del maestrazgo de Santiago, cobró en la Corte enojo, pesadumbre, disfavor del Rey, el cual con dilaciones y esperanzas vanas trabajaba de lo entretener y dábale á entender que no le quería dar lo que le había prometido.

Veyendo el Gran Capitán quel Rey le daba á entender que no le daría el maestrazgo de Santiago, y aun mostrándole gran disfavor, que consultando el Rey sobre inviar capitán y gente á la batalla de Rávena, como invió al Comendador Gómez de Solís con su gente de guerra, entran en este Consejo otros Grandes y señores de la Corte que nunca se habían hallado en la guerra, y jamás fué llamado Gonzalo Hernández, estando allí, y nunca le fué pedido parecer ni fué hablado en ello, y más seyendo guerra contra franceses. Visto esto por el Gran Capitán, que el Rey no cumplía con él, comenzó á quejarse á sus amigos de la sinrazón y injuria que el Rey le hacía y á les descubrir el gran descontentamiento que del Rey tenía; y esto hacía con gran dolor que tenía de haberle faltado á la palabra el Rey. Y entre otros á quien se quejó fué á don Bernardino de Velasco, Condestable de Castilla, que era grande amigo suyo y muy aficionado al Gran Capitán por su persona y grandes hechos, á quien la invidia no había hallado algún lugar para le ser contrario. Era este Condestable el principal Grande y señor destes reinos, así en estado de rique-

zas como en autoridad en este reino. Trataban entre sí como aquellos que posaban dentro de una misma casa. Hicieron sus amistades en gran secreto. Había pocos días que el Condestable estaba viudo, que se había fallecido doña Juana de Aragón, hija del Rey, aunque bastarda. Concertaban quel Condestable casase con su hija doña Elvira de Córdoba; y al Condestable se le había entibiado y aun enfriado el amor que al Rey tenía, y entre cosas en que del Rey fué desfavorecido, fué porque el Alcalde Mercado, por pasión particular que contra el Condestable tenía, buscando en los procesos de todos los escribanos, halló haber en los tiempos pasados, más de veinte años atrás, un mayordomo (!) deste Condestable de la su Casa de la Vega, que á la sazón estaba en la Corte, que había venido llamado por el Condestable. Este Mercado lo prendió y sin haber parte quejosa lo condenó á muerte. El Condestable fué á suplicar al Rey por aquel su mayordomo, dando causas bastantes para que se le perdonase la vida, y más no quejándose nadie; y ya que S. A. aquello mandaba, le diesen otra pena de las que el derecho permite. El Rey no quiso, sino que le cortasen la cabeza, y así se hizo; de que el Condestable quedó muy afrontado y con mucho enojo, porque le pareció ser hecha aquella muerte con pasión. El Rey alcanzó á saber el trato del casamiento y hubo grande enojo dello, porque tenía pensado de casar á esta doña Elvira con su nieto don Juan de Aragón, hijo del Arzobispo de Zaragoza; y la Reina doña Germana dijo un día al Condestable: «Muy maravillada estoy de vos, Condestable, habiendo sido casado con hija del Rey mi señor, querer agora casar con hija del Gran Capitán, aunque él merezca tanto». A lo cual el Condestable respondió muy libre y avisadamente: «Yo, señora, en este caso tengo muy buen ejemplo entre las manos y sin ir á buscarlo fuera de casa. También el Rey mi señor, habiendo sido casado con la Reina doña Isabel, la más valerosa y más rica de todas las mujeres, casó después como V. A. sabe, aunque en sangre sea tan principal». Creyóse que desta respuesta quedaron el Rey y la Reina tan enojados, que no lo pudiendo disimular, lo mostraron claramente contra el Condestable

(!) Al margen: «Este mayordomo había muerto á cierta persona, cosa que estaba ya olvidada sin haber parte quejosa».

y el Gran Capitán, y luego lo mostraron en algunas cosas. Y entre otras fué que el Rey y la Reina habían mandado, y así se había hecho siempre, que cuando la Reina salía, el Gran Capitán la llevaba de la rienda; y dende ahí adelante mandó el Rey que el Gran Capitán no la llevase de rienda, sino don Fadrique de Toledo, Duque de Alba; y así fué hecho. Aconteció llegar en Palacio á ver al Rey y mandarle que esperase, y entrar otros que podían entrar después dél. Y esto ví yo algunas veces año de mil quinientos y once años, estando en esta cibdad de Sevilla.

### CAPÍTULO V

*De lo que al Condestable y al Gran Capitán pasó con el Rey.*

En este tiempo el Rey comenzó á tratar con don Frey Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, flaire de orden de Sant Francisco, al cual la Reina (!) lo había elegido por confesor seyendo de muy buena vida, y le había dado ella y el Rey el arzobispado de Toledo, y después fué Cardenal de España, hombre de grandes méritos y valor, así en la religión cristiana como en las cosas que tocaban á la gobernación del reino. El á sus expensas ganó la cibdad de Orán, hallándose presente á la conquista y toma della; y hizo aquella Universidad que es hoy tan célebre en estos reinos, de Alcalá de Henares, con otras muchas y muy buenas cosas, que por no tocar á la historia deo aquí de relatar.

Pues como el Rey tratase con el Jiménez que permutase el arzobispado de Toledo con el arzobispo de Zaragoza, su hijo, lo cual el Jiménez rehusaba de no lo hacer, antes seyendo apretado decía que se volvería á su monasterio á vivir vida privada en su celda y refitorio antes que hacer tal permutación, trató y rogó al Condestable y Gran Capitán le ayudasen y favoreciesen para que él no recibiese aquella afrenta. Al Condestable y Gran Capitán pareciéndoles aquello grande infamia que se hacía á la Reina doña Isabel muerta, retractar y deshacer aquello que la Reina había dejado hecho fundado en religión, comenzaron á favorecer [le]. Con este favor, comenzó el Jiménez con ánimo constante á no

le querer hacer ni hablar en ello. La intinción del Rey era hacer al hijo Arzobispo de Toledo para se ayudar dél, así de las rentas como del favor, cuando la necesidad se ofreciese; porque teniendo aquel Arzobispado de su mano, como tenía los maestrazgos, no temería la fortuna por más adversa que se le mostrase.

El Rey, sabido quel Jiménez con el favor del Condestable y Gran Capitán había rehusado la permutación de los arzobispados, concibió muy grande enojo contra ellos por favorecer al Jiménez, y esperaba tiempo y lugar para se lo dar á entender á cada uno dellos. En este mesmo tiempo comenzó la fortuna á mostrar su cara contraria al Gran Capitán, y fué la ocasión lo que aquí diremos.

### CAPÍTULO VI

*De lo quel Gran Capitán pasó con el Rey sobre los negocios de don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, su sobrino, á quien derribaron á Montilla.*

En este tiempo don Pedro de Córdoba, Marqués de Priego, hijo mayor y heredero de don Alfonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán, vino á la Corte á ver á su tío y por besar las manos al Rey, que después que vino de Italia no lo había visto ni venido á le besar las manos. Vino muy bien acompañado y trujo consigo muchos caballeros de Córdoba y muchos caballos y aderezos dellos que dió y repartió por la Corte. Y estando en la Corte halló á su tío el Gran Capitán muy enojado, porque el Rey no le guardaba la fe prometida; y habiendo visto la cédula y confirmación della del Papa Julio del maestrazgo de Santiago, como este don Pedro era caballero animoso y muy libre, mal contento del Rey y enojado, se volvió á Córdoba, adonde, con la autoridad que de su abuelo y padre había heredado, era muy señor en aquella cibdad y tenía en ella gran reputación. Porque la casa de Aguilar descendía de aquellos caballeros que por servir á Dios y á su Rey habían sido los principales de echar de ella á los moros y servir al Rey don Fernando el Santo para que la ganase; y así se había perpetuado el valor y poder destes caballeros en aquella cibdad. Y también habían ganado mucha autoridad y reputación estos hijos

(!) Doña Isabel.

desta muy ilustre Casa de Aguilar, así como el Conde don Martin de Alcaudete, y don Diego de Córdoba, alcaide de los Donceles, que agora es su sucesor don Luis de Córdoba, Marqués de Comares; y don Diego de Córdoba, Conde de Cabra, cuyo nieto es el Duque de Sesa don Gonzalo Hernández de Córdoba, y don Francisco Pacheco. Todos estos caballeros han sido en los tiempos pasados y agora en los presentes de gran valor, así en la paz como en la guerra, de quien las historias pasadas y la memoria y vista de los hombres están llenas.

Pues este don Pedro, Marqués de Priego, por este gran favor que en aquella cibdad tenía, algunas veces era enojoso al Rey; y más agora que iba muy enojado por lo del tío. El Rey envió un alcalde de Corte, llamado el licenciado Herrera, á Córdoba, mandando al dicho don Pedro que se saliese de Córdoba y se fuese á una de las villas, como hacían los otros caballeros de aquella cibdad; y envió á mandar á los Veinte y cuatro de la misma cibdad que diesen favor y ayuda al alcalde Herrera para que el Marqués de Priego se saliese de Córdoba y se fuese á su casa. Llegado el alcalde Herrera á Córdoba y habiendo llamado á los Veinte y cuatro caballeros de la cibdad en el cabildo y ayuntamiento, y notificado á aquellos caballeros el mandamiento del Rey, de todos fué obedecido si no fué del Marqués don Pedro, que con una súbita ira y acelerado enojo mandó prender al alcalde Herrera y llevarle preso á la su villa de Montilla, y ponerlo á buen recaudo en la fortaleza.

Era esta villa de Montilla una villa de sus pasados, cerrada y con una fortaleza muy fuerte y muy grande, la mejor que había en toda la Andalucía; que ya fué tiempo que estuvieron aposentados en ella el Rey y la Reina doña Isabel, y las Reinas de Nápoles vieja y moza y los señores della y sobrado aposentado en ella. El Alcalde dijo al Marqués: «Váyase V. S. á Sant Jerónimo, que es una legua de la cibdad, que yo enviaré luego á llamar á V. S. que se vuelva á Córdoba, solamente que se cumpla el mandamiento del Rey, que V. S. salió de la cibdad»; lo cual el don Pedro no quiso obedecer. Verdad sea que dende á tres ó cuatro días lo mandó soltar y que se volviese á la Corte, lo cual él hizo.

## CAPÍTULO VII

*De lo que el Rey hizo, vista y sabida la prisión del alcalde Herrera en la villa de Montilla.*

El Rey, visto aquel desacato, mandó que se aparejasen las cosas necesarias para castigar aquel insulto, y encomendó aquella jornada al coronel Cristóbal de Villalba y al alcalde Cornejo; y el Rey mismo en persona determinó de ir á Córdoba. El Marqués, sabida la voluntad del Rey, determinó de se defender como varón, porque quieren decir que tenía hecha liga y amistad con algunos señores de la Andalucía, que tenían sus descontentos del Rey. El Gran Capitán y el Condestable y otros algunos señores le suplicaron al Rey, sin lo saber el don Pedro, que le traían al don Pedro para que de rodillas pidiese perdón á S. A. del yerro que como mozo había hecho; y juntamente le escribió al don Pedro que no curase de defenderse ni hacer alguna alteración; que si viniese á la Corte, que el Rey lo perdonaría; lo cual por los muchos ruegos é importunidades determinó de ir. El Rey estaba esperando en lo que paraba la determinación del don Pedro. Sabido que iba á Castilla á lo que el Gran Capitán le mandaba, luego el Rey se partió para Córdoba. Yo oí decir á Gonzalo Hernández de Córdoba, comendador de Manzanares, hijo de don Alfonso de Aguilar, que vió una cédula en poder del secretario, que perdonaba al Marqués, con que por espacio de tantos años (!) si el Marqués respondiese que no quería venir á la Corte, y otros algunos lo afirmaban haber visto el perdón. Mas atraído, pues, el don Pedro por las promesas del Gran Capitán y del Condestable y otros señores de la Andalucía, sus consortes y aliados, y llegado ante el Rey y habiéndole demandado perdón con toda la humildad que fué posible, no lo quiso perdonar, antes lo desterró cuatro leguas desterrado de la Corte y que allí anduviese so ciertas penas. Mandó luego por su decreto que la fortaleza de Montilla fuese derribada hasta los postreros fundamentos de ella, para que fuese testimonio este castigo contra los caballeros que contra los mandamientos reales se opusiesen. De donde don Pedro quedó muy quejoso del Gran Ca-

(!) Todo esto párrafo está obscuro y falto de algunas palabras.

pitán por haberle mandado ir á la Corte sin tener seguro del Rey; porque él hiciera, como solía decir, que se lo dieran, como pareció, si él se estoviese quedo.

Gonzalo Hernández nunca pudo alcanzar con el Rey que aquella fortaleza edificada, de sus pasados, adonde él había nacido <sup>(1)</sup>, edificada con tan grandes gastos y expensas, fuese agora derribada por el suelo. Los embajadores de Francia y el mismo Rey Luís le escribió que era razón, en cuenta de ducientos cibdades y setecientas y tantas villas y castillos que el Gran Capitán había ganado para la Corona real de España, se diese en recompensa la ruina de un solo castillo, en el cual el Gran Capitán había nacido. Ninguna cosa le aprovechó á don Pedro los ruegos del Gran Capitán y del Condestable, antes quieren decir que le dañó mucho, por el descontento que el Rey tenía dellos por haber favorecido al Jiménez, arzobispo de Toledo.

El coronel Villalba y alcalde Cornejo con gente de guerra llegaron á Montilla y trajeron de la tierra de Córdoba muchos azadoneros, y en breves días la arruinaron hasta los cimientos. Y estando gran pieza de labradores de la tierra derribando un gran lienzo de un largo muro, para que todo junto cayese, cuando cayó tomó en bajo gran número de aquellos azadoneros y de aquellos que la derribaban. Venida la nueva á Gonzalo Hernández, dijo claramente ser muestra que se defendiera Montilla, seyendo viva, pues con su ruina ha muerto á tantos.

El Rey don Fernando siempre estuvo firme y recio en el derribar á Montilla y otras casas de caballeros de aquella cibdad y tomadas las haciendas y afrontando á personas della culpadas en la prisión del Herrera. Lo cual todo restauró el Gran Capitán comprando las haciendas y edificandó las casas y satisfaciendo á los hijos de los muertos. El Rey, queriendo templar el rigor del mandamiento y su ejecución mandó que al Gran Capitán, en lugar de Montilla, se le hiciese merced de la cibdad de Loja, la cual está de Granada ocho leguas en una vega muy apacible y cercada de grandes sierras alderredor, y trató con él que le daría aquella cibdad de Loja, de juro y heredad para él y sus sucesores, con

que renunciase el derecho que tenía al Maestrazgo de Santiago y al Rey diese por quito de la promesa hecha y la escritura fuese rasgada y dada por ninguna. A esto respondió el Gran Capitán que no quería ser tan mal mirado que él renunciase el derecho de la promesa Real; porque antes quería mostrar la causa de una muy justa querella que no aceptar una recompensa tan desigual. Al Condestable se le acrecentó el enojo por ver el odio del Rey y no poder hacer en ello lo que deseaba y tenía concebido en su pecho; odiado por su grandeza, se le causó un descontento y desabrimiento; murió antes de tiempo. No faltó quien dijo haber sido ayudado para se ir al cielo.

## CAPÍTULO VIII

*De lo que el Gran Capitán hizo veyendo el odio y voluntad contra él del Rey.*

El Gran Capitán, visto lo poco que á su sobrino aprovechó, antes quieren decir que le dañó, muy enojado y mal contento de las afrentas que del Rey recibía cada día y cada hora, se retrujo á Loja, que, como dijimos, está ocho leguas de Granada, huyendo de las ofensas que en la Corte le eran hechas por la voluntad del Rey, y esperar allí que aquella invidia diese algún lugar y el Rey se amansase y se acordase de no dar lugar á invidiosos y á sus enemigos, que ofendidos del resplandor de sus hazañas siempre le dañaban con el Rey.

Pues estando allí en Loja en aquel reposo, estuvo dos años, unas veces allí en Loja, otras veces en Granada, donde vivía al parecer contento, conservando siempre su reputación y casa; que nunca faltó su plato y criados con aquel aderezo de casa y aparato de oficiales y caballeros que acompañaban á su casa, que era una Corte. Gozaba y gastaba de sus riquezas, que no eran pocas sino muchas, y de su gloria, aunque era opresa antel Rey de la invidia de sus enemigos. Hacía poco ejercicio y desde allí socorría á muchos, así criados como otras personas necesitadas, con les dar gran parte de su hacienda. Ningún género de hombres hubo á quien no socorriese en sus necesidades, los que le pedían su ayuda y favor. Tenía tanto crédito y reputación, que jamás pareció faltar en su casa aquella abun-

(1) Al margen de letra moderna: «No es cierto». Y más adelante: «Nació el Gran Capitán en Montilla», y añadido de lápiz: «Esta es equivocación».



dancia de criados de servicio de Corte muy principal, como de un gran príncipe.

En este tiempo frey Francisco Jiménez pidió al Gran Capitán consejo y manera para poder conquistar la cibdad de Orán en Africa, porque quería apaciguar la invidia de los aragoneses y de los invidiosos de sus rentas con hacer aquella jornada de ir á conquistar la cibdad de Orán en la costa de Berbería; y el Gran Capitán le encaminó y le dió á Pedro Navarro, Conde de Oliveto; y aparejó una gran flota y catorce mil hombres. Y dada por el Gran Capitán la industria y designios, llegaron á Berbería, yendo en la mesma armada el Arzobispo. Tomaron por fuerza de armas á Mazalquivir, un puerto el mejor que hay en toda la costa de Africa, que los antiguos llamaron Puerto grande; y una legua dél hacia levante tomaron á escala vista la cibdad de Orán, y hicieron recogerse hacia dentro al Rey de Tremecén. Después desto el Pedro Navarro, acostumbrado á la dichosa milicia del Gran Capitán, tomó á Bugia y á Tripol de Berbería y hizo muy gran guerra á la costa de Africa, llevando consigo aquellos valientes soldados y gente de guerra acostumbrados (1) siempre vencedora.

### CAPÍTULO IX

*En que prosigue la estada del Gran Capitán en Loja, con el discurso de su vida.*

Estando, pues, el Gran Capitán en esta cibdad de Loja, que á algunos les parecía estar como en un destierro honesto; y en la verdad nunca jamás le faltó aquella grandeza de ánimo adquirida con tanta gloria, con la cual media las cosas prósperas y adversas; el Conde de Ureña preguntó á un caballero criado del Gran Capitán qué tan grande hondo tenía en el agua de Loja aquella gran carraca. Lo cual sabido por el Gran Capitán, le dijo: «Diréis al señor Conde que la carraca tiene muy buenos lados y toda ella está bien fornida; que no espera sino que crezca el agua para dar las velas al viento, que no suelen ser siempre contrarios; y si la invidia y sus grandes victorias habidas en los tiempos pasados no la estorbaran, hablasele ofrecido una muy aplacible fortuna» (2). Y fué que de las vistas que los Reyes de Francia y España se vieron

en Saona, como atrás hemos dicho, dentro de dos años que allí se vieron, entre otras cosas que allí trataron y hicieron sobre ellas ligas y conspiración, fué una que venecianos tenían ocupadas tierras y estados al Emperador Maximiliano y al Rey de Francia y al Rey don Fernando de España y al Papa Julio, los cuatro mayores Príncipes de la cristiandad. Y el Rey de Francia, que entonces tenía el ducado de Milán tiranizado, por cobrar ciertas cibdades que venecianos tenían ocupadas del dicho estado de Milán, les había dado una batalla junto al río Ada, cerca del Pó, en que perdieron las cibdades que de Lombardia tenían, que eran Bresa y Crema y Bergamo y Cremona, y les tomó Maximiliano á la ciudad de Verona, Vicencia, Padua y el Frívoli y Feltro. El Papa Julio con una banda de suizos había cobrado á Arimino, á Faenza y á Cervia y á Rávena y á otras tres del patrimonio de la Iglesia, y el Rey don Fernando había cobrado sin batalla las tierras que venecianos tenían en Pulla en el reino de Nápoles. Venecianos, aunque se vieron guerreados de todos cuatro Príncipes cristianos, no por ende perdieron el ánimo, porque á todos respondieron y lo más tornaron á cobrar, si no fué las tierras que tenían en Calabria y la del ducado de Milán. El Duque de Ferrara, Alfonso de Este, en estas guerras, con favor y ayuda del Rey de Francia, había tomado á Rovigo, y el Papa Julio pedía al de Ferrara las salinas, que eran del feudo de la Iglesia, lo cual el Duque no quiso, antes las defendió por guerra y fué vencedor contra la gente del Papa, porque le importaban mucho.

### CAPÍTULO X

*De lo que el Papa y el Rey de Francia hicieron después desto.*

El Papa, vista la rebelión del de Ferrara, lo descomulgó y escribió al Rey de Francia que si no le favorecía que lo tenía por enemigo y que no le faltarían amigos contra él y los de su liga. Enojado desto el de Francia, no le dió nada por las descomuniones y censuras y fué con muy grueso campo y echó al Papa de Bolonia y trató de celebrar Concilio en Pisa para descomponer á Julio, y no le faltaron Cardenales para ello, diciendo, aunque falsamente, que no había sido elegido canónicamente, contra el cual los Reyes de España don

(1) Sic.

(2) Siguen cuatro líneas tachadas.

Fernando, y don Enrique octavo, su yerno, Rey de Inglaterra, que en aquella ocasión era muy católico y se llamaba Defensor de la Iglesia Romana, hasta que él comenzó á dejar y apartarse de Dios y lo dejó Dios de su mano, y fué después muy mal hereje. Este Rey de Inglaterra comenzó á hacer guerra á las cibdades de Normandía por favorecer á la Iglesia romana. El Rey don Fernando, seyendo requerido del Papa para que le ayudase, lo hizo, porque no podía dejar de favorecer á la Iglesia romana, aunque fuese contra el Rey Luis, tío de su mujer, con quien se había confederado en Saona. El Papa, visto cómo el Rey don Fernando hacía un grueso ejército en favor de la Iglesia, le dió la investidura del reino de Nápoles, á quien pertenece darla por ser aquel reino feudo de la Iglesia. Asimismo el Papa descomulgó al Rey don Juan de Navarra por estar ligado en la misma cisma con el Rey de Francia y defender la rebelión contra la Iglesia, y le privó del reino y lo otorgó al Rey de España, por ser defensor de la Iglesia contra los herejes cismáticos, que hacía división en la vestidura de Cristo, de donde le fué quitado el reino de Navarra justísimamente. Luego el Papa hizo liga con venecianos y con el Rey don Fernando de España contra franceses, que estaban muy pujantes.

El Rey don Fernando mandó á don Ramón de Cardona, Virrey de Nápoles, aparejase un muy grueso ejército para que se juntase con el del Papa, que tenía asoldados una gran banda de suizos y italianos. El Rey de Francia tenía cercada á Rávena: el ejército del Papa y el de España fuéronla á descercar. Llevaba el Virrey de Nápoles el mejor ejército que antes ni después se ha visto en Italia; iban muchos señores y Grandes con él. Llegados á Rávena, en la cual estaba Fabricio Colona, dióse la batalla, día de Pascua florida, que fué á diez y seis días de Abril en el mismo año de quinientos y doce años. Aquella mañana llegó M. Antonio Colona con tres mil infantes al campo de los españoles.

## CAPÍTULO XI

*De cómo pasó la batalla de Rávena entre el ejército del Rey de Francia y del de España y el del Papa Julio.*

El Virrey mandó que la avanguardia, que eran los caballos ligeros, más de dos mil, dic-

sen por el un costado en los franceses; y así lo hicieron, y diéronse los españoles tan buen recaudo, que desbarataron la avanguardia francesa, aunque eran muchos. Visto por los franceses que los españoles no acudían en favor de los suyos, entró un escuadrón de los franceses y dió en medio de los españoles; como eran muchos y entraron de refresco, diéronles muy gran priesa. Los españoles iuvieron á decir al Virrey que les inviase dos escuadrones de infantería. El Virrey tardó tanto en esto, que á la mesma sazón batió la artillería francesa sobre la retaguarda de armas española. El Virrey pensó que todo era perdido y comenzó á dudar qué haría. El Conde Pedro Navarro y el capitán Zamudio, veyendo la necesidad, tomaron dos escuadrones de infantería, en que había cuatro mil españoles y dos mil italianos, y fueron en socorro de sus compañeros; y dieron tan recio y con tanto ánimo en la infantería de los franceses, que de la primera refriega mataron cinco mil alemanes con su capitán Jacobo, y tras esto mataron cuatro mil gascones. Visto por los franceses que no acudía la gente de armas española, abrióse la retaguarda y toda la gente de armas que no peleaba, y tomaron en medio hecho un cerco á nuestra infantería, digo á la que fué á pelear.

Visto por<sup>o</sup> el Virrey, pensando que los habían sumido y veyendo que de su avanguardia quedaban pocos, túvose por perdido, y fué huyendo con todos los que le quisieron seguir; y aun dicen que no esperó mucho, que pocos le pudieron aguardar. Dos capitanes españoles caballeros huyeron con trescientos hombres de armas, cuyos nombres no quiero decir, porque á sus hijos no alcance mal nombre: el uno era castellano y el otro andaluz. El Sr. Fabricio Colona con otros caballeros que tenían la retaguarda quisieron ir en socorro de los suyos, y como los franceses habían dejado la artillería en un cierto lugar, la noche que les tomó el paso, hizo mucho mal en ellos, con la gente francesa que acudió, fueron destrozados. Los infantes españoles que habían quedado cercados de la gente de armas francesa diéronse tan buen recaudo que mataron setecientos hombres de armas franceses.

Estaban á esta hora los franceses tan perdidos, que no digo acudir el Virrey en socorro de sus españoles, mas en no se menear, ó los

capitanes de gente de armas no huir con los trecientos que dijimos, sino estar quedos, todos afirman y conciertan en esto, que los franceses fueran rotos y del todo vencidos; mas con la huída del Virrey y de los hombres de armas vieron todo el cuerpo del campo vacío, y así todos fueron desbaratados, muertos y presos. Los franceses tomaron mucha artillería y armas y robaron el campo, que no tuvieron fuerza para seguir la victoria.

Los franceses tornaron sobre Rávena y platicaron de la tomar á partido; y estando haciendo la capitulación, entraron los franceses por otra puerta y dieron saco á fuego y á sangre. El señor M. Antonio Colona se retrajo á la fortaleza y cibdadelá con mil españoles y la defendió. La pólvora del campo de los españoles á los primeros tiros se acabó sin aprovechar nada. Todos los que en aquella batalla se hallaron, sin faltar uno, afirman que si el Virrey y la gente de armas española no huyeran, aunque no pelearan, que los españoles hobieran la mayor victoria que jamás habían visto; porque los franceses eran dos mil lanzas gruesas, que son cinco mil lanzas, y veinte y tres mil infantes. Los españoles eran mil y quinientos hombres de armas y dos mil caballos ligeros y jinetes, y catorce mil infantes, los ocho mil españoles.

Visto por los franceses que el Virrey y gente de armas huía, cobraron ánimo y tuvieronse por vencedores; aunque Pedro Navarro tuvo por sí la victoria, desmayaron y hubo el suceso que decimos. Mos de Fox (1), capitán general, hermano de la Reina Germana, fué muerto de la infantería española, y mos de Alegre y un hijo suyo; el barón de Curano y el de Agramonte, muertos; mosén de la Gyrté, muerto; Mulando, capitán de dos mil gascones, muerto; el capitán Novete, sobrino del Cardenal de Nantes, muerto; Jacobo, capitán de dos mil tudescos, muerto; Mojerón, capitán de hombres de armas, muerto; el capitán mos de Sones, capitán de gascones, muerto; el señor de Unote, capitán, muerto. Murieron del campo de los franceses trece mil hombres, antes más que menos. De los españoles é italianos, Fabricio Colona, preso y enviado á Ferrara; el Cardenal de Médicis, legado, que después fué Papa León, preso, enviado á Milán; Pedro Navarro, herido á muerte, preso y enviado á

Ferrara; Zamudio, muerto; el Conde Estor, el señor Juan, Conde romano, muertos; el Marqués de Pescara, don Juan de Cardona, el Marqués de la Padula y su hermano el Marqués de Bitonto; el Marqués de Fronte Petra, el Marqués de la Cela, el Duque de Gravina, dellos muertos y dellos presos. Otros muchos capitanes españoles, presos, y Alonso de Valdés, capitán de la guarda del Rey don Fernando, escapó con tres heridas. Otros muchos, así del campo de los franceses como de los españoles, murieron y fueron presos. Pedro de Paz se fué la vuelta de Ancona con cierta gente de caballo, y en el camino, en un mesón, le mató un villano. Murieron de los españoles y fueron presos hasta ocho mil infantes y hombres de armas.

## CAPÍTULO XII

*De lo que el Papa hizo, habiéndose perdido esta batalla con el Rey don Fernando, para que el Gran Capitán volviese á Italia.*

El Papa Julio quedó muy congojado de haber perdido esta batalla por el descuido que hemos dicho y desorden. Hizo liga con venecianos, ya que con el Rey don Fernando la tenía hecha, como hemos dicho. El de la Paliza comenzó á poner su gente en orden. El Rey de Francia, quedando muy ufano con el suceso de la batalla, tenía concebidas en su pecho grandes cosas. El Papa y venecianos escribieron al Rey don Fernando suplicándole muy afectuosamente, y el Julio le ofreciendo grandes cosas, que inviase al Gran Capitán á Italia, pues Dios le había criado para abajar la soberbia francesa, que cumplía á la salud de Italia y principalmente de la Sede apostólica, de sus dos Sicilias, que en todo caso pasase el Gran Capitán á Italia. Al Rey don Fernando le pareció ser cosa muy acertada que la ida del Gran Capitán no cesase, por el bien común de toda Italia y, como dijimos, de la Iglesia y Nápoles. Luego mandó y rogó muy ahincadamente al Gran Capitán tomase este trabajo de volver á Italia y echar á los franceses de aquella provincia, en lo cual haría á Dios muy gran servicio y á su Vicario y á toda aquella provincia y al reino de Nápoles. Porque el Rey de Francia y sus aliados querían inquietar aquella nación, y más seyendo herejes cismáticos contra el Santo Padre, tan

(1) En el margen: «A éste sucedió en el cargo mos de la Paliza, capitán viejo».

canónica y santamente elegido. El Gran Capitán, con aquella obediencia que al Rey siempre tuvo, lo aceptó, y comenzó á poner en orden la partida, porque la nueva del Papa y los de la liga llamaban á voces desde Italia al Gran Capitán, y los venecianos daban muy gran priesa; como cuando los romanos estando cercados de los franceses llamaban al capitán Camilo para que los socorriese, escribiendo todos al Gran Capitán que aceptase aquella empresa, en cuya venida estaba el remedio de Italia y Nápoles; y al Rey escribían que el bien de la Sede apostólica y de toda Italia estaba en la ida del Gran Capitán, que sólo saber que la persona del Gran Capitán era vuelta á Italia sería grande espanto á los enemigos. El Rey, que aquello tenía por muy averiguado, y el Papa, venecianos y los de la Liga, pedían razón, y más creyendo que los franceses y los de su liga tentarían algo, así contra la Sede apostólica como contra el reino de Nápoles. Con mucho ruego y importunaciones, acabó con el Gran Capitán que tomase aquel trabajo de volver á Italia, en la cual jornada serviría á Dios y á su Vicario y á toda aquella provincia, donde él era tan querido y estimado.

El Gran Capitán le respondió: «Yo, señor, soy vuestra hechura y nací para os servir. Yo acepto la jornada, aunque en ella pierda la vida. Lo que á V. A. suplico es mande con brevedad despachar lo que conviene para la armada y gente de guerra, porque muchas cosas hay que con la dilación se mudan y empeoran». Luego el Rey escribió al Papa y venecianos cómo el Gran Capitán sería muy en breve en Italia.

Sabido en la Corte y en todo el reino que el Gran Capitán volvía á Italia, muchos caballeros y señores se aparejaron para ir con él, y entre ellos el Duque de Villahermosa, don Fernando de Andrada, don Diego de Mendoza y muchos caballeros y muy principales, y muchos hijos de señores, codiciosos de emplear sus personas en servicio del Rey y del Papa y para ganar honra. Despedido el Gran Capitán del Rey y de toda la Corte; se fué á la cibdad de Antequera, que estaba en buen comedio y siete leguas de Málaga. Muchos caballeros vendieron sus haciendas y patrimonios para ir con el Gran Capitán. Pues el Gran Capitán comenzó á aparejar todas las cosas que para tal jornada convenía y á darse muy gran priesa.

Eran tantos los caballeros y gente de guerra, que no cabían en la cibdad.

Con esta nueva que se divulgó en Italia de la ida del Gran Capitán, comenzaron los franceses y enemigos á temer y no estar tan bravos como antes. En sólo oír quel Gran Capitán pasaba, cesaron de tentar cosas que antes tenían comenzadas, y los envidiosos tuvieron lugar de aconsejar al Rey que el Gran Capitán no pasase en Italia, porque desde allá cobraría lo que quisiese y podría mudar la fidelidad que debía y siempre había guardado. Mas lo principal fué que sólo, como hemos dicho, que fué sabido en Italia y Francia que la persona del Gran Capitán pasaba en Italia, el Duque de Ferrara se fué á echar á los pies del Papa, y el Rey de Francia y los de la liga temieron de intentar cosas nuevas.

### CAPÍTULO XIII

*De cómo el Rey don Fernando envió á mandar al Gran Capitán que cesase la ida de Italia.*

Pues llegada la nueva al Gran Capitán en que le decía que la ida á Italia ya no era necesaria, porque sabido en Italia que su persona pasaba en aquella provincia todo se había allanado, así que él desde acá, con sola su fama, había vencido los enemigos; así que despidiese la armada que ya estaba aparejada en Málaga; y asimismo despidiese á los soldados y gente de guerra, y mandó hacer grandes prociones y suplicaciones á Dios, que había sido servido de vencer á sus enemigos y apaciguar á Italia, para que la Sede apostólica y el Vicario de Dios estuviesen libres de guerra. Fué cosa muy averiguada que el Gran Capitán jamás, en cuantos días vivió, le llegó nueva tan adversa, ni que tanto quebrantase aquella su grandeza de ánimo, nunca vencida, como ésta, ni á sus caballeros, soldados y gente de guerra. Aquel varón que jamás golpe de fortuna ni adversidad pudo mellar en él cosa alguna, hizo tanta impresión en él, que nunca lo pudo disimular, que así le derribó aquella gran fortaleza de su ánimo; porque pensaba con aquella guerra, en la cual determinaba mostrar su grande ánimo, esfuerzo y valentía, sojuzgar la envidia y quebrantar la maldad de sus enemigos. Entonces dijo delante de todos: «El

señor Conde de Ureña ha salido muy cierto y ha sido grande adevino contra lo que yo pensaba; pues que mi carraca, movida de la corriente del agua, llevando las velas hinchadas del viento le ha faltado en medio de su viaje. ¡Tanta fuerza ha tenido la invidia!».

Pues llegada la nueva en que el Rey mandaba que la ida cesase, hizo un razonamiento á los soldados y gente de guerra con mucha prudencia y gravedad, consolándolos y rogándoles tuviesen sufrimiento, pues, burlados de la inconstante fortuna, habían perdido la ocasión de mostrar su esfuerzo y valentía para ganar muy grande honra y gloria; y que él con sus privadas riquezas les satisfaría de manera que no se arrepintiesen de la voluntad con que se movieron á le servir; y lo restante esperasen de la liberalidad del Rey, al cual él los encomendaría con sus cartas; y que desto no tuviesen ninguna duda, que á todos haría muy largas mercedes. «En lo que á mí toca, yo repartiré con vosotros de lo que yo tuviere».

Acabada la plática, don Rodrigo de Vivero, un caballero muy principal de Castilla, en nombre de todos respondió al Gran Capitán: «Excusado será decir á V. S. la pena que estos caballeros han tomado en les faltar la ocasión que se les ofrecía para servir á V. S. y mostrarla por la obra; porque tenían por muy buena ventura de acompañar la persona de V. S. y seguir su milicia, de donde sacasen el fruto que de tal jornada se les podía seguir. Lo que suplican estos caballeros, señores y soldados es que V. S. I. los tenga por perpetuos servidores, y por tales tenga siempre memoria de nos mandar; porque todos la ternemos cada que supiéremos que nos haya menester sin ser llamados». El Gran Capitán les dijo que dentro de tres días les hablaría para les dar á todos lo que pudiese haber en su casa; y al tiempo que prometió, les dió á todos parte en dineros repartidos entre los soldados, parte en plata labrada, parte en piezas de brocado, telas de oro, muchas piezas de sedas y rasos, damascos y paños de grana, caballos muy hermosos, tiendas labradas, muchas armas muy ricas y doradas, camisas de campo de brocado, de carmesí y de seda y de tafetán de colores, que los mercaderes de Valencia, de Córdoba, de Toledo, de Medina del Campo, de Sevilla, de Granada y de otras muchas partes por ganar en ellas como ganaron. las habían allí traído.

Fué estimado el valor de lo que los mercaderes tuvieron en más de cien mil ducados; lo cual todo y lo que el Gran Capitán tenía, que era mucha más cantidad, fué repartido por los caballeros y soldados. Y allende desto, porque ninguno quedase sin que le cupiese parte, metió á saco todos los aderezos y joyas de su mesma casa. Visto esto por un criado suyo del Gran Capitán, le dijo: «No sé yo, señor, qué exceso hicieron estos vuestros bienes, ganados con tantos trabajos y peligros de vuestra persona, que por cierto no se lee dar ningún Príncipe en muchos días lo que vos en un solo día de vuestra hacienda habéis dado. ¿Que más podría V. S. hacer en casa del enemigo que hoy habéis hecho en vuestra propia casa?».

Quedaron con el Gran Capitán hasta cincuenta caballeros de sus continos y criados, de muy buen lastre, sin los otros oficiales y criados de casa, con otra mucha gente que sin servir estaban en casa. Lo cual veyendo el contador Franco, le dijo: «Señor, en esta casa hay muchos de que V. S. ninguna necesidad tiene dellos». El Gran Capitán le respondió: «Amigo, si yo no tengo necesidad dellos, ellos la tienen de mí».

En la casa del Gran Capitán todos los caballeros y criados no juraban, no jugaban, no andaban en disoluciones ni adulterios; no había bullicios; todos vivían en grande observancia, ocupados en ejercicios de guerra, muy contentos con haber pasado la vida en servicio del Rey y del Gran Capitán, sin haber hecho las cosas que los otros en las guerras suelen hacer. En este estado estuvieron marido y mujer y hija, usando siempre del oficio de la liberalidad y muy gran caridad con todas las gentes que á ellos venían, que eran muchas, y ninguna iba sin llevar lo que pidía: que claramente se vía acrecentalles Dios los bienes y riquezas para usar dellas para lo que fueron criadas, que es para las distribuir, como este clarísimo varón lo hacía.

Decíame Juan López de Horna, aposentador mayor suyo, que eran tantos los Grandes, caballeros y otras gentes que ordinariamente venían á visitar al Gran Capitán en este tiempo que en Loja estuvo, que ningún día hubo que él ni otros tres aposentadores pudiesen reposar, á los cuales les daban todas las cosas en tanta abundancia como en casa de un gran Príncipe, que parecía una gran Corte.

## CAPÍTULO XIV

*De lo que sucedió al Gran Capitán después de los negocios pasados.*

Todos los más del reino tenían por cierto que quedaba el Gran Capitán tan gastado de las grandes dádivas y liberalidades que á todos había dado, y que teniendo empeñadas muchas villas de su estado, que no podría cumplir con los intereses, de cuya causa era imposible no quebrar y faltarle aquella gran corriente de su reputación y crédito tan grande; y sus enemigos, aquellos que la envidia de sus hazañas los tenía ciegos, se reían mucho dél, publicando serle forzoso venir en pobreza y quiebra grande, espantados de haber dado tan gran saco á su casa por cumplir con todos cuantos dél se despidieron, que sin duda parecía una real riqueza. Dícese que un poeta siciliano en esta sazón dió al Rey don Fernando un libro de versos en latín porque eran en su loor, y el Rey le mandó dar cincuenta ducados. El poeta se fué á Loja y hizo hasta trecientos versos en alabanza del Gran Capitán, al cual mandó dar dos mil ducados. Sabida por el Rey la liberalidad que el Gran Capitán con el poeta había usado, dicen que dijo: «Si algún día vivimos, veremos avadar la liberalidad del Gran Capitán». Y allí en Loja, adonde se retiró, tenía muy gran contentamiento, porque á nadie había faltado de los que á él se encomendaban con su hacienda, que parecía que Dios se la acrecentaba milagrosamente. Tenía él allí en aquel reposo mucha alegría, así por las cosas pasadas, de que tanta gloria había ganado, como por haber siempre socorrido á sus amigos y criados con su persona y hacienda. En este reposo estuvo en Loja dos años con aquella grandeza de ánimo y reputación, pensando siempre y hablando en cosas altas y grandes con los caballeros y señores de que allí era visitado, aquellos en quien la envidia no había hallado aposento ni lugar, los cuales se admiraban de ver en Loja una Corte de caballeros y criados de tan buen lustre y tan bien y ricamente tratados, que parecía no haber expendido nada de sus riquezas pasadas, con aquella grandeza de su ánimo, porque de aquello tomaba contentamiento.

Había enviado con grandes expensas y gastos á personas acomodadas para aquello en Africa, Asia y Europa; porque se deleitaba

mucho en saber lo que en aquella sazón en las partes del mundo pasaba, de donde podía ser avisado. Y ciertamente en aquel tiempo, que serían dos años, pasaron cosas así en la cristiandad como en las tierras de los infieles que sería luenga historia relatarlas; de todas las cuales el Gran Capitán fué avisado y se recreaba de oirlas y tratar dellas. En estos dos años con una aparente alegría pasaba la vida, mostrando gran contentamiento de nunca haber hecho cosa contra su honor ni honra.

En este tiempo adoleció de una quartana doble, muy mala de curar, porque concurrieron en ella la mala digestión de sus negocios, haber venido en España con la esperanza del maestrazgo de Santiago, y por verle suceder las cosas al contrario de sus pensamientos, y más seyendo ya de sesenta y dos años. Fué llevado á Granada en el año climatérico de su edad, en el cual la edad hace un curso muy dificultoso y muy pernicioso á la vida, en el cual se ayuntan siete veces nueve y nueve veces siete, en la cual edad mueren los más hombres de los mortales. Crecióle tanto la quartana con el humor melancólico que se le había accidentalmente adquirido, que después de haber recibido todos los Sacramentos como muy gran cristiano, pidiendo á Dios perdón de su vida pasada, y conociendo á Dios, murió en los brazos de doña María Manrique y de doña Elvira Manrique, su hija, que fué un domingo á dos días de Diciembre del año de nuestra reparación de mil y quinientos y quince años. Vivió sesenta y dos años y tres meses y once días. Fué depositado en la iglesia de San Francisco de aquella cibdad de Granada, hasta que se hiciese una capilla en Sant Jerónimo de aquella cibdad; á la cual fué después trasladado en el año de mil y quinientos y cincuenta y dos años.

Murió el Gran Capitán cincuenta y dos días antes que el Rey don Fernando muriese; porque el Gran Capitán murió, como hemos dicho, á los dos días de Diciembre del año de quince, y el Rey luego adelante á veinte y tres días de Enero entrando el año de diez y seis; así que son cincuenta y dos días antes; en lo cual le hizo Dios gran merced, porque si el Rey muriera antes, no lo dejaran sin que quisiera ocupar lo que le era debido y otras novedades, que aunque eran ajenas de su condición, suelen los tiempos mover estos humores.

Decíame doña Francisca de Córdoba, Marquesa de Gibraleón, su nieta, que doña María Manrique su abuela deseó siempre saber de una llave que tenía de un cofre que jamás lo fió de persona alguna; y muerto el Gran Capitán, tomó la llave, y abierto el cofre, halló dentro un cilicio muy áspero y una disciplina llena de sangre, que jamás persona alguna, ni su mujer, habían sabido ni barruntado tal cosa. Dicen que estando una noche despierto, oyó una voz que le dijo: «De aquí á dos días morirá el Duque». Respondió el Gran Capitán: «El de Alba». La voz no replicó más. Fué, pues, depositado en Sant Francisco, y encima de su enterramiento muchas banderas, más de ciento, así de cristianos como de turcos, y muchos estandartes entre ellos. Fué acompañado su mortuorio de muchos grandes y señores que allí se hallaron, así del linaje y cepa de Córdoba como de otros linajes del reino. Fué toda la Audiencia Real de aquella cibdad y todos los caballeros y todos los oficiales, y la otra gente, dejando sus oficios le fueron á acompañar, como si fuera el mismo Rey, y porque así suele Dios honrar á los buenos.

## CAPÍTULO XV

*De las cartas que el Rey don Fernando y el Príncipe don Carlos escribieron á la Duquesa de Sesa, sabida la muerte del Gran Capitán.*

El Rey don Fernando, estando en Plasencia, yendo á Trujillo en las bodas de su nieta doña Ana de Aragón con don Alonso Pérez de Guzmán, Duque de Medinasidonia, le vinieron nuevas cómo el Gran Capitán era muerto. El hizo muy gran sentimiento, en que dió á entender el grande amor que le tenía; y se vistió de luto él y toda la Corte; y escribió esta carta á la Duquesa de Sesa, que decía así: «Duquesa prima: Vi la letra en que me hiciste saber el fallecimiento del Gran Capitán, vuestro marido; y no solamente tenéis vos mucha razón de sentir mucho su muerte, porque perdiste tal marido, mas téngola yo por haber perdido tan grande y tan señalado servidor y á quien yo tenía tanto amor, y por cuyo medio con la ayuda de Dios nuestro Señor se acrecentó á nuestra Corona el nuestro reino de Nápoles; é por todas estas

causas, que son grandes, principalmente por lo que toca á vos, me ha pesado mucho de su muerte; y con razón espero, pues, en Dios nuestro Señor que así le plugo, debéis de conformaros con su divina voluntad y darle gracias por ello. No fatiguéis el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque dañará vuestra salud; y tened por cierto que lo que á vos y á la Duquesa vuestra hija y á vuestra casa tocare, yo terné siempre la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitán nos hizo; y por ellos y por el amor que yo vos tengo, miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo veréis por experiencia, placiendo á Dios nuestro Señor, según más largamente vos lo dirá de mi parte la persona que yo envío á visitaros. De Trujillo á tres días de Enero de mil y quinientos y dieciséis años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey, Pedro de Quintana».

Sabida la muerte del Gran Capitán por el Príncipe don Carlos, escribió á la Duquesa de Sesa esta carta siguiente: «Duquesa prima: Yo he sabido el fallecimiento del nombrado Gonzalo Hernández, Gran Capitán, Duque de Terranova, vuestro marido, alcual por lo mucho que merecía y por el valor de su persona y por los muchos y muy señalados servicios que á los Católicos Rey y Reina, mis señores, en honra y conservación y aumentación de sus reinos y de su Corona Real y de los naturales de él les lizo. Yo le deseaba ver y conocer para me ayudar é servir de su consejo y gozar con su persona; mas pues ha placido á Dios que yo no pudiese gozar de tan justo deseo y cumplillo, él le ponga en su gloria, y debemos haber por bueno lo que él face, é conformarnos con su divina voluntad. E así yo os ruego que lo hagáis vos é que vos consoléis, pues hay razón para ello, así por el renombre y gloria de sus obras y fama, como por la obligación que para siempre queda á todos los Príncipes de España para tener en memoria y honrar y conservar y aumentar su sucesión. Si para consolación de vuestra viveza y persona y casa deseáis que se haga algo en tanto que yo me aderezó para ir en esos reinos, que será presto, placiendo á Dios, hacedmelo saber. De Bruselas, á quince días de Hebrero de quinientos é dieciséis años.—El Príncipe.—Por su mandado, Gonzalo de Segovia».

## CAPÍTULO XVI

*De algunas cosas que el autor toca, que pertenecen á la historia del Gran Capitán.*

Algunos invidiosos, por deshacer la gloria del Gran Capitán, dijeron que en el término postrero de su vida había estado en Loja como desterrado y apretado de necesidad; mas ya á esto hemos respondido en los capítulos precedentes, en que hemos dicho que hasta el día en que Dios fué servido de lo llevar al cielo, guardó y conservó su reputación de casa y criados con grande esplendor de su persona. Mas si á algunos les pareciere no haber tanto respondido lo postrero de su vida al curso pasado, no se maravillarán si consideraren ser cosa fatal á los capitanes clarísimos, que apretados en los postreros días de su vida de la invidia y menoscabados de su honra, mueran desfavorecidos; que si los historiadores no nos mienten, principalmente Suidas, aquel Themistocles, capitán de los atenienses, que hizo cosas tan señaladas y venció á Jerjes cabe Salamina, que trajo contra Grecia noventa mil hombres, por invidia fué desterrado, y al fin bebiendo sangre de un toro se mató. Alcebiades, capitán de los mismos atenienses, que cosas tan nobles hizo, fué por invidia de sus enemigos acusado y condenado, y al fin murió, como escribe Trogo Pompeyo, cercado en una casa y quemado. A Pirro, Rey de los epirotas, le mató una mujer tirándole una teja desde una ventana. A Philipo, Rey de Macedonia, padre de Alejandro el Magno, le mató Pausanias estando entre dos Alejandres hijo y yerno. Al mismo Alejandro le mató Yolas, su primo, con ponzoña, ordenada, según dicen los historiadores, por Aristotil, su maestro.

Entre los Romanos, al Gran Pompeyo le mandó cortar la cabeza Ptolemeo, Rey de Egipto. A César le mataron los conjurados, seyendo capitanes Bruto y Casio y le dieron veinte y tres puñaladas. A Craso le mató muy ignominiosamente Oroses, Rey de Partya. Aníbal, capitán de los cartagineses, se mató de ponzoña por no venir vivo en poder de los romanos. Pues aquel Scipión Africano, que después de haber hecho tantas cosas y tan notables, venció á Aníbal y hizo á Cartago tributaria, venció á Antioco, Rey de Asia, enojado de tan grande ingrátitud, se salió de

Roma á una casería suya y allí murió, y mandó en su testamento que sus huesos no los llevasen á Roma, cibdad tan ingrata.

Pues si quisiéramos contar los capitanes que por invidia de sus enemigos fueron desterrados y presos, no dejáramos á Rodrigo de Vivar, llamado el Cid, y al Conde Hernán Gonzalez, con otros muchos. Pedro Navarro, muerto con un garrote que le dieron en Castilnovo. Villalba murió en el acto venéreo, etc. Mas el Gran Capitán, contra la ley fatal de los más capitanes pasados, murió, como dijimos, en su cama, conociendo á Dios, cercado de su mujer y hija, de sus parientes y criados. Murió como vivió; y en todas las partes adonde fué conocido su nombre fué llorado y sentida su muerte, por haber faltado una lumbrera que á todos alumbraba.

## CAPÍTULO XVII

*De algunos estratagemas y dichos que en la paz y én la guerra dijo el Gran Capitán (1).*

En el desafío que pasó de los once españoles con los once franceses, habiéndosele quebrantado á Diego García de Paredes la espada, se ayudó de una gran piedra y otras algunas de que se valió en aquel desafío. Refirido después al Gran Capitán esto, dijo: «Hizo muy valerosamente Diego García, porque se ayudó de sus naturales armas». Y esto era algunas veces con un humor melancólico, que le tomaba un género de locura, y los locos echan piedras.

Estando otra vez Diego García cabe la puente del Garellano, y queriendo pasar el Gran Capitán el puente adonde estaban asesiados nueve tiros gruesos, díjole Diego García: «Señor, no paséis; apartaos de aquí». Respondióle el Gran Capitán: «Pues Dios no os puso temor en vuestro corazón, ¿por qué lo queréis vos poner en mí?»

Estando junto á la Chirinola, encomenzando la batalla se prendió la polvora y se quemó; y llegando un caballero español al Gran Capitán diciendo: «Oh, señor, y cómo somos perdidos porque se ha prendido la pólvora»; respondió el Gran Capitán: «No me podíades

(1) Fué hecho tanto llanto en Nápoles por hombres y mujeres y doncellas, que parecía que el reino había sido ocupado por los infieles y les duraron muchos días sus llantos y tristezas.



traer nueva con que más me holgase, porque veis ponerse el sol y son lumbreras de nuestra victoria».

Estando un día en el burgo de Gaeta peleando con los franceses hasta que los metieron por las puertas, quedando muchos muertos y heridos de los franceses, un caballero catalán, llamado Juan Cervellós, vino más tarde de lo que la necesidad lo requería, seyendo ya los enemigos vencidos y habida la victoria. Venía tan á prisa armado y dando gran prisa á los remadores que se allegasen hacia donde el Gran Capitán estaba y la otra gente de guerra; estando todos á la orilla para saber quién era, llegó don Diego de Mendoza preguntando quién era. El Gran Capitán le respondió: «¿Cómo sois, señor don Diego, tan corto de vista? ¿No conocéis que es San Telmo?» Llamen los marineros cristianos San Telmo á una exhalación que parece estrella, cuando viene bonanza después de alguna tempestad. Todos los que estaban presentes entendieron el dicho; y cuando desembarcó todos le saludaron por San Telmo, el cual nombre se le quedó hasta hoy entre la gente de guerra.

Yendo ribera del Garellano, cabalgó para alcanzar á los franceses, y cayó el caballo con él, y algunos le dijeron que era mal agüero; á los cuales él respondió: «Pues la tierra nos abraza, nuestra quiere ser»; aunque César lo hubiese antes dicho, hizolo suyo el Gran Capitán.

Dijeron al Gran Capitán que estando el coronel Villalba y Cornejo haciendo derribar á Montilla, trabajando muchos soldados y azadoneros derribando un lienzo muy alto y muy largo, cayó y tomó en bajo y mató gran número de aquellos que la derribaban y ninguno escapó; y respondió el Gran Capitán: «Mejor se defendiera Montilla y más valerosamente estando viva y sana, pues muerta y condenada ha muerto á tantos».

Estando un día sentado á la mesa en Castilnovo, estaban treinta capitanes y caballeros á la mesa, vinieron dos caballeros muy valerosos y no cabían. Levantóse el Gran Capitán y dijo: «Señores, hagamos lugar á estos dos caballeros, porque si no fuera por ellos no tuviéramos hoy que comer á esta mesa».

Servía el Condestable don Bernardino de Velasco á una dama, y solía decir el Condes-

table que no le faltaba nada á la dama sino tener más carnes, porque era moza y flaca; y por favorecer al Condestable le dió una presea verde, y el Condestable se vistió de verde y á sus mozos de espuelas y pajes; y topándole el Gran Capitán le dijo: «Señor Condestable, si la dama no hace con este verde, véndala».

Dijéronle un día que un señor de la Andalucía mandaba servir á una cierta persona con plato cubierto. Respondió el Gran Capitán: «El Duque, por cubrir á fulano, se descubre á sí».

Cuando el Gran Capitán echó á los franceses del reino, proveyéndoles de las cosas necesarias, díjole mos de Auberi: «Señor Gran Capitán, mandad darnos caballos para ir y volver». Dando á entender que volverían á renovar la guerra. El Gran Capitán le dijo: «Señor mos de Auberi, id con Dios y volved, que la mesma liberalidad que agora uso con vosotros usaré entonces de os tornar, dado que tornéis á volver».

Dijéronle un día que Pedro de Médicis, hijo del magnífico Lorenzo, había quebrantado la palabra que dió de se rendir dentro de tantos días si no fuese socorrido, y no la cumplió. Respondió el Gran Capitán: «No es mucho que como capitán la quebrante, pues no la quebrantó jamás como mercader».

Estando aposentado en cierta parte deste reino en casa de un caballero cuya mujer no tenía muy buena fama, estando el Conde de Cabra hablando con él, había un mal olor. Preguntóle el Conde: «¿Qué es esto que huele mal?» Fuele dicho que calentaban el horno con cuernos. Dijo el Gran Capitán: «Que man la dehesa porque nazca hierba».

Estando en Barleta sufriendo muchas necesidades, los soldados españoles persuadieron á los otros italianos y alemanes que otro día tocasen alarma y se fuesen y amotinassen para se ir á buscar de comer á toda ropa. Sabido por el Gran Capitán, los mandó llamar á todos, y les hizo un parlamento en que les dijo: «Sabido he, señores y compañeros, que estáis determinados de os ir y desamparar á vuestro capitán. Id con la gracia de Dios, que con los mis castellanos, con mis leones, haré la guerra á toda Francia; que estos estoy muy seguro que no se irán, aunque jamás los paguen, ni coman, ni beban, según su fidelidad y lealtad que en ser españoles

tienen». Ellos respondieron que besaban las manos á su señoría por haber conocido dellos su lealtad; que daban su fe dende adelante ser cuerpos encantados, y no comer ni beber». Los italianos y alemanes y de otras naciones, veyendo á los mismos que causaban la rebelión, se sosegaron y no hablaron más en aquel motín.

Estando el Gran Capitán en el cerco de Taranto, mandó ahorcar á un soldado muy sedicioso, que había cometido muchos delitos; el cual llevándolo á hacer justicia dél, decía grandes querellas y emplazaba al Gran Capitán para delante de Dios. Sabido por el Gran Capitán dijo: «Dícidle á ese soldado que vaya á la otra vida, que allá hallará á don Alfonso de Aguilar, mi hermano, que responderá por mí», que era entonces recién muerto y le había venido la nueva de su muerte.

Estando para pasar el puente del Garellano, á do estaban de la otra parte, como atrás dijimos, nueve tiros gruesos de artillería, queriendo pasar el mesmo Gran Capitán con los soldados por el puente, le fué dicho por un gran señor: «No se puede pasar, porque morirán todos». El Gran Capitán respondió: «Cumple pasar el puente y no cumple vivir hasta que se cobre» un tiro de campo que habían llevado; lo cual así fué hecho.

Dijole un día el contador: «En esta vuestra casa hay muchos de quien V. S. no tiene necesidad». Respondió el Gran Capitán: «¿No veis, amigo, que si yo no tengo necesidad dellos, ellos la tienen de mí?»

### CAPÍTULO XVIII

*En el cual el autor pone ciertas comparaciones, comparándole con algunos capitanes griegos y romanos y españoles.*

Si queremos comparar al Gran Capitán con algún capitán romano, luego y de los primeros se ofrece Julio César, perpetuo dictador, varón sin duda de mucho esfuerzo y muy sabio en las cosas de la guerra. En muchas cosas fueron estos dos capitanes Gonzalo Hernández, Gran Capitán, y Julio César, dictador perpetuo de Roma, semejantes; porque ambos hicieron guerra á los franceses, y ambos triunfaron dellos, entrambos con ejércitos extranjeros. Julio César con gente de guerra del Senado y pueblo romano; el Gran Capitán con ejército de los Reyes de España. En-

trambos con poca gente vencieron á muchos contrarios; entrambos por sus famosos hechos alcanzaron renombres señalados. César fué llamado dictador perpetuo, que fué la mayor dignidad que había entre los romanos; y por ser tan suprema no duraba más de medio año, la cual usurparon después los Emperadores, que no se diferenció más que en el vocablo del nombre de Emperador, la cual tuvo toda la vida. Gonzalo Hernández fué llamado Grande, la cual dignidad los griegos dieron á su Rey Alexandre, que lo llamaron Magno, que quiere decir Grande. Los romanos á Pompeyo lo llamaron el Gran Pompeyo. Entre los franceses á Carolo, hijo de Pipino, que lo llamaron Carolo Magno, y á Gonzalo Hernández, Gonzalo el Grande. Entrambos estos dos capitanes Julio César y Gonzalo Hernández fueron de claro linaje y muy ilustre. Julio César fué hijo de Lucio César, noble romano, que fué en aquella cibdad pretor, que fué una dignidad muy preeminente, lo cual afirma Plinio en el séptimo libro de la Natural Historia, en el capítulo cincuenta y cuatro. El Gran Capitán fué hijo de don Pedro Fernández de Córdoba y de doña Elvira de Herrera, cuya fué la Casa de Pedraza y Villalba, con otras muchas villas y lugares deste reino. Fué nieto de don Gonzalo Hernández de Córdoba, de muy antigua y noble sangre, que descendía de aquellos caballeros los primeros que ganaron á Córdoba de poder de los moros y los echaron de aquella cibdad, de donde tomaron el apellido y linaje de Córdoba, que es uno de los principales de Castilla y con tan buen título ganado.

Estos dos capitanes tuvieron mucho ánimo en el acometer aun las cosas que parecían imposibles á los hombres. Ambos tuvieron gran presteza en el obrar y mucha constancia en el perseverar. Ambos sabían gozar la victoria. Ambos fueron muy piadosos aun con los enemigos: perdonaban muy fácilmente aun á los que les habían injuriado, porque les parecía gran bajeza de ánimo acordarse de las injurias. Ambos fueron muy sufridores de trabajos; ambos fueron muy quistos de la gente de guerra; ambos gozaron de la virtud de la liberalidad, que es la principal virtud del buen capitán, que jamás sintían mayor placer que cuando daban; en tanta manera quel Gran Capitán decía muchas veces que era en cargo á aquellos á quien daba, por ser causa

que él fuese liberal. Ambos comenzaron en un mismo tiempo de su edad y acabaron en un mismo tiempo de una edad. Mas fueron en los afectos del mundo muy diferentes, tanto que en ninguna cosa fueron conformes; porque César fué notado del vicio contra natura, según lo atestigua Suetonio Tranquilo y los historiadores que de su vida hablan, y el Gran Capitán fué muy casto y guardó la fidelidad que al matrimonio se debe guardar, ofreciéndosele muchas veces muchas y grandes ocasiones; que afirman algunos que en haber guardado tan bien aquel Sacramento le ayudó Dios, como se verá muy claramente en el discurso de la historia. César ni dejaba casadas, viudas ni doncellas, en tanto grado que cuando entraba triunfando de Roma, su misma patria, los soldados suyos entraban cantando delante dél que traían un capitán de quien debían guardar sus mujeres. El Gran Capitán tenía muy gran recabdo en entrando en cada pueblo que las mujeres se guardasen juntamente con las iglesias; y para esto tenía personas castas señaladas; y no digo en los lugares que esto se hizo, porque sería más historia que comparación. César, seyendo enviado por el Senado y pueblo romano á conquistar la Francia, con la misma gente de guerra que le dió su misma patria, volvió contra ella y la sujetó, robó y tiranizó, destruyéndola y quebrantando sus libertades, y se hizo tirano y señor della. Gonzalo Hernández ganó aquel reino dos veces, la una del Rey Carlos y de Federico, y la otra del Rey Luis; y ofreciéndole la primera vez el Rey Federico todo el reino y entregádoselo y todas las fuerzas dél y que le diese alguna parte en que viviese, jamás lo quiso, no sólo aceptarlo, mas aún estuvo muy quejoso del mismo Rey Federico; y después de haber ganado el reino todo, el Rey Luis, queriéndole todo el reino y el Papa Julio alzándole la fidelidad que á su maestre debía, que como á Rey de Aragón ninguna le debía, nunca lo quiso aceptar y lo dejó todo y se vino en España, con el mismo Rey don Fernando, que á la sa-

zón era Rey de Aragón, con aquella obediencia que siempre le había tenido. César fué muy liberal de lo que robó, quebrantando el tesoro que los romanos habían ayuntado en tiempo de los Reyes y Cónsules, que era muy excesivo todo el tiempo que habían señoreado, que fueron más de mil años; y esto reparó por los soldados.

El Gran Capitán sostuvo á los soldados y gente de guerra lo más del tiempo dándoles su hacienda y empeñando sus estados. César daba mucho de lo que por fuerza robaba, y el Gran Capitán de su propia hacienda, que es el efecto de la liberalidad; porque le parecía que entonces gozaba de las riquezas, cuando las daba. Nunca dió á truhanes ni á chocarreros, cosa muy aneja á los señores y Grandes, sino á personas religiosas y que tenían necesidad, y quedaba en obligación de les dar. A César le mataron los mismos romanos en el Senado y le dieron veinte y tres cuchilladas y puñaladas, y la más peligrosa, de que murió, fué la que le dió Marco Bruto, á quien él tenía por hijo nacido de adulterio, según decía Filipo el zurujano que le quiso curar; y el Gran Capitán fué querido de todos los amigos y enemigos y de su gente de guerra, que antes escogían la muerte que hacer cosa de que él recibiese enojo. Fué muy querido de aquellos á quien conquistó y venció. Testigo es el Rey Luis de Francia, á quien él ganó la parte que en aquel reino tenía, y le mató y prendió y echó del reino y de toda Italia á sus capitanes y muchos millares de franceses; que después, en las vistas en que se vieron el Rey Fernando y el Rey de Francia en Saona, le dijo el Rey Luis al Gran Capitán delante del Rey Fernando, que ya sus deseos eran cumplidos, pues había visto al Gran Capitán, que era la cosa del mundo más deseada por él. Murió el Gran Capitán en su cama, cercado de sus criados y deudos, en las manos de su mujer y hija, conociendo á Dios con tanto conocimiento de él como lo tuvo en su vida; cosa muy rara y concedida solo á tres capitanes.